

UNA PROCESIÓN RELIGIOSA EN BRETAÑA



Este cuadro, de Julio Adolfo Bretón, representa una procesión religiosa en Bretaña. Los campesinos bretones son descendientes de los antiguos galos, y entre ellos se conservan aún algunas curiosas tradiciones y peculiares prácticas religiosas. En cada fiesta solemne de la Iglesia, celebran una peregrinación llamada "del perdón." En este grabado se ve a los campesinos de Kergoat a la cabeza de una de esas peregrinaciones. Son de notar los extraños trajes de los hombres y las tocas blancas de las mujeres.

El Tesoro de la Juventud

O

Enciclopedia de Conocimientos

COLABORADORES ESPECIALES

Dr. Estanislao S. Zeballos
DOCTOR EN DERECHO, PUBLICISTA, EX MINISTRO DE ESTADO DE LA REPÚBLICA ARGENTINA, ETC., ETC.

Alberto Edwards
EX MINISTRO DE HACIENDA DE LA REPÚBLICA DE CHILE

Dr. Abel J. Perez
INSPECTOR NACIONAL DE INSTRUCCI´N PRIMARIA, EN LA REPÚBLICA ORIENTAL DEL URUGUAY

Dr. Ismael Clark y Mascaró
EX PROFESOR DE LA ESCUELA NORMAL DE LA HABANA

Dr. José Enrique Rodó
ESCRITOR CRITICO Y POLITICO URUGUAYO

Adolfo D. Holmberg
NATURALISTA DEL MINISTERIO DE AGRICULTURA DE LA REPÚBLICA ARGENTINA

Louis G. Urbina
EX DIRECTOR DE LA BIBLIOTECA NACIONAL DE MÉJICO

Dr. Paulino Fuentes Castro
ABOGADO PERUANO—DIRECTOR DEL "DIARIO JUDICIAL" DE LIMA

PRINCIPALES SECCIONES EN QUE SE DIVIDE LA OBRA

La Historia de la Tierra
América Latina
Nuestra Vida
Los «Por Qué»
Cosas que Debemos Saber
Los dos grandes Reinos de la Naturaleza
Hombres y Mujeres célebres
Los Países y sus Costumbres
Los Libros Célebres
Juegos y Pasatiempos
Narraciones Interesantes
Poesía
Hechos Heróicos
Lecciones Recreativas

TOMO VII

W. M. JACKSON, Inc., EDITORES

LONDRES MADRID NUEVA YORK
BUENOS AIRES MONTEVIDEO RIO DE JANEIRO
MEJICO HABANA

C. H. SIMONDS COMPANY, Impresores, BOSTON,
Estados Unidos de Norte América

ÍNDICE DEL CONTENIDO DE ESTE TOMO

NOTA: Como sería demasiado extenso el hacer referencia a cada uno de los muchos y variados asuntos tratados en las páginas de este volumen, sólo se ponen aquí los títulos de los capítulos y de las principales secciones que comprenden algunos de ellos. En el gran Índice General, al final de la obra, se da una vasta lista de cuanto contienen todos los volúmenes.

LOS PRIMITIVOS HOGARES GERMANOS



Aspecto que ofrecía un pueblo germano hace unos dos mil años. La gente de aquellos tiempos construía con frecuencia sus hogares sobre una plataforma de madera, en medio de los lagos, a fin de que los enemigos no pudieran llegar a ellos fácilmente.

Los germanos aparecieron primero en la historia como grandes guerreros y cazadores, y para tener un aspecto fiero solían adornar sus cabezas con testas y cuernos de animales salvajes. En este grabado se muestra el interior de un hogar germano primitivo en el momento de llegar los hombres con un oso cazado.



LOS PRINCIPIOS DE GERMANIA

PARA observar la irrupción de las tribus germanas, allá por los tiempos de que nos habla la historia de Europa, hubiéramos tenido que estar al lado de los alarmados moradores de la gran llanura del Norte de Italia, hace dos mil años, y dirigir nuestra mirada desde los campos verdes y plácidos a los altos y helados Alpes, cuya blancura se destacaba sobre el cielo azul.

Una vista verdaderamente asombrosa se hubiera ofrecido a nuestros ojos. Imaginemos la escena. Muchedumbres de hombres altos, fuertes, de ojos azules, se deslizan sobre sus escudos por las pendientes de los montes hacia los valles, y al propio tiempo la nevasca y la cellisca nos azota las mejillas.

Sus largas y flotantes cabelleras son rubias, aunque hay también algunas pelirrojas; sus escudos son brillantes y su grito de guerra atronador. En general, su aspecto es alarmante, pues sus caras se muestran a través de cabezas de animales, tales como el lobo, el oso y el buey con sus cuernos, por lo cual no es de extrañar que al principio los invasores llenaran de espanto a Italia. Perecían de hambre en sus antiguas moradas, en los estrechos y fríos valles al otro lado de las blancas montañas, y al llegar a esta rica llanura, devoraban cuanto encontraban, incendiando y destruyendo ciudades y pueblos, sacrificando caballos y cautivos a su fiero dios de la guerra.

Tal fué la entrada en Europa, según refiere la historia, de las que solemos llamar tribus germanas. Ellos se llamaban a sí mismos *deutschen*, nombre que los romanos cambiaron por el de *teutones*.

La región sobre la que principalmente se extendían los germanos es el centro mismo de la Europa, que comprende desde los Alpes hasta los mares del Norte y Báltico. Un mapa de relieve nos muestra a simple vista los vivos contrastes que existen en la superficie de esta parte central de Europa.

Las montañas y mesetas del Sur van declinando gradualmente hacia el mar por la parte del Norte, de modo que se forma una vasta llanura, copiosamente bañada por ríos que nacen en las alturas y fluyen suavemente hacia dicho mar. El río principal es el Rhin, que une los Alpes con el mar del Norte, y ha sido a través de los siglos la disputada frontera entre Francia y su vecina Alemania. En la parte oriental de este continente había constantemente cambios, a medida que otros pueblos procedentes de Asia y de diferente estirpe invadían el país de los germanos. Uno de esos pueblos fué el *eslavo*, palabra que, en su lenguaje, significa *glorioso*, pero que, en otros idiomas, ha tomado otra significación, por haber sido esclavizada una gran porción de esta raza.

Aprovechando principalmente el curso del Rhin, esa gran vía fluvial de Europa,

los romanos se pusieron en contacto con las tribus germanas. Julio César lo pasó y repasó muchas veces, cuando era gobernador de la vecinas Galias. Durante una serie de años, Roma, la fuerte nación guerrera y constructora, avanzó constantemente por el valle del Rhin, donde, aun en el día de hoy, existen restos de hermosas ciudades y fortalezas, magníficas carreteras y fincas particulares. Trató asimismo de conquistar enteramente las tribus germanas, pero no obtuvo el mismo resultado que en las Galias y en Bretaña.

HERMANN RECHAZA EL ATAQUE DE LAS LEGIONES ROMANAS A ORILLAS DEL RHIN

Sobre la cumbre de un monte, en la gran llanura del Norte, a unos ciento sesenta kilómetros del Rhin, se levanta ahora una enorme estatua, que mide de alto más de 15 metros, erigida en conmemoración de uno de los primeros héroes germanos, Hermann, quien, a fines del año 9 antes de J.C., resistió con éxito cerca de este lugar al temible ejército romano. Cuando la noticia de su destrucción en los bosques y pantanos llegó al gran emperador Augusto, se vistió éste de luto y exclamó amargamente repetidas veces: «Devolvedme mis legiones».

Durante aquellos siglos, levantáronse como las olas del mar, por cierto intranquilo y tormentoso, varias tribus y familias que se extendieron por los montes y valles, cambiando sus residencias, luchando unas con otras y con sus vecinos, mientras el gran Imperio Romano, un tiempo dominador del mundo, se iba debilitando gradualmente más y más, hasta hacerse incapaz de defenderse contra las tribus invasoras. Ya sabemos cómo los soldados romanos tuvieron que ser retirados de la Bretaña y luego de las Galias, para acudir a la defensa de Roma. Por último, una tribu de estirpe germana, los godos, llegó a los propios muros de la gran ciudad de los Césares, arrebató sus tesoros y destruyó muchos de su edificios.

ATILA Y SU TERRIBLE HUESTE DEVASTAN LA REGIÓN DEL RHIN

Los godos habían sido empujados por una hueste terrible, procedente del Asia: los hunos. De cara amarilla, cabellos cerdosos y ojos estrechos y alargados, parecieron horriblemente feos a las razas germanas, quienes les vieron lanzarse a través del Sur de su país, sobre las Galias, montados en sus veloces caballos, devastando a su paso las regiones que atravesaban. Pasaron el Rhin, y fueron luego detenidos en los campos de Chalons, junto al río Marne, donde las tribus germanas de los francos, los visigodos y borgoñeses, se unieron con los romanos para resistirles en furiosa batalla. El «Azote de Dios» como era llamado Atila, el fiero jefe de los hunos, fué derrotado y murió poco después, volviéndose su terrible hueste al ignoto país de donde había venido.

Hemos visto ya que los francos invadieron las Galias, y que, con los celtas que ya vivían en ellas, fundaron el reino de Francia. Otras tribus germanas, los anglos y parte de los sajones, se embarcaron para Bretaña. Los ostrogodos y visigodos pasaron a Italia y al Sur de Francia, y los últimos ocuparon también a España durante tres siglos; otra tribu, los longobardos y lombardos, fijaron su residencia en la llanura del Norte de Italia.

EL MUNDO BAJO LA NUEVA INFLUENCIA QUE PROCEDÍA DE ROMA

En estos tiempos de grandes cambios, se dejó sentir, en lugar de la antigua fuerza de las armas y de la grandeza de Roma, una nueva influencia procedente de la misma ciudad, es decir, la propagación de la fe cristiana. Sus valientes y abnegados misioneros fueron a predicar en medio de los salvajes de la Europa Central, derribando sin temor los ídolos y derrumbando con sus propias manos los árboles sagrados, en presencia de los idólatras. Roma, hasta entonces famosa por el poderío de los Césares, conseguía un nuevo poder y grandeza, como sede del Obispo de Roma, Padre de toda la Iglesia, llamado el Papa; pues obispos y sacerdotes, atravesando los Alpes y las montañas transalpinas, salían de Italia, desparramándose por la gran llanura del Norte y por el valle del Rhin para

Hermann, conocido también con su nombre latinizado, Arminio, es uno de los grandes héroes de Germania. Derrotó a los romanos y libertó a su pueblo de la sujeción de éstos. El grabado le representa regalando a los sacerdotes de su tribu el botín cogido en la guerra.



Los godos, tribu de estirpe germana, se precipitaron sobre Roma desde los bosques en que moraban, y luego fueron seguidos por invasores todavía más terribles, los hunos. Este grabado nos los muestra saqueando una población romana.

fundar templos y evangelizar a las gentes, y por más lejos que fueran, se mantenían unidos íntimamente a Roma, por medio de inquebrantables lazos espirituales.

PIPINO «EL BREVE» Y SU FAMOSO HIJO CARLOMAGNO

Cuando Pipino el Breve, rey de los francos, pasó a someter a los lombardos, por gratitud al Papa, que le había apoyado para subir al trono, tomó a los vencidos la tierra que poseían cerca de Roma y la regaló a la Cabeza de la Iglesia, siendo esta donación el principio del derecho del Papa a gobernar en un reino terrenal.

El gran hijo de Pipino, el héroe Carlomagno, fomentó también la influencia de la Iglesia en los enormes dominios a que se extendía el Imperio, los cuales, según hemos visto ya en la historia de Francia, comprendían—además de lo que es hoy Francia—Holanda, Bélgica, Suiza, el Norte de Italia y parte de España, como también casi toda la parte de la Europa Central que ahora llamamos Alemania. Carlomagno cedió muchos terrenos en todos estos países a los obispos y a los monasterios, en los cuales el clero vivía reunido, escribiendo libros y enseñando en las escuelas. Más aún: Carlomagno fué en persona a libertar al Papa de sus enemigos que le tenían asediado, y con esta ocasión pasó la fiesta de Navidad en Roma el año 800 después de J. C. y asistió a los divinos oficios en la Basílica de San Pedro.

CORONACIÓN DEL GRAN EMPERADOR POR EL PAPA EN SAN PEDRO

El mismo Papa cantó la misa, y los corazones de los concurrentes estaban emocionados por la grandiosidad de la música y solemnidad de las ceremonias, cuando, hacia el fin, se preparó una gran sorpresa (se dice que aun para el mismo Carlomagno): levantóse el Pontífice, y, tomando en sus manos una espléndida corona, la puso sobre la cabeza del rey, diciendo: «Dios conceda vida y victorias al gran Emperador César Augusto». Soldados, pueblo y clero, todos prorrumpieron en gritos de regocijo; en efecto, Carlomagno era el hombre fuerte de la época, capaz de defender un nuevo Imperio Romano formado con toda la cristiandad (Imperio que más tarde fué denominado *Sacro Imperio Romano*), en el que la influencia del papado sobre la fe de las naciones que lo componían había de ser cada vez mayor.

En otro lugar veremos cuán negra sombra cayó sobre Alemania e Italia por esta unión, tan estrepitosamente aplaudida en la Basílica de San Pedro; sombra que no ha desaparecido en un millar de años.

Hemos visto ya cuán pronto se deshizo el gran imperio de Carlomagno y cómo Francia empezó a formarse bajo una dinastía de reyes propios, mientras que en Alemania sucedía muy al contrario, pues, durante siglos enteros, las tribus fueron poco a poco constituyendo estados, realmente independientes entre sí, aunque unidos todos ellos por el vínculo del Imperio: los jefes de cada uno de esos estados tenían diferentes títulos y poderes, y los más principales de ellos elegían al emperador con la ayuda de tres poderosos arzobispos.

Estudiar la historia de Alemania en estos siglos es como mirar un calidoscopio, cada vuelta del cual produce nuevas combinaciones y cambios pasajeros, pues tan pronto predomina un estado y absorbe a los demás, o los empuja hacia otra parte del país, como se forma otro nuevo estado, mientras los demás se transforman o desaparecen.

LA SOMBRA DE UN IMPERIO QUE CAUSÓ DISTURBIOS DURANTE MIL AÑOS

Dentro de los 200 años después de la muerte de Carlomagno hubo también grandes cambios en las fronteras orientales, pues los fieros húngaros, de una raza completamente diferente de la de las familias alemanas, sembraron el terror por el país, se establecieron más tarde en él y formaron parte del Imperio, aunque tan independientes como los demás estados.

Ha dicho un escritor francés que el Sacro Imperio Romano no fué sacro, ni romano, ni imperio. Ha sido llamado

El emperador-héroe de Germania en la Edad Media fué Federico Barbarroja, elegido rey de los germanos en tiempo de disturbios a causa de su fuerza y bondad, y coronado más tarde por el papa, como Emperador Sacro Romano. Este grabado nos muestra a Barbarroja en el momento de ser proclamado rey de los germanos.



Durante la Edad Media, los caballeros que vivían en fuertes castillos de Germania, llegaron a ser muy poderosos y hacían lo que se les antojaba. Cuando Rodolfo de Habsburgo fué elegido emperador de Germania, en 1273, decidió poner fin a los robos de estos caballeros y desbaratar su poderío; en este grabado le vemos condenando a algunos bandidos nobles que han sido presos y presentados a él.

un mero espectro, o sombra de un imperio: sin embargo, fué bastante fuerte para impedir durante mil años que los reyes germanos, distraídos por la siempre tentadora visión de un poder al otro lado de los Alpes, dedicaran sus mejores esfuerzos a procurar el bienestar de su propio país. Sus vasallos italianos los odiaban, y las disputas que se suscitaban entre los emperadores y los papas eran tan constantes, tan violentas y tan intrincadas, que a medida que pasaban los años se hacía cada vez más imposible un justo arreglo.

Veamos cómo trató uno de los más poderosos papas a uno de los más débiles emperadores. El sacerdote Hildebrando se había hecho tan popular, trabajando con toda su fuerza para corregir las corruptelas de la Iglesia y para hacer a ésta fuerte y pura, que el pueblo de Roma se precipitó en la catedral durante los funerales del papa que acababa de morir, gritando: «¡San Pedro quiere que Hildebrando sea papa!»

EL ADVENIMIENTO A LA SEDE PONTIFICIA DE HILDEBRANDO CON EL NOMBRE DE GREGORIO VII Y SU QUERELLA CON EL EMPERADOR

El indiscreto emperador de Alemania, Enrique IV, desafiando a este nuevo papa, llamado Gregorio VII, se opuso a sus reformas, nombró a sujetos indignos para altos cargos, y por fin, en el Concilio reunido en Worms, hizo declarar que Gregorio no era ya papa, esto es, le depuso de su altísima investidura. Gregorio contestó con el terrible castigo de la excomunión, lo cual significaba que el emperador quedaba fuera de la Iglesia y que ningún sacerdote podía asistirle.

Después de algún tiempo Enrique cedió, cruzó los Alpes y fué a Canosa donde se hallaba Gregorio, para pedirle perdón. Era en el rigor del invierno y Enrique tuvo que esperar tres días en la nieve, con los pies descalzos, sin más vestidos que un miserable y delgado sayal, tiritando de frío, hasta que el Papa se dignó recibirle y perdonarle.

De un tipo muy diferente fué el emperador Federico Barbarroja. De este héroe, cuyo rostro fuerte, agradable y sonriente parece destacarse por entre los siglos, existen muchos relatos de valor y constancia y de cómo procuró hacer el imperio absoluto e independiente.

CÓMO TERMINÓ EN VENECIA LA DISPUTA ENTRE LOS EMPERADORES Y LOS PAPAS

Cinco veces cruzó los Alpes este emperador, y numerosas fueron las luchas que sostuvo contra los papas, pero, a pesar de ser fuerte, también él tuvo que ceder por fin. En el siglo XII se suscitaron incesantes y violentas cuestiones entre la Iglesia y los príncipes cristianos de Europa. Tocante a la historia de Inglaterra, hemos leído, en otra parte, la muerte trágica de Tomás Bécket, en Cantérbury, y el castigo del rey. Siete años más tarde, la larga disputa entre el Pontífice y el Emperador romano, terminó también saliendo victoriosa la Iglesia. Los dos adversarios fueron inducidos a tener una entrevista en Venecia, la hermosa e independiente ciudad del extremo interior del mar Adriático, donde se muestran todavía en el pórtico de la catedral de San Marcos, tres losas de mármol, que indican el lugar donde el más encumbrado príncipe de aquel siglo, Barbarroja, se arrodilló para besar los pies del Papa y recibir en cambio el beso de paz del anciano Pontífice. Debió ser indudablemente un momento amargo para el emperador, porque el acto de sumisión significaba la renuncia del deseo que había acariciado toda su vida.

LOS TIEMPOS ANTIGUOS DE LAS VIEJAS CIUDADES DE ALEMANIA

El último esfuerzo de Barbarroja fué unirse con Ricardo Corazón de León en la Tercera Cruzada para reconquistar a Jerusalén del poder de los musulmanes, mas no consiguió su intento; el gran emperador pereció ahogado al atravesar un río del Asia, y fué enterrado en el arenoso desierto, si bien los antiguos poetas germanos conservaron fresca su memoria en las canciones y leyendas, y durante mucho tiempo se tuvo la

esperanza de que volvería otra vez para auxiliar a su pueblo en tiempo de necesidad.

En la época de las Cruzadas, los nobles, cuyo poderío en Alemania era muy grande, poseían sus tierras en la misma forma feudal que los de Francia e Inglaterra, mientras que los campesinos se arrastraban en la pobreza y miseria. Durante este tiempo empezaron también a levantarse en el país hermosas ciudades rodeadas de fuertes muros a fin de resistir a los enemigos de fuera, y poco a poco se edificaron asimismo iglesias y universidades, buenas casas y otros edificios públicos, muchos de los cuales se han conservado hasta hoy.

Alemania es hoy día famosa por sus espléndidas ciudades antiguas, algunas de las cuales compraron privilegios y la libertad, de igual manera que las ciudades francesas, y ayudaron a mantener vivo el espíritu de Hermann en medio de aquellos años de oscurantismo. Ochenta ciudades se confederaron para formar la Liga Hanseática; las principales fueron Lubeck, Hamburgo y Brema. Tenían una colonia en Londres, donde poseían muchos derechos especiales que fomentaron su comercio y riqueza. El comercio del Báltico estaba en sus manos, y aun llegaron a hacer la guerra por su propia cuenta, siendo bastante fuertes para resistir, no sólo a los nobles, sino también a los piratas en el mar y a los bandidos en tierra.

Los robos cometidos por los caballeros residentes en los castillos que coronan todavía muchos montes rocosos, causaron perjuicios enormes al comercio y a la agricultura en aquellos tiempos de libertinaje; son realmente conmovedores los relatos de sus incursiones, de sus ataques a los mercaderes en los vados y puentes, y de sus robos de las cosechas recién recogidas. Afortunadamente, no todos los caballeros de los castillos eran bandidos, y de ellos dependía la conservación de las carreteras y caminos de sirga y el alojamiento de los viajeros antes de que existiesen las ventas o posadas.

RODOLFO DE HABSBURGO, CUYA FAMILIA RIGIÓ EL IMPERIO DURANTE 600 AÑOS

Un emperador, cuya figura se destaca en aquellos tiempos de universal confusión, es Rodolfo de Habsburgo, que fué el fundador de la Casa de Habsburgo de Austria, en cuya familia, con algunas excepciones, permaneció la corona imperial cerca de 600 años.

Austria, palabra que significa la Tierra de Oriente, era un ducado que, después de haber crecido gradualmente con bastantes cambios a medida que, digámoslo así, el calidoscopio daba vueltas, se desarrolló principalmente a lo largo de las magníficas riberas del Danubio, extenso río que nace cerca del Rhin, en la Selva Negra, y recorre Baviera, Austria y Hungría en su curso hacia el Mar Negro. Los valientes montañeses de los Alpes tuvieron que unirse contra los Habsburgos, según nos refiere la historia de Suiza.

El enérgico, inteligente y noble Maximiliano I fué uno de los miembros de la casa de Habsburgo, y se casó con la heredera de Borgoña y de los Países Bajos. Su hijo pasó a ser rey de España con el nombre de Felipe I, al casarse con la hija de Fernando e Isabel. Se ha dicho que Maximiliano es el lazo de unión entre los antiguos tiempos y los modernos. En efecto, todo empezó a progresar y a cambiar durante esta época, en la cual vivió Cristóbal Colón.

EL GRAN PAPEL QUE DESEMPEÑÓ ALEMANIA EN LOS IMPORTANTES CAMBIOS DEL MUNDO

Al paso que el descubrimiento de la brújula puso en las manos del hombre una guía para navegar por mares desconocidos, la invención de la imprenta y la difusión de la enseñanza facilitaron sobremanera el estudio y pusieron las ciencias al alcance de muchos que de otro modo hubieran sido siempre ignorantes. Alemania puede estar ufana de su participación en este adelanto, pues alemanes fueron el que descubrió el procedimiento para convertir los trapos en papel, y el que tuvo la primera idea de imprimir con caracteres movibles.

Era emperador de Alemania en aquel tiempo, Carlos V, nieto de Maximiliano, llamado con frecuencia el segundo Carlomagno por la extensión de sus dominios, pues a los Estados de Alemania añadió, por título de herencia, España, el Sur de Italia, Sicilia y los Países Bajos, así como también las colonias del Nuevo Mundo; de suerte que nunca se ponía el sol en su imperio. Al principio de su reinado se declaró una terrible insurreción, llamada la Guerra de las Comunidades de Castilla, en la que los comuneros pegaban fuego a los castillos y monasterios, como lo hicieron los campesinos de Francia 300 años más tarde y por razones bastante parecidas: por los gravosos e injustos tributos y la amarga opresión que padecían.

En Alemania treinta años de guerra (1618–1648) por causas políticas y religiosas, en la que fueron envueltas varias naciones, causaron al país indecible devastación y miseria. Por largo tiempo la suerte de la guerra fué varia; pero cuando pareció que el emperador iba a ser demasiado poderoso, Francia incendió y saqueó con crueldad la hermosa región del Rhin. Por fin, se concertó la Paz de Westfalia por hallarse el país enteramente exhausto: Francia tomó la Alsacia, Suecia reclamó la Pomerania, a Suiza y a Holanda se les reconoció su independencia, y los grandes príncipes alemanes quedaron dueños absolutos de sus propios estados, haciendo más tangible que nunca la ficción de un imperio. A tenor de esta paz, los católicos y protestantes tendrían igualdad de derechos y libertad de cultos, y los príncipes protestantes conservarían los territorios que habían quitado a la Iglesia.

LA PENA DE UNA TIERRA DESOLADA AL FINAL DE LA GUERRA

El número de habitantes en los Estados alemanes al principio de la guerra era de unos diez y siete millones, y al fin de ella no llegaba a cuatro. Una gran miseria aquejaba a todo el país devastado, donde ciudades y aldeas, y miles de iglesias y casas, habían sido destruídas. Los campos estaban incultos y pisoteados, el comercio arruinado y la gente abrumada con tanta calamidad.

Diez años después estalló de nuevo la guerra, por escuchar los príncipes alemanes—algunos descontentos, otros egoístas, otros codiciosos—las bajas promesas de Luis XIV, quien había resuelto hacer del Rhin la frontera oriental de su reino; en la lucha que siguió, el Imperio perdió Estrasburgo y la rica provincia de Lorena, que pasó a poder de Francia. Los tratados que pusieron fin a las guerras de este tiempo fueron llamados por el pueblo alemán las paces de la Enajenación, Desmembración y de la Injusticia, porque en cada una de ellas perdió algo.

CÓMO LOS TURCOS SE PRESENTARON ANTE VIENA E HICIERON 87,000 ESCLAVOS

Un hecho terrible le sucedió luego a Viena, la capital de Austria. Los turcos, que vivían al otro lado de Hungría, atravesaron esta provincia, pusieron sitio a la hermosa y fuerte ciudad y la tomaron tras un asedio de dos meses, volando sus murallas y haciendo 87,000 esclavos. Por fin, un rey vecino, el rey de Polonia, acudió para libertar a la ciudad y arrojar a los invasores. En la tienda del general turco se hallaron cartas de Luis XIV, en que se excitaba a los musulmanes a atacar el imperio; y, prosiguiendo su plan de suscitar enemigos en partes distantes para tener al ejército alemán ocupado lejos del Rhin, impulsó también a los suecos a que atacasen el Brandeburgo, junto al Báltico. El gobernante de esta provincia, Federico Guillermo, el «Gran Elector», y el príncipe Eugenio de Saboya, eran los principales apoyos del emperador en estas guerras contra los franceses.

El príncipe Eugenio, hombre de menuda estatura, poseía gran ciencia militar y maravilloso prestigio entre sus tropas.

LOS GRANDES PALACIOS DE LOS NOBLES DE ALEMANIA

Cuando estalló en Europa la guerra siguiente, llamada de Sucesión, por

disputarse en ella el trono de España, el príncipe Eugenio y el duque de Márlborough mandaron las tropas aliadas de Holanda, Inglaterra y Portugal, que apoyaban al emperador y a los electores de Hannóver y Brandeburgo. Aquellos dos grandes generales derrotaron a los franceses en Alemania, en los Países Bajos y en Italia, siendo célebres, entre otras, las batallas de Blenheim, Ramillies, Oudenarde y Malplaquet.

Un viajero belga que recorrió la Alemania, ha dicho, hablando de los tiempos que siguieron a las guerras contra Francia, que ningún príncipe era bien considerado si no tenía su Louvre o su Versalles; indicando con esto que había entonces una verdadera fiebre por imitar a Francia en las construcciones, y de todos los modos posibles. Porque Luis XIV convirtió un desierto arenoso en el admirable Versalles, un noble edificó una aldea en la cima de una montaña pelada, otro hizo construir un palacio en el fondo de una selva y otro levantó una gran fortaleza, donde no se debía defender nada. Había cerca de doscientos estados independientes por aquel tiempo, y a muchos de ellos nada se les importaba el bien del país. Los labradores en Alemania, lo mismo que en Francia, eran estrujados para sacarles el dinero con que se sostenían el esplendor y lujo de las cortes y palacios.

CÓMO FEDERICO EL GRANDE EMPLEÓ 40 AÑOS EN FORMAR SU REINO

Existía, sin embargo, una corte donde no había lujo: era Brandeburgo, que habiendo absorbido al vecino estado prusiano, vió a sus gobernantes elevarse a la categoría de reyes de Prusia. Todo el dinero que podía recogerse se empleaba para el ejército; reclutábanse los hombres más aptos y se les ejercitaba y preparaba para la guerra. Cuando Federico el Grande subió al trono, trabajó cuarenta años intensamente en favor de su reino, reconstruyendo edificios, secando pantanos, haciendo carreteras y canales, procurando que los campesinos tuvieran grano para las siembras, ensanchando sus dominios siempre que se presentaba la oportunidad. A partir de su época, fué evidente que, más pronto o más tarde, Prusia se pondría al frente de los demás estados y los guiaría. Por su fuerza y perseverancia, sacó el mejor partido de la guerra de los siete años, contra Austria y Francia.

Por este tiempo reinaba en Austria María Teresa, la madre de María Antonieta de Francia. Acosada por Federico, que le arrebató Silesia, y perdidas también otras partes de sus dominios, María Teresa, mujer enérgica y valiente, tuvo que huir a Presburgo de Hungría, que había estado unida a Austria antes de la guerra de los Treinta años. Allí, vestida a la usanza húngara, apeló a los buenos sentimientos de la nobleza, mostrándoles a su hijito a quien llevaba en brazos. En contestación los nobles húngaros sacaron entusiasmados sus espadas gritando a la vez: «¡Muramos por nuestra soberana María Teresa!»

El incendio de la guerra de los Siete años se propagó por todo el mundo, y desde ese tiempo Prusia ha sido un reino poderoso. Unos treinta años después de celebrarse el tratado que puso fin a la guerra de los Siete años, alteróse de nuevo la paz.

CÓMO LAS GUERRAS NAPOLEÓNICAS RETARDARON EL DESARROLLO DE PRUSIA

Movidos por los terrores de la Revolución y para vengar a sus principales víctimas, Austria y Prusia se juntaron y avanzaron sobre Francia, excitando con ello en gran manera la ira del pueblo francés. Durante los diez años siguientes, Francia se defendió contra los ataques de Europa, y el progreso de Prusia se retardó por algún tiempo a causa de estas guerras. Primero fué derrotada Austria en Italia, donde Napoleón ganó muchas batallas con gran rapidez. En 1805, el ejército destinado para la invasión de Inglaterra fué vuelto contra Austria. Todas las naciones europeas tuvieron entonces que defenderse de la ambición de Napoleón quien, por algún tiempo, las tuvo a todas en jaque. Treinta mil austriacos

hubieron de rendirse en Ulm; Viena fué tomada y los austriacos y sus aliados, los rusos, fueron derrotados en Austerlitz. tiempo había sido una entidad política meramente nominal, aunque constituía todavía un nexo con el pasado. Fran-



El primer rey de Prusia, Federico I, fué un buen gobernante, y a fin de que sus vasallos pudieran leer la Biblia, fundó miles de escuelas en las aldeas e hizo obligatoria la enseñanza. Aquí le vemos visitando una de estas escuelas. Federico I se coronó él mismo rey, y aludiendo a este hecho, decía Federico el Grande: « Fué como si dijera a sus sucesores:—« Yo he conseguido un título para vosotros; haceos dignos de él ».



Durante la mayor parte de su vida, Federico el Grande sostuvo sangrientas luchas que amenazaban destruir su reino, pero con su brillante dirección derrotó a los enemigos e hizo grande a Prusia. Cuando no se hallaba en guerra, solía viajar por su país y tratar con el pueblo, animándole a hacer carreteras y canales, y a mejorar el país de otras maneras. Este grabado nos le muestra en uno de sus viajes.

En el año siguiente el emperador Francisco II abdicó la corona del Sacro Imperio Romano, que por tanto cisco II había tomado ya el título de emperador de Austria, que aun llevan sus sucesores.



LAS CAMPANAS

Edgardo Allan Poe, autor de esta preciosa composición, es uno de los poetas más notables de América. Nació en Boston (Estados Unidos) el 19 de enero de 1809, y murió en Baltimore el 17 de octubre de 1849. Su vida fué muy desarreglada, y el prematuro fin de ella se debió en gran parte al abuso de las bebidas alcohólicas. Pero, a pesar de todo, su extraordinaria imaginación y su maestría en el manejo de ritmos peculiarísimos, han hecho de Poe uno de los poetas de mayor originalidad que han existido. Escribió relativamente poco, y la mayoría de sus versos son casi intraducibles, pues pierden en la traducción mucha de su distintiva belleza, al quedar destruída la melodía especial que tienen en inglés. No obstante, las versiones que van aquí de «Las Campanas» y de «El Cuervo», están hechas con gran habilidad y muy feliz acierto.

I

¡CUÁL turba con gozoso clamoreo
La calma de las horas matutinas
El arribo del rápido trineo
Tañendo las campanas argentinas!

En las pálidas mañanas
¡Oh, qué mundo de alegría, oh, qué plácidas hosanas
Con su grata melodía
Surgir hacen las ufanas,
Las vibrantes, ledas notas de las rítmicas campanas!
Las metálicas campanas
Cuya voz se alza sonora
Cuando apuntan las tempranas, vagas luces de la aurora...
Las campanas peregrinas,
Argentinas
De melódico voceo,
Que a lo lejos se dilata
Cuando viene ya el trineo sobre sábanas de plata.

. . . .

Ya el tren llega, precedido
Por el mágico sonido de su plácida campana:
Y en el aire puro y frío
Se derrama el vocerío de su alegre carga humana,
Y titilan dulcemente los luceros tembladores;
Y en el cielo reluciente,
Desde Oriente,
Pinta el alba sus colores, vibra rayos matinales,
Que se quiebran de los hielos en los límpidos cristales.

. . . .

Así suenan y resuenan
Y de gozo el alma llenan
En sus plácidas mañanas,
En que un mundo de ilusiones y magníficas hosanas,
Con su grata melodía
Surgir hacen las seguras, las vibrantes, las ufanas
Notas claras, limpias, puras de sus rítmicas campanas.

II

¡Cuál se desprende en noche silenciosa,
De esbelto campanario, alado coro;
Y rueda en el espacio, rumorosa,
La vibración de las campanas de oro!

Anunciando alegres bodas
Al contento vecindario, las campanas cantan todas
En la torre del santuario;
Y con dulces vibraciones,
Todo un mundo de ilusiones y de dichas soberanas,
En nubiles corazones,
Surgir hacen las ufanas,
Las sonoras, dulces notas de las áuricas campanas!
¡Las campanas metalinas
Que gozosas suenan, suenan,
Y en las horas vespertinas de rumor el aire llenan!
¡Las campanas que son de oro,
Cuyo coro
Se percibe en lontananza,
Derramando bajo el cielo
La canción de la esperanza, con su alegre ritornelo!
¡Despertando a las dormidas,
Blancas tórtolas perdidas, cuyo idilio de ternura
Se condensa en quedos trinos,
A los rayos argentinos de la luna dulce y pura!...
Y perfuman el ambiente los divinos azahares;
Y en la linfa de la fuente
Transparente,
Vense estrellas a millares, titilantes y remotas,

Mientras lleva el viento el himno de
triunfantes ledas notas.

. . . . . .

¡Así suenan y resuenan,
Y de dicha el alma llenan,
Con su lírica eufonía, desde el alto
campanario,
Creando un mundo de alegría
En el quieto vecindario, si anuncian-
do dulces bodas,
Las campanas cantan todas en la torre
del santuario!

III

¡La campana de bronce suena
ahora,
Sembrando alarma por doquier y es-
panto;
Y anunciando con voz aterradora
Un drama de dolor, peligro y llanto!

En la obscura, triste noche, suena,
suena con violencia
La campana del incendio; con su in-
fausta turbulencia
Una historia pavorosa, revelando de
repente,
Pronto auxilio al implorar,
Propalando febrilmente la catástrofe
temida;
Y llamando sin cesar,
A la ya dormida gente, que temblan-
do pavorida,
Se despierta en el hogar!
¡Y entre tanto que ella implora, que
ella grita, que ella clama,
Crece, aumenta, se agiganta la tenaz,
ardiente llama,
Que penetra, sube, corre, lame, rápida
devora,
Y acrecienta su sin par
Loca furia destructora; toscos, lívi-
dos semblantes
Descubriendo, al irradiar
Rojos, móviles reflejos, que iluminan
vacilantes
Pardas nubes al pasar!
¡Ya no tienen melodías, cantos, rit-
mos, las campanas:
Aterradas, pavoridas, son sus voces
casi humanas!
¡Aullan, gritan, chillan, rugen... su
angustioso llamamiento
Derramando en la extensión;
Del terrífico elemento recurriendo a
la clemencia
En demente apelación;



Y aclamando por socorro, con in-
sólita insistencia,
Con extraña obstinación!

Y adivinan los oídos,
Escuchando sus sonidos,
Si el peligro disminuye, si el incendio
ya decrece,
Si la llama desparece...
O si corre, sube, lame, y se ensancha
y se acrecienta,
Y el peligro al par aumenta
De su rabia destructora;
Pues con voz que es casi hu-
mana,
Pide, aulla, llama, llora, grita, y ruge
la campana!

IV

Las campanas de hierro tristes
suenan,
Con monótona y lenta melodía;
Y sus acentos funerales llenan
El alma de letal melancolía...

Todos piensan en lo breve de la cara
vida humana;
En el lóbrego misterio del incógnito
mañana,
Escuchando cómo dobla, cómo
gime, cómo llora
La campana funeral;
La campana aterradora, recordando
a la conciencia
Que el placer no es eternal;
Que en la fría tumba obscura la
misérrima existencia
Tiene un término fatal.

No son hombres los que tocan aquel
himno funerario:
Los que doblan insistentes en el
alto campanario,
Son espectros de las tumbas, son
los duendes vespertinos,
Los espíritus del mal;
Y esqueletos blanquecinos, y fan-
tasmas ataviados
Con sudario sepulcral;
Los que doblan en la torre; los que
tocan despiadados
Aquel himno funeral.

Son los gnomos y los silfos y mur-
ciélagos gigantes,
Brujas, cuervos y vampiros, y las
ánimas errantes
Que al sonar la media noche, dejan
raudas, presurosas

La plutónica región;
¡Surgen, salen de las fosas; con su lívido sudario,
Y en diabólico turbión,
Cual horrible enjambre, vuelan al sombrío campanario
A tocar el esquilón!

¡Y ellos, todos, confundidos,
Cantan, gritan, dan aullidos,



Y se mezclan, y se entregan a alegrías espantosas,
A mil danzas horrorosas;
Y entrechócanse los huesos, y se ríen, torvas, fieras,
Las horribles calaveras...
Mientras canta lentamente
Desde lo alto del Santuario
La campana su doliente, su himno triste y funerario!

EL CUERVO



UNA fosca media noche, cuando, en tristes reflexiones,
Sobre más de un raro infolio de olvidados cronicones
Inclinaba soñoliento la cabeza, de repente
A mi puerta oí llamar:
Como si alguien, suavemente, se pusiese con incierta
Mano tímida a tocar.
«Es—me dije—una visita que llamando está a mi puerta:
Eso es todo, ¡y nada más!»

¡Ah! Bien claro lo recuerdo: era el crudo mes del hielo,
Y su espectro cada brasa moribunda enviaba al suelo.
Cuán ansioso el nuevo día deseaba, en la lectura
Procurando en vano hallar
Tregua a la honda desventura de la muerte de Leonora,
La radiante, la sin par
Virgen pura a quien Leonora los querubes llaman hora
Ya sin nombre... ¡nunca más!

Y el crujido triste, incierto, de las rojas colgaduras
Me aterraba, me llenaba de fantásticas pavuras
De tal modo, que el latido de mi pecho palpitante
Procurando dominar,
«Es, sin duda, un visitante—repetía con instancia—
Que a mi alcoba quiere entrar;
Un tardío visitante a las puertas de mi estancia...
Eso es todo, ¡y nada más!»

Poco a poco, fuerza y bríos
Fué mi espíritu cobrando:
«Caballero—dije—o dama:
Mil perdones os demando;
Mas, el caso es que dormía,
Y con tanta gentileza
Me vinisteis a llamar,
Y con tal delicadeza
Y tan tímida constancia
Os pusisteis a tocar,
Que no oí»—dije, y las puertas
Abrí al punto de mi estancia;
¡Sombras sólo y...
Nada más!

Mudo, trémulo, en la sombra por mirar haciendo empeños,
Quedé allí, cual antes nadie los soñó forjando sueños;
Mas profundo era el silencio, y la calma no acusaba
Ruido alguno... Resonar
Sólo un nombre se escuchaba que en voz baja a aquella hora
Yo me puse a murmurar,
Y que el eco repetía como un soplo: ¡Leonora!...
Esto apenas, ¡nada más!

A mi alcoba retornando con el alma en turbulencia,
Pronto oí llamar de nuevo—esta vez con más violencia;
«De seguro—dije,—es algo que se posa en mi persiana;
Pues veamos de encontrar
La razón abierta y llana de este caso raro y serio,
Y el enigma averiguar.
¡Corazón!, calma un instante, y aclaremos el misterio...
—¡Es el viento—y nada más!»

La ventana abrí—y con rítmico aleteo y garbo extraño

Entró un cuervo majestuoso de la sacra edad de antaño.
Sin pararse ni un instante ni señales dar de susto,
Con aspecto señorial,
Fué a posarse sobre un busto de Minerva que ornamenta
De mi puerta el cabezal;
Sobre el busto que de Palas la figura representa,
Fué y posóse—¡y nada más!

Trocó entonce el negro pájaro en sonrisas mi tristeza,
Con su grave, torva y seria, decorosa gentileza;
Y le dije: « Aunque la cresta calva llevas, de seguro
No eres cuervo nocturnal,
Viejo, infausto, cuervo obscuro, vagabundo en la tiniebla...
Dime:—¿Cuál es tu nombre, cuál
En el reino plutoniano de la noche y de la niebla...? »
Dijo el cuervo: « Nunca más ».

Asombrado quedé oyendo así hablar al avechucho,
Si bien su árida respuesa no expresaba poco o mucho;
Pues preciso es convengamos en que nunca hubo criatura
Que lograse contemplar
Ave alguna en la moldura de su puerta encaramada,
Ave o bruto, reposar
Sobre efigie en la cornisa de su puerta, cincelada,
Con tal nombre: « ¡Nunca más! »

Mas el cuervo, fijo, inmóvil en la grave efigie aquella,
Sólo dijo esa palabra, cual si su alma fuese en ella
Vinculada.—Ni una pluma sacudía, ni un acento
Se le oía pronunciar...
Dije entonces al momento: « Ya otros antes se han marchado,
Y, la aurora al despuntar,
Él también se irá volando cual mis sueños han volado ».
Dijo el cuervo: « ¡Nunca más! »

Por respuesta tan abrupta, como justa, sorprendido,
« No hay ya duda alguna—dije,—lo que dice es aprendido;
Aprendido de algún amo desdichoso a quien la suerte
Persiguiera sin cesar,
Persiguiera hasta la muerte, hasta el punto de, en su duelo,
Sus canciones terminar,
Y el clamor de la esperanza, con el triste ritornelo
De jamás, ¡y nunca más! »

Mas, el cuervo provocando mi alma triste a la sonrisa,
Mi sillón rodé hasta frente al ave, al busto, a la cornisa;
Luego, hundiéndome en la seda, fantasía y fantasía
Dime entonces a juntar,
Por saber qué pretendía aquel pájaro ominoso
De un pasado inmemorial,
Aquel hosco, torvo, infausto, cuervo lúgubre y odioso
Al graznar: « ¡Nunca jamás! »

Quedé aquesto investigando frente al cuervo en honda calma,
Cuyos ojos encendidos me abrasaban pecho y alma.
Esto y más—sobre cojines reclinado—con anhelo
Me empeñaba en descifrar,
Sobre el rojo terciopelo do imprimía viva huella
Luminoso mi fanal—
Terciopelo cuya púrpura ¡ay! jamás volverá ella
A oprimir.—¡Ah! ¡Nunca más!

Parecióme el aire entonces,
Por incógnito incensario
Que un querube columpiase
De mi alcoba en el santuario,
Perfumado.—« Miserable ser—me dije,—
Dios te ha oído,
Y por medio angelical,
Tregua, tregua y el olvido del recuerdo de Leonora
Te ha venido hoy a brindar:
¡Bebe! bebe ese nepente, y así todo olvida ahora.
Dijo el cuervo: « ¡Nunca más! »

« Eh, profeta—dije,—o duende,
Mas profeta al fin, ya seas
Ave o diablo—ya te envíe
La tormenta, ya te veas
Por los ábregos barrido a esta playa,
Desolado

Pero intrépido a este hogar
Por los males devastado,
Dime, dime, te lo imploro:

¿Llegaré jamás a hallar
Algún bálsamo o consuelo para el mal que triste lloro? »
Dijo el cuervo: « ¡Nunca más! »

« ¡Oh, profeta—dije,—o diablo!—Por ese ancho combo velo
De zafir que nos cobija, por el mismo Dios del Cielo,
A quien ambos adoramos, dile a esta alma dolorida,
Presa infausta del pesar,
Si jamás en otra vida la doncella arrobadora
A mi seno he de estrechar,
La alma virgen a quien llaman los arcángeles Leonora! »
Dijo el cuervo: « ¡Nunca más! »

« Esa voz,
Oh cuervo, sea
La señal
De la partida,
Grité alzándome:—¡Retorna,
Vuelve a tu hórrida guarida,
La plutónica ribera de la noche y de la bruma!...
De tu horrenda falsedad
En memoria, ni una pluma dejes negra.
¡El busto deja!
¡Deja en paz mi soledad!
Quita el pico de mi pecho. De mi umbral tu forma aleja... »
Dijo el cuervo: « ¡Nunca más! »

Y aun el cuervo inmóvil, fijo, sigue fijo en la escultura,
Sobre el busto que ornamenta de mi puerta la moldura...
Y sus ojos son los ojos de un demonio que, durmiendo,
Las visiones ve del mal;
Y la luz sobre él cayendo, sobre el suelo arroja, trunca,
Su ancha sombra funeral,
Y mi alma de esa sombra que en el suelo flota... ¡nunca
Se alzará!... ¡nunca jamás!

EDGARDO ALLAN POE.

ENID

Alfredo Ténnyson halló en las leyendas del rey Arturo inspiración para cantar, en armoniosos versos, lances caballerescos de gran interés dramático, como el que se describe en la siguiente composición.

La reina Ginebra había salido de mañana con una de sus damas a presenciar la caza de un hermoso ciervo blanco, emprendida por el rey Arturo y sus caballeros en la selva de Din. Poco después llegó al lugar en que se encontraba la reina el príncipe Gerant, sin otras armas que un estoque al cinto.

EL tributario príncipe saluda
Con gran respeto, y ella le responde
Altiva y dulce, con suprema gracia
De Reina y de mujer:—Tarde, le dice;
Aun más tarde que nos.
—Sí, noble Reina,
El príncipe contesta: a ver tan sólo
La caza vengo, y no a correr en ella.
—Quedáos, pues, conmigo; de esta cumbre
El campo se registra, y la jauría
Pasará por su pie—dijo la Reina.
Y, mientras prestan atención al vago
Rumor distante y distinguir pretenden
El sonoro ladrido de Cavalte,
Predilecto lebrel del Rey Arturo,
Ven llegar paso a paso a un caballero
Y a su lado una dama y un enano
Algo detrás. Traía el caballero
Alzada la visera, y descubría
Joven rostro, de rasgos decididos
E imperioso ademán. No recordando
La Reina el rostro aquel de entre los nobles
De la corte de Artur, mandó a su dama
Que fuera a preguntar al viejo enano.
Y fué la dama; pero el mal engendro
Le contestó insolente, de su amo
La soberbia imitando, que ignoraba
El nombre de él; y al replicar la dama:
—Yo le sabré de él mismo.—No, le grita;
No le sabrás; que ni de hablarle digna
Eres siquiera.—Y tal diciendo, cruje
El látigo y la hiere.
Ella indignada
Vuelve, y Gerant exclama:—¡Por mi vida!
¡He de saber su nombre!—Y al enano
Llega; y el vil grosero, igual respuesta
Le da, y restalla el látigo, y al noble
Hiere en el rostro, y la lujosa banda
Salpica de su sangre.
La terrible
Mano, avezada a herir, corre al estoque
Y va a partir el corazón menguado
De aquel vil...: mas, de pronto, su grandeza
Propia le para, y a vergüenza tiene
Contra gusano tal enfurecerse;

Y le desprecia, y vuélvese, y sereno
Dice a la Reina:—Este cobarde insulto
Hecho a vuestra persona en la persona
De vuestra dama, por mi nombre os juro
Que he de vengar. Hasta su inmunda
cueva
Seguiré a esa serpiente; y no os acucie
El verme desarmado; en cualquier parte
Armas he de encontrar, y a ese insolente
He de vencer y he de abatir su orgullo.
Y al tercer día tornaré, si vivo
Salgo de la contienda. ¡Adiós!
La Reina:
—Adiós, gallardo Príncipe, le dice
Afable y majestuosa: Dios bendiga
Vuestra jornada y os prospere en todo...

Parte Gerant y sienten sus oídos
Ora bramar al ciervo, ora la sorda
Trompa que anima a la feroz jauría:
Y lastimado de perder la fiesta
Y con la pena del plebeyo insulto,
Sigue a los tres por cerros y por valles
Sin perderlos de vista, hasta que salen
Del bosque y suben despejada altura
Y pasan más allá. Gerant la sube
También, y ve, al llegar, la larga calle
De pequeña ciudad, que se tendía
Por el declive; y a la izquierda alzarse
Reciénhecha y vistosa fortaleza,
Y a la diestra, ruinoso y desolado,
Un vetusto castillo con un puente
Sobre un cauce sin aguas. Y del valle
Y la ciudad subía vagaroso
Rumor, cual de torrente sobre lecho
De movibles guijarros, o de alegre
Banda de grullas que al espeso bosque,
Cayendo el sol, a reposar desciende.

El príncipe los ve entrar en la fortaleza, y luego baja a la ciudad, donde halla a los armeros ocupados en preparar yelmos y corazas, y cuando indaga la causa, le responde uno de ellos:

—Perdonadme, señor: aquí mañana
Tenemos gran torneo, y no me alcanza
A la mitad de mi trabajo el tiempo.
¡Armas pedís! ¡Por Dios! se necesitan
Todas aquí. ¡Posada! no sé donde
La podáis encontrar, si no es en casa
Del conde Iniol, en el castillo viejo,
Al otro lado de aquel puente.—Y dicho
Esto, comienza a golpear de nuevo.

Gerant de mala gana cruza el puente
Y, al llegar al castillo, encuentra al Conde.
Era grave su aspecto ; ya de canas
Nevada su cabeza; su vestido
De rica tela y de lujosa hechura,
Pero raído y deslustrado.
Viendo
Llegar al joven Príncipe:—Hijo mío,
¿A dónde vais?—cortés le dice.
—En busca
De un hospedaje en que pasar la noche—
Le responde Gerant.
—Entrad entonces,
Y con nosotros partiréis la humilde
Comida de esta casa, rica un día
Y hoy pobre; pero siempre hospitalaria—
Le replica Iniol. Y Gerant dice:
—Muchas mercedes, venerable amigo;
Y a condición que en vuestra franca mesa
No sirvan gavilán, prometo hacerle
Todo el honor que cumple al apetito
De doce largas horas a caballo
Y en ayunas.
El Conde, suspirando
Y a la vez sonriendo:—Por más grave
Causa que vos, le dice, aquí nosotros
Al gavilán, a ese ladrón, odiamos:
Y así seguro, hasta de oir su nombre,
Podéis estar, a no querer vos mismo.

Entra Gerant al patio del castillo
Y su corcel para pasar destroza
Las ásperas estrellas de los cardos,
Que de las losas por las anchas grietas
Nacen espesos. Deplorable aspecto
Presentaba la fábrica: partido
Un arco allí se ve, de rozagantes
Helechos festonado: allá caída
Se ve una torre, cual de erguida cumbre
Desgajado peñasco y coronada
Cual los peñascos de silvestres flores:
Y aislada más allá se eleva al aire
Circular escalera, en sus peldaños
Enseñando la huella de las plantas
Que hoy no la huellan ya: pujantes yedras
Le abrazan en redor con sus fibrosos
Brazos, y trepan a formar un bosque
Allá en lo alto y por debajo asoman
Sus blancos troncos, cual nudosos cuerpos
De enlazadas culebras.
Mientras mira
Gerant estos destrozos, de repente
Por los abiertos ajimeces sale
Del salón del castillo, clara y dulce,
Una voz de mujer, la de la hija
De Iniol, Enid, dejándole encantado.

. . . .

Hablaba la canción y así decía:
«Haz tu rueda rodar, varia Fortuna,
Hazla rodar por sombra o resplandor:
Hazla rodar que yo ni a ti ni a ella
Siento ni odio ni amor.
Si tú la vuelves con voluble giro,

LA BELLA ENID Y EL PRÍNCIPE GERANT

No he de seguirla en su inconstancia yo:
Si es pequeño mi hogar, en cambio tengo
Muy grande el corazón.
Rica, a tu risa sonreí algún día;
Pobre, a tu ceño sonriendo estoy;
Bien puedes tú mudar; que yo, inmutable,
Siempre la misma soy.
Haz tu rueda volar: sombra en las nubes
Tu rueda y tú para mi mente sois:
Haz tu rueda rodar; ni a ti ni a ella
Siento ni odio ni amor».

—¿Oís? dijo Iniol: por ese canto
Del avecilla juzgaréis el nido.
Entrad, entrad.
Y entrando en la ancha sala
De artesonado techo y de paredes
Decoradas un tiempo, ve a una dama
Anciana ya, vestida de brocado,
Pero viejo y sin lustre; y junto a ella,
Como gentil capullo, que entre mustias
Hojas retoña, de carmín y nieve,
La hermosa Enid, su hija, con raído
Traje de seda.
Y al mirarla siente
Gerant su corazón enamorado.
Hubo una escena de silencio mudo,
Que en breve el Conde interrumpió diciendo:
—Enid, allá en el patio está el caballo
De este buen caballero: ve al instante
Y átale en un pesebre y dale avena;
Y ve después a la ciudad y compra
Carne y vino; que alegres celebremos
La venida del huésped: pues muy grande
Es nuestro corazón, si muy pequeño
Es nuestro hogar.—
Enid partió: a seguirla
El Príncipe se lanza; le detiene
El Conde por la banda:—No, hijo mío,
Le dice; ¿a dónde vais? Mi noble casa
No consiente, aunque pobre, que a sí mismo
Se sirva el huésped.—
Y Gerant, respeto
Sintiendo a la desgracia y la nobleza,
No insistió más.
Enid ató el caballo
En el pesebre y le dió avena, y luego
Fué a la ciudad, cruzando el puente, y vino
Seguida de un mancebo que traía,
Para obsequiar al huésped, vino y carne:
Y ella traía dulces y, en su velo,
Envuelto blanco pan. Y como el fuego
De la sala servía de cocina,
Hizo allí de comer; y cuando estuvo,
Paró la mesa y la sirvió; y sus padres
Y el Príncipe comieron, y ella, humilde
Y alegre, acudió a todo. Y encantado
Gerant, más de una vez besado hubiera
La blanca y breve mano que cogía
Para servirle el vaso o el trinchante.

Levantado el mantel, Gerant repuesto
De su fatiga y con el vino alegre,
Seguía con los ojos a la hermosa,
Noble sirviente, por doquier. De pronto
Al Conde dice:—Pero en fin, yo os ruego,
Conde y señor, que me expliquéis qué es eso
Del gavilán. ¿Quién es? ¿Cómo se llama?
Pero no, por mi fe: porque si acaso
Es ese caballero a quien he visto
Ha poco entrar en el castillo, enfrente
De la ciudad, su nombre, mal su grado,
De sus labios saber juré en mi enojo.
Gerant de Devon soy. Esta mañana
Le vió la Reina y envió a su dama
Para saber su nombre, y a un enano,
Contrahecho, ruin, que del soberbio
Iba en pos, le pregunta; y el enano
Con su látigo hirió a la noble dama,
Que se volvió llorando: y yo al inicuo
Juré ojear hasta su albergue y luego
Provocarle a combate, y su soberbia
Abatir y su nombre de sus labios
Saber mal que le pese. Desarmado
Eché tras él, pensando que en el pueblo
Podría encontrar armas; y me encuentro
Que están locas las gentes, confundiendo
El rumor de su aldea con la ola
Que retumba en el mundo; y ni atenderme
Quieren siquiera.
Si sabéis, por tanto,
Dónde hay armas, decídmelo; y si acaso
Vos las tenéis, prestádmelas mañana;
Y a faz de todos rendiré el orgullo
De ese fiero y le haré decir su nombre
Y vengaré a la Reina.—
—¡Conque tú eres
Gerant!—exclama Iniol;—¡Gerant el fuerte,
Cuyas hazañas por doquier se cuentan!
¡Bien me pensaba yo cuando te vía
Por el puente llegar, que algo muy grande
Tu aspecto revelaba!... Por tu traje
Bien debí comprender que te sentabas
A la Tabla Redonda: y no atribuyas
A lisonja mi hablar; mil y mil veces
Mi hija me oyó alabar de tus heroicos
Hechos la historia, y la escuchaba ella
Y otra vez la pedía: que tan grata
Es la idea del bien a los que tienen
El alma noble y por desdicha sufren
Miseria y mal. Y ¡qué desgracia! nunca
Una doncella tuvo pretendientes
Tales cuales mi hija: fué el primero

El vicioso Limours, que a toda hora
Crápula y vino rebosaba; y ella
Le despreció y él se marchó muy lejos.
Fué el otro mi sobrino, el maldecido
Gavilán, mi enemigo, cuyo nombre
Jamás pronuncio, el cual tan malo y fiero
Era, que nunca concederle pude
Mi tierna hija; y el villano... ¡ah! ¡siempre
Es el soberbio el más villano! esparce
Calumnia vil, de que al morir su padre
Depositó en mis manos gran tesoro
Que nunca quise devolverle: y compra
A algunos de los míos y seduce
A muchos en el pueblo, y una noche
Del cumpleaños de mi Enid, asalta
Y saquea mi casa, y de mis tierras
Me priva y mi condado; y ahí enfrente
Levanta ese castillo, donde encierra
Y castiga a mis fieles; donde, acaso,
Yo hubiera muerto en hierros, si otra cosa
De mí sintiera que desprecio... Y tanto
Mi abatimiento es, que yo a mí mismo
Me desprecio también, y no sé a veces
Si he obrado bien o mal, siendo con todos
Por demás indulgente; y no distingo
Si cuerdo o loco, si mezquino o grande
He sido: sólo sé que cuantos males
Dan sobre mí, con fortaleza sufro.—
—¡Bien dicho, alma sincera!...; pero ¡armas,
Armas!... grita Gerant; que si a la justa
Vuestro sobrino acude, su soberbia
He de humillar...—
Iniol responde:—¡Armas!
Armas tengo: aunque viejas y mohosas,
Son mías y son vuestras. Pero en vano
Me las pedís: en la cercana justa
Sólo pueden justar los caballeros
Que traen a sus damas. En el prado
Ponen dos altos pértigos; sobre ellos
Una vara de plata, y en la vara
Posado el gavilán, premio ofrecido
A la hermosura de la más hermosa.
Y todo caballero que a la justa
Viene y quiere justar, para la dama
Que trae consigo, el gavilán pretende.
Y mi sobrino, manteniendo el campo,
Justa con todos, y hasta ahora siempre
A todos ha vencido; que es muy diestro
En armas y muy duro. Y a su dama
Siempre regala el gavilán: por eso
«El Gavilán» le nombran. Vos sin dama
No podéis, mal que os pese, entrar en campo.—
Gerant, con la mirada refulgente
Y acercándose al Conde:—¡Oh, vuestra venia!—
Dice.—¡La venia de enristrar mi lanza
Por vuestra hermosa hija! noble huésped.
He visto mil bellezas; pero nunca
Vi cosa igual... Si muero, nada importa;
Limpio queda su nombre, y si por dicha
Llego a vencer... ¡así me ayude el cielo!
¡He de hacerla mi esposa!...—
El oprimido
Corazón de Iniol saltó en su pecho,
Mejores días augurando. Busca
En torno suyo a Enid; pero ella, oyendo
Su nombre, se ausentó, dejando solos
Conferenciando al huésped con sus padres.

A la mañana siguiente Enid, acompañada de su madre, se encaminó a la pradera donde estaba el palenque, en que se había de celebrar la justa; y allí esperó la llegada del príncipe y de su padre.

Y llegaron los dos: y al ver Gerante
A la divina Enid, que precedido
Le había, tal pujanza en sus nervudos
Brazos sintió, que el gigantesco trono
De Idris osara suspender, si el premio
De fuerza corporal la hermosa fuera.
Las armas de Iniol enmohecidas
Traía, y bajo de ellas revelaba
Su gentileza y su poder.
Bien pronto,
Con sus damas, andantes caballeros
Fueron llegando y numerosa turba
De la ciudad. Y luego unos heraldos
Ponen el rico gavilán de oro
Sobre un varal de plata que apoyado
En dos erguidos pértigos se vía.
Y sonó la trompeta: y el sobrino
Del Conde habló a su dama:—¡Oh, tú! le dice,
La bella de las bellas; ven y toma
El merecido prez que un año y otro
Conquisté para ti.—¡Detente! grita
Con recia voz Gerant; otra más digna
Hay de ese prez aquí.—
Con gran sorpresa
Y con mayor desdén el caballero
Se vuelve y ve a los cuatro; y como lanza
Fuego el volcán de Iule, así a su rostro
Lanzó fuego la ira que encendía
Su pecho y grita:—En buena lid vencerme
Debéis, si tanto osáis...—
En rudo encuentro
Tres veces chocan y las lanzas rompen;
Y echan pie a tierra, y las espadas sacan
Y se dan tales golpes, que el asombro
Embarga a todos; y de allá del muro
Del castillo, volviéndolos el eco,
Semejan recia lid que en sus merlones
Lidian fantasmas.
Una vez y otra
La lucha empiezan, y una vez y otra,

EL ÁRABE Y SU CABALLO



A sus hermosos caballos
Aman con pasión los árabes,
Ya en los días de reposo,
Ya en los días de combate.

Faltos de aliento, la suspenden: bañan
Sangre y sudor los fatigados cuerpos:
El combate es igual, hasta que oyendo
Gritar a Iniol:—¡Acuérdate del grande
Insulto hecho a la Reina!... Repentino
Vigor siente Gerant; con ambas manos
Coge la espada; furibundo golpe
De alto en bajo descarga a su enemigo,
Y, hendido el yelmo, herida la cabeza,
En el suelo le tiende. Allí le pone
Al pecho el pie, la espada a la garganta,
Y le dice:—¡Tu nombre!—
Y el caído
—Edirn, hijo de Nudd—con cavernosa
Voz le responde.—Confusión y rabia
Al decírtelo siento: han visto hombres
Mi caída: mi orgullo has humillado...—
—Edirn, hijo de Nudd—Gerant replica:—
Dos cosas has de hacer, si vivir quieres:
Primera: tú y tu dama con tu enano
A la corte de Arturo iréis, y puestos
De hinojos, el perdón de vuestro insulto
Pediréis a la Reina, y el castigo
Que ella os imponga, cumpliréis. Segunda:
Bienes y honor has de volver al Conde.
¡Estas dos cosas has de hacer, o mueres!—
—Ambas cosas haré; lo juro—dice
Edirn.—Nunca vencido fuí, y tú ahora
Me vences y me humillas, y en presencia
De Enid...—
Y levantándose, ambas cosas
Cumplió. Se fué a la corte, y fácilmente
Le perdonó la Reina, y en la corte
Se quedó y odió el mal, y gran mudanza
Hizo en sí mismo, y en la gran batalla
Delante de su Rey murió lidiando.

APÓLOGO

El literato árabe Tatalla Sayeghir, de la primera mitad del siglo pasado, en sus viajes por la Mesopotamia y las tierras del Éufrates, recogió, de labios de las tribus habitadoras de aquellas regiones, curiosas leyendas, anécdotas y relatos, entre los que se cuenta el siguiente apólogo, que encierra una hermosa lección moral.

A sus hermosos caballos
Aman con pasión los árabes,
Ya en los días de reposo,
Ya en los días de combate;
Por eso a Nabec, que es pobre,
Miran pequeños y grandes
Con la envidia de que objeto
Son los altos personajes;
Porque es dueño, pobre y todo,
De una joya inestimable,
De una yegua, que no tiene
En toda la Arabia nadie.
Daher es rico, muy rico,
Y se juzga miserable
Porque no tiene una yegua
Tan impetuosa y tan ágil.
Ofrece a Nabec por ella
Riquezas considerables,
Sus palacios, sus mujeres,
Sus cequíes, sus diamantes;
Pero Nabec le rechaza
Oferta tan importante,
Y Daher siente en el pecho
La mordedura del áspid,
La envidia que le atormenta,
Que consigue devorarle.
Discurre, por fin, el medio
De adquirir la joya; sabe
De Nabec la diaria ruta,
Y un día espera a que pase.
Cubre su cuerpo de harapos,
Pinta y disfraza el semblante,
Parodiando de un mendigo
La más destrozada imagen,
Y dice a Nabec, que llega:
—De este infortunado apiádate,
Que por no poder moverse
Está pereciendo de hambre.
—Puedes montar a la grupa,
Dice Nabec, si te place.
Pero contesta el astuto,
Que no acierta a levantarse.
Entonces, compadecido
Nabec, se apea al instante,
Acerca a Daher la yegua,
Monta en ella el miserable
Que, no bien se mira dueño
De la silla, cuando parte
Diciendo :—Daher conquista
Tu jaca, ¡que Alá te guarde!
—Es verdad, la has conquistado—
Dice Nabec, conformándose;—
Pero te ruego que el caso
No lo refieras a nadie,
Porque si llega a saberse,
Quizá por temor del lance,
De un mendigo verdadero
No se remedien los males.
Al oir estas palabras,
Reflexiona un breve instante
Daher, devuelve la yegua,
Y así le dice, abrazándole:
—Desde hoy quiero ser hermano
Del que da lecciones tales.
Y uno a caballo, a pie el otro
Fueron camino adelante.



LAS FLORES

Las flores que engalanan con sus alegres mat ces la aridez de la tierra, son el símbolo de las esperanzas e ilusiones que calman los dolores de la vida. He aquí el pensamiento de la poesía que sigue, de Lamartine.

¡OH Tierra, globo de podrido cieno,
En el que brotan espinosas flores!
Bendice a Dios, que derramó en tu seno
Sus brillantes colores.

Ellas nos dan el bálsamo divino
Que nos alienta en la cansada vía,
Sin él, en este mundo su camino
Nadie terminaría.

Diríamos:—« ¿Por qué, con tanto anhelo
Correr hacia la tumba desalados?
Es nuestra vida estéril. En el suelo
Sentémonos cansados ».

Pero siembra la diestra soberana
De esperanzas la senda de dolores
Que hemos de recorrer, cual se engalana
Un sudario con flores.

¡Oh pobre corazón, marchito y yerto,
Lleno un tiempo de dulces armonías,
Hoy hogar apagado y ya cubierto
Por los cenizas frías!

El fuego aviva que tan débil arde;
No apagues, no, 'a lumbre brilladora;
Al desmayar, la moribunda tarde
Los cielos aun colora.

Muere encendido en la brillante pira
De las hermosas ilusiones que amas,
Como el sol se sepulta cuando expira
Entre sus propias llamas.

FAUSTO

EL « Fausto » es la obra más famosa que nos ha legado el gran poeta alemán Juan Wolfgang Goethe.

Comenzó a escribirla en su juventud, y le dió fin después de los ochenta años. Su argumento está sacado de una vieja leyenda. Había empezado ya Goethe a ordenar las ideas que sobre ella germinaban en su mente, cuando asistió en Francfort — tenía el poeta entonces veinticinco años—al drama de Fausto, en un teatro de fantoches. Entonces fué cuando confirmó su propósito de encerrar en aquel argumento su propia vida espiritual. Fausto es la personificación del hombre que ha abarcado todo el saber humano, que ha estudiado todas las ciencias, sin conseguir saciar la sed de saber que le atormenta. Siempre inquieto, siempre en lucha consigo mismo, ávido de alcanzar las elevadas cumbres del pensamiento, de penetrar los profundos abismos de la Naturaleza, acepta la ayuda del demonio, que le promete satisfacer sus ansias de ciencia.

La obra de Goethe se divide en dos partes, de las cuales, la primera—en la que vive la suave figura de Margarita—es la más conocida y la más bella.

FAUSTO HACE UN PACTO CON EL DIABLO

Mientras los himnos angélicos resonaban en el cielo, alabando las obras del Creador, Mefistófeles, el ángel rebelde, se acercó a Dios y le habló así:

—Señor, yo no sé qué pensar de esos soles y esferas resplandecientes y de las demás obras vuestras, pero lo que no se me oculta es que los mortales sufren y se angustian tan dolorosamente, que no alcanzo cómo podría atormentarlos más.

—¿Conoces a Fausto?—le preguntó el Señor.

—¿Fausto, el doctor?

—Sí, Fausto, mi siervo.

—¡Vuestro siervo!—exclamó irónicamente la satánica voz.—Os apuesto a que os lo arrebato. Permitidme únicamente guiarlo por mis caminos.

—Como gustes—le respondió el Creador.—Sabes que mientras el hombre viva en la tierra te está permitido someterle a tus pruebas. Pero presumo que tus tentaciones serán infructuosas con mi siervo Fausto.

—¡Veremos!—añadió el espíritu maligno.—No tengo el más leve temor de perder la partida.

Y encaminándose a la tierra, Mefistófeles se fué en busca de Fausto.

Envejecido por los años y el estudio, estaba el doctor Fausto sentado en su habitación, atestada de pergaminos, libros, alambiques y toda suerte de aparatos químicos; se había dado a la magia y a la alquimia, en la creencia de inducir a los espíritus a revelarle los secretos de la Naturaleza.

Acercóse el invisible Mefistófeles. La luna, que penetraba en la sala por una ventana gótica, palideció y se ocultó tras las nubes, y la lámpara se cubrió de sombra.

—Espíritu—gritó Fausto—¡revélate!

Sujetó un libro de magia, que misteriosamente se había abierto en la página que contenía el signo del espíritu de la tierra, y pronunció palabras misteriosas. Repentinamente brotó del suelo una roja llamarada y en medio de ella apareció Mefistófeles.

—¡Heme aquí!—dijo.—¿Por qué tiemblas? ¿Dónde está tu valor de hace poco?

—Soy Fausto y no te temo—replicó el doctor envalentonado.

En aquel momento se oyó llamar a la puerta. Era un discípulo del doctor, llamado Wagner, de gran inteligencia, pero de espíritu tímido, que vivía en una casa contigua, y que habiendo oído hablar en alta voz al maestro venía a oirle, creyendo que estaba declamando.

Después que Fausto le hubo despedido amablemente, se halló de nuevo en su tranquila soledad. La visión del espíritu no volvió a aparecer aquella noche.

Al día siguiente, cuando Fausto volvía con su discípulo de dar un paseo por los alrededores de la ciudad, que festejaba

la solemnidad de la Pascua, vió algo que le llenó de estupor.

Wagner solamente se dió cuenta de un enorme perro que a la luz del crepúsculo se arrastraba entre los zarzales y yerbajos del camino. Pero el doctor observaba además una estela de fuego detrás del animal, y por ciertos movimientos y signos. comprendió que en aquel perro se ocultaba un espíritu maligno.

Poco después, se le reveló en la soledad de su cuarto de estudio. Había seguido el perro a Fausto hasta su habitación, y después de haber estado agazapado largo rato en un rincón, se puso a ladrar, luego empezó a hincharse hasta parecer un hipopótamo, con ojos de fuego, y, finalmente, se esfumó en gris niebla; en el fondo de la chimenea apareció Mefistófeles en figura de estudiante.

—¿Quién eres?—le preguntó Fausto estupefacto y aterrado.

—Soy el espíritu que niega perpetuamente. Mi elemento es cuanto vosotros los hombres llamáis destrucción, pecado, muerte y mal.

A pesar de la malignidad del diablo, su sabio razonar le pareció sobrenatural e interesante al doctor. Calló Mefistófeles y un enjambre de trasgos y diablillos, evocados por el diablo, llenó la estancia de peregrinas figuras.

EL PACTO DE FAUSTO CON MEFISTÓFELES

Algunas noches después, tornó Mefistófeles a visitar a Fausto.

—Ea, doctor—le dijo:—vístete y sal conmigo a probar las dulzuras de la vida.

—¡Pobre de mí!—replicóle Fausto,—soy demasiado viejo para gozar de los placeres del mundo. Para mí no hay más que tedio y amarguras y no deseo sino morir.

—Ven conmigo—repuso Mefistófeles—y verás cómo sé hacerte alegre la existencia. Te acompañaré por todas partes; seré, si así gustas, tu siervo.

—¿Y con qué condición? Dímelo claramente, pues notorio es que si el diablo ayuda no es por amor de Dios.

—Pues bien—respondió Mefistófeles,—estaré continuamente a tu servicio en este mundo. Mas en el otro, comprende que tú harás otro tanto conmigo.

—El otro mundo no me preocupa—replicó Fausto con resolución.—Acepto, pues. Si eres capaz de calmar mis ansias locas, y puedes hacer que yo diga al fugaz instante: «Detente!, ¡cuán bello eres!» soy tuyo; encadéname y arrástrame contigo a los abismos; seré tu esclavo eternamente.

El pacto fué redactado y firmado con una gota de sangre.

MEFISTÓFELES LLEVA A FAUSTO ENTRE GENTE DIVERTIDA, MAS NO LOGRA DISTRAERLO

El primer lugar a donde el diablo condujo a Fausto, para hacerle disfrutar de la vida alegre, fué una célebre taberna de Leipzig, en la que una bullanguera reunión de jóvenes bebía y se solazaba. Pero el doctor no experimentó sino disgusto entre aquellas gentes ordinarias y alborotadoras. Ni logró Mefistófeles divertirlo cantando una canción que entusiasmó a toda la concurrencia. Visto lo cual, el diablo se puso a agujerear los bordes de la mesa y a colocar tapones en los huecos abiertos, preguntando después a cada uno qué clase de vino deseaba. Luego, trazando en el aire signos extraños, dijo:

—Señores míos, no os maravilléis, si esta mesa empieza a dar vino. ¿No es la vid de madera? No obstante, produce la uva. Vamos, pues, quitad los tapones.

Cada cual sacó el que tenía delante, y bebió cuanto vino quiso. Pero habiendo dejado derramar uno de los bebedores el vino por el suelo, brotó de éste una gran llama. El bebedor había observado que el desconocido caballero, que obraba aquellos prodigios, cojeaba de un pie, y echó mano a su daga para arrojar de allí al embrujado personaje. Pero Mefistófeles turbó las mentes de aquellos hombres con fantásticas imágenes. Parecíale a cada uno hallarse en una viña abundante en racimos, y creyendo cogerlos, tirábanse unos a otros de las narices.

Cuando volvieron a la razón, Mefis-

tófeles había desaparecido, llevándose a Fausto en brazos, por los aires.

FAUSTO BEBE EL FILTRO DE LA JUVENTUD Y VE LA IMAGEN DE MARGARITA

Descendieron luego a la cocina de una bruja, la cual podía devolver a Fausto la juventud necesaria para gozar de la vida en la plenitud de sus alegrías.

—Estas brujerías y sortilegios me repugnan — observó Fausto. — ¿No se podría obtener de un espíritu bueno el bálsamo que necesito? ¿No hay otro medio de volver a la mocedad?

—Sí—respondió Mefistófeles.—Sal al campo, cava la tierra, encierra tu espíritu y tu cuerpo dentro de la valla de tu voluntad: sé parco y sencillo en tu mesa; sólo así serás joven hasta los ochenta años. Pero tal regimen no se adaptaba al carácter y naturaleza del doctor Fausto.

—Entonces—concluyó el diablo—no nos quedan más que los sortilegios.

CÓMO FAUSTO VIÓ A MARGARITA

La tenebrosa estancia, de cuyo centro pendía una hirviente caldera, emanando de su vapor extraños fantasmas; la mona que espulgaba a sus pequeños, en un rincón; extraños arneses que colgaban de las paredes, y las bromas que Mefistófeles cambiaba con los trasgos y duendes que corrían por los techos, todo inspiraba a Fausto tedio y repugnancia. Al mirar a su alrededor, vió en un espejo que tenía delante, una fascinadora imagen: una joven de maravillosa belleza, que le pareció la obra más amable de la creación.

Cuando se le acercó la hechicera a darle el filtro y Fausto lo hubo bebido, sintió correr por sus miembros el vigor y fuego de la juventud; quiso, en un ímpetu de júbilo, abalanzarse al espejo; pero la deliciosa aparición había desaparecido.

—Cálmate—le dijo Mefistófeles;—dentro de poco la verás en carne y hueso.

Así fué; momentos después, transformado Fausto en joven y esbelto doncel, dirigía palabras lisonjeras a una tímida jovencita de cabellos rubios, que pasaba a su lado y que en todo se parecía a la mágica visión del espejo. Era una doncella de catorce años, de condición modesta, llamada Margarita. Al principio ella esquivaba las protestas de afecto de aquel joven, que de tan noble cuna parecía; mas el apuesto caballero la obsequiaba con tan valiosos dones y acariciaba sus oídos con tan ardientes palabras, que, al fin, ganó el ingenuo corazón de la niña. Pero ¡oh dolor! desde aquel momento Margarita perdió la dulce serenidad de su alma, las puras alegrías de la inocencia, y de infortunio en infortunio, cayó en la más espantosa desolación.

MARGARITA MUERE ABANDONADA

Fausto había dado a Margarita un licor, suministrado por su maldito amigo; unas cuantas gotas bastaban para provocar un sueño profundo, y así, cada vez que el enamorado joven acudía a ver a su amada, ésta propinaba aquel brebaje a su madre para que, adormecida, quedase ignorante de sus galanteos. Un día, la anciana no se despertó de aquel letárgico sueño.

Margarita estuvo a punto de morir de dolor; pero otra desventura más cruel la esperaba. Volvió su hermano del servicio de las armas y, sorprendiendo cierta noche debajo del balcón de Margarita a Fausto y Mefistófeles que le cantaban una serenata al son de la guitarra, se echó sobre ellos espada en mano, pero cayó atravesado por el puñal de Fausto, cuya mano había guiado el demonio.

Acudió la gente: Fausto y su misterioso compañero desaparecieron, y Margarita quedó sola con su desesperación.

El doctor fué llevado por el diablo a la montaña Haftz, donde presenció la noche del Walpurgis, en que un regimiento de brujos y brujas, espíritus, diablillos y fuegos fatuos, batallaban con infernal algarabía.

Cuando cesó esta lúgubre visión, el pensamiento de Fausto tornó a Margarita: a toda costa deseaba que Mefistófeles le condujese a ella. Hízolo éste así, pero el desventurado Fausto hallóla con la razón perdida, en fuerza de sufrir, y próxima a la muerte.

Rechazando al amado, levantó la moribunda los ojos al cielo e invocó al Señor y a sus ángeles. Luego expiró.

—¡Está condenada!—gritó el demonio, abalanzándose sobre ella.

—¡Se ha salvado!—entonó una voz desde lo alto.

Y los coros celestes cantaron hosanna.

MEFISTÓFELES CONDUCE A FAUSTO A LA CORTE

Había prometido Mefistófeles a Fausto que, después de haberle llevado entre la gente del pueblo, le introduciría en el gran mundo.

Sin más tardar, le condujo y presentó a la corte imperial.

Cundía por entonces un general descontento por la falta de dinero. Mefistófeles sugirió al monarca la institución del papel moneda que, naturalmente, debía responder a un depósito metálico encerrado en la caja del Estado; mas no existía tal reserva. Mefistófeles lo había previsto todo.

—« Hago saber — se leía en los billetes—que este papel vale mil coronas; de garantía sirven los tesoros enterrados en el suelo del Imperio ».

MEFISTÓFELES LLEVA LA FELICIDAD AL PAÍS

Esta innovación levantó gran entusiasmo. Los alcaldes no tardaron en hacer público que las deudas estaban saldadas y los acreedores satisfechos. Los generales se felicitaban de que los soldados hubiesen recibido sus pagas con gran contentamiento. El gran Tesorero, o ministro de Hacienda, había hecho estampar innumerables billetes de diverso valor, y la ciudad, ya próxima a la ruina, se sentía feliz. Asombrado estaba el emperador de que sus súbditos otorgaran a unos pedazos de papel el valor del oro puro; mas persuadido de que todo iba viento en popa, se dió por muy contento de otorgar curso legal a la nueva forma de moneda.

MEFISTÓFELES EVOCA LA IMAGEN DE HELENA Y FAUSTO SE ENAMORA DE ELLA

Gozaban el diablo y su protegido de grandísima consideración en la corte. Un día tuvo el emperador un extraño antojo. Quiso que Fausto evocase ante él a Helena, la maravillosa reina de Esparta, causa de tan larga guerra entre griegos y troyanos, y asimismo a Paris, que la había raptado a su esposo Menelao.

La empresa no era fácil. Estaba el diablo muy a su placer entre espectros, magos y enanos, pero sentíase extraño en el mundo helénico y no podía obrar a su gusto.

No obstante, con alguna fatiga, logró hacer aparecer a la bellísima griega y al gallardo joven troyano.

Grandes fueron el estupor, la admiración y los comentarios de toda la corte. Pero más que ningún otro, Fausto quedó extasiado ante la dulcísima imagen de Helena. Jamás había visto tanta gracia, jamás tal perfección de formas. Cuando Paris se acercó a la reina griega e hizo ademán de raptarla, Fausto se lanzó sobre él, gritando fuera de sí:

—¡Loco temerario! ¡Detente! Yo la salvaré. ¡No puedo vivir sin ella!

Pero en el mismo instante los dos fantasmas se separaron y se resolvieron en niebla. Un terrible estampido destruyó la escena y dispersó al os concurrentes. Entre el tumulto y las tinieblas, Fausto se asió del os hombros del demonio, el cual se lo llevó a un *precipicio.*

EL PEDANTE WAGNER CREA EN EL LABORATORIO EL « HOMÚNCULUS »

De allí lo trasportó adormecido a su antiguo cuarto de estudio. En él estaba el pedante Wagner, inclinado sobre los hornillos del laboratorio, teniendo en la mano una ampolla, dentro de la cual resplandecía algo como una luz tranquila y pura.

—Os saludo—le dijo Mefistófeles.

—Silencio — murmuró Wagner sin levantar los ojos de su trabajo;—está para realizarse una obra maravillosa.

—¿Cuál?—preguntó el diablo.

—Un hombre va a nacer.

El cristal de la ampolla despidió un sonido vibrante. La turbia mezcla de su interior se aclaró, se encogió, componiendo una forma precisa: un hombrecillo bien proporcionado se agitaba gesticulando en el fondo de la ampolla.

—Buenos días, padre—dijo a Wagner. Luego, volviéndose a Mefistófeles:

—Albricias—le dijo,—primo mío. Ya que he venido al mundo, estoy a tu disposición.

Luego « Homúnculus » guió a Fausto y a Mefistófeles a ver la clásica noche del Walpurgis, en Tesalia. Tratábase de cosa completamente nueva para el diablo, quien tan sólo conocía los románticos fantasmas y la endiablada lucha de la montaña Hartz; era ésta una nueva noche de fabulosas criaturas del mundo pagano: esfinges, sirenas, cisnes, grifos, ninfas y centauros.

FAUSTO VE A QUIRÓN Y A HELENA

Caminaba Fausto maravillado por el sagrado suelo de la Grecia, buscando a Helena por todas partes.

—¿Habéis visto a Helena?—preguntó a las esfinges.

—Cuando vivíamos, ella no estaba en el mundo—le respondieron. Interroga al centauro Quirón, que galopa por estos campos en esta noche de fantasmas.

A lo lejos sesoía el galopar de un caballo que se acercaba y, momentos después, aparecía el erguido busto del docto y sabio centauro.

—Detente, Quirón—le gritó Fausto.

—No puedo detenerme—le respondió aproximándose a él.—¿Qué quieres?

—Al menos refrena tu carrera.

—No puedo.

—Entonces llévame contigo.

—Monta inmediatamente.

Saltó Fausto sobre el centauro y le preguntó por Helena.

Sí, el centauro la había conocido; la había llevado sobre su grupa; mas tanto tiempo hacía, que no sabía cómo ni dónde encontrarla.

Ocurriósele entonces llevar a Fausto al templo de la profetisa Manto.

Entretanto, Mefistófeles, después de haber vagado entre todas las maravillosas criaturas del mundo helénico, había trabado conocimiento con las horribles Forcidas, las cuales tenían un ojo en común y se lo pasaban para observar al recién llegado. Elogiando con falsos galanteos la belleza de las tres hermanas, el diablo consiguió le prestasen uno de sus amuletos. Con él se dirigió a Esparta, a la corte del rey Menelao, y con su mágica virtud pudo conducir Helena a Fausto. Así satisfacía una vez más el ardiente deseo de su protegido.

FAUSTO QUIERE UN SEÑORÍO

Pero la nueva felicidad de Fausto no duró largo tiempo. Helena le abandonó para descender al oscuro reino de Perséfone, y Fausto fué llevado por los aires y colocado en el suelo de su patria, al borde de gigantes rocas.

Una bota de siete leguas cayó delante de él; y momentos después la compañera. Mefistófeles saltó con ellas de aquellas alturas y, hecho esto, las enormes botas se alejaron misteriosamente.

—¿Qué quieres ahora?—le preguntó Mefistófeles—¿nada te agrada en este mundo?

—Sí—respondió Fausto;—me seduce algo grande. Quiero un señorío.

—Bien pensado. Una gran ciudad populosa, industrial y rica. Y tú, honrado y respetado de todos...

—No—dijo Fausto, dudando.

—Entonces un soberbio castillo con magníficos jardines...

—Tampoco...—repuso Fausto.

—Entonces, ¿qué?

—Siento dentro de mí las fuerzas necesarias para una gran empresa. Quiero conquistar una corona. El honor sin méritos no tiene valor. Gobernar un pueblo es la mayor gloria. Pediré al emperador un vasto feudo a lo largo de las orillas del mar, donde éste rompe sobre la tierra. Construiré poderosas murallas y obligaré a las olas borrascosas a retroceder y a los tristes pantanos a ser fértiles regiones, pobladas de ciudades. No hagas muecas, demonio, quiero luchar y vencer.

EL EMPERADOR OTORGA UN FEUDO A FAUSTO

—¡Una fruslería!—exclamó Mefistófeles.—No obstante, procuraré contentarte. Justamente la ocasión es propicia. El emperador está en guerra y lucha con desventaja. Hagamos por salvar su trono, y luego tú, doblando la

rodilla en tierra, recibirás como feudo un territorio inmenso.

—Sea así—repuso Fausto:—venzamos en la batalla.

—Para ello me valdré de todo mi poder; la honra será para ti, que serás el general en jefe.

El diablo mantuvo su promesa. Con tres colosales guerreros que hizo salir de la montaña, aseguró la victoria al emperador, el cual asignó a Fausto el país que éste deseaba a lo largo del mar.

FAUSTO POSEE RIQUEZAS Y DOMINIOS, PERO NO LA PAZ Y ALEGRÍA DEL ESPÍRITU

Pasaron muchos años. Las desoladas comarcas vecinas al mar se habían prodigiosamente transformado en cultos y ricos campos, poblados de casas. Fausto, viejo ya, paseaba lentamente por su magnífico parque. El sol caía en el ocaso; las últimas naves entraban presurosas en el puerto; y la frente de Fausto estaba preñada de hondas preocupaciones. El tañido de una campana en la colina le irritaba y le ponía inquieto. ¡Aquel pedazo de tierra, allá abajo, donde habitaban dos viejecitos en su humilde cabaña, junto a una pobre iglesia, aquellos pocos árboles que no le pertenecían, le amargaban la alegría de su gran poderío!

En un abrir y cerrar de ojos Mefistófeles redujo a cenizas la cabaña.

—Yo no quería un crimen—replicó Fausto indignado.—Repruebo y maldigo ese acto brutal;—y se alejó, absorto de nuevo en sus pensamientos.

Llegó la media noche. Cuatro sombras grises de mujer avanzaron hacia el palacio. Eran la Miseria, la Culpa, la Necesidad y la Inquietud.

Al llegar a la puerta, observaron.

—Aquí habita un rico.

Tres de ellas prosiguieron su camino, pero la Inquietud entró y se quedó en el castillo.

—¡Qué hermoso sería—pensaba Fausto entre tanto—si yo fuese un hombre sencillo; si nunca hubiese osado penetrar en la tinieblas, para maldecir de mi existencia y de mí mismo! La tierra es lo suficiente hermosa para que el hombre humilde encuentre en ella la felicidad. Yo en cambio estoy continuamente atormentado por negros pensamientos.

FAUSTO CIEGO

Cuando así discurría Fausto, vió a la mujer gris a su lado y quiso rechazarla; pero la Inquietud le sugirió:

—¿No quieres reconocerme? Pues bien ¡mi maldición caerá sobre ti! Vivirás ciego entre los mortales.

Y, al decir esto, le sopló en el rostro, y Fausto perdió repentinamente la vista.

—¿Qué me pasa?—exclamó Fausto.—La noche desciende tétrica ante mis ojos; mas ¡dentro de mí veo brillar una luz clara! Ea, siervos, al trabajo: « ¡que en una hora se realice por entero la obra que mi mente ha ideado! ¡Cuando estén desecados estos pantanos, y una población viril y trabajadora pueble estas comarcas, que serán entonces fecundas, yo viviré libre entre gente libre, y podré decirle al instante fugaz: « ¡Detente!, ¡cuán bello eres! » Ya me parece gozar de esa inefable alegría ».

FAUSTO MUERE, MAS EL DIABLO NO VENCE

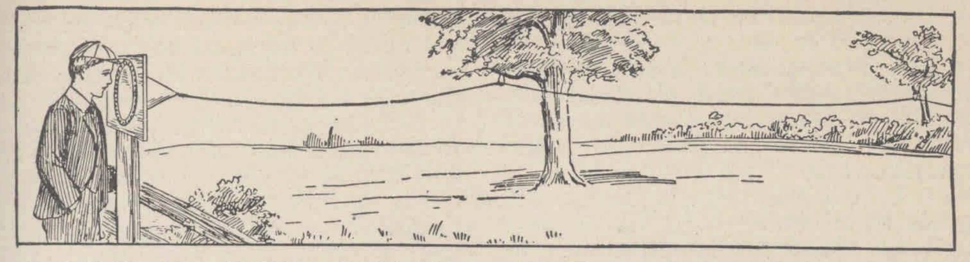
Fausto había pronunciado las palabras secretas del pacto.

Al oirlas, acudió Mefistófeles con el escrito firmado con sangre, para arrastrar al abismo al alma que forcejaba por salir del cuerpo. Pero un coro de ángeles descendió de la altura y, esparciendo rosas sobre el lecho del moribundo, cantaba:

—El hombre que trabaja y se afana sin descanso por un ideal, es digno de absolución.

Así los espíritus celestes se apoderaron del alma de Fausto, a despecho del furioso demonio. No obstante sus pecados y el sacrílego pacto concertado con el diablo, Fausto había conservado la nobleza de ánimo, y en el trabajo y en las aspiraciones de su mente, había siempre intentado hacerse cada vez más independiente de su perverso compañero.

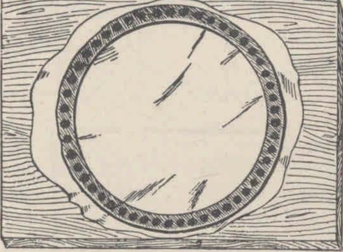
Por esto, en el último instante, la divina piedad le había sonreído.



MODO SENCILLO DE CONSTRUIR UN TELÉFONO

EL construir un teléfono verdadero es tarea bastante difícil; pero podemos hacer un teléfono muy sencillo con objetos muy vulgares, que nos permitan hablar, en favorables condiciones, a cuatrocientos metros de distancia.

Los materiales que hacen falta para ello son dos tablas de 35 centímetros de longitud, por 25 de ancho y unos 12 milímetros de espesor. Las obtendremos fácilmente desbaratando una caja de madera vacía y aserrando dos de sus tablas a las dimensiones indicadas. Después se practica una abertura circular, de unos veinte centímetros de diámetro, en el centro de cada una de estas tablas.

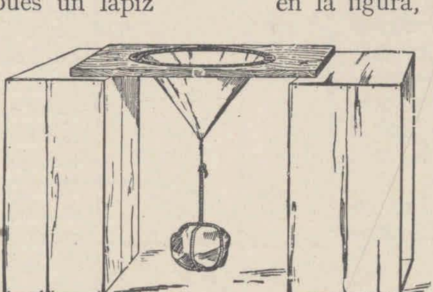


1. Manera de fijar la vejiga.

Para ello será preciso marcar esta abertura de antemano, lo cual puede hacerse fácilmente colocando sobre la tabla, boca abajo, un plato que tenga ese mismo diámetro, aproximadamente, y pasando después un lápiz alrededor de su borde. Para practicar esta abertura con el debido esmero es preciso tener una sierra de punto o un calador; pero si no disponemos de ninguno de estos dos instrumentos, podremos salir del paso haciendo orificios con una barrena pequeña alrededor del círculo trazado, tan próximos unos a otros como nos sea posible, después de lo cual nos será fácil hacer con un formón la abertura circular. Hecho esto, quedan listas las tablas, y podemos dedicarnos a preparar las restantes partes de nuestro teléfono.

2. Botón y alambre.

Ahora necesitamos dos vejigas frescas de buey. Se inflan bien, se atan con un hilo perfectamente sus cuellos y se las deja que se estiren durante algunos días, procurando, empero, que no se sequen. Cuando se han estirado bien se les cortan los cuellos y se remojan en agua caliente, hasta que se ponen blandas y fácilmente plegables. Entonces se colocan extendidas sobre los agujeros de las tablas que tenemos preparadas, y de modo que la parte exterior de la vejiga descanse sobre la madera. Debe cuidarse mucho de que no formen pliegues y de no estirarlas más en un sentido que en otro. Se toman a continuación unas tiras estrechas de cuero, y se clavan con tachuelas alrededor de los agujeros por encima de las vejigas, como se ve en la figura, 1, con lo que quedarán estas últimas fuertemente aseguradas a la tabla. Las tachuelas deben tener la cabeza muy ancha y han de remacharse completamente en las tablas. Las tiras de cuero podemos recortarlas de las cañas de unas botas viejas. Después de fijadas en sus tablas las dos vejigas, se recortan las partes de éstas que rebasan las tiras de cuero.



3. Manera de estirar la vejiga.

Tómese después un botón y amárresele un alambre muy fino, pasándolo por dos

de sus agujeros, como se ve en la figura 2, y retorciéndolo de modo que no pueda zafarse. Practíquese un orificio en el centro de cada vejiga, pásese por él este alambre, suspéndase de sus extremos una pesa de unos tres kilos o una piedra de un peso aproximadamente igual, y colóquese la tabla en una posición tal que este peso penda en la forma que se observa en la figura 3. Practíquese la misma operación en la otra vejiga, y déjeselas en esta posición al sol hasta que se sequen y endurezcan.

Resta sólo fijar ambas tablas y vejigas a cierta distancia y ponerlas en comunicación por medio de un alambre fino de cobre o hierro, que se conecta a los dos trozos unidos y a los botones, siendo necesario, cuando la distancia es muy larga, sostenerlo de trecho en trecho, lo cual puede conseguirse mediante lazadas de cuerda atadas a las ramas de los árboles o a postes. Hecho esto, podremos hablar en uno de los aparatos y se oirán las palabras distintamente en el otro. Es preciso hablar muy cerca de la vejiga. Para llamar a la otra estación bastará golpear con la contera de un lápiz la vejiga de nuestro aparato.

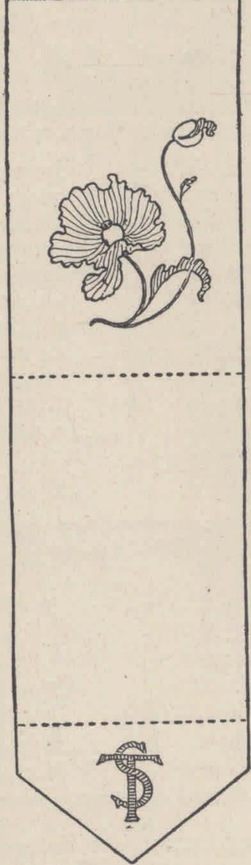
PRECIOSA BOLSA PARA LOS PEINES Y EL CEPILLO

CADA niña debiera desear que fuera su habitación tan bonita como cabe en lo posible, lo que conseguirá fácilmente dedicando a hermosearla un poquito de tiempo y atención. Con alguna paciencia puede convertirse una habitación fea en el más lindo cuartito. Los objetos de tocador tienen tanta importancia en un dormitorio, que hoy vamos a aumentar su número en forma de una hermosa bolsa para el cepillo y los peines.

Existen varias clases de dichas bolsas, y pueden hacerse de mil maneras distintas. Con un trozo de nansú blanco, que os costará muy poco, podéis hacer una bolsa muy linda y práctica, pero la de hoy va a ser mucho más elegante. Su confección será algo más complicada y exigirá más tiempo; pero seguramente daréis por bien empleado vuestro trabajo cuando la veáis concluída. Ya veréis cómo os causa más satisfacción que si hubierais comprado en la tienda la más preciosa bolsa.

La que vamos a hacer hoy no costará mucho, ni es difícil tampoco su trabajo.

En primer lugar habéis de proporcionaros un pedazo de raso blanco que mida unos 80 centímetros de largo por 20 centímetros de ancho. Hilvanad con cuidado los bordes con algodón blanco para que no se deshilache mientras trabajáis. En uno de los extremos dibujad un ramo de flores, a una distancia de 8 centímetros aproximadamente del borde; el ramo debe medir unos 15 ó 16 centímetros. Trazad las flores con sus tallos y hojas, pero si no dibujáis podéis comprar un modelo que calcaréis luego en el raso.



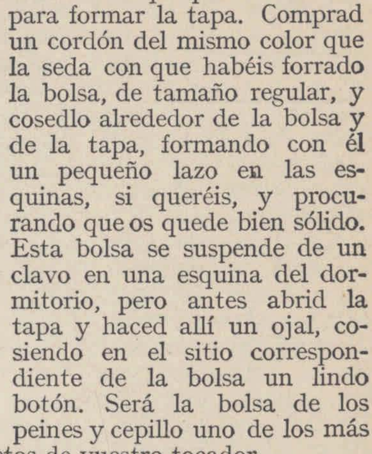
Patrón para la bolsa.

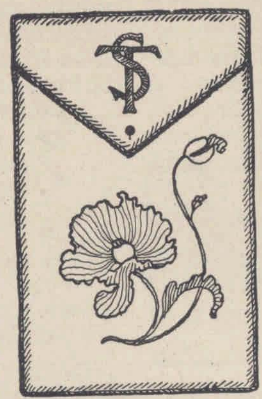
Para ello asegurad con alfileres el modelo sobre el raso, después de haberlo colocado en la posición conveniente, y de haberos cerciorado de que el lado brillante del papel está tocando el raso. Pasad luego por encima una plancha caliente, pero no debe serlo en exceso, porque estropearía el raso, ni tampoco demasiado fría, en cuyo caso el dibujo no quedaría señalado. Quitad los alfileres y levantad el modelo, cuya reproducción hallaréis en el raso.

Si no queréis que os dé esta labor demasiado trabajo, podéis limitaros a bordar con cordoncillo el contorno de las flores con sus hojas, pero saldrá mucho más bonita si bordáis enteramente el ramo. Tened cuidado sobre todo de que no sean demasiado largas las puntadas, porque se encogería el raso. Al terminar las flores, dibujad vuestro monograma o iniciales enlazadas en el otro extremo, a unos 4 centímetros

de distancia de la parte inferior, y luego bordadlo.

Quitad ahora el algodón con que habéis hilvanado los bordes, y recortad en punta o dándole forma redondeada el extremo del raso en que está el monograma.





La bolsa terminada.

Tomad ahora un pedazo de seda de igual forma y tamaño que el raso y colocadlos uno sobre otro, cuidando de que quede dentro el bordado. Hilvanadlo junto todo alrededor, excepto el extremo en que habéis bordado las flores, y cosedlo después a mano o a máquina.

Si empleáis la máquina, tened cuidado de que no se encoja al coserlo. Esto se evita cosiendo con vuestra labor un pedazo de papel, que se arranca después.

Volved el forro de la bolsa del otro lado, que se vea el bordado. Doblando algo el extremo del raso y de la seda cosedlo primorosamente con *repulgo* o punto por encima.

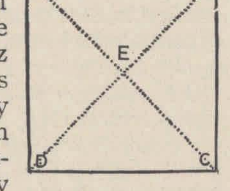
Formad un pliegue en el extremo del raso que tiene el ramo de flores, de unos 30 centímetros, de modo que se correspondan exactamente los lados. Cosedlos con *repulgo* también, poniendo en ello gran cuidado, y al terminar tendréis una bolsa con un extremo suelto que puede doblarse para formar la tapa. Comprad un cordón del mismo color que la seda con que habéis forrado la bolsa, de tamaño regular, y cosedlo alrededor de la bolsa y de la tapa, formando con él un pequeño lazo en las esquinas, si queréis, y procurando que os quede bien sólido. Esta bolsa se suspende de un clavo en una esquina del dormitorio, pero antes abrid la tapa y haced allí un ojal, cosiendo en el sitio correspondiente de la bolsa un lindo botón. Será la bolsa de los peines y cepillo uno de los más útiles objetos de vuestro tocador.

También podemos hacerla enteramente blanca si lo preferís, ejecutando el bordado con seda lavable o algodón *perlé* blanco, y colocando el cordón de este mismo color. Producirá así también muy lindo efecto.

MANERA DE CONSTRUIR UNA CAJA DE PAPEL

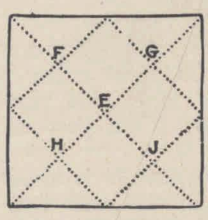
CUALQUIERA que sea algo mañoso puede construir fácilmente una caja del material mencionado. Tómese para ello una hoja de papel, ni muy delgado ni muy grueso; del tamaño de esta página será muy a propósito. Hágasela cuadrada a continuación, para lo cual bastará doblarla en la forma que vemos aquí, y cortar la parte que no cubre el doblez, y el trozo que queda será exactamente cuadrado.

Ya tenemos doblado el papel diagonalmente, es decir, de esquina a esquina. Márquese bien el doblez, oprimiéndolo con los dedos; desdóblese luego, dóblese otra vez diagonalmente sobre las otras dos esquinas, y márquese también bien el doblez. El papel quedará ahora cuadrado y con dos rayas señaladas como en esta figura.



Fijémonos bien en las letras de ésta para poder entender fácilmente lo que es preciso hacer. Con este fin, llamaremos A, B, C, y D a las esquinas y E al centro. Dóblense ahora los cuatro ángulos de manera que sus esquinas toquen al centro, y quedará el papel como vemos en esta figura.

Tendremos de esta suerte un nuevo cuadrado también, pero mucho más pequeño que el primero. Oprímanse bien los dobleces a fin de que queden bien marcados; y, al abrir el papel, presentará las rayas que vemos señaladas con las líneas de puntos en esta figura. Las letras F, G, H y J marcan los puntos en que los dobleces se cruzan.



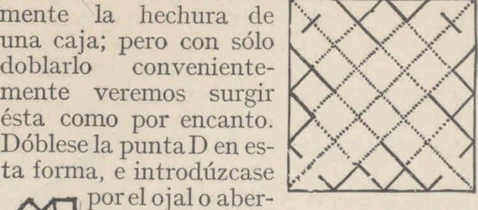
Si se dobla otra vez el papel, de suerte que la esquina A se apoye sobre el punto J, como se ve en la figura, formaremos

otro nuevo doblez y obtendremos otros análogos doblando la esquina B sobre H, la G sobre F, y la D sobre G.

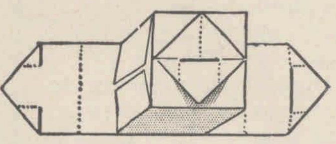
Si deseamos tener otros cuatro dobleces más, podremos obtenerlos doblando A sobre F, B sobre G, C sobre J, y D sobre H. El papel presentará ahora el aspecto que vemos en esta figura.

Cada uno de estos dobleces es necesario para hacer la caja, aunque al contemplar el papel tal como está en la actualidad, no nos hagamos cargo fácilmente del objeto de cada uno de ellos. Pero vamos a ver ahora mismo para qué sirven.

Tómense unas tijeras y córtense las líneas señaladas en la figura con trazos gruesos y continuos. El papel que resulte no tendrá ciertamente la hechura de una caja; pero con sólo doblarlo convenientemente veremos surgir ésta como por encanto.



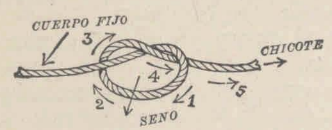
Dóblese la punta D en esta forma, e introdúzcase por el ojal o abertura inmediata a B. Dóblense después hacia dentro las lengüetas de los costados y tendremos formado esto:



Dóblese la punta C, e introdúzcase por la abertura próxima a A, y la caja está terminada. Si hemos hecho con esmero todas estas operaciones, la caja resultará perfectamente regular.

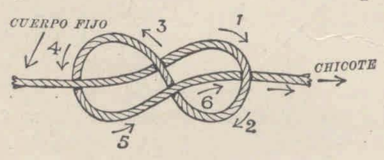
CÓMO HACEN LOS MARINOS LOS NUDOS

NO todos los niños pueden ser marinos; pero aunque no lo sean, nunca está de más que posean ciertos conocimientos que suelen casi siempre ser en extremo interesantes. Vamos a enseñarles la manera de hacer la mayor parte de los nudos y vueltas de uso más frecuentes a bordo, y de empalmar o *ayustar* un cabo con otro. Para ello sólo necesitamos unos cuantos trozos de cuerda, un bastón o una barra de madera o de metal que haga las veces de lo que llaman los marinos pasador o espeque, que se emplea para algunos nudos y vueltas, y un poco de atención.



Medio nudo.

El más sencillo de todos se llama *medio nudo.* Como se ve en la figura, la extremidad del cabo se llama *chicote,* la parte contraria del mismo *cuerpo fijo,* y el rizo o aduja que queda entre ambas, *seno.* Conviene no olvidar estos nombres, pues los hemos de usar con frecuencia al describir la manera de hacer los diversos nudos. Algunos de éstos se hacen con un solo chicote del cabo, en tanto que para hacer otros se necesitan los dos chicotes del mismo, o bien dos cabos, y en este caso tenemos siempre dos cuerpos fijos y dos chicotes. El rizo o aduja que forma un cabo se llama seno en términos marineros, como ya dijimos antes. Nótese además que en



Nudo doble.

las figuras que insertamos aparece una cifra pequeña al lado de cada flecha. Estas flechas indican la dirección en que hemos de mover el chicote del cabo para formar el nudo o vuelta, y debemos seguir las flechas guiados por el número que tienen a su lado —el 2 después del 1, el 3 después del 2, etc.

El siguiente se denomina *doble nudo,* y tiene, como vemos en la figura, la forma de un ocho. Para hacerlo se pasa el chicote por el cuerpo fijo, hasta darle una vuelta completa; después se pasa de abajo para

arriba por el mismo cabo, y últimamente por el seno que forma.

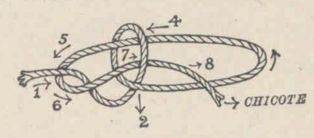
Luego viene lo que llaman *vuelta de escota* los marinos. Para ella nos harán falta dos cabos o los dos chicotes de uno mismo. Se forma con uno de ellos un seno, por él se pasa el otro chicote, se le da vuelta



Vuelta de escota.

alrededor de los dos cabos que forman dicho seno, y se pasa después por debajo de sí mismo, quedando dicho chicote mordido entre su propio cabo y el seno formado por el otro, y no pudiendo resbalar, por tanto.

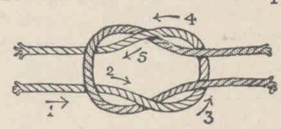
El siguiente se denomina *as de guía*, y es algo más difícil de hacer que los ya descritos. Se empieza por formar un anillo con el cabo a cierta distancia del chicote, se



As de guía.

mete éste por dicho anillo, de abajo para arriba, y después se pasa por detrás del mismo cabo y por el anillo de arriba para abajo. El examen de las flechas nos ayudará a comprenderlo.

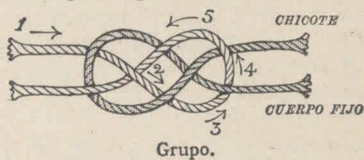
Viene después el nudo probablemente más útil de todos, el cual se llama *nudo llano de envergue* y se usa para unir o ayustar dos cabos o los dos chicotes de un cabo Para hacerlo se forma un seno con uno de ellos trayendo hacia atrás el chicote hasta que quede adosado a su correspondiente



Nudo llamado de envergue.

cuerpo fijo, y se pasa después el otro chicote por este seno de abajo para arriba, se da vuelta con él a las dos partes del otro y se vuelve a pasar de arriba para abajo por el seno. Otra manera de hacer este nudo es pasar el primer chicote alrededor del segundo, traerlos después los dos hacia atrás hasta adosarlos a sus respectivos cuerpos fijos, pasando antes el uno alrededor del otro de tal modo, que ambas partes de cada uno salgan del seno formado por el otro en la misma dirección. Si no se tiene cuidado, un chicote saldrá por arriba y otro por abajo del seno, formando lo que llaman despectivamente los marinos un *nudo de costurera*, que con facilidad se deshace.

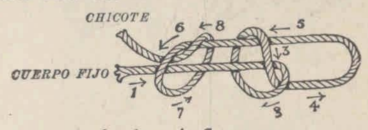
La siguiente figura representa lo que se llama *gorupo* o *grupo*, que es también bastante complicado. Se hace con dos cabos o con los dos chicotes de un cabo. Se forma un seno con el chicote número 1, se pasa en seguida por el chicote número 2,



Grupo.

sobre el chicote número 1, alrededor del cuerpo fijo de este mismo, sobre el cuerpo fijo del número 2 y de nuevo a través del seno, saliendo cada uno de ellos por el lado contrario del seno. Para hacerlo se debe seguir escrupulosamente la figura.

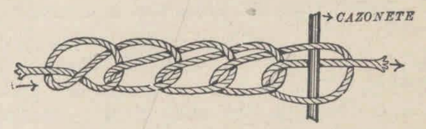
Viene después el *as de guía flamenco*, que se hace con un chicote solo. Se hace pri-



As de guía flamenco.

mero un *ahorcaperros* y después, con el chicote, se da medio nudo alrededor del cuerpo fijo, por encima del seno formado.

La figura inmediata forma lo que llaman los marinos *nudo de cadeneta y cazonete*, que es, realmente, una serie de ahorcaperros. El cazonete es la barra que se pasa por el último seno. La cadeneta se hace forman-



Nudo de cadeneta y cazonete.

do un seno en el cabo y cruzándolo. Después se pasa la mano por dicho seno y se coge el cuerpo fijo, y tirando de él se le hace pasar por dicho seno formando otro nuevo seno, y se repite esta operación cuantas veces se desee, acabando por pasar la barra o cazonete por el último seno y por halar del chicote para tesar la cadeneta.

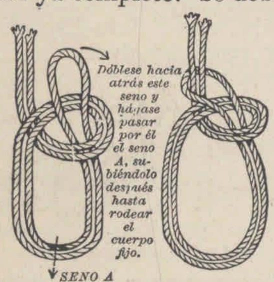
El siguiente es una *margarita*, como dicen los marinos, y se usa para acortar un cabo que amenaza romperse por algún punto. El trozo que ha sufrido la avería se dobla de manera que forme tres líneas paralelas o dos senos, y alrededor de cada



Margarita.

uno de éstos se da una vuelta mordida con el cabo. Mientras esté teso, estas vueltas no se zafan y el calabrote trabaja con toda seguridad; y cuando queramos dejar nuevamente al cabo su primitiva longitud, basta aflojarlo y quitar las vueltas dadas.

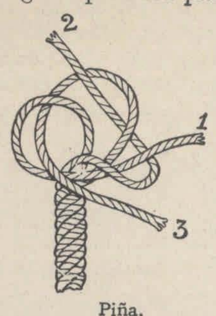
El siguiente se llama un *balso por seno*, y para que se comprenda fácilmente de qué manera se hace, insertamos dos figuras, apareciendo en una de ellas a medio hacer y en la otra ya completo. Se dobla el cabo



Balso por seno.

y se hace un seno con él doblado; se pasa luego por el de abajo para arriba el chicote doblado, se le dobla después hacia atrás y, abriéndolo, se hace pasar por el todo el seno entero y se le guía hacia arriba hasta que rodee el cuerpo fijo. La figura enseñará mejor que las palabras la manera de hacerlo.

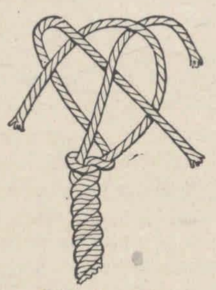
La *piña* es una manera de terminar airosamente un cabo y de evitar que se *descolche* o deshaga. Se hace en dos tiempos. Se descolchan los tres cordones de que se componen ordinariamente los cabos en una longitud de unos 20 centímetros. Asignemos a estos cordones los números 1, 2, y 3. Se forma un seno con el número 1 y se pasa el número 2 alrededor de su chicote; después se pasa el número 3 alrededor del chicote del número 2 y a través del seno formado con el número 1, y se tesan, por último, los tres cordones, alisando todo lo más posible con el dedo el nudo que resulta. Hace falta alguna práctica para que salga



Piña.

limpio; pero no es tan difícil como a primera vista parece.

La *piña de capón* es un poco más complicada. Se hace una piña como la que acabamos de describir y después se cruza el cordón número 1 por encima de su centro, y se coloca en seguida el número 2 encima del número 1 y el número 3 sobre el número



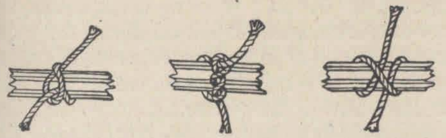
Piña de capón.

2 y debajo del número 1. Después se tesan todos, alisando los cordones con los dedos, y ya está terminada la piña.

Otra de las cosas que, como arriba dijimos, deben saber hacer todos los marinos con los cabos es tomar vueltas, que en realidad son también nudos y *ayustarlos*, es decir, hacer de dos cabos uno, empalmando sus chicotes sin formar ningún nudo, y vamos a ver al punto como se hacen ambas cosas.

La vuelta más sencilla de todas es la de la figura 1, y recibe el nombre de *cote*. Se pasa el chicote alrededor de una barra, y del cuerpo fijo después y, por último, se pasa entre el mismo y la barra. La siguiente se llama *vuelta de braza* y se hace lo mismo que la anterior, con la sola diferencia de que el chicote se pasa varias veces alrededor de sí mismo al terminar, como se ve en la figura 2.

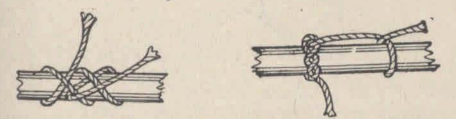
Para hacer el *ballestrinque,* que vemos en la figura 3, se pasa el chicote alrededor de la barra, se cruza por encima de la parte



1. Cote. 2. Vuelta de braza. 3. Ballestrinque.

superior, se le da otra vuelta a la barra y se pasa por entre sí mismo y esta última.

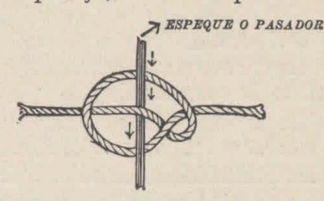
El *ballestrinque doble* se hace de un modo análogo, pero en la segunda mitad de la operación hay que dar dos vueltas a la barra y pasar el chicote por entre ambas y el palo, como se ve en la figura 4. La *vuelta de braza y cote* es una combinación



4. Ballestrinque doble. 5. Vuelta de braza y cote.

de ambas cosas, debiendo hacerse primero el cote y después la vuelta de braza con el chicote, como en la figura 5.

La *vuelta de espeque* es usada con frecuencia por la gente de mar cuando están amarrados los dos chicotes de un cabo y quieren tesarlo más. Se empieza por hacer un seno en el cabo, por él se introduce el extremo del espeque y, pasándolo por debajo del cuerpo fijo, se le saca por encima de

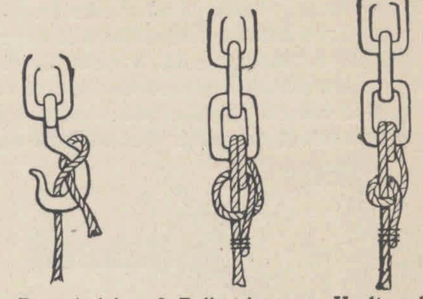


6. Vuelta de espeque.

la parte opuesta del seno, quedando como indica la figura 6. Si sacamos el espeque, el cabo queda como antes, sin nudo ni vuelta alguna.

La *boca de lobo de cabo,* de la figura 7, se usa a bordo de los buques para suspender los bultos de carga de los ganchos de las grúas, y se hace pasando el chicote de un cabo alrededor de la parte posterior del gancho y por debajo de sí mismo, teniendo cuidado de que las dos partes del cabo queden una por cada lado de aquél.

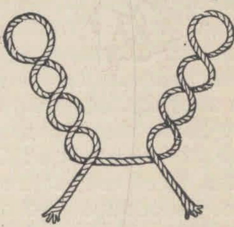
El *ballestrinque y un cote* se usa para amarrar un cabo a un cáncamo o grillete. Para hacerlo se pasa el chicote dos veces alrededor del cáncamo y luego por las dos vueltas, amarrando después, para mayor seguridad, el chicote al cuerpo fijo, operación que se llama dar una *ligada,* como se



7. Boca de lobo de cabo. 8. Ballestrinque y un cote. 9. Vuelta redonda y un cote.

ve en la figura 8. La *vuelta redonda y un cote* se hace de la misma manera, con la única diferencia de que el chicote se pasa únicamente por una de las vueltas, como indica la figura 9.

La serie de rizos que se ve en la figura 10 es lo que se llama una *ventolina.* Para hacerla, tómese una parte del centro de un cabo y fórmense dos senos grandes, uno



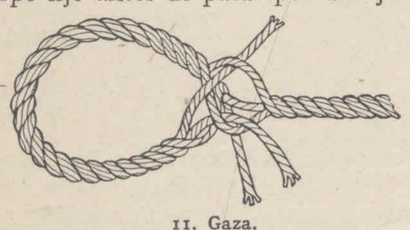
10. Ventolina.

con cada mano, y hágaseles girar simultáneamente el mismo número de veces y en sentido contrario. Para terminar, puede pasarse una barra o espeque a través de los dos primeros senos.

Y vamos a ver ahora la manera de hacer *gazas,* operación bastante más difícil que la de hacer nudos, pero que tiene la doble ventaja de ser de gran utilidad y que, una vez aprendida, no se olvida nunca más.

Una gaza es una especie de anilla permanente que se hace en la extremidad o chicote de un cabo. Para hacerla se empieza por descolchar el chicote del cabo en una longitud de unos diez centímetros, se dobla el cabo sobre sí mismo de manera que quede una anilla del tamaño deseado,

y después de levantar, con la ayuda de un punzón, uno de los cordones del cuerpo fijo, se pasa por debajo de él otro de los del chicote. Se pasan después los otros dos cordones, uno a cada lado, por debajo de los otros dos cordones del cuerpo fijo, y se *azocan* o tesan todos perfectamente. Se cortan algunos hilos o filásticas a los cordones a fin de adelgazarlos, y se repite la operación, teniendo cuidado de que cada cordón del chicote monte sobre otro del cuerpo fijo antes de pasar por debajo del

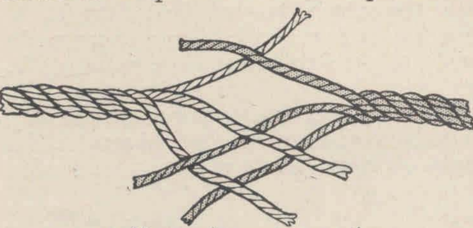


11. Gaza.

inmediato. Se vuelven a rebajar los cordones y se repite por tercera vez la operación. Después se cortan los extremos de los cordones, se bate todo muy bien con un mazo, para redondearlo perfectamente, y se forra toda la parte de la unión con meollar. Siguiendo estas instrucciones, y fijándose en la figura 11, se conseguirá hacer una gaza fuerte y vistosa.

Para empalmar o *ayustar* dos cabos del mismo espesor o *mena*, de modo que formen un sólo cabo continuo, hay que hacerles lo que se llama una costura. Las costuras pueden ser de dos clases: Costura redonda o corta, y costura larga o española.

La costura redonda se ejecuta descolchando los cordones de los extremos de los cabos que se trata de ayustar e introduciendo los del uno entre los del otro, alternativamente, como los hilos de un tejido común, del modo que se ve en la figura 12. Las extremidades de los cordones se adelgazan para que al concluir la costura no resulte sensiblemente aumentada la mena de los cabos. Generalmente bastan dos pasadas de los cordones del uno entre los del otro para dar a la costura la debida resistencia. Después se cortan las puntas de

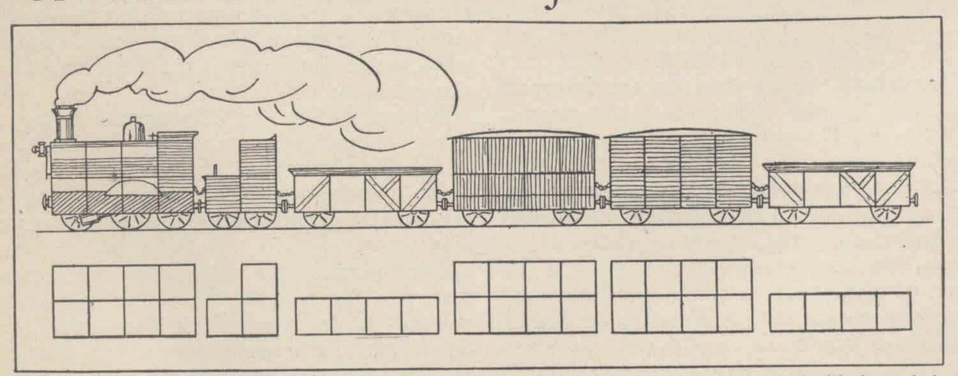


12. Manera de ayustar un cabo.

los cordones, se golpea con un mazo para igualarlo y se forra toda la parte correspondiente a la costura con *meollar*, si se desea.

Para hacer la costura larga se descolchan los extremos de ambos cabos, como antes, se cruzan los cordones unos con otros, y en este estado se sigue descolchando uno de ellos y torciendo en el hueco que va dejando el correspondiente del otro cabo; lo mismo se hace con los demás cordones y cada uno se amarra a cierta distancia, como a cuatro o cinco vueltas, con el correspondiente del otro cabo. Se cortan después los sobrantes, se golpea toda la costura con un mazo y tendremos un cabo casi tan fuerte como si estuviese construído todo entero de una pieza.

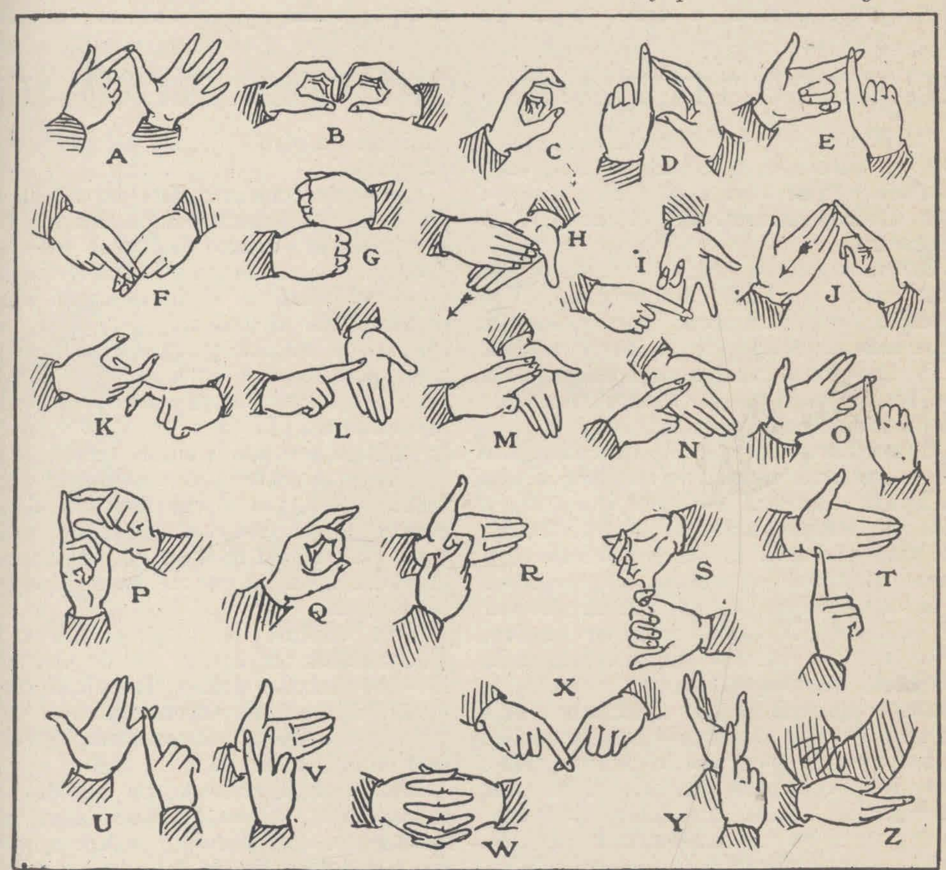
UN FERROCARRIL DIBUJADO A CUADROS



En otra página vimos cómo se dibujan figuras a cuadros. He aquí un ferrocarril que puede dibujarse de la misma manera. Las figuras de esta página nos enseñan cómo se comienzan los cuadros y cómo se resuelve el dibujo.

MANERA DE COMUNICARSE CON LOS SORDOMUDOS

EL método científico de educar a los sordomudos es por el lenguaje oral, enseñándoles a observar los movimientos de los labios de sus interlocutores, para que los repitan a su vez y entiendan lo que les dicen. Admira la facilidad con que los sordomudos muy ejercitados siguen cualquier conversación.



Uno de los varios alfabetos que se emplean para conversar con los sordomudos.

El antiguo método de comunicarse con estos desgraciados era por medio de las manos; y, como existen aún muchos millares de sordomudos que no entienden otra manera de seguir una conversación, conviene que todo el mundo aprenda el alfabeto manual de los sordomudos, a fin de no verse imposibilitado, si la ocasión se presenta, de comunicarse con ellos.

En esta misma página insertamos dicho alfabeto completo, siendo fácil aprenderlo por las figuras correspondientes. En todos los casos, excepción hecha de las letras H y J, las manos permanecen en reposo, mientras señalan una letra. Respecto a la H, debe moverse toda la mano derecha a lo largo de la izquierda, en la dirección de la flecha; y para formar la J se hace resbalar el dedo índice de la mano derecha desde la punta del dedo del corazón de la izquierda hasta la muñeca, como indica también la flecha en el dibujo.

Como se ve, para hablar con los sordomudos hay que ir deletreándoles las palabras, y, aunque a primera vista parece que esto debe ser lento y aburrido en extremo, asombra, por el contrario, observar la rapidez con que la conversación

se desliza cuando los dos que se comunican tienen práctica en el manejo de este alfabeto.

La separación entre las palabras se indica comúnmente separando las manos y sacudiéndolas hacia abajo o haciendo el ademán de chasquear los dedos.

Las personas que tienen que comunicarse constantemente con los sordomudos, adquieren, además de este alfabeto, una larga serie de signos que expresan por sí solos las palabras e ideas más usuales. Por ejemplo, elevar el dedo pulgar de la mano derecha quiere decir *bueno*; y el meñique, *malo*. Señalar hacia arriba significa Dios o el cielo, etc. Las cantidades hasta veinte suelen expresarse levantando el número necesario de dedos, señalando primero los diez si es superior a este número. Las cifras mayores suelen deletrearse.

Existen otros alfabetos mucho más sencillos y rápidos que el que insertamos, pues en ellos todas las letras se señalan con una sola mano, lo que ahorra mucho tiempo y trabajo y facilita la conversación.

EL JUEGO TITULADO «¿QUÉ COSA ESTÁ MAL?»

CIERTOS juegos desarrollan el cuerpo, y otros, la inteligencia. El juego titulado «¿Qué cosa está mal?» ejercita esta última, estimulando su facultad de observar.

Sabemos que en todas las casas ocupa cada cosa un lugar determinado. Por ejemplo, es costumbre tener sobre la chimenea un reloj con un jarrón a cada lado, sin que sean separadas estas piezas de sus respectivas posiciones más que momentáneamente para limpiarlas.

Es posible que se haya acostumbrado de tal suerte nuestra vista a contemplar una fotografía sobre una rinconera, que parezca que ya forma parte de la habitación, sin que podamos imaginárnosla en otro lugar distinto del que ocupa, de suerte que si la variasen de sitio lo echaríamos de ver al instante. Con mucho mayor motivo, si en vez de tratarse de una fotografía pequeña, se tratase de un mueble de grandes dimensiones, lo notaríamos más pronto. Pero es asombrosa la cantidad de cosas que se nos pasan inadvertidas, aunque procuremos fijarnos, si nuestra inteligencia no se concentra completamente, y si no nos hallamos dotados de gran poder de observación.

Para jugar a «¿Qué cosa está mal?» se queda un solo jugador en la habitación y salen los restantes. El primero introduce cierta variación en un objeto cualquiera que acostumbra estar de ordinario en un lugar determinado o en una posición fija y, cuando abre la puerta y penetran los demás, les hace la pregunta consabida. El primero que lo descubre es el que se queda ahora solo en el cuarto y altera nuevamente la situación o posición de otro objeto, y así prosigue el juego.

Antes de comenzar éste, se señala un plazo determinado de tiempo, dos minutos, por ejemplo, dentro del cual debe ser descubierta la alteración hecha en los objetos del cuarto; y si, transcurrido aquél, nadie logra descubrirlo, el autor del cambio lo explica y vuelve a quedarse solo, para variar otro objeto. Muchas veces se suelen recompensar con puntos los aciertos. El que se queda en la habitación se apunta cinco puntos, si los demás no descubren el objeto por él alterado; pero, por el contrario, si alguno lo echa de ver, éste es el que se apunta los cinco puntos. Al finalizar el juego hácese el recuento de los puntos, ganando el que tenga más.

Otra variante del juego es mudar de sitio muchos objetos en vez de uno solo. En este caso, los demás tienen que hacer mayor número de descubrimientos cada vez, y se evita así el constante entrar y salir en la habitación.

En las habitaciones son muchas las cosas, cuya colocación puede alterarse fácilmente. Por ejemplo, podemos invertir una fotografía dentro de su marco; si es costumbre colocar el atizador a un lado de la chimenea, podemos ponerlo en el otro. Si hay una pieza de música en el atril del piano, podemos también invertirla. Puede alterarse la colocación de los jarrones y cuadros, y colocar los libros poniéndolos boca abajo. En realidad, el número de cosas que pueden variarse de posición o de sitio es casi interminable, y este juego tiene la ventaja de poder jugarse en cualquier pieza o salón.

El Libro de lecciones recreativas

MÚSICA

LAS HADAS EN LAS CONCHITAS

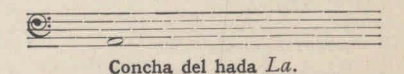
CLAVE DE FA, el lindo muchacho, ha esperado con paciencia que viéramos a nuestro sabor las hadas de los tulipanes, pero ya no puede aguardar más. Está deseando que nos vayamos con él, a ver a las hadas que están dentro de sus conchas.

Antes de marcharnos, demos otra mirada a los automóviles, que esperan en el camino de Sol. Ya sabemos que pertenecen a las hadas *Mi, Sol, Si, Re* y *Fa*. Las hermosas flores están todavía en los espacios al borde de los caminitos, orgullosas de que en sus cálices habiten las hadas *Fa, La, Do* y *Mi*. Las nueces de coco las vemos también en las cinco líneas del camino de Fa, con sus dueñas dentro, que son las hadas *Sol, Si, Re, Fa* y *La*.

Y ahora vamos a ver algo nuevo. ¿No divisáis las hermosas conchitas que están en los espacios al borde de los caminitos de automóvil que hay en el camino de Fa? Las amables hadas recompensaron el otro día el celo de *Clave de Sol*, y justo es que no olviden al otro heraldo, *Clave de Fa*, que no ha trabajado menos. Han discurrido esta sorpresa; meterse cuatro hadas en cuatro preciosas conchas y venir al camino de *Fa*, para dejar oir sus canciones, a quien toque su nota en el piano.

¿Os acordáis de que *Clave de Fa* nos hizo pasar por delante de nueve puertecitas blancas, a la izquierda de la casita de en medio del hada *Do*, y que al llegar a la décima tocamos la nota y oímos inmediatamente la voz profunda del hada *Sol*? Pues bien; ahora nos dice *Clave de Fa*: « Si tocáis la nota que hay al lado derecho del hada *Sol*, oiréis cantar al hada *La* dentro de su conchita que está puesta en el espacio entre la nuez de coco del hada *Sol*, de la primera línea, y el coco del hada *Si*, de la segunda línea. Tocad la nota y oiréis:

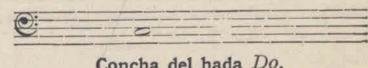
Primer espacio, concha azulada,
La es como nombran a la bella hada ».



Concha del hada *La*.

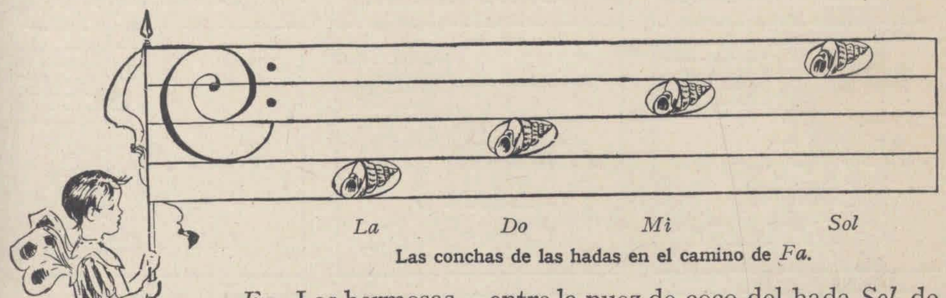
« ¿Y la segunda conchita? » *Clave de Fa* contesta: « ¿Sabéis dónde está el coco del hada *Si*? En la segunda línea. Pues entre ésta y la siguiente, hay una nota blanca; tocad y os responderá el hada:

Segundo espacio, conchita rosa;
El hada *Do*, el hada hermosa ».



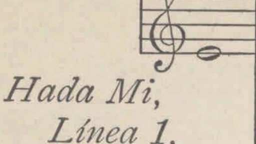
Concha del hada *Do*.

La tercera concha despierta nuestra curiosidad. *Clave de Fa* dice que está al lado derecho del cochecito en forma de coco del hada *Re*, y que al otro lado tiene el del hada *Fa*. Dentro canta el hada Mi:



Las conchas de las hadas en el camino de *Fa*.
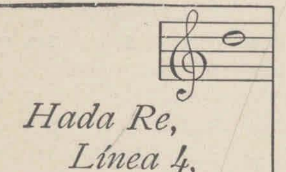
LAS SEÑAS DE LAS HADAS



Hada Mi,
Línea 1,
Clave de Sol.

Hada Sol,
Línea 2,
Clave de Sol.

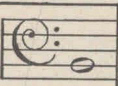
Hada Si,
Línea 3,
Clave de Sol.



Hada Re,
Línea 4,
Clave de Sol.

Hada Fa,
Línea 5,
Clave de Sol.

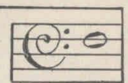
Hada Sol,
Línea 1,
Clave de Fa.



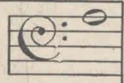
Hada Si,
Línea 2,
Clave de Fa.



Hada Re,
Línea 3,
Clave de Fa.



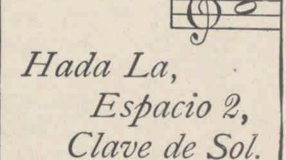
Hada Fa,
Línea 4,
Clave de Fa.



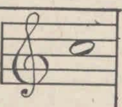
Hada La,
Línea 5,
Clave de Fa.



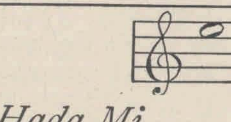
Hada Fa,
Espacio 1,
Clave de Sol.
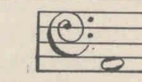


Hada La,
Espacio 2,
Clave de Sol.



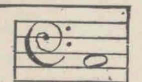
Hada Do,
Espacio 3,
Clave de Sol.



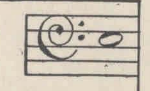
Hada Mi,
Espacio 4,
Clave de Sol.



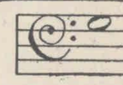
Hada La,
Espacio 1,
Clave de Fa.



Hada Do,
Espacio 2,
Clave de Fa.

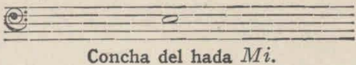


Hada Mi,
Espacio 3,
Clave de Fa.



Hada Sol,
Espacio 4,
Clave de Fa.

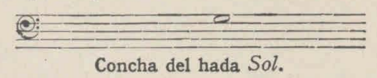
Tercer espacio; el hada *Mi*;
Concha amarilla, estoy aquí.



Concha del hada *Mi*.

Todavía queda otra. Es la blanca nota del cuarto espacio la que debemos tocar, entre el coco del hada *Fa* y el del hada *La*. Oíd; ya contesta:

Hermosa luce como el diamante;
Sol que aquí habita, concha brillante.



Concha del hada *Sol*.

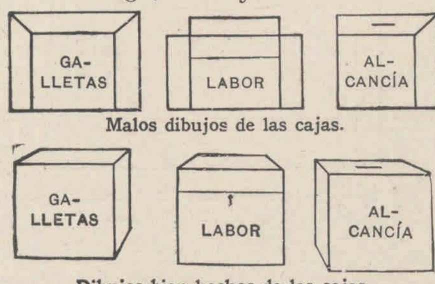
¿No es verdad que ha de ser un hermoso país el de las hadas? Por todas partes nos salen al paso estas bellas criaturas: en el camino de Sol hadas en automóviles: *Mi, Sol, Si, Re* y *Fa*. Hadas en el camino de Fa: *Sol, Si, Re, Fa* y *La*, en sus nueces de coco. «¡Más hadas todavía!» dice Clave de *Sol*; «las que viven en el cáliz de los tulipanes» *Fa, La, Do* y *Mi*. «Y otras hadas aun», replica *Clave de Fa*. «*La, Do, Mi* y *Sol*, que están metidas en las conchitas».

De seguro que las hadas nos están preparando otras sorpresas. Ya vendremos a llamaros e iremos a verlas juntos. Ahora conocemos perfectamente las casitas donde viven las hadas, ¿no os gustaría escribirles alguna vez? Preparemos algunos sobres como los que veis dibujados aquí. Después de haberlos escrito ¿queréis ir al piano juntos a ver si sabéis bien las señas?

DIBUJO

MANERA DE DIBUJAR UNA CAJA

VAMOS a ver hoy, cómo se dibuja una caja. Parece muy fácil y en realidad, no lo hallaréis difícil, si reparáis bien en lo que vamos a deciros. Como todas las cosas de este mundo, el dibujo puede hacerse bien o mal. Observad los dibujitos que hay aquí: ¿conocéis sin que nadie os lo diga, los que están bien y los que están mal hechos? Me parece que acertáis.



Malos dibujos de las cajas.

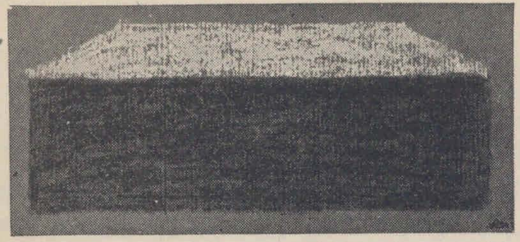
Dibujos bien hechos de las cajas

Suponed ahora que vais a dibujar de memoria una caja, sin tener modelo ni mirar siquiera estos dibujos. ¿Cuántos lados tiene? Una caja ordinaria tiene seis: dos horizontales, que son el fondo y la tapa, y cuatro verticales, o sea las paredes de la caja. De estos últimos nunca podréis ver más de tres a un tiempo. A veces no veréis más que dos y a veces uno solo; pero no la dibujaremos en esta posición, mostrando un lado solo, porque en el papel no parecería una caja.

Escoged una que tenga las paredes derechas y la tapa lisa, y ponedla exactamente en frente de vosotros, a corta distancia encima de la mesa. Colocada así, no veréis más que dos lados: el de delante y la tapa. Movedla un poco hacia la derecha y percibiréis tres: el de delante, la tapa y la pared de la izquierda. Llevadla hacia la izquierda y también veréis tres lados, pero no exactamente los mismos que habíais visto antes.

Tomad papel oscuro y aseguradlo en vuestra tabla, después de haber preparado tiza y carboncillo. Por vez primera vale más que copiéis una caja cuadrada; pero, si no la tenéis, tomadla rectangular, o sea, más larga que ancha. Ponedla exactamente frente de vosotros y empezad a dibujar la parte que tenéis más próxima. En este caso es la pared delantera, y lo encontraréis muy fácil porque se trata sólo de un cuadrado o un rectángulo. Dibujadlo con el carboncillo, tan bien como sepáis, y luego ponedlo enteramente negro restregando el carboncillo.

¿Como se hace la tapa horizontal? Si la dibujáis del mismo tamaño que la pared delantera, estará mal, porque los objetos parecen más chiquitos a nuestra vista a medida que se alejan de nosotros.



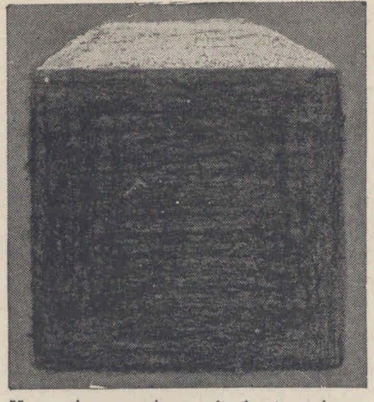
Caja rectangular, dibujada con carboncillo y yeso sobre papel oscuro.

Cuando vais por la calle los faroles de gas que están distantes de vosotros os parecen mucho más chicos que los que tenéis cerca, y, sin embargo, son iguales. A orillas del mar, los grandes buques que se alejan os van pareciendo también cada vez más chiquitos.

Por eso la tapa de la caja, cuya dirección se va alejando de vosotros debe ir *disminuyendo* en el dibujo, hacia el lado más distante. Mirad los grabados para entender eso mejor.

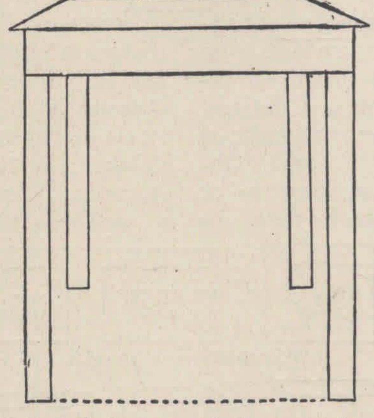
Dibujad la tapa con tiza porque es la parte que recibe la luz. Si os habéis colocado de espaldas a la ventana, os parecerá más iluminada la pared delantera, pero no os pongáis nunca a dibujar en esta posición, porque es perjudicial a la vista.

Por esta vez no dibujaremos todavía la caja vista por tres lados, porque es un poquito difícil; pero si queréis tomad el lápiz y papel blanco y copiad el último grabado, que enseña el modo de convertir la caja en una mesa.



He aquí una caja cuadrada, trazada en papel oscuro con carboncillo y tiza.

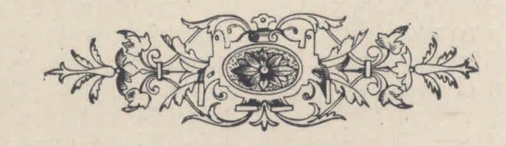
Dibujad la caja primero; indicad con las líneas que aquí veis, las patas y la anchura de la madera; borrad la línea de fondo y . . . ya está hecha la mesa.



Este dibujo nos enseña la manera de convertir una caja en una mesa.

Las patas de la mesa deberían mostrar otro lado, además del delantero, pero por esta vez, dejémoslo.

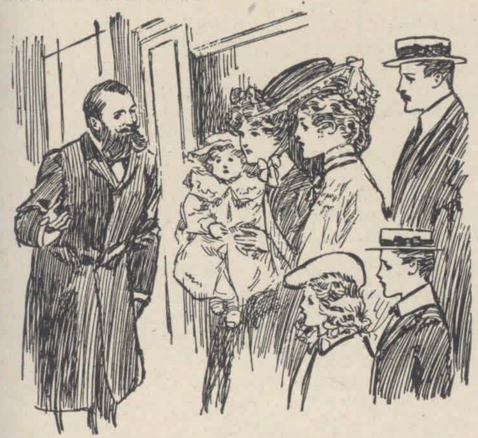
¿Por qué las patas de atrás son más cortas que las de delante? No es que la mesa esté hecha al revés de los kanguros, que, como sabéis, tienen muy cortitas las patas delanteras y largas las traseras. No; las patas de la mesa son enteramente iguales, pero las que están más distantes parecen más cortas.



HISTORIETAS EN FRANCÉS E INGLÉS

HOY vais a ver cómo pasó la familia su primera noche en París. Ya sabéis que la primera y tercera línea están en francés y en inglés respectivamente; en la segunda y cuarta hallaremos la traducción de cada palabra y en la quinta la misma frase en correcto español.

Nous sommes á l'hôtel.
Nosotros somos a la fonda.
We get to the hotel.
Nosotros llegamos a la fonda.
Estamos en la fonda.



Le régisseur nous salue.
El administrador nos saluda.
The manager greets us.
El administrador saluda a nosotros.
El administrador nos saluda.



La bonne nous montre nos chambres.
La doncella nos muestra nuestras habitaciones.
The maid shows us our rooms.
La doncella muestra a nosotros nuestras habitaciones.
La doncella nos enseña nuestras habitaciones.

Nous lui demandons son nom.
Nosotros le preguntamos su nombre.
We ask her her name.
Nosotros preguntamos a ella su nombre.
Le preguntamos cómo se llama.

Elle répond: « Annette.»
Ella contesta: « Anita ».
She answers: " Annette."
Ella contesta: « Anita ».
Contesta: « Anita ».

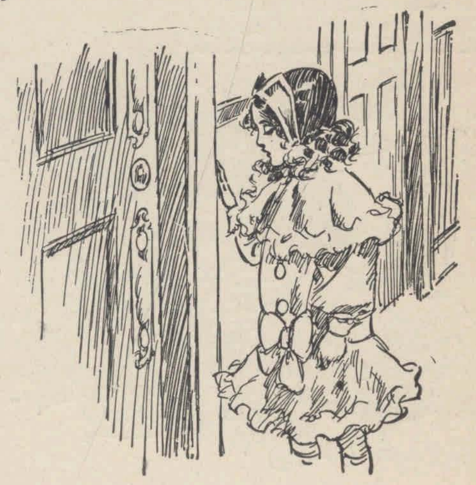
Bébé a bien sommeil.
Bebé tiene bien sueño.
Baby is very sleepy.
Bebé es muy soñoliento.
Bebé tiene mucho sueño.



Maman dit : « Embrasse-moi, bébé.»
Mamá dice: « Bésame, bebé ».
Mamma says : " Kiss me, baby."
Mamá dice: « Besa me bebé ».
Mamá dice: « Dame un beso, nene ».

Tantôt nous entendons un petit cri.
En este momento nosotros oímos un pequeño grito.
Presently we hear a little cry.
En este momento nosotros oímos un pequeño grito.
En este momento oímos un débil grito.

Jeannette court a la porte.
Juanita corre a la puerta.
Jenny runs to the door.
Juanita corre a la puerta.
Juanita corre hacia la puerta.



Une petite fille est là.
Una pequeña hija es o está allí.
A little girl is standing there.
Una pequeña niña es o está de pie allí.
Es una niñita.

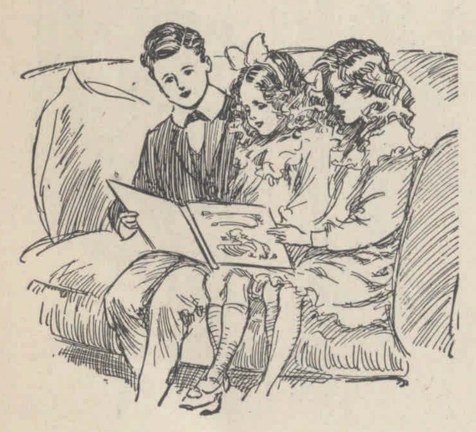
Jeannette la conduit à maman.
Juanita la conduce a mamá.
Jenny leads her to mamma.
Juanita guía a ella a mamá.
Juanita la lleva a mamá.

Elle pleure.
Ella llora.
She is crying.
Ella es llorando.
Está llorando.



Maman la console.
Mamá la consuela.
Mamma comforts her.
Mamá consuela a ella.
Mamá la consuela.

Elle a perdu sa bonne.
Ella ha perdido su niñera.
She has lost her nurse.
Ella ha perdido su niñera.
No sabe dónde está su niñera.



Nous lui montrons de drôles images.
Nosotros le enseñamos de graciosas estampas.
We show her some funny pictures.
Nosotros enseñamos le algunas graciosas estampas.
Le enseñamos algunas graciosas estampas.

Elle éclate de rire.
Ella estalla de risa.
She bursts out laughing.
Ella estalla fuera riendo.
Prorrumpe en carcajadas.

Quelqu'un frappe à la porte.
Alguien golpea a la puerta.
Some one knocks at the door.
Alguien llama a la puerta.
Alguien llama a la puerta.

Maman crie : « Entrez ! »
Mamá grita: « ¡Entrad! »
Mamma calls out : " Come in ! "
Mamá llama fuera: « ¡Venid dentro! »
Mamá grita: « ¡Adelante! »

La porte s'ouvre.
La puerta se abre.
The door opens.
La puerta abre.
La puerta se abre.

Une jeune femme entre.
Una joven mujer entra.
A young woman comes in.
Una joven mujer viene dentro.
Entra una joven.



C'est la bonne de la petite fille.
Eso es la niñera de la pequeña hija.
It is the little girl's nurse.
Ello es la pequeña niña niñera.
Es la niñera de la pequeña.

La bonne tend les bras.
La niñera tiende los brazos.
The nurse holds out her arms.
La niñera tiene fuera sus brazos.
La niñera le tiende los brazos.



La petite fille court à elle.
La pequeña niña corre a ella.
The little girl runs to her.
La pequeña niña corre a ella.
La niña corre hacia ella.

Nous crions tous: « Bonsoir! »
Nosotros gritamos todos: « ¡Buenas noches! »
We all call out: "Good-night!"
Nosotros todos llamamos fuera: « ¡Buenas noches! »
Todos decimos en voz alta: « ¡Buenas noches! »



EL CALVARIO DE DOS CAUDILLOS ILUSTRES

AL recorrer la vida de Simón Bolívar, leemos en diferentes pasajes, cómo este heroico general fué víctima de mil ingratitudes por parte de sus compañeros.

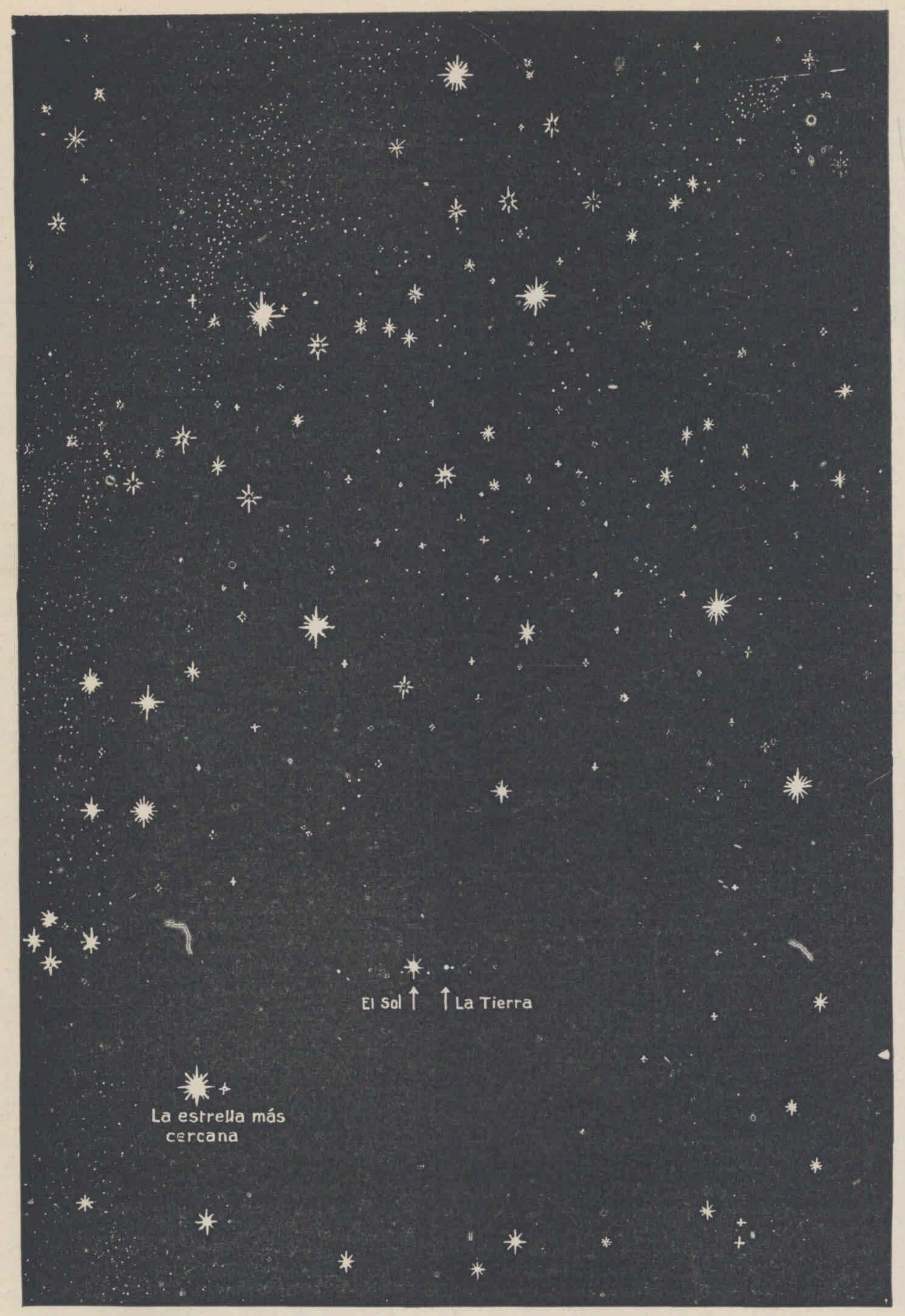
En cierta ocasión, quejábase amargamente a su paisano, el general Alama, del olvido y menosprecio con que le correspondía, diciéndole con ejemplar resignación: « Abandone V mi defensa, y que se apoderen de mi propiedad el enemigo y el Juez. Moriré como nací, desnudo. Usted tiene dinero y me dará de comer ».

En una carta que escribió a Don Leandro Palacio, lamenta el desacierto que reinó entre sus compatriotas y cómo habían cambiado la gratitud que le debían en egoísmo insensato que él no había esperado jamás: « Ya usted sabrá que nuestra pobre Venezuela está en revueltas; pues lo mismo sucede con el resto de la República. El Sur se ha separado, los jefes de Pasto han hecho asesinar al general Sucre, y todo, todo marcha a la disolución más completa. Por mi parte no sé qué hacer; mis amigos me quieren detener, lo que yo repugno, porque no veo objeto en esta retención. Así es que mi más grande ansia es la de irme de este país a Europa, porque estoy muy bien convencido de que nadie puede hacer el bien contra una oposición casi general. Nadie se entiende, nadie absolutamente ».

No pudiendo sobreponerse su alma a las sospechas de sus conciudadanos—dice uno de sus biógrafos en la obra de Aizpurua—le vimos bajo un techo pajizo, en las inmediaciones de Cartagena, comenzando a luchar ya con la muerte, que habían plantado en su pecho la calumnia y la ingratitud. ¡Quién diría que un hombre como Bolívar acabara así, casi en la indigencia! Todo por la ingratitud de algunos de sus mismos compañeros y compatriotas.

Otra víctima de la ingratitud fué también Antonio José de Sucre, conocido por el gran mariscal de Ayacucho, compañero de Bolívar. Le hicieron sufrir mucho y de mil modos, hasta el punto de amotinarse contra él, hiriéndole y asesinándolo más tarde.

Una bala de los suyos le rompió el brazo derecho, y con este motivo, Sucre, al comunicarle el suceso a Bolívar y la idea de alejarse del país, le dice: « Llevo la señal de la ingratitud en un brazo roto ».



Nuestro planeta no es más que un punto, si se le compara con la inmensidad del universo. Todas las estrellas son soles. El sol es bastante grande para dar luz y calor a 2.000,000 de tierras como la nuestra—sin embargo, es una estrella de las más pequeñas. Por el espacio vuelan millones de estrellas muchísimo mayores que él. En este inmenso universo está situado lo que llamamos el sistema planetario, del que forma parte nuestro globo. Este grabado nos muestra el sistema solar y el lugar que ocupa en el universo; y si bien no es posible representar adecuadamente las distancias, vemos la insignificancia de la tierra ante ese universo y comprendemos que la mente humana no acierte ni siquiera a concebir las maravillas y la grandiosidad de la Creación.

La Historia de la Tierra

ASTRONOMÍA

LA tierra en que vivimos es sencillamente uno de tantos mundos que vuelan por el espacio. Para que podamos hacernos cargo de lo que es nuestro globo, conviene que averigüemos algo respecto de esos otros mundos que vemos, sin poder visitarlos. En las páginas siguientes empezaremos a estudiar la astronomía, la ciencia de las estrellas. A pesar de que los hombres han venido contemplando las estrellas por espacio de largos siglos, tan sólo hace unos trescientos años que la astronomía empezó a ser verdadera ciencia, cabalmente en el tiempo en que las demás ciencias empezaron también a serlo. Los verdaderos fundadores de nuestro conocimiento del universo fueron un fraile polaco, y dos italianos, uno de los cuales también era fraile; y entre los nombres más ilustres que vinieron después figura el de Sir Isaac Newton. Estos hombres nos han enseñado que nuestra tierra y el sol, alrededor del cual gira, no son sino una parte ínfima del inmenso universo que contiene millones de soles y planetas parecidos, los cuales se hallan en todos los diversos períodos imaginables de su historia. Y ahora, con la ayuda del telescopio, que aproxima, al parecer, los astros; del espectroscopio que analiza su luz, y de la ley de gravitación, aprendemos cada día más y más acerca de esos mundos del cielo.

LOS MUNDOS DEL CIELO

ANTES de que pudiéramos formarnos idea exacta de la tierra en que vivimos, fué preciso averiguar en qué consiste realmente nuestro globo. Aprendimos que este suelo firme, y al parecer inmóvil, que huellan nuestras plantas, es la corteza enfriada de una gran esfera; que esta esfera gira sin cesar, dando origen al día y a la noche; y que en el espacio de un año da una vuelta alrededor del sol, produciendo las estaciones. Tuvimos que trazar el procedimiento que siguieron los hombres para aprender a corregir las impresiones de sus sentidos, según los cuales parece desprenderse que no es la tierra la que se mueve, sino el sol; y después de averiguado lo que era en realidad la tierra, pudimos pasar al estudio de su composición y de las incesantes transformaciones que en ella ocurren.

Ahora bien; es un hecho indiscutible que, para darse clara cuenta de una cosa cualquiera, no basta estudiar solamente la cosa misma, sino también todo cuanto la rodea. No es posible hacerse cargo de una parte de un conjunto sin conocer antes, por lo menos, algo de ese conjunto. Ni siquiera podemos comprendernos a nosotros mismos, si no estudiamos las condiciones de nuestra exitencia, la de nuestros padres, la enseñanza que se nos ha dado, los libros que leemos, el aire que respiramos, lo que oímos decir a nuestro alrededor y otras cosas por el estilo. Y tratándose de la tierra, nunca llegaremos a comprender su naturaleza, si antes no estudiamos el inmenso universo, del cual, en realidad, es tan sólo una parte ínfima. Este estudio se conoce con el nombre de *Astronomía*—palabra que significa *la ley de los astros*—y es, por muchos conceptos, la más maravillosa de todas las ciencias. Tan interesante asunto bien merece que empecemos a estudiarlo exponiendo brevemente la historia de los conocimientos que de él han adquirido los hombres.

La astronomía es probablemente la ciencia más antigua. Al hombre le han interesado siempre los cambios de clima, los del tiempo, de la temperatura y del sol, que, por lo visto, tanto tiene que ver con lo que sucede en el cielo. Probablemente el sol y la luna fueron los primeros que los hombres observaron detenidamente. Las estrellas parecen mucho más brillantes vistas a través de la atmósfera transparente de los países cálidos; y como en apariencia están fijas, sirven para guiar a los viajeros por la tierra y por el mar. Así es que la astronomía fué *útil* desde un principio, como lo es ahora, aunque mucha gente no se dé cuenta de su gran utilidad. Por eso hallamos huellas de conocimientos astronómicos en edades remotísimas, miles de años antes de la era cristiana, especialmente en los países

orientales, y de un modo particular en Asia occidental y en Egipto; pero también las encontramos en Occidente, como por ejemplo, en Gran Bretaña, donde el monumento prehistórico de Stonehenge nos demuestra que mil seiscientos años antes del nacimiento de Jesucristo se poseían datos precisos relativos al movimiento del sol. Esto se deduce de la manera en que fué construído aquél monumento antiguo, resultando que no sólo era un templo dedicado al culto religioso sino un observatorio para el estudio del sol, de la luna y de las estrellas.

Sabido es que los nombres de la mayor parte de las ciencias terminan en *ología*; por lo tanto el nombre de la ciencia que trata de los astros debería ser *astrología*.

LOS ALQUIMISTAS Y LOS ASTRÓLOGOS QUE EMPEZARON EL ESTUDIO DE LA TIERRA

Empleamos, sin embargo, la palabra *astronomía* para distinguir esta ciencia verdadera de otra falsa que la precedió y que se llamaba *astrología*. Si consideramos la ciencia de los químicos, nos encontramos con lo mismo; antes de que existiera lo que ahora llamamos química había una ciencia falsa conocida con el nombre de *alquimia*, que viene a ser la misma palabra. Los alquimistas buscaban la piedra filosofal, merced a la cual todo se hubiera podido convertir en oro, y el elixir de la vida, que había de conservar a todos la juventud o rejuvenecer a los viejos. Los alquimistas se equivocaban al buscar esas cosas milagrosas, e interpretaban casi siempre erróneamente el resultado de sus experimentos; pero sin ellos no se hubiera podido fundar la química moderna. Eran hombres laboriosos y pacientes que realizaban innumerables experimentos y notaban todo género de hechos interesantes. Establecieron los fundamentos de la química y, si bien el fin que perseguían era equivocado, así como la interpretación de los hechos que observaban, hoy mismo seguimos aprovechando en muchas cosas sus descubrimientos.

Pues bien, así como los químicos modernos deben mucho a los alquimistas, los astrónomos deben también mucho a los astrólogos. Sin ellos no hubiera existido la astronomía moderna. Eran como los alquimistas, hombres perseverantes y laboriosos, y observaron multitud de hechos relativos a los cuerpos celestes.

EL EXTRAÑO CONCEPTO QUE LOS HOMBRES SE FORMARON EN OTROS TIEMPOS DE LOS ASTROS

Era errónea su manera de interpretar tales hechos, pero un hecho siempre es un hecho, y como encierra algo de verdad, forma parte de la verdadera ciencia —sin que importe, en definitiva, que la persona que lo descubre lo interprete equivocadamente, por prejuicio o por ignorancia. En la historia primitiva de todos los pueblos vemos huellas de una especie de astrología—es decir, de un estudio de los astros, fundado en la creencia de que éstos ejercen influencia en el destino de los hombres. Egipto y Persia, Arabia y Grecia, los chinos y los indios, todos contribuyeron en algo al desarrollo de la astrología, de manera que cuando alboreó la civilización europea, se asimiló, desde luego, las ideas transmitidas por aquellos pueblos antiguos, ideas que prevalecieron durante miles de años; y aun en la actualidad se publican ridículos almanaques, que pretenden predecir lo que ha de ocurrir en la tierra mediante el estudio de los astros. Los astrólogos atribuían a los planetas determinadas influencias en el carácter y la vida de los hombres. Venus, según ellos, tenía que ver algo con el amor; Marte con la guerra, y así sucesivamente. Dividían el firmamento en varias regiones, suponiendo que, cuando un planeta determinado penetraba en una de ellas, se producían los resultados correspondientes entre los seres humanos, sobre todo para los que nacían en el momento preciso en que esa parte del cielo aparecía por encima del horizonte.

LOS ERRORES DE TIEMPOS PASADOS HAN SIDO EL PUNTO DE PARTIDA PARA EL DESCUBRIMIENTO DE LA VERDAD

Sabemos ahora que todas aquellas cosas eran tonterías; pero sería vana pretensión el figurarnos que las hubiéra-

mos tenido por tales si hubiésemos vivido en aquellos tiempos. Una cosa de las más difíciles de imaginar es averiguar cuál sería nuestro modo de pensar o de sentir, si viviésemos en un mundo de ideas y de conocimientos muy distintos de los nuestros. No nos es lícito tener en poco a los que creían en la astrología, ni imaginarnos que, comparados con nosotros, eran unos imbéciles, porque nos expondríamos a despreciar a ciertos hombres de los más eminentes que han florecido. El mismo Képler, por ejemplo, que descubrió las leyes del movimiento de los planetas y el filósofo Francisco Bacón creían, hasta cierto punto, en la astrología. Lo que tales hombres fueron capaces de creer lo hubiéramos creído también nosotros, si hubiésemos vivido en aquel tiempo.

Con todo y ser sabios ilustres ignoraban muchas cosas que nosotros conocemos ahora perfectamente, y muchas de las cuales descubrieron ellos mismos. Estamos, por decirlo así, subidos en hombros suyos, de modo que, si bien ellos eran grandes y nosotros somos pequeños, podemos ver más lejos y con más claridad que lo que podían ellos. La astrología siguió prevaleciendo, como no podía menos de suceder, hasta que vino la astronomía. El error engendró la verdad, y entonces aquél desapareció.

Entre los descubrimientos astronómicos hay uno que contribuyó más que todos a destruir los fundamentos mismos de la astrología, y es el realizado por Copérnico, afirmando que el centro del sistema planetario es el sol, no la tierra, como hasta entonces se creía. Conviene tener presente que en este caso, como en otros muchos, la gente admite el error siempre que desconoce la verdad; por eso todos los que ignoran las verdades de la astronomía creen, y seguirán creyendo, cuantas fábulas les expliquen los astrólogos. El único remedio eficaz para destruir el error es el conocimiento de la verdad.

Ya hemos dicho que la astronomía fué útil desde un principio, pero es conveniente que nos fijemos en la diferencia que existe entre el empleo efectivo de verdaderos conocimientos y la aplicación engañosa de conocimientos falsos. Los astrólogos afirmaban que era útil el estudio de los astros, porque les permitía leer lo porvenir, cosa que no puede dejar de interesar a todos los hombres.

DE QUÉ MODO LAS ESTRELLAS GUIABAN A LOS VIAJEROS EN LOS TIEMPOS PRIMITIVOS

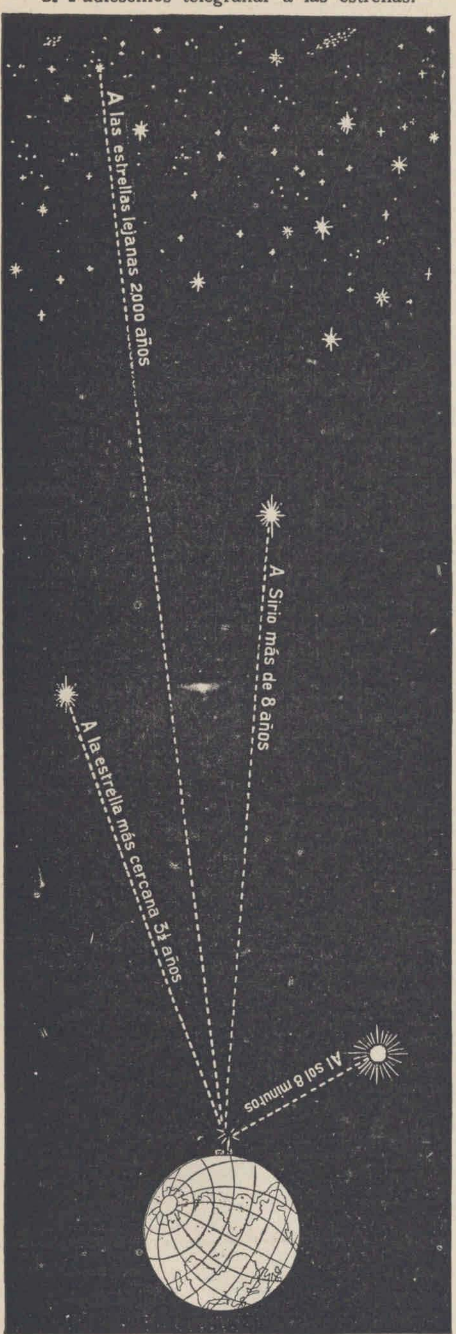
Algunas veces tenían la suerte de acertar, como puede ocurrirle al que hace alguna profecía—sobre todo si cuida de que sea probable. Pero, en general, se equivocaban, y por lo tanto, no sólo eran inútiles, sino perjudiciales. Sin embargo, en la época en que imperó la astrología, se teníant ambién algunas nociones de verdadera astronomía, las cuales eran tan útiles entonces como lo son ahora. Y lo eran en alto grado, porque el conocimiento de la posición de las estrellas servía a los viajeros para guiarse por la tierra y por el mar. Los viajes siempre han tenido importancia; pero en aquel tiempo no había buenos mapas, y la brújula sólo se conocía en China. En Egipto, en Arabia y en Grecia el cielo suele estar despejado, de manera que las estrellas eran siempre visibles de noche para indicar el rumbo a los viajeros. Todos los barcos que cruzan por los mares le deben y le deberán siempre mucho a la astronomía.

Pero en lo que debemos fijarnos particularmente es en la diferencia que existe entre los falsos conocimientos y los conocimientos verdaderos, o sea entre lo útil y lo que acaso es peor que inútil. Ambos se fundaban en los mismos hechos o sea, en que tales o cuales astros eran visibles en ciertas épocas o en determinados lugares; pero la falsa ciencia, con sus consecuencias perjudiciales, se fundaba en una interpretación errónea de hechos verdaderos, mientras la ciencia útil se funda en la interpretación acertada de esos mismos hechos.

DE QUÉ MODO LA HUMANIDAD FUÉ ENGAÑADA Y DESCAMINADA POR ESPACIO DE MILES DE AÑOS

La enseñanza que de eso se desprende es aplicable a todos los ramos del saber

Si Pudiésemos telegrafiar a las estrellas.



Esta lámina nos ayudará a hacernos cargo de la distancia de las estrellas. Un despacho por telegrafía sin hilos se transmite con una velocidad suficiente para atravesar la tierra en un segundo, pero tardaría 2000 años en llegar a las estrellas lejanas, si pudiésemos enviarlo allí.

humano; tanto si estudiamos las estrellas como las rocas, las enfermedades o cualquier otra materia, siempre tendremos que averiguar dos cosas. Vienen, en primer lugar, los hechos y luego su significación. Primero hemos de descubrirlos, sea por medio de la simple observación, como cuando se trata de las estrellas, o mediante experimentos, como al tratarse de cuestiones químicas. Los hechos siempre son hechos, y en todos los casos es preciso que antes los descubramos, podamos o no explicarlos. Después viene el trabajo de interpretarlos, y si no sabemos hacerlo, es preferible confesar nuestra ignorancia y seguir buscando datos, antes que fingir conocimientos que todavía no poseemos.

Agradecemos y alabamos a los astrólogos el haber observado ciertos hechos; pero no podemos agradecerles, sino que hemos de censurarles, por haber aparentado comprender lo que desconocían y haber engañado, durante miles de años, a la humanidad con sus caprichosas explicaciones. Los astrónomos de nuestros días también nos piden dinero, pero no a cambio de fingidas profecías acerca de lo que habrá de ocurrirnos, como hacían los astrólogos, sino para comprar telescopios y construir observatorios con los cuales puedan conocer más y más el maravilloso universo en que vivimos.

El conocimiento más preciso de la historia de la astronomía, como ciencia positiva, se remonta a los tiempos de la antigua Grecia; y nos consta que algunos astrónomos de esa nación habían descubierto la verdadera forma de la tierra, así como sus movimientos de rotación sobre su eje y de traslación alrededor del sol. Luego fueron negadas y escarnecidas estas verdades, y por espacio de muchos siglos los hombres aceptaron la antigua teoría, según la cual la tierra es llana y permanece inmóvil, siendo el sol el que da vueltas a su alrededor, como indudablemente parece hacerlo.

Pero en el siglo XVI apareció un grande hombre, un fraile, llamado Nicolás Copérnico, de Thorn (entonces capital de la Polonia prusiana), quien demostró nuevamente la verdad que había permanecido olvidada por espacio de unos 2000 años, esto es, que la tierra da vueltas en torno del sol, acompañada de los otros planetas;

Marte, Venus, Júpiter y Saturno, únicos conocidos entonces.

Su ilustre sucesor, el italiano Galileo, empleó por primera vez el telescopio, y con este instrumento acabó de comprobar la teoría sostenida por Copérnico. Vió que Venus presentaba fases como la luna, lo cual demuestra que gira al rededor del sol, siguiendo un camino interior a la órbita terrestre; y descubrió cuatro lunas o satélites de Júpiter, demostrando que éste es como la tierra, que también tiene una luna. De esta manera aprendimos a hacernos cargo de lo que es el sol y su cortejo de planetas, o sea el *sistema solar*, del cual ya se ha tratado en este libro.

Por aquel mismo tiempo vivía un hombre, quien, como Copérnico, también había sido fraile y cuyas concepciones fueron mucho más allá de lo que habían ido las de Copérnico y Galileo, por más que no fuera un observador ni descubriera nada con sus propios ojos. Era italiano y se llamaba Giordano Bruno.

Antes de decir lo que Bruno enseñó a los hombres, conviene que nos fijemos en otro nombre de los que figuran en la historia de la astronomía: el del inglés Isaac Newton, que descubrió las leyes de la gravitación, mediante las cuales se mantiene el equilibrio del universo. Este descubrimiento lo hizo cuando sólo tenía 23 años de edad. Al hacerlo público, la gente le acusó de impiedad, diciendo que trataba de menoscabar la gloria de Dios; pero los hombres saben ahora que cuanto más ensanchamos nuestros conocimientos de la naturaleza, más nos admira y sorprende la omnipotencia de su Hacedor.

EL PRIMER HOMBRE QUE SE DIÓ CUENTA DE QUE TODAS LAS ESTRELLAS SON SOLES

Cuando Bruno leyó la obra de Copérnico y meditó, su potente inteligencia concibió la verdadera teoría del universo. La primera verdad que descubrió fué que nuestro sol debía ser realmente una estrella; y partiendo de este principio empezó a pensar en las otras estrellas. Así llegó a deducir que, *si el sol es una estrella, las estrellas son soles.*

Considérese la inmensa importancia de lo que significa esa frase, y sobre todo su última parte: *las estrellas son soles.*

Los hombres habían considerado la tierra como centro de todo el universo, alrededor del cual se movía diariamente el sol, y las estrellas como puntos luminosos insignificantes, sin utilidad alguna, y que sólo servían para anunciar acontecimientos desgraciados o felices, según las que fueran visibles en determinadas épocas. Entonces vino Bruno y afirmó que esos puntos de luz eran soles como el nuestro, acaso muchísimo mayores y más importantes, y que, probablemente, alrededor de ellos giraban planetas habitados por seres vivientes, quizás tanto o más inteligentes que nosotros. Este es el descubrimiento que más ha humillado el orgullo humano, así como también tal vez el más grandioso.

LA TIERRA ES COMO UN GRANO DE POLVO ENTRE UN AMONTONAMIENTO DE MUNDOS

Así, pues, el universo está contituído principalmente por una inmensa multitud de estrellas, de las cuales ya hemos contado por lo menos cien millones. Nuestro sol es solamente una de ellas y por cierto no la más grande ni la más brillante, si bien para nosotros tiene mayor importancia que todas las demás juntas. Alrededor de muchas estrellas se mueven, sin duda, planetas acompañados quizás de sus satélites, como se mueve la tierra en torno de nuestro sol. Y el globo terrestre entero es como un grano de polvo, comparado con las ingentes masas de mundos que podemos contemplar, en una noche serena, desde la superficie de la tierra.

En cuanto a las dimensiones del universo visible, lo que nos enseña la astronomía es por el estilo. La tierra es muy pequeña comparada con Júpiter, el planeta gigante, y Júpiter, a su vez, tiene un tamaño reducido, si se le compara con el del sol. Pero si todo el espacio comprendido dentro de la órbita del planeta más exterior, Neptuno, se

convirtiera en una masa sólida—en una colosal esfera dentro de la cual el sol, la tierra y Júpiter no serían sino como gotas de agua en un lago,—las dimensiones de esta esfera no serían nada en comparación de algunos astros que se observan en el cielo; y la distancia de un extremo a otro de su diámetro sería insignificante, comparada con la distancia que la separa de la estrella más cercana.

Al contemplar, pues, el firmamento, debemos tener siempre presente lo que significan esas distancias incóncebibles que median entre las estrellas, sin que nos engañe, como ha engañado a mucha gente, la aparente *igualdad* entre la distancia de un planeta y la de una estrella que veamos junto a él.

LA LUZ QUE HA ESTADO RECORRIENDO EL ESPACIO DESDE QUE FELIPE II ERA REY DE ESPAÑA

No es sólo que los planetas que pertenecen a nuestro minúsculo sistema planetario estén más próximos que las estrellas, sino que en comparación de ellas, se hallan casi inmediatos a la tierra, mientras dichas estrellas se encuentran a distancias, por decirlo así, casi infinitas. Hace algún tiempo ocurrió en una estrella algo que llamó mucho la atención de los astrónomos; se calcula, no obstante, que ese acontecimiento, sea cual fuere, tuvo lugar realmente en tiempos de Felipe II y la luz que entonces partió de la estrella no llegó a la tierra hasta hace muy poco tiempo.

Así es que a los ojos del astrónomo, los puntos luminosos que vemos en el cielo pertenecen a dos clases muy distintas. Todos ellos—excepto ocho entre tantos millones—son soles mucho más lejanos y algunos de ellos mucho mayores que el nuestro. Pero siete de esos astros, junto con el sol y luna y los satélites que tienen algunos planetas, además de cierto número de planetas diminutos que sólo son visibles con la ayuda de un telescopio, forman parte de nuestro sistema planetario; nos pertenecen, digámoslo así, son vecinos inmediatos nuestros, y no tienen nada que ver con las estrellas, entre las cuales se encuentran al parecer.

Ahora bien, vamos a enumerar las distintas cosas de que se compone el universo y que los astrónomos han estudiado. Indicaremos primero las que componen *nuestro* sistema, considerándolo como una especie de ejemplar de los millones de sistemas que hay en el espacio celeste, pero que están tan lejos, que únicamente podemos ver sus soles o estrellas correpondientes.

DE QUÉ SE COMPONE NUESTRA PARTE DEL UNIVERSO O SEA EL SISTEMA SOLAR

Nuestro sistema está constituído por el sol; los ocho grandes planetas, uno de los cuales es la tierra; las lunas de dichos planetas; los asteroides o planetas menores, que giran alrededor del sol en una especie de montón entre la órbita de Júpiter y la de Marte; gran número de fragmentos diminutos como guijarros, tan pequeños que sólo pueden ser visibles cuando penetran en nuestra atmósfera y se ponen candentes, recibiendo entonces el nombre de meteoros o « estrellas fugaces »; y de unos cuantos astros raros, llamados cometas, que se mueven alrededor del sol y forman también parte de nuestro sistema. Esta lista debería aprenderse de memoria. Los guijarros, los cometas y los asteroides son los que con más facilidad se olvidan. Es preciso, por otra parte, que aprendamos los nombres de los planetas mayores y el orden en que se encuentran, partiendo del sol.

Asimismo conviene recordar que, de esos astros, algunos pueden verse en el cielo, sea a simple vista o bien con un telescopio, lo mismo que si fueran estrellas, pero que en realidad están poco más o menos tan distantes de ellas como lo estamos nosotros, y que pertenecen a nuestro sistema. Cada vez que los astrónomos descubren un planeta menor—y se conocen a centenares—no pueden saber si se trata de un asteroide o de una estrella, quizás mayor que el sol, hasta que han observado su movimiento y advierten que se traslada con relación a las estrellas, o sea, que es un « planeta » es decir, un *vagabundo*.

UN TELESCOPIO DE LOS MÁS GRANDES DEL MUNDO

Este es uno de los grandes telescopios que nos revelan los misterios de los planetas. En los observatorios modernos el piso sube y baja por medio de la fuerza hidraúlica y el instrumento se coloca en cualquiera posición mediante un mecanismo adecuado, a pesar de que su peso es de varias toneladas. Con todo y ser tan enorme, es tal la precisión de ese instrumento que únicamente un microscopio puede revelar un error en el funcionamiento del mecanismo. Los constructores del gran telescopio del Observatorio de Lick tuvieron que efectuar diez y nueve tentativas antes de poder obtener una lente perfecta.

LAS DIFICULTADES QUE PRESENTA EL ESTUDIO DE COSAS TAN LEJANAS

La influencia que las distancias ejercen para engañarnos en lo que afecta a la importancia relativa de las cosas, es tan grande, que aun los astrónomos han de tener en cuenta las mismas dificultades con que el vulgo tropieza, cuando quiere conocer la inmensa diferencia que existe entre Venus y la estrella Sirio. Si un vecino se rompe una pierna, nos parece un acontecimiento más importante que si en China perecieran ahogadas veinte mil personas a consecuencia de una inundación; y cuando leemos el periódico, un asesinato cometido ayer nos parece mil veces más importante que la muerte de Sócrates. La astronomía nos enseñará que una cosa pequeña puede parecer muy grande con tal de que esté bastante cerca. Tal vez habréis oído hablar de Pedro el Distraído, que se cayó en un estanque por ir mirando al cielo en vez de fijarse en donde ponía el pie. Claro es que debía haber tenido más cuidado; pero nosotros también debemos formarnos de él, lo mismo que de quienquiera que sepa apreciar la grandeza y la hermosura de las cosas lejanas, mejor concepto que de las personas que sólo se interesan por lo que hay a su alrededor, figurándose que la luz de un mechero de gas es más brillante que la de una estrella. Brilla más, en efecto, a los ojos de la cara; pero los ojos de la inteligencia nos dicen otra cosa.

Entre los millones de sistemas solares, jamás conoceremos ninguno mejor que el nuestro; pero siempre que dirijamos la vista a una estrella, debemos considerarla como la consideraba Giordano Bruno y tener presente que es un sol que alumbra a otros planetas, habitados tal vez por seres racionales, no muy distintos de nosotros. Pero en el universo, fuera de los estrechos límites de nuestro sistema solar, hay otras muchas cosas además de las estrellas, que ahora ya sabemos lo que son. Cuando nos hayamos formado una idea bien definida de lo que es el universo y de qué se compone, estaremos en condiciones de estudiar algo más detenidamente algunas de sus maravillas.

Aparte de nuestro sistema, vemos en el firmamento infinidad de estrellas brillantes; pero también descubrimos otros muchos astros obscuros, estrellas que se han *apagado*, después de haberse enfriado, y aunque no podemos verlos, su existencia se nos revela por las perturbaciones que causan en los que vemos.

LAS INCONTABLES ESTRELLAS QUE HAY EN EL CIELO Y SUS DIFERENTES CLASES

El número de estrellas visibles es probablemente reducido si se le compara con el de las obscuras o apagadas. Tanto las luminosas como las obscuras pertenecen a clases muy diversas, de las cuales trataremos luego. Por ahora nos limitaremos a recordar que todas contribuyen a la formación de las inmensas huestes de los mundos del cielo. Después indicaremos los nombres de las *nebulosas*. La palabra nebulosa significa nube, y las nebulosas son cosas que efectivamente brillan como tenues nubecillas entre las estrellas. Ya sabemos que el sistema solar proviene de una nebulosa; y se supone que todas las estrellas y los sistemas en que ellas son soles, son asimismo nebulosas.

Hay muchas estrellas en el cielo que aun no han terminado el proceso de su formación, y más que astros verdaderos, son una especie de «niebla estelar». En otra página se ve una fotografía de la gran nebulosa de Orión, en la cual se distinguen seis estrellas que ya se han condensado. La que está en medio de las tres que representan la daga del cazador (figura que según los antiguos representaba la constelación de Orión) tiene a simple vista el aspecto de una estrella.

Es casi seguro que hay nebulosas obscuras, a demás de las brillantes, y por lo tanto, debemos tener en cuenta ambas clases, como hemos hecho al tratar de las estrellas.

EL VIAJE MISTERIOSO DE LOS COMETAS POR EL ESPACIO

Existen también en el cielo otros muchos cometas, además de los que pertenecen a nuestro sistema solar, y que dan vueltas alrededor del sol, con

la misma regularidad que la tierra. En realidad, los cometas son astros pequeños, y es preciso que estén muy próximos para ser visibles. Aun los mismos que forman parte del sistema solar no pueden verse más que de cuando en cuando, en ocasiones en que se acercan relativamente mucho al sol. Los cometas del espacio exterior a nuestro sistema no son perceptibles; pero sabemos que existen, porque a veces suelen visitarnos. Después de recorrer velozmente el espacio, salvando las enormes distancias que median entre las estrellas, pueden visitar la nuestra, es decir, el sol, y terminada la vuelta alrededor de él, penetran de nuevo velozmente en las profundidades del espacio, para jamás volverlos a ver desde la tierra. Los astrónomos saben que esos cometas no pertenecen al sistema solar y que nunca volverán, porque las órbitas que recorren no son *cerradas* como un círculo ○ o una elipse ⬭, sino abiertas en esta forma ⊃, lo cual hace que se trasladen a través del espacio, acaso sin que visiten dos veces la misma estrella, hasta que acaben por disgregarse subdividiéndose en fragmentos pequeños como las piedras que llamamos meteoritos.



Esta es la constelación de Orión que brilla en el cielo con todo su esplendor durante los meses de Enero, Febrero y Marzo. Desde Méjico, por ejemplo, se ve hacia el Sur; algunos países de América y África la ven pasar por el cenit, y los más meridionales la ven hacia el Norte. Claro es que estos datos se refieren solamente al momento en que la constelación pasa por el meridiano de cada lugar. La nebulosa es la estrella que está en medio de las tres que forman la daga del cazador, figura que según los antiguos, estaba representada por dicha constelación.

LOS GRANDES INSTRUMENTOS CON CUYA AYUDA LEEMOS EN EL CIELO COMO EN LAS PÁGINAS DE UN LIBRO

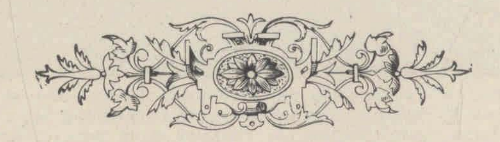
Tales son, pues, las diversas cosas que han de estudiar los astrónomos. Para hacerlo disponen de ciertos instrumentos que les ayudan considerablemente. El primero es un instrumento intelectual: la ley de la gravitación universal. Sabido es que hay una fuerza que atrae los objetos hacia el suelo, de manera que siempre que no están sostenidos caen. Newton fué quien demostró que existe una relación semejante entre la luna y la tierra, y que ésta, como todos los demás planetas, tiende continuamente a caer hacia el sol. Hace solamente setenta años que aun se decía que nunca averiguaríamos de manera positiva si las leyes de la gravedad rigen fuera de los límites del sistema solar, es decir, si la fuerza de atracción obra entre las estrellas. No obstante esto, ahora ya sabemos que esta fuerza es universal y que su acción se deja sentir en todas partes del espacio infinito. Nuestro conocimiento de dicha ley se aplica a todos los estudios astronómicos y siempre es instrumento eficaz para realizar nuevos descubrimientos, lo cual demuestra su exactitud.

Tenemos también dos grandes instrumentos de especie muy distinta. En primer lugar está el telescopio, que nos muestra los cuerpos celestes y nos ayuda a observar sus movimientos; y después el espectroscopio, cuyo origen es mucho más reciente, el cual descompone la luz que despiden esos astros,

separando los varios colores de manera que nos es fácil determinar su composición. Así hemos podido comprobar la presencia en las estrellas del hidrógeno, del calcio, del carbono, del oxígeno y de otros muchos elementos de los conocidos en la tierra. Este descubrimiento es por sí solo uno de los más importantes y maravillosos que se han realizado. Puesto que sólo podemos estudiar las estrellas por su luz, y lo podemos hacer ya más detalladamente, no es probable que los astrónomos posean, en lo porvenir, otros instrumentos más valiosos que los mencionados —si bien, tratándose de la ciencia, es peligroso aventurar profecías.

Empecemos ya a estudiar los distintos astros, y para ello los describiremos. Examinaremos el sol, veremos de qué se compone, cómo despide su luz, lo que son sus manchas, y si tiene atmósfera o carece de ella. Estudiaremos la luna, nuestra *perenne* y más próxima vecina en el espacio (si bien los cometas y los meteoritos se aproximan algunas veces aún más) y ella nos enseñará el futuro destino de la tierra. Describiremos los planetas con la mayor detención posible, especialmente Marte que tanto se parece a la tierra y que está tan cercano que conocemos mejor su Polo Norte que ciertas regiones de nuestro globo. Y cuando hayamos averiguado cuanto podamos acerca del sistema solar—no precisamente porque sea el más importante y maravilloso de todos esos sistemas, sino porque es el único que *podemos* estudiar,—elevaremos la vista a las estrellas y expondremos sus diferentes clases—las luminosas y las frías las «estrellas de calcio» y las «estrellas de hidrógeno» las dobles y las sencillas, las estrellas nebulosas, las variables, las fijas y así sucesivamente.

Por último, téngase en cuenta que describir una cosa no es explicarla, principio aplicable así al objeto más pequeño como a una estrella o a un ente cualquiera. Trataremos de explicar, en cuanto sea posible, la historia, la formación y el destino de las estrellas, la estructura de la Vía Láctea, y lo que significa el conjunto de esas cosas. No podremos contestar todas las preguntas que se nos ocurran, pero haremos cuanto esté en nuestro poder.



LAS PALOMAS Y EL GAVILÁN

A las tristes palomas un milano,
Sin poderlas pillar, seguía en vano;
Mas él a todas horas,
Servía de lacayo a estas señoras.
Un día, en fin, hambriento e ingenioso
Así las dice: «¿Amáis vuestro reposo,
Vuestra seguridad y conveniencia?
Pues creedme, en mi conciencia:
En lugar de ser yo vuestro enemigo,
Desde ahora me obligo,
Si la banda por rey me aclama luego,
A tenerla en sosiego
Sin que de garra o pico tema agravio,
Pues, tocante a la paz, seré un Octavio».
Las sencillas palomas consintieron:
Aclámanlo por rey: «*Viva*, dijeron,
Nuestro rey el milano».
Sin esperar a más este tirano
Sobre un vasallo mísero se planta;
Déjalo con el *viva* en la garganta,
Y continuando así sus tiranías
Acabó con el reino en cuatro días.

Quien al poder se acoge de un malvado
Será, en vez de feliz, un desgraciado.

SAMANIEGO.



LOS TREINTA Y TRES ORIENTALES—HEROICO GRUPO REVOLUCIONARIO QUE INICIÓ LA REIVINDICACIÓN DE LA INDEPENDENCIA URUGUAYA (CUADRO DE BLANES)

REPÚBLICA ORIENTAL DEL URUGUAY

LA CRUZADA DE REDENCIÓN

I

LA comida había terminado hacía algunos momentos, y todos abandonamos nuestros asientos, rodeamos el sillón del viejo abuelo, exigiendo, con infantil perseverancia, la contribución de todas las noches, antes de ganar el lecho: una de aquellas pintorescas narraciones que constituían nuestro encanto.

Nuestro abuelo era el ídolo de la familia, viejo guerrero de edades pasadas, al que si bien la ancianidad encorvaba la nívea cabeza, no había conseguido en cambio extinguir esa juventud del corazón, que constituye el mayor encanto de los viejos, dándoles un fondo inagotable de benevolencia para con las mujeres y los niños.

Tenía la gentileza caballeresca de otros tiempos; era para nosotros el mayor placer de nuestra vida merecer su aprobación, pues además de su inalterable bondad para con nosotros, su juicio era tan recto y tan justo, que su aprobación a nuestros actos nos proporcionaba el más grande de los premios: el aprecio de nosotros mismos.

Adorando a sus nietos, a ellos solamente consagraba sus veladas, y la relación de las aventuras de su vida, contadas con la sencillez que caracterizaba todos sus actos, era para nosotros la mejor y más anhelada de las distracciones.

Esa noche, nuestra curiosidad estaba doblemente excitada por la animación que iluminaba la fisonomía del abuelo y por el tibio ambiente del salón, caldeado por el hermoso fuego que chisporroteaba en la inmensa chimenea.

En el exterior, un viento helado y violento impulsaba la lluvia contra los cristales, empañados por el vapor que en ellos se condensaba, y nosotros, dominados por una sensación deliciosa, en aquella atmósfera íntima y feliz, adivinábamos una narración extraordinaria.

Como era el mayor de mis hermanos y, con razón o sin ella, me suponía el mimado del abuelo, quise ser el intérprete de todos, en los deseos que no se atrevían a manifestar.

—No sé por qué, abuelito; pero es lo cierto que hoy esperábamos todos de ti una de esas narraciones que tanto nos encantan.

—Sí, querido mío; esta mañana, mientras estudiabas tus lecciones, me hiciste una pregunta que evocó en mí todo un mundo de pensamientos. ¿Lo recuerdas?

—Sí, abuelito; me acuerdo de que te pregunté por qué todos hablaban con respeto del 19 de Abril, pues en mis libros no había encontrado los medios de satisfacer mi curiosidad.

—Y, ¿recuerdas lo que te contesté?

—Sí, que esta noche, si nos portábamos bien, tú nos explicarías el significado de esa fecha.

—Bueno, como Uds. no han merecido hoy ninguna reprimenda, voy a cumplir mi palabra; así es que pido toda su atención.

Nos colocamos en torno del abuelo, abriendo todo lo posible nuestros ojos y nuestros oídos, y el anciano empezó así su narración.

II

Eran los comienzos del año 1825, y nuestro país, al que entonces se llamaba Provincia o Estado Cisplatino, estaba dominado por los brasileños, que, independizados de los portugueses, habían recibido este territorio como parte de su patrimonio.

Nosotros no teníamos ya ejército; nuestros soldados de otros tiempos o habían huído, expatriándose, o se habían resignado, en apariencia al menos, a sufrir el yugo extranjero, y muchos se habían incorporado a las filas del vencedor.

El jefe superior de las fuerzas de ocupación, el general Lecor, ilustrado, valiente y audaz, después de emplear la violencia para vencer, iba hábilmente apoderándose del corazón de los vencidos, haciendo de la capital un centro de cultura, donde la vida se pasaba agradablemente.

Pero no por esto se olvidaba de que estaba en país enemigo, y, siempre alerta, vigilaba los movimientos sospechosos de los vencidos.

Esta suspicacia y natural desconfianza de Lecor, había dado lugar a una serie de persecuciones contra aquellos cuyos nombres recordaban antiguas hazañas, y muchos de nuestros antiguos oficiales habían tenido que huir a Buenos Aires, en busca de la tranquilidad que no encontraban en su patria.

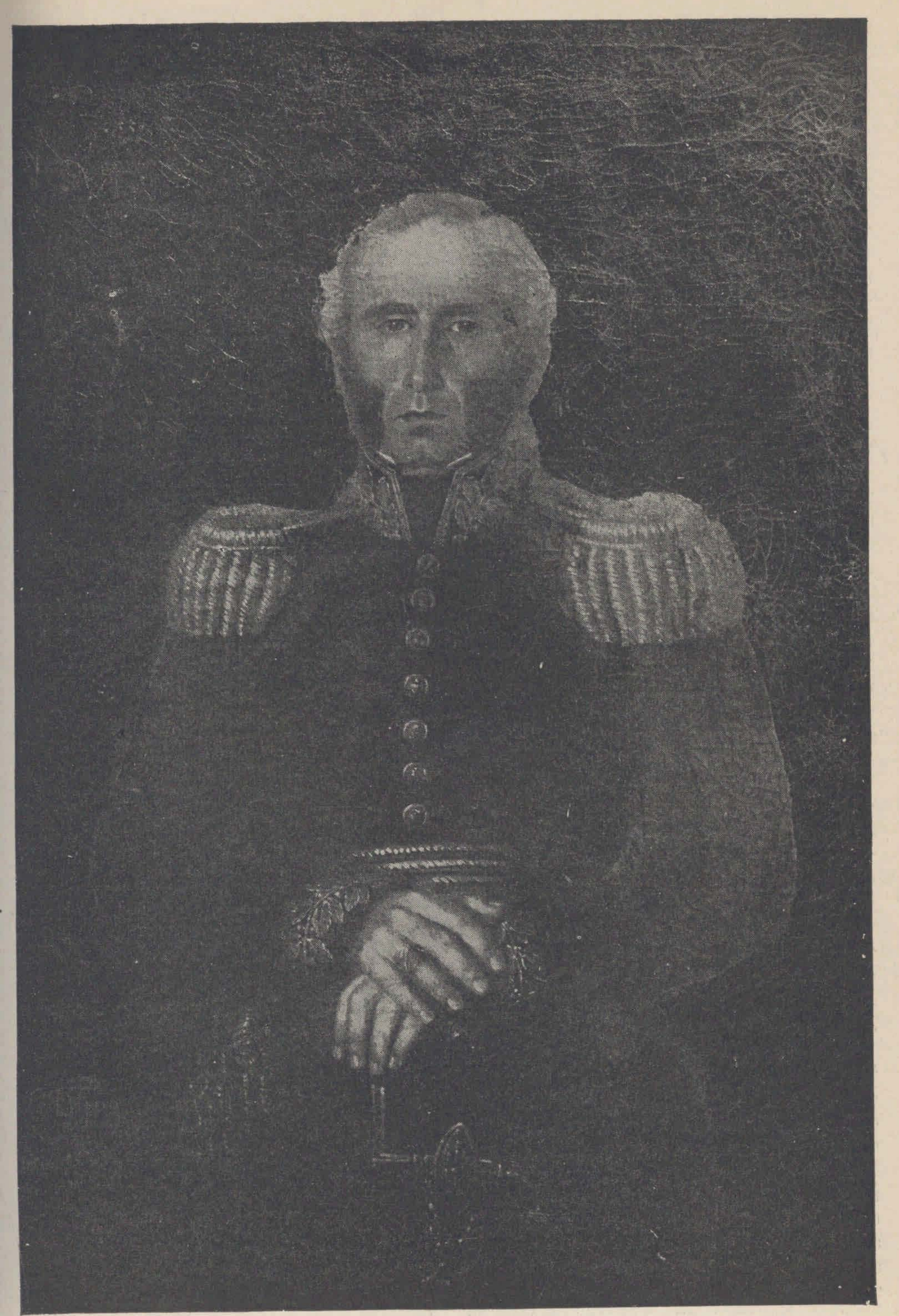
Son Uds. todavía muy niños para comprender lo que eso significa; pero deben saber que no hay martirio mayor, para un corazón bien puesto, que tener que abandonar la patria, que es nuestra casa, nuestros afectos, porque se ha posesionado de ella un extranjero que nos humilla con su altanería y aun con su propia presencia.

Figúrense Uds., mis queridos hijos, que un hombre poderoso, acompañado de muchos soldados, se presentara de pronto en nuestra casa; que penetrara en nuestras habitaciones, se apoderara de nuestras ropas, de nuestros libros, de todo lo nuestro, en fin; que mandara a nuestros criados, se hiciera servir en nuestra mesa, y nos obligara a respetarlo, e hiciera que nosotros mismos lo sirviéramos, arrojándonos un día de nuestro hogar, porque no aceptábamos con sonrisas su atropello brutal.

Si Uds. piensan en lo horrible de esta situación y la comprenden, ni aun así alcanzarán a medir lo que es el destierro, pues por mucho que Uds. quieran a esta nuestra casa, más, mucho más queremos a nuestra tierra, a nuestro cielo, nuestro sol, todo lo que hemos visto desde niños, cuyo cariño sólo se comprende y se valora cuando llegamos a perderlo.

Nunca, jamás, debe un hombre honrado olvidar su patria, ni ofenderla, y cuanto más desgraciada sea, más debe amarla, respetarla y defenderla.

Así como Uds. quieren a su buena madre, con todas las fuerzas de su alma, así deben querer a la patria, que está



Juan Antonio Lavalleja, ilustre caudillo oriental, jefe de los « Treinta y tres » y vencedor del Sarandí.

sobre todos los afectos en el corazón, como un culto santo que embellece la vida y la comunica fuerzas para luchar y vencer, dando un objeto grande y noble a la existencia.

Pero si el destierro es siempre una pena terrible, aun cuando provenga de nuestros propios hermanos y sea la consecuencia de un cambio político que se realiza dentro de nuestras propias fronteras, es más grave y abrumador aun, cuando emana de un poder extranjero, que ha invadido nuestro territorio y que nos impone su voluntad por la fuerza, sin atender a nuestras protestas, ni a nuestras legítimas aspiraciones.

Y eso era lo que hería a nuestros hermanos, errantes, sin patria, sin hogar y sin recursos, viviendo casi de la caridad compasiva de los extranjeros que los recibían en su suelo.

Muchos de nuestros compatriotas habían tenido que partir solos, dejando a sus familias en el territorio invadido; así es que su situación se tornaba más triste lejos de los suyos, sin comunicaciones frecuentes que les hablaran de ellos, y sufriendo toda clase de privaciones.

Nuestros hermanos, inactivos, vagaban sin derrotero en la ciudad vecina, se buscaban, se consolaban, y sus conversaciones rodaban siempre en torno de la patria ausente, vencida y humillada.

Aquellos corazones altivos no se conformaban con la derrota, y, para que fuese más duro su destierro, no podían alejar de su memoria el cuadro grandioso de sus pasadas victorias.

Con el pensamiento fijo en su glorioso jefe, soñaban en aquellas luchas en que sólo animaba el corazón de los soldados el impulso abnegado de su patriotismo, siempre desinteresado y generoso, que llenaba sus almas de los entusiasmos más nobles, confraternizando, después de la victoria, el jefe y los soldados, así en generosos sentimientos como en apremiantes necesidades, sin que nunca se oyesen quejas ni protestas; eran los buenos tiempos en que se ofrecía la hacienda y la vida en el altar de la patria, y sólo se buscaba el premio de las propias y nobles satisfacciones patrióticas.

Todo había pasado ya y nuestro jefe errante...

—Pero, abuelito; es la segunda vez que citas a tu jefe; pero no sabemos quién era ni cómo se llamaba.

—Es verdad; como su recuerdo y su nombre viven siempre en mí, sin desvanecerse ni borrarse, no recordé que Uds. no lo conocían; pero voy a salvar su olvido y a pronunciar su nombre.

La mirada del abuelo había adquirido un brillo extraordinario, su rostro marchito, generalmente muy pálido, se había coloreado al hablar, y en el fondo de sus pupilas adivinábamos una lágrima de emoción y de entusiasmo.

—Nuestro jefe—siguió diciendo,—Uds. no lo saben ni pueden saberlo, se llamaba ¡don José Gervasio Artigas! Nunca pronuncien este nombre sin respeto; nunca contemplen su imagen sin inclinarse, y cuando piensen en él, consagren su memoria con las oraciones benditas de la infancia, porque Artigas fué el verdadero fundador de nuestra patria, el padre de una nueva nacionalidad, quien creó nuestros hogares, quien dió vida a generosas aspiraciones, arrojó en nuestras almas el sentimiento de la libertad y cobijó con su sombra gigantesca el templo de nuestras instituciones, surgidas al conjuro generoso de aquel noble espíritu republicano.

¡Ah! Artigas no estaba aquí para congregarnos a la pelea; vencido, pero no domado, su alma no podía contemplar el desastre fríamente, y con el corazón entenebrecido por la derrota y el espíritu iluminado quizá por la clara visión del futuro, llevaba, a las vírgenes selvas paraguayas, el genio tutelar de la patria, el culto de sus aspiraciones democráticas.

Y entretanto los viejos oficiales de su ejército vagaban sin hogar y miraban con tristeza, como con reproche, la silueta gigantesca del héroe que se alzaba en el horizonte y que parecía decirles: La patria es esclava, y vosotros, que sois jóvenes y fuertes, ¿no la salváis?

DOS EPISODIOS IMPORTANTES EN LA HISTORIA DEL URUGUAY



BATALLA DEL SARANDÍ (CUADRO DE BLANES)



JURA DE LA CONSTITUCIÓN URUGUAYA—(1830).

III

La situación de los orientales, en Buenos Aires, no podía ser más triste ni desagradable. Es verdad que recibían la hospitalidad material, que consistía en permitirles habitar la ciudad—donde se mantenían gracias a su esfuerzo propio y a las condiciones para el trabajo, propias de su enérgica naturaleza,—hospitalidad que, por otra parte, no importaba una distinción, pues era igual para todos; pero lo más duro para nuestros hermanos, era que allí las autoridades los vigilaban con particular empeño, temiendo sus esfuerzos para convulsionar su propio país, en demanda de su libertad, oficiosidad esta, que no tenía más objeto que mantener a todo trance la amistad de los brasileños que dominaban nuestro suelo, o, cuando menos, neutralizarlos parcialmente en sus propósitos invasores.

Preocupado el Gobierno de Buenos Aires con sus disturbios internos, quería asegurar la paz en el exterior, especialmente con los dominadores de nuestro país, cuyo avance había provocado o favorecido, por temor al poder y a los propósitos de Artigas, pues constituyendo un gobierno sin verdadero arraigo popular, temían sus miembros el avance irresistible de las corrientes democráticas.

Por estas circunstancias, los orientales se sentían doblemente desterrados, y hasta sus reuniones debían celebrarse con cierta cautela y misterio, por el temor de provocar las desconfianzas de la autoridad.

En medio de su duelo, un día resonó en todo el país un rumor extraordinario, que repercutió en la América entera, como un eco de aquellas luchas homéricas que parecían ya terminadas.

Eran los ecos de la batalla de Ayacucho, que modulaban un himno de gloria, tanto más grande cuanto más lejos se había librado el combate.

Ayacucho no era solamente el esfuerzo magnífico de aquel león—por su valor, su nobleza y su bizarría—que se llamó el General Sucre, sino que, con la captura del Virrey La Serna, era el epílogo de las luchas con la metrópoli, la consagración difinitiva de la independencia americana.

Este triunfo repercutió grandemente en América; pero donde penetró con más intensidad fué en el corazón de los orientales, en los que el rumor de la terminación de la grande epopeya despertó estímulos generosos, avivó energías marchitas y evocó anhelos de conquistas inmortales.

La casa de un compatriota residente en Buenos Aires, don Luis Ceferino de la Torre, fué el centro de las primeras reuniones.

Allí se planteó sencillamente el problema de la independencia, contra aquel poder que avasallaba nuestra tierra; allí se planeó la empresa y se analizaron sus consecuencias.

¿Cómo se realizaría la cruzada?

Nadie lo sabía; pero era preciso vencer, y al servicio de tan noble causa todos ofrecieron, sin tacañerías ni regateos, su vida, su hacienda y su valor.

El enemigo que se iba a combatir se creía en su casa, por una larga posesión; tenía ejércitos poderosos y una marina formidable para la época; tenía armas, municiones y dinero, es decir, tenía un éxito asegurado y brillante.

Los revolucionarios futuros carecían de todo: ejército, marina, armas, municiones y dinero; pero tenían, en cambio, la fe, el valor y la virtud que, combinados, llevan al heroísmo y, con mucha frecuencia, a la inmortalidad.

Reunidos ocultamente en aquella casa, trazaron su plan los revolucionarios, nombraron su jefe a uno de los valerosos oficiales de las cruzadas de Artigas, don Juan Antonio Lavalleja, y, después de fijar la enseña que debía guiarlos, firmaron solemnemente el contrato de la redención de la patria.

Para los indiferentes, había sin duda en aquellos hombres mucho de locura o de extravío, pues hablar de combatir a un enemigo todopoderoso, sin contar con recursos para ello, era realmente una locura; pero, con harta frecuencia en la historia, los locos de hoy son los héroes de mañana, y así debía suceder

con ese grupo de treinta y tres orientales, que, en son de reconquista de su propio suelo, se preparaban a invadir su patria esclavizada.

IV

El 19 de Abril de 1825, un pequeño grupo de orientales desembarcaba misteriosamente en la playa de la Agraciada, sobre la margen izquierda del Uruguay; venían de la costa argentina en frágiles embarcaciones, con un armamento escaso, casi sin municiones ni dinero, pero vibrantes de entusiasmo, animados de una cálida fe, que les hacía vislumbrar el triunfo para su empresa, disparatada y loca a los ojos de los indiferentes.

Y contaban para ello con el prestigio de sus nombres, con la grandeza de su cruzada, y esperaban que, al internarse en su país, el pueblo entero seguiría sus huellas, y aquel pequeño grupo se convertiría en un gran ejército victorioso.

Desde ese momento se inició la lucha; se continuaron los pequeños combates en todas partes, sin medir las fuerzas, realizando actos de inconcebible audacia, aumentando día a día la pequeña falange, congregando los mejores elementos, vigorizándolos en la lucha, y sembrando por todas partes la simiente de las reivindicaciones patrióticas que sintetizaba su bandera, para reavivar el culto de la patria en los adormecidos y dar, a los demás, las energías de un apostolado.

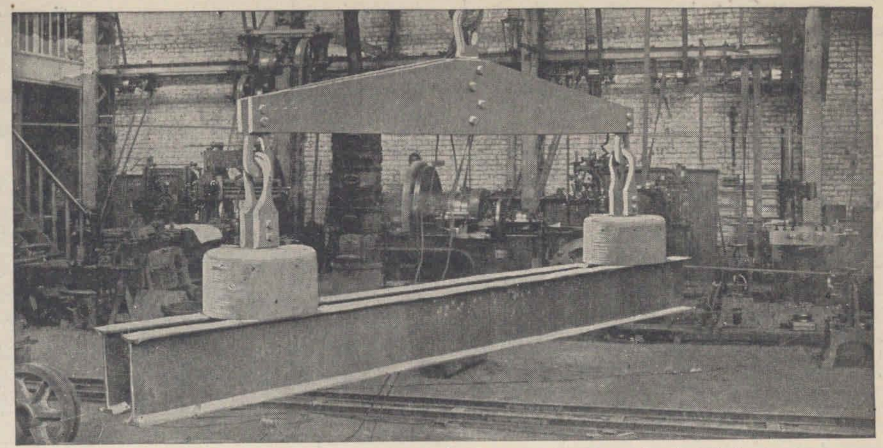
De esta cruzada surgió la Asamblea de la Florida, que, fueren cuales fueren las incertidumbres primeras sobre las orientaciones de la patria libre, tuvo aquella valiente manifestación del 25 de Agosto de 1825, que declaraba nulos y rotos todos los pactos que se oponían a la independencia de este país, a su vida amplia y autónoma; y es esa declaración soberbia, que legitimaba y consagraba la acción guerrera, la que dió a la heroica aventura de los Treinta y Tres la solemnidad de una noble reivindicación patriótica, colocando su enseña bajo el amparo y el prestigio de la ley.

Y aquellos soldados que misteriosamente desembarcaron en las playas de la Agraciada, no cesaron un instante, batallaron siempre, obtuvieron victorias—estupendas por las condiciones en que se realizaron—en Sarandí y Rincón, las que no fueron sólo grandes triunfos en sí mismos, sino que lo fueron fundamentalmente, porque obligaron al Gobierno de Buenos Aires a fijar su atención en aquellos locos sublimes, a cooperar a su acción, preparando Ituzaingó, es decir, los combates decisivos que fueron los precursores inmediatos de aquella consagración suprema representada por la Constitución del año 1830, en que se consignaron los más grandes postulados de la libertad moderna, en sus aspiraciones de igualdad jurídica, como la expresión más alta y más justa de la democracia triunfante.

« Y—terminaba conmovido nuestro abuelo—esta es, hijos míos, la razón que hacía trémula mi voz y humedecía mis pupilas, al oir que recordaban el 19 de Abril de 1825, pues entre aquellos centauros que devoraban el espacio y combatían uno contra cuatro, disputando una victoria gloriosa, estaba también vuestro abuelo, entonces joven y fuerte y altivo, y no abatido y débil y anciano como lo conocéis ahora y lo recordaréis mañana ».



LA LLAMA



Un par de imanes levantando vigas de acero que pesan varias toneladas.

LAS MARAVILLAS DEL IMÁN

UNA FUERZA PODEROSA QUE PUEDE SER DIRIGIDA POR UN NIÑO

CASI todos hemos aprendido algo acerca de los imanes. La tierra misma es un inmenso imán; y su fuerza magnética, al atravesar continuamente, durante el transcurso de las edades, ciertos minerales de la corteza, ha acabado por magnetizarlos, convirtiéndolos en imanes naturales, o sea, en piedra imanada.

Sabido es, igualmente, que la fuerza magnética contenida en los imanes naturales, puede comunicarse al hierro y al acero, de manera que éstos adquieran a su vez propiedades magnéticas. Si es un trozo de acero el que ha sido imanado, su magnetismo persiste por largo espacio de tiempo, y se le da el nombre de imán permanente.

Un imán de esta clase constituye para nosotros un auxiliar valiosísimo, pues es capaz de efectuar todo género de trabajos, sin que nos cueste nada. La brújula, por ejemplo, que sirve de guía a los navegantes, consiste en un imán permanente o aguja magnetizada.

Los antiguos sabían algo de las propiedades maravillosas del imán natural, y le atrubuían poderes mágicos, más fantásticos que cuanto se relata en los cuentos de hadas. Los salvajes suelen adorar todas las cosas que les inspiran miedo o que les parecen inexplicables; y la gente civilizada de otros tiempos obraba de un modo casi tan absurdo, sobre todo en lo tocante a los imanes. Lo curioso del caso es que nosotros, al presente, disponemos de unos imanes que, si bien no poseen las virtudes milagrosas atribuídas antiguamente a las piedras imanadas, realizan hazañas mucho más maravillosas que cuanto pudieran imaginar los adoradores de la piedra imán. Nos referimos, por supuesto, a los llamados electroimanes.

El secreto de su inmensa utilidad reside en que, mientras en un momento dado es un imán poderoso, puede dejar de serlo instantáneamente, para convertirse en un simple trozo de hierro sin magnetizar. El imán permanente ofrece la desventaja de conservar la fuerza que encierra con la misma excesiva persistencia con que el liquen se adhiere a la roca. De modo que si bien puede servir para levantar un cañón, lo mismo que un alfiler, no servirá para trasladar ninguno de esos objetos, pues en lugar de soltarlos en el momento oportuno, continúa reteniéndolos hasta que su magnetismo acaba por debilitarse y no tien

ya fuerza suficiente para sostener la carga. Es como un perro mal adiestrado que corre a buscar un objeto cuando lo manda su amo; pero que luego se niega a soltarlo.

El electroimán es un gigante al que puede dirigir un niño. Todos sabemos cómo se construye.

Sea cual fuere el modelo o el tamaño de un electroimán, el principio en que se funda su construcción es siempre el mismo. Se compone sencillamente de un pedazo de hierro dulce rodeado de alambre. El alambre, por supuesto, está aislado, es decir, se halla envuelto en seda, en gutapercha o en alguna otra substancia por el estilo, de manera que la corriente no puede escaparse cuando pasa por dicho alambre. Tenemos, pues, un núcleo de hierro dulce, empleándose esta clase de hierro porque no conserva su magnetismo, envuelto en un alambre aislado. Permanece inerte hasta que lo necesitamos, bastando entonces la intervención de un niño para ponerlo en acción y utilizar su fuerza misteriosa.

No hace falta más que mover la manecilla de un interruptor dando paso a una corriente eléctrica que, por medio de unos alambres, obra sobre el imán. Estos alambres comunican con una dinamo que a la distancia tal vez de varios kilómetros, está generando electricidad. En cuanto se cierra el circuito, la corriente atraviesa el alambre en que está envuelto el trozo de hierro dulce y éste queda instantáneamente convertido en un poderoso imán. La corriente eléctrica magnetiza el hierro y no hay piedra imanada natural cuya potencia sea comparable a la del imán que obtenemos de ese modo.

Veamos en qué puede utilizarse, ya que lo tenemos a nuestra disposición. En un patio o almacén hay acumulados muchos miles de kilos de fundición que ha de ser cargada en los trenes que la transportarán de un extremo al otro del país. Si la carga hubiese de ser efectuada por el trabajo de operarios, se tardaría en ello muchos días, mientras que, valiéndonos del imán, realizaremos la operación con la misma facilidad que si se tratase de un pasatiempo. El imán se suspende de una cadena sujeta a una grúa movible; se le baja hasta que esté muy cerca de las piezas de hierro; y éstas, por macizas que sean, se alzan instantáneamente, como si tuvieran vida, quedando adheridas al mismo imán.

A una señal del que dirige las operaciones el maquinista hace mover la grúa, de la que cuelga el imán con su carga de fundición, hasta que viene a situarse encima de un vagón. Vuelve entonces a manejarse el interruptor, cerrando el paso a la corriente eléctrica; el imán pierde en el acto sus propiedades magnéticas, y como no atrae ya la fundición, ésta se desprende y cae al fondo del vagón. El imán regresa luego a su punto de partida; es nuevamente magnetizado y transporta más fundición; al cabo de poco rato, las piezas están todas cargadas en los vagones, y el tren dispuesto a ponerse en marcha.

Puede que en aquel mismo lugar haya otras piezas de metal pesadas, que deban levantarse y ser transportadas. Todo puede efectuarse por medio del interruptor. El peso que puede ser levantado depende de las dimensiones y de la forma del imán, así como de la fuerza de la corriente eléctrica, siendo aplicable el procedimiento a objetos de diversas clases, como cañones, obuses, vigas y maquinaria.

Dominando de ese modo la potencia del electroimán, realizaremos un milagro mucho más maravilloso que los imaginados por nuestros antepasados, idólatras de la piedra imanada. Tenemos ante nosotros un pedazo de hierro y un alambre ordinario, ambos inertes y al parecer inutilizables; tocamos un interruptor, y, al hacerlo, comunicamos a ese alambre y a ese hierro algo que parece darles vida, adquiriendo dicho hierro una potencia considerable.

El imán puede levantar, transportar de un lugar a otro y colocar los objetos en cualquiera posición, soltándolos en cuanto nos conviene. Pero también puede utilizarse como medio de destrucción, tan rápido como sencillo. Cuando las máquinas están usadas y se

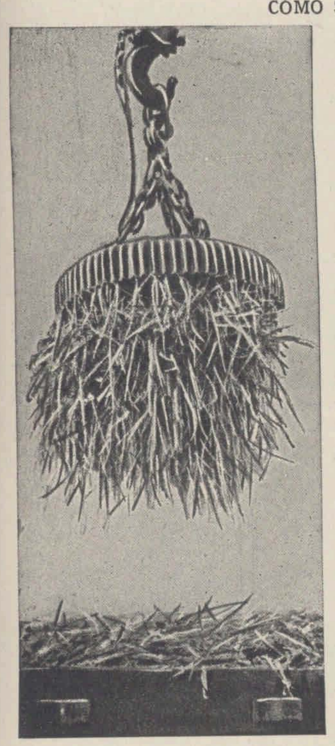
hacen inservibles es preciso destrozarlas para que el hierro viejo pueda ser aprovechado en el horno de fundición. Sin embargo, el hacerlas pedazos resultaría muy laborioso, si no fuese por el electroimán; acudiendo, pues, a él y moviendo el interruptor, hacemos que pase la corriente, con la cual el imán levanta la masa de metal que deseamos despedazar. Mediante la grúa la elevamos hasta cierta altura; luego interrumpimos la corriente, y la masa metálica cae, quedando rota en fragmentos, a propósito para ser llevados al horno de fundición.

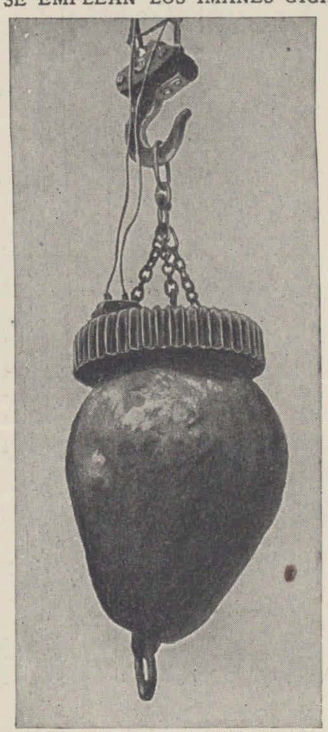
Puede que en el transcurso de la operación ocurra alguna desgracia, y que un trozo punzante de metal haya penetrado en la carne de algún operario. También hallaremos el remedio en el empleo de un electroimán de tamaño reducido que se coloca junto a la herida; al pasar la corriente, el hierro es magnetizado y atrae el trozo de metal, consiguiendo en pocos momentos extraerlo de la herida.

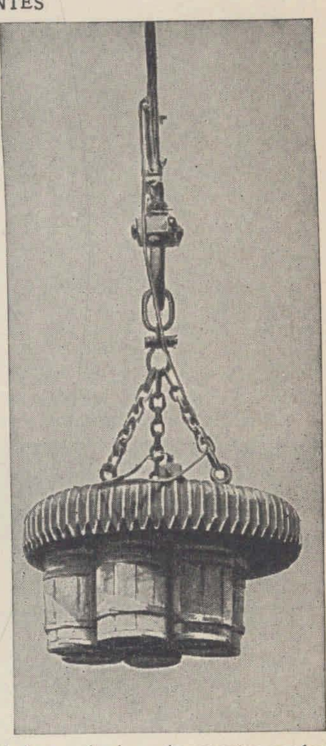
Esas son algunas de las formas diversas en que puede utilizarse, sin esfuerzo alguno, la potencia que le importamos al hierro con la ayuda de ese auxiliar invisible que llamamos electricidad. Hay otras muchísimas maneras de utilizar los electroimanes.

Los mismo los motores de tranvías, de trenes y de automóviles, que los telégrafos y télefonos y los timbres eléctricos, funcionan mediante electroimanes, los cuales deben, por tanto, considerarse como auxiliares de los más valiosos que la ciencia ha proporcionado al hombre.

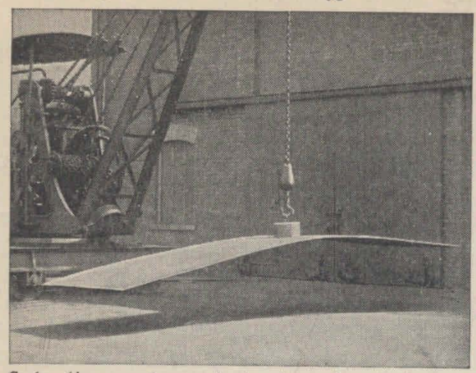
CÓMO SE EMPLEAN LOS IMANES GIGANTES



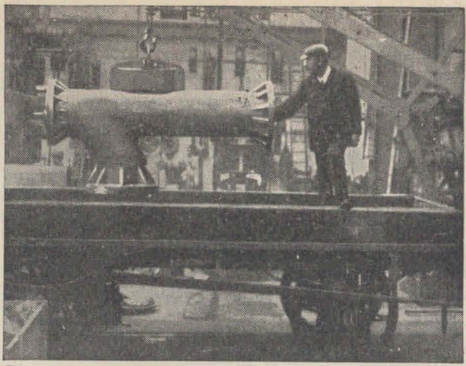




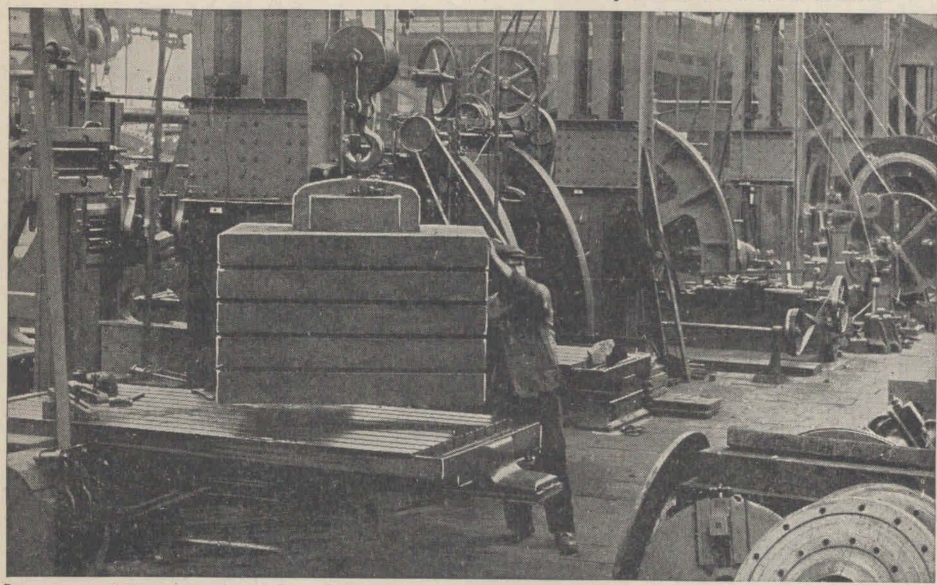
El grabado nos muestra algunas maneras de utilizar los electroimanes, de los cuales los más potentes pueden levantar veinte toneladas. A la izquierda vemos una masa de desperdicios de acero en el acto de ser levantada, y a la derecha seis barriles de clavos sostenidos por un imán. En medio se ve un imán que sostiene una masa de acero, cuyo peso es de más de 22 toneladas y que sirve para despedazar hierro viejo.



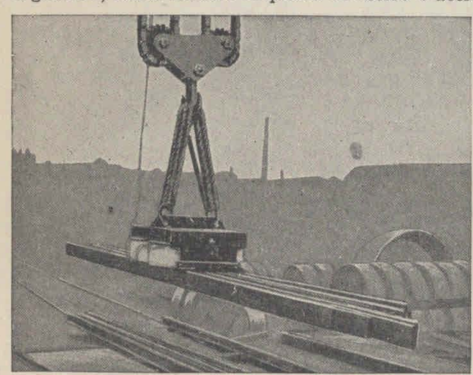
Cada día es más corriente el empleo de imanes poderosos para levantar grandes pesos en los talleres de ferrería.



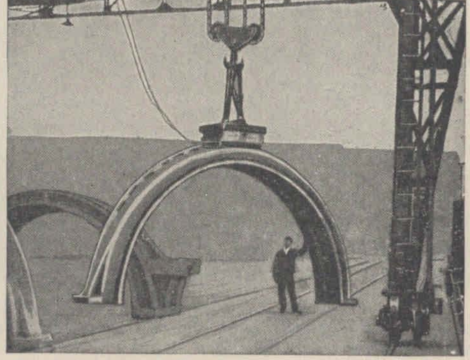
Piezas macizas que por su forma son difíciles de manejar, son levantadas con suma facilidad mediante el electroimán y trasladadas a donde se desee.



La potencia del imán puede regularse de un modo tan exacto que es posible levantar a un tiempo, según indica el grabado, cierto número de piezas de hierro o acero y dejarlas caer luego una por una, según convenga.



Las vigas eran levantadas antes separadamente, y ocurrían muchas desgracias entre los obreros; pero actualmente pueden levantarse varias vigas a un mismo tiempo sin peligro alguno.



Resultaba muy dificultoso mover arcos de acero, como el representado en este grabado, mediante cables y ganchos; pero ahora el electroimán los maneja con la misma facilidad que si fuesen barras rectas.



EL IMÁN MÁS GRANDE DEL MUNDO

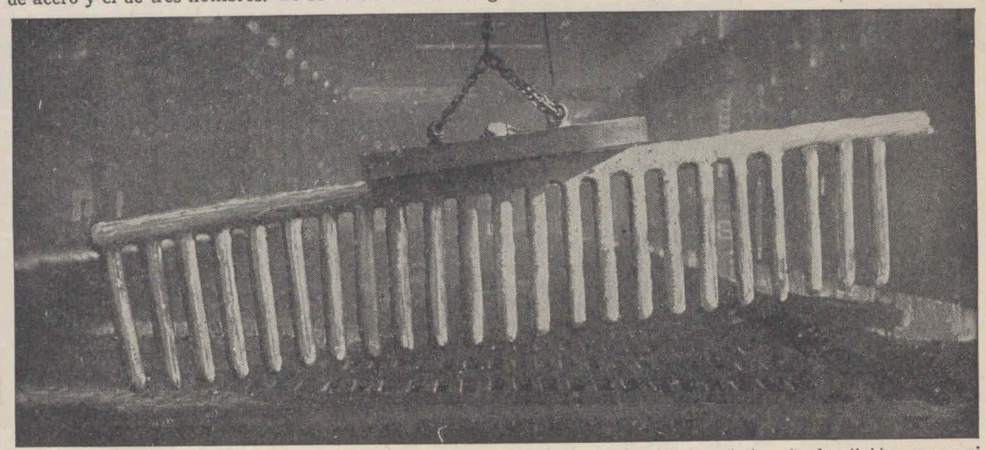


En esta ilustración vemos el empleo que se hace del mayor imán conocido para romper toda clase de maquinaria y hierro viejos dejándoles caer encima repetidas veces un peso de 22 toneladas que el imán levanta fácilmente.

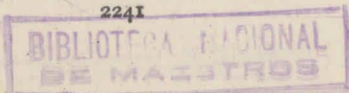




El grabado de la izquierda representa un imán relativamente pequeño que sostiene el peso de una tonelada de acero y el de tres hombres. El de la derecha es un gran electroimán que transporta lingotes de hierro.



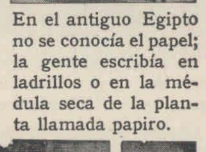
Este grabado nos muestra un imán poderoso en el acto de levantar varias toneladas de fundición, como si el hierro fuera una pluma. Un imán como éste puede trasladar al día mil toneladas de hierro.



Este grabado representa un trozo de pared de una tumba, en el cual la pintura está todavía fresca, a pesar de tener miles de años.

La «Aguja de Cleopatra», obelisco egipcio emplazado actualmente en el Victoria Embankment, Londres.

La Piedra de Rosetta, por medio de la cual se llegó a descifrar los jeroglíficos egipcios, contiene tres inscripciones, cuyo sentido es el mismo; una de ellas está en escritura egipcia, mientras otra está en una lengua conocida, de manera que se pudo averiguar lo que significaban los caracteres egipcios.



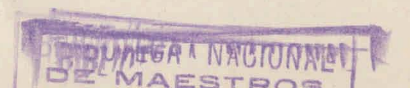
En el antiguo Egipto no se conocía el papel; la gente escribía en ladrillos o en la médula seca de la planta llamada papiro.

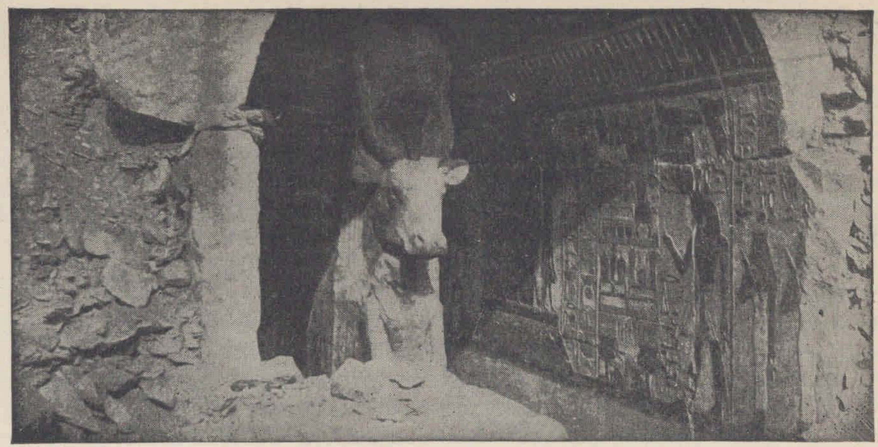


Uno de los modos primitivos de escribir consistía en trazar caracteres como éstos sobre arcilla blanda, que luego se cocía hasta que se convertía en ladrillo.



Este grabado nos muestra un pedazo de papiro, y vemos cómo lo empleaban los egipcios para escribir. Casi todos estos objetos se conservan en el Museo Británico, en Londres.





TEMPLO DEDICADO AL CULTO DE LA VACA HATOR

DE QUÉ MODO AVERIGUAMOS LO QUE OCURRIÓ EN TIEMPOS REMOTOS

HUBO un tiempo en que la tierra estaba mucho menos poblada que ahora. No podemos saber exactamente lo que entonces acontecía, por tratarse de tiempos demasiado remotos; pero es de presumir que todos los hombres vivían por sus propios recursos, en un rincón de la tierra, formando como una gran familia que habitaba en una misma casa. No tardó en aumentar esta familia; nacieron hijos e hijas y la casa resultó demasiado chica para que todos pudieran seguir viviendo en ella. Entonces algunos de los moradores tuvieron que ir en busca de otra vivienda; anduvieron errantes por el mundo, y en donde quiera que hallaron un lugar adecuado para vivir, allí fijaron su morada.

De donde se deduce que todos pertenecemos a una gran familia; y si bien en la actualidad, parecen diferir mucho unas de otras las varias naciones, con todo, existe realmente entre todas ellas cierto parentesco. Este hecho nos explica por qué hay tantas palabras parecidas en lenguas habladas por diversos pueblos; las palabras castellanas *padre* y *madre*, por ejemplo, tienen semejanza con las que, para expresar el mismo concepto, poseen otros idiomas diferentes.

LAS NACIONES NACEN Y MUEREN COMO LOS INDIVIDUOS

Algunos de los pueblos primitivos han muerto ya, mientras que otros existen todavía; porque las naciones, de igual manera que los individuos, nacen, se desarrollan y mueren; sólo que aquéllas, claro está, viven muchísimo más tiempo que nosotros. Tal vez algunas naciones de las que viven en la actualidad se extinguirán en un porvenir más o menos distante. Podrá parecer extraño que hayamos podido averiguar lo que aconteció en tiempos muy lejanos, antes de que existieran libros o periódicos, o se hubiera inventado la escritura. Es cosa fácil enterarse de los acontecimientos que han tenido lugar de cien o más años a esta parte, pues hay infinidad de libros que nos lo explican detalladamente. ¿Pero cómo puede saberse lo que ocurrió hace miles de años?

Es indudable que una de las épocas más gratas de nuestra existencia, es aquella en la que, sentados en las rodillas de nuestro padre, oíamos de sus labios las cosas e historias que nos contaba de cuando él era niño. Algunas de esas historietas se recuerdan toda la vida, y cuando somos mayores se las contamos asimismo a nuestros pequeñuelos.

DE QUÉ MODO LOS NIÑOS HAN TRANSMITIDO LA HISTORIA DEL MUNDO DE GENERACIÓN EN GENERACIÓN

Ahora bien; a los niños y niñas que vivían hace muchísimo tiempo, les gustaban también los cuentos e historias; también pedían a sus padres que se las contaran, para luego hacer ellos lo propio cuando tuviesen hijos. De este modo ha llegado hasta nosotros la historia de las épocas primitivas, en que no había lectura ni escritura, pero sí tradición, es decir, la explicación verbal que daban los padres a los hijos de los hechos dignos de recuerdo. Tal es el primer medio de que disponemos para averiguar lo que ocurrió en tiempos tan remotos. ¿No hubiera sido una gran lástima que los niños y niñas que vivían en aquellos tiempos hubiesen olvidado las historias que les contaban sus padres?

Otro medio que tenemos para averiguar lo que ocurrió en tiempos pasados, consiste en leer los libros antiguos. Pero no hay que figurarse que esos libros se parezcan a los que tenemos ahora, pues no eran otra cosa que *ladrillos*; simples ladrillos de arcilla, en los cuales se trazaban dibujos o caracteres de escritura mientras la arcilla estaba blanda y luego se secaban al sol para endurecerlos. En Babilonia y otros puntos, se han sacado de la tierra miles de esos ladrillos. Destruídas esas ciudades, tiempo ha, fueron recubiertas gradualmente de tierra, hasta el punto de quedar al fin sepultadas bajo el suelo sus casas, sus calles, sus bibliotecas y cuanto encerraban. A cierta profundidad bajo tierra, esos ladrillos se conservaron secos y sin experimentar deterioro alguno, de suerte que nos es posible ahora leer lo que en ellos hay escrito y averiguar lo que hacía la gente de aquellos remotos tiempos.

LA CURIOSA HISTORIA DE UN LIBRO MARAVILLOSO ESCRITO POR UN VISIONARIO

Hay un libro antiguo, que se llama el Corán, y es la Biblia de los que creen en el profeta Mahoma. Este profeta Mahoma fingía tener sueños o visiones, en los cuales oía voces que le hablaban; y al despertar escribía lo que había oído. Para ello, echando mano de cualquier objeto que estuviera a su alcance, por ejemplo, una piedra lisa, un pedazo de cuero o una hoja de palmera, lo empleaba a modo de pizarra o de papel, y lo cubría de escritura. Cuando murió el Profeta, el joven que había sido lo que llamaríamos ahora su secretario particular, recogió las piedras y las hojas y, copiando lo que llevaban escrito, compuso el libro que millones de musulmanes consideran como el más sagrado de los que existen en el mundo.

En los tiempos antiguos, cuando un rey realizaba una hazaña de que se sentía orgulloso, como la de vencer a sus enemigos y llevárselos cautivos, mandaba escribir una relación del hecho en alguna columna o pilastra de piedra, la cual se erigía luego en un lugar público, donde todos pudieran enterarse de las proezas del rey. Se han encontrado miles de esos monumentos, y aun deben de quedar muchos miles más, enterrados en Egipto y en varias partes de Asia. Las inscripciones insertas en esas piedras nos parecen muy extrañas; las que se hallan en Egipto llevan dibujos en lugar de palabras y letras.

LA AGUJA DE CLEOPATRA Y LA VACA SAGRADA

En uno de los principales parques de Nueva York, llamado Central Park, se levanta una alta columna, conocida con el nombre de aguja de Cleopatra; fué transportada allí desde uno de los grandes templos de Egipto, y está cubierta de dibujos o figuras. Dichos dibujos se llaman jeroglíficos, palabra que significa inscripciones sagradas.

Esta columna es uno de los dos obeliscos que, en los días lejanos de la grandeza de Egipto, se alzaban a la entrada del hermoso Templo del Sol, en Heliópolis, Ciudad del Sol.

El otro se halla actualmente en Londres, a las orillas del Támesis, y ambos fueron erigidos por un rey egipcio que vivió más de mil qui-

nientos años antes de que naciera Jesucristo.

En aquel tiempo Heliópolis era el centro de cultura más importante del mundo; pero, más adelante, cuando subió al trono la hermosa Cleopatra, se hizo construir un magnífico palacio en Alejandría, formando el propósito de hacer trasladar allí los dos grandes monolitos. Cleopatra murió antes de que pudiera llevarse a cabo la empresa, pero muchos años después fueron embarcados y llevados por el Nilo a Alejandría. Mil ochocientos años más tarde, uno de esos obeliscos fué regalado a Inglaterra y el otro a los Estados Unidos de la América del Norte.

Otro monumento de los que llevan escrita su propia historia es la estatua de la gran vaca llamada Hator, adorada como diosa hace muchos miles de años. La vaca era considerada como un animal sagrado en todo el Egipto. Por cierto que también otros muchos seres eran sagrados, tales como el gato, el toro, la cabra y el halcón; todos ellos tenían templos consagrados a su culto, porque el pueblo veía en ellos, bajo una forma material, manifestaciones divinas de sus dioses y diosas. Cuando se halló la primera de esas antiguas columnas, nadie supo descifrar lo que contenían escrito, ni entender lo que significaban los dibujos.

REVELACIÓN DE LA PIEDRA DE ROSETTA

Por último, cuando ya iban a renunciar los sabios a proseguir sus averiguaciones acerca de lo que aquellas raras inscripciones significaban, unos oficiales franceses, que se hallaban en Egipto hace más de un siglo, en 1798, descubrieron excavando la tierra, una piedra que contenía una inscripción en tres lenguas. Una de estas era el griego.

Esta piedra maravillosa se conoce con el nombre de Piedra de Rosetta, porque se encontró en el pueblo de este nombre. Los ingleses, apoderándose de ella, se la llevaron a Inglaterra, donde los hombres de más sabiduría la estudiaron durante varios años, hasta que por fin, el Doctor Tomás Young, sabio de gran cultura, averiguó que las otras dos lenguas empleadas en la inscripción eran el lenguaje dibujado o geroglífico y el idioma corriente o vulgar.

Ahora bien; el griego no ofrece dificultad alguna, y por tanto, cuando se hubo averiguado el sentido de la inscripción, se le ocurrió al sabio que los geroglíficos debían significar lo mismo; y así era, efectivamente. Con esto quedó vulgarizada la clave de la escritura egipcia y desapareció todo el misterio que hasta entonces había rodeado a esas inscripciones. Se averiguó que una águila representaba la letra *a*, una pierna y un pie la *b*, una serpiente con cuernos la *f*, una mano la *t*, un buho la *m*, un pollo la *u*, y así sucesivamente. La figura de un hombre con las manos alzadas, significaba plegaria.

Después de leer esta inscripción se descifraron con facilidad todas las que figuran en las piedras y en las columnas egipcias.

LO QUE NOS ENSEÑAN LAS TUMBAS Y CIUDADES SEPULTADAS

También se averiguan muchas noticias relativas a tiempos pasados abriendo los sepulcros subterráneos, en especial los de Egipto.

En aquellos tiempos, se enterraban junto con la gente todo género de objetos; las tumbas estaban tan secas y herméticamente cerradas que todo cuanto contenían se ha conservado perfectamente. Se han hallado en ellas muñecas que, mucho tiempo antes de que Moisés naciera, sirvieron para entretener a la niña, a cuyo lado aparecen enterradas; sonajeros con que jugó algún pequeñuelo egipcio de bronceada tez, en los tiempos en que José gobernaba en Egipto; peines y espejos de señora, aderezos de oro y joyas con que iban adornadas quizás las hijas de Israel cuando atravesaron el Mar Rojo. Y así, poco a poco, reuniendo esos diversos conocimientos fragmentarios, reconstituimos la vida de aquellos tiempos, del mismo modo que, para reconstituir el conjunto,

reunimos los pedazos sueltos de un rompecabezas.

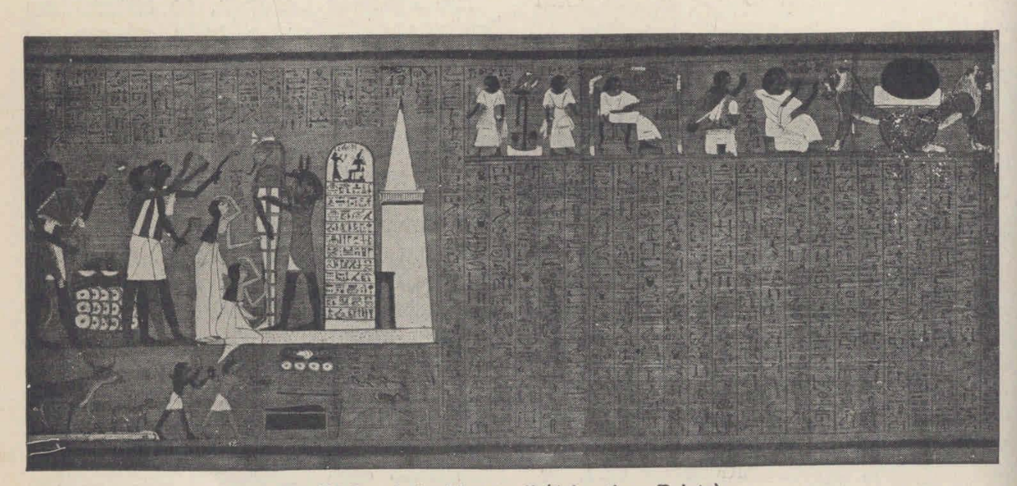
Existe, por último, otro medio para llegar a este fin, y es el de hallar ciudades sepultadas, tal como estaban hace centenares de años. Esto se consigue mediante excavaciones llevadas a cabo, metódica y ordenadamente; gracias a ellas, en algunas partes de Asia, como en las cercanías de Babilonia, se han puesto al descubierto ciudades que dejaron de existir hace muchos miles de años.

Centenares de esas *historias de piedra* han sido sacadas de las abrasadoras arenas de Egipto; grandes columnas de piedra, momias descarnadas, frescos de inapreciable valor, los diez grandes templos de Abidos, la maravillosa estatua de la reina egipcia Tii y otras muchas cosas raras y preciosas. Los sabios pueden ahora descifrar esos tesoros ocultos con la misma facilidad que si se tratara de leer un libro.

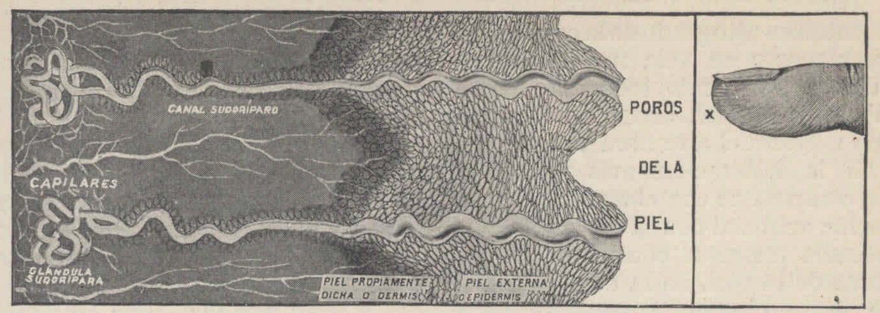
Se han descubierto en Egipto las ruinas de un gran edificio, la biblioteca de Alejandría, y por medio de las inscripciones que figuran en sus paredes y de los volúmenes de papiro sepultados bajo la arena del desierto, hemos averiguado que era una gran Academia a la cual acudían, para estudiar, los eruditos del mundo entero.

La biblioteca contenía 700,000 volúmenes. ¡Calcúlese cuanto trabajo supone semejante biblioteca, teniendo presente que no se conocía entonces la imprenta! Todos los libros eran escritos a mano por personas a que damos el nombre de amanuenses.

Despréndese de todo eso, que no hay cosa alguna que sea obra de la casualidad. De manera que, si llegamos a ser bastante sabios, averiguaremos por qué vivimos y de qué modo estamos relacionados unos con otros. Porque todos, en realidad, somos miembros de una gran familia. Podría decirse que los distintos pueblos son como las cuentas ensartadas en un hilo; cada una es diferente, y está aislada, pero todas se hallan enlazadas entre sí por el mismo hilo que las contiene. En el transcurso de la historia del mundo, aparece constantemente este lazo de unión; en él descubrimos la existencia de un plan, conforme al cual se van desarrollando todas las cosas, y comprendemos que la mano de Dios impulsa y dirige el Universo.



Del "Libro de los Muertos" (del antiguo Egipto).



Esta es la imagen de nuestra piel; si cortásemos un dedo en el punto indicado por la cruz, veríamos así la superficie del corte, mirándola con el microscopio. En el lado derecho de la figura se ven considerablemente amplificados los surcos que en todas direcciones cruzan la superficie cutánea.

LA PIEL Y SUS FUNCIONES

QUIZÁS haya quien piense que la piel es parte poco importante del cuerpo; pero tal suposición es infundada. Aun considerando la piel como un tejido cualquiera y comparándola con la seda o el hule, con el papel o el paño, vemos que su estructura es la más admirable, y que ningún producto de la industria humana resiste en modo alguno el parangón con ella. Mas es el caso que la piel no es sólo una simple cubierta protectora, sino un órgano viviente, y sobre desempeñar la función bienhechora de cubrir y defender nuestro cuerpo, viene a ser uno de los instrumentos que sirven al cerebro para comunicarse con el mundo exterior.

Sabido es que, si nos sustraemos a la acción de la luz, se suspende el desarrollo y se empobrece la sangre. Por la acción de la luz respiramos con más amplitud, y está bien demostrado que en igual tiempo, los animales absorben más oxígeno y desprenden más ácido carbónico en un medio iluminado que en plena obscuridad. Esto se debe a la acción que la luz ejerce sobre el cerebro no de un modo directo, porque este órgano está perpetuamente sumido en sombras, sino por mediación de ciertos nervios que, dirigiéndose a él, reciben directamente las excitaciones de los rayos luminosos.

Tal misión cumplen los nervios ópticos y los de la piel en general. Por eso, verbigracia, un animal no respira tan bien, esto es, tan profundamente como en estado normal, cuando se le han vendado los ojos. Pero no son sólo estos órganos los que secundan al cerebro en sus funciones reguladoras de la respiración: con ellos comparte estas funciones la piel, que, a pesar de ser un órgano inhábil para percibir la luz, no es indiferente a las impresiones luminosas. He ahí por qué será siempre una excelente prática de higiene el exponer de continuo a la acción de la luz las manos y la cara; y, aun en casos especiales de enfermedad, pueden en gran manera contribuir a la curación los baños de sol, consistentes en exponer la piel a la acción de la luz solar, despojado el paciente de toda vestidura. Débese también a la referida acción de la luz sobre la piel el que los baños al aire libre sean tan agradables y sanos. Indudablemente es perjudicial para nuestra especie la costumbre de cubrir constantemente la mayor parte de la piel substrayéndola a la acción de la luz, y por eso hay que exponerla a merced de este agente en la mayor medida posible y llevar descubiertas siempre, por lo menos, las manos y la cara.

Debemos tener en cuenta que el cuerpo humano se halla acomodado desde hace largos siglos a la luz del sol o diurna, y es lástima muy grande que no la aprovechemos todo lo que poda-

mos. Nuestra salud y nuestras fuerzas se resienten en alto grado de la costumbre de permanecer en vela muchas horas de la noche, viviendo todo ese tiempo alumbrados por luz artificial. Nuestro cuerpo necesita el aire libre y la luz del sol. Ni la habitación más ventilada puede compararse con el aire libre ni la mejor luz artificial con la del sol.

Pasemos ahora a considerar la estructura de la piel, en la cual notamos desde luego ciertas propiedades para cuya observación no necesitamos instrumento alguno. En primer lugar, la piel es perfectamente elástica, pues de otro modo, no serían posibles los movimientos de nuestro cuerpo; y así, al hacer alguno de ellos, se extiende la piel en un sentido determinado y luego vuelve a su posición anterior cuando aquél cesa. Cualquiera puede comprobar este hecho arrugando la piel de la palma de la mano y viendo con qué perfección vuelve después a su primitivo estado. Sábese de dos o tres personas que, por haber perdido ya su piel la elasticidad, experimentaban para moverse la misma dificultad que si hubiesen estado aprisionadas en rígidas armaduras de una pieza.

POR QUÉ NUESTRO ROSTRO EXPRESA HASTA CIERTO PUNTO LAS PARTICULARIDADES DE NUESTRO CARÁCTER

La elasticidad de todos los cuerpos, incluso los que poseen esta propiedad en su más alto grado, tiene un límite, y, naturalmente, no puede ser la piel una excepción de la regla. Todos observamos que a medida que los años pasan, quedan en la piel del rostro unas huellas o arrugas reveladoras de los habituales movimientos de la faz; ahora bien, éstos dependen de los sentimientos que animen al individuo. La persona de carácter alegre y animado mueve el rostro de una manera peculiar y lo propio ocurre con la que es reflexiva, con la de genio sombrío y con la jeremíaca o plañidera; de este modo con el transcurso del tiempo, quedan marcadas en la piel de la cara las huellas de los movimientos más frecuentes, y esas huellas revelan hasta cierto punto el carácter de la persona. La más excelsa belleza de la piel dura toda la vida y depende del modo como hemos usado de ésta: la edad la hermosea aún más.

Una de las huellas que el tiempo imprime en la piel es la pérdida de su elasticidad; con frecuencia se adelgaza también mucho. En la extrema vejez las arrugas que surcaban el rostro desaparecen, y la piel se torna lisa y muy delgada. Pero entremos ya en otras particularidades de este maravilloso tegumento.

LA PIEL ES EL TEJIDO MÁS IMPERMEABLE QUE SE CONOCE

La estructura y disposición de la piel le prestan extraordinaria belleza. Se la ha comparado con el terciopelo, con el pericarpio del melocón, y con otras muchas cosas; pero nada hay que reúna las cualidades de la superficie cutánea cuando ha sido algo cuidada y no se la ha expuesto excesivamente a la crudeza de la intemperie. La finura de la piel ofrece al tacto un verdadero placer; todo el mundo gusta, por ejemplo, de acariciar la mejilla de un niño, porque no hay nada tan suave. Otra importante propiedad de la piel es su impermeabilidad, pero advirtamos que ésta es unilateral y en sentido de fuera a dentro. Por una disposición especial de su estructura, la piel puede tomar agua de la sangre y desprenderla en la atmósfera; en cambio el agua exterior no puede entrar por la piel ni aun siguiendo los diminutos canales por donde sale el sudor. Es, desde luego, de la mayor importancia el hecho de que la piel sea impermeable, como lo es también la circunstancia de que pueda libertar a la sangre del exceso de agua que contiene. Muy difícil sería encontrar otra materia, que permitiendo el paso del agua por un lado, fuese perfectamente impermeable por el lado opuesto.

La función primordial de la piel tiene, naturalmente, por objeto proteger de la suciedad a los tejidos que debajo de ella existen. Si la capa más superficial de la piel fuese también

viva sufriría no poco a causa de la inmundicia que sobre ella se deposita de un modo incesante; pero otra de las propiedades más notables de la piel consiste precisamente en que, siendo producto de la vida su capa más externa o superficial, no es ya una parte viva, como no lo es tampoco el borde de las uñas.

LA PIEL EXTERNA O MUERTA Y LA PIEL INTERNA O VIVA

La capa más externa de la piel está, en efecto, formada casi de la misma substancia que las uñas, los cascos de los caballos, o las diversas clases de cuernos. Cada vez que nos lavamos y siempre que la piel se frota por cualquier causa, despréndese una importante porción de esta capa externa. Estudiando la piel con atención, observamos que puede claramente dividirse en dos capas distintas: una externa y otra interna. El nombre griego de la piel es *derma* y la capa interna de la piel se llama dermis o piel propiamente dicha. La dermis es un órgano viviente, sangra cuando se la pincha y es sensible al tacto. La capa externa se llama epidermis: la partícula griega *epí* significa encima o sobre.

La dermis forma la epidermis, renovándose ésta constantemente a medida que la frotación la desprende. La epidermis no tiene sensibilidad alguna, porque carece de nervios, pudiendo ser desprendida y aun atravesada por un alfiler, sin que tampoco sangre, porque carece asimismo de vasos sanguíneos. Todos sabemos que se puede atravesar con una aguja la extremidad de un dedo sin percibir sensación alguna y sin que salga ni una gota de sangre; la epidermis que crece alrededor de la base de las uñas tiene mucho espesor, y la aguja no hace más que atravesar esta capa. Meditando sobre lo dicho puede objetarse que todo lo que crece tiene necesariamente vida, sin perjuicio de lo cual hemos afirmado que la epidermis carece de ella. Nada hay más cierto que esto, y se explica fácilmente: la gruesa piel que reviste la base de la uña no es materia viva y no crece por sí misma, sino que es simplemente empujada hacia arriba por las nuevas células formadas por la piel verdadera o dermis que crece debajo de ella.

CÓMO LA PIEL CAMBIA INCESANTEMENTE Y LAS CÉLULAS VIVIENTES QUE LA CONSTITUYEN SON EMPUJADAS HACIA ARRIBA Y MUEREN

La totalidad de la piel está constituída por células, que forman la dermis y la epidermis; las de la primera son células vivientes y cuando han alcanzado una magnitud determinada, se dividen, formando cada una dos nuevas células: esta división va continuando sin cesar verificándose precisamente en la capa más profunda de la piel, y las células preexistentes son empujadas en todo momento hacia arriba y hacia fuera por las células jóvenes que constantemente se están formando. Pasado algún tiempo, las células más antiguas mueren y, haciéndose entonces córneas y planas, forman la epidermis o piel externa que protege la dermis y cubre todo el cuerpo. No tardan en llenarse de inmundicia procedente del exterior; pero la frotación las va continuamente desprendiendo y son reemplazadas por nuevas células. De esta manera la piel de nuestro cuerpo puede mantenerse siempre limpia. La dermis contiene otros muchos elementos, además de las células que se dividen y crecen, y constituyen después la epidermis, pero ésta solamente contiene las células muertas de que se ha hecho ya referencia; sentado esto nada más cabe decir aquí acerca de tal materia.

LOS PEQUEÑOS TUBOS QUE CONDUCEN EL AGUA FUERA DE NUESTRO CUERPO

Toda parte del cuerpo que tiene la especial función de formar líquidos recibe el nombre de glándula; las glándulas del estómago, por ejemplo, forman los jugos gástricos. Ahora bien, la dermis contiene una serie de glándulas, todas las cuales desempeñan una función determinada: llámanse glándulas sudoríparas, y consisten en largos tubos, arrollados sobre sí mismos, cuya extremidad atraviesa la epider-

mis, abriéndose en la superficie de la piel. El tubo está revestido interiormente de células y en su superficie externa lo rodea una rica red de vasos capilares. Encuéntranse estas glándulas sudoríparas en todas las regiones de la piel, y puede decirse que su trabajo es incesante, pues no hay que imaginarse que únicamente sudamos cuando nos encontramos con la piel bañada por gotas de sudor (esto sólo sucede cuando la actividad de las glándulas sudoríparas es muy grande), sino que aun en estado normal, cuando no hemos llevado a cabo ningún trabajo penoso y creemos que no sudamos, la piel desprende, por término medio, un kilogramo de sudor cada 24 horas.

Si deseamos obtener sudor para estudiar su composición, debemos buscarle en regiones exentas de pelo, porque los pelos tienen a su vez pequeñas glándulas que les son peculiares y cuya secreción modifica la composición del sudor. Para obtener, pues, este humor en estado de pureza, debemos recogerlo en la palma de la mano o en la planta del pie, pues estas regiones son las únicas del cuerpo exentas completamente de pelo. Cuando se examina la composición del sudor recogido en estas condiciones, se observa que el 99 por ciento de la totalidad de sus componentes está formada por agua y el uno por ciento restante, fórmanlo numerosos cuerpos, entre ellos la sal común; el sudor es ligeramente ácido cuando acaba de producirse.

LA CORRIENTE DE AGUA QUE SIN CESAR SALE DEL CUERPO

El sudor, después de salir, se evapora perdiéndose en la atmósfera; pero las sales que contiene quedan despositadas en la superficie cutánea ni más ni menos que las sales del mar quedan en la superficie del suelo, si se hace evaporar el líquido. Hasta la piel más aseada contiene microbios que actúan sobre los residuos del sudor, formando con ellos detritus repugnantes. Esta es una de las principales razones de la necesidad del aseo.

La producción del sudor es una de las funciones más útiles de la piel. Algunos de los principales sólidos que contiene el mencionado líquido son substancias venenosas de que necesita el cuerpo libertarse, para lo cual, la piel, con sus glándula sudoríparas, constituye, como los pulmones, una de las grandes vías por donde el cuerpo elimina sus productos de desecho. No creamos, por eso, que no tiene utilidad alguna el desprendimiento del 99 por ciento de agua que el sudor contiene, pues por una parte importa mucho que salga constantemente del cuerpo una corriente de agua, ya que este líquido es uno de los más poderosos agentes químicos, y disuelve y arrastra consigo muchas substancias inútiles y nocivas para el organismo. Pero la secreción del sudor tiene otra utilidad de mayor importancia.

Los animales superiores, y el hombre de un modo especial, necesitan para la integridad de la salud que la temperatura del cuerpo se mantenga siempre en un punto determinado, en toda estación y tiempo.

CÓMO NUESTROS CUERPOS SE MANTIENEN FRESCOS EN VERANO Y CALIENTES EN INVIERNO

Necesítase, pues, un regulador de la temperatura, y el sudor ejecuta casi exclusivamente esta función reguladora. Cuando la temperatura exterior es muy elevada nuestro cuerpo necesita un refrigerante; le es preciso perder de un modo u otro cierta cantidad de calor, o de lo contrario la temperatura no tardaría en rebasar los límites compatibles con la salud y aun con la vida. En estas circunstancias se produce el sudor en gran cantidad, como todo el mundo sabe, y cuando se evapora el agua depositada en la superficie de la piel, substrae al cuerpo una gran cantidad de calor. Lo mismo ocurre si nos mojamos cualquier parte del cuerpo. Así, si sumergimos ambas manos en el agua y solamente nos secamos una de ellas, no tardamos en observar que por efecto de la evaporación del líquido, la mano que hemos dejado húmeda está mucho más fresca que la que hemos secado. Por eso, en un

día muy frío, cuando la temperatura externa nos obliga a conservar todo el calor que nuestro cuerpo produce, la cantidad de sudor que secretamos es muy escasa; de modo que la cantidad citada de un kilogramo de sudor diario es tan sólo un término medio. La cantidad de sudor producida depende, en primer término, de las necesidades caloríficas del cuerpo.

Todos hemos visto en días de gran calor tenderse los perros en el suelo, jadeantes con la boca abierta. El perro tiene tan sólo glándulas sudoríparas en la piel que reviste los pulpejos de sus dedos; así es que en él, la secreción del sudor no puede tener las virtudes refrigerantes que tiene en nuestra especie; por esta razón sufre tanto el referido animal con el calor y se ve obligado a respirar aprisa para expeler la mayor cantidad posible de agua por sus pulmones.

LO QUE OCURRE EN DÍAS DE CALINA

Todos hemos observado con frecuencia el bochornoso calor que hace en determinados días de calina; en otras ocasiones el sol puede quemar tanto o más sin que percibamos aquella sensación de sofocamiento y opresión; la razón de ello es que en los días caliginosos existe ya en la atmósfera gran cantidad de vapor acuoso, y cuanto más abunda éste, tanto más lenta es la evaporación del agua en la superficie de los cuerpos. El aire puede contener en ocasiones tanta agua que sea imposible ya toda evaporación; entonces el sudor no puede evaporarse en la superficie de la piel y deja de ser ya un medio refrigerante. Cuando eso ocurre estamos en tan malas condiciones para resistir el calor como el perro, que casi carece enteramente de la defensa que procura el sudor. Pero otras veces, aunque el calor del sol sea intenso y lo sea de consiguiente también el del aire que nos rodea, éste no contiene sino una cantidad muy escasa de humedad, y como el sudor puede evaporarse aprisa, nos sentimos refrigerados y aquel calor ya no es bochornoso ni aplastante.

Ahora bien, el funcionamiento de las glándulas sudoríparas debe ser regulado de algún modo. Ha de existir algún centro que las haga funcionar cuando hay necesidad de ello, y así ocurre, en efecto; el centro del sudor reside en la base del cerebro, y de él parten los nervios que transmiten las órdenes a los millones de glándulas sudoríparas que en el cuerpo existen. De esta manera, pues, cuando la sangre se calienta demasiado, el centro cerebral del sudor, que está como los restantes órganos de la economía irrigado por ella, transmite una orden a las glándulas sudoríparas, las cuales entran en vigoroso funcionamiento. El centro del sudor puede también ser excitado de otras muchas maneras; por ejemplo, una persona es susceptible de sudar copiosamente cuando está muy atemorizada, aun en tiempo de frío.

DROGAS O MEDICAMENTOS QUE ACTÚAN SOBRE EL CENTRO CEREBRAL DEL SUDOR

Algunas veces el centro del sudor esta sometido a la acción de un agente y su funcionamiento es irregular. Por ejemplo, durante la fiebre, la piel está excesivamente caliente, y siendo entonces muy deseable un sudor copioso que la refrigere, con frecuencia está caliente y muy seca a un tiempo. Existen varios medicamentos o drogas que tienen la propiedad de suspender el sudor y otros que, por el contrario, lo provocan. El más notable de éstos últimos procede de una planta africana, y algunos miligramos del mismo bastan para que la piel quede bañada en un sudor copioso. Existe, en cambio, otra substancia producida por el llamado *árbol de la muerte* (sombra mortal) de la cual basta una dosis menor aún para suspender por completo el sudor durante algunas horas. En ambos casos las cantidades ingeridas serían insuficientes para producir semejantes efectos si tuvieran que actuar sobre cada una de las glándulas sudoríparas; pero como obran sobre el diminuto centro cerebral del sudor, basta una cantidad muy pequeña para obtener tan grandes resultados.

EL HOGAR DE ALGUNOS ANIMALES SILVESTRES

MADRIGUERA DE UNA ZORRA Y SUS CACHORROS

EL TEJÓN Y EL ERIZO, CON SUS CRÍAS

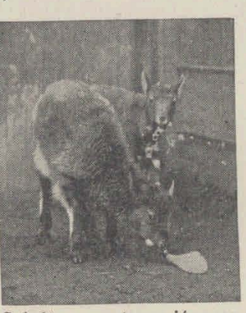
Los dos grandes reinos de la Naturaleza



Una perra de caza criando unos lobeznos, en un parque zoológico.

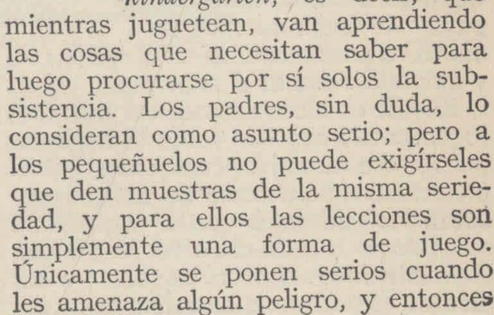
LOS ANIMALES Y SUS CRÍAS

TODOS, más o menos, nos engañamos respecto de nosotros mismos; y lo propio hacen los animales. Nos cansa el trabajo o el estudio, únicamente porque nos lo *imponen*. El jardinero, pagado para cultivar un jardín, halla penosa una labor, a la que, en cambio, se entregan con extremado placer, manejando gustosas la pala y el azadón, las personas que se ganan la vida de otros modos muy distintos. Las tareas de la floricultura nos parecen un entretenimiento sumamente agradable, porque no estamos forzados a efectuar ese trabajo. Asimismo nos divertimos cuando, expuestos a los rayos abrasadores del sol, jugamos una partida de croquet o de tennis. ¡Pero cuán desgraciados nos consideraríamos, si tuviésemos la *obligación* de entregarnos a esos juegos en los días calurosos del verano! Lo que hacemos por diversión es muchas veces tan fatigoso, como lo efectuado en cumplimiento de un deber; pero lo hacemos con gusto, porque nadie nos obliga a ello...



Cabritos monteses jóvenes. Uno de ellos está chupando la leche de un biberón.

Conociendo la Naturaleza esta torcida inclinación, enseña a obrar a los seres más humildes de su reino, como lo hacen los hábiles pedagogos con sus discípulos. La infancia de muchos animales es semejante a la nuestra. Los hijuelos de esos animales han de aprender ciertas cosas que les enseñan sus padres; pero el adiestramiento suele revestir el aspecto de un juego. Refiriéndonos a aquel hombre apresado por una tigre, que mencionamos en otra página, observaremos que la fiera no lo devora inmediatamente; se lo lleva junto a su cueva y, llamando a sus crías, desvanece los temores que a los cachorros pudiera inspirarles la vista de un ser humano, mientras procura incitarles a que conviertan a la víctima en una especie de juguete. Aquello, para los cachorros, viene a ser como una lección de las que se dan en los *kindergarten*, es decir, que mientras juguetean, van aprendiendo las cosas que necesitan saber para luego procurarse por sí solos la subsistencia. Los padres, sin duda, lo consideran como asunto serio; pero a los pequeñuelos no puede exigírseles que den muestras de la misma seriedad, y para ellos las lecciones son simplemente una forma de juego. Únicamente se ponen serios cuando les amenaza algún peligro, y entonces



se arriman a sus padres en busca de protección.

Ciertos naturalistas, que han estudiado la vida silvestre en lugares apartados, se han hecho la siguiente pregunta: « ¿Son felices los animales? », y opinan que no pueden serlo, pues el miedo de morir de hambre, o de ser víctimas de las fieras, debe turbar incesantemente el ánimo de los animales herbívoros, amargándoles la vida. No obstante parece ser cierto que semejante temor, si es que los adultos lo sienten realmente, no atormenta a los pequeñuelos. La vida, para ellos, debe ser bastante feliz. Se les enseña, es verdad, a librarse de los peligros; pero lo aprenden jugando, y el arte de hallar escondrijos no ha de parecerles más importante que a un muchacho el juego del escondite. Casi todos los animales, al nacer, se hallan indefensos, y son incapaces de buscarse por sí solos el alimento. Las fieras que, una vez adultas, destrozan a los demás seres, son tan débiles al principio como una paloma recién nacida, y requieren tantos cuidados como un niño pequeño. En cuanto los dientes del león o del tigre cachorro han comenzado a crecer, permitiéndole morder la carne, sus padres le traen cuerpos de animales para que empiece a ejercitarse y aprenda a tomar el alimento.


Tigres cachorros jugueteando dentro de su jaula.


Un canguro hembra con su cría.

Ellos le enseñan a mordiscar la carne, jugueteando con ella como lo haría un perrito con un objeto cualquiera, que le presentemos para azuzarle. Lo que procuran los padres es que el pequeñuelo se entregue a toda clase de juegos que contribuyan a aguzar las uñas y los dientes, al par que desarrollan la fuerza muscular. A los lobos y a los zorros sus padres les adiestran en la caza.

Refiérense casos de niños que han sido arrebatados y criados por los lobos. No es posible decir hasta qué punto merecen crédito esas historias; pero son tantas las que se mencionan, que ha habido necesidad de buscar alguna explicación, suponiéndose que tales hechos, dado que realmente los haya verídicos, han ocurrido del siguiente modo: Una loba o un lobo, que se han apoderado de algún niño indefenso, se lo llevan a su guarida, y lo depositan entre sus crías. Tal vez, en aquel momento, la loba no tenga hambre, y los lobeznos no tomen todavía otro alimento que la leche de su madre; en este caso, el niño, sin darse cuenta del peligro, se habrá arrimado a la fiera, poniéndose a mamar de igual modo que los lobeznos. Si los alimentos son abundantes en aquel paraje, ni el lobo ni la loba se ven precisados a comerse al pequeñuelo, y éste se convierte en juguete de los lobatos, que acaban por considerarlo como un ser de su propia especie. Asimismo el lobo y la loba se acostumbran a tratarle como si fuera uno de sus hijuelos, y el niño se va criando de una manera que, en cierto modo, es parecida a la de los lobos. Una persona digna de crédito asegura haber oído referir en la India muchos casos de niños criados por los lobos, y está convencido de que eso es posible. En tal supuesto, bien pudiera ser verdad la leyenda de Rómulo y Remo, los fundadores de Roma, amamantados por una loba.

Los italianos conceden gran importancia a esta especie de tradición, y aun

se guarda en Roma una loba enjaulada, para conmemorar el acontecimiento. Al que por primera vez visita la capital de Italia, no deja de causarle viva impresión el hecho de tropezar inesperadamente con el cubil de ese animal, que simboliza, para los romanos, aquella loba con cuya leche se nutrieron, según dicen, los fundadores de la Ciudad Eterna.

Una mona japonesa, con su hijuelo.

Las fieras hacen que sus crías se ejerciten mientras juegan, aprendiendo las mañas de que algún día habrán de valerse para luchar con la presa. Fijémonos en el retozo de dos gatitos juguetones; véase cómo se agazapan, cómo saltan uno sobre otro, o se arrastran con cautela, esgrimiendo alegremente las uñas y los diencitos. Pero, si tratamos de imaginar lo que serán dentro de unos pocos meses, cuando muerdan y arañen de veras, nos haremos cargo de que esos movimientos que ejecutaban jugando son los mismos que les servirán para apresar a algún ser viviente y buscarse la subsistencia. A los animales que no comen carne, les enseñan cuando jóvenes a huir de los demás seres y evitar todo peligro.

Una mula, con una asna enana y su pollino.

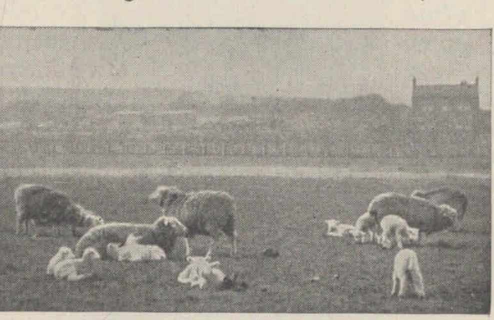
Consideremos una yegua y su potro, mientras pacen en un campo. Apacible y serena, la yegua no experimenta deseo de juguetear; pero, de repente, puede vérsela que alza la cabeza y que se lanza al galope, dando brincos y coces, seguida de su pequeñuelo, a quien llama con sus relinchos, y cuyos tumbos y botes le asemejan a un objeto elástico. Lo que la mueve a obrar en esa forma es un instinto muy arraigado: los caballos, efectivamente, eran cazados en tiempos remotos por las fieras y por los salvajes.

La vida del caballo dependía, en aquellos tiempos, de la rapidez con que podía correr, escapando siempre que sobrevenía algún peligro. Y esto es lo que la madre le enseña a su hijuelo, mientras ambos corren por el prado.

Sabemos que la marcha de un tiro de caballos será más o menos rápida, según lo sea la del caballo más lento que lo compone. La misma regla es aplicable a la rapidez con que se trasladan los animales salvajes cuando forman un rebaño o una manada. Los animales adultos podrán correr con la velocidad del viento; pero los pequeñuelos se quedan rezagados. Por consiguiente, es preciso que se valgan de algún otro medio para huir de sus enemigos, pues de lo contrario la especie acabaría por extinguirse. Con este objeto aprenden los cervatillos un ardid muy ingenioso. En cuanto se acerca algún enemigo, el cervato echa a correr, tan de prisa como puede, hasta una distancia de sesenta o setenta metros, y allí se deja caer al suelo, permaneciendo tendido y con el cuello alargado. En cuanto la madre ha visto esconderse a su pequeñuelo, emprende veloz carrera en dirección diametralmente opuesta, simulando muchas veces que anda coja, para que el enemigo se figure que será fácil alcanzarla, y éste se lance en aquella dirección.

Pero no bien ha logrado alejarle bastante de donde está el cervatillo, se pone rápidamente fuera del alcance de su perseguidor, para volver a reunirse

con su cría después de pasado el peligro. Ciertas clases de liebres acostumbran valerse de un medio parecido; al menor asomo de peligro, se tienden en el suelo, apegándose a él cuanto pueden, y su piel se confunde de tal modo con el terreno, que únicamente llegan a descubrirlas las personas experimentadas. Los conejillos aprenden igualmente a ocultarse en esta forma; y lo más chistoso es que los conejos domésticos también intentan hacerlo, aunque su color diste mucho de confundirse con el del terreno sobre el cual se hallan. A esta clase de animales les es fácil esconderse agachándose; pero no sucede lo mismo cuando se trata del canguro o de otros por el estilo. Las crías del canguro nos recuerdan las de la langosta de mar, por su modo de refugiarse en el regazo materno. Cuando la hembra de la langosta ve aproximarse algún enemigo, agita las pinzas a manera de aviso, y los pequeñuelos corren inmediatamente a cobijarse debajo de su cuerpo, de igual modo que los pollitos acuden al llamamiento de la gallina. El joven canguro necesita también la ayuda de su madre en los momentos de peligro; pero la hembra del canguro no se contenta con esconderlo en la forma que lo hace la langosta, sino que se lo mete dentro del saco abdominal, y se lo lleva consigo al huir del enemigo. El pequeñuelo asoma únicamente la vivaracha cabeza por encima del borde de su blanda cuna, y, sin duda, sonreiría de satisfacción, si los canguros pudieran sonreir, al sentirse tan enteramente libre de todo riesgo. No son sólo los canguros los que gozan, cuando jóvenes, del privilegio de ser transportados de una manera tan cómoda; todos los animales comprendidos en el orden llamado de los *didelfos*, se hallan en el mismo caso. Los didelfos o marsupiales son seres que van provistos de esa bolsa o saco abdominal, en que llevan a sus hijuelos mientras éstos completan su desarrollo. Pero a las hembras de ciertos didelfos les ocurre con frecuencia que, por ser tantos sus hijos, no es posible que los lleven a todos como lo hace el canguro. La sarigüeya u *opóssum* dispone de un elemento de que carece el canguro. Posee una cola prensil, o sea, una de esas colas que le sirven a su dueño para trepar por los árboles. La cola del canguro es de clase distinta, y la utiliza como sostén al erguirse sobre sus patas posteriores; tiene también otra utilidad, según echamos de ver al observar cómo juegan los pequeñuelos de ese animal.



Cinco ovejas, con once corderos.

Valiéndose, en efecto, de esa cola como punto de apoyo, se lanzan fuertes coces con sus patas traseras, muy robustas, sin que para ello necesiten abandonar la posición vertical. Este medio de combate, que los pequeños canguros van practicando mientras juguetean, será luego, cuando sus patas estén armadas de potentes garras, una defensa muy eficaz contra los hombres y los animales, a quienes tales patadas pueden herir gravemente. Asimismo, una porción de pequeñas habilidades que aprenden jugando las crías del canguro con sus patitas delanteras, les sirven, andando el tiempo, para fines mucho más serios. Cuando un canguro adulto tiene que echarse al agua, acosado por los perros, suele asir a uno de ellos y mantenerlo enteramente sumergido hasta ahogarlo. Este es uno de los resultados que vienen a dar los juegos de los cangurillos.

Ahora bien, la sarigüeya utiliza su cola de muy distinto modo. Esta cola es parecida a la de los monos americanos, y puede decirse que, gracias a ella, disponen de cinco manos o pies. Cuando la sarigüeya trepa por un árbol, la cola se



Un gamo del Congo, con sus crías. El pequeñuelo que se ve a la derecha tiene cuatro semanas.



Una cebra hembra, con su potro. La cría sólo tiene una semana.

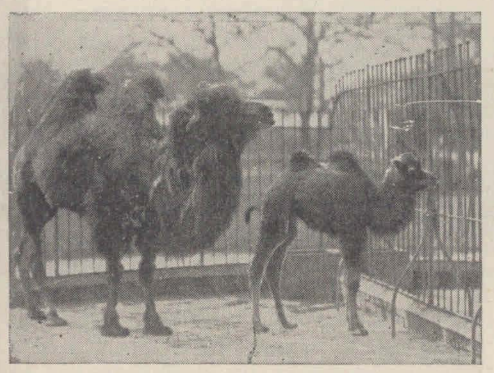
enrosca estrechamente alrededor de las ramas, sosteniendo al animal. Como los pequeñuelos también tienen cola, los que no caben en el saco abdominal se encaraman sobre el lomo de su madre, con sus colitas arrolladas a la suya, del mismo modo que lo hacemos nosotros con nuestras manos cuando nos agarramos de las correas en un tranvía o en un tren que va atestado de gente.

Crías del hipopotamo, a la edad de 20 meses.

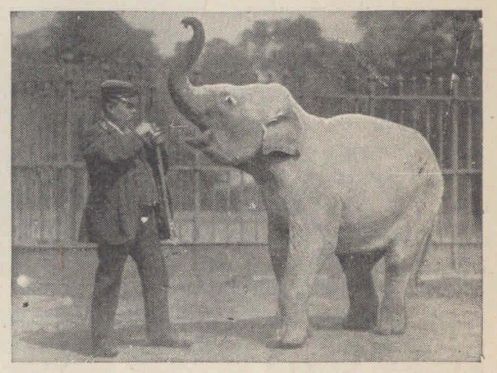
Puesto que hemos mencionado de qué modo utilizan la cola los monos del Nuevo Mundo, convendrá que recordemos la tierna solicitud con que la mona lleva a su hijuelo, cuando éste no ha adquirido todavía el desarrollo suficiente para correr muy de prisa. Alguna vez lo sostiene con un brazo, pero pronto le enseña a agarrársele firmemente de los pelos que le cubren el cuerpo, a fin de que, cuando ella corra, huyendo de algún peligro, tenga libres los cuatro miembros.

Los cinocéfalos enseñan a sus pequeñuelos a jugar y a hacerse ágiles; pero en cuanto se pelean, lo cual es muy frecuente, el padre interviene, propinando una buena zurra al que se muestra más díscolo, y luego se retira con aire de satisfacción, como quien ha cumplido con un deber penoso, si bien necesario.

Algunos de los grandes simios, que no



Un camello bactriano, con su cría. El pequeñuelo tiene cinco semanas.



Un joven elefante, al que están adiestrando. El elefante tiene dos años.

gozan de buena reputación en lo tocante a limpieza, son más aseados de lo que parece, pues llevan a sus hijos hasta la orilla del agua y los enseñan a lavarse. Esto, al principio, no les agrada; pero si conociesen la Historia Natural, podrían contestar a quienes se lo reprochasen: «No es de admirar que a nosotros no nos guste el agua, ya que tampoco les gusta a las focas pequeñas y a otros muchos seres acuáticos». Y así es, efectivamente. Las crías de la foca, al entrar en el agua por primera vez, suelen mostrarse rehacias, y es preciso que la madre dé pruebas de mucha paciencia para lograr que se introduzcan en aquel elemento que ha de ser luego su habitación. A las jóvenes nutrias, a pesar de que este mamífero es uno de los mejores nadadores del reino animal, hay que enseñarles a que no tengan miedo de sumergirse en los ríos, del mismo modo que las crías del cóndor o de la golondrina han de aprender a volar.



Un pingüino y su cría, en el nido. La cría tiene diez días.

Una jirafa, con su cría, la cual tiene diez meses.

Tal vez no sea muy exacto que los jóvenes castores han de aprender a ejecutar los trabajos propios de su especie; pero al menos puede afirmarse que empiezan por grados, y que no los ejecutan hasta después del verano, durante el cual se han pasado el tiempo jugueteando por los bosques. Entonces es cuando sus padres se los llevan a la orilla de los ríos; y mientras aquéllos prosiguen su labor, acumulando provisiones y disponiendo la madriguera para pasar el invierno, los pequeñuelos juegan a imitar el trabajo de sus mayores, arrancando ramillas que transportan de aquí para allá, levantando montoncitos de barro o cieno, y aplicando terrones de ese barro a las paredes del dique o a la vivienda construída por los padres. A ellos les parecerá sin duda que es cosa muy divertida; pero lo que hacen, en realidad, es prepararse para el oficio que más tarde han de cumplir.

Todos hemos visto los corderos juguetear en medio de los campos; pero ofrecen aún mayor atractivo en las regiones montañosas, donde brincan por las rocas como pelotas de goma. Acaso no se nos ocurra que, al entregarse a esos juegos, mientras las ovejas siguen paciendo tranquilamente, se estén ejercitando para cuando llegue el día en que habrán de trabar con los demás carneros unas peleas mortales. Los terneros, por su parte, no son nunca muy juguetones; pero necesitan aprender ciertas cosas, en una forma o en otra, pues, por ejemplo, en los campos hay muchas malas hierbas que no conviene comer. Un tigre cachorro arrojaría al punto cualquier cuerpo venenoso que hubiese tragado inadvertidamente; pero el ternero tiene cuatro estómagos, no siéndole, por tanto, tan fácil expulsar los alimentos, y es preciso que ande con cuidado o que su madre lo vigile. Los animales salvajes



Un osezno blanco, en el parque zoológico de Londres. Tiene cuatro meses.

no se envenenan, por lo regular, con la misma facilidad que los animales domésticos; pero no por eso dejan de correr peligros. El pequeño camello que nos muestra uno de estos grabados, a pesar de su corta edad, sabría probablemente evitar las hierbas ponzoñosas, si le soltasen en un desierto. Esto, sin embargo, dependería de si la región en que le dejasen en libertad era la misma en que vivían sus padres, cuando se hallaban en estado salvaje. Nos consta, efectivamente, que los camellos introducidos en ciertos países de África, se morían en gran número, a consecuencia de haber comido unas hierbas dañosas, de que se abstienen los dromedarios o camellos africanos. La principal preocupación del rinoceronte joven es no ahogarse en el agua cuando sus padres le llevan a beber, ni perecer de igual modo dentro del fango en que suelen revolcarse. Es necesario, además, que aprenda a seguir el camino más conveniente, para ir y venir de su guarida entre los juncales, después de tomado el baño y de saciada la sed; pues con frecuencia son los pequeñuelos quienes abren la marcha, al efectuarse esas expediciones. Y falta todavía que aprenda otra cosa: conocer, por medio del olfato, si se hallan cerca hombres o animales; y realmente, el rinoceronte puede advertir la presencia de un hombre a una distancia de varios centenares de metros, no por el ruido, sino por el olor. El hipopótamo tiene que pasar por un aprendizaje algo parecido, pero sobre todo ha de mostrarse ágil y experto cuando se encuentra dentro del agua, por lo que se le ha dado el nombre de «caballo de río...» Tanto el hipopótamo como el rinoceronte, de pequeñuelos, no aciertan a separarse de sus madres; si éstas perecen, las crías no quieren dejarlas, y permanecen junto al cadáver, hasta que se les mata o se les aparta arrastrándolos con cuerdas.

El elefante, durante el período de la lactancia, muestra a sus padres una adhesión tan grande como el hipopótamo, al que supera en inteligencia. Si se coge un elefante joven, es posible enseñarle un sin fin de habilidades que parecen propias del hombre; pero la madre es la que mejor sabe amaestrar a su hijuelo. Véase, si no, el caso de aquel elefantito que se produjo en la cabeza una herida muy grave. Parecía un niño enojado que se ha hecho un corte en un dedo; no había medio de acercarse a él, y no consentía que nadie le curara. Fué necesario hallar algún remedio, pues la herida era de cuidado y podía acarrear al pequeñuelo consecuencias fatales; el guardián tuvo que acudir a la madre, la que inmediatamente echó de ver que su ayuda era necesaria.

Cogiendo al elefantito con la trompa, le obligó a ponerse de rodillas, y le mantuvo en esa posición mientras el veterinario curaba la herida, y esta operación se repitió tantas veces como fué preciso. Las crías de la cebra y la jirafa no son adiestradas en esa forma: las enseñan a huir del hombre, del mismo modo que huyen del león, del chacal y de la hiena. Si, no obstante, se logra capturarlas y se las trata con mucho cariño, viven felices en los parques zoológicos, donde no hay hienas ni leones que las persigan y maten. Los guardianes de esos parques suelen demostrar extremada solicitud y ternura con las bestias confiadas a su cuidado. Hay que verlos cuando nace una cría, que, por cierto, no siempre son bonitas. Un acontecimiento de esta naturaleza convierte a todos los guardianes en una especie de niñeras. Cuidan al recién nacido, le miman, juegan con él y le consuelan cuando atraviesa el período de la dentición. Si enferma uno de esos animalillos, todos los empleados de la Casa de Fieras se muestran interesados en su curación. Y no es sólo el encargado de cuidarles, sino personas de más alta posición, quienes se interesan por esos seres nacidos en una ciudad, aunque oriundos de los desiertos o de las selvas, haciendo cuanto es posible, de día como de noche, para que los pequeñuelos estén bien alimentados y no carezcan de comodidades.

UNA COLONIA DE FLAMENCOS EN LAS BAHAMAS. NOTABLE ESTUDIO DE LA SOCIABILIDAD DE LOS FLAMENCOS

EL PADRE TALAMANTES

FRAY Melchor de Talamantes y Baeza, religioso peruano, del convento mercedario de Lima, fué uno de los dos inmortales precursores de la Independencia mexicana, de los que en 1808 tuvieron la audacia de sembrar la semilla que en 1810 daría sus primeros frutos con la revolución encabezada en Dolores por el cura Hidalgo. Fué el otro el licenciado don Francisco Primo Verdad y Ramos, síndico de la ciudad de México.

El licenciado Verdad y Ramos fué reducido a prisión, a la vez que Talamantes, en Septiembre de 1808, y murió en ella el 4 de Octubre, esto es, a pocos días de su cautiverio. En el paseo de la Reforma, en la ciudad de México, se conmemoró, en Octubre de 1908, el primer centenario de su muerte, con la erección de un monumento y colocación de una placa en la fachada de la casa en que estuvo el calabozo del arzobispado, donde falleciera aquel esclarecido iniciador de la Independencia.

Digamos ahora algo acerca de la personalidad de Talamantes, glorificado hoy por la posteridad agradecida.

Nació en Lima el diá 10 de Enero de 1765, y en 1779 tomó el hábito de novicio en el convento de Nuestra Señora de las Mercedes. En 1796 estaba ya graduado de doctor teólogo, en la real y pontificia Universidad de San Marcos, era examinador sinodal del arzobispado y disfrutaba en su patria, como más tarde en la capital azteca, de gran reputación en la oratoria sagrada.

En Septiembre de 1798 obtuvo licencia, así de la autoridad eclesiástica, como del gobierno civil, para trasladarse a España, por requerir su presencia un arreglo de intereses de familia; pero llegado a Acapulco para continuar su viaje en el galeón o flotilla que con rumbo a la Península zarparía dos meses más tarde, quiso visitar la ciudad de México, adonde llegó el 29 de Noviembre de 1799, hospedándose en el convento de la orden mercedaria.

Debió de aplazar Talamantes o desistir del propósito del viaje a España, y en breve tiempo fué el más ensalzado entre los oradores que enaltecían el sagrado púlpito. Hablando del panegírico de Santa Teresa, que pronunció Talamantes el 15 de Octubre de 1802 en la iglesia de los Carmelitas descalzos —y que parece ser el único de sus sermones que se conoce impreso—estampa el calificador, a cuya censura fué sometido para que la publicación se autorizara, estos altamente elogiosos conceptos: «Atrae de tal manera, que no se extraña la suavidad de Fenelón, la vehemencia de Massillón, la solidez de Bourdaloue, la brillantez de Fontenelle y la grandeza de Bossuet». Era natural que tan extremado elogio despertase, no la emulación, sino la envidia entre algunos predicadores. En el mismo convento donde Talamantes se hospedaba, se le quiso imponer restricciones de disciplina claustral, a las que puso término nuestro biografiado, que no era conventual, sino huésped, domiciliándose en la casa en que ahora se ha colocado la lápida conmemorativa. Lejos de la celda, entró de lleno en la vida social y en la propaganda de sus ideales políticos en pro de la indepenencia de las colonias americanas.

Preso a la vez que el licenciado Verdad y Ramos, el 16 de Septiembre de 1808, como complicado en los planes del exvirrey Iturrigaray, fué conducido a la cárcel del arzobispado, y trasladado a poco a la de la Inquisición.

Uno de los jueces, representante de la jurisdicción eclesiástica, opinaba por que se impusiese a Talamantes la pena de muerte; pero, como no eran llegados aún los días en que se fusilara a los curas Hidalgo, Morelos y otros sacerdotes revolucionarios, se optó por enviar a Veracruz al padre Talamantes, encerrándolo en la fortaleza de San Juan de Ulúa, mientras terminaba sus aprestos de viaje el «San Francisco de

Paula», navío en el que, bajo partida de registro, se le remitiría a Cádiz, a disposición de la Junta Central, que a la sazón gobernaba en España.

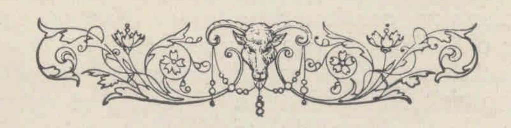
En la noche del 10 de Abril de 1809 salió de México el preso, con fuerte escolta de dragones, llegando al puerto seis o siete días más tarde, encerrándosele provisionalmente en la fortaleza. A la sazón el vómito prieto tenía carácter de epidémico en Veracruz, y el 9 de Mayo fué víctima del flagelo, a la edad de cuarenta y cuatro años y cuatro meses, el esclarecido peruano, apóstol precursor de la Independencia de México, fray Melchor de Talamantes y Baeza.

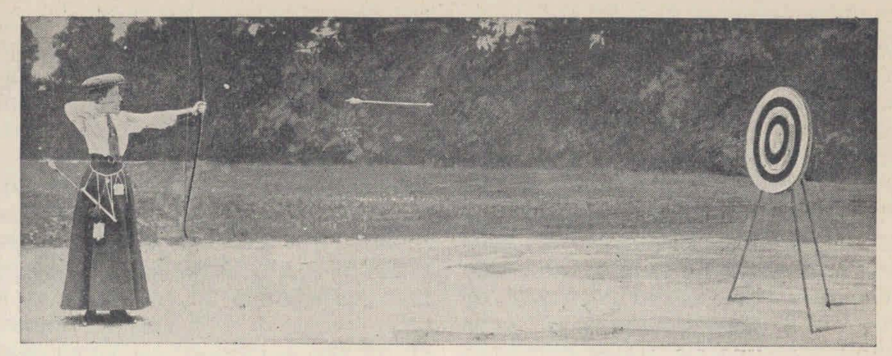
Vamos a terminar este ligero esbozo, dando a conocer lo importante y hasta decisivo de su actuación política, como apóstol de nuevos y redentores ideales, en la alborada del siglo XIX.

Con motivo de los sucesos de Bayona, abdicación de Fernando VII, ocupación, casi sin resistencia, de gran parte del territorio peninsular por los ejércitos franceses y exaltación tranquila en Madrid del monarca José Bonaparte, se presentó al Ayuntamiento de México, el 24 de Agosto de 1808, un memorial proponiendo la convocatoria de un Congreso nacional mexicano. El documento, cuyo solo título era ya subversivo y justiciable en tiempos en que se estimaba hasta herético discurrir sobre soberanía nacional y no ensalzar el absolutismo de los reyes por derecho divino, iba firmado por *Toribio Marcelino Fardaray*, seudónimo bajo el cual se ocultaba el autor del proyecto, que no era otro que el padre Talamantes. Tratóse el asunto en junta privada, y asustados los leales, no tanto con los conceptos escritos, sino con los que entre líneas se adivinaban, decidieron quemar el memorial, del cual el autor había conservado dos o tres copias, una de las cuales se publicó no ha mucho, en folleto.

Casi a la vez se susurraba en México que el mercedario era también el autor de un discurso filosófico (también publicado ahora), discurso que, en copias manuscritas, se conocía. El tema, hábilmente desarrollado, era sobre los casos en que las colonias pueden y deben separarse de su metrópoli. Estos casos, según el valeroso padre Talamantes, eran:—1. Cuando las colonias se bastaban a sí mismas.—2. Cuando las colonias son iguales o más poderosas que la metrópoli.—3. Cuando las colonias son difícilmente gobernadas por la metrópoli.—4. Cuando el gobierno de la metrópoli es incompatible con el bien general de la colonia.—5. Cuando la metrópoli ha adoptado otra constitución política.—6. Cuando las primeras provincias que forman el cuerpo principal de la metrópoli se hacen independientes de ella.—7. Cuando la metrópoli se sometiere a una dominación extranjera.—8. Cuando la metrópoli mudare de religión.—9. Cuando la separación fuere exigida por el clamor general de los habitantes de la colonia.

Robusta y poderosa fuerza de argumentación desarrolló el padre Talamantes en cada parágrafo del importantísimo discurso que, sin exageración, puede afirmarse que constituyó el credo de la revolución de 1810, que dió vida a la nacionalidad mexicana, la cual, en el centenario de la muerte del ínclito precursor de la República, ha sabido rendirle su tributo de agradecimiento.





¿QUÉ FUERZA HACE VOLAR A LA FLECHA?

EL movimiento de una flecha a través del aire es debido a una fuerza; y toda fuerza procede de alguna parte. La flecha no la poseía, cuando estaba encerrada en el carcaj, ni aun al ser colocada en el arco; la adquirió al ser despedida por la cuerda de este último.

Así pues, esta fuerza fué engendrada por la tensión del arco, porque si éste no hubiese sido puesto en tensión, no hubiera despedido la flecha; y, de este modo, si seguimos remontándonos al origen de la fuerza, tendremos que referirlo a los vigorosos músculos del arquero que distendió el arco. Pero la pregunta debe ahora ser formulada en estos términos: ¿Qué ocurre en el arco, al ser distendido? Lo único que podemos decir es que, cuando la cuerda y el arco son desviados de su posición natural por el esfuerzo del brazo, adquieren la energía de los músculos que los distendieron, y quedan en disposición de transmitírsela a la flecha.

La misma teoría es aplicable a otros muchos casos, en que se advierte la presencia de un oculto poder. Si transportamos una piedra desde el fondo de un monte acantilado hasta la cumbre, ninguna diferencia ofrece en su aspecto; pero le ha ocurrido lo mismo que al arco tenso, puesto que ha adquirido la energía que hemos gastado en esta subida; y, si cae después rodando por la ladera de la montaña nos convenceremos de que esta energía es algo real.

¿RESPIRAN LAS ROCAS?

Esta pregunta parecenos a primera vista un solemne disparate, porque tenemos la costumbre de asociar la idea de la respiración a la de los seres vivientes, y las rocas no están vivas, en el sentido corriente de la palabra. También depende esto de lo que generalmente entendemos por respirar. Las rocas no tienen pulmones; no se asimilan el oxígeno ni producen ácido carbónico, como las personas; pero, si por respirar entendemos sencillamente absorber oxígeno, entonces la respuesta a esta pregunta debe ser afirmativa.

Hace millones de años, apropiáronse las rocas inmensas cantidades de oxígeno durante su formación. Puede calcularse que una capa de rocas de no exajerado espesor, contiene la misma cantidad de oxígeno que el aire que gravita sobre ella.

¿POR QUÉ RUGE EL MAR?

El rugido es una clase de sonido; y, si bien el sonido es una cosa que puede propagarse en toda especie de materia, de ordinario, como todos sabemos, para nosotros está constituído por una onda de aire, porque nuestros oídos no están comúnmente oprimidos por algún cuerpo solido, ni se hallan debajo del agua; de suerte que todos los sonidos se transmiten por el aire. Esto ocurre también en el caso del rugido del mar, sin per-

juicio de que un nadador, cuando lo cubra una ola, pueda oir el rugido a través de esta, hallándose sumergido. Dondequiera que la superficie del agua se halle en contacto con el aire, si aquella se mueve con violencia, puede engendrar en este último esa clase de ondas que nuestros oídos son capaces de oir y que se llaman sonidos. El número de estas ondas por segundo no es muy numeroso por cierto; y por eso producen sonidos graves que llamamos rugidos. A veces cuando rompe una ola, puede caer gran volumen de agua sobre la superficie de ésta, produciendo un ruido, que se asemeja más a una explosión que a un rugido.

Ténnyson escribió en una ocasión acerca de lo que él llamaba « el grito de la costa enloquecida »; y es en extremo interesante el hecho de que se escuchen en la costa sonidos que más parecen gritos que rugidos, aun cuando el mar jamás grita. Es la costa, y no el agua directamente, quien produce estos gritos, cuya naturaleza varía con la de aquélla. La blanda arena no grita; pero cuando en la costa existen guijarros numerosos, que las olas mueven de un lado para otro y se restregan entre sí, engendran ondas sonoras cuya velocidad de vibración es mayor y nos causan la impresión de gritos.

¿POR QUÉ AUMENTA DE VOLUMEN EL AGUA, CUANDO SE CALIENTA?

No es cierto que en todos los casos aumente de volumen el agua cuando se calienta; porque, si tomamos agua a la temperatura de congelación, y la calentamos lentamente, veremos que, lejos de aumentar de volumen, se contrae, hasta que adquiere la temperatura de 4 grados centígrados. Esto, sin embargo, constituye una rara excepción, siendo por otra parte muy cierto que, si a partir de esta temperatura, seguimos calentando el agua, aumentará de volumen. Esta propiedad no es exclusiva del agua, sino que la poseen también todos los cuerpos, ya sean sólidos, líquidos o gaseosos.

La explicación de este fenómeno consiste en el movimiento vibratorio que imprime el calor a las moléculas de los cuerpos; cuanto mayor es la temperatura que adquieren éstos, más importante es el movimiento de sus atomos, y mayor, por consiguiente, el volumen que ocupan.

Supongamos que gran número de personas no ejecuten más movimiento que el indispensable para la respiración. En estas condiciones, podemos encerrarlas en un espacio muy reducido; pero, si en vez de permanecer en reposo, se empeña cada una de ellas en ejecutar movimientos de avance y retroceso de una longitud de cinco metros, por ejemplo, claro es que no cabrán en el mismo espacio que antes, y que cuanto mayor sea la distancia que recorran, mayor será el espacio que ocupen.

Si en vez de personas consideramos los átomos de la materia, y fijamos la atención en que el calor les imprime este mismo movimiento de avance y retroceso, nos explicaremos por qué aumentan de volumen los cuerpos cuando su temperatura se eleva. Nadie sabe sin embargo, qué fenomenos especiales se verifican, cuando se calienta el agua de 0° a 4° centígrados.

¿POR QUÉ SE HIELA PRIMERO EL AGUA POCO PROFUNDA?

Cuando el aire está muy frío, roba calor gradualmente al agua que con él se halla en contacto, y ésta se enfría, como es lógico. La temperatura de la tierra sobre la cual descansa el agua es muy superior, por regla general, a la del aire en época de hielos; de suerte que las capas superiores de agua estarán más frías que las inferiores.

Cuando la temperatura desciende por debajo de 4 grados centígrados, hasta alcanzar su punto de congelación, no aumenta de densidad y se va al fondo como podría esperarse; si así sucediera, los estanques se helarían de abajo a arriba. Hácese por el contrario, menos densa, y flota sobre la menos fría, y por eso lo primero que se hiela es la superficie del agua. Pero la densidad de ésta, crece al enfriarse, mientras su temperatura es superior a 4 grados centígrados,

y se va al fondo, pasando la más caliente a ocupar las capas superficiales.

Vemos, pues, que el agua se enfriará por igual, antes que ninguna porción de ella se hiele, y por eso las aguas poco profundas son las que primero se hielan. Las charcas de los caminos son las que se hielan antes, en tanto que las profundas lagunas no empiezan a helarse, hasta que toda la masa del agua que contienen se ha enfriado de una manera uniforme.

¿POR QUÉ NO SE HIELA EL MAR?

El agua del mar puede helarse, como otra clase cualquiera de agua, y se hiela, en efecto, cuando las circunstancias no se openen a ello; pero existen poderosas razones para que el mar no se hiele con tanta facilidad como un estanque, un lago o un río. No es tanto la sal que contiene en disolución, como su profundidad y constante movimiento, lo que retrasa la congelación del agua del mar. Hemos visto que, mientras toda la masa de un líquido no se ha enfriado por igual, no empieza a congelarse, porque, mientras aquello no ocurre, el agua más caliente, efecto de su menor densidad, sube siempre a la superficie. Por consiguiente, cuando el agua es muy profunda, no se hiela fácilmente, y por eso la gran profundidad del mar, que alcanza varios kilómetros en algunos parajes, es la mayor razón que impide su congelación.

Pero el mar se encuentra además en constante movimiento bajo la influencia de los vientos, las mareas y las corrientes. El movimiento del agua retrasa también mucho su punto de congelación, aunque no ejerza sobre él tanta influencia como la profundidad.

Pero en las regiones más frías de la superficie de la tierra, se hiela el mar, como leemos en las memorias de exploradores tan intrépidos como Nansen y Sháckleton, que trataron de llegar a los polos Norte y Sur respectivamente. Lo mismo ocurre al parecer, en nuestro cercano y maravilloso vecino, el planeta Marte, pues con la ayuda de un telescopio, se observan en sus polos dos casquetes blancos de hielo, semejantes a los de la tierra.

¿FORMAN PARTE LAS NUBES DE LA TIERRA, Y LA ACOMPAÑAN EN SU MOVIMIENTO DE ROTACIÓN?

Es evidente que las nubes forman parte de la tierra. Empleamos la palabra tierra en dos sentidos distintos: unas veces significamos con ella el planeta que habitamos, y otras el suelo o terreno; y esto suele engendrar confusión, hasta el extremo de que llegamos a olvidar en algunas ocasiones, que no vivimos realmente fuera de la tierra, sino en la capa más baja de su envoltura exterior conocida con el nombre de aire o atmósfera.

Esta envoltura exterior, y todo cuanto ella contiene, como las nubes, por ejemplo, forma parte tan integrante de la tierra como las montañas y los océanos. Cierto que, desde nuestro particular punto de vista, consideramos el aire como una cosa exterior, que nos sirve de quitasol durante el día, y de envoltura durante la noche, y así es en realidad; pero esto sólo depende del lugar que con respecto a esa envoltura ocupamos, y no debemos dejarnos descarriar por estas consideraciones engañosas.

Puesto que las nubes forman parte de la tierra, claro es que giran con ella, así como la atmósfera en cuyo seno flotan. No cabe duda, sin embargo, de que lo mismo la atmósfera que las nubes más elevadas propenden a retrasarse en este movimiento; mas no por eso dejan de girar con la tierra. Si así no fuese, sentiríamos un huracán tan desaforado, que la vida sería completamente imposible, y no quedaría una piedra sobre otra en la superficie de la tierra.

¿POR QUÉ SON LAS AGUAS CORRIENTES MÁS PURAS QUE LAS ESTANCADAS?

Aunque a primera vista nos parezca que el agua es un cuerpo inactivo, no lo es en realidad. Ante todo es un gran sostenedor de la vida. Es además un magnífico disolvente de los gases que gravitan sobre ella, y de los sólidos que la sostienen; y estos gases y sólidos ayudan también al sostenimiento de la vida. Por eso las aguas estancadas no tardan en llenarse de seres vivientes y de infec-

tarse con los productos de la vida de éstos. Las llamamos impuras, porque no son a propósito para beberlas; pero en realidad, a pesar del nombre denigrante que les damos, no hacen con ello más que cumplir el cometido para que fueron creadas.

Las mismas aguas que llamamos impuras contienen otros cuerpos extraños a ellas, en especial las aguas corrientes, que son muy ricas en gases. Probablemente, toda el agua corriente procede de las nubes, que la dejaron caer en época reciente bajo la forma de lluvia, que es la más pura de todas las formas naturales del agua. aunque contiene también cierta cantidad de polvo y de gases que recoge al pasar por el aire.

Los gases que contienen en disolución las aguas corrientes son los que les comunican su exquisito sabor. Los chinos solían decir, hace muchísimo tiempo, que la mejor manera de preparar un excelente te consiste en tomar el agua de un arroyo que corra con gran impetuosidad. Si comparamos el te prepararado de este modo con otro hecho con agua destilada, éste nos parecerá extremadamente insípido.

¿POR QUÉ SE FORMA UNA COSTRA SOBRE LA LECHE HERVIDA, CUANDO SE LA DEJA REPOSAR?

La costra que se forma sobre la leche hervida es una substancia química perfectamente definida y que posee gran valor. Es proteína, o albúmina, y se le conoce con el nombre de lacto-albúmina, de la voz latina *lac*, que significa leche. Tiene la propiedad de solidificarse o cuajarse, cuando se la hierve, y de flotar después en la superficie de la leche, formando la nata, que tanta gente tira por hallarla repugnante. La lacto-albúmina, no es la única proteína de la leche, ni la más abundante; pero posee muchas ventajas.

Muchas vidas de niños, que no pueden digerir las otras proteínas de la leche, se salvan administrándoles solamente esta lacto-albúmina. Cuando se ha puesto cuajo en la leche, convirtiéndola en requesones y suero, la otra proteína se coagula y ayuda a formar los requesones; pero en este caso no se cuaja la lacto-albúmina, sino que permanece líquida dentro del suero. Por eso se le llama en algunas ocasiones suero-albúmina. Los inválidos y niños que no pueden digerir ninguna otra clase de proteína — y cuenta que sin alguna proteína la vida es imposible—digieren casi siempre el suero con su albúmina. Por consiguiente, el tirar la costra que se forma en la superficie de la leche hervida es sencillamente un insensato desperdicio de uno de los alimentos más preciados que contiene aquella substancia.

No solamente los niños, sino también muchos adultos se niegan a tomar esta nata, a pesar de que no tiene sabor; pero deberíamos hacer todo lo posible por persuadir a los niños a tomarla, si bien la mejor manera de lograr que la ingieran es tener a mano leche pura, que no necesite ser hervida. Esto podrá lograrse con el tiempo, mas no al presente; y, entretanto, debemos de hervir casi toda la leche, aun a trueque de que se desperdicie la nata de que hablamos.

¿POR QUÉ LA LUZ DESTIÑE LAS ALFOMBRAS Y NO DESTIÑE LAS FLORES?

El color de las alfombras es debido a la presencia de ciertas substancias químicas que poseen los matices deseados. Es lo mismo que si tomáramos un pañuelo blanco y lo sumergiésemos en tinta, dejándolo secar al instante. Las substancias químicas que la tinta contiene en disolución comunican al pañuelo su color. Ahora bien, el sol posee la facultad de alterar los tintes de una cortina o alfombra, y al alterarlos, los hace mudar de color.

Pero existen ciertos tintes, que llamamos permanentes, lo cual significa que el sol no los altera, y a esta clase pertenecen los que emplean las plantas para dar color a sus flores; por lo menos, mientras la flor está viva, no decaen.

¿DISMINUYE LA TIERRA DE VOLUMEN?

La respuesta a esta pregunta debe ser desde luego afirmativa; pero entiéndase bien que, aunque disminuye de volumen, su peso no se altera. La tierra puede

disminuir de volumen por contracción, sin perder parte alguna de la materia que la integra, o por pérdida de una parte de esta materia. O dicho de otro modo, puede disminuir de volumen por contracción o por desgaste.

Estamos persuadidos de que la tierra disminuye de volumen por contracción, pues sabemos que de continuo pierde calor, y que los cuerpos todos se contraen al enfriarse. Se supone que la causa principal de los temblores de tierra es la contracción que sufre el interior del planeta a causa de su enfriamiento; de tal suerte que queda sin apoyo la corteza que habitamos.

Respecto a la posibilidad de que la tierra disminuya de volumen por desgaste, no cabe duda de que va perdiendo lentamente cierta cantidad de los gases de su atmósfera, por una especie de derrame de las capas exteriores. Pero, en cambio, llegan a ella constantemente ciertos cuerpos que le traen nueva materia, procedente de los espacios interplanetarios, siendo, a nuestro entender, más importantes las ganancias que obtiene de este modo que las pérdidas que experimenta por el motivo indicado anteriormente.

Se sabe hace muchos años que la tierra vive dentro de una lluvia más o menos constante de meteoros, los cuales pasan a formar parte de ella, tanto si consiguen llegar a su superficie, como si se quedan por completo en el aire. En nuestros días se cree también que el sol está arrojando siempre y en todas direcciones diminutas partículas de átomos llamados electrones, y que nuestro planeta se apropia un número extraordinario.

¿SE IMPRIMEN EN LOS OJOS LAS IMAGENES DE LOS OBJETOS QUE VEMOS?

La palabra fotografía quiere decir pintura por medio de la luz y esto es la fotografía en realidad; una imagen impresa por la luz sobre una película o placa. Esta película o placa se halla cubierta de ciertas substancias químicas que son atacadas por la luz, según su intensidad y el lugar sobre que incide. La parte posterior del ojo viene a ser, para el caso, una cosa semejante a la placa fotográfica. También ella contiene ciertas substancias químicas que son alteradas por la luz; y, si bien no son idénticas a las empleadas en las películas y placas fotográficas, el principio es el mismo exactamente. Por consiguiente, podemos decir con toda exactitud que las imágenes de los objetos que vemos se imprimen en el ojo.

Pero existe una diferencia esencial entre la retina del ojo y la placa de una cámara fotográfica. Si la imagen impresa en el ojo subsistiese durante algún tiempo, no podríamos observar el movimiento de los cuerpos. Si contemplásemos una exhibición de vistas, dotadas de movimiento, en la que pasasen en serie no interrumpida por delante de nuestros ojos muchas de ellas por segundo, veríamos una imagen borrosa, de la misma manera exactamente que si tomásemos una fotográfia de lo que nos muestra el biógrafo en una sola placa fotográfica. Para que nuestros ojos nos sean de utilidad es indispensable que las imágenes que se imprimen en ellos se desvanezcan inmediatamente después dejando la placa libre, por decirlo así, para que pueda imprimirse en ella otra nueva. Lo verdaderamente maravilloso es que, en una pequeñísima fracción de segundo, pueda la parte posterior del ojo rehacer continuamente, con las materias que le suministra la sangre, las substancias químicas que ataca la luz cuando vemos los objetos.

¿QUÉ FUERZA MANTIENE A UNA PIEDRA EN EL AIRE ANTES DE CAER, CUANDO LA ARROJAMOS AL ESPACIO?

Más lógico sería preguntar: ¿Por qué caen las piedras cuando las arrojamos al aire? La observación de lo que ocurre, cuando arrojamos al aire una piedra, y la consideración de la primera de las leyes del movimiento de los cuerpos, descubiertas por Newton, según la cual todo cuerpo en movimiento seguirá moviéndose en la misma dirección y con igual velocidad eternamente, si alguna fuerza exterior no lo impide, nos explicarán este fenómeno. Cuando arrojamos al aire una piedra, le comunicamos

una fuerza o movimiento, y la ley de Newton—ley que rige a todas las fuerzas—nos explica por qué se sostiene la piedra en el aire, y nos induce a creer que seguirá el movimiento emprendido hasta abandonar por completo la tierra.

Dos causas, sin embargo, una mucho más poderosa que la otra, la hacen volver al suelo. Una es la resistencia del aire que la piedra empuja por delante de sí en su subida, y al cual cede de este modo una parte no pequeña de la fuerza ascensional que posee. La otra es la gravedad de la tierra, con la cual tiene que luchar la fuerza que anima la piedra hasta agotarse. Entonces regresa a la tierra; pero la energía de que se hallaba dotada no ha desaparecido por completo, como podremos comprobar prácticamente si tenemos la desgracia de que nos caiga sobre la cabeza.

CUANDO SENTIMOS FRÍO, ¿PROVIENE TAL VEZ DE QUE SE NOS ENFRÍA LA SANGRE?

Nuestras sensaciones de calor y de frío proceden generalmente de la superficie misma de nuestros cuerpos. Nos guiamos por lo que ocurre en nuestra piel. Si ésta pierde el calor con rapidez, decimos que sentimos frío, y si por el contrario, lo pierde con demasiada lentitud o casi siempre recibe más aún, decimos que sentimos calor. La sangre es casi siempre la causante de cuanto le ocurre a la piel; pero esto no quiere decir que, en casos especiales, no sea más afectada la piel por los agentes externos que por los internos, como cuando nos hallamos en una corriente de aire, o delante de una hoguera. Cuando sentimos frío, nuestra sangre no está fría; posee su temperatura normal; lo que ocurre es que sólo circula por la piel una cantidad muy escasa de ella, y por eso siente frío. Cuando nos encontramos en un paraje muy frío, nuestro organismo dedica quizás la mayor parte de su sangre a conservar el calor de los órganos más importantes, como el corazón y el cerebro; y la piel, que no tiene importancia comparada con aquéllos, es la que sufre la falta.

En ciertas enfermedades ocurren algunos fenómenos en extremo interesantes. En las fiebres palúdicas, por ejemplo, preséntase generalmente un estado espasmódico, cuando la persona atacada siente mucho frío. Palidece su piel y apenas circula la sangre por ella, y por eso siente frío. Pero, si nos tomamos la molestia de averiguar de algún modo la temperatura de su sangre, veremos que es muy superior a la normal.

La persona atacada se encuentra en el primer período de la fiebre. En el segundo, la sangre caliente afluye a los vasos de la piel, y la cantidad que por ellos circula y la temperatura que posee, harán que el paciente sienta tanto calor como frío sintió antes.

¿POR QUÉ BRILLA EL SOL DURANTE LOS AGUACEROS?

¿Y por qué no ha de brillar? se nos ocurre replicar. El sol brilla constantemente, lo veamos o no, tanto de día como de noche. Si no logra descubrirlo nuestra vista es porque algo nos lo oculta, como por ejemplo, las nubes, que son las que nos traen la lluvia. Si esas nubes cubren todo el cielo, no podremos ver el sol; pero en caso contrario, lo veremos brillar a través de ellas.

¿SABEN LAS GALLINAS QUE DE SUS HUEVOS SALDRÁN POLLOS?

Una de las más maravillosas facultades del mundo animal es el instinto, y la diferencia más notable que existe entre nuestra mente y la de los animales inferiores, es que en el hombre el instinto ha sido transformado en facultad mucho más admirable que se llama inteligencia. Uno de los más importantes distintivos del instinto es que los animales obran, guiados por él, sin saber lo que se proponen, ni cual será el resultado de su acción. Si pudiera prever un animal las consecuencias de sus actos, sería un ser razonador e inteligente, merecedor, por tanto, de ser clasificado entre los hombres.

Es un rasgo común a todos los instintos el que la acción sea ejecutada en virtud de una fuerza interior que impele

a la criatura a ejecutar aquel acto; pero con completa ignorancia de su utilidad y propósito. Así, cuando un niño chupa un biberón, ignora que el objeto de su acción es nutrirse.

Es posible que en ciertas ocasiones, un animal perteneciente a las clases más perfectas, como el perro, por ejemplo, advierta, a fuerza de experiencia, que los actos que instintivamente ejecuta van seguidos de ciertas consecuencias, logrando saber de este modo, al cabo de cierto tiempo, lo que habrá de ocurrir; que es lo que también nos sucede a nosotros, al cabo de cierto tiempo de ejercitar nuestros instintos.

Pero no es verosímil que, ya sea la primera o la vigésima vez que una gallina se echa sobre sus huevos, tenga la menor idea de que de ellos han de salir pollos; y si se echa es simplemente porque le resulta agradable. Esto no es obstáculo para que experimente grande alegría cuando vea salir de ellos los menudos y vivarachos polluelos.

¿A DÓNDE VA A PARAR TODO EL AIRE MALO?

La contestación a esta pregunta será una lección provechosa, que nos enseñará a no emplear con demasiada ligereza las palabras malo y bueno. Más prudente sería que pensásemos que, en último caso y según el destino que les asignemos, todas las cosas son buenas; lo cual es una verdad como un templo cuando de lo que llamamos aire malo se trata. Por aire malo entendemos generalmente el ácido carbónico procedente de nuestros pulmones, o de una chimenea, o de una lámpara, o de la respiración de los animales.

En un sentido, razón tenemos para calificar este aire de malo, porque es malo para nosotros; si el aire que damos a respirar a un animal contiene demasiado acido carbónico, dicho animal morirá. Pero este mismo ácido carbónico es esparcido por el viento y por el movimiento de que sus propias moléculas se encuentran animadas, difundiéndose por igual en el aire. Es digno de observar cuán similar y constante, dentro de pequeños límites, es la proporción de acido carbónico que contiene el aire, siempre y dondequiera que tenemos ocasión de analizarlo.

Este gas es de la mayor importancia para nuestra propia vida, a pesar de que lo califiquemos de malo, cuando lo encontramos en cantidades y parajes donde no debiera estar. Sin él, todos los árboles y plantas verdes morirían de inanición; y, por tanto, todos los animales que se alimentan de plantas, perecerían también; y cuando todo en torno nuestro hubiese dejado de existir, claro está que nos extinguiríamos nosotros también.

¿CÓMO ES POSIBLE DESCUBRIR EL LUGAR DONDE HA OCURRIDO UNA AVERÍA EN UN CABLE TRASATLÁNTICO?

Podemos imaginar que en vez de un cable eléctrico, cuyo núcleo se halla formado por alambres de cobre, tenemos un tubo muy largo y que lo llenamos de agua; y que el extremo opuesto o fondo del tubo, se halla a centenares de kilómetros, mucho más allá de lo que alcanza nuestra vista. Pues aun así, podemos averiguar a qué distancia se halla el fondo del tubo por la cantidad de agua que necesitamos verter en él para llenarlo.

Pues de un modo semejante ciertos hombres sabios han descubierto la manera de medir la longitud del alambre de cobre de un cable eléctrico. Existen instrumentos, por medio de los cuales se puede averiguar la cantidad de electricidad que hemos hecho pasar a un alambre, cuando no pueda contener más, y, cómo se conoce al mismo tiempo la cantidad de electricidad que la unidad que empleemos para medir el alambre puede contener; fácil es deducir a qué distancia se halla el extremo opuesto de él, o sea en este caso, el punto por donde se ha roto.

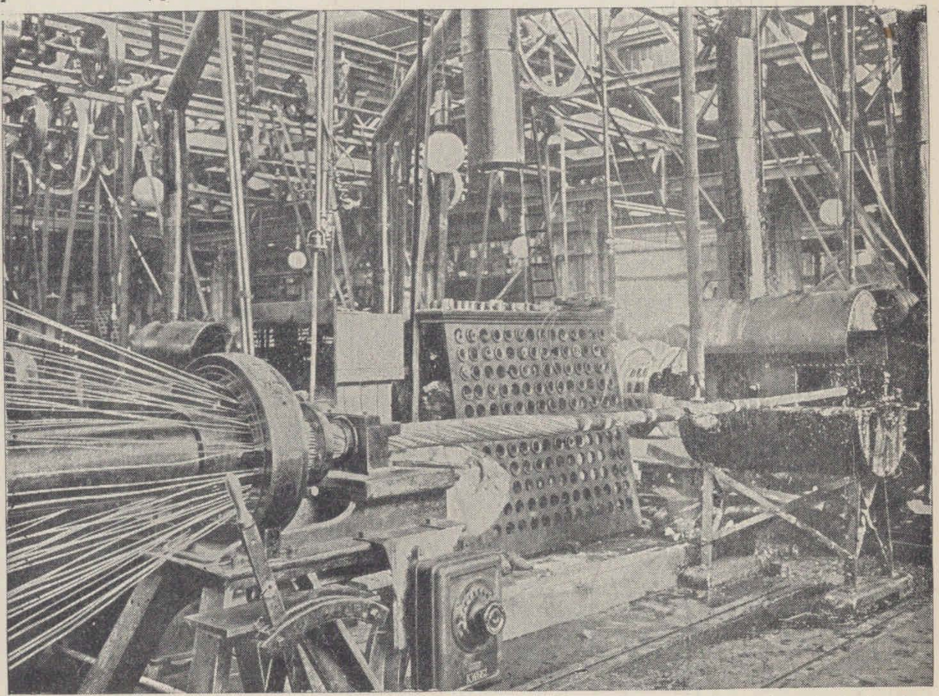
EL CABLE SUBMARINO

Estos grabados nos muestran la forma interior de un cable y su situación en el fondo del mar.

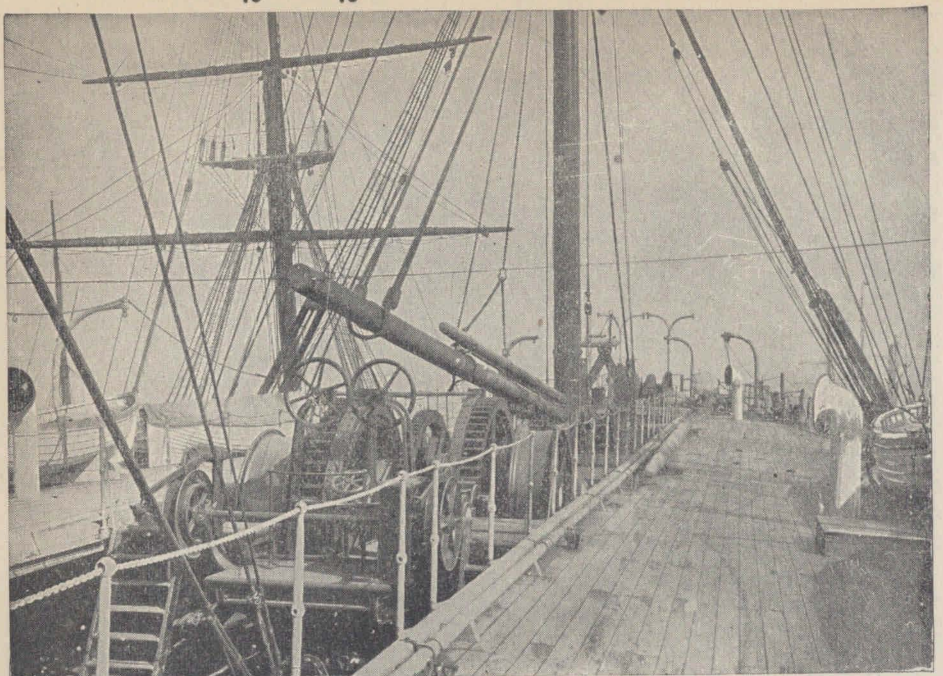
Cuando telegrafiamos al extranjero, la electricidad transporta nuestro mensaje a lo largo de un alambre delgado que corre por el fondo del mar. Este alambre se quebraría, si no estuviese protegido por varios forros de papel, gutapercha, cáñamo, plomo y acero. Los cables son siempre más gruesos en sus extremos, en la parte de las costas. En el grabado superior vemos un trozo de cable al cual se ha cortado un pedazo de cada forro, a fin de que pueda comprenderse con mayor facilidad cómo está construído. Los dos alambres delgados, que se ven en el extremo izquierdo, son los que conducen el telegrama. La figura del centro es un corte transversal del cable. Las plantas y animales marinos se adhieren y crecen sobre el cable en el fondo de los mares, como vemos en este grabado. A veces cuando se levanta un cable, sube a la superficie con una gran masa de coral que a su alrededor ha crecido, o con algún pez de extraordinarias dimensiones enredado en él. Estas son las principales dificultades, con que las primeras capas de los cables sumergidos a grandes profundidades tienen que luchar, y sería preciso descubrir la manera de vencerlas. Hace un año o dos sufrió un cable submarino una avería cerca de Valparaíso; y cuando lo izaron a la superficie del mar, traía consigo, en una de sus adujas una ballena muerta.

CONSTRUCCIÓN DE UN CABLE SUBMARINO

Vemos en este grabado un cable en construcción. Los operarios le están cubriendo con uno de los forros que lleva el metal, preservándolo de todo daño exterior, y aislándolo para que la electricidad no se escape.



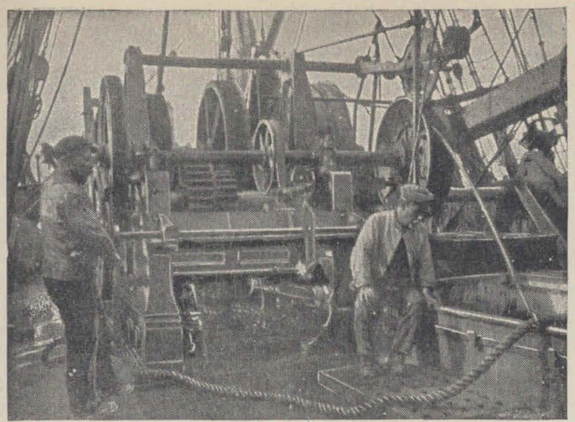
En este grabado puede ver el lector cómo el cable, después de recubierto de gutapercha, es forrado de alambre. Estas operaciones deben ejecutarse con mucho esmero, pues la menor imperfección inutilizaría el cable.



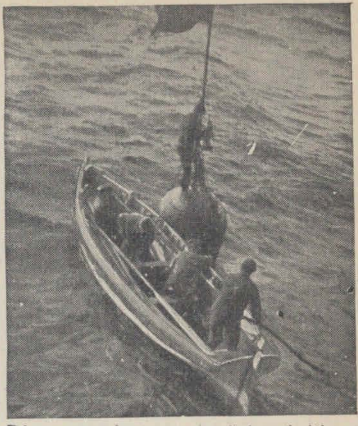
En este grabado vemos la cubierta de un vapor cablero. El cable se halla enrollado en tanques colocados debajo de cubierta, y llenos de agua. La maquinaria que vemos en el centro del buque está destinada a sacar el cable de los tanques y dejarlo caer al mar.

Cuando el buque está listo para zarpar, un bote conduce a tierra un extremo del cable. Para que éste no sufra avería al ser arrastrado, provéesele de boyas. Una vez sujeto el extremo en la caseta de amarre, se le quitan las boyas, y cae al fondo del mar.

TRAYENDO EL CABLE A LA PLAYA

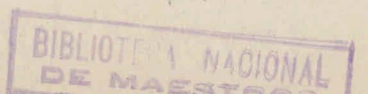


Fijo el cable en la orilla, el vapor se pone en marcha. El cable va pasando por un tambor acanalado y sale por el costado del buque. Un vapor no puede llevar de una vez un cable entero, y ha de volver a recoger la otra parte.



Pónese una boya para señalar el sitio en que se deja caer el extremo del cable. Cuando vuelve el barco, se hala el extremo y se le une el cable nuevo.

Cuando el cable ha sido tendido en el mar, hay que llevar a tierra el extremo para amarrarlo en la caseta, operación que se ejecuta de igual manera, que al comenzar el tendido. En este grabado vemos el cable sostenido por medio de pipas, desde el vapor hasta tierra, y una zanja abierta en la playa donde ha de ser enterrado.



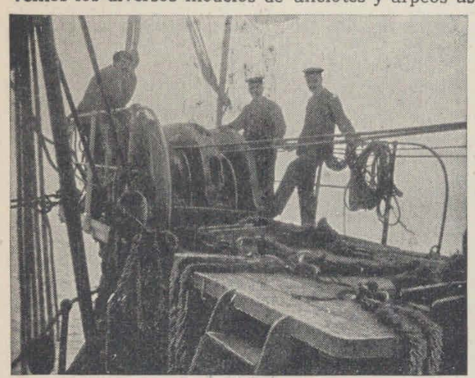
MANERA DE FONDEAR Y LEVANTAR UN CABLE



El cable está ya tendido en el fondo del mar, excepto la parte que se halla aún sostenida a bordo por medio de un calabrote. Debajo de éste se coloca un tajo de madera; un hombre lo corta al instante de un vigoroso hachazo, y el cable se sumerge en el mar.



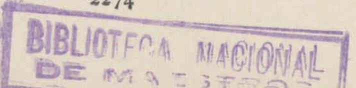
Si el cable no funciona debidamente, es preciso levantarlo, para averiguar dónde está la avería. Aquí vemos los diversos modelos de anclotes y arpeos usados para rastrear los cables en el fondo del océano.



Estos marineros están rastreando el fondo del mar con los anclotes. Conocen cuando éstos han enganchado el cable, por la tensión que adquieren las cadenas con que van amarrados dichos aparatos.



Cuando el cable sale del agua, se arría un hombre por el costado del buque, a fin de amarrar aquél con un calabrote, hecho lo cual, se iza el cable a bordo, a fin de repararlo.



EN EL SENO DEL ATLANTICO

Si pudiesemos agotar toda el agua del Océano Atlántico, el fondo de este ofrecería el aspecto de un vasto país, con altísimas montañas y valles muy profundos. Estas montañas serían las islas que ahora sólo asoman la cabeza por encima de las aguas. Tendidos a lo largo de este nuevo país, veríamos los muchos cables por medio de los cuales se comunica el Nuevo Mundo con el Viejo.

EL ANIMAL ESTABA COLGADO DE LA VELETA DEL CAMPANARIO

AVENTURAS DEL BARÓN DE MUNCHHAUSEN

EL protagonista y supuesto narrador de estas inverosímiles y estrambóticas aventuras es un personaje real, Jerónimo Carlos Federico Munchhausen, conocido con el título de « Barón de Munchhausen », natural de Bodenwerder, Hannóver, que sirvió en la caballería rusa contra los turcos (1737–39), y, de regreso, hizo un absurdo relato de sus hazañas. Tomando ese relato por base para una recopilación de cuentos de la misma índole, Rodolfo Eric Raspe, compatriota del héroe, escribió y publicó en Inglaterra, donde estaba desterrado, una obra intitulada « Narraciones de los maravillosos viajes y campañas en Rusia del Barón de Munchhausen », la cual se tradujo muy luego al alemán y posteriormente a todos los idiomas cultos. El candor y naturalidad con que se refieren los más extravagantes y disparatados episodios, encantan y divierten, haciendo crecer el interés al paso que avanza la narración. Es una de las lecturas de ameno pasatiempo, universalmente conocidas, y que siempre han gozado de gran favor entre el público joven.

I
VIAJE A RUSIA Y A SAN PETERSBURGO

HABIENDO resuelto visitar a Rusia en el corazón del invierno, partí para aquel país, después de hacer el juicioso raciocinio de que los caminos del Norte de Alemania, de Polonia, de la Curlandia y de la Livonia, que, según los relatos de los viajeros, son más difíciles y penosos aún que el camino del templo de la virtud, se mejoran con el frío y la nieve, sin costar nada a la solicitud de los gobiernos. Caminaba a caballo, que seguramente es el mejor modo de transporte, siempre que el caballo y el caballero sean buenos: así no se expone uno a tener cuestiones de honor con algún digno maestro de postas alemán, ni está obligado a detenerse en cada venta a voluntad de un postillón sediento. Iba ligeramente vestido, lo que sentía más y más a medida que adelantaba hacia el Nordeste.

Andando andando, me encontré, en medio de un tiempo crudo y bajo un duro clima, con un pobre anciano que yacía en la desolada orilla de un camino de Polonia, expuesto a un viento glacial y teniendo apenas con qué cubrir su desnudez.

El estado de aquel infeliz me afligió profundamente, y aunque hacía un frío capaz de helarme el corazón en el pecho, le arrojé mi capa. Al mismo instante resonó en el aire una voz y, elogiando mi misericordia, me gritó: « Lléveme el diablo, hijo mío, si esta buena acción queda sin recompensa ».

Proseguí mi viaje hasta que la noche y las tinieblas me sorprendieron. Ninguna señal ni ruido me indicaban la presencia de un pueblo: todo el país estaba sepultado bajo la nieve, y yo no sabía el camino.

Fatigado y sin poder ya más, me decidí a echar pie a tierra, y até mi caballo a una especie de arbusto que sobresalia por encima de la nieve. Me puse por precaución una de mis pistolas bajo el brazo y me acosté sobre la misma nieve. Sin embargo, dormí tanto y tan bien, que cuando abrí los ojos era ya de día claro. Pero ¿cuál no fué mi asombro cuando me encontré en medio de un pueblo, en el cementerio? En el primer momento no vi mi caballo, pero al cabo de algunos instantes oí relinchar por encima de mí. Miré a lo alto, y pude convencerme de que el animal estaba colgado de la veleta del campanario.

Al punto me expliqué el singular acontecimiento: había encontrado el pueblo enteramente cubierto de nieve; durante la noche se había suavizado súbitamente el tiempo, y durante mi largo sueño, la nieve se había derretido, bajándome lenta y suavemente hasta el suelo: lo que en la obscuridad de la

noche había tomado por una planta, no era sino la veleta del campanario. Sin vacilar tomé una pistola, apunté a las bridas y volví dichosamente por este medio a tomar posesión de mi caballo, continuando mi camino. No hubo novedad hasta mi llegada a Rusia, donde no se conoce la costumbre de ir a caballo en invierno; y como tengo por principio conformarme siempre con los usos de los países en que me hallo, tomé un trineo de un solo caballo y me encaminé a San Petersburgo.

No sé exactamente si fué en Esthonia o en Ingria, pero recuerdo aún perfectamente que fué en medio de un espantable bosque, donde me vi perseguido por un enorme lobo, a quien hacía más ágil aún el aguijón del hambre. No había manera de escapar de sus garras, y muy luego me alcanzó: dejéme caer maquinalmente al fondo del trineo y dejé a mi caballo que saliera del paso y cuidara de mis intereses como Dios le diera a entender. Saltó el lobo por encima de mi persona, cayó furioso sobre el caballo, desgarró y devoró en un instante todo el cuarto trasero del pobre animal, que aguijado por el dolor y el espanto, aun corría más aprisa. ¡Me había salvado! Alcé cautelosamente la cabeza y vi que el lobo iba ocupando el lugar del caballo a medida que se lo comía: la ocasión era demasiado favorable para malograrla, y no vacilé; tomé el látigo y me puse a zurrar al lobo con todas mis fuerzas. Tan inesperados postres no le causaron poco terror: lanzóse hacia adelante con toda su ligereza, cuando he aquí que cae al suelo el esqueleto de mi caballo, y queda el lobo uncido al trineo.

En cuanto a mí, no daba paz a la mano, de modo que corriendo con tal y tanto brío no tardamos mucho en llegar sanos y salvos a San Petersburgo, contra nuestra esperanza respectiva y con grande asombro de los transeuntes.

El rigor del clima y las costumbres rusas han dado a la botella una importancia social que no tiene en nuestra sobria Alemania; así es que he encontrado en Rusia personas que pueden pasar por virtuosas, consumadas en este género de ejercicio. Pero no eran sino pobres petates al lado de un antiguo general de grandes mostachos canosos y tez cobriza, que comía con nosotros a mesa redonda. El bueno del hombre había perdido en un combate contra los turcos la tapa de los sesos; de modo que siempre que se presentaba un extraño, tenía que pedir dispensación de su necesidad de conservar el sombrero puesto. Acostumbraba beberse en la comida algunas botellas de aguardiente, y para terminar, aun despachaba un fresco de *arak*, doblando a veces la dosis, según las circunstancias; pero así y todo, era imposible descubrir en él la más ligera señal de embriaguez. Acaso os parezca inverosímil; a mí también me lo pareció por mucho tiempo, hasta que por fin pude dar con la clave del enigma. El general tenía la costumbre de levantarse de cuando en cuando el sombrero, y yo había observado muchas veces el movimiento, aunque sin comprender su táctica. ¿Qué extraño podía ser que tuviera caliente la cabeza y necesitara renovar el aire? Pero pude comprobar que, al mismo tiempo que el sombrero, levantaba también una lámina de plata que se adhería a su cráneo, sirviéndole de tapa de los sesos, y que entonces los humos de las bebidas espirituosas que había ingerido se escapaban en ligeras nubes.

Al punto lo comprendí todo. Participé el descubrimiento a dos amigos míos y me ofrecí a probarles su exactitud. Al efecto fuí a colocarme con mi pipa detrás del general, y en el momento de levantarse el sombrero dí fuego con un pedazo de papel encendido al humo que salía de su cabeza. Entonces pudimos ver un espectáculo tan nuevo como admirable, pues se había transformado en columna de fuego la columna de humo que se elevaba por encima del general; y los vapores que se hallaban retenidos entre sus cabellos formaban una azulada aureola como no brilló nunca en la cabeza del mayor santo. Mi añagaza no pudo permanecer oculta al general; pero lejos de enfadarse, nos



ME GUIÉ DIRECTAMENTE HACIA MI CASA

concedió licencia para repetir a menudo un entretenimiento que le daba aspecto tan venerable.

AVENTURAS DE CAZA

No me detendré en las muchas y alegres escenas de que fuimos actores o testigos en circunstancias análogas, porque quiero referiros diferentes historias cinegéticas, mucho más maravillosas e interesantes que todo eso.

Así, por ejemplo, recuerdo que un día vi en un lago, a cuya orilla me había llevado una de mis excursiones, algunas docenas de patos silvestres por demás diseminados para que esperara matar de un tiro más de un pájaro. Para colmo de males, mis últimas municiones estaban en la escopeta, y hubiera yo querido matarlos todos de un tiro, teniendo en casa que obsequiar a muchos amigos y conocidos.

Acordéme entonces de que tenía aún en el morral un pedazo de tocino, resto de las provisiones que había llevado a mi expedición. Até esta grasa a la traílla de mi perro, cuya cuerda deshice y prolongué enlazando sus cabos; me oculté luego entre los juncos de la orilla, lancé lejos el cebo, y muy pronto tuve la satisfacción de ver cómo se acercó un pato y se lo tragó. Acudieron los otros detrás del primero, y como mediante la untuosidad del tocino, muy luego el cebo atravesó el pato en toda su longitud, otro pato se lo tragó a su vez, después otro y otro después, y así sucesivamente. Al cabo de algunos instantes, mi resto de tocino había pasado por todos los patos, sin separarse de la cuerda, habiéndolos ensartado a guisa de perlas. Con esto volví gozosamente a la orilla; me dí cinco o seis vueltas al cuerpo con el dichoso rosario, y enderecé hacia mi casa. Pero en esto sobrevino un acontecimiento, que al principio me causó alguna inquietud. Los patos estaban aún vivos todos, y volviendo poco a poco de su aturdimiento, se pusieron a aletear y levantarse por los aires. Cualquiera otro se hubiera visto muy embarazado; pero yo hice valer el accidente en mi provecho, pues sirviéndome de mis faldones como de remos, me guié directamente hacia mi casa. Cuando estuve por encima de ella, quise bajar con toda seguridad, fuí retorciendo sucesivamente el cuello a mis patos y me colé por el cañón de la chimenea, dejando estupefacto a mi cocinero. Por fortuna, estaba el hogar apagado.

Cosa parecida me avino con una bandada de perdices. Había salido para probar una escopeta nueva y agotado mis municiones de plomo menudo, cuando, sin esperarlo, veo levantarse a mis pies una bandada de perdices. El deseo de tener aquella misma noche algunas de ellas en mi mesa, hubo de inspirarme un medio que os aconsejo emplear, bajo mi palabra, en semejantes circunstancias. Luego que hube observado el sitio en que se dejó caer la bandada, cargué rápidamente mi escopeta, metiendo en vez de plomos la baqueta, cuyo extremo dejé fuera del cañón. Así preparado, enderecé hacia las perdices y les tiré al levantar el vuelo. A algunos pasos más allá fué a caer mi baqueta, ensartando siete piezas, que debieron quedar muy sorprendidas de hallarse súbitamente metidas en el asador, lo que justifica el refrán que dice: *Ayúdate y te ayudaré.*

Otro día vi en un espeso bosque una jabalina y un jabato que corrían hacia mí. Les tiré y no hice blanco; pero el jabato continuó andando y la jabalina se detuvo inmóvil, como clavada en el suelo. Me acerco para averiguar la causa de aquella inmovilidad, y noto que me las había con una jabalina ciega, la cual tenía entre los dientes el rabo del jabato, el cual, en su piedad filial, le servía de lazarillo. Habiendo pasado mi bala entre los dos animales, había cortado el hilo conductor, cuyo extremo conservaba aún la jabalina, que no sintiendo ya que tiraban de ella, se había detenido instintivamente. Cogí yo al punto aquel fragmento de rabo y me llevé a mi casa sin resistencia ni dificultad ninguna al pobre animal ciego.

Un día que no tenía ya plomos, dí

DI CON EL CIERVO MÁS GALLARDO DEL MUNDO

casualmente con el ciervo más gallardo del mundo. Detúvose el animal y me miró fijamente, como si supiera que mi bolsa de municiones estaba vacía. Al instante eché a la escopeta una carga de pólvora, y, en vez de plomo, un puñado de huesos de cerezas, a las que desembaracé de su carne lo más pronto que pude, y le envié el total a la frente entre los dos cuernos. Aturdido del tiro, vaciló un momento; pero se rehizo luego y desapareció. Un año o dos después, volví a pasar por el mismo bosque y ¡oh sorpresa! vi un magnífico ciervo que llevaba entre los cuernos un cerezo de diez pies de alto cuando menos.

Recordé entonces mi primera aventura, y considerando al animal como propiedad mía de mucho tiempo atrás, lo tendí en tierra muy luego, de un balazo, ganando así al mismo tiempo el asado y los postres; porque el árbol estaba cargado de fruta, y la más delicada y exquisita que en mi vida había comido.

En los grandes apuros, un buen cazador recurre a cualquier medio, antes de malograr una buena ocasión; y yo mismo me he visto muchas veces obligado a salir de los lances más peligrosos a fuerza de habilidad.

En otra ocasión me ví acosado tan de cerca por un lobo, que para defenderme no tuve más recurso que hundirle el puño en las mismas fauces. Impulsado por el instinto de conservación, hundí el puño más, y luego el brazo hasta que me llegó el lobo al mismo hombro. Pero ¿qué hacer después de esto? Figuraos mi situación, que era comprometida, cara a cara con un lobo; y puedo aseguraros que no nos mirábamos con buenos ojos. Si sacaba el brazo, la fiera se me chaba encima infaliblemente, pues veía claramente su intención en sus ojos fulminantes. No había que perder tiempo: conque le agarré las entrañas, tiré hacia mí, y volví el lobo del revés, ni más ni menos que un guante, dejándolo muerto sobre la nieve.

Pero no pude emplear este procedimiento con un perro rabioso que me perseguía en una calle de San Petersburgo.

—Esta vez, me dije, no hay más remedio que darse con los talones en las posaderas.

Y para correr más y mejor, arrojé mi capa y me refugié cuanto antes en mi casa. Envié después a mi criado a recoger la capa, que puso en el armario con la demás ropa mía.

Al día siguiente oí un ruido en la casa, y muy luego vino Juan, diciéndome:

—¡Por Dios, señor Barón! Vuestra capa está rabiosa.

Salgo corriendo y veo toda mi ropa hecha pedazos. No había mentido el chusco: mi capa estaba en efecto rabiosa. Llegué precisamente en el momento en que se cebaba furiosa en una casaca nueva de gala, y era cosa de ver cómo la sacudía y despedazaba de la manera más terrible.

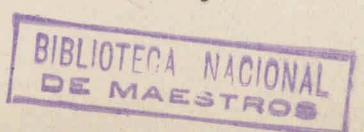
DE LOS PERROS Y CABALLOS DEL BARÓN

Dejando a un lado los pormenores de mis caballerizas, de mis perreras, y de mis salas de armas, voy a hablaros de algunos canes que se distinguieron tan particularmente a mi servicio, que no los olvidaré jamás.

Tuve una perra perdiguera, tan infatigable, tan inteligente, tan discreta, por decirlo así, que nadie la podía ver sin envidiármela. Así me servía de día como de noche: cuando llegaba ésta, le ataba al rabo una linterna, y de este ingenioso modo cazaba tan bien, o acaso mejor, que de día claro.

Ocurrió una vez que por espacio de dos días anduve obcecado y tenaz en persecución de una liebre. Mi perra me la traía siempre a tiro, y yo no lograba nunca tirarle. No creo en hechicerías, porque he visto cosas extraordinarias para eso; pero confieso que salí con las manos en la cabeza del lance con aquella maldita liebre. Por fin, me acerqué tanto a ella, que la tocaba con la boca del cañon de mi escopeta. Entonces le hice dar una voltereta y . . . ¿qué creeréis, señores, que encontré?

VI QUE A MI CABALLO LE FALTABA TODO EL CUARTO TRASERO



Mi liebre tenía cuatro patas en el vientre y otras cuatro en el lomo; y con esto, cuando los pares de abajo estaban fatigados, se volvía como un hábil nadador que hace alternativamente el pez y el barco, y arrancaba de refresco con más brío.

Ni antes ni después he visto liebre semejante a ésta, y seguramente se me hubiera escapado sin la ayuda de mi inteligente e infatigable Diana. Esta perra aventajaba a todos los individuos de su raza, de tal manera, que no temería ser tachado de ponderativo, llamándola *única*, si una lebrela que poseía no le hubiera disputado este mérito. Este animalito era menos notable por su estampa y casta que por su increíble rapidez. Si lo hubierais visto, lo habríais admirado seguramente y no habríais extrañado que yo lo estimara tanto y me complaciera en cazar con él más que con los otros. Esta lebrela corrió tan rápidamente y tanto tiempo a mi servicio, que se gastó las patas hasta por debajo del jarrete, y en su vejez pude emplearla ventajosamente en otros menesteres.

Al recuerdo de esta admirable perra no puedo menos de añadir el de un excelente caballo lituano, que era, en verdad, un animal sin precio. Lo adquirí a consecuencia de una casualidad que me dió ocasión de mostrar mi destreza de jinete, lo que ocurrió de esta manera:

Hallábame en el palacio del Conde de Przobowski, en la Lituania, y me había quedado en el salón tomando el te con las damas, mientras los caballeros habían ido al patio a ver un hermoso potro de raza recién traído de la yeguada. De repente oímos un grito de angustia.

Bajé apresuradamente la escalera y encontré al caballo tan furioso que nadie se atrevía a montarlo, ni aun a acercarse a él siquiera: los jinetes más resueltos permanecían allí embarazados e inmóviles, y el espanto se pintaba en todas las caras, cuando de un brinco quedé yo muy bien sentado en su silla: lo sorprendí y quedó desde luego dominado con esta audacia: mis aptitudes hípicas acabaron de domarlo y hacerlo obediente y manso.

A fin de tranquilizar a las damas, hice saltar al potro al mismo salón, pasando por la ventana: ejecuté con él otras muchas suertes al paso, al trote y al galope; y, para terminar, le obligué a saltar sobre la mesa, donde ejecuté las más elegantes evoluciones de la alta escuela, lo que regocijó mucho a la reunión; porque hay que añadir que el potro se dejó gobernar tan bien, que no quebró ni siquiera un vaso.

Este acontecimiento me granjeó muchos aplausos, y, especialmente, la admiración del conde, el cual me rogó, con su habitual cortesía, que tuviera a bien aceptar el potro, para que me condujera a la victoria en la próxima campaña contra los turcos, que iba a abrirse a las órdenes del conde de Munich.

AVENTURAS DEL BARÓN EN LA GUERRA CONTRA LOS TURCOS

Con dificultad se me hubiera podido hacer un obsequio más grato que el de ese magnífico corcel, de que me prometía mucho en la próxima campaña y que debía servirme para hacer mis pruebas. Un caballo tan dócil y tan fogoso, un cordero y un bucéfalo a la vez, debía recordarme los deberes del soldado, y al mismo tiempo los heroicos hechos realizados por el joven Alejandro en sus famosas guerras.

Nuestra campaña tenía por fin restablecer el honor de las armas rusas, que había sido un tanto humillado en el Pruth, en tiempo del czar Pedro; y lo conseguimos después de rudos, pero gloriosos combates, y gracias a los talentos militares del general nombrado anteriormente.

Ya es sabido que la modestia prohibe a los subalternos atribuirse altos hechos de armas: la gloria debe referirse comúnmente a los jefes, por ineptos que sean, y a los reyes que no han sentido nunca el olor de la pólvora, sino en el ejercicio, ni han visto maniobrar a un ejército, sino en gran parada. Así, pues, yo, por mí, no reivindico la menor parte de la gloria

que nuestro ejército alcanzó en muchos empeños. Todos cumplimos con nuestro deber, palabra que en boca del ciudadano, del soldado, del hombre de bien, tiene una significación mucho más lata de lo que imaginan los señores bebedores de cerveza.

Mandaba yo entonces un cuerpo de húsares, y tuve que ejecutar diferentes expediciones, cuyo éxito se confiaba enteramente a mi valor y experiencia: mas, para ser justo, debo decir aquí que gran parte de este feliz éxito se debe a los valientes camaradas que yo capitaneaba.

Un día en que rechazábamos una salida de los turcos bajo los muros de Oezakow, se halló la vanguardia muy comprometida. Yo ocupaba un punto bastante avanzado, y vi de pronto venir por la parte de la ciudad, un cuerpo enemigo envuelto en una nube de polvo que impedía apreciar su número y distancia. Rodearme de otra nube igual, hubiera sido una estratagema vulgar y además habría malogrado mi objeto. Desplegué, pues, en guerrilla mis tiradores, en las alas de mi tropa, recomendándoles hacer todo el polvo que pudieran, mientras yo iba derecho al enemigo, a fin de averiguar exactamente los datos que me importaban. Alcancélo y se resistió tenazmente, hasta que mis tiradores llegaron y pusieron en desorden sus filas. Con esto, lo dispersamos completamente, hicimos en él gran destrozo y lo rechazamos, no solamente a la plaza, sino más allá todavía, como quiera que huyó por la parte opuesta; logrando así nosotros un resultado superior a nuestras esperanzas.

Como mi corcel se bebía los vientos, me hallé yo el primero a espaldas de los fugitivos; y viendo que el enemigo corría hacia la otra salida de la ciudad, creí conveniente hacer alto en la plaza del mercado y dar orden de tocar llamada. Pero figuraos mi asombro no viendo a mi alrededor ni trompeta, ni ordenanza, ni a ninguno de mis húsares.

—¿Qué diablos ha sido de ellos?— dije entre mí. ¿Se habrán diseminado por las calles?

No debían, sin embargo, estar muy lejos, ni tardar, por consiguiente, en alcanzarme. Entretanto, fuí a dar agua a mi caballo, a una fuente situada en medio de la plaza. Púsose a beber de una manera inconcebible, sin que, al parecer, apagara su sed extraordinaria. Muy luego tuve la explicación de este fenómeno, porque al volverme para ver si venían los míos, vi con asombro ... ¿qué diréis que vi, señores? Pues vi que a mi caballo le faltaba todo el cuarto trasero, cortado netamente de un tajo. El agua, pues, se escapaba por detrás a medida que entraba por delante, sin que el pobre animal conservara una gota.

¿Cómo diablos había sucedido esto?

Cuando estaba en tales dudas y perplejidades, llegó un húsar por la parte opuesta, y en medio de un torrente de cordiales felicitaciones y enérgicos juramentos, me refirió lo siguiente:

Mientras yo me lancé atropelladamente por en medio de los fugitivos, dejaron caer súbitamente el rastrillo de la puerta, el cual había partido a tajo limpio mi caballo. Esta segunda parte del bruto había quedado al principio entre los enemigos, en los que hizo grandes estragos. Después, no pudiendo penetrar en la plaza, se había dirigido a un prado inmediato, donde, sin duda, lo encontraría yo si iba a buscarlo.

Volví grupa, aunque no la tenía mi cabalgadura, y corrí a la pradera al galope de mi medio caballo, y con gran contento mío hallé efectivamente la otra mitad, que se entregaba a las más ingeniosas evoluciones. En vista, pues, de que las dos mitades de mi caballo estaban vivas, envié a llamar a nuestro veterinario, que sin perder tiempo las unió exactamente con tallos de un laurel que había en el paraje, y la herida se curó perfectamente.

Después avino lo que no podía menos de suceder, tratándose de un animal tan superior: los tallos del laurel echaron raíces en su cuerpo, brotaron y formaron

a mi alrededor una enramada, a cuya sombra hube de dar feliz cabo a más de una gloriosa hazaña.

En otra ocasión, manteníamos el sitio de una plaza, de cuyo nombre no quiero acordarme, y era de la mayor importancia para el general saber lo que pasaba dentro. Imposible parecía poder entrar en plaza tan bien defendida, porque hubiera sido preciso abrirse paso entre las avanzadas de las líneas de tropas y de las obras de fortificación: nadie, por consiguiente, se atrevía a encargarse de tan arriesgada empresa. Fiando, en demasía acaso, en mi valor, y llevado de mi celo, fuí a colocarme al lado de un enorme cañón, y en el momento de salir el tiro, me lancé sobre la bala con el fin de penetrar en la plaza, caballero en ella; sino que cuando





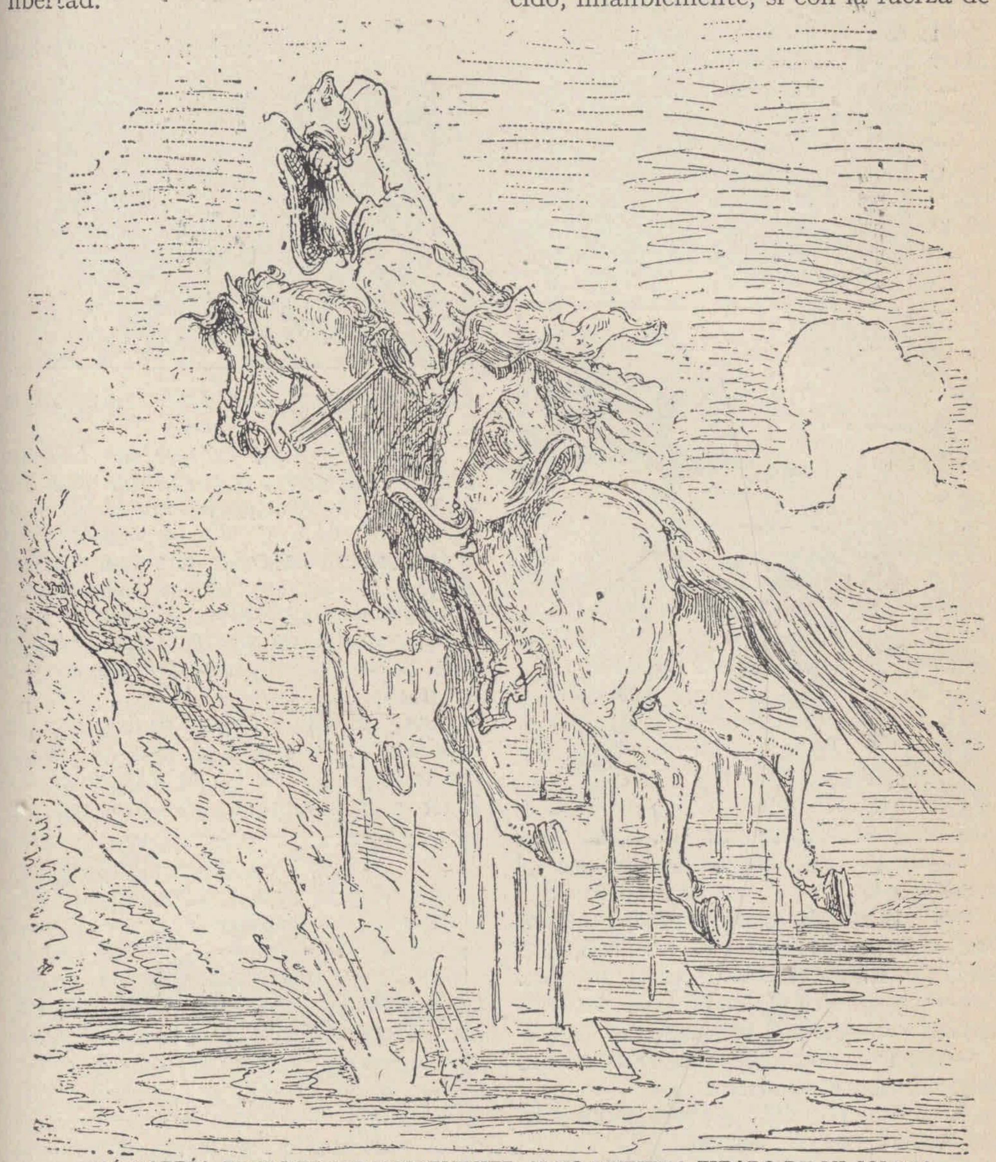
estuve a la mitad del camino me ocurrió una reflexión.

—Entrar... bien, me dije; pero ¿y salir? ¿Qué va a suceder una vez dentro de la plaza?... Se me tendrá por espía y se me ahorcará en el árbol más inmediato... Esto no es un fin digno de Munchhausen.

Hecha esta reflexión, seguida de muchas otras del mismo género, vi otra bala dirigida desde la fortaleza contra nuestro campo, y que pasaba a poca distancia de mí. Salté, pues, sobre ella, y volví adonde estaban los míos, sin haber realizado mi proyecto, ciertamente, pero, a lo menos, sano y salvo.

Mas, por diestro que yo fuera en el volteo, no lo era menos mi famoso caballo: ni vallas, ni fosos lo detenían, yendo siempre derecho como una flecha. Un día, una liebre que yo perseguía cruzó el camino real: en aquel momento crítico, un carruaje, en que iban dos damas, vino a interponerse entre la pieza perseguida y el caballo en que yo la seguía de cerca... Mi corcel lituano atravesó tan ligera y rápida-

mente el carruaje, cuyos vidrios había roto, que apenas tuve tiempo de quitarme el sombrero para saludar a las damas y pedirles perdón por aquella libertad.



ALLÍ HABRÍA PERECIDO INFALIBLEMENTE, SI NO HUBIERA TIRADO DE MI COLETA

En otra ocasión quise saltar un pantano, y cuando me hallaba en mitad del camino, advertí que era demasiado grande, o más de lo que yo había creído. Al momento volví grupa en medio de mi arranque, y caí en la misma orilla que acababa de dejar, para tomar más distancia. Si no que me engañé también esta vez, y caí en el lago, en que me hundí hasta el cuello. Allí habría perecido, infaliblemente, si con la fuerza de mi propio brazo no hubiera tirado de mi coleta, sacándome a mí y a mi caballo, al que estrechaba fuertemente entre mis piernas.

(*Continúa el relato en otra parte de esta sección.*)

FÁBULAS DE ESOPO

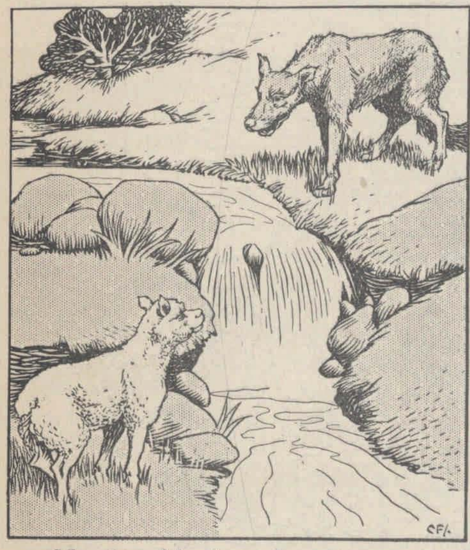
EL LOBO Y EL CORDERO

Un lobo y un cordero cada uno por su lado, vinieron a beber en cierto río. Bebía el lobo más arriba, y dirigiéndose al cordero, que bebía más abajo, le dijo:

—¿Por qué me has enturbiado el agua mientras que yo bebía?

—No sé cómo habrá podido ser esto, contestó humildemente el cordero, porque el agua corre hacia mí desde donde tú te encuentras.

—No blasfemes tan pronto—repuso el lobo, no haciendo caso de razones.



—No he blasfemado — contestó el cordero.

—Pues has de saber—añadió el lobo buscando pretextos para matarlo, que hace seis meses que me injurió tu padre.

—Aun no había nacido yo en este tiempo—observó el cordero.

—No importa, replicó el lobo; tú me pagarás ahora su ofensa.

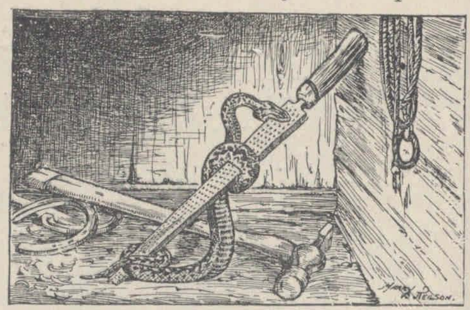
Arrojóse, en efecto, encima del inocente cordero, y le devoró.

De nada sirven verdades ni razones con infames y perversos: sólo puede dominarles la fuerza.

LA SERPIENTE Y LA LIMA

Entrando la serpiente en casa de un herrero, comenzó a roer una lima que encontró creyendo sería cosa que pudiese comerse. Viendo su tontería, dijo la lima:

—¡Cuán necia eres! ¿No ves que tus



dientes no pueden romper aquello que deshace al mismo hierro?

Necedad grande es que los hombres débiles intenten reñir con los que son más fuertes y poderosos.

EL LOBO DISFRAZADO DE OVEJA

Habiéndose vestido cierto día un lobo con una piel de oveja, logró confundirse entre ellas y así mató y devoró no pocas.

Mas, he aquí que el pastor llegó a descubrirle, y atándole una cuerda al cuello, le colgó de un árbol que crecía junto a la carretera. Pasaban por allí



otros pastores y, al verlo, le interrogaron por qué colgaba a aquella oveja. Hízoles aquél ver que era un lobo disfrazado; y entonces convinieron todos en que el castigo era justo.

El hipócrita y el mentiroso tarde o temprano son descubiertos.



Representantes de las naciones reunidos en Viena para restablecer el orden en Europa después de la caída de Napoleón.

LA FORMACIÓN DE ALEMANIA

«DEBEMOS destruir enteramente a Alemania», eran las palabras y mira de Napoleón durante los años de sus luchas en la Europa Central, cuyos Estados estuvieron en continua agitación merced a sus tenaces campañas, pues la paz no llegaba a consolidarse nunca. Entablábanse a lo sumo breves armisticios, durante los cuales el emperador procuraba dividir y debilitar los pueblos de habla alemana, que eran fuertes cuando estaban unidos, pero una vez perdida esta unión eran fácilmente vencidos. Desgraciadamente, por una u otra causa, existían muchas rivalidades y disensiones entre los Estados, y después de la batalla de Austerlitz varios de ellos se juntaron en una federación «protegida» por Francia, y coligada contra Austria y Prusia. Austria perdió sus más hermosas provincias, después de la mencionada batalla; Prusia la mitad de su territorio, después de la de Jena. Cuando la bella y noble reina Luisa de Prusia suplicó a Napoleón se apiadase de su desgraciado país, recibió la insultante respuesta de un mapa de Silesia—la rica provincia ganada a Maria Teresa por Federico *el Grande*, arrollado y sujeto con una cadena de oro, de la que pendía un corazón.

Fué un terrible retroceso para la joven nación en período de formación, el ver su ejército destrozado mientras que los soldados franceses ocupaban el país y Napoleón gobernaba desde Berlín. Nadie podía oponerse a este conquistador, que, infatigable, recorría toda Europa sin tregua ni descanso; hombre que podía dar cinco batallas en cinco días sucesivos, y vencer toda dificultad y obstáculo, hasta el natural que ofrecían a su marcha los nevados Alpes. Cuando Napoleón estaba en el verdadero apogeo de su gloria, entre 1807 y 1809, se podía decir que toda Europa yacía realmente bajo el poder de dos emperadores, es decir, «el hombre de Córcega» y el emperador de Rusia.

Hemos visto ya cómo cambió su suerte en la desgraciada campaña rusa, oportunidad de que no tardó en aprovecharse la Europa Central, levantándose todo el pueblo alemán contra el odiado yugo, ansiando todos borrar la ignominia de sus derrotas y sujeción.

Prusia, particularmente, se mostró deseosa de arrojar a las tropas francesas de su suelo, y el pueblo entero se apresuró a contribuir con su dinero o trabajo, y se alistaba voluntariamente para combatir, pareciéndole que no había nada demasiado grande ni demasiado pequeño si ayudaba a recobrar lo perdido.

El famoso general Blücher, quien más

tarde ayudó a Wéllington en Waterloo, en una de las primeras batallas de este tiempo mostró tal arrojo que los soldados dieron en llamarle el mariscal « Adelante », pues le seguían arrastrados por su grito atronador de « ¡Adelante! » exacta expresión del espíritu de aquel tiempo. Finalmente, en la « Batalla de las Naciones », trabada cerca de Léipzig y que duró cuatro días enteros y terribles, Napoleón fué vencido, y Alemania quedó libre de los franceses.

LA CAÍDA DEL IMPERIO DE NAPOLEÓN Y DIEZ AÑOS DE DESORDEN EN EUROPA

Así, el imperio del « sucesor de Carlomagno », como le gustaba a Napoleón llamarse a sí mismo, se deshizo más rápidamente de lo que había sido formado. No era fácil tarea devolver el orden a Europa, especialmente cuando muchos de los interesados en el congreso de Viena se mostraban celosos y egoístas; pero logróse al fin, a pesar de la emocionante interrupción causada por la fuga de Napoleón de Elba, y de los brillantes Cien Dias, en los que su genio hizo un último esfuerzo antes de la final y decisiva derrota de Waterloo.

Diez años más tarde el Congreso de Viena estudiaba el mapa de Europa. Veamos cuales eran los nombres de los principales Estados de habla alemana, y su situación en el corazón de la Europa Central, cruzada por masas de montañas hacia el Sur, adornada de dilatada llanura regada por muchos ríos hacia el Norte, y otros como el Rin y el Danubio que vierten sus aguas hacia el Norte y hacia el Este desde su extremo Sudoeste. Son estos sus rasgos naturales característicos que han permanecido invariables a través de los siglos, en cuantos mapas se han trazado para mostrar los constantes cambios verificados en las divisiones del terreno por los movimientos humanos.

GENTE MONTAÑESA QUE VIVÍA TRANQUILA EN MEDIO DE GRANDES TRASTORNOS

Hemos visto cómo se producían estos cambios por conquistas, por casamientos principescos y por la división de los Estados entre los diferentes miembros de una familia.

Quizás la más estable de las provincias haya sido Bohemia, tan seguramente protegida por su semicírculo de hermosas montañas, los montes Gigantes y las Montañas Metálicas, tierra de interminables cuentos de duendes y enanos. Los bohemios pertenecen a diferente raza que los antiguos teutones o Deutschen, llamada de los « Eslavos »; pero han figurado como moradores de un estado alemán durante casi mil años. En la frontera de Bohemia podemos hallar Austerlitz. Praga, capital de Bohemia, está situada sobre un afluente del Elba, uno de los grandes ríos alemanes que corren hacia el Norte.

Otro estado, que ha existido con levísimo cambio en su territorio a través de la historia, es Hungría, que tampoco es nación alemana. Los húngaros conservan hasta hoy día su lenguaje y costumbres propios. Sus antepasados, los magiares, fijaron su residencia en las inmediaciones del Danubio, donde éste tuerce su curso hacia el Sur, cerca de la moderna capital, Budapest. La antigua capital es Presburgo, a la cual María Teresa huyó en demanda de auxilio cuando se hallaba agobiada bajo la presión de sus enemigos.

VIENA, LA CAPITAL DE AUSTRIA; BAVIERA Y SAJONIA

Ambas, Bohemia y Hungría, pasaron a ser hace mucho tiempo partes de Austria, el estado del extremo Este del imperio, que cambiaba sus fronteras a medida que pasaban los años, adquiriendo terreno o perdiéndolo, no sólo en los límites « patrios » sino también, como hemos visto, al otro lado de la tierra y del mar, en los Países Bajos, en Italia y en España. Después del Congreso de Viena, el « emperador » de Austria, título que se había arrogado hacía algunos años, a imitación de Napoleón, tomó para sí la hermosa parte oriental de los Alpes y terrenos colindantes con el Mediterráneo, además de Bohemia y Hungría. La capital del gran imperio Austríaco es Viena, sobre el Danubio, que hemos visto en manos de los turcos en tiempo de Luis XIV, y

LA RENDICIÓN DE UN EMPERADOR

La guerra franco-alemana fué una serie de brillantes triunfos para Alemania, y una sucesión de yerros por parte de Francia. El emperador francés, Napoleón III, y su ejército se internaron en un valle de Sedán, donde, como dice un escritor francés, Víctor Hugo, « estaban sin plan ni disciplina, eran una mera multitud de hombres que aguardaba, según parecía, ser cogida por una mano inmensamente poderosa ». Los alemanes los derrotaron y les obligaron a rendirse. Este grabado representa el encuentro del vencido emperador francés en el momento de encontrarse con Bismarck, « el canciller de hierro de Alemania ».

tomada por Napoleón antes de la batalla de Austerlitz.

Baviera es vecina de Bohemia y Austria, y su historia está con ellas muy relacionada. Tanto se le ha quitado de un extremo, y añadido a otro, que queda poco del antiguo ducado originario que existía bajo este nombre. Su hermosa capital, Munich, está situada sobre un afluente del Danubio, donde un ejército francés destrozó a los austriacos en los primeros días de los éxitos de Napoleón.

En cuanto a Sajonia, al Norte de Baviera y Bohemia, ha sido tan completa la modificación de sus fronteras, que, exceptuando el nombre, el antiguo país de los sajones no tiene nada de común con la Sajonia de los tiempos posteriores.

Una parte del distrito donde los sajones impelieron a los anglos es ahora Hannóver, que está situado en la base o raíz de la península danesa que separa el mar del Norte del Báltico. Este distrito es particularmente interesante por razón de sus ciudades libres, tales como Hamburgo, Bremen y Lubec, que tanto hicieron a favor del comercio y de la libertad en tiempos pasados. Dresde es la capital de Sajonia, y está situada a orillas del Elba.

LOS PRINCIPIOS DEL GRAN REINO DE PRUSIA

Para descubrir los principios de Prusia, actualmente gran reino que se extiende desde la frontera rusa, a lo largo del Báltico y a través del país hasta el Rin, debemos buscar la antigua provincia de Brandenburgo, entre Bohemia y el Báltico, a la cual poco a poco, durante los últimos 200 años fueron incorporándose Prusia Oriental, Prusia Occidental y Silesia. En el Congreso de Viena, Prusia obtuvo la mitad de Sajonia, y extensos distritos en el Rin.

Es curioso que el nombre de este estado, el más completamente alemán, es el del antiguo país conquistado de los prusianos extranjeros, del mismo modo que a Inglaterra se la llama hoy día Gran Bretaña o Islas Británicas. Berlín la capital, está situada a orillas del Spree, en la red navegable del Elba; y unida esta red por los canales con la del Oder, Berlín se halla en comunicación fluvial con los mares del Norte y Báltico, y con el fondo de Bohemia. De su gran llanura arenosa las líneas férreas irradian en todos sentidos. Debió en un principio su desarrollo a los gobernantes que echaron los cimientos de la grandeza de Prusia.

Al Este de Bohemia y Brandenburgo se extendía a fines del siglo XV el extenso y floreciente reino de Polonia, una nación eslava, como otras de la frontera Este del imperio. Hoy el nombre de Polonia ha sido borrado del mapa. Sus fronteras se modificaban incesantemente, y a veces, cuando el país se hallaba muy debilitado o mal regido por ineptos gobernantes, sus vecinos más fuertes se precipitaban sobre él y se enriquecían a su costa. Federico *el Grande*, María Teresa de Austria y el emperador de Rusia se lo repartieron entre sí.

LOS EMPERADORES Y LOS REYES PROCURAN ESTABLECER EL ORDEN EN EUROPA

Hemos visto cómo Francisco II de Austria abdicó el cetro de Carlomagno y la corona del Imperio Romano que había durado mil años. Este imperio había conservado juntos de una manera vaga—cada día más vaga hacia el final—estos antiguos Estados de Alemania, y muchos más; y presentemente, después del Congreso de Viena, vemos una federación de Estados alemanes, compuesta de muchos pequeños estados y dos muy extensos y poderosos—el imperio de Austria y el reino de Prusia. Eran éstos muy celosos el uno del poderío del otro, y no tardó en verse que el arreglo no podía ser duradero, especialmente a causa de los importantes cambios que en todos los órdenes, pero principalmente en los sentimientos e ideas, se verificaban en toda Europa.

Los emperadores, reyes y príncipes se reunieron en Viena con el fin de restaurar las cosas como mejor fuera posible, en el estado en que estaban antes de que las guerras de Napoleón pertu-

LA FUNDACIÓN DE UN IMPERIO MODERNO

STEPHEN REID

La fundación del gran Imperio Alemán fué anunciada al mundo, primeramente en la espléndida Sala de los Espejos del palacio de Versalles; y resulta curioso que este acontecimiento se haya celebrado en el palacio de Luis XIV, donde tantos planes se habían formado para destruir a Alemania. Guillermo I, rey de Prusia, fué proclamado emperador de Alemania en 18 de Enero de 1871, mientras su ejército sitiaba a París; represéntase aquí la entusiasta escena que se desarrolló cuando los varios Estados alemanes pasaron a formar un poderoso imperio. El nuevo emperador está de pie sobre el estrado, y las dos figuras de **frente, en primer término, son el príncipe Bismarck y el conde de Moltke, fundadores del imperio.**

baran a toda Europa; pero el pueblo no podía ya ser forzado a pagar los tributos en cuya fijación no tuviera parte, o a cumplir leyes en cuya compilación no influyera, ni a pelear en guerras originadas por las querellas de sus príncipes.

EL GRANDE DESEO DEL PUEBLO POR LA UNIDAD DE ALEMANIA

Deseaba el pueblo Parlamentos en los que estuvieran realmente representadas todas las clases sociales; deseaba juzgados públicos y la intervención de jurados en los veredictos; libertad de imprenta, libertad de palabra, y, sobre todo, religiosa. Poco a poco, durante los años que siguieron a aquella asamblea reformadora en Viena, los partidarios de la libertad consiguieron lo que deseaban. Las revoluciones de Francia, durante este tiempo, especialmente la de 1848, tuvieron gran influencia en Alemania; muchos de los gobernantes, por temor de ser depuestos del poder, como Luis Felipe, concedieron lo que se les solicitaba.

Otro fuerte deseo, además del ansia por la libertad, operaba en los espíritus durante todos estos años, y era un creciente anhelo por la unidad, por la reunión de los Estados de habla alemana, para que pudieran presentar un solo frente poderoso ante el resto del mundo, especialmente en tiempos de guerra y de calamidades. Los esfuerzos mismos que Napoleón había hecho por aplastar la poca unión que la antigua Alemania poseía, habían contribuído a darle nueva vida, porque ¿qué cosa une más a una familia que una aflicción común, o el trabajar juntos con una misma mira?

LA BENDICIÓN DE LA PAZ, Y LA UNIÓN DE LOS PUEBLOS ALEMANES

Pero no sólo en la batalla de las Naciones hubo la simpatía de un esfuerzo aunado, sino que, la dificultad misma de la lucha por la libertad en cada distinto estado, acercó y unió a hombres hasta entonces distanciados. Luego un grande cambio de aduanas o aranceles, hasta entonces fijados sobre todas las mercancías que pasasen las fronteras de cada estado, contribuyó inmensamente al aumento del trato y de la amistad, al propio tiempo que fomentó el comercio, porque se suprimieron las fronteras artificiales de cada Estado y con ellas los gastos anejos a las mismas. La mayor parte de los Estados se asociaron a Prusia en ésta unión aduanera, menos Austria.

A esto se aunó la prosperidad proporcionada por la paz, pues la gente no temía ya, como hasta entonces, edificar fábricas por miedo de que fueran incendiadas o destruídas por un ejército enemigo, y el comercio crecío a medida que los inventos y máquinas de todas clases tomaron incremento y se fué aplicando el vapor como fuerza motriz. Cuando los relucientes rieles de acero, tendidos en los varios Estados, acercaron las poblaciones más distantes y apartadas haciendo el viaje fácil y rápido, las gentes no sólo pudieron hacer mayores negocios, sino que se conocieron mejor, desnudándose de su ignorancia y estrechez de ideas.

BISMARCK, EL NIÑO QUE NACIÓ EN EL AÑO DE LA BATALLA DE WATERLOO

En todo este notable progreso que tenía lugar a mediados del siglo XIX, era Prusia—el más joven de los reinos—la que se engrandecía con más rapidez y la que asumía cada día con más energía la dirección de los Estados alemanes.

Tanto los hombres como los tiempos maduraban para el cambio que se aproximaba. En el año mismo de la batalla de Waterloo nació un niño que creció en inteligencia, en resolución y previsión, durante los años de la transformación y desarrollo de Alemania. Ya joven, entró a formar parte del Parlamento, y más tarde, embajador en París y Petersburgo aprendió a conocer mejor los otros países. En cierta ocasión tuvo su soberano, Guillermo I, necesidad de él y le hizo su primer ministro. Este hombre era Bismarck, el cual vió claramente desde un principio cómo podía Prusia ascender a la sumidad de la grandeza, y se puso a trabajar inflexiblemente para el logro de este fin.

Después de haber reformado y reforzado el ejército, Guillermo I y Bismarck estaban preparados para dar el primer paso, y Prusia fué a la guerra contra Dinamarca por las dos propincias de Holstein y Schlewig, entre el mar del Norte y el Báltico, a las cuales se creían ambas con derecho. Austria se unió a Prusia en esta guerra y fácilmente los dos gigantes Estados vencieron al pequeño. Luego, cuando Bismarck hubo arreglado la discusión que surgió entre los vencedores sobre lo que debía hacerse de las provincias conquistadas, tomando las dos para Prusia, estaba preparado para el segundo paso.

LA GRANDE MARCHA POR LA AVENIDA DE LOS TILOS EN BERLÍN

De aquí nació la guerra con Austria; las antiguas y latentes envidias de las dos potencias rivales debían ahora decidirse por la fuerza de la armas. El gran general Moltke se puso al frente del ejército, y en siete semanas la guerra teminaba con la victoria de Sadowa, en Bohemia, y la aparición de los prusianos delante de Viena.

Hay en la ciudad de Berlín una ancha calle de más de kilómetro y medio de larga, con una avenida de tilos y castaños. Se llama « Unter den Linden » que significa « Debajo de los tilos ». En un extremo de la avenida se levanta una puerta magnífica que mira hacia la antigua provincia de Brandenburgo, y en el otro está el hermoso palacio de Guillermo I.

Al regresar pasaron bajo esta puerta de Brandenburgo las tropas victoriosas, a las cuales salió a dar la bievenida el rey, quien marchó delante de ellas a lo largo de la mencionada avenida, con Bismarck y Moltke, entre jóvenes que esparcían flores a su paso, entre banderas ondeantes y música, mientras la entusiasta muchedumbre que presenciaba el desfile aplaudía y gritaba « ¡Vivan! ¡Vivan los que en siete semanas han conseguido el resultado de los Siete años de Federico! » Así, casi de un golpe se había asegurado la supremacía de la nación prusiana.

La paz que siguió a esta guerra trajo consigo grandes cambios, pues fueron anexionados a Prusia nuevos territorios y Austria perdió algunos de los suyos; quedó disuelta la antigua federación alemana, y formada otra por Prusia y los Estados al Norte del río Mein, que por Maguncia vierte sus aguas en el Rin. El Parlamento federal o el Reichstag se compuso de miembros de todos los Estados federados, y en este Parlamento se habían de tratar todos los asuntos referentes a la federación en general, conservando, empero, cada estado el gobierno de sus intereses particulares.

EL TERCER PASO EN LA FORMACIÓN DEL IMPERIO ALEMÁN

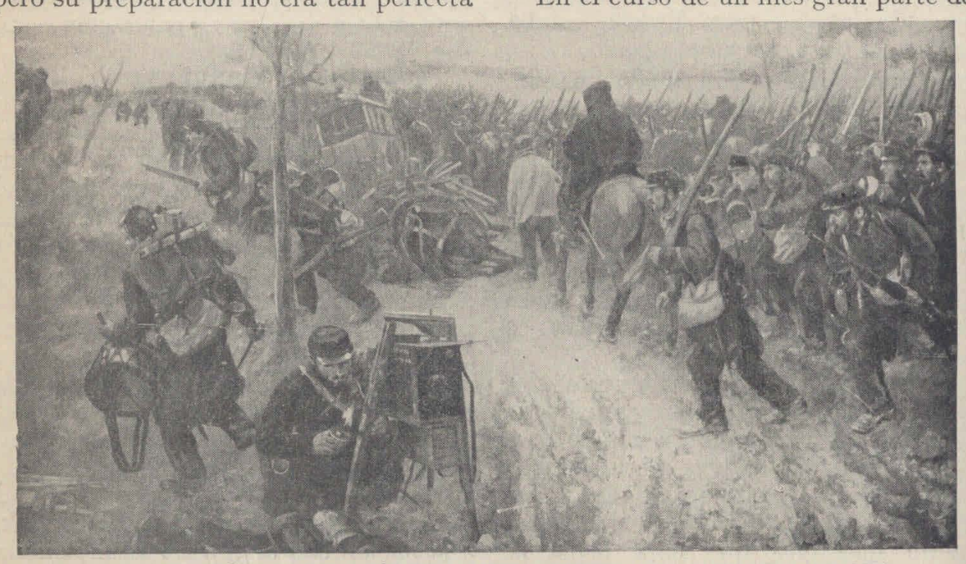
Pero Austria, durante tanto tiempo guía y cabeza del antiguo Imperio Romano, fué excluída, y más tarde, cuando la separación de las dos potencias rivales fué completa, quedándose el rey de Prusia a un lado de las montañas de Bohemia, y el emperador de Austria al otro, Bismarck estaba ya preparado y aguardando el momento de dar el tercer paso en su plan de engrandecer a Prusia.

Este fué la oportunidad de la guerra con Francia, la cual se presentó aun más pronto de lo que el había presumido. Hemos visto ya cómo Napoleón III se inquietaba por el creciente poderío de Alemania, y cómo deseaba asegurar el trono que había usurpado, deslumbrando a la nación con la gloria militar; quería especialmente complacer a su pueblo conquistando el territorio a lo largo de la derecha del Rin. Por esto se valió del primer pretexto para declarar la guerra, y fué éste el nombramiento de un príncipe prusiano para rey de España. Luego se siguió una de las más sorprendentemente rápidas y dramáticas guerras que se hubieron visto en Europa, y, ya antes de que estallase, la excitación en Alemania era muy intensa.

DE CÓMO EL EJÉRCITO FRANCÉS FUÉ CONDUCIDO AL DESASTRE DE SEDÁN

Los estudiantes de las ciudades universitarias cantaban hasta enronquecer durante toda la noche canciones patrióticas y daban fuertes « hurras » y « vivas ». Los trenes iban atestados día y noche de soldados que marchaban a las líneas de

fuego; y había una afluencia continua de municiones, víveres y ambulancias prontas a ser mandadas a las tropas. El entusiasmo llegó al colmo cuando los Estados del Sur de Alemania, que no se habían juntado hasta entonces a la nueva Confederación, quisieron correr la suerte de los Estados del Norte, conducidos por el rey de Prusia. Sólo Austria quedó fuera. Francia, por su parte, estaba también llena de valor y sus soldados se dirigían hacia el Rin gritando entusiasmados «¡A Berlín!», pero su preparación no era tan perfecta como la de Alemania. En el espacio de quince días toda la frontera quedó ocupada por tropas alemanas dispuestas para la acción, y luego—¡dolor da el contarlo!—en los hermosos y pacíficos bosques y desfiladeros de las montañas de los Vosgos, y en las llanuras cercanas al Rin, las horrorosas escenas de la guerra sumieron en la desolación a millares de personas inocentes.



EL EJÉRCITO FRANCÉS EN MARCHA CONTRA LOS ALEMANES, EN 1870

La fatal guerra de que antes hemos hablado se declaró insensatamente en 15 de Julio, Nada había preparado; desde los primeros días el desorden fué completo; Francia no tenía aliados, ni tampoco mereció la simpatías del extranjero. No hubo dirección superior, aunque el emperador Napoleón se puso con su hijo a la cabeza del ejército. Este ejército valiente, mas poco numeroso, diseminado, sin precaución alguna, sin la menor idea de guerra defensiva, mal dirigido además, no podía vencer a enemigos mucho más numerosos y mucho mejor mandados. Después de la insignificante acción de Sarrebruck, Napoleón se vió obligado a replegarse hacia Alsacia y Lorena, donde se sucedieron rápidamente acciones y derrotas, todas ellas funestas para la noble nación de Francia.

En el curso de un mes gran parte del ejército francés fué copado en Sedán y entonces Napoleón escribió al rey de Prusia: «No habiendo muerto al frente de mis tropas, entrego mi espada a su Majestad». Todo el ejército francés se rindió: millares de hombres, con oficiales, generales, mariscales, cañones y caballos; un ejército de 135,000 dejaba de existir como tal.

Grande fué el júbilo y el entusiasmo en la avenida Unter den Linden, y delante del palacio del rey cuando el telegrama llegó a la reina Augusta, la cual tuvo que salir al balcón una y otra vez para responder a los vítores del pueblo.

LLEGA LA TRISTE NOTICIA A PARÍS Y ES DESTITUÍDO EL EMPERADOR

Cuando la triste noticia llegó a París,

Napoleón prisionero, fué destituído, y proclamada la República, y el nuevo gobierno insistió en continuar la guerra. Quince días después de la batalla de Sedán los alemanes sitiaban a París.

Un segundo ejército francés, aun mayor que el derrotado en Sedán, era ahora vencido en Metz; pero a pesar de este segundo desastre los franceses intentaron con gallardía arrojar a los alemanes de París. Bismarck estaba ahora en disposición de dar su cuarto y último paso.

Durante este tiempo los Estados de Alemania, reunidos para pelear contra un enemigo común—su más peligroso enemigo del pasado—deliberaron juntos y decidieron que, puesto que las armas de Prusia habían salido triunfantes, sin duda alguna había llegado el momento de poner un sello a la unidad de sentimiento que se hacía cada vez más fuerte, pidiendo a Guillermo I, el rey del Estado victorioso y director, pasara a ser emperador alemán, cabeza de la confederación de reyes y príncipes.

Es digno de atención que la brillante escena en que Guillermo I, rodeado de príncipes y generales fué proclamado con loco entusiasmo emperador alemán, se verificase, por azar de la guerra, en la vasta sala del soberbio palacio de Versalles, edificado por el mayor enemigo de Alemania, Luis XIV, sala en la que tantos planes se habían discutido encaminados a la destrucción de este país.

Esto sucedía el 18 de Enero de 1871. En el mes de Mayo se concertó la paz con Francia, y el emperador Guillermo I y su gran ministro Bismarck, pudieron atender enteramente a sus planes de unir los Estados de Alemania, bajo la dirección de Prusia, tarea que en los veinte años siguientes no fué en modo alguno fácil labor.

Los habitantes de la varias provincias tuvieron que vencer antiguas rivalidades y antipatías, y hoy día aún se diferencian mucho en opiniones, en costumbres y en religión. El Norte de Alemania es principalmente protestante y el Sur mayormente católico, mientras que en las provincias del Rin ambas religiones cuentan un gran número de fieles.

Bismarck, el hombre de hierro, se mantuvo firme en su único própósito, y tuvo muchas luchas con varios partidos, tanto dentro como fuera del Reichstag, y especialmente con el Reichstag mismo cuando necesitaba dinero para sufragar los gastos del ejército.—Espero que lo darán—dijo en cierta ocasión—o tendremos que tomarlo como podamos.—La enorme suma de dinero que Francia tuvo que pagar, después de la guerra, a Alemania sirvióle de mucho para gastos de mejoras de todas clases. Se hicieron grandes esfuerzos a fin de hallar nuevos mercados para colocar todos los artículos producidos en el país, y para aprovechar las primeras materias que fácilmente podían obtenerse de otros puntos. Tomáronse disposiciones para diseminar a los trabajadores de algunos de los Estados más pobres y apartados, llevándolos a donde abundaba el trabajo. Se introdujo una sola clase de moneda y un mismo sistema de pesas y medidas en todo el imperio. Las leyes de los diferentes Estados se refundieron y se inauguró un espléndido servicio postal y telegráfico.

Otro adelanto muy importante fué que los ferrocarriles, que empezaban a cubrir los varios Estados con sus redes de líneas, fueron puestos a poco bajo la dirección de una administración central.

Durante la agonía del anciano rey y emperador Guillermo I, millares de personas afligidas permanecieron ansiosas en la avenida Unter den Linden y en la plaza del palacio. A este gran rey le había sido dado, con Bismarck, el llevar a cabo la más admirable labor patriótica, y Alemania le adoraba y quería como a su padre.

Su hijo Federico III reinó únicamente durante algunos meses; pero en este corto tiempo se hizo memorable para todos los pueblos y para todas las edades por el ejemplo de noble entereza con que arrostró los padecimientos y la muerte.

Con el reinado de su hijo Guillermo II, entramos en la historia de la Alemania actual.

JUAN MILTON DICTANDO EL «PARAÍSO PERDIDO»

Este cuadro, en el que el pintor representa al gran poeta dictando el « Paraíso Perdido » a sus dos hijas, es una concepción sublime de la gran inspiración de Milton al remontarse al Paraíso.





JUAN MILTON EN SU NIÑEZ, EN SU JUVENTUD Y EN SU EDAD MADURA

JUAN MILTON Y SUS POEMAS

JUAN MILTON, a quien los buenos críticos colocan entre los poetas ingleses inmediatamente después de Shakespeare, se ejercitó desde la niñez en la poesía. Contaba muy pocos años, y ya se decidió a escribir algo que el mundo « no pudiera consentir que pereciera jamás ».

No es de admirar que el genio de Milton, cuidadosamente cultivado desde su juventud, llegase a ser clásico en su forma y expresión, y en absoluto diferente del de Shakespeare. Obligado éste por las circunstancias a ganarse la vida, adoptó el estilo predominante en su época y emitió sus ideas con negligente profusión; y diversamente Milton, hijo de familia algo acomodada y con vehementes deseos de ser poeta, pensó, escribió y leyó; pero leyó, escribió y pensó lo que podía ayudarle a producir intachables poemas. Cuando llegó a tener la edad en que murió Shakespeare, apenas había compuesto más versos que los contenidos en cualquiera de los dramas de aquel gran trágico: sus más grandes obras vinieron después. Cerca de ocho años antes de que muriese Shakespeare, nació Milton el 9 de Diciembre de 1608 en Londres, en la misma calle en que estaba situada la Taberna Mermaid, donde Shakespeare se reunía con los amigos que colaboraron con él en algunos dramas. Muy posible sería que antes de los ocho años el aplicado muchacho, con cara de niña, Juan Milton, hubiese visto pasar a Shakespeare calle abajo en dirección a Mermaid, en algunas de las visitas que a Londres hacía aquél, pues su residencia habitual estaba en el campo.

El padre de Milton, escribano de posición desahogada, era hombre de refinada cultura, amante de los libros, aficionado a la música, y, aunque puritano en religión, nada negligente en punto a bellas artes. Estaba orgulloso de la belleza de su hijo, hasta el punto de haber encomendado su retrato, cuando tenía diez años, a un muy famoso artista. A los doce años, el niño Milton fué a la escuela de San Pablo, y a los diez y siete entró en la Universidad de Cambridge. De niño fué muy aficionado a leer y a escribir versos. Su famoso himno, paráfrasis del salmo 136, fué escrito cuando el poeta tenía quince años; y antes de los veinte había compuesto muchas poesías latinas, de modo que en la Universidad era estimado por tan buen estudiante como poeta.

Alguien, que conocía perfectamente al joven y simpático puritano, decía de él que « era un alma harmónica e ingenua en un cuerpo hermoso y bien proporcionado; y en efecto, Milton determinó guardar la pureza de su alma, ser bueno y escribir grandes poemas para las futuras generaciones.

Los poemas nobles, solía decir, ha-

brían de ser *vividos* por el hombre que los escribe. El verdadero principio de la poesía de Miltón es una de las más simpáticas historias del mundo. Acababa de cumplir Juan Milton los veintiún años, cuando la víspera de Navidad de 1629, la estrellada noche despertó en su mente altos pensamientos y las virtudes poéticas, que de Dios había recibido, mezclados con los sentimientos religiosos hacia el Salvador, que aquella misma noche, muchos años atrás, «nos trajo de lo alto nuestra redención»; pensamientos que cristalizaron en la magnífica *Oda al Nacimiento de Cristo*.

Esta consagración de su musa fué renovada dos años después con motivo de su vigésimo tercero aniversario, cuando, en un soneto, resolvió usar este don de Dios «*para siempre en presencia de Dios mismo*».

Nueve años más tarde, el poeta no había empezado aún la obra de su vida; en realidad, solamente había terminado su aprendizaje. Veamos qué había ocurrido durante este tiempo. A los veintitrés años salió de la Universidad con el grado de Bachiller en Artes, conocido y honrado. Había vivido tranquilamente una vida retirada, con su padre, la mayor parte del tiempo en Horton, cerca de Windsor, después de desechar la idea de hacerse clérigo, idea que en un principio había alimentado; tenía escritos dos sainetes para ser representados en escenarios familiares, y tres poemas dignos de este nombre, bastante bellos; además había viajado durante quince meses por el Continente, donde fué recibido por hombres célebres, entre ellos Galileo. Durante todo este tiempo estuvo planeando y preparando mediante una vasta lectura, un gran poema que proyectaba escribir. Los asuntos que más le impresionaron fueron: uno, de los principios de la Historia inglesa del rey Arturo y sus Caballeros de la Tabla Redonda, y el otro era el de los ángeles caídos del cielo y la pérdida que del Paraíso experimentó el hombre.

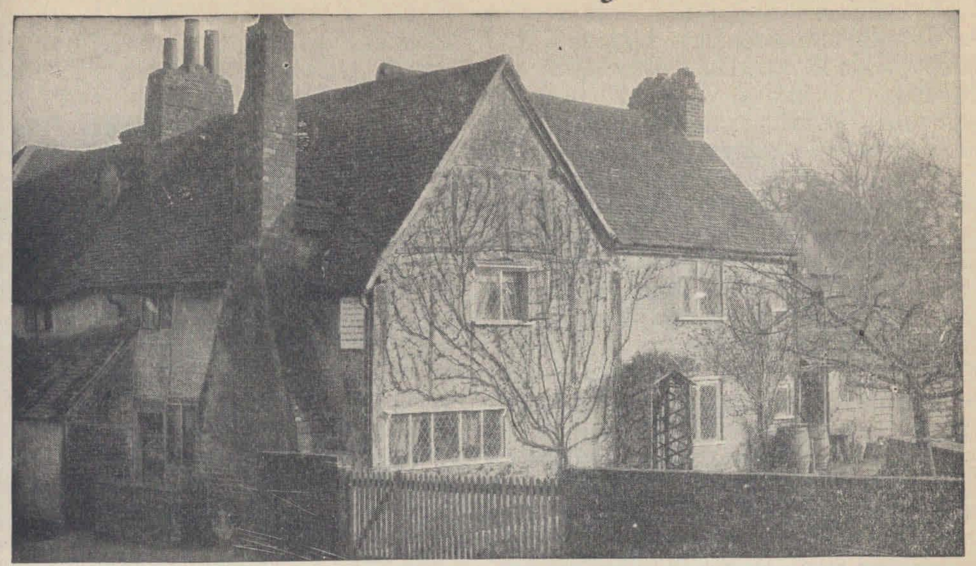
De los poemas escritos, como ejercicios preliminares, durante estos años de aprendizaje, el sainete titulado *Arcades*, puesto en música por Lawes uno de los músicos del rey, fué una obra ligera, justamente apropiada a las representaciones que entonces era moda dar al aire libre. *Comus*, otro sainete representado en el castillo Ludlow con canciones intercaladas, cuya música escribió también Lawes, es un hermoso poema en el que se demuestra cómo la virtud puede pasar intacta por entre la tentación, verdad que el propio Milton ilustró con su vida. He aquí su testimonio: «Pongo a Dios por testigo que he vivido intacto de todo libertinaje y vicio, pues he tenido perpetuamente ante mí el pensamiento de que no me sería posible ocultarme de la vista de Dios».

Uno de los primeros poemas de Milton, *L'allegro*, describe cómo puede pasar un día un hombre propenso a moderada alegría; y otro, *Il Penseroso*, manifiesta de qué manera es dable pasar una mañana, cuando se halla uno pensativo y meditabundo. En cada uno de ellos Milton es el hombre, y su mente se manifiesta repleta de ideas poéticas, parte de ellas tomadas de la lectura que el poeta había hecho de la poesía antigua y moderna, parte sacadas de su observación de la naturaleza.

Una de las características de las dotes poéticas de Milton es el empleo del sonido y corte de las palabras, acomodándolas al colorido más brillante o más oscuro de los pensamientos que desea expresar. Así *L'allegro*, en la forma ligera del verso, expresa su propia alegría; *Il Penseroso*, tiene un metro más majestuoso; y el tercero de los primitivos poemas de Milton, Lycidas, elegía a la muerte de un compañero de colegio, ahogado al pasar a Irlanda, tiene una melancólica dulzura que deja en el lector impresión imborrable.

Era costumbre de Cambridge escribir un poema sobre la tumba de los compañeros que fallecían durante los estudios, y Eduardo King, el amigo a quien Milton dió el poético nombre de Lycidas, era también algo poeta. Muchas elegías escribió Milton, pero antes de ello ninguna con el sentimiento que se manifiesta en esta bellísima de que hablamos.

LA CASA DE CAMPO DE JUAN MILTON



La casa de Milton en San Gil de Chalfont en donde el poeta se refugió durante la gran peste.

Primer amor de Milton—Cuadro de G. H. Boughton.

Cuando a fines de 1639, regresó Milton de su viaje al Continente, estableció una escuela en Londres, y tomó parte en las disputas políticas de la época, por medio de folletos, en los que defendió al Parlamento y puso de manifiesto sus ideas sobre la libertad. Después de la ejecución de Carlos I, fué nombrado Secretario de lenguas extranjeras; cargo que ocupó hasta la restauración, en 1660, a pesar de que ocho años antes se había quedado completamente ciego. Tenía cerca de cincuenta años cuando empezó el poema que le ha dado imperecedera fama.

Durante los veinte años que pasó en públicas controversias, su nombre se dió a conocer por toda Europa; mas para la literatura inglesa sólo produjo dos obras en prosa que le sobrevivieron, y como una docena de sonetos. Las obras en prosa fueron la elocuente *Areopagítica* (apología de la libertad de imprenta) y una carta sobre la educación, que se conservará siempre como recuerdo de lo que los maestros de la época de Milton creían que podía aprender un estudiante. Milton juzgaba a los demás hombres por sí mismo.

La primera esposa de Milton, con quien se había casado en 1643, murió nueve años más tarde, el mismo año en que quedó ciego el poeta, dejándole tres hijas. Cuatro años después contrajo de nuevo matrimonio, esta vez afortunado; pero su nueva esposa murió al año, dando ocasión a uno de los más conmovedores sonetos del poeta. Cuando tocaba a su fin el Protectorado, Milton volvió a su tarea de escribir el poema que hacía tanto tiempo había resuelto componer, y probablemente estaba ya muy adelantado, cuando la restauración de la monarquía con Carlos II obligó al poeta a esconderse por miedo a sus enemigos políticos. Estos, con todo, le permitieron vivir en paz, y quizás en 1653, o seguramente en 1655, estaba ya terminado el *Paraíso Perdido*. En 1662 casó Milton en terceras nupcias y con buena fortuna; desde entonces vivió en paz el resto de su vida. Hasta 1667 no se publicó el *Paraíso Perdido*, por el cual Milton o su esposa recibieron del editor 18 libras (unos 90 pesos oro).

La composición del *Paraíso Perdido* fué para Milton un ejercicio religioso. En esta obra se propuso « justificar los caminos de Dios para con el hombre », y empezó implorando humildemente al Divino Espíritu que le instruyese al hablar de la caída de los ángeles y del hombre. En todo el poema domina un espíritu de profunda reverencia, que tan bien se adapta a la dignidad del verso libre; y su tono es siempre elevado, majestuoso y puro.

Ningún poeta ha aventajado a Milton en la fuerza de imaginación con que crea escenas y seres más allá del alcance de la experiencia humana, y les da vida y describe con sublimes palabras.

El drama de los ángeles caídos que fueron arrojados del cielo por su soberbia, basado en algunas insinuaciones de la Escritura, era admitido comúnmente en tiempo de Milton bajo una forma ruda; pero el poeta, con su gran fantasía, supo construirlo en su totalidad de tal modo que vivirá para siempre, a los ojos de todo el mundo, tan real como el espectáculo más tangible que se haya presenciado jamás en la tierra.

Empieza la historia cuando los ángeles rebeldes, arrojados « con espantoso estruendo y confusión al insondable abismo », adquieren de nuevo la firmeza de su privilegiado entendimiento en medio del océano de fuego. Satanás, el cabecilla de los rebeldes, es el primero en volver en sí, y se encamina a la costa del « inflamado mar ». Aquí evoca a sus huestes a su alrededor en orden de batalla, y Azazel « gigante querube » despliega su poderoso estandarte.

El gran caudillo del averno dirige luego la palabra a sus compañeros de pecado y los excita a una nueva guerra, pero guerra por dolo, contra el hombre, a fin de poder ofender a Dios en su obra. Los desterrados enemigos proceden a construirse para ellos un grandioso palacio, el Pandemonio, y en él se instalan y maquinan sus ataques a la humanidad.

Resultado de ello es el propósito que hace de procurar perjudicar al hombre, de cuya creación en el jardín del Edén, han oído rumores.

Satanás se presta voluntariamente a intentarlo, y ayudado del Pecado y de la Muerte, llega por fin, atravesando un profundo caos, al punto en donde, colgado de una cadena de oro, pende de los cielos el globo terráqueo.

Aquí el poeta, como preludio a la descripción que va a hacer del cielo, prorrumpe en una invocación a la Luz y lamenta con tristes acentos su propia ceguera.

En el cielo Dios ve a Satanás que se acerca a la tierra y predice a su único Hijo que el hombre será tentado y caerá; pero a su vez, el Hijo declara que se hará hombre y llevará la salvación al linaje humano.

En su vuelo hacia la tierra, Satanás, bajo el disfraz de joven querube, encuentra al arcángel Uriel, y, aunque éste es «el espíritu más agudo y perspicaz de los cielos», Satanás le engaña induciéndole a que le indique el camino que lleva a Adán en el Paraíso, porque los ángeles son tan puros que no pueden descubrir la hipocresía.

Siguen magníficas descripciones del Paraíso. Tan delicioso es el lugar y tan noble el aspecto de la primera pareja humana, Adán y Eva «hechos de arcilla y a semejanza de Dios» cuando pasan cogidos de la mano, que el mismo Satanás casi se apiada y se arrepiente de la mala obra que ha ido a perpetrar. Mientras tanto Uriel, que sospechó de Satanás, de miradas «ajenas al cielo», cuando iba éste volando hacia la tierra baja, avisa a Gabriel, príncipe de los ángeles que custodian el Paraíso, que vigile atentamente.

Vino luego la caída de la tarde. Adán y Eva se retiran a descansar, y los ángeles custodios, Ituriel y Zefón, al reconocer el Paraíso, hallan a Satanás agazapado como un sapo junto a la oreja de Eva, para inficionar sus sueños.

Ituriel toca entonces con su lanza a Satanás haciendo que el ángel rebelde recobre su propia forma «de regio porte, pero de esplendor pálido y marchito», y, después de una disputa con los que le han apresado, Satanás huye y se oculta durante siete noches dando vueltas y más vueltas en las sombras de la tierra.

Por la mañana, Adán y Eva, inclinándose respetuosamente y en espíritu de adoración, ofrecen a su Hacedor un himno de alabanza. El Omnipotente envía entonces al Edén al Arcángel Rafael, quien avisa a Adán el peligro que corre y le explica la historia de la desobediencia y caída de Satanás. Le explica asimismo cómo empezó la tierra y por qué; es decir a fin de que otra raza, el hombre, pudiera ocupar en el cielo los lugares de los ángeles caídos, y no pudiera Satanás sentir orgullo por haber «despoblado el cielo».

Vuelve luego el espíritu del mal y toma la forma de una serpiente, que era entonces un hermoso animal. Eva sugiere aquella mañana a Adán la idea de trabajar separados en el Edén hasta el mediodía; no acaba el hombre de ver la oportunidad de esta determinación; pero, al fin, accede, después de encargar a su compañera que sea muy vigilante.

Luego, rondando por el Paraíso, descubre Satanás que Eva está sola, y, con lisonjas, le persuade a que desobedezca al mandato de Dios comiendo de la fruta del Árbol de la Ciencia.

Temiendo que el efecto de esta acción pueda ser la separación de Adán, Eva se propone hacer que también coma su marido, a fin de poder vivir o morir juntos.

Los culpables no tardan en sentir remordimientos, y en recriminarse mutuamente Satanás, de regreso al Pandemonio, es recibido con un formidable aplauso, que se trueca en un silbido cuando él y sus huestes son trocados en serpientes obligadas a arrastrarse por el suelo.

Después de algún tiempo Adán y Eva sintieron «verdadera tristeza y profunda humillación» por su culpa; y entonces Dios les envió al Arcángel San Miguel para decirles que su arrepentimiento era aceptado por el Omnipo-

tente, y que al fin el género humano sería redimido; pero mientras tanto deberían salir del Paraíso.

El « Paraíso Reconquistado », escrito antes de ser publicado el « Paraíso Perdido », fué impreso cuatro años más tarde, en 1671. Refiere la tentación de Cristo por Satanás en el desierto; pero este segundo Satanás es de concepción mucho menos poderosa que aquél del « Paraíso Perdido », y confrontados los dos poemas, el más reciente resulta flojo.

En el « Paraíso Reconquistado » se incluyó el drama « Samsom Agonistes o Sansón el Atleta », la última de las obras de Milton; está modelado según el estilo griego, y refiere una historia profundamente apasionada. La descripción de Sansón trasquilado y ciego en medio de sus enemigos, con las religiosas esperanzas de su nación extinguidas, es la descripción del mismo Milton en sus últimos días.



OLIVERIO CROMWELL VISITANDO A JUAN MILTON—HERMOSO CUADRO DE MISTER DAVID NEAL

Tres años después de la publicación de *Sansón* murió Milton no viejo; pues sólo contaba sesenta y seis años, pero sí apagadas las energías de su vida y realizada la noble ambición de su juventud. Está enterrado en la iglesia de San Gil, en Cripplegate, Londres.

LA MUERTE DEL LOBO

Impresionan hondamente en esta poesía de Alfredo de Vigny, poeta, novelista y autor dramático francés (1797–1863), la escena tan vigorosamente descrita de la muerte del lobo, y la reflexión final.

I

LA luna estaba roja. Nubes grises
Corrían por el cielo y la nublaban
A veces, como lóbrega humareda
De un incendio. La selva solitaria
Negra hasta el horizonte se extendía.
Silenciosos seguíamos la marcha
Sobre el húmedo césped, o por sendas
Que entre los altos matorrales pasan.
De pronto, bajo lúgubres abetos
Vimos impresas las robustas garras
De los lobos errantes, que al ojeo
Lograron escapar. En la garganta
Reteniendo el aliento, y el pie inmóvil,
Escuchamos atentos. Pero nada
Se oía en la llanura ni en el bosque;
La veleta no más, que triste y agria
Allá arriba gemía. Porque el viento
Iba muy alto, y con sus fuertes alas
Sólo batía las enhiestas torres;
Y los robles, abajo, en las cañadas,
Prendidos a las rocas, parecía
Que, en el codo apoyados, dormitaban.

Nada se oía, pues, cuando el más viejo
De nuestros duchos cazadores, baja
La cabeza, tendiéndose en el suelo.
Examina las huellas, y declara
Que son de un par de corpulentos lobos
Y dos lobeznos. Cada cual prepara
El cuchillo y oculta la escopeta
Sobrado reluciente. Entre las ramas
Abriéndonos camino vamos lentos.
Tres de nuestros bizarros camaradas
Que iban juntos, de pronto se detienen.
Me acerco para ver cuál es la causa
De aquella interrupción, y en la penumbra
Veo dos ojos arrojando llamas,
Y a la luz de la luna, en la maleza,
Dos sombras, que ligeras y gallardas
Brincan, como domésticos lebreles
Gozosos porque el amo vuelve a casa.
Es el contorno parecido, iguales
Los retozones saltos; pero callan
En sus juegos los hijos de los lobos,
Por temor a la próxima asechanza
Del hombre, su enemigo. Estaba el macho
En pie; cerca la loba descansaba
Junto al tronco de un árbol, como aquella
De mármol, que adoró Roma en sus aras,
Amamantando en su velludo seno
A Rómulo y a Remo. Fiero avanza
El lobo; luego súbito se sienta
Sin doblegar las delanteras patas,
Y las terribles uñas hinca en tierra.
Se ve perdido, acorralado, no halla
Paso para la fuga; están cortados
Los caminos. Furioso se abalanza
Al can más atrevido, por el cuello
Lo agarra bien, y no abre las quijadas
Hasta que, estrangulado horriblemente,
Exánime el mastín cae a sus plantas.
Lo deja el lobo entonces, y nos mira.
Hasta el puño en su cuerpo penetraban
Los cuchillos, clavándolo en el suelo,
Tinto en su sangre. En círculo, apuntadas
Contra él nuestras certeras escopetas
Ve; se echa al suelo, y la feroz mirada
Nos dirige de nuevo, relamiendo
La roja sangre que su hocico mancha.
No se digna saber del duro trance
El cómo ni el por qué; con fría pausa
Cierra los ojos, y sin un rugido,
Su último aliento, indiferente, exhala.

II

Apoyando la frente en el obscuro
Cañón de mi escopeta descargada,
Medité. Resolverme no podía
A proseguir, con los demás, la caza
De la loba y sus hijos, que esperaron
Al lobo, y si no fuera por la guarda
De sus cachorros, la irritada viuda
Solo en la ruda lid no lo dejara.
Pero ellos eran su deber primero:
Salvarlos, darles la experiencia amarga
De la vida, del hambre y de la lucha,
Hacer que al hombre nunca rindan parias,
Como aquellos serviles animales
Que por el precio ruin de la pitanza
A los dueños legítimos persiguen
Del bosque adusto y de las rocas ásperas.

III

¡Cuán débil es, aunque orgullosa ostente
Su noble condición, la estirpe humana!
Mejor que el hombre, abandonar la vida
Y sus males sabéis, fieras selváticas!
A pensar lo que somos en el mundo
Y lo que en él dejamos, sólo cuadra
El silencio a la muerte: vil flaqueza
Es todo lo demás. Con visión clara,
Salteador siniestro de las selvas,
Te he comprendido. Tu última mirada

Me llegó al corazón. Ella me dijo:
—« Haz tu alma estoica y fuerte (si a eso alcanzan
Estudio y reflexión) como la mía,
Naturalmente embravecida, gracias
A mis natales riscos; animoso
Cumple bien la misión penosa y ardua
Que te ha tocado en suerte, y luego... luego
Sufre y muere, cual yo, sin decir nada ».

EL FUEGO FATUO

La desaparición del fuego fatuo, al brillar la luz del sol sobre el horizonte, es para el poeta cubano Ramón de Palma (1812–1860) la imagen de las ilusiones que se desvanecen cuando las hiere el resplandor de la verdad, dejando en el alma la dolorosa impresión del desencanto.

¿QUÉ es aquella—luz errante,
Que en la noche—vaporosa,
Se aparece—con dudosa
Y azulada—claridad?
Si la sigo—va delante,
Si la huyo—me persigue,
Y mi empeño—no consigue
A su lado—al fin llegar.

¿Será aviso—provechoso
Del capricho—de la suerte,
Que en huirle—se divierte
Al que implora —su favor?
¿Será ejemplo—misterioso
De la llama—de amor viva,
Que a los ruegos—siempre esquiva
Del desdén—se arrastra en pos?

¿Será imagen—de la vida
Que se escapa—de luz llena?
¿Será un alma—que encadena
A este mundo—algún pesar?
Esta llama—aparecida
En sí encierra—algún arcano;
Por la noche—no es en vano
Que ilumine—este lugar.

Este polvo—que ahora huella
Sin temor—la planta humana,
Que se envuelve—y engalana
Con un manto—de verdor;
Este polvo—cubre y sella
Los depojos—terrenales
De mil almas—inmortales
Que algún cuerpo—aprisionó.

En silencio—un mundo encierra
De misterios—ya pasados,
Y de afectos—que olvidados
En la tumba—duermen ya.

Mas ¿quién sabe—si en la tierra
Con que el alma—amó la vida
A ella queda—siempre unida
Por un vínculo—inmortal?

La materia—no comprende
De otro mundo—los prodigios
Y cree sueños—y prestigios
Lo que el alma—libre ve.
Y por eso—me sorprende
Que en la noche—vaporosa
Esa llama—misteriosa
A la sombra—forma dé.

Llama suave—y azulada
Cual la estrella—en Occidente,
Cual la mar—fosforescente,
Cual la etérea—exhalación;
Ya mi mente—fascinada
En un mundo—se imagina,
Que tu fósforo—ilumina
Sin colores—ni calor.

Y en silencio—y en misterio
A mis ojos—aparece
Ese mundo—que esclarece
Tu fatídico—esplendor.
¿Serán muertos—que al imperio
Se revelan—de la tierra,
O vivientes—que destierra
De la vista—el claro Sol?

Son los monstruos—que cree abortos
La razón—de la demencia
Y que tienen—su existencia
En las sombras—del dolor;
Pues mis ojos—ven absortos
Que de formas—se revisten
Cuantas penas—¡ay! embisten
En la vida—al corazón.

Mas girando—en lontananza
Va la llama—solitaria
Que esa corte—estrafalaria
Se recuesta—a contemplar.
Semejante—a la esperanza
Que brillando—desde lejos,
Busca alivio—en sus reflejos
La miseria—del mortal.

Yo te sigo—luz querida,
Aunque incierta—te apareces,
Pues tú sola—desvaneces
Los fantasmas—del pesar,
Y a tu llama—siempre unida
De mi alma—la esperanza,
Si en la tierra—no te alcanza
En el cielo—te hallará.

Yo te sigo—fuego errante
Que mi espíritu—fascinas,
Y el misterio—me iluminas
De tu extraña—aparición.
A tu luz—que en este instante
Las tinieblas—embellece,
El encanto—resplandece
De una mágica—visión.

....

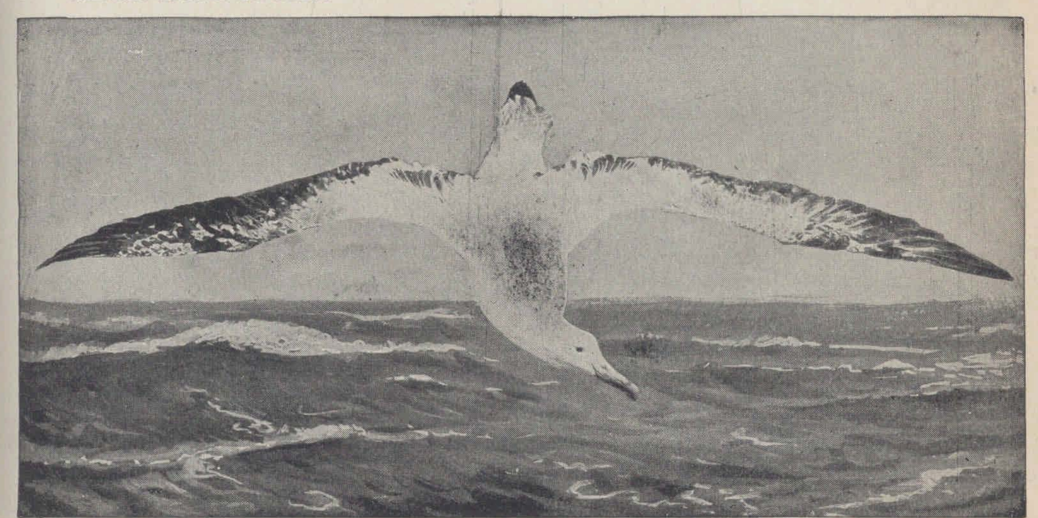
Mas ¿qué soplo—fresco y suave,
La arboleda—ha estremecido,
Y perturba—con su ruido
La quietud—de este lugar?

En las ramas—canta el ave,
Tras la cúspide—del monte
Se ilumina—el horizonte
Con creciente—claridad.

Es el sol—que el cielo inflama,
Y al brillar—su luz triunfante
Se disipa—en un instante
La fantástica—visión.
¿Qué te has hecho—presa llama,
Que halagaste—mi delirio?...
¡La verdad—es un martirio
Si así mata—la ilusión!

EL ALBATROS

Entre las aves marinas no hay ninguna que vuele con tan soberana majestad como el albatros; pero, hecho prisionero e impedido de valerse de sus alas, el soberbio pájaro resulta ridículo, y es objeto de mofa y menosprecio. De igual modo el poeta, habituado a cernerse en las supremas regiones de la inspiración y del arte, no se amolda fácilmente a las prosaicas realidades de la vida ordinaria. Tal es el pensamiento de la siguiente composición de Carlos Baudelaire (1821–1867), originalísimo poeta francés, autor de las famosas «Flores del Mal».



EL ALBATROS EN PLENO VUELO

La gente marinera, con crueldad salvaje,
Suele cazar albatros, grandes aves marinas,
Que siguen a los barcos, compañeras de viaje,
Blanqueando en los aires como blancas neblinas.

Pero, apenas los dejan en la lisa cubierta,
—¡Ellos, que al aire imponen el triunfo de su vuelo!—
Sus grandes alas blancas, como una cosa muerta,
Como dos remos rotos, arrastran por el suelo.

Y el alado viajero toda gracia ha perdido,
Y, como antes hermoso, ahora es torpe y simiesco:
Y uno le quema el pico con un hierro encendido
Y el otro cojeando mima su andar grotesco.

El Poeta recuerda a este rey de los vientos
Que desdeña las flechas y que atraviesa el mar;
En el suelo, cargado de bajos sufrimientos,
Sus alas de gigante no le dejan andar.

EL LEÓN ENJAULADO

Como los leones enjaulados, los pueblos que caen en la esclavitud pierden sus bríos y gallardías naturales y son objeto de ludibrio. Así lo enseña simbólicamente en esta poesía Armando Sully-Prudhomme, poeta francés (1839–1907).

INMÓVIL, soñoliento, amodorrado,
Tras las barras de hierro,
Un enorme león, rey destronado,
Tendido estaba en el angosto encierro;
Respiración tardía
El vientre, acompasado, le movía.
Medio cerrada la pupila ardiente
Por el párpado obscuro,
Quizás imaginaba vagamente
El bosque inmenso, el antro bien seguro,
El desierto sin lindes, que al sol arde,
Las fuentes claras bajo el cielo puro.

La multitud curiosa, aunque cobarde,
De pie quisiera verlo, enfurecido,
Desesperado, con gallardo alarde
Lanzar su indignación en un rugido.
Y exclamaba enojada:
« ¿Esa es la horrible fiera no domada?
¿Ése el rey de las líbicas arenas?
¿Y un charlatán le palpa la quijada,
Y hunde la mano vil en sus melenas?
¡Que se levante, y luzca su figura! »
Entonces el guardián le dice: « ¡Arriba! »
Y con pértiga dura
Su perezoso despertar aviva.
El enorme león se ha levantado;
Mira al guardián tranquilo y sin cuidado;
Si hombre fuera, dijérale: « ¡Qué necio! »
Bosteza—es la expresión de su desprecio,—
Y se tiende después del otro lado.

Porque sabe el león, y toma en cuenta,
Que el domador odioso le atormenta
Cobarde, impunemente;
Que toda rebelión será enfrenada;
Que es su fuerza impotente;
Que él, sin la libertad, no vale nada.

EL BÚCARO ROTO

Tanto por el pensamiento como por la imagen en que está expresado, la siguiente poesía de Sully-Prudhomme es de lo más delicado y exquisito que ha producido la lírica moderna.

EL búcaro en que muere esa flor pura,
Un golpe de abanico lo quebró;
Y tan ligera fué la rozadura,
Que ni el más leve ruido se advirtió.

Pero la breve, imperceptible grieta,
Con marcha lenta y precisión fatal,
Prosiguiendo tenaz su obra secreta
Rodeó todo el circuito del cristal.

El agua fué cayendo gota a gota,
Y la espléndida flor marchita veis;
Aunque nadie lo sabe ni lo nota,
Roto el búcaro está: ¡no lo toquéis!

Así, a veces, la mano más querida
Nos roza sutilmente el corazón,
Y lenta se abre su secreta herida,
Y se mustia la flor de su ilusión.

Todos lo juzgan sano, entero, fuerte;
Mas la oculta lesión creciendo va;
Nadie su mal desconocido advierte;
Pero no lo toquéis: ¡roto está ya!

TIEMPOS QUE FUERON

Bellas y sentidas son las siguientes estrofas de la poetisa española Rosalía de Castro (1837–1885), en las que el ritmo y la armonía se funden tan íntimamente con el pensamiento.

HORA tras hora, día tras día,
Entre el cielo y la tierra que quedan
Eternos vigías,
Como torrente que se despeña
Pasa la vida.

Devolvedle a la flor su perfume
Después de marchita;
De las ondas que besan la playa
Y que unas tras otras besándola expiran,
Recoged los rumores, las quejas,
Y en planchas de bronce grabad su armonía.

Tiempos que fueron, llantos y risas,
Negros tormentos, dulces mentiras;
¡Ay! ¿En dónde su rastro dejaron,
En dónde, alma mía?

CAMINO ADELANTE

El hombre halla en el retorno a la paz y amor de los campos, un asilo consolador de las adversidades y desengaños de la vida. Con arte nuevo y muy individual glosa poéticamente este pensamiento Abilio Guerra Junqueiro, poeta portugués contemporáneo, nacido en 1852.

I

AL MARCHAR

Un día de principios de primavera, al rayar el alba. Por una senda abierta entre sembrados, dehesas, olivares y almendros en flor, va un peregrino adolescente, contemplando con extática ingenuidad el fulgor del lucero matutino.

UN LABRADOR (*de noventa años, en mangas de camisa, yendo a labrar el campo*).
¡Oh, señor tan joven, de ojos de esperanza!
¿Dónde vais andando? ¿Vais a algún lugar?

EL PEREGRINO
¡Voy a correr mundo!

EL LABRADOR
¿Sin arnés ni lanza?
¡Oh, señor tan joven, de ojos de esperanza,
Penas y miserias pronto habréis de hallar!

UNA VIEJECITA (*más adelante*)
¡Oh, señor tan joven, de ojos inocentes,
Id con gran prudencia para caminar!

EL PEREGRINO
Voy a domar monstruos, a matar serpientes...

LA VIEJECITA
¡Oh, señor tan joven, de ojos inocentes,
Ved que los dragones os pueden matar!

UNA CAMPESINA JOVEN (*más adelante*)
¡Oh, señor tan joven, de ojos encantados!
¿Vais, con la mañana, para algún pomar?

EL PEREGRINO
Voy tras los Destinos, a descubrir Hados...

LA CAMPESINA
¡Oh, señor tan joven, de ojos encantados,
Negros hechiceros os van a hechizar!

UNA PASTORCITA (*más adelante*)
¡Oh, señor tan joven, de ojos tan brillantes!
Dicen vuestros ojos que os vais a casar...

EL PEREGRINO
Voy a hallar tesoros, a coger diamantes...

LA PASTORCITA
¡Oh, señor tan joven, de ojos tan brillantes,
Ved que los bandidos muerte os pueden dar!

UN MENDIGO (*más adelante*)
¡Oh, señor tan joven, de ojos cual la llama!
Vuestros ojos arden como luz solar...

EL PEREGRINO
¡Voy a inventar mundos, quiero gloria y fama!

EL MENDIGO
¡Oh, señor tan joven, de ojos cual la llama:
Sube a las alturas, cruza el ancho mar!

LA ESTRELLA MATUTINA
¡Oh, inocencia dulce, de ojos como cielos,
Por infiernos dejas tu feliz lugar!

EL PEREGRINO (*desapareciendo a lo lejos*)
¡Flores son las piedras para mis anhelos!
¡Llevo luz de soles, cantos de chicuelos,
Risa de los viejos, y calor de hogar!...

II

AL VOLVER

Fin de otoño, al anochecer. Por la senda, fría y sin verdores, va andando, harapiento y exangüe, un pobrecito triste, apoyado en su báculo.

UN LABRADOR (*de cien años, robusto aún, en la puerta del caserío*).
Mendigo de ojos sin esperanza,
Teme en la sombra tu perdición;
Entra en mi albergue, duerme y descansa...

EL POBRECITO (*andando siempre*)
¡Dame la calma, divina y mansa,
Que guarda, anciano, tu corazón!

UNA VIEJECITA (*rezando, en la entrada del molino*)
Mendigo de ojos de desventura,
En el molino tengo un jergón,
Duerme tranquilo, goza la hartura...

EL POBRECITO (*andando siempre*)
¡Ay, quién me diera, para ventura,
Lo ingenuo y santo de tu ilusión!

UNA CAMPESINA (*volviendo de la vendimia*)
Mendigo de ojos cual hechizado,
Busca en mis viñas habitación,
Miel, vino, leche, pan muy dorado...

EL POBRECITO
¡Tu goce ingenuo, nunca turbado,
En vano busca mi corazón!

UNA PASTORCILLA
Mendigo de ojos cual la tristeza,
¿Quieres merienda? toma el zurrón;
El queso es bueno, y en su pobreza...

EL POBRECITO (*andando siempre*)
Dame tu risa, toda pureza,
Lirio campestre de la región.

UN PORDIOSERO
Mendigo de ojos cual la agonía,
Toma mi manta, toma el bordón,
Nada más llevo... la noche es fría.

EL POBRECITO (*andando siempre*)
¡Algo más llevas! Yo desearía
Tu santa y dulce resignación.

LA ESTRELLA VESPERTINA
Alma de loco, dí, soñadora,
¿Qué es de tus sueños, si sueños son?
Ebrio de luces, como una aurora
Te vi marchando... y anciano ahora
Andar no puedes sin el bordón.
Tus ojos siempre vi enamorados
Y entre sonrisas y entre pasión
Siempre lucieron entusiasmados,
Pero otras veces los vi nublados
Por llanto, fiebre e indignación.
Al fin regresas al patrio suelo;
Vuelve a la sombra con sumisión,
Y con la vista puesta en el cielo...
¡Deja que duerma cual pequeñuelo,
Deja que duerma tu corazón!

EL POBRECITO (*llorando*)
¡Sólo tú, estrella, me has conocido!
En mis dolores y en mi aflicción,
Sola, tú sola nunca has dormido;
Tú mis plegarias siempre has oído...
¡Porque es de cielo tu corazón!

LA TRONADA

Salvador Rueda, poeta español contemporáneo (nacido en 1857), da en estos versos onomatopéyicos, de monótono ritmo, una vigorosa descripción de la tronada y sus efectos en el paisaje campesino.

BAJO de las tumbas que recios azotan granizos y vientos,
Sobre las montañas de cumbres altivas y toscos cimientos,
Y en mares y abismos, y rojos volcanes de luz que serpea,
Feroz terremoto retiembla y se agita cual sorda marea.
¡Mirad! la techumbre bordada de soles y blancas estrellas,
Se empaña con nubes, y monstruos de fuego, y horribles centellas;
Al sol obscurecen melenas flotantes de negros vapores;
Descienden las gotas cual recios buriles que rompen las flores;
Allá por los vientos en anchas bandadas se alejan las aves;
Temblando en las olas cual copos de nieve se mecen las naves;
Los campos agitan sus chales lujosos de vides listados;
Perdidos pastores vocean siguiendo sus sueltos ganados;
Y allá por la grieta que taja y divide la cumbre eminente,
Salvando peñascos con ronco rugido retumba el torrente.

El nido amoroso de granzas y plumas del árbol colgado
Deshecho se mira del viento al empuje y al suelo lanzado;
Las hojas que fueron vestido oscilante del ramo pomposo,
Perdidas se alejan en giros revueltos al mar proceloso;
Las fuentes que imitan espejos brillantes de límpidas ondas,
Cubiertas se miran por verdes tapices de tallos y frondas;
El agua que finge serpiente escamosa de líquida plata,
Arroyo es primero, después es torrente, y al fin catarata;
La tersa laguna que enturbia su seno se trueca en pantano;
El lago dormido de capas azules, en fiero oceano;
Los bellos jardines, estuches de flores, en suelos perdidos;
Las dulces florestas de estancias alegres, en yermos ejidos;
Y sobre los techos y torres lejanas y campos lucientes,
Rebotan y saltan redondos granizos cual perlas crujientes.

¡Qué hermosa, qué hermosa la voz resonante del bárbaro trueno
Recorre el espacio, de nieblas y sombras y ráfagas lleno!
¡Qué grande el concierto de nubes que lloran, y vientos que braman,
Y gotas que vibran, y mares que zumban, y rayos que inflaman!
El pino gallardo que esconde su tronco del cielo en la cumbre,
Su verde corona de mudo relámpago sumerge en la lumbre;
La esbelta palmera que erguida taladra la copa del cielo,
Terrible ondulando, ya rasga la nube, ya toca en el suelo;
Los rojos volcanes, hogueras inmensas de enormes alturas,
Ardientes despiden sus besos de fuego rompiendo negruras;
El rústico albergue retiembla y vacila del agua al exceso;
La torre que guarda vestigios pasados sucumbe a su peso;
Y tal algazara y estruendo conmueven los cielos profundos,
Que trombas remedan, tumultos de mares y choques de mundos.

¡Oh! cómo gozosa su música oyendo se arroba la mente
Y cómo adormida el alma a su encanto suspira indolente!
Acentos de trueno que estallan bramando, son ritmo sonoro;
Relámpagos vivos que incendian y brillan, son luces de oro.
¡Oh! yazgan sumidos en noche de penas sin paz ni sosiego,
Aquellos que tiemblen del cielo a las iras y al bárbaro fuego;
Y pues que mi mente llenáis de armonías y vagas deidades,
¡Bramad, ondas fieras! ¡tronad, roncos vientos! ¡rugid, tempestades!

LA LIBÉLULA

En las calurosas tardes del estío la libélula de alas transparentes y estirado cuerpo persigue en ondulantes giros a los menudos insectos que pululan en estanques y corrientes. Salvador Rueda describe aquí con graciosas y pintorescas imágenes la forma y el errátil vuelo del *caballito del diablo*, como le llama el vulgo.

ESCRIBIENDO con las alas
En la página del viento
La esbelta caligrafía
De sus círculos ligeros,
La libélula elegante
Va deslizando su cuerpo
Igual que un largo cilindro,
Gentil, ingrávido y bello.
Por gala y adorno lleva,
Siendo tan poco su peso,
Cuatro magníficas alas
Cual cuatro lujosos remos,
Y aunque cansado se pose
Alguna vez el insecto,
Porque cerrarlos no puede,
Los tiene a la luz abiertos.
En seis patas, tres por banda,
Apoya su esquife regio,
Que aunque parece tan frágil,
No es tan sencillo romperlo.
Este bajel diminuto,
Gloria del sol y del céfiro,
Tiene tan rara cabeza
Que da de mirarla miedo.
Lleva unos cóncavos lentes
Sobre la frente sujetos,
Cual si, por ver sin cristales,
Los apartara de intento;
Y por bajo de esos vidrios
Brilla la faz de un espectro
Con sus cuencas descarnadas,
Con sus pómulos horrendos,

Y los dientes carcomidos
Como los de un esqueleto.
Ingerto de mariposa,
Lleva mil tonos diversos
Como espirales de cintas
Que policroman su cuerpo,
Y en esas sierpes de luces
Corren liándose a un tiempo,
Al lado del oro vivo,
Azul, rosa, añil o negro.
Finge boquilla de ámbar
Colgada de cuatro vuelos
Y liada en serpentinas
De cien colores soberbios,
Y es un pirata del aire
Con instintos carniceros,
Que extiende sus cacerías
Los rayos de sol adentro.
Mil insectos diminutos
Va como un néctar selecto
En su volar incesante
La libélula bebiendo.
Un polvo de pedrería
Parece ser su alimento,
Moléculas de colores
Que el sol reviste de fuego.
Forma tan leve y divina
Que parece hecha de un sueño,
De un sutil rayo de luna,
De una risa o de un deseo,
Es en las luces girando,
Por un contraste siniestro,
La misma muerte con alas
Bailando al girar del viento.
¡Y de un gusano deslía
La libélula su cuerpo;
Ella es el gusano mismo,
Largo, sin ruido y aéreo!
Para dar brillo a su forma,
Disimulando lo infecto,
La empavesó Dios de alas
Cual de un velamen espléndido
Del gusano de su vida
La libélula es remero,
Visión con cuatro alas grises
Que lleva su propio entierro.
Si no vuela, se corrompe;
Por eso su afán inquieto
De ir trazando por el aire
Laberintos y arabescos;
Por eso ni un punto cesa
Y gira en constante juego
Desvolando arrepentida
Lo que antes voló primero,
Y otra vez haciendo líneas,
Curvas, planos y diseños,
Para al fin desbaratarlos
Y formar otros de nuevo.
La Vida toda se agita
En un trepidar perpetuo,
Y no es más que una gigante
Libélula el Universo.
Ved, cómo a fija carrera
Viven los astros sujetos;
Ved cómo actúan los átomos
En un hervir sempiterno;
Ved cómo arrastran los ríos
Su azul y elástico cuerpo;
Y cuál tira cuanto vive
De su tristísimo entierro,
Desde el águila que orea
Su materia entre mil cielos,
Al pez, que un desinfectante
Arrastra en su movimiento.

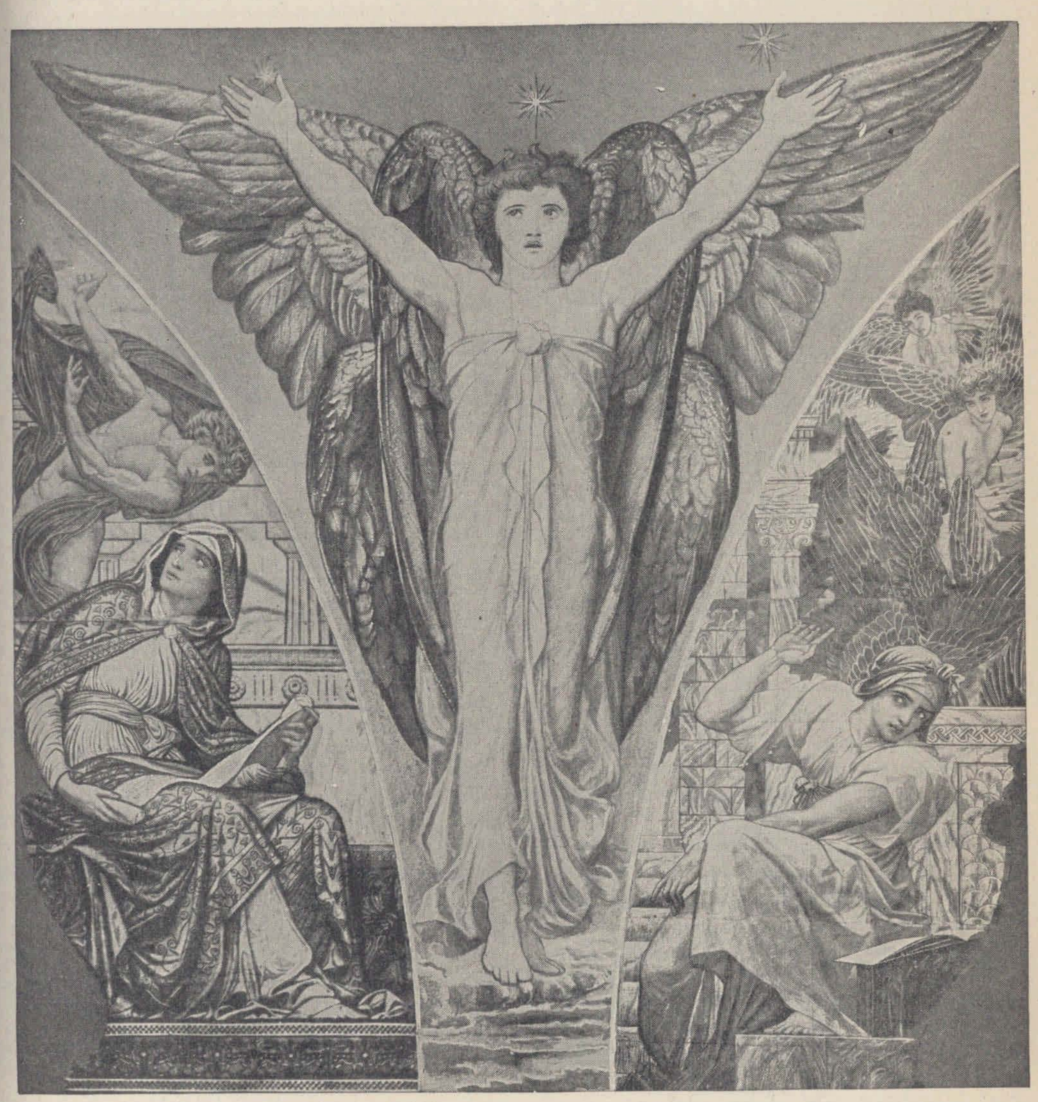
SALUTACIÓN DEL OPTIMISTA

En las siguientes estrofas, riquísimas de sonoridades y cadencias, Rubén Darío anuncia con acentos de vate inspirado el alborear de una nueva era de grandezas para los pueblos iberoamericanos.

¡ÍNCLITAS razas ubérrimas, sangre de
Hispania fecunda,
Espíritus fraternos, luminosas almas, salve!
Porque llega el momento en que habrán de
cantar nuevos himnos
Lenguas de gloria. Un vasto rumor llena
los ámbitos; mágicas
Ondas de vida van renaciendo de pronto;
Retrocede el olvido, retrocede engañada
la muerte;
Se anuncia un reino nuevo, feliz sibila
sueña
Y en la caja pandórica de que tantas desgracias surgieron
Encontramos de súbito, talismánica, pura,
rïente,
Cual pudiera decirla en su verso Virgilio
divino,
La divina reina de luz, la celeste Esperanza!

Pálidas indolencias, desconfianzas fatales
que a tumba
O a perpetuo presidio, condenasteis al
noble entusiasmo,
Ya veréis la emergencia del sol en un triunfo de liras,
Mientras dos continentes, abonados de
huesos gloriosos,
Del Hércules antiguo la gran sombra
soberbia evocando,
Digan al orbe: la alta virtud resucita
Que a la hispana progenie hizo dueña de
siglos.

Abominad la boca que predice desgracias eternas,
Abominad los ojos que ven sólo zodiacos funestos,
Abominad las manos que apedrean las ruinas ilustres,
Sobre la faz del orbe. ¿Quién dirá que las savias dormidas
No despierten entonces en el tronco del roble gigante
Bajo el cual se exprimió la ubre de la loba romana?



O que la tea empuñan o la daga suicida.
Siéntense sordos ímpetus en las entrañas del mundo;
La inminencia de algo fatal hoy conmueve la Tierra;
Fuertes colosos caen, se desbandan bicéfalas águilas,
Y algo se inicia como vasto social cataclismo
¿Quién será el pusilánime que al vigor español niegue músculos
Y que al alma española juzgase áptera y ciega y tullida?
No es Babilonia ni Nínive enterrada en olvido y en polvo,
Ni entre momias y piedras reina que habita el sepulcro,

La nación generosa, coronada de orgullo
inmarchito,
Que hacia el lado del alba fija las miradas
ansiosas,
Ni la que tras los mares en que yace
sepulta la Atlántida,
Tiene su coro de vástagos, altos, robustos
y fuertes.

Únanse, brillen, secúndense, tantos vigores dispersos;
Formen todos un solo haz de energías
ecuménicas.
Sangre de Hispania fecunda, sólidas,
ínclitas razas,
Muestren los dones pretéritos que fueron
antaño su triunfo.
Vuelva el antiguo entusiasmo, vuelva el
espíritu ardiente
Que regará lenguas de fuego en esa
epifanía.
Juntas las testas ancianas ceñidas de
líricos lauros
Y las cabezas jóvenes que la alta Minerva
decora,
Así los manes heroicos de los primitivos
abuelos,
De los egregios padres que abrieron el
surco pristino,
Sientan los soplos agrarios de primaverales
retornos
Y el rumor de espigas que inició la labor
triptolémica.

Un continente y otro renovando las
viejas prosapias,
En espíritu unidos, en espíritu y ansias y
lengua,
Ven llegar el momento en que habrán de
cantar nuevos himnos.
La latina estirpe verá la gran alba
futura;
En un trueno de música gloriosa, millones
de labios
Saludarán la espléndida luz que vendrá del
Oriente,
Oriente augusto en donde todo lo cambia
y renueva
La eternidad de Dios, la actividad
infinita.
¡Y así sea Esperanza la visión permanente
en nosotros,
Ínclitas razas ubérrimas, sangre de Hispania fecunda!

AVE

El estilo modernista, que tanta boga ha tenido, y tiene aún, toma en los versos de Ramón del Valle Inclán—novelista y poeta español contemporáneo (nacido en 1869)—ritmos y cadencias de las antiguas trovas castellanas, como puede verse en la introducción a los « Aromas de Leyenda », que va a continuación.

¡OH, lejanas memorias de la tierra
lejana,
Olorosas a hierbas frescas por la mañana!
¡Tierra de maizales húmedos y sonoros
Donde cantan del viento los invisibles
coros,
Cuando deshoja el sol la rosa de sus oros,
En la cima del monte que estremecen los
toros!

¡Oh los hondos caminos con cruces y
consejas,
Por donde atardecido van trenqueando las
viejas,
Cargadas con la leña robada en los pinares,
Y que en aquella noche ha de ahumar en
sus llares,
Mientras cuenta su voz los cuentos
seculares
Y a lo lejos los perros ladran en los pajares!

¡Oh tierra, de la fabla antigua hija de
Roma,
Que tiene campesinos arrullos de paloma!
El lago de mi alma, yo lo siento ondular
Como la seda verde de un naciente linar,
Cuando tú pasas, vieja alma de mi lugar,
En la música de algún viejo cantar.

¡Oh tierra, pobre abuela olvidada y
mendiga,
Bésame con tu alma ingenua de cantiga!...
Y que aromen mis versos como aquellas
manzanas
Que otra abuela solía poner en las
ventanas,
Donde el sol del invierno daba por las
mañanas.
¡Oh mis viejas abuelas, mis memorias
lejanas!

HERMOSURA

En la falange contemporánea de pensadores y poetas españoles sobresale el docto profesor don Miguel de Unamuno, por la independiente originalidad de su pensamiento. La siguiente composición es una interesante muestra de su estilo literario, genial y personalísimo.

¡AGUAS dormidas,
Verdura densa,

Piedras de oro,
Cielo de plata!

Del agua surge la verdura densa;
De la verdura,
Como espigas gigantes, las torres
Que en el cielo burilan
En plata su oro.
Son cuatro fajas:
La del río, sobre ella la alameda,
La ciudadana torre
Y el cielo en que reposa.
Y todo descansando sobre el agua,
Flúido cimiento,
Agua de siglos,
Espejo de hermosura.
La ciudad en el cielo pintada
Con luz inmoble;
Inmoble se halla todo,
El agua inmoble,
Inmóviles los álamos,
Quietas las torres en el cielo quieto.
Y es todo el mundo;
Detrás no hay nada.
Con la ciudad enfrente me hallo solo
Y Dios entero
Respira entre ella y yo toda su gloria.
El tiempo se recoge;
Desarrolla lo eterno sus entrañas;
Se lavan los cuidados y congojas
En las aguas inmobles,
En los inmobles álamos,
En las torres pintadas en el cielo,
Mar de altos mundos.
El reposo reposa en la hermosura
Del corazón de Dios que así nos abre
Tesoros de su gloria.
Nada deseo,
Mi voluntad descansa,
Mi voluntad reclina
De Dios en el regazo su cabeza
Y duerme y sueña...
Sueña en descanso
Toda aquesta visión de alta hermosura.
¡Hermosura! ¡Hermosura!
Descanso de las almas doloridas,
Enfermas de querer sin esperanza.
¡Santa hermosura,
Solución del enigma!
Tú matarás la Esfinge,
Tú reposas en ti sin más cimiento;
Gloria de Dios, te bastas.
¿Qué quieren esas torres?
Ese cielo ¿qué quiere?
¿Qué la verdura?
¿Y qué las aguas?
Nada, no quieren;
Su voluntad murióse;
Descansan en el seno
De la hermosura eterna;
Son palabras de Dios, limpias de todo
Querer humano.
Son la oración de Dios, que se regala
Cantándose a sí mismo,
Y así mata las penas.
....

La noche cae, despierto,
Me vuelve la congoja,
La espléndida visión se ha derretido,
Vuelvo a ser hombre.
Y ahora díme, Señor, díme al oído:
¿Tanta hermosura
Matará nuestra muerte?

PERU Y MARICHU

Este sencillísimo cuento de aldea vasca, que relata Unamuno, concluye con una reflexión a la vez profunda y delicada.

RECUERDO un cuento que de niño
Oí contar;
Cómo Peru y Marichu levantaron
Una casa de sal.
Cayó del cielo en lluvia el agua,
Se fué el hogar;
Lo arrastró derretido por la tierra
Y lo más se fué al mar.
Los cuentos de la infancia dejan
Siempre su sal;
El agua de los años no los lleva
Del olvido a la mar.
Pero queda del alma el fondo,
Queda el solar
Salado para siempre con el jugo
De aquella dulce edad.
Si la sal de su infancia pierde el alma
¿Quién nos la salará?

DESPUÉS DE ÁNIMAS

Entre los que siguen hoy en España los nuevos rumbos trazados a la poesía lírica por Rubén Darío, figura prominentemente Francisco Villaespesa, poeta de rica imaginación, exquisita sensibilidad y honda visión psicológica. Estos versos suyos son un vigoroso y bello cuadro del hogar señorial castellano de otros días.

EL viejo castellano junto al hogar leía
En apergaminado libro de cetrería,
Donde entre antiguas máximas de sabia erudición,
Se habla del gerifalte, del neblí y del halcón.

Una dueña su eterno rosario mascullaba
Cabeceando el sueño; sus gestos imitaba.

Agitando su roja caperuza, el bufón,
Y al moverse sonaba su cascabel de hurón.

Silenciosa la joven señora el lino hilaba
En su huso de oro, y, a hurtadillas, miraba
Al pajecillo rubio que al pie de su escabel

Sonriendo mimoso, con aire distraído,
Estiraba, hasta hacerle lanzar sordo gruñido,
Las largas y lanudas orejas de un lebrel.

LA HERMANA

Villaespesa interpreta poéticamente en esta dulce trova las angustiosas solicitudes que la ausencia causa en los que se profesan cariño sincero.

EN tierra lejana
Tengo yo una hermana.
Siempre en primavera
Mi llegada espera
Tras de la ventana.

Y a la golondrina
Que en sus rejas trina
Dice con dulzura:
—¡Por aquella espina
Que arrancaste a Cristo,
Dime si le has visto
Cruzar la llanura!—
El ave su queja
Lanza temerosa,
Y en la tarde rosa
Bajo el sol se aleja.

Desde su ventana
Mi pálida hermana
Pregunta al viajero
Que camina triste:
—¡Por tu amor primero,
Dime si le viste
Por ese sendero!—
Pero el pasajero
Su calvario sube
Y se aleja lento
Dejando una nube
De polvo en el viento.

Desde su ventana,
A la luna grita
Mi pálida hermana:
—¡Por la faz bendita
Del Crucificado,
Dime en qué sendero
Tu rayo postrero
Su paso ha alumbrado!—
La luna la vaga
Llanura ilumina,
Trémula declina
Y en el mar se apaga.

Acaso yo errante
Pase vacilante
Bajo tu ventana,
Y sin conocerme,
Mi pálida hermana,
Preguntes al verme
Venir tan lejano:
—Dime, peregrino,
¿Has visto a mi hermano
Por ese camino?

UNA NOCHE

Como en fantástica visión de ensueño describe aquí el poeta español contemporáneo Juan Ramón Jiménez—uno de los principales representantes de la nueva escuela modernista—sus impresiones en una noche serena.

LAS antiguas arañas melodiosas, temblaban
Maravillosamente sobre las mustias flores...
Sus cristales, heridos por la luna, soñaban
Guirnaldas temblorosas de pálidos colores...

Estaban los balcones abiertos al Sur... Era
Una noche inmortal, serena y transparente...
De los campos lejanos, la nueva primavera
Mandaba, con la brisa, su aliento dulcemente...

¡Qué silencio! Las penas ahogaban su ruido
De espectros en las rosas vagas de las alfombras...
El amor no existía... tornaba del olvido
Una ronda infinita de trastornadas sombras...

Todo lo era el jardín... Morían las ciudades...
Las estrellas azules, con la vana indolencia
De haber visto los duelos de todas las edades,
Coronaban de plata mi nostalgia y mi ausencia...



EL INTRÉPIDO APRENDIZ

CIERTO es que muchos de los grandes hombres que han existido en el mundo, llegaron a los más altos puestos partiendo de los principios más humildes; y siendo esto verdad en todos los órdenes de la vida, no puede dejar de serlo en la marina de guerra. Allá por los años de 1680 y en el pueblecillo de Bonchurch, en la isla de Wight, un muchacho se hallaba trabajando en un pobre taller de sastrería, y, como su amo y maestro había salido, dejó la aguja y púsose a contemplar el mar, con lo cual entró en deseos de estar en cualquier sitio que no fuese la tienda. Era un pobre huérfano y las autoridades de la parroquia le habían dedicado al oficio de sastre.

Aconteció que mientras contemplaba las aguas acertó a doblar la punta más próxima una escuadra británica, que se acercó al puerto; y el muchacho, sin dudar un momento, tiró sus trebejos, salió de la tienda, corrió a la playa, y saltando a un bote bogó a toda prisa hacia el navío almirante.

La vida en la armada era entonces muy dura, por lo cual escaseaban los voluntarios; así es que, en cuanto el aprendiz manifestó sus deseos de alistarse, fué inmediatamente aceptado.

No pasó mucho tiempo sin que tuviese ocasión de ver un combate, porque a la mañana siguiente los navíos ingleses se avistaron con la escuadra francesa y la lucha comenzó en seguida. El muchacho cumplió bien con su deber corriendo de un sitio a otro, ejecutando lo que le ordenaban e interesándose vivamente en los acontecimientos que a su vista se desarrollaban. Por fin, cuando el combate duraba ya bastante tiempo sin vislumbrarse señales de un resultado definitivo, el muchacho preguntó a un marinero :

—¿Cómo sabremos cuándo se nos rinde el enemigo?

—¡Oh!—replicó el marino señalando la insignia que ondeaba en el palo mayor del navío almirante—en cuanto arríen esa bandera el enemigo cederá y nuestra será la victoria.

—¿Eso es todo?—exclamó el muchacho.

Y se marchó corriendo.

Por aquel tiempo los buques no peleaban como hoy a muchas millas de distancia y casi sin verse unos a otros. Se aproximaban mutuamente; y las tripulaciones de cada uno procuraban entrar al abordaje en el otro. El aprendiz de sastre saltó a la cubierta del navío almirante francés, que estaba junto al suyo, y sin ser visto, gracias al tumulto del combate trepó ágilmente por una escalera de jarcias, se apoderó de la insignia almirante, arrollósela al cuerpo y descendió a cubierta sin ser visto ni por los marinos franceses ni por los ingleses.

Nadie había presenciado su intrépida acción; mas bien pronto notaron los ingleses que había desaparecido la bandera del navío almirante, y suponiendo

que el enemigo se había rendido, se arrojaron con tal ímpetu a la cubierta del navío enemigo que los franceses aterrados, desmayaron. Los artilleros abandonaron sus cañones, y en breves instantes el navío quedó en poder de los ingleses. Precisamente en el momento en que se aseguraba la victoria, el aprendiz mostró a sus camaradas la bandera cogida al enemigo y ellos la vieron con asombro.

Extendióse pronto la noticia y llevaron al muchacho, juntamente con su trofeo, a presencia del almirante, el cual admiró su bravura y denuedo, y lo promovió a la categoría de guardia marina. No es de extrañar que el muchacho capaz de tal acción alcanzase puestos distinguidos en la armada; y, en efecto, con el transcurso de los años, llegó, ascenso tras ascenso, a la dignidad mayor de la armada británica y fué célebre en la historia con el nombre de Almirante Hopson.

LEALTAD DE UNA PRINCESA

EL rey Luis XII de Francia tenía una hija, Renata, que llegó a ser duquesa de Ferrara, en Italia.

Era el consuelo de todos los afligidos, y el sostén de los menesterosos.

De ella se dice que socorrió a más de diez mil soldados desamparados que pasaron por Ferrara, durante las guerras de Italia; y su castillo de Montargis se convirtió en refugio de los perseguidos hugonotes.

Uno de éstos, el príncipe de Condé, había sido encarcelado por el duque de Guisa; pero su esposa, dotada de un raro ingenio y llevada de su amor, un día que le permitieron visitarlo en la cárcel, cambió con él los vestidos, y se quedó en su lugar, y el príncipe huyó a Montargis.

Pronto se descubrió el cambio; pero fueron vanos cuantos intentos hizo el duque de Guisa para averiguar el paradero del fugitivo.

De pronto se le ocurrió pensar que si dejaba en libertad a la princesa, ésta seguiría a su esposo. Así, pues, dió orden de libertarla y el resultado le demostró que había pensado bien. La princesa de Condé se dirigió a Montargis, hasta donde secretamente la siguieron los emisarios del duque.

El de Guisa, que tenía mucho poder en aquel país, ordenó a la de Ferrara que le entregase al príncipe; pero ella se negó. Ni el mismo rey de Francia, Francisco II, pudo conseguirlo con sus ruegos ni con el envío de tropas. El príncipe oyó desde su habitación la valerosa negativa de la duquesa; pero oyó también los temores que exponían algunos guardianes y dirigiéndose a éstos les dijo que, si no tenían valor para defenderle, su muerte desvanecería todos sus temores. Y corrió apresuradamente a la muralla, con intención de exponer la vida.

Debajo de él, a los pies del muro del castillo, vió al oficial de artillería, y le gritó que él era el hombre a quien buscaban, y en el cual únicamente debían tomar venganza; así podría morir con honra, como había vivido. Atónito el oficial, mandó a buscar a su jefe, quien le dijo que sin duda alguna debía hacer fuego contra el príncipe.

Pero la fiel duquesa se puso al lado de él, y al ver dirigido el cañón contra su amigo, se colocó entre el príncipe y sus enemigos, diciendo:—Disparad contra mí, y mataréis al mismo tiempo al ilustre Condé y a la hija del rey, cuya muerte lloráis todavía.

Los soldados, que adoraban la memoria de Luis XII, imploraron a una voz que se perdonase a la hija del rey, y negándose a atacar el castillo, se retiraron a sus tiendas. El príncipe y sus amigos se pusieron en salvo durante la noche siguiente.



UNA HEROÍNA DE DOCE AÑOS

VIVÍA Roma encenagada en los más asquerosos vicios y entregada a las más repugnantes maldades; y en medio de un mar de iniquidades vino al mundo Inés, cerca del año 290 de Cristo. No puede saberse de fijo quiénes fueron sus padres; pero sí se sabe por la tradición que fueron de la primera nobleza romana y muy cristianos. Cuanto más se instruía en las máximas cristianas, más se la veía enamorada de su Jesús, y todas sus aspiraciones y pensamientos eran para Aquel que había escogido para esposo de su alma.

En tanto los cristianos gozaban de una paz aparente, pero cerníase sobre sus cabezas una negra tempestad que no tardó en estallar. Cediendo Inés a las vivas ansias de su corazón, acababa de consagrarse a Cristo, cuando el joven Fulvio, hijo de Sinforiano, prefecto de Roma, prendado de las bellas cualidades que tanto recomendaban a Inés, se presentó a pedir su mano con un empeño tristemente tenaz. Sus padres, ora fuese por sus sentimientos altamente cristianos, ora por la tierna edad de Inés, que sólo contaba doce años, dieron largas a la petición del joven pretendiente. La repulsa encendió más sus vivos deseos, y movió todos los resortes para lograrlos. Pero, cuando vió que era inútil esperar algo de Inés por ser ésta cristiana y consagrada a Dios, resolvió acudir a todos los extremos. Fulvio, lleno de despecho, cayó gravemente enfermo, y habiendo averiguado su padre la causa, se presentó en persona a Inés para lograr su consentimiento al suspirado enlace. A las instancias de Sinforiano responde Inés con santa calma que no puede admitir otras bodas por haber prometido fidelidad a otro Esposo mucho más noble y rico que su hijo, y que sería un sacrílego desdoro el hablar más de tal asunto. Quería replicar el Prefecto, pero la virgen le interrumpió diciéndole que jamás retiraría la fidelidad prometida al primer Esposo. Entonces Sinforiano, encendido en cólera, gritó: « Tú no escaparás de mi furor, y sea quien quiera tu esposo, y por más noble que sea, cederás al poder del Prefecto ». Y lleno de despecho y confusión se retiró.

Perdíase Sinforiano en conjeturas sobre quién pudiese ser el afortunado amante de Inés, sin obtener resultado, hasta que un bajo adulador le hizo comprender que Inés era cristiana y tenía su virginidad consagrada a Cristo. El Prefecto, con aquella cruel satisfacción, con que el poderoso sin religión ni conciencia ve llegado el momento de aplastar al inocente, mandó una porción de fieros satélites a casa de Inés con orden de conducirla ante su tribunal. Firme la jovencita en su fe y en conservar la virginidad, sigue a los esbirros con paso firme y rostro sereno. Llegada al tribunal, el Prefecto le reconviene dulcemente y trata de halagarla para que ceda, mas le contesta: « Sí, soy cristiana; Cristo es mi esposo, a Él solo guardaré mi fidelidad: mi corazón es suyo, yo no puedo ni quiero convertirlo a otro objeto: desprecio tus dones y tus amenazas. Mis fuerzas, mi esperanza y mi vida son de Cristo, y Él solo me basta ». Instó de nuevo Sinforiano, y con mil argucias se esforzaba en persuadir a Inés la conveniencia de ceder a sus instancias, pero todo inútilmente; hasta que por fin le dijo: « Si quieres conservar tu virginidad, vé al templo de Vesta y allí sacrifica a la diosa con las otras vírgenes, pues de otra suerte te mandaré al circo Alejandro, donde sufrirás ludibrio e infamia ». Mas Inés, con entereza cristiana, le respondió: « Si tú conocieses al Dios que yo adoro, no hablarías así: tengo para guarda de mi cuerpo al ángel del Señor: el unigénito Hijo de Dios, a quien no conoces, es para mí un muro inexpugnable que vela siempre ».

Sonrojóse el tirano de verse vencido por una niña, y con pérfido despecho manda quitarle brutalmente su blanco vestido y conducirla por las calles públicas de Roma al circo Alejandro, publicando el pregonero que Inés era castigada por blasfema y sacrílega contra los

dioses. Mas el Señor, que viste a los pájaros, vistió también a la virgen, haciendo crecer sus cabellos de un modo prodigioso y con tanta espesura, que llegaban hasta el suelo y la ocultaban a todas las miradas. Entró la casta doncella en aquella fétida cloaca del vicio, y al momento vióse el aposento iluminado de una luz más refulgente que el mismo sol, que no permitía fijar en ella la más insignificante mirada, y vió a un lado al ángel del Señor que estaba dispuesto a defenderla.

Postróse Inés para dar gracias a Dios por los auxilios que le prestaba, y vió con asombro un cándido vestido, tan proporcionado a su cuerpo, que no dudó haber sido preparado por manos de ángeles. Vistiólo Inés y continuó con fervor su oración. Entraron algunos paganos, pero apenas entrados quedaban como anonadados, caían de rodillas y reconocían el poder del Dios de los cristianos.

Divulgáronse por todo Roma y sus cercanías los portentosos sucesos del circo Alejandro, y acudió una turba inmensa de curiosos para averiguar la verdad, cuya mayor parte era de idólatras enemigos implacables del nombre cristiano. Uno de los primeros fué el apasionado Fulvio, hijo del Prefecto, quien viendo retroceder compungidos y llenos de veneración a varios de sus compañeros que habían penetrado osadamente en el lugar do se hallaba Inés, los insultó groseramente y tachó de pusilánimes. Para más confundirles, cegado por su pasión, entra, y al embestir por entre la luz a aquel ángel en carne, cae al suelo y exhala su alma impura. Inés, al verle, había encomendado su defensa al Señor. Notando sus compañeros lo mucho que tardaba en salir, entró uno de sus más íntimos, y viéndole tendido exánime en el suelo, retrocedió espantado y gritando: «¡Piadosos romanos, favor! la infame hechicera ha dado muerte al hijo del Prefecto con sus hechizos».

Los gritos del joven, el aturdimiento de los compañeros y la extraordinaria conmoción que se siguió atrajeron al lugar del suceso una inmensa multitud de pueblo, como era natural. Unos la trataban de maga, otros la maldecían por sacrílega y no faltaban algunos pocos que la compadecían. Llegó el suceso a oídos de Sinforiano, el cual, como herido del rayo, corrió al circo de Alejandro, donde Dios le aguardaba. Llegó a la presencia de Inés, y viendo a sus pies el cadáver de su hijo, se desata contra ella en injurias y maldiciones, y la increpa por la infamia de sus hechizos, amenazándola con la más cruel muerte. Inés le escucha tranquila y con rostro sereno, y le dice ser ella inocente de la muerte de su hijo. «Los otros que han entrado aquí, deslumbrados por la luz celestial, han salido sanos y libres, dando gloria a Dios, que me envió un ángel para mi defensa y el vestido celestial de que me ves cubierta. Tu hijo, furioso y despreciando toda ley, ha extendido su mano contra mí, y el ángel le ha dado muerte en mi defensa». Fué tal la mansedumbre con que habló la jovencita y tal la gracia de Dios, que el corazón del Prefecto se conmovió y confió en que Inés podría alcanzar la vida de su hijo. Pidióle, pues, que la suplicase al ángel. Inés, llena de fe y de esperanza, y postrada humildemente, oró al Señor, que le envió de nuevo el ángel, quien devolvió la vida al infeliz joven. Levantóse éste vuelto a la vida, y saliendo de aquel lugar, dijo en voz alta: «Un solo Dios hay en el cielo, en la tierra y en el mar, y éste es el Dios de los cristianos. Vanos son todos los templos; falsos todos los dioses que allí se adoran y no pueden socorrerse a sí mismo ni a los demás».

Grande fué el triunfo de Inés, grande sobre sus enemigos y grande sobre el infierno, pero este triunfo exasperó a la plebe fanática y especialmente a los agoreros y sacerdotes idólatras. A la explícita confesión de Fulvio levantóse una infernal gritería que nada pudo apaciguar, ni las ardientes súplicas de los padres de Inés, ni el nada despreciable número de cristianos esparcidos entre la multitud, ni aun la vista del mismo Prefecto que había presenciado los sucesos que tanto le interesaban por la parte

principal de su hijo Fulvio. Débil éste, no se atrevía a condenarla a muerte por ver su inocencia, ni a darle la libertad por no contrariar a los pontífices del templo. Para eludir todo compromiso, dejó a su ayudante Aspasio, como juez y árbitro de aquel motín popular, y partió agobiado de tristeza. Testigo éste de la inocencia de Inés y de los prodigios que acababa de presenciar, y siguiendo las insinuaciones del Prefecto, buscaba un medio de librarla del furor del populacho, pero fué inútil su empeño, y como otro Pilatos cedió a las exigencias de la plebe. Mandó encender una grande hoguera y arrojar a ella a Inés. Un grito de salvaje placer atronó el espacio; pero apenas la santa mártir es arrojada a las llamas, éstas se dividen en dos alas, dejando intacta a Inés en medio, sin tocar ni uno de sus dorados cabellos, y continuando el prodigio de los tres jóvenes de Babilonia, embisten y devoran a los mismos verdugos y a muchos de los que contemplaban tan espantoso suplicio. Lejos esto de convencer y calmar al pueblo, atiza más y más su encono, gritando: «¡Muera la bruja, muera la infame cristiana!» La santa niña dirige sus miradas al cielo, y para dar gracias a Dios prorrumpe en esta oración, que leemos en las Actas de su martirio: «Omnipotente, adorable, venerable, tremendo Padre de Nuestro Señor Jesucristo, yo te bendigo porque por la virtud de tu Hijo unigénito me he librado de las amenazas de los hombres impíos y he pasado con planta inmaculada por entre las inmundicias del demonio. Y ahora vuestro Espíritu consolador me conforta con voz celestial; el fuego se apaga a mi alrededor, las llamas se dividen y el ardor de este incendio se echa sobre los que lo han encendido. Bendígote, Padre glorioso, porque aun entre las llamas me permites que venga a Ti. Bendito seas, pues ya veo al que deseaba; ya poseo al en quien esperaba; ya abrazo contra mi pecho al que tanto he deseado. Yo te confieso con los labios, con el corazón, y suspiro con todas mis ansias por Ti. Yo vengo a Ti, Dios mío, uno y verdadero, que con tu Hijo y Señor mío Jesucristo y con el Espíritu Santo vives y reinas por todos los siglos».

Terminada la oración, viendo el pueblo apagada la hoguera, redobla su furibunda gritería y blasfemas imprecaciones, y al ver el ayudante que el pueblo fuera de sí iba a precipitarse sobre la santa, ordena que muera a manos del verdugo. Alzó éste la espada para herirla, tiembla y pierde el color, y por fin se la clava en la garganta. Inés cae bañada en virginal sangre sobre la apagada hoguera, y su alma vuela triunfante al cielo con la duplicada palma del martirio y de la virginidad. La casta virgen triunfa en el cielo, en la celestial Jerusalén, donde es rey la verdad, es ley la caridad y es vida la eternidad: así celebró sus bodas con el Cordero.

Quedó el cadáver de Inés abandonado en la plaza, y a favor de la noche acudieron sus padres, lo cubrieron de besos y lo trasladaron a una posesión suya fuera de la puerta Nomentana. Cuando los cristianos supieron dónde estaba sepultada la virgen, empezaron a acudir en devota peregrinación, la cual fué cada día en aumento y excitó la ira de los enemigos del nombre cristiano, que acudieron al lugar, atropellaron brutalmente a los devotos de la santa y los ahuyentaron a pedradas. Había entre los devotos Emerenciana, joven de la misma edad que Inés, su hermana de leche y amiga inseparable. Emerenciana, absorta en la oración, no se apartó del sepulcro de Inés; y sola hizo frente a la impía turba, echándoles en rostro su inicuo proceder. Irritada la plebe con la dura reprensión de una niña, descargó sobre ella una lluvia de piedras que le dió la corona del martirio. Emerenciana era todavía catecúmena y voló al cielo bautizada con su misma sangre, y fué enterrada al lado de Inés.

Ocho días habían transcurrido desde la muerte gloriosa de Inés, cuando, estando sus padres y otros cristianos orando junto a su sepulcro en las tinieblas de la noche, vieron rasgarse éstas de repente, y envuelta en una deslumbradora gloria celestial apareció su querida hija

Inés, rodeada de un numeroso acompañamiento de vírgenes adornadas de ricas vestiduras de oro y plata y piedras preciosas. Inés se presenta a sus padres fulgurante de belleza y de gloria, teniendo a su derecha un cordero más blanco que la nieve; y los cristianos, sorprendidos de tan rara aparición, dieron gloria a Dios que tan espléndidamente exalta en los cielos a las almas más queridas. Luego, dirigiéndose a sus padres, les dice: «No me lloréis como muerta; alegraos más bien conmigo porque estoy en posesión de un trono feliz juntamente con todas estas mis compañeras, y estoy unida en el cielo con Aquel a quien en la tierra amé con todo mi corazón» Y luego desfilaron todas y desaparecieron de los ojos de los muchos espectadores atónitos.

EL FIN DE UN ENVIDIOSO

LOS desórdenes que ocurrieron en la isla Española, hoy Santo Domingo, a fines del siglo XV, detuvieron a Colón en aquella colonia para pacificarla y castigar a varios revoltosos, que la habían desunido; pero los enemigos que tenía el almirante le acusaron de ser él quien había promovido aquellas luchas y trastornos, e influyeron para que los reyes lo encausasen y castigasen.

Estos no creyeron a los calumniadores, y sólo después de enterarse por Colón mismo de las desgracias de la isla, y a petición de él, determinaron enviar allí un juez letrado que diera testimonio de lo que había de cierto. Al efecto, designaron al comendador Francisco de Bobadilla para que pasase a la Española, y éste, abusando de sus poderes y dejándose arrastrar de la envidia, se aprovechó de los malos informes que recibió de los propios enemigos del almirante, y contribuyó a que apareciera culpable, lo prendió y encarceló en la torre de un fuerte y lo embarcó después para España, cargado de cadenas y de oprobio.

Apenas se hicieron a la mar, se presentaron al almirante, Cristóbal Colón, el capitán, Alonso Vallejo, hidalgo y persona honrada, y el maestro de la nave, Andrés Martín de la Gorda, dueño de la carabela, que de su apellido se llamaba *Gorda*; y con sentidas frases y corteses maneras, se dispusieron a quitarle los grillos que le había mandado poner Bobadilla; mas el almirante no lo consintió. Díjoles que estaba seguro de su inocencia y que esperaba tranquilo a que los Reyes Católicos se los mandasen quitar, si de su orden se los habían echado, o castigasen al culpable si éste había atropellado, sin su mandato, la autoridad que representaba. Colón abrazó con efusión a aquellos nobles castellanos, que durante el viaje lo trataron con todas las consideraciones, cuidados y cariño posibles.

Colón escribió a los Reyes varias cartas contándoles lo sucedido, y al llegar a Cádiz las envió a Granada, que era donde estaban ambos monarcas. Estos reconocieron la inocencia del infortunado almirante, y ordenaron al momento que se le pusiera en libertad, enviándole muchos presentes y dedicándole cariñosas frases que revelaban profundo agradecimiento; y el pueblo lo recibió también lleno de júbilo

El rey y la reina, Isabel y Fernando, no solamente desaprobaron la conducta de Bobadilla y devolvieron a Colón todos sus honores y prerrogativas, sino que nombraron a Nicolás de Ovando para sustituir a Bobadilla, quien se había hecho indigno del mando; y víctima de la envidia, lo mismo que sus secuaces, se vió humillado y obligado a salir para España a dar cuenta de su conducta. Como la virtud triunfa siempre, Colón llegó triunfante a Santo Domingo en el mismo día en que Bobadilla y sus secuaces salían para España, donde iban a ser enjuiciados; mas no bien las carabelas se habían perdido de vista, cuando un huracán las hizo naufragar y perecer.

Juegos y pasatiempos



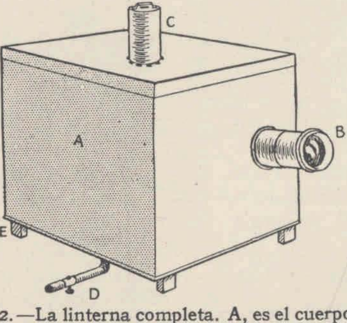
LINTERNA MÁGICA PARA PROYECTAR TARJETAS POSTALES

NADA hay tan útil para pasar veladas entretenidas, como una buena linterna mágica. Por desgracia, las linternas que se venden en el comercio tienen la desventaja de exhibir solamente vistas pintadas o fotografiadas en vidrio, y de que éstas cuestan bastante dinero; y aun cuando el dueño de la linterna posea muchas vistas, se cansa pronto de proyectar siempre las mismas.

1.—Haciendo funcionar la linterna mágica que proyecta tarjetas postales.

Como a la mayor parte de los niños les gustaría tener una linterna que pudiera proyectar cualquier clase de vistas o dibujos sobre la tela, vamos a enseñarles con qué facilidad podrán construir una.

La linterna mágica que vamos a describir a continuación puede hacerse con una lata vacía, del tamaño de esas en que vienen embaladas las galletas inglesas. No necesita vistas tomadas en vidrio, y podrá proyectar, en sus colores naturales, una reproducción, muy agrandada, de lo que se ponga en ella. Cuando la tengamos hecha podremos usar tarjetas postales, o dibujos y caricaturas que se recorten de las revistas y periódicos ilustrados—y todos serán proyectados en la tela lo mismo que si se tratara de una verdadera linterna mágica con placas de vidrio.



2.—La linterna completa. A, es el cuerpo de la linterna; B, es el objetivo; C, la chimenea; D, el brazo de gas, y E, los pies sobre los cuales descansa la linterna.

El grabado número 1 representa la linterna funcionando; el dibujo de un elefante, colocado dentro de ella, aparece proyectado en frente.

Puede verse inmediatamente la ventaja de este sistema. Quizá tenga alguno centenares de postales o fotografías que resultarían espléndidas si se proyectasen en la tela. Pues bien; todas ellas pueden utilizarse sin que canse jamás este entretenimiento, porque habrá continuamente nuevas vistas, de muy diversas clases. Además, pueden emplearse mariposas y flores, vivas o disecadas, y, si se quiere, hasta se pueden poner dentro pequeños insectos vivos, pues esto no les causará el menor daño, y entonces se verán mucho más grandes y moviéndose en la tela de la manera más natural. Se puede ver asimismo una mosca, considerablemente amplificada, corriendo por toda la tela colocada para la proyección, y los espectadores se preguntarán maravillados de qué manera se introdujo allí. Con esta linterna mágica pueden hacerse también toda clase de cosas sorprendentes; pero, ante todo, veamos cómo se construye.

Se coge una lata cuadrada y, más o

menos, del tamaño que hemos dicho. Esta lata formará el cuerpo de la linterna, tal como se representa en el grabado número 2.

Fíjese en su interior una lámpara o mechero de gas que produzca buena luz, pues cuanto más viva sea ésta, tanto más hermosas serán las imágenes proyectadas. Y como la camiseta incandescente produce la mejor luz posible, puede colocarse una de éstas en un mechero, y será mejor y más fácil que colocar cualquiera otra clase de lámpara de gas. No tenemos más que hacer un pequeño agujero en el fondo de la caja, poner el mechero dentro, y el brazo de gas debajo, atornillándolos juntos. Hecho esto, sujétese el mechero sólidamente en la posición que sea necesaria.

3.—Abertura para colocar el objetivo.

Luego será preciso construir cuatro pies para la linterna, porque el brazo de gas que se ha colocado debajo impediría que estuviese bien nivelada. Cuatro pequeños cubos de madera, de unos seis centímetros de alto, pueden servir para ese objeto. Y si hay a mano unos bloques de madera de alguna caja vieja de rompecabezas, tanto mejor. No tendremos más que colocar uno en cada ángulo de la lata, clavar algunos clavos por la parte de adentro, y los pies quedarán bien sujetos en pocos minutos.

4.—Diagrama de la linterna vista desde encima.

Ahora será preciso buscar una lente para el objetivo de la linterna, y se la encontrará en cualquier establecimiento donde se vendan efectos de óptica, o de los que se dedican al comercio de aparatos para la fotografía. Será conveniente explicar, con exactitud, para qué ha de servir la lente, y el óptico ya lo comprenderá. La lente deberá estar montada en un tubo de latón colocado dentro de otro tubo, de modo que pueda el primero entrar y salir con facilidad, como un catalejo, para enfocar las vistas en la tela.

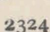
5.—Chimenea hecha con una lata de conservas.

Practíquese luego un agujero en la lata y fíjese la lente tal como se representa en el grabado, lo cual es muy fácil mediante un abrelatas, con el que podremos cortar la lata en pocos minutos. Una vez practicado el agujero, fíjese en él la lente. Si la montura de latón de ésta tiene un reborde plano en la parte posterior, con agujeros para tornillos, la operación será facilísima. Todo lo que se tendrá que hacer, será practicar agujeros a través de la lata y fijar luego la lente con fuertes sujetapapeles de cobre. Si no tuviera reborde, lo mejor entonces será hacer en la lata ocho cortes que coincidan en un mismo punto, como se ve en el grabado número 3. Dóblense luego los vértices de los trozos de lata hacia dentro, y formarán un soporte para el tubo de la lente.

Ya se tiene en posición el aparato del gas y la lente que forma el objetivo; falta ahora hacer una puertecita en la parte posterior de la linterna, a fin de poder colocar las vistas dentro. Córtese un agujero oblongo, del tamaño aproximado de una tarjeta postal, no en el centro de la lata, sino en el lado opuesto al que ocupa el objetivo, como se representa en el diagrama número 4. Hecho esto, constrúyase una puertecita de madera con bisagras, como se ve en el mismo diagrama.

Falta solamente la chimenea, que puede hacerse con una de esas latas cilíndricas en que suelen venir las conservas. Ábrase un hueco en la parte superior de la linterna, exactamente sobre el sitio en que se halla el aparato del gas. Practíquense luego una abertura circular, en el fondo, y cinco o seis cortes en el borde de la lata de conservas, estos últimos de poco más de dos centímetros de longitud cada uno; dóblense hacia afuera las lengüetas que resulten en el borde, y entonces se podrá colocar la chimenea en la parte superior de la linterna, asegurándola con varios sujetapapeles de cobre. A fin de que no se escape la luz por la abertura circular hecha en el fondo de la lata de conservas, colóquesele encima un pedazo de hoja de lata. Una ojeada al grabado número 5 bastará para comprender claramente, en todos sus detalles, cómo ha de hacerse la chimenea. También deben practicarse algunos agujeros pequeños en la parte posterior de la linterna, para que penetre el aire, pues, de otro modo, el gas no ardería bien.

Ya tenemos concluída la linterna, y si todo se ha hecho con pulcritud, será muy bonita. Si se quiere que resulte más ele-



gante, désele una capa de barniz negro. Para probar la linterna, se cuelga una sábana en una de las paredes del cuarto; se pone la linterna encima de una mesa, a la distancia de unos tres metros de la sábana, y, mediante un tubo de goma, se conecta el mechero con la cañería del gas. Se coloca luego la camiseta incandescente en el mechero, se enciende éste y se tiene cuidado de que la chimenea esté bien en su sitio.

Ábrase después la puertecilla posterior de la linterna y fíjese una postal en la madera, por medio de chinches, y tan pronto como se cierre la puertecilla quedará proyectado y amplificado en la sábana el asunto representado en la tarjeta postal. Regúlese el objetivo impeliéndolo hacia adelante o hacia atrás hasta que la imagen proyectada en la tela se vea bien clara, y entonces ya se podrán proyectar tantas postales o dibujos como se quiera. Téngase presente que cualquiera que sea la clase de dibujos o vistas que se quiera proyectar, deben fijarse siempre invertidos, esto es, con lo de arriba para abajo. En la tela aparecerán en posición natural. Ya hemos dicho que con esta linterna se pueden proyectar insectos vivos. La manera de hacerlo es construir una cajita de cartón con una tapadera de vidrio, para contener el insecto—que podrá ser una mosca, un escarabajo, una araña, etc. Colóquese luego el insecto dentro de la cajita y cuando esté todo preparado ábrase la portezuela de la linterna y sosténgase sencillamente la cajita en la abertura. Inmediatamente la imagen amplificada del insecto aparecerá moviéndose por la tela. Aun cuando la luz dé de lleno al insecto durante algunos minutos, no le causará ningún daño.

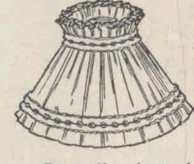
PANTALLA DE PAPEL PARA VELAS

HE aquí una idea excelente para una novedad en el ramo de pantallas para velas. Cómprese un pequeño rollo de papel de color, rizado, y una forma de talco, como la representada en la figura número 1; córtense dos pedazos del rollo, de 55 centímetros de largo por 10 de ancho. Júntense ambos para que el papel sea doble; recójase todo alrededor de un extremo por medio de hilo y aguja, a unos dos centímetros de la parte superior. Tírese del papel hacia arriba, hasta conseguir la medida que se necesite para cubrir la parte superior de la forma de talco. Envuélvase el extremo y sujétese en el punto en que se recoge. La forma de talco tiene tres juegos de agujeros, por los cuales se puede coser a la pantalla de papel para que ésta se mantenga firme y adquiera una forma elegante. Estas pantallas se pueden adornar de muchas maneras. La que representa el grabado número 2 es de papel de color de rosa, adornada con lirios del valle, y la del grabado número 3 está sencillamente adornada con volantes de papel. Si se saben combinar bien, pueden emplearse dos colores que produzcan buen efecto.



2.—Pantalla adornada con flores.

1.—La forma de talco.



3.—Pantalla adornada con volantes de papel.

CÓMO SE CORTA EL CORDEL MÁGICO

ES éste un juego muy antiguo, pero muy bonito y, modificado en la forma que vamos a describir, es muy poco conocido. Lo mismo puede hacerlo un niño que una niña y tiene la grandísima ventaja de no necesitar previamente preparación alguna. Cuando se haya adquirido la destreza necesaria, se podrá poner en práctica en un momento, pues sólo requiere unas tijeras y un trozo de cordel.

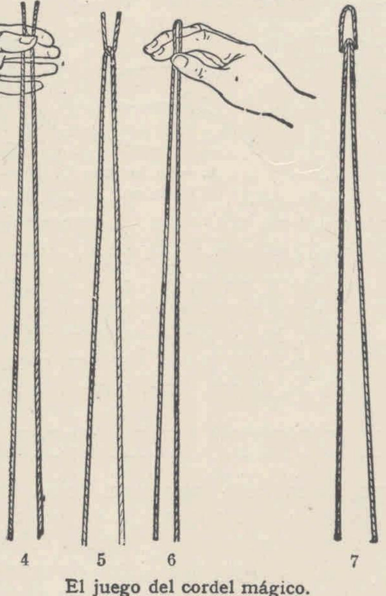
El cordel debe tener un metro o poco más de longitud. Empiécese por tomar un cabo en cada mano, entre el pulgar y el índice, dejando colgar el resto del cordel. Pero el cabo de la mano izquierda no debe sostenerse precisamente de la misma manera que el otro, aunque nadie que no esté en el secreto notará la diferencia. Si observamos el grabado número 1, veremos que el cordel pasa en la mano izquierda por entre los dedos medio y anular y cuelga por fuera de los dedos anular y meñique.

Después de esto se pasa la parte del

cordel que se sostiene con la mano derecha por entre el índice y el medio de la mano izquierda como se representa en el grabado, y se tira hasta que la mitad de su longitud haya pasado por los dedos. Luego, con la mano derecha, que sostendrá todavía el cabo correspondiente, se coge el cordel de la mano izquierda en el punto señalado con la letra A, y se levanta hasta que esté nivelado entre las manos, como representa el grabado número 2. A cualquier espectador le parecerá que se habrá sencillamente recogido el cordel formando doble presilla, pero está realmente como se ve en el grabado número 3.

Cogiendo el cordel tal como se ha dicho, se pide a cualquiera que con unas tijeras corte en dos mitades la porción que entre las manos parece ser el medio, y corta por lo tanto en este punto. Hecho esto, se suelta el cordel de la mano derecha y se deja colgar de la izquierda como se ve en el grabado número 4. Todos los espectadores se imaginan que el cordel está perfectamente cortado por la mitad, pero su verdadero estado es el que representa el grabado número 5.

Lo que luego hay que hacer es pasar el cordel a la mano derecha con el mayor disimulo y cogerlo un poco más arriba, de modo que los cabos superiores, así como el punto en el cual se cruzan los dos trozos de cordel, estén ocultos por los dedos. Se pide a cualquier espectador que coja uno de los cabos largos, y entonces el operador se arrolla el resto del cordel en la mano izquierda. Esta operación hace pasar el trozo suelto a la otra mano, y cuando se desarrolla de nuevo el cordel se ve que todo él es de una sola pieza, como al principio. El trozo pequeñito se oculta en la mano derecha.



El juego del cordel mágico.

Pero aun no hemos concluído. Alguien, una de esas personas que saben o creen saberlo todo, puede ser que diga:—¡Oh, sí: ya sé como se hace eso! El cordel no ha sido cortado por la mitad, sino que se le ha quitado un trozo de un extremo. —¡Ah! ¿lo cree Vd. así?—replica el que hace el juego.—Entonces volveré a hacerlo, y esta vez puede Vd, si lo desea, medir el cordel antes y después. Si nadie hace esa observación, la puede hacer uno mismo. Mientras miden el cordel, se dobla disimuladamente el trozo que quedó en la mano derecha, con el extremo de la presilla hacia arriba, manteniéndolo escondido entre el pulgar y los demás dedos. Cuando ya ha sido devuelto el cordel, después de medido, se dobla también por la mitad, y tomándolo por en medio entre los dedos de la mano derecha y el pulgar levántese dos o tres centímetros lo que, al parecer, es la presilla así formada, pero, que en realidad es la presillita hecha con el trozo pequeño. El grabado número 6 representa la apariencia que ofrece el cordel, y el número 7 el verdadero estado en que debe hallarse. Se deja cortar la presilla a cualquier espectador, y se arrolla el cordel alrededor de la mano izquierda como se hizo antes. El espectador verá claramente que vuelve a estar como estaba antes de empezar, y, si lo vuelve a medir, se convencerá de que no habrá perdido nada de su primitiva longitud.

Este juego no es muy fácil de describir con claridad, pero si se siguen las instrucciones con el cordel en la mano y se estudian

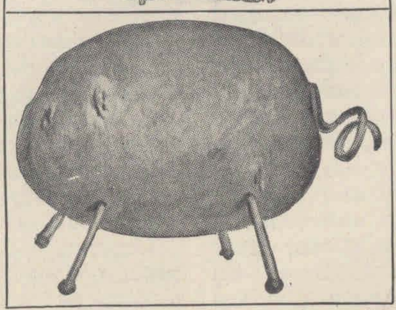
los grabados, se aprende muy pronto. Y vale la pena de aprenderlo porque es un bonito juego de manos, en el cual tiene parte muy principal la astucia, y esta clase de juegos son los más interesantes de todos, y siempre causan buena impresión.

UNA ALDEANA HACENDOSA Y SU CERDO

SI probamos alguna vez de hacer juguetes con patatas, observaremos que es cosa sumamente fácil, según se desprende de los dos grabados que figuran en esta página. Vamos a fabricar una muñequita de facha extraña, junto con su cerdo. Sabido es que, en muchas partes, alguna gente muy pobre suele criar cerdos y que, con frecuencia, comparten con ellos su vivienda. Estos cerdos se alimentan principalmente de patatas, y mucha de aquella pobre gente no cuenta tampoco con otra clase de alimentación. Así es que, en cierto modo, viene a estar muy en carácter fabricar con patatas la mujercita y su cerdo.

Para la primera, se necesita una patata que sea bastante larga y que tenga en un extremo una pequeña prominencia de forma redonda; esta prominencia nos servirá para formar la cabeza.

Si no es posible encontrar una patata que reuna esas condiciones, se procede del modo siguiente. Tómese una patata larga y algo puntiaguda por un extremo; tómese luego una patata pequeña y bien redonda, y fíjese en el extremo de la grande, mediante un largo alfiler. Si esto se efectúa con destreza, la punta del alfiler no será visible cuando esté acabada la muñeca.



La aldeana hacendosa y su cerdo, confeccionados tal como queda descrito en esta página.

En primer lugar se lava la patata cuidadosamente, pero sin arrancar la piel. Rásquese luego dicha piel para hacer dos agujeritos redondos que serán los ojos; una larga hendidura curva hará las veces de boca; y otra, corta, más arriba, servirá de nariz. Si nos podemos procurar dos alfilercitos de cabeza negra, los clavaremos en la patata para que figuren las pupilas de los ojos.

El que sepa manejar el pincel podrá tomar un poco de color rojo y pintarle a la muñeca unos labios de vivísimo carmín. Añadiéndole, entonces, agua, puede emplearse el mismo color para teñir las mejillas.

El resto de la patata servirá para formar el cuerpo, al que pondremos un bonito vestido hecho de papel de seda verde. Si le añadimos un delantal (también de papel), su aspecto mejorará mucho.

Los brazos y las piernas pueden confeccionarse con mondadientes o palillos. Por último, puede hacerse un sombrerito, parecido al de una muñeca usual, y atarlo con cintas blancas.

Todavía es más fácil fabricar el cerdo, según se desprende de la figura de abajo. Escójase una patata larga de forma regular; clávense en ella cuatro fósforos o palillos que formarán las patas, y dos grandes alfileres de cabeza negra que figurarán los ojos. Un trozo de alambre recio retorcido servirá de cola.

Se encuentran algunas veces patatas que tienen en uno de sus extremos una especie de punta algo parecida al hocico de un cerdo.

QUÉ DEBEMOS HACER, CUANDO HAY TORMENTA

MUCHAS son las personas que al oir los truenos se asustan sobremanera y van a esconderse en una habitación oscura. Su miedo no deja de ser ridículo, no habiendo el menor peligro, puesto que el trueno no es otra cosa sino el eco de la descarga eléctrica entre dos nubes o entre una nube y la tierra. En cambio, debemos precavernos del relámpago y del rayo, que pueden ser peligrosos durante una tormenta y no imitar a ciertas gentes que, por mostrarse impávidas, se exponen necia e innecesariamente a ellos en el curso de una tempestad.

Hay tres clases de relámpagos. Los difusos, *o de calor*: aparecen como un resplandor rojizo que ilumina nubes enteras, y que no son sino una descarga eléctrica muy débil o el reflejo de otra más potente, verificada a muchos kilómetros de distancia. Esta clase de relámpagos es frecuente en los crepúsculos de tardes calurosas, y son enteramente inofensivos. A la segunda clase pertenece el llamado comúnmente *culebrina*, por la forma de zig-zag que toma. En él la chispa eléctrica puede cruzar entre dos nubes distantes quince o veinte kilómetros una de otra. Los relámpagos de tercera clase, menos frecuentes, son los llamados *globos de fuego*, pues se dejan ver como esferas en ignición, que se mueven lentamente en el espacio y acaban con una fuerte detonación al ponerse en contacto con la tierra; son muy peligrosos, pero, afortunadamente escasos. Vulgarmente se les denomina *centellas*, y siempre van a parar a la tierra.

Es siempre útil saber qué hemos de hacer cuando se desencadena una tormenta. En tiempos pasados solían las gentes tocar estrepitosamente las campanas de las iglesias, en la creencia de que sus tañidos alejarían el trueno y el rayo, cosa que, como es fácil comprender, era una mera superstición. Las precauciones que debemos tomar son más prácticas.

Si nos encontramos en casa, lo primero que hemos de hacer es alejarnos de cuantos objetos sean buenos conductores de la electricidad y nos la puedan comunicar a nosotros. El aire caliente, el humo y el hollín son buenos conductores; y asimismo las planchas de metal, las tuberías de hierro, etc.; por lo tanto, haremos muy bien en apartarnos de las chimeneas y estufas. Por la misma razón será oportuno retirarse de balcones y ventanas, a causa de sus barandas, barrotes, cierres y pestillos. Los espejos conducen bien la electricidad, pues llevan considerable cantidad de azogue.

Así, pues, el sitio más seguro de una habitación durante una tormenta es su centro, siendo conveniente colocarse sobre una estera o alfombra gruesa enteramente seca, si los relámpagos son intensos, pues así disponemos de un perfecto aislador para nuestro cuerpo. Es una necedad encerrarse en despensas, armarios, etc., o arrinconarse por los pasillos. Se está más seguro en un piso medio de la casa que en los sótanos o en las buhardillas.

He aquí las oportunas precauciones que hemos de tomar si nos hallamos fuera de casa. Si vamos en tren o en coche, deberemos sentarnos con el busto erguido, sin recostarnos, pues muy bien pudiera pasar la electricidad por el material del vehículo.

Si, por el contrario, vamos a pie, es imprudente cobijarse debajo de un árbol, pues por regla general los objetos elevados son más o menos conductores de la electricidad; y, siendo el cuerpo humano un excelente conductor, si el rayo hiere al árbol, lo natural es que pase a nuestro cuerpo estando próximo a él. En cambio, no es peligroso permanecer cerca del cable del pararrayos, como muchos creen, pues siendo mejor conductor que el cuerpo humano, la electricidad no dejará el cable con preferencia a nosotros, sino que continuará su descenso por él.

Guarecerse debajo de un árbol es la peor precaución que se puede tener durante una tormenta. No hay cosa que más a menudo sea herida por el rayo que los árboles, y aunque de éstos unos tienen mayor o menor receptibilidad eléctrica, ninguno está libre de tal peligro.

El saúco, por ejemplo, y el acebo son rara vez atacados por el rayo, mientras el roble, el fresno y el olmo lo son muy frecuentemente, y de un modo particular el roble suele quedar astillado. No falta quienes deliberadamente se cobijan debajo de una haya o de un álamo, creyendo que

estos árboles quedan indemnes después de la tormenta, pero, en realidad, son con frecuencia víctimas del rayo.

Si la tormenta nos sorprende en un lugar expuesto, evitaremos la cercanía de árboles elevados y de otros objetos prominentes. Es recomendable, asimismo, alejarse de los grupos de personas y de animales, pues hay quien asegura que la columna ascendente del vaho de su respiración puede atraer la electricidad. Si nos hallamos en descampado, y no nos es posible encontrar guarida conveniente, será bueno, en caso de tener un impermeable, colocarnos sobre su parte más seca y arrollar el resto a nuestros pies. El caucho no es buen conductor; y, si el impermeable está seco, nos servirá de perfecto aislador. No nos aproximaremos tampoco a los pantanos y lodazales; sabemos que el agua es un buen conductor, y estando cerca de ella, y a mayor elevación, podríamos recibir la descarga eléctrica.

Es imprudente llevar paraguas cuando se anda en despoblado, y más aun llevarlo abierto, especialmente si es de los modernos, que tienen la varilla de metal, pues podría servir de pararrayos. Por análoga razón, no debemos llevar encima mucho metal, y será conveniente dejar el reloj, llaves, etc., en casa, si amenaza una seria tormenta.

MENSAJES LUMINOSOS NOCTURNOS

TODO el mundo puede construir un aparatito, por medio del cual le sea fácil ponerse en comunicación con sus amigos durante la noche, y a distancias considerables. Dicho aparato tiene algún parecido con el heliógrafo, de que se sirven los soldados para enviarse mensajes de día. Etimológicamente, heliógrafo significa «que escribe con el sol», y el aparato consiste en un espejito que va atornillado sobre un pie, recoge la luz del sol y la refleja.

El aparato, cuya construcción vamos a describir, es muy sencillo. Primeramente hemos de procurarnos una caja de unos 30 centímetros de largo por 25 de ancho y 25 de alto, y cuya tapa esté fija con bisagras. Como en su interior es necesario colocar una lámpara, haremos en la parte alta unos cuantos agujeros de un centímetro de diámetro, para dar salida al calor y al humo. Luego, en el fondo, que más tarde será la parte delantera, abriremos un orificio de 2 y ½ centímetros de diámetro, y, finalmente, colgaremos en el interior de la tapa un reflector.

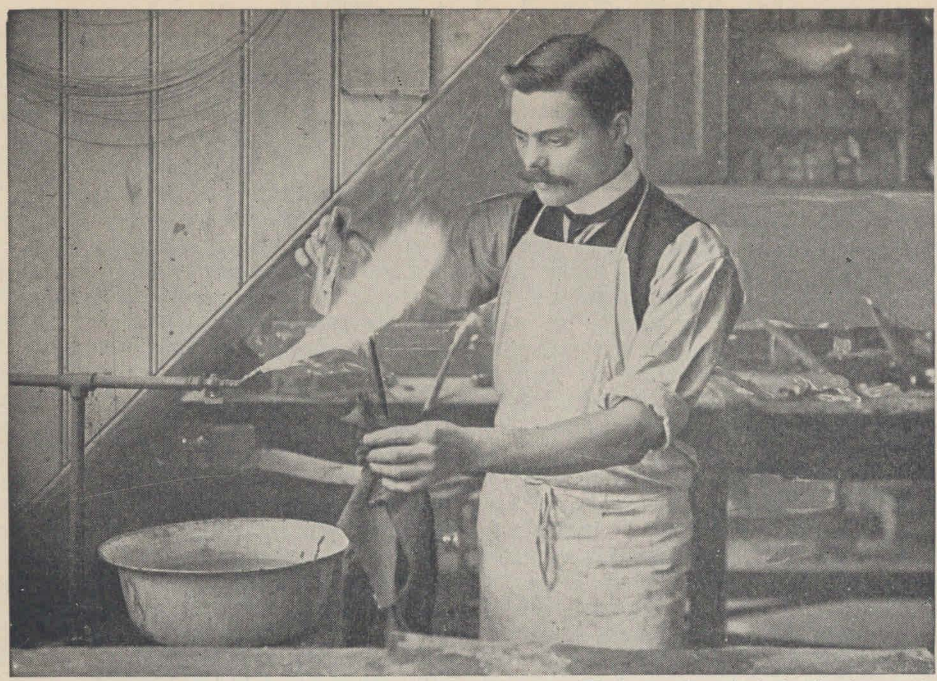
Con un trozo de zinc, hojalata o madera fina haremos un obturador, indispensable para abrir y cerrar el agujero que ha de dar paso a la luz. Este obturador ha de tener unos 30 centímetros de largo por 5 de ancho en la parte que cubre el orificio, e ir disminuyendo hasta unos 2 ó 3 centímetros en su extremidad, que servirá como de mango. Hacia la mitad haremos un agujero en que se introducirá un tornillo que lo fijará a la caja, de forma que su parte ancha cubra completamente el agujero: el obturador ha de girar libremente sobre el tornillo.

Hecho esto, colocaremos dentro de la caja una bujía encendida, o una lámpara pequeña, con lo cual nuestro aparato estará terminado y apto para su uso. Si en la casa hay alumbrado eléctrico, no será difícil llevar al interior del aparato una lámpara eléctrica provista de un alambre largo. En cuanto al código de señales, su elección o combinación queda al capricho de los comunicantes; pero es muy recomendable el alfabeto Morse, en el cual un rayo de luz corto equivale a un punto, y uno largo a una raya. Para emitir los rayos, manejaremos el obturador haciéndolo girar hacia arriba y hacia abajo. Un poco de práctica nos dará relativa rapidez y maestría.

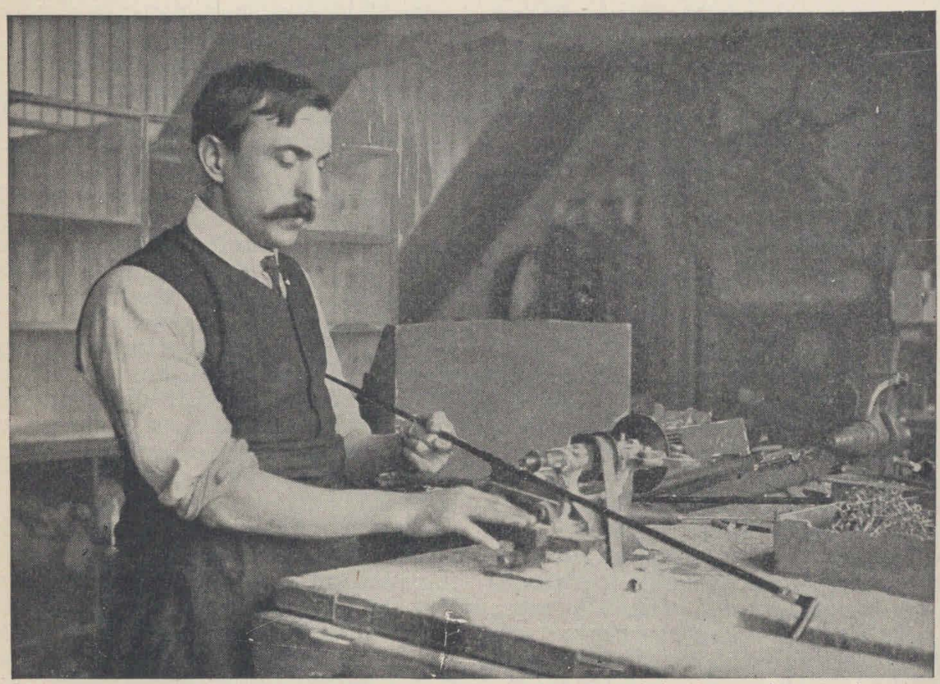
La persona con quien queramos comunicar, ha de tener asimismo un aparato análogo. En esta forma podremos sostener conversación, de noche, a una distancia de cerca de un kilómetro.

Para empezar la comunicación se colocarán los dos aparatos frente uno de otro, en la ventana, y unos cuantos rayos repetidos indicarán el principio de la conversación. Sabiendo el alfabeto Morse, ya expuesto en esta obra, es sorprendente con qué rapidez se pueden enviar y leer mensajes, después de una ligera práctica.

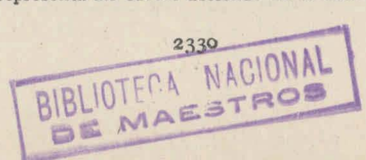
Este aparato puede servir de gran distracción a los enfermos o convalecientes, imposibilitados de salir de casa y deseosos de hablar con sus amigos, pues con él se pondrán en directa comunicación con éstos, cual si los tuviesen delante. Finalmente, una persona ingeniosa puede dar al aparato diferentes aplicaciones y convertirlo en un instrumento sumamente divertido.



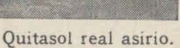
Aquí vemos cómo se afirma el puño en el bastón del paraguas. El obrero, después de fundir el cemento en la llama, moja en él el extremo del palo, coloca el puño, y lo enfría en una palangana de agua.



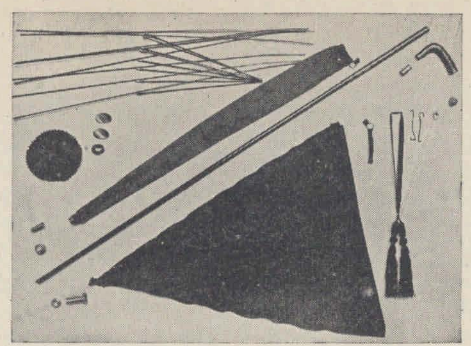
Los bastones, amarrados unos con otros en mazos de a docena, son enviados al montador, quien les coloca una anilla, o faja de metal, alrededor del puño, y pule las partes brillantes. Colócaseles después el muelle próximo al puño, que es el que oprimimos para abrir el paraguas, y el muelle cercano a la contera, que lo mantiene abierto. El grabado representa un obrero abriendo en el cabo las muescas donde se introducen los muelles.







Quitasol real asirio.



Diversas partes que componen un paraguas moderno.



Hanway con su paraguas.

HISTORIA DEL PARAGUAS

EL paraguas, como simple variante del quitasol, ha sido conocido desde tiempos muy remotos; hallámosle representado en vasos y pinturas orientales, griegas y etruscas, con tal profusión, que nos induce a creer que su uso era muy frecuente. En los grandes museos pueden verse relieves, como el de un rey de Asiria que llevaba sus soldados al combate cubierto de un quitasol, 700 años antes de Jesucristo.

De Grecia y Roma se introdujo el paraguas en algunos otros países. Los árabes afianzaron su uso en España. Los persas lo asimilaron a su civilización, convirtiéndolo poco a poco en objeto de una industria, en la que el paraguas, perdiendo la forma primitiva del quitasol que le dió origen, fué causa remota de la introducción de este artefacto en Europa, tal como hoy le conocemos.

Pero habían de pasar muchos años antes de que esto sucediera; a mediados del siglo XVI, en la mayor parte de las naciones europeas era enteramente desconocido.

Cuéntase que el primer hombre que se paseó por las calles de Londres con paraguas recibió tan mal trato de los habitantes de esa capital, que bien merece consignarse aquí su nombre. Llamábase Jonás Hanway; había nacido en 1712, y durante su juventud viajó, con fines comerciales, por Persia, Rusia y otros varios países, en muchos de los cuales corrieron serios peligros sus mercancías y su vida; pero él no se asustaba por nada. Habiendo observado cuán inapreciables servicios presta a los hombres el paraguas en aquellas regiones, resolvió utilizarlo en Inglaterra como medio de protección contra las inclemencias del tiempo; y así, cuando ya contaba treinta y ocho años de edad, abrió el primer paraguas usado por hombre alguno en las calles de Londres.

Hanway fué el primer *hombre* que salió en Inglaterra con paraguas, pero no la primera *persona*. Antes que naciera él, las mujeres usaban ya sombrillas; pero hasta entonces se la había considerado como una prenda del exclusivo uso de las damas, como sigue siendo hoy día el velo con que se cubren el rostro; por eso se burlaron de Hanway los londinenses, al verle por vez primera con el paraguas. Era ridículo, decían, que usase un hombre una prenda de mujer. Y, mientras las personas más graves se contentaban con reirse de él a mandíbula batiente, los muchachos le arrojaban tronchos de coles, zanahorias, huevos podridos, y otros proyectiles por el estilo, haciéndole imposible la existencia. La mayor parte de nosotros hubiéramos preferido mil veces calarnos hasta los huesos, que

resistir el chubasco de malolientes huevos y hortalizas que la vista del paraguas atraía sobre la cabeza del infortunado Jonás Hanway.

Los conductores de carruajes de alquiler decían que los paraguas arruinarían su negocio. Otros creyeron que tales artefactos constituían una ofensa contra Dios: si la lluvia no tuviese por objeto el mojar a la gente—decían—no la enviaría la divina Providencia; por consiguiente, nadie tenía derecho a utilizar el paraguas para librarse de ella. Pero Jonás siguió firme en sus trece, despreciando el diluvio de huevos, hortalizas y aguas sucias que le arrojaban, desde las ventanas.—« Pronto será popular »—solía decir; pero no se salió con la suya.

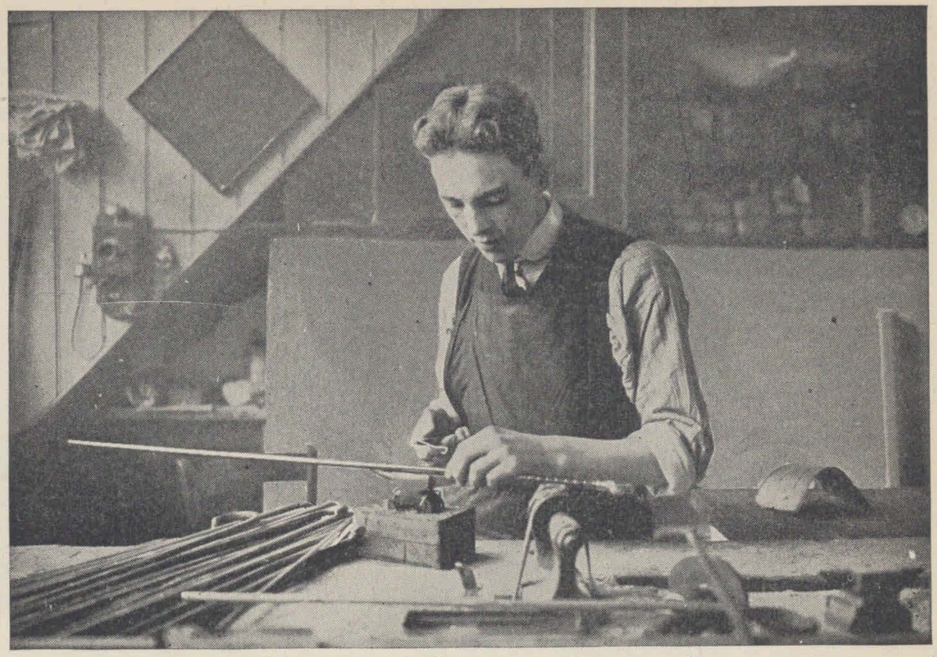
Treinta años tardó aún en generalizarse en Inglaterra el uso del paraguas. Los dueños de posadas y cafés acostumbraban tener uno que utilizaban sus clientes para ir de la puerta al carruaje, y al contrario; y también solían tenerlo en alguna que otra gran casa particular. Cuando se extendió más su uso, decíase que había tres clases de gentes: las que podían sostener carruaje, y no precisaban el paraguas, por lo tanto; las que podían permitirse el lujo de un paraguas, pero no el de un carruaje; y las que llegaban en su pobreza al extremo de no poder tener uno ni otro.

Por fin, adoptado el paraguas en Inglaterra, no tardó en vulgarizarse por los demás países de Europa, y más tarde en América, dando origen a una industria muy floreciente y muy importante en la actualidad.



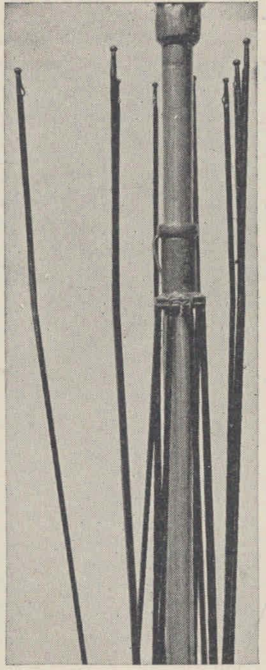
EL PARAGUAS O SOMBRILLA USADOS EN EL JAPÓN

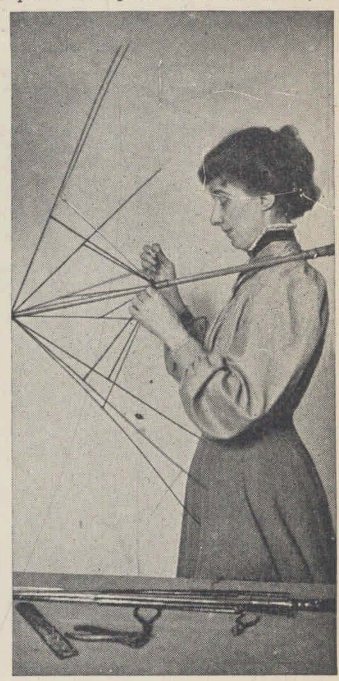
COLOCACIÓN DE LOS MUELLES Y VARILLAS



El muelle superior es colocado en su correspondiente muesca. Después se clava un pequeño tope en el mango, para evitar que la corredera avance demasiado, y el bastón queda listo para recibir el varillaje.







Después que las contravarillas han sido remachadas a las varillas, son ensartadas en un alambre y acopladas a la corredera. Las ocho varillas son también ensartadas y acopladas a una pieza próxima al ahogador y provista de tantas muescas cuantas son las varillas. El grabado de la izquierda muestra cómo se ejecuta esta operación. En el grabado del centro vense las varillas y contravarillas unidas ya al bastón. Luego las obreras, como vemos en la figura de la derecha, forran con una tira de tela la corona de la corredera donde se han articulado las contravarillas.



COLOCACIÓN DE LA TELA DE UN PARAGUAS



Terminada la anterior operación se procede a coser en las articulaciones de las varillas y contravarillas, ocho pequeños trozos ovales de tela, para evitar que estropeen la tela de la cubierta.



Se cortan ocho triángulos de tela, se cosen a máquina y se ribetea bien el borde; y colocado un sombrerete de raso de algodón en el extremo de las varillas, procédese a coser la tela sobre ellas.



Se cose luego la tela a las extremidades de las varillas, las cuales, a este efecto, van provistas de pequeños orificios u ojos, y se sujeta después a lo largo de ellas, dándole varias puntadas a intervalos iguales.



Luego, teniendo el paraguas con la diestra, se estira cada nesga con el pulgar de la izquierda y se arrolla la tela con la misma mano, de la contera hasta el puño, haciendo girar el mango en sentido contrario.



CONCLUSION DEL PARAGUAS



Hemos visto unir el puño a un palo de madera. Sin embargo, cuando el bastón del paraguas, en vez de ser un verdadero palo, es un tubito de metal, que es lo más frecuente hoy día, este es el momento en que debe cortarse dicho tubito, dejándolo a la longitud deseada, como se ve en el grabado; a continuación, se le une el puño.



Si el paraguas tiene bastón de madera, el obrero, con una afilada cuchilla, saca la punta al bastón. Luego ajusta el ahogador, pequeña pieza que tiene por objeto proteger las extremidades de la tela cosidas al disco superior del varillaje; coloca la contera o virola, y el paraguas está en disposición de ir a la tienda.



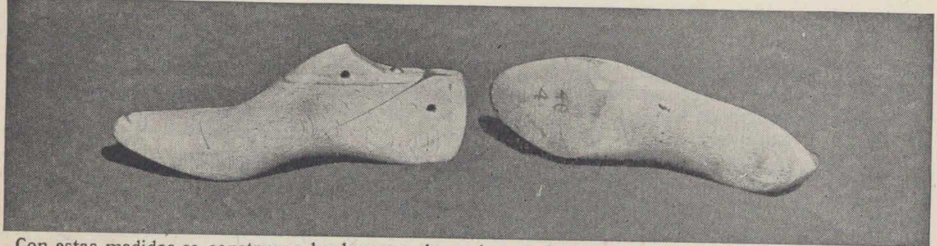
CÓMO SE HACE EL CALZADO



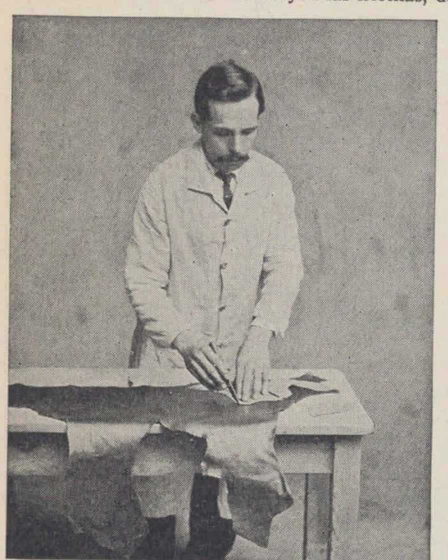
El zapatero toma el ancho del pie con una cinta métrica, y la longitud con un curioso aparato, llamado cartabón.



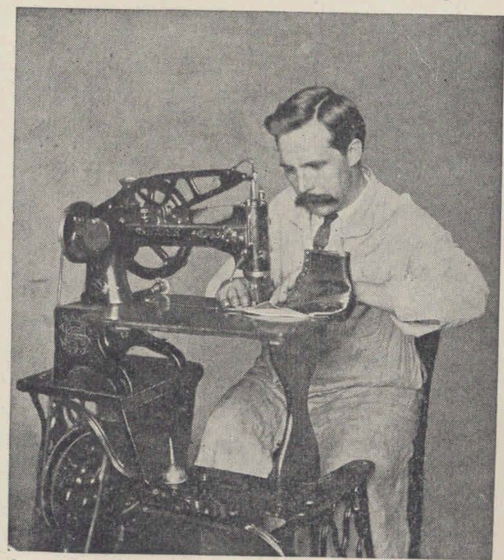
Mide el perímetro del empeine, del tobillo y de la caña de la pierna, y toma el contorno del pie.



Con estas medidas se construyen las hormas, de madera, o de hierro, si el calzado se hace a máquina.



De la piel de que ha de hacerse el calzado, el obrero corta las palas, medias cañas y talones, sirviéndose de una cuchilla muy afilada.



A continuación, después de sobrepuestas convenientemente y pegadas con engrudo, se cosen unas con otras las diferentes partes de las palas, medias cañas y talones.



TERMINACIÓN DE UN PAR DE BOTAS



Después, colocadas esas piezas alrededor de la horma, se estira con unas tenazas el borde inferior, de modo que, cayendo sobre la suela de la horma, pueda clavarse con unas tachuelas. Luego se cose la vira, que es una tira estrecha de cuero, a la que se afirma la suela. El calzado fabricado a máquina no lleva esta pieza. Ahora se coloca la suela; por último, se hacen los tacones y se pulimentan, lo mismo que las suelas; se colocan los cordones o cintas, y queda listo el par de botas.



Un elefante furioso es un encuentro terrible para el hombre que tropieza con él en su camino. Contra esta fiera airada casi no hay posibilidad de defensa, ni esperanza de evitar el peligro.



UNA CARAVANA ATACADA EN PLENA SELVA POR UN REBAÑO DE BÚFALOS SALVAJES

LOS ENCUENTROS DEL HOMBRE CON LAS BESTIAS FEROCES

¿QUÉ ocurre cuando un hombre desarmado tropieza con un león? El hombre ha conquistado el mundo entero y sojuzgado a las bestias, pero en estos tiempos de viajes y exploraciones, aun se cruzan algunas veces de improviso en su camino los hombres y las fieras. En algunas regiones del mundo la vida salvaje se encuentra todavía en los confines mismos de la civilización; y las fieras, contra cuyos progenitores lucharon los hombres primitivos, aun disputan el paso al hombre civilizado, si se atreve a invadir los bosques y las planicies donde imperan.

Todavía pululan los lobos en algunas regiones de Europa; campa por sus respetos el tigre desde la India a la Manchuria; reina el león en gran parte de África; el leopardo es odiado y temido al mismo tiempo en África y en la India; en América abundan el temible jaguar y el puma o cuguar, conocido también con el nombre de león americano; los osos habitan en el Mundo Antiguo y el Nuevo. Aun en el día de hoy, un hombre desarmado, en medio de los páramos inhabitados, se encuentra tan indefenso como sus antepasados contra estos animales feroces. Las armas de fuego constituyen para nosotros nuestra principal protección.

La guerra que el tigre tiene declarada al género humano produce un considerable número de víctimas en la India. Los naturales del país son de condición tímida, cosa que el tigre advierte bien pronto. Muchas tribus creen que en el cuerpo de cada tigre se encuentra aprisionada un alma humana, lo que contribuye a aumentar la repugnancia que sienten a sus mortales enemigos. Esta curiosa creencia es muy antigua.

El tigre no suele atacar al hombre desde el principio de su vida. Muchos de ellos desaparecen del mundo de los vivos sin haber matado a ningún ser humano. Hay algunos, sin embargo, que sienten desde su más tierna edad natural inclinación a cebarse en las personas; pero, generalmente, siempre existe alguna razón para ello. Tal vez una de estas fieras, al salir de su guarida, a la caída de la tarde, tropieza con un indio que conduce a casa sus ganados, y trata de apoderarse de un becerro o de una vaca. El pastor procura ahuyentar al tigre, y éste entonces lo mata de un zarpazo. Desde aquel momento, el feroz animal pierde todo temor hacia el hombre. La experiencia le enseña que es el ser más fácil de matar, y desde entonces lo elige por su presa favorita.

En África, cuando un león se aficiona a comer hombres, las tribus más belicosas salen a cazarlo, y lo matan, aunque para lograrlo tengan que sacrificar varias vidas. Pero los naturales de la India son de otra índole. A menos que un europeo no les acompañe, bien armado, se resignan mansamente a la obra destructora del tigre, de tal modo, que se cuenta que alguna de estas fieras ha llegado a devorar más de un centenar de personas, en un solo distrito.

Ni aun disponiendo de excelentes armas de fuego, puede en muchas ocasiones medir el hombre sus fuerzas con el tigre, que es, por diversos conceptos, un enemigo más temible que el león. A pesar de carecer del magnífico escudo protector que tiene el león en su hirsuta melena, posee el tigre otras ventajas, pues sus fauces son bastante más vigorosas y sus zarpas más terribles que las del rey de los animales; y la agilidad y rapidez asombrosa con que obra, aumentan el horror de un encuentro con tan implacable felino.

La precipitación del ataque del tigre es capaz de poner a prueba los nervios del hombre de más valor. Sir Eduardo Bradford, que escapó milagrosamente de las garras de una de estas fieras, y que llegó a ser, después de esa aventura, jefe de la policía de Londres, tuvo la poco envidiable suerte de poder comprobar por sí mismo la terrible rapidez con que un tigre se convierte de cazado en cazador. Había estado acechando a uno de ellos, lo había herido, y el animal se arrastraba a lo largo del lecho seco de un río. Sir Eduardo trató de colocarse al mismo nivel; pero al dar la vuelta a una roca, perdió de vista a la fiera. Ésta había trepado por una senda oculta y, al encontrarse a la altura del cazador, arrojóse con ímpetu furioso sobre él. Bradford trató de matarlo de un tiro. Pero entonces ocurrió algo inesperado: la ramita de un árbol se interpuso entre el disparador y la aguja, e impidió que se disparase el fusil.

SIR EDUARDO EN LAS GARRAS DEL TIGRE

Cogió el tigre a Sir Eduardo por el brazo izquierdo, lo derribó en tierra y se echó sobre él; mas, por fortuna, la víctima tuvo suficiente serenidad para permanecer perfectamente inmóvil, a fin de que uno de sus hombres, armado de un fusil, se aproximara y disparase contra la fiera, matándola. Sir Eduardo perdió el antebrazo izquierdo; pero era tal su empeño en salvar la vida a toda costa, que no sintió el menor dolor. La mente, en esos momentos, se encuentra tan activamente ocupada en buscar medios de salvación, que logra sobreponerse a todo padecimiento físico. Cierto es que en todos los casos no ocurre lo mismo; pero sabemos por otros muchos ejemplos que no es raro que la Naturaleza proceda con tan amorosa piedad.

También Lívingstone hubo de experimentar esta bienhechora insensibilidad para el dolor, pues a pesar de recibir en un brazo una dentellada terrible de un león, nada sintió en el primer momento. Su cerebro trabajaba con tal intensidad buscando un medio de escapar del peligro, que no le quedaba tiempo para pensar en lo que sentía. Otras muchas experiencias semejantes, y la observación minuciosa de los combates que sostienen entre sí los animales, han hecho creer a varios pensadores que la Naturaleza no es tan cruel como algunos han supuesto, y que los animales que mueren luchando con otros, no padecen tan terribles dolores como pudiera creerse, sino que pierden la vida casi sin darse cuenta de ello.

LA VOZ DEL HOMBRE IMPONIÉNDOSE A LA FIEREZA DEL LEÓN

Sea de ello lo que quiera, lo cierto es que el terror que nos causa la idea de una lucha con una fiera, es lo suficientemente horrible para que compadezcamos al que tiene que sostenerla.

Un león con el cual se tropieza en pleno día, no es nunca tan terrible como si se le encuentra de noche. Un hombre de buen temple puede defen-

Un oso polar, en Groenlandia, defendiendo sus crías contra unos caminantes armados.

Terrible salto de un león, para caer sobre su presa.

derse de los leones, a la luz del día, sin disparar un tiro. Lord Randolfo Chúrchill pasó una vez a caballo por entre un grupo formado por siete leones, sin que ninguno de ellos le atacase. Otro hombre vióse atacado por una leona a la cual había herido, y que, por esta causa, se hallaba, como es natural, más furiosa. No tuvo tiempo para volver a cargar su fusil; pero permaneció impasible e inmóvil y, dirigiéndose a la fiera que corría enfurecida hacia él, le gritó: « ¡Alto! ¡quieta ahí! » La leona acortó el paso, perpleja y, hasta cierto punto, alarmada. Era la primera vez que oía la voz humana, y en especial una voz autoritaria. No obstante, empezó a avanzar otra vez; pero el hombre, levantando ambos puños en alto, le gritó aún más recio y con acento más autoritario todavía. Esto trastornó por completo los nervios de la leona, que, en lugar de arrojarse sobre él, se detuvo y le permitió retirarse lentamente. Entonces dió la fiera media vuelta, y desapareció.

Refiérese además otra historia acerca de la manera como un cazador topó con una manada de leones, en ocasión de tener la escopeta descargada. La única cosa a propósito que encontró al alcance de la mano fué su anteojo, y se lo tiró a los leones con todas sus fuerzas, gritándoles al mismo tiempo lo más fuerte que pudo. Si hacemos el ademán de arrojar una piedra al gato que se ha colado en nuestro jardín, huye despavorido, y aquellos grandes gatos de los páramos africanos no dieron muestras de poseer más valor. Al ver el anteojo por los aires, echaron a correr. Es probable que la acción de arrojar un objeto a un animal ejerza sobre él un poder terrorífico.

UN HOMBRE QUE FUÉ ARREBATADO POR UN LEÓN, MIENTRAS DORMÍA

Pero no siempre se consigue escapar de una manera tan fácil. En cierta ocasión, un león logró introducirse en un campamento, y se apoderó de un hombre dormido. Sus gritos despertaron a otros compañeros y, entre todos, lograron ahuyentar a la fiera; pero, dos o tres horas más tarde, volvió a penetrar el león, arrastrándose, en la tienda, y se llevó al mismo hombre, a quien sus camaradas no lograron rescatar esta vez. El desdichado era un oficial inglés que viajaba por Uganda, donde los leones han causado verdaderos estragos.

La Gran Bretaña empleó seis años en construir, a través de esta región, un ferrocarril que arranca de Mombasa, en la costa, y termina, a más de mil kilómetros tierra adentro, en el gran lago de Victoria Nyanza. Pasa por territorios salvajes, donde abundan los leones, los leopardos y otros animales feroces. Fué un cuadro extraño el paso del primer ferrocarril por estas ignotas y misteriosas regiones donde apenas habían cambiado las condiciones de la vida, desde hacía centenares de siglos.

Los leones no respetaron los trabajos; antes al contrario, tales estragos causaron entre los obreros que construían la vía férrea, que en una ocasión hubo que paralizar todas las operaciones. El Imperio Británico fué aquella vez derrotado por los leones, los cuales devoraron tantos hombres, que un terror pánico invadió el campamento, a pesar de que aquellos obreros no podían calificarse de cobardes.

LAS SOMBRAS MOVIBLES QUE RECORRÍAN LA VÍA FERREA

Los leones avanzaban rugiendo hacia el campamento durante la noche; después se sucedía un gran silencio, señal cierta de que las fieras buscaban una vía por donde entrar. Al cabo de pocos momentos, un grito desgarrador denunciaba que habían encontrado el camino, y que, cuando se pasara lista, a la mañana siguiente, un obrero no respondería cuando se pronunciase su nombre. En el transcurso de nueve meses, los leones mataron a veintiocho operarios de los que trabajaban en el ferrocarril, amén de un considerable número de indígenas que seguían al campamento. Se supone que esta mortandad fué causada por dos leones solos; y es satisfactorio saber que ambos hallaron

ENCUENTROS CON LOS RINOCERONTES

Fin de un rinoceronte negro. Este animal galopa con la velocidad de un caballo.

Gran rinoceronte blanco atacando a unos viajeros.

la muerte a manos del intrépido teniente coronel Pátterson, que, en su calidad de ingeniero, era uno de los encargados de la construcción de la línea. Mr. Pátterson ha escrito una obra en la que relata ésta y otras aventuras de África.

EL ELEFANTE EXPULSADO POR SUS COMPAÑEROS

Causa pena oir narrar la imperdonable destrucción que se hace de los elefantes, los cuales, una vez domesticados, son tan fieles e inteligentes servidores del hombre. Pero hay elefantes amables, y otros que no lo son. No existe en el mundo entero un animal más terrible que el elefante feroz. Es éste un animal que, por una razón o por otra, ha sido separado del resto de su rebaño y al que sus compañeros no le permiten que se incorpore de nuevo. En tales condiciones se convierte en una especie de bandido. Arrebatado de desesperación y furor, este elefante destruye, por el mero capricho de hacer mal, a cuantos hombres encuentra, derribándolos al suelo, donde los mata con los colmillos o los aplasta con sus enormes patas. Una vez, organizóse en la India una expedición contra uno de estos animales que, en el transcurso de un año, había sorprendido y dado muerte a cerca de cincuenta indígenas. Era un animal monstruoso que, al verse perseguido por treinta hombres montados en elefantes domesticados, los atacó una y otra vez, y para matarlo fué preciso atravesarle el cuerpo con ochenta balas.

EL TEMIDO LEOPARDO

Aunque el leopardo es menor que el león y que el tigre, se le teme, por lo general, mucho más que a estas dos fieras. Se decide a atacar a las personas con mayor rapidez que los otros dos felinos, y es mucho más terrible por el hecho de ser un trepador admirable, propiedad de que carecen el tigre y el león. A donde quiera que trepe un mono, puede seguirle el leopardo, y desde la rama de árbol, a la que se adhiere de una manera tan íntima que no es posible descubrir su presencia, salta inopinadamente sobre su presa, dispuesto a emplear en ella, con efectos espantosos, sus poderosos dientes y garras. Por regla general, los leopardos no devoran a las personas, sino que se contentan con matarlas; pero esto no es obstáculo para que, lo mismo en Asia que en África, se les tema aún más que a los feroces leones y tigres que tantas víctimas causan entre los indígenas. No hace mucho, dos amigos estaban sentados una noche, acompañados de un perro, en la casa de una granja del África Oriental, cuando, de pronto, un monstruoso leopardo penetró de un brinco en la estancia, a través de una ventana. Deslumbrado por la luz que había en la habitación, trató de buscar salida por la puerta; pero, desgraciadamente, la cerró él mismo, en su atolondramiento. Entonces revolvióse contra el granjero, y arrebatándole una silla que había cogido para defenderse, le asestó un golpe en el cráneo.

El pobre hombre carecía de armas de fuego, y sólo pudo luchar con los puños. De poco sirven éstos en tales ocasiones; pero el perro acudió en su socorro y atacó denodamente al leopardo, acorralándolo hacia la puerta, que el granjero había logrado abrir entre tanto; al sentir la corriente de aire frío que por ella penetraba, la fiera la traspuso de un salto, con el perro colgado todavía de una pata.

EL JAGUAR Y EL PUMA

El jaguar significa para América lo que para Asia y África el leopardo. Como éste, al cual, por otra parte, se parece, trepa a los árboles de la selva donde vive, y allí, oculto entre el follaje, espera el paso de sus víctimas, para caerles encima.

Aun más terrible en su aspecto y más feroz en sus costumbres que el leopardo, sanguinario y despiadado, ataca y mata al hombre sin objeto, por mero afán de destrucción. Así, el encuentro con un jaguar es siempre muy desagradable; y se requiere mucha

EL TERROR DE LOS RÍOS AFRICANOS

El hipopótamo, que vive en los ríos de África, atacando una embaración.

Un enorme elefante macho acorralado en un río de África.

sangre fría y coraje para afrontar su agilidad y su valentía.

Esparcido hasta no hace mucho tiempo por todo el continente americano, constituye hoy en la América del Norte una rareza; en la del Sur, acosado también por la civilización, los últimos representantes de la raza han ido a refugiarse en los bosques tropicales, donde señalan su presencia con continuas depredaciones en los ganados o con la muerte ocasional de algún indígena desprevenido.

Para encontrarlo con relativa frecuencia, es preciso internarse en el Chaco y las Misiones argentinas y brasileñas, y especialmente en el Paraguay. En éste, puede decirse, sin temor de pecar por exageración, que son contados los naturales que nunca han visto un jaguar. En ocasiones, cada vez más raras, venidos del Norte aparecen todavía en la provincia argentina de Corrientes: y algunos pretenden haber visto jaguares descender el río Paraná en dirección al de la Plata, montados en los camalotes que la corriente desprende de la orilla y arrastra.

En aquellas regiones, los nativos reconocen fácilmente las huellas del jaguar; lo rastrean por los profundos arañazos con que desgarra la corteza de los árboles: y hay entre ellos individuos que sobresalen en la difícil tarea de cazarlos, atacándolos a cuchillo.

Impresiona oir el relato de una de estas cacerías tan primitivas. No ha mucho murió un correntino hazañoso que había matado en su vida una docena de ellos. Sin más armas que su facón largo y filoso, y su poncho, en la compañía de perros amaestrados, salía en busca del jaguar señalado. Éste, rastreado y encontrado, recula hasta poder proteger sus espaldas recostándose contra un árbol, y luego se apronta a la defensa y al ataque. Mantiene a raya la jauría, que en torno suyo ladra furiosamente y quiere precipitarse a morderlo, haciendo rodar a los más audaces de los perros, despanzurrados por sus terribles garras. Frente a él, con el facón en la diestra y el poncho arrollado a guisa de escudo en su brazo izquierdo, atento al menor gesto del felino, el cazador espera el zarpazo indefectible con que aquél inicia siempre el ataque, para cortarle la mano de un tajo de facón, rápido y seco. Ofuscado por el dolor, el carnicero no titubea ya en dar el salto, siendo recibido por el cazador, diestro y forzudo, en la punta del cuchillo, que se hunde hasta el corazón. Por cierto, que el viejo cazador de jaguares ostentaba con orgullo las muchas heridas recibidas en sus cacerías.

El puma vive en gran número aún, en ambas Américas. La usual designación en el Oeste de Norteamérica de «león de montaña» no conviene en la del Sur, donde el puma ocupa un área enorme, de configuración geográfica y climas sumamente diversos. Como el jaguar, ataca a las ganaderías: es muy capaz de matar un caballo o una vaca, siendo por esto muy aborrecido por los estancieros de esas comarcas. También se alimenta de avestruces y guanacos.

El puma es hasta cierto punto un poco cobarde; y aseguran que huye del hombre, defendiéndose solamente en último extremo. Esto no es siempre exacto. Un conocido explorador sueco regresaba a la hora del crepúsculo a su campamento, en la Patagonia. Habiéndose detenido un instante a reconocer el camino, sintió de pronto que le clavaban violentamente dos zarpas, en ambos hombros, y escuchó al mismo tiempo el rugido salvaje y aterrorizante del puma junto a sus oídos. A pesar de sus heridas y del lógico temor, disparó certeramente su rifle en la cabeza del puma, matándole.

El indio patagón sorprende por su habilidad en la caza del puma. Mientras sus perros lo acosan y rodean, él, jinete en su dócil caballo, maniobra hasta poder aplicarle con las boleadoras un golpe en la cabeza, para atontarlo, precipitándose luego, con rapidez increíble, para asestarle una puñalada en el corazón.

TERRIBLE ENCUENTRO CON UN BÚFALO



El búfalo del Sur de África es uno de los animales más terribles con que el hombre puede tropezar. Es tan fiero que ataca al león, y se cuenta que a veces lo ha vencido.

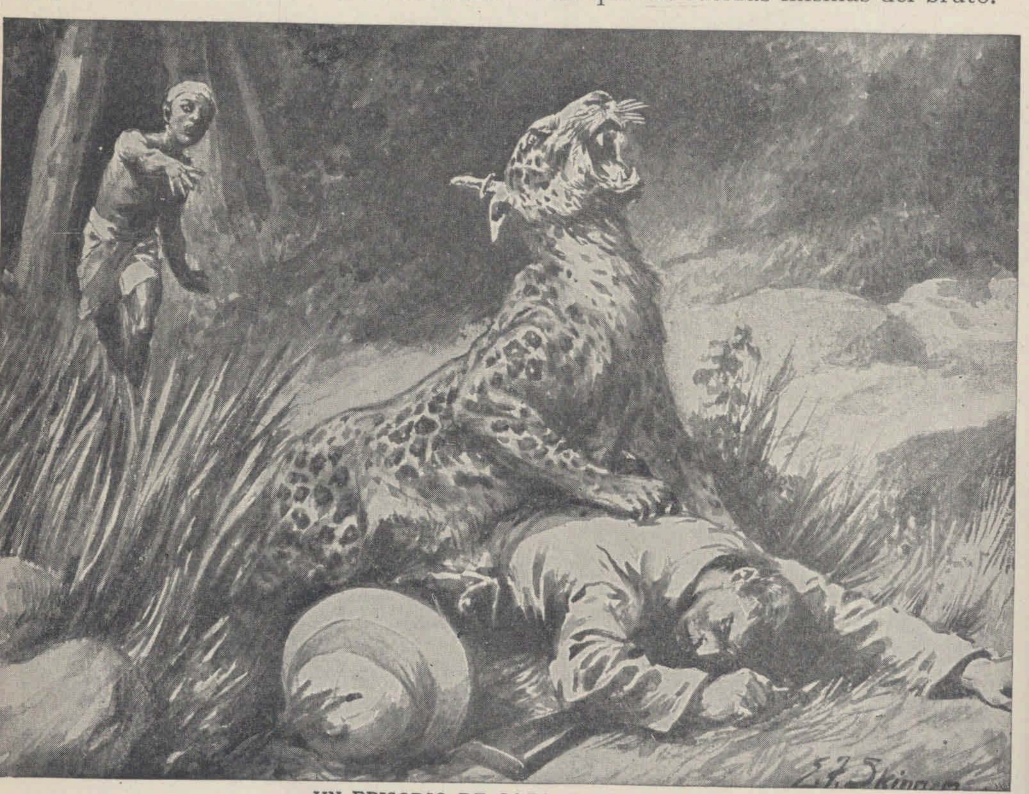
LUCHA DE UN HOMBRE CON UN COCODRILO EN UN RÍO DE ÁFRICA

En el agua, el animal a que más suele temer el hombre es el tiburón; pero existe otro, de agua dulce, más terrible que éste, el cocodrilo, el cual, cuando su víctima lucha, se lanza sobre ella como un rayo, y la tritura entre sus poderosas mandíbulas. No es fácil que un hombre desarmado logre escapar de sus dientes; pero en la Nigricia Septentrional vive un indígena lleno de cicatrices, que se jacta de haber alcanzado una victoria sobre tan feroz reptil. Hallábase dicho negro al servicio de un inglés, y una noche se cayó al río desde un bote. El cocodrilo estaba furioso y hambriento; pero el indígena salvóse recordando una antigua lección. Buscó a tientas los ojos del cocodrilo y logró introducirle en ellos los pulgares. El animal le soltó instantáneamente, y el hombre entonces logró llegar a la orilla, donde a la mañana fué hallado y conducido a un hospital.

Después de curado, el negro fué en busca de su amo, lo encontró, y continuó a su servicio. Conserva en su poder un glorioso trofeo: seis dientes del cocodrilo, que éste había perdido en la lucha, dejándoselos clavados en la cabeza.

LO QUE OCURRÍA A LOS PRIMEROS HOMBRES

Luchas de este género ocurren aún de tiempo en tiempo en varias partes del mundo, en donde la civilización no ha penetrado todavía. Estas luchas nos dan una idea de lo que debió ocurrir en aquellos días en que los primeros hombres reñían con las fieras, disputándose la vida sobre la haz de la tierra. La naturaleza de los animales salvajes no ha cambiado, ni su fuerza y vigor han disminuído. Pero el hombre es actualmente dueño de la tierra, por el poder de su cerebro, el cual le ofrece armas más temibles que las fuerzas mismas del bruto.



UN EPISODIO DE CAZA, EN LA INDIA



¿A DÓNDE VA A PARAR EL AGUA DE LA LLUVIA?

MUCHAS cosas ocurren al agua de lluvia que penetra en la tierra, las cuales dependen principalmente de la naturaleza del terreno de cada lugar. Gran cantidad de lluvia permanece en el terreno que cae, a escasa profundidad. Si no fuese por esta agua, no podría existir la vida vegetal. Pero en los lugares en que cae la lluvia y la tierra absorbe cierta cantidad de ella, podemos tener la seguridad de encontrar plantas de varias clases, que chupan buena porción de esta agua por sus raíces, y la exhalan después a la atmósfera. El suelo contiene también numerosas especies de seres vivientes además de las plantas verdes, tales como diversos géneros de animales, gusanos, insectos e innumerables microbios, todos los cuales utilizan para la conservación de sus vidas el agua que la lluvia derrama sobre la tierra.

Pero hay otra gran cantidad de lluvia, que no es consumida en ninguno de estos usos. Mucha parte de ella vuelve otra vez a la atmósfera en forma de vapor de agua, cuando el sol sale y calienta la tierra, después que cesa de llover. Buena parte de ella también se sigue filtrando lentamente a través de la tierra, hasta que encuentra una capa de alguna substancia que no puede atravesar. Resbalando por esta capa, puede ir a buscar un nivel más bajo, de donde es posible que brote de la superficie de la tierra en forma de manatial. A la larga, casi toda el agua que no es absorbida por los seres vivientes, o devuelta a la atmósfera, va a parar a los arroyos o ríos, y por ellos llega al mar, donde el sol la evapora de nuevo para seguir su ciclo interminable.

¿DE DÓNDE PROCEDE TODA EL AGUA DE LOS MARES?

Recordando que todos los ríos van a parar a los mares, podría creerse a primera vista que éstos son los que le llevan el agua. Pero el sol evapora la misma cantidad de agua que los ríos vierten en los mares; y, en todo caso, la cantidad de agua que éstos contienen es tan grande, que no pueden suministrarla los ríos. La mayor parte del agua que existe en los mares es lo que pudiéramos llamar el agua original del mundo, que se ha acumulado en los lechos de los océanos porque son los lugares más a propósito para contenerla, bajo de la influencia de la gravedad de la tierra. El agua, como sabemos, formó parte del aire en épocas remotísimas, en que la temperatura de la tierra era muy superior a la actual. Pero nos parece muy justo que se insista en preguntar

por la procedencia del agua, aun antes de que se precipitase sobre la tierra y ayudase a formar los océanos. A esto responderemos que fué formada hace muchísimos siglos mediante la combustión del hidrógeno por medio del oxígeno. Los elementos no pueden combinarse unos con otros a una temperatura demasiado elevada; y por eso, como antes que el agua del mundo se formase, reinaba extraordinario calor en la tierra, el hidrógeno existía en estado libre a pesar de hallarse rodeado de gran cantidad de oxígeno. Sin embargo, en cuanto la tierra se enfrió un poco, hízose posible la combinación de estos dos gases, siendo el agua el producto de ella. En el mundo hay muchísimo más oxígeno que hidrógeno, residiendo en la atmósfera la mayor parte del primero de estos gases, que quedó libre cuando se quemó el segundo para formar el agua.

POR QUÉ NO PENETRA EN LA TIERRA EL AGUA DE LOS MARES?

Dondequiera que es posible, el agua penetra en la tierra; y en los sitios en que el mar es muy profundo, la presión de las capas superiores del agua empuja a la del fondo a penetrar en él, si es posible. Es probable que en la mayoría de los lugares, el fondo sea tan denso, que el agua no pueda atravesarlo; pero pueden ocurrir con frecuencia ciertos acontecimientos que permitan que aquélla pase a través de él, y entonces, cuando llega a las profundidades de la corteza terrestre, en que la temperatura es muy elevada, se convierte en vapor, y puede ocasionar grandes trastornos. Creemos que los terremotos son siempre fenómenos que ocurren en tierra firme, siendo así que tienen lugar muchas veces en el fondo de los mares. Cuando acontece esto último, y en el interior de la tierra penetra considerable cantidad de agua, convirtiéndose en vapor, sobreviene lo que podríamos llamar un temblor de mar; y no cabe duda de que algunos de los terribles estragos que el mar causa no reconocen otro origen.

Pero debemos convenir en que, en general, el lecho del océano no se deja atravesar por el agua, como muchas partes de la tierra firme; y ésta es tal vez una de las razones por que ha llegado a servir de fondo al mar. En vez de dejar pasar el agua la sostiene sobre su superficie, como hace el fondo de una palangana, y después el peso del líquido mismo va ahondándola y dándole la forma cóncava, a fin de que pueda contener mayor cantidad aún. Pero sobre este asunto no es posible expresarse con entera seguridad, porque es una cosa muy difícil de averiguar.

¿CÓMO ES EL FONDO DE LOS MARES?

Ningún hombre ha descendido jamás a las terribles profundidades del mar, pues aun suponiendo que fuera posible hacer bajar el aire hasta él, el peso del agua que tendría que soportar le aplastaría, a no dudarlo. Pero podemos formarnos una idea de lo que debe ser el fondo del mar en esas grandes profundidades, porque conocemos las especies de animales que en ellas habitan, y algo sabemos también acerca de las condiciones en que se desarrolla su vida. A cuatro, ocho y doce kilómetros bajo el nivel del mar no debe existir mucha luz, y aunque la oscuridad no pueda ser perfecta, nosotros nos encontraríamos allí completamente a oscuras. Hállanse estos abismos habitados por una extraña mezcolanza de seres, peces raros y algas, hasta los cuales descienden los restos de todas las criaturas que viven en las regiones superiores del mar.

Si recordamos que el mar cubre las cinco séptimas partes de la tierra, comprenderemos que de la vida total que existe sobre ésta, debe encontrarse gran cantidad de ella en el fondo de los mares. Esta vida es, sin embargo, de la más rudimentaria, por dos causas principales: una la inmensa presión que el agua ejerce sobre ella, que impide el desarrollo de otras formas de vida más nobles; y otra es la exigua cantidad de oxígeno que existe en aquellas profundidades, y que causa los mismos efectos. Esto quiere decir que la vida de estas criaturas se desarrolla con mucha lentitud, siendo en verdad muy

distinta de la de los seres que disponen de aire para respirar, y aun de los peces que viven en los arroyos, cuyas aguas contienen gran cantidad de oxígeno en disolución.

¿POR QUÉ UNA BOTELLA LLENA DE AGUA CALIENTE CONSERVA SU CALOR MUCHO MÁS TIEMPO QUE OTRA QUE ESTÉ MEDIO LLENA?

La respuesta es muy sencilla: la botella que está llena contiene, como es natural, mayor cantidad de calórico que la otra. El agua es un admirable almacén de calor. Los diferentes cuerpos necesitan diversas cantidades de calórico para que su temperatura se eleve al mismo grado, aunque a primera vista nos parezca muy raro. Si tomamos cierta cantidad de agua, a una temperatura determinada, y otra cantidad igual de otra substancia cualquiera, y elevamos cinco grados, por ejemplo, la temperatura de ambas, veremos que el agua necesita absorber para ello una cantidad de calor mucho mayor que el otro cuerpo; y así como se tarda más tiempo en calentar el agua que cualquiera otra substancia, por almacenar más calor, así también tarda en enfriarse más que otro cuerpo, porque tiene más calor que perder; y claro está que, cuanto mayor sea la cantidad de agua, más importante será la de calor que encierre.

Pero debemos recordar, además, que cuanto mayor sea la masa de un objeto, más tiempo tardará en enfriarse. Los cuerpos se enfrían por su superficie; sus partes interiores se prestan calor mutuamente; y se comprende que cuanto menor sea la masa de un objeto, mayor será la relación de su superficie con respecto a su peso, y más rápidamente se enfriará, por consiguiente. Así pues, lo que ocurre con las dos botellas de agua caliente, la diferente rapidez con que el sol, la tierra y la luna se enfrían, y el hecho de que a un niño pequeño haya necesidad de abrigarlo más que a un hombre, se explican por la misma ley.

¿DE DÓNDE PROCEDE EL OXÍGENO DEL SOL, SI EN ESTE ASTRO NO HAY PLANTAS?

No es fácil de comprender, pero debemos recordar que un objeto puede poseer una temperatura elevadísima y enrojecerse y flamear sin que haya combustión ni combinación alguna con el oxígeno. El hilo de las lámparas eléctricas de incandescencia es un ejemplo bien conocido de esto. Ahora bien, hace ya mucho tiempo, creían los astrónomos que el calor y las llamas del sol eran debidas a combustiones que tenían lugar en este astro, lo mismo que ocurre en la tierra; pero después se hicieron a sí mismos la pregunta siguiente: «Si la luz y el calor del sol son debidos a la combustión, ¿de dónde procede el oxígeno y el combustible indispensables para ella?» Si el sol estuviese ardiendo, como arden las cosas en la tierra, habríase consumido hace muchos millones de años. No hay materia suficiente en el sol para engendrar toda la luz y todo el calor que produce. Por consiguiente, el calor y la luz que del sol emanan, no proceden de ninguna combustión ni combinación, como ocurre también en el caso de la lámpara eléctrica de incandescencia. El calor del sol se sostiene también en parte, por la incesante contracción que su masa experimenta, y en parte también se supone, por la acción de ciertos elementos, tales como el radio, que deben existir en dicho astro.

SI EL CENTRO DE LA TIERRA ES UN GLOBO DE FUEGO ¿POR QUÉ NO LO QUEMA TODO?

Cuando decimos quemar o consumir, queremos significar que los cuerpos se combinan con el oxígeno. Así, si en un lugar no hay oxígeno, la combustión no es posible. Los objetos podrán ponerse al rojo, adquirir una temperatura intensísima, pero nunca arderán. Esto ya es una contestación para la presente pregunta, pero aun podemos dar otra. Casi toda la corteza sólida de nuestro planeta está ya completamente quemada, así como las aguas de los distintos océanos, y, por tanto, por mucho que elevemos su temperatura, y por mucho oxígeno que haya, jamás lograremos quemar el agua, ni la arena, ni el pedernal, ni la arcilla, ni los cantos, por

la sencilla razón de que ya están quemados. Después que sus elementos constitutivos se han unido a todo el oxígeno con que pueden combinarse, su combustión ha sido perfecta, y no es posible hacerlos arder de nuevo. Así pues, todo el exterior de nuestro globo, con muy escasas y aisladas excepciones, ha sido quemado ya; y lo que llamamos tierra y mares son precisamente el resultado de esta combustión. Esta corteza quemada envuelve ahora el fuego que existe en el centro de la tierra, y mantiene en el aire el oxígeno que ha sobrado, por decirlo así, del que sirvió para quemar la corteza de la tierra.

¿CÓMO LOS HOMBRES NO DEDUJERON, AL CONTEMPLAR LOS ECLIPSES, QUE LA TIERRA ERA REDONDA?

Desde luego, en los eclipses del sol la sombra de la luna nada podía decirles acerca de la redondez de la tierra; de suerte que, para que nuestra pregunta sea correcta, debiéramos decir «los eclipses de la luna» y no sencillamente «los eclipses» de un modo general. Desde el momento en que los eclipses de la luna son debidos, como sabemos, a que la tierra proyecta su sombra sobre la superficie del satélite, impidiendo de esta suerte que la luz del sol llegue a él, justo es pensar que la forma de la sombra debiera revelarnos la de la tierra, de la misma manera que nuestra sombra dibuja la de nuestro cuerpo. Ahora bien; dicha sombra es circular, es decir, que es la sombra de un globo o esfera, y, desde el momento en que sabemos que quien la proyecta es la tierra, debemos deducir que ésta es redonda.

Pero este importantísimo argumento, tan interesante actualmente, no podía ser aplicado en los días en que los hombres disputaban acerca de la forma de la tierra. Sólo tiene valor, cuando se sabe lo que un eclipse de luna es realmente, y esto sólo podemos saberlo cuando tenemos en la mente una imagen del sistema solar, tal como es, real y efectivamente, con la luna moviéndose alrededor de la tierra, y ésta, a su vez, girando en torno del sol. Y, aunque esto nos parece tan natural y sencillo, debemos recordar que no lo hemos inventado nosotros, y que costó mucho tiempo y trabajo el descubrirlo. Este es el motivo por el cual los que defendían antiguamente la redondez de la tierra, no podían alegar la forma de la sombra en los eclipses de luna como argumento para demostrar su teoría. Nadie sospechaba que esto tuviera nada que ver en el asunto.

¿QUÉ EXISTÍA EN EL LUGAR DE LA TIERRA ANTES DE QUE ÉSTA SE FORMASE?

Los astrónomos no se hallan muy conformes respecto a la naturaleza de la materia que existía en el espacio, antes que se formase nuestro globo el cual gradualmente hubo de convertirse en la tierra que habitamos. Esta materia debió de pasar probablemente por varias etapas, bastante diferentes entre sí. Una de las opiniones más generalizadas y que más visos de verdad tiene, por cierto, es que la última forma que tuvo esta materia antes de configurar la tierra fué la de una inmensa nube de gas incandescente. Su temperatura hubo de ser extraordinariamente elevada, como nos lo prueban las rocas y otros objetos, y por efecto de esta circunstancia debió, de ocupar mucho espacio. La tierra que habitamos actualmente es muy pequeña comparada con aquel inmenso globo de gas; pero en cambio es mucho más densa, toda vez que se ha ido contrayendo constantemente durante innumerables siglos, y sigue contrayéndose aún. Se nos preguntará cuál fué el origen de este globo de gas. Se dice que se formó, separándose de esa gran masa, cuya parte más importante y central es nuestro sol. Los restantes planetas formáronse de igual modo; y por eso encontramos en ellos y en la tierra la misma materia que en el sol. Este globo era en realidad un sol pequeño, como lo es todavía el gran planeta Júpiter, y su temperatura era tan elevada, que debía emitir su luz propia.

¿QUÉ SE HACE DE LA LUZ CUANDO SE EXTINGUE?

Debemos considerar la luz como una especie de energía, como una especie

de agitación llena de fuerza, que se efectúa en el éter. Es una cosa que camina con una velocidad portentosa, e incapaz de permanecer en reposo. Cuando tenemos una luz fija dentro de una habitación, no es que allí haya una cosa que se llame luz, que permanezca en reposo, sino que, de millonésima en millonésima de segundo, se produce constantemente nueva luz; de suerte que no es posible guardar la luz en un cuarto, como guardamos otra cosa material cualquiera. Si, por ejemplo, introducimos un montón de arena en una habitación, allí permanecerá en el suelo mientras algo no lo remueva; pero la luz no permanece en parte alguna; está siempre en movimiento; y para que haya una luz fija en un lugar cualquiera, es preciso que exista una fuente que la produzca sin cesar, de momento en momento, pues, de lo contrario, se extingue.

Cuando dejamos a oscuras una habitación, cortamos esta fuente de luz, y la luz producida un instante antes, se ha marchado. Ahora comprendemos por qué. Pero esta pregunta es interesantísima, y apenas si se le ocurre a nadie formularla. Nada se pierde enteramente, y por eso la energía que produjo la luz no se pierde tampoco, aunque la habitación se quede completamente a oscuras. Si pudiéramos seguirle las huellas, veríamos que se ha transformado en otras cosas, tales como calor, que se nos nuestra en todos los objetos que ha alumbrado, no sólo en las paredes y los muebles de la habitación, sino en el aire también; se ha transformado asimismo en la energía que determina alteraciones químicas, y por eso vemos que las alfombras y cortinas palidecen bajo su influencia.

¿CRECE LA VELOCIDAD DE CAÍDA DE UNA PIEDRA A MEDIDA QUE SE APROXIMA A LA TIERRA?

Indudablemente. Si la velocidad de caída de los cuerpos no aumentase a medida que descienden, nos produciríamos el mismo daño si cayésemos desde un precipicio de doscientos metros de elevación, o de un globo que se hallase a miles de metros de altura, que si resbalásemos al andar. Cuanto mayor sea la altura desde la cual cae un objeto, mayor será la velocidad que lo anime al llegar a la tierra, y mayor por consiguiente, la fuerza con que choque contra ella. Si no hubiese nada que se opusiese a su descenso, no existiría fuerza alguna que impidiese que esta velocidad se hiciera mayor cada vez; pero hay que contar siempre con la resistencia del aire, que cuando se trata de la lluvia, por ejemplo, es suficiente para amortiguar su caída. Si no fuera por eso, las gotas de agua caerían sobre nuestra cabeza con tan terrible fuerza que nos producirían la muerte. El nombre científico de este aumento que experimenta la velocidad de los cuerpos al caer, es *aceleración*, la cual es debida a la acción de la gravedad, y actúa con igual intensidad sobre todos los cuerpos que caen, lo mismo sobre los más ligeros que sobre los más pesados. Galileo demostró esta verdad dejando caer dos bolas, una pesada y otra liviana, desde la torre inclinada de Pisa, las cuales llegaron al suelo al mismo tiempo. El valor de esta aceleración ha sido medido con toda precisión, encontrándose que es de 9,76 metros por segundo, es decir que un cuerpo al caer recorre en cada segundo 9,76 metros más que en el segundo anterior.

¿QUÉ DISTANCIA RECORRE UN CUERPO EN EL PRIMER SEGUNDO DE SU CAÍDA?

Podemos contestar a esta pregunta del modo más exacto. A primera vista, si leemos la respuesta a la pregunta anterior, parece que debe recorrer una distancia de 9,76 metros. Pero este número nos indica el aumento que experimenta la velocidad de caída de un cuerpo al finalizar el primer segundo de marcha, y hay que tener presente que al principio de este segundo se hallaba en reposo. Por consiguiente, su velocidad media durante este primer segundo de marcha, debe ser la media proporcional entre la velocidad de que se hallaba animado al principio y al final, o sea entre 0 y 9,75, que es 4,88 metros por segundo. Es decir, que al finalizar

el primer segundo de su caída el cuerpo ha recorrido 4,88 metros.

POR QUÉ SE CRÍAN MEJOR LAS PLANTAS CUANDO LOS TIESTOS EN QUE LAS SEMBRAMOS TIENEN UN ORIFICIO EN EL FONDO?

Las plantas, como todos los seres vivientes, necesitan agua para sostener su existencia, la cual no absorben por sus hojas ni tallos, sino por sus raíces. Cuando regamos una planta por la parte superior, el agua tiene que introducirse en la tierra para llegar a sus raíces, ¡que son precisamente las que nos olvidamos de regar muchas veces! Pero si la maceta tiene un orificio en el fondo, y la mantenemos dentro de un platillo que contenga agua, ésta penetrará por dicho orificio y bañará la parte donde se encuentran las raíces, por medio de las cuales la absorberá la planta, que la devolverá después a la atmósfera, en forma de vapor, por sus hojas. Las plantas deben de tener, por tanto, ciertos vasos o conductos que corran a través de ellas, lo mismo que nosotros, por los cuales circulen los líquidos; sólo que en ellas casi todos corren hacia arriba, en tanto que en el hombre se mueven la mayor parte de ellos hacia abajo. Es probable también que las plantas se críen mejor en un tiesto que posea un orificio en el fondo que en otro completatamente cerrado, aunque no se encuentre rodeado de agua por su parte exterior; porque por el indicado agujero puede circular el aire de que necesitan aquéllas tanto como nosotros. Cuando crecen las plantas en la tierra, hallan en ella todo el que necesitan; pero en una maceta, fabricada de una substancia por cuya masa sólo muy lentamente puede circular el aire, la ventilación de las plantas queda casi interceptada.

¿POR QUÉ NO LOGRAMOS TENER TODO LO QUE NECESITAMOS?

Algunas personas logran tener todo lo que necesitan, por lo menos durante la mayor parte de su vida, si bien a casi todo el mundo le llega la época en que necesita cosas y no puede obtenerlas. Pero, si estudiamos lo que ocurre a estas personas que consiguen todo lo que desean, aun sin necesidad de trabajar, nos convenceremos fácilmente de que es perjudicial para ellas. Es evidente que nosotros, y cada parte de nuestros cuerpos, y todas las energías que poseemos, estamos hechos para el trabajo y destinados a luchar contra las dificultades de la vida; y vale más luchar, aunque no logremos vencer, que rendirse cobardemente. Una de las razones por que la historia recuerda un número tan crecido de reyes degradados y perversos, es el haber sido personas que tuvieron durante toda su vida todo cuanto desearon. Todo el que obtiene cuanto desea, sin luchar, hállase expuesto a la degradación y a la ruina.

Muchas personas sensatas que llevan una vida metódica y arreglada, y a quienes favorece la fortuna, saben que poseen todo lo que realmente necesitan. Claro es que desearían tener más dinero del que poseen, o ser más sabios de lo que son; pero saben que, trabajando, no les faltará nada de lo que necesitan para ser felices; y, cuando las personas juiciosas tienen esto, no se atormentan a sí mismas deseando tener más. Los niños pequeñitos no saben discernir lo que pueden tener y lo que no; por eso todos ellos lloran para que les den la luna, como suele decirse, sin advertir que piden cosas imposibles. Mas cuando crecen, se convencen de que no tiene objeto el afanarse por obtener lo que está fuera de nuestro alcance, y que es mucho mejor trabajar con ahinco, para lograr lo que podemos buenamente conseguir.

¿QUÉ ES LO QUE NOS HACE SENTIR HAMBRE?

Muchas personas confunden lastimosamente unas sensaciones con otras, y llaman hambre a lo que no lo es. Cuando uno ha comido opíparamente, excediéndose tal vez en la cantidad de manjares ingeridos, y toma encima chocolate, o una copa de licor, o una fruta, ejecuta una acción que puede ser o no del todo inofensiva; toma algo que le agrada, pero no es el hambre ciertamente lo que le incita a ello-

Comemos y bebemos muchas cosas en nuestras comidas, por la sencilla razón de que su gusto y olor satisfacen a nuestro paladar y nuestro olfato. También estos sentidos gustan de ciertos placeres, a semejanza de los otros; pero, comiéndonos un dulce agradable, no satisfacemos el hambre más que si escuchásemos una pieza de música grata.

El hambre real es una cosa muy distinta, que no la sentimos ni en la boca ni en la nariz. Una persona, que verdaderamente tenga hambre, comerá pan seco, o unas insípidas sopas de harina de avena, sin leche, nata, ni azúcar, y le parecerán deliciosas. El hambre real es un estado de la sangre, que ha cedido al cuerpo sus substancias nutritivas y le precisa reponerlas. A su paso por el cerebro, que es donde sentimos todas las sensaciones, advierte éste que la sangre se ha empobrecido y hace que el cuerpo pida más alimentos. Esto es el hambre, y si comiésemos nada más que para vivir, sólo comeríamos cuando sintiésemos hambre. Si comemos demasiado o sin sentir apetito, lo que hacemos, en realidad, es comer para morir.

¿POR QUÉ SE DILATA Y CONTRAE LA PUPILA DEL OJO?

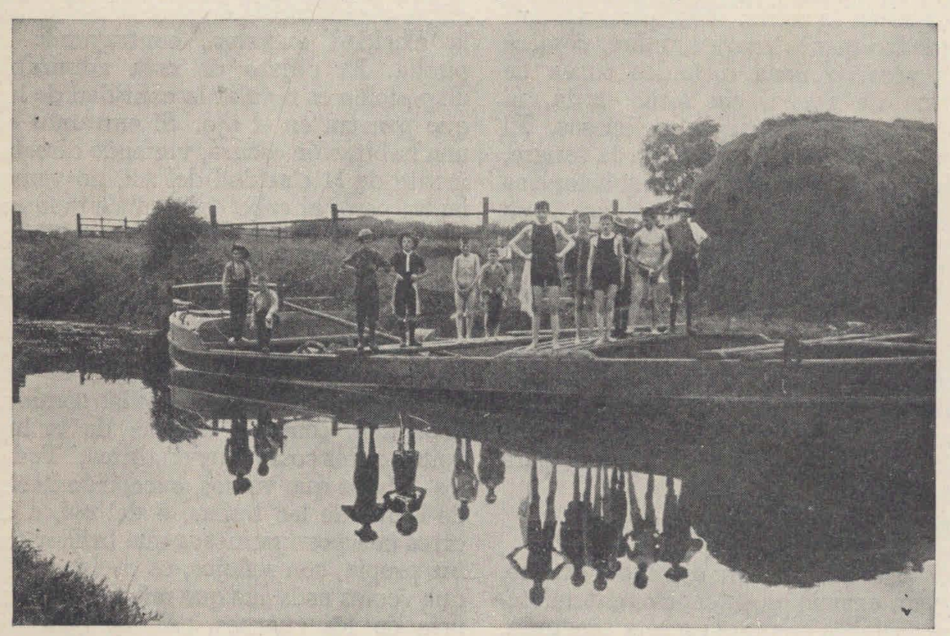
Si imaginamos un disco de caucho, con un orificio en su centro, entenderemos mejor la respuesta a esta pregunta. El orificio de este disco representa la pupila. Claro es que el disco que tenemos dentro del ojo no está hecho de caucho; pero es elástico como él. Está compuesto de fibras musculares que se agrupan alrededor de la pupila, aprisionándola. Este anillo recibe el nombre de iris. Delante y detras del iris existen capas de células que contienen substancias colorantes, y prestan su color a los ojos. Cuando contemplamos los ojos de alguien, vemos estos anillos musculares coloreados, con un orificio negro en su centro. Cuando las fibras musculares se contraen, la pupilas se empequeñecen. Este fenómeno lo podemos provocar fácilmente tapándole a una persona un ojo con una mano y retirando esta de repente. El mismo fenómeno se observa en un individuo que ha ingerido mucho opio, porque esta substancia tiene la propiedad de contraer fuertemente el iris. En la obscuridad, el iris se afloja y ensancha, y la pupila se dilata. Hay personas tan necias que se ponen belladona en los ojos, porque esta droga envenena y paraliza el iris, para ensancharse la pupila y dar mayor brillo a los ojos. Pero los ojos sufren con esto, porque así no tienen medio de protegerse contra la claridad excesiva, contrayendo la pupila. El objeto de esta admirable disposición es regular la cantidad de luz que penetra en el ojo. Si entramos en una habitación oscura, viniendo directamente de la claridad del sol, no vemos nada; pero, al cabo de algunos momentos, se nos hacen visibles los objetos, porque el iris se afloja, las pupilas se dilatan, y penetra en el ojo mayor cantidad de luz.

¿QUÉ CAUSA PRODUCE LAS SOMBRAS Y LOS REFLEJOS?

Lo mismo los reflejos que las sombras dependen, como es sabido, de la luz; pero son dos cosas muy distintas. Todos los objetos que vemos, excepción hecha de la luz de las bujías, o del sol, o de otros cuerpos luminosos que brillan con luz propia, son reflejos, es decir, que lo que vemos es la luz que refleja la superficie de los cuerpos. Ahora bien; en algunas ocasiones, las sombras pueden parecernos reflejos, y hay personas que confunden con lamentable frecuencia, ambas palabras, a pesar de la gran diferencia que entre las dos cosas existe. En la fotografía, inserta en una de estas páginas, de unos niños sobre una gabarra, lo que vemos es el reflejo de ellos en el agua, no sus sombras. Si el sol se hallase detrás de sus cuerpos, éstos impedirían que los rayos luminosos pudiesen llegar al agua, y en ésta veríamos sombras que tendrían la misma forma, o casi la misma, que tienen estos reflejos. La inteligencia de lo que es una sombra no ofrece dificultad. Claro es que todas estas sombras serían enteramente negras, a no ser que algunas

partes de estos muchachos fuesen transparentes y dejasen pasar la luz a través de ellos. Lo que vemos en el grabado no son sombras, porque, por ejemplo, la corbata blanca del cuarto niño, empezando por la izquierda, se ve blanca en el agua.

Lo que ha ocurrido aquí es que la luz, al iluminar de frente a estos muchachos y ser despedida por ellos en línea recta y en todas direcciones, ha sido reflejada por la superficie el agua, que debía encontrarse perfectamente tranquila como la de un espejo. Cuando fué tomada esta fotografía no debía reinar el más ligero soplo de viento, pues en este caso, el agua no hubiese estado tan tranquila. A pesar de todo, no es en realidad un espejo perfecto, porque parte de la luz penetra dentro del agua y es absorbida por ella, en vez de reflejarse y llegar a nuestros ojos. Por consiguiente, las imágenes reflejadas no son tan brillantes como las originales de los niños. Si el agua hubiera reflejado de una manera perfecta toda la luz que incidió sobre ella, no habría diferencia entre ambas imágenes. Comparemos, por ejemplo, la blancura de la corbata del muchacho citado con la de su imagen reflejada en el agua.



Estos muchachos reciben el sol de frente, y por eso los vemos reflejados en el agua, como bien a las claras lo prueba la corbata blanca que lleva uno de ellos. Si recibiesen el sol por la espalda, lo que veríamos en el agua serían simplemente sus sombras.

¿QUÉ ES LO QUE DESPIERTA A LAS AVES?

El sueño es una cosa misteriosa, acerca de la cual sabemos bastante poco todavía; pero, de todas maneras, estamos en un error al creer que los seres vivientes, cuando duermen, sólo despiertan, si alguna causa exterior los solicita. Es posible estudiar la intensidad exacta del ruido necesario para despertar a las personas a diferentes horas de la noche, y sabemos que, cuando se aproxima la mañana, el sueño de las personas y animales que disfrutan de buena salud se hace cada vez menos profundo, de suerte que los despiertan ciertas cosas, que no los despertarían al principio de la noche. Los seres sanos se despiertan probablemente de una manera espontánea, independientemente de todo agente exterior, porque sus cerebros han descansado lo bastante y se encuentran ya en disposición de

reanudar su ordinaria labor; o tal vez ocurra que sus cerebros estén a punto de despertarse a la menor cosa, y el más leve ruido o claridad los arranca de su sueño.

Por tanto, podemos decir, porque es perfectamente cierto, que lo que despierta a los pájaros es la luz, como es la oscuridad lo que los duerme. Sabemos que durante los eclipses totales de sol, cuando la oscuridad sobreviene en pleno día, las aves ahuecan el ala y se disponen a dormir, si bien no tardan mucho en percatarse de su error. Pero, aunque la luz de la aurora, o tal vez las voces de otros pájaros que se han despertado un poco antes, parece despertarlos, no debemos olvidar que el dormir y el despertar de los seres que cumplen estas funciones, depende, en realidad, no de un agente exterior, sino de ciertas alteraciones que de continuo se están verificando dentro de sus propios cuerpos, especialmente en la sangre y el cerebro.

¿ESTÁN LOS OTROS MUNDOS HABITADOS POR SERES HUMANOS?

He aquí una pregunta importante a la que nadie podrá dar una respuesta satisfactoria, y acerca de la cual se han escrito hasta ahora, y se escribirán en lo sucesivo, muchos y muy abultados volúmenes. Algo, sin embargo, podemos decir acerca de este particular. Háblase con frecuencia de la posibilidad de que pueda haber *seres como nosotros* en los otros mundos; pero cuando consideramos de qué maravillosa manera el hombre se halla adaptado a nuestra tierra, a su aire y su agua, y a sus alimentos y climas, adquirimos la seguridad de que sólo podrá haber seres como nosotros en mundos exactamente iguales al nuestro, de cuya existencia no tenemos noticia. Todos los que conocemos difieren en gran manera de nuestra tierra en todos los puntos más importantes, como la composición del aire, por ejemplo. El hombre es, pues, hijo de la tierra, de esta tierra especial que habitamos; está exquisitamente conformado para ella, y ella para él, no sólo por el aire, el suelo y los océanos y por el grado de calor, sino también por la clase y el equilibrio, digámoslo así, de los miles de animales y plantas que la habitan con él. Estamos convencidos de que seres como nosotros sólo pueden encontrarse en la tierra, o en algún otro mundo, que nos es desconocido hasta ahora, que sea exactamente igual a ella; y este mundo quizá no exista en ninguna parte.

¿ES POSIBLE QUE HAYA SERES VIVIENTES EN OTROS MUNDOS?

Esta pregunta es muy diferente de la anterior, y podemos contestar desde luego que sí, sin temor a equivocarnos. Ante todo, sería cosa extraordinaria que la vida, que es lo más grande que conocemos, y que pulula en la tierra, y en el aire, y en el mar, se encontrase limitada, en este grandioso universo, sólo a nuestro pequeño planeta, y que todos los demás mundos, grandes o pequeños, próximos y remotos, se hallasen muertos, y fuesen sólo un conglomerado de rocas o materia incandescente.

Sabemos, por otra parte, que otros mundos están formados de materias similares a las que constituyen la tierra, y estamos convencidos de que las leyes de la materia y de la química son las mismas en todos los lugares; de suerte que si la vida puede ser mantenida en la tierra, no hay razón para que no lo pueda ser igualmente en otros mundos. Sabemos, además, que la vida tiene la propiedad de acomodarse a las condiciones que la rodean; y por eso la vemos florecer, en nuestro propio planeta, en los países más fríos y en los más cálidos, en las rocas peladas y en las mayores profundidades del océano. De suerte, que sería una temeridad afirmar que la vida no hallaría en los otros mundos condiciones apropiadas para desarrollarse. Por el contrario, tenemos motivos muy poderosos, verdaderas pruebas, para creer que existe la vida en otros mundos; en Marte, por ejemplo.

¿HAY EN MARTE HABITANTES COMO NOSOTROS?

Desde luego podemos contestar que no, toda vez que los astrónomos nos han

enseñado que Marte es, por muchos conceptos, distinto de la tierra. Es más pequeño, de suerte que la gravedad en él es menor; hay en él muy poca agua; su temperatura es muy distinta de la nuestra: probablemente mucho más calurosa de día, y mucho más fría de noche; y su atmósfera es muy tenue. Por estas y otras muchas razones, los seres vivientes que habiten el planeta Marte deben ser enteramente distintos del hombre bajo numerosos aspectos. Pero, por otra parte, vemos ciertas señales en la superficie de Marte que sólo pueden ser debidas a fajas de vegetación, y se ha probado que existe agua en él, cosa que antes negaban los astrónomos. Marte posee también una atmósfera, aunque sea muy distinta de la nuestra.

¿ES POSIBLE QUE MOREN EN MARTE SERES DOTADOS DE INTELIGENCIA?

Es casi cierto que existe la vida en Marte, y aun se cree que hay en él criaturas dotadas de inteligencia; no hombres, pero seres que podrían entender a los hombres, y éstos a ellos, cuando los unos enseñaren la manera de expresar sus pensamientos a los otros.

Algunas personas que han dedicado su vida entera al estudio de Marte, están convencidas de que en la superfice de este planeta existen ciertas marcas y señales que sólo seres inteligentes pueden haber hecho, y de que los marcianos deben constituir una gran familia que vive tranquila y feliz, y han dejado de combatirse mutuamente, como hacen los hombres, todavía; porque las aludidas señales de Marte sólo pueden haber sido construídas por una raza de seres que haya renunciado a las guerras, y a las fronteras, y a toda clase de querellas, y trabajen todos a una por el bienestar común. Quizás algún lector viva lo suficiente para saber qué hay de cierto en lo de los canales de Marte, y cómo y por quién fueron hechos. Tal vez sea esta la cuestión más interesante que en nuestros días se haya planteado en el mundo.

¿PARA QUÉ SIRVEN LOS PLANETAS EN LOS CUALES NO HAY VIDA?

Es indudable que en algunos planetas, no hay vida, que es la cosa más noble y admirable que existe. Pero razones poderosas nos inclinan a creer que habrá de desarrollarse, andando el tiempo, en planetas tales como Júpiter, que se hallan en la actualidad a una temperatura demasiado elevada para que pueda desarrollarse en ellos la vida, como ocurrió al principio en la tierra. Así, podemos decir que estos planetas se preparan para recibir la vida en su seno. Puede ser que otros planetas tengan hoy día una temperatura demasiado baja, pero que en otros tiempos haya existido en ellos la vida; y por último, es posible que haya planetas, en los cuales jamás hubo ni habrá vida alguna. A nosotros, los hombres, nos sirven para observar sus movimientos en el cielo, prestando de esta suerte servicios no pequeños a la astronomía y a la navegación, ciencias hermanas. Pero por pequeña que pueda parecernos su utilidad, cuando el Supremo Hacedor los creó, debe ser muy grande.

¿PARA QUÉ SIRVEN LAS ESTRELLAS QUE NO PODEMOS VER POR HALLARSE DEMASIADO LEJOS DE NOSOTROS?

No ha faltado quien haya pretendido demostrar que hasta las estrellas que no vemos, por hallarse de nosotros a inconcebible distancia, nos reportan alguna utilidad, enviándonos tal vez cierta clase de radiación beneficiosa para nuestros ojos. Desde luego no existe prueba alguna de esto, que por lo demás, no parece verosímil. Probablemente, la utilidad de las estrellas que se hallan a demasiada distancia de nosotros para que las podamos ver, y la de las que vemos, debe de ser la misma que la de esa estrella tan próxima, que nos regala con su calor y su luz, con los que sostiene la vida en torno suyo, y que tan conocida nos es bajo el nombre de sol. Y si existen estrellas que a nosotros no nos reportan esta misma utilidad, y cuya existencia, por lo tanto, debe sernos indiferente, al parecer, con-

viene no olvidar, sin embargo, que en el universo existen muchas más necesidades y fines de lo que podemos imaginar.

¿DESARROLLAMOS MAYOR ENERGÍA AL SUBIR UNA PENDIENTE QUE AL CAMINAR POR TERRENO LLANO?

La diferencia entre ambos esfuerzos puede ser medida fácilmente, y se dice que al subir una pendiente elevada, a un paso dado, nos cuesta un esfuerzo más de veinte veces mayor, que el caminar al mismo paso por una superfice horizontal. No debe causar, por tanto, extrañeza, que caminemos más despacio cuando vamos cuesta arriba. La razón es la misma que hace que tardemos más tiempo en levantar con la mano un gran peso que en colocarlo en el suelo. En el primer caso, tenemos que vencer la acción de la gravedad, y desarrollar un esfuerzo superior a ésta, mientras en el segundo sólo tenemos que ejercer un esfuerzo insignificante para contrarrestar en parte la fuerza de la gravedad, a fin de evitar que el peso caiga al suelo con excesiva rapidez.

La diferencia que existe entre el caminar a favor de la gravedad o en contra de ella, puede manifestársenos de otro modo. El caminar por un terreno llano no reporta grandes ventajas a una persona gruesa que desea adelgazar; pero si se dedica a subir grandes pendientes, pronto podrá apreciar que tiene que quemar buena parte de su grasa a fin de producir la energía necesaria para elevar su pesado cuerpo, venciendo la gravedad de la tierra.

¿POR QUÉ SENTIMOS VÉRTIGOS CUANDO MIRAMOS HACIA ABAJO DESDE UN LUGAR ELEVADO?

No todos experimentan estos vértigos cuando miran hacia abajo desde un lugar elevado, y el que disfruta de buena salud puede aprender a su debido tiempo, con la práctica, la manera de mirar hacia abajo sin sufrirlos. Dos explicaciones pueden darse de estos vértigos. Una es la general: que el temor de caer perturba las facultades del cerebro. Ahora bien, la conciencia que tenemos de hallarnos en equilibrio, y de poderlo guardar, si alguna fuerza exterior tiende a separarnos de él, depende del buen funcionamiento del cerebro; y por eso, el temor de caer puede causarnos vértigos, como otras clases muy diversas de temores nos los causan en otras ocasiones.

Pero las personas que no sienten temor, o que nunca pudieron esperar el sentirlo, pueden experimentar vértigos al mirar hacia abajo desde gran altura, y la explicación de esto es interesante en extremo. Parte del poder que tenemos de guardar el equilibrio depende de nuestra vista. Todos sabemos con cuánta facilidad tropezamos contra la persona que camina a nuestro lado, de noche sobre todo. Y si bien podemos guardar el equilibrio sin la ayuda de la vista, nos mareamos fácilmente, si los ojos nos hacen traición, que es lo que suele acontecer cuando miramos hacia abajo desde gran altura.

¿POR QUÉ VEMOS LOS OBJETOS CONFUSOS, CUANDO LOS CONTEMPLAMOS DESDE GRAN ALTURA?

Por regla general, todo lo que ven nuestro ojos son cosas que se hallan muy próximas a ellos: a algunos centímetros, si leemos, y menos de dos metros si miramos hacia el suelo; y es sabido que cuando contemplamos un objeto cercano, nuestros ojos se tornan un poco hacia dentro: convergen, como suele decirse. Es tal el hábito que tienen los ojos de converger cuando miran hacia abajo, supuesto que las cosas que tienen que contemplar en esta dirección están casi siempre cercanas, y que no pueden ver bien los objetos próximos, si no convergen un poco al mirarlos, que, por pura costumbre, ejecutan el mismo movimiento cuando miran hacia abajo desde gran altura, a pesar de hallarse tal vez a muchos centenares de metros.

Para ver bien un objeto situado a una distancia tan grande, nuestros ojos deberían mirar derecho, paralelamente uno al otro; pero mientras no nos acostumbramos a mirar desde lugares

elevados, nuestros ojos convergen, dándonos necesariamente una imagen confusa de las cosas. Así pues, en las grandes alturas, vemos los objetos confusos y experimentamos vértigos. Esto es lo que nos dicen las personas que se dedican al estudio de la vista; pero en realidad deberíamos realizar experimentos con personas que caminasen por lugares elevados habiéndose tapado un ojo con la mano, para averiguar si, de este modo, ven más claro y dejan de sentir vértigos.

¿CÓMO PUEDEN CRECER LAS PLANTAS EN UNA PARED LISA?

Uno de los elementos más importantes que constituyen la alimentación de las plantas verdes, el ácido carbónico que les suministra el carbono, se halla, como se necesita, en el aire. Pero esto no es suficiente. La planta requiere además agua y sales. Pero téngase presente que las paredes no se hallan tan desprovistas de toda substancia, como a primera vista parece. En primer lugar, la lluvia cae sobre ellas, absorbiendo de este modo las plantas el agua que conviene a su crecimiento. La lluvia, por otra parte, contiene pequeñas cantidades de sales, que son de sumo valor para las plantas; y, al resbalar por la pared, se enriquece más de ellas todavía. Tiene la propiedad de disolver las sales que contienen las substancias que forman las paredes: el mortero, por ejemplo. Sabemos que la cal es muy útil a las plantas, y el mortero no es en realidad otra cosa que una especie de cal. Vemos, pues, que las plantas, aun creciendo en una pared, pueden obtener allí todos los elementos indispensables para su nutrición. Claro está que las cantidades que reciben de ciertas substancias, esenciales para su vida, son extremadamente escasas, y por eso las plantas que de esta manera viven, críanse siempre raquíticas, sin alcanzar jamás sus tamaños ordinarios. No hay que confundir estas plantas con las que crecen sobre las paredes desnudas, pero que tienen sus raíces en la tierra, de la que extraen cuanto les hace falta para su nutrición.

¿POR QUÉ RETROCEDE EL BUMERANG, ARMA ARROJADIZA DE LOS INDÍGENAS DE AUSTRALIA?

Suponen alguna personas que el bumerang retrocede después de haber hecho blanco; pero esto no es cierto. Muy conveniente sería que estas armas tuviesen tan maravillosa propiedad, mas no ocurre así en la práctica. Durante la primera parte de su trayectoria, caminan en línea recta, sensiblemente, al menos, y harán blanco en el objeto deseado si éste se encuentra en ella. Si el arma caminase por el vacío, seguiría moviéndose siempre en línea recta, según las leyes de Newton, que rigen el movimiento.

Pero, lejos de esto, camina por el seno del aire, y posee una forma tal, que una de sus partes presenta a éste mayor resistencia que la otra, de suerte que habrá de describir una curva después que su fuerza impulsiva haya descendido hasta cierto grado; y al describir esta curva, retrocede, más o menos marcadamente, al lugar de donde partió. Hanse practicado profundos y numerosos estudios para averiguar por qué el bumerang ha de tener necesariamente una forma determinada y exacta; cuáles son las consecuencias de que esta forma se altere, aun cuando sea de un modo muy ligero; a qué velocidad empieza a describir la curva; hasta qué punto influye en la figura de ésta el peso y forma del arma arrojadiza; y cuál es la relación entre la curva que forma el bumerang mismo y las dimensiones de la que describe en el aire. Pero estas cuestiones ofrecen gran dificultad, y no han sido resueltas todavía. Si en vez de ser retardado gradualmente por el aire el movimiento del bumerang, queda suspendido enteramente en su camino, como cuando da en el blanco, pierde su fuerza y cae, si no queda clavado. Quizás lo más notable de esta arma es el hecho de haber sido perfeccionada por los naturales de Australia, que son la raza más ruin del mundo.



Después de un día de recolección de te, los obreros indios se entregan a sus diversiones favoritas.

HISTORIA DEL TE Y SU CULTIVO

LA planta conocida con este nombre parece originaria del Assam superior, comarca meridional de la China.

Existe una leyenda japonesa, según la cual, un sacerdote indio, llegado a China, en el año 519 de la era cristiana, habiendo sucumbido al sueño, cuando deseaba velar y orar, se cortó ambos párpados en un momento de indignación, y éstos originaron un arbusto, el te, cuyas hojas son especialmente adecuadas para alejar el sueño.

Según los botánicos, el uso del te es antiquísimo en China, y ya el célebre libro Pent-sao mencionaba esta planta, 2700 años antes de Jesucristo, suministrando noticias minuciosas referentes a ella y al empleo de sus hojas en infusión.

La planta del te es un arbusto con hojas alternas y flores blancas, y su cultivo, introducido hoy en varios países, da frutos admirables en Assam, siendo en esta región el producto de una calidad superior a la calidad media de los tes de China y su producción aumenta rápidamente. El te no soporta las heladas ni resiste bien la sequía, y las condiciones que le favorecen son enteramente contrarias a las que convienen a los viñedos, aun cuando prospere en las islas Azores, por ejemplo, en donde se produce buen vino. Después de China, el Japón y el Assam, en Java, Ceilán y en el Brasil es donde se produce más te.

EL TE VERDE

Los procedimientos empleados para la preparación de las hojas del te son dos, y difieren entre sí en puntos bastante importantes que pueden explicar por sí solos la diferente coloración de las especies comerciales del te.

Después que las hojas se arrancan una a una y se transportan cuidadosamente desde las plantaciones, se extienden en capas delgadas sobre bandejas planas de bambú, dejándolas así una o dos horas para que se evapore el exceso de humedad, y durante este tiempo, se calientan los cazos por medio de un fuego de leña bastante vivo, y se echa en cada uno cierta porción de hojas que se remueven rápidamente con las dos manos a la vez. Bajo de la acción instantánea del calor, las hojas comienzan a producir una crepitación especial, ablandándose y quedando húmedas, al mismo tiempo que se desprende de su masa abundante vapor. Dura esta operación de cuatro a cinco minutos, transcurridos los cuales, las hojas se colocan sobre la mesa destinada a arrollarlas. Comienza entonces otra operación practicada por varios hombres, que se dividen la masa de las hojas, tomando cada uno tantas como pueda coger entre ambas manos y haciendo con ellas una bola. Esta bola se rueda inmediatamente sobre una mesa, cuyo tablero está formado por tallos de una

planta llamada *rotanig*, comprimiéndolas con fuerza para torcerlas y exprimir el jugo. Estas bolas son frecuentemente deshechas y pasadas de mano en mano hasta llegar a las del capataz u obrero jefe, para que éste compruebe si han adquirido el grado necesario de arrollamiento; y entonces son retiradas de la mesa y colocadas sobre cestas planas, hasta el momento en que la operación está terminada para todo el resto de las hojas. Después de someterlas durante una hora u hora y media a la tostación, las hojas quedan completamente desecadas y el color fijo, siendo un verde algo claro que se aviva con el tiempo.

La segunda parte de la operación consiste en cribar el te pasándolo por cribas de calibres diversos, a fin de eliminar el polvo y otras impurezas y clasificarle en las diferentes clases comerciales. Tal es el procedimiento empleado para la preparación de los tes verdes.



PADRE E HIJO, ACARREANDO TE, EN CHINA

EL TE NEGRO

Para los tes negros, las hojas recogidas en las plantaciones se extienden sobre bateas o cestas planas de bambú, en las cuales se dejan bastante tiempo, variable según el estado de las hojas, pero que por término medio suele ser de más de unas doce horas. Después se cogen las hojas a puñados y se arrojan al aire, dejándolas caer sobre bateas, agitándolas así bastante tiempo y batiéndolas o prensándolas ligeramente. Cuando ya se han puesto blandas y mustias se reunen en grupos que se abandonan a sí mismos durante una hora o más, echándolas inmediatamente en un cazo de barro, en el cual se las tuesta durante unos cinco minutos y se arrollan después sobre la mesa de *rotanig*. Tamizadas y agitadas por los obreros para que no se aglutinen, se retuestan repetidas veces hasta que el te toma un color oscuro.

Las manipulaciones ulteriores, como el tamizado, la clasificación y el refinamiento, se verifican según las condiciones especiales dictadas por cada fabricante.

Hasta aquí los procedimientos usados aún en China.

El método indio es moderno. Las hojas son secadas en una cámara calorífica, por la que circula una corriente de aire que las suaviza y blanquea. Inmediatamente son pasadas por una máquina en que se encogen, y en este estado son extendidas en cajones, que se cubren con telas húmedas. El calor y el jugo de la planta producen la fermentación, terminada la cual se tuesta el te durante unos minutos para que todo rastro de humedad se evapore.

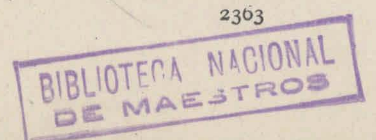
Finalmente las hojas son clasificadas, según su tamaño y calidad; para lo cual se las pasa por diversas cribas. Hecho esto, el te está elaborado y pronto para el envase en las cajas forradas de papel plomo o de hojalata, que vemos en todas las tiendas y almacenes de comestibles de nuestras ciudades.

LA PLANTA DEL TE



Una plantación de te en Ceilán.

El te es arbustivo, con hojas tiernas y flores blancas; el fruto es una cápsula esférica llena de semillas.



PLANTACIONES DE TE EN LA INDIA

Medio millón de obreros trabajan en la India en las faenas de recolección del te.

Muchos de los obreros son muchachos y muchachas, que son tan hábiles en su trabajo como las personas mayores. India y Ceilán producen 186 millones de kilogramos de te al año.

JOVEN INDIA RECOLECTANDO TE



Las hojas son arrancadas cuidadosamente y transportadas a la fábrica en cestos.

PLANTACIONES DE TE EN JAPÓN

Mujeres recolectando la **hojas de te, en el Japón.**



Frecuentemente las obreras japonesas trabajan en las plantaciones llevando a sus pequeños a la espalda.

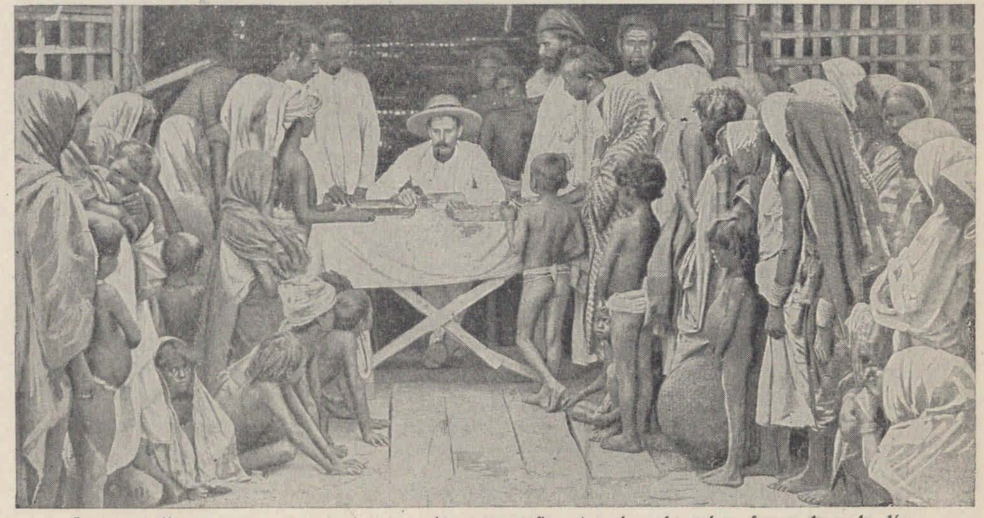
PESANDO EL TE Y PAGANDO A LOS OBREROS



Dos veces al día los obreros llevan a la fábrica sus cestos con el producto de la recolección de hojas.



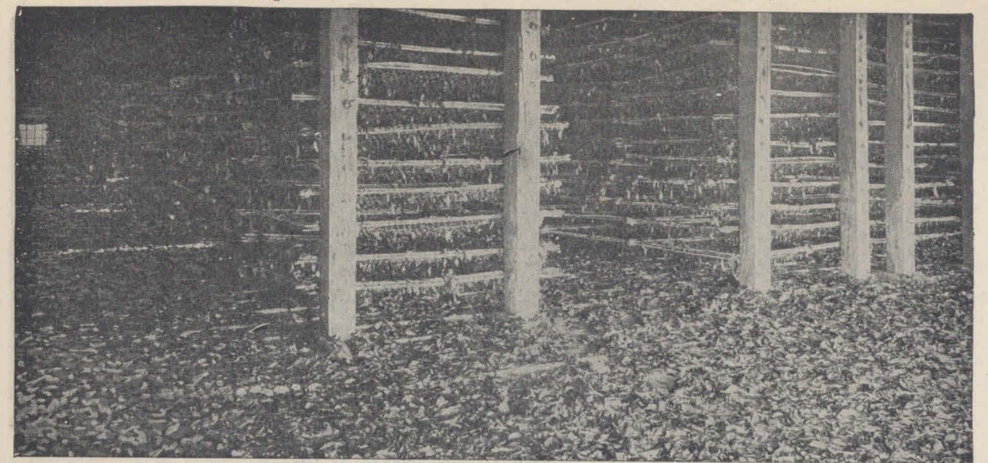
Son pagados en relación del peso, que varía según la destreza del obrero.



Luego reciben su paga, por turno, grandes y pequeños, terminando así su faena de cada día.



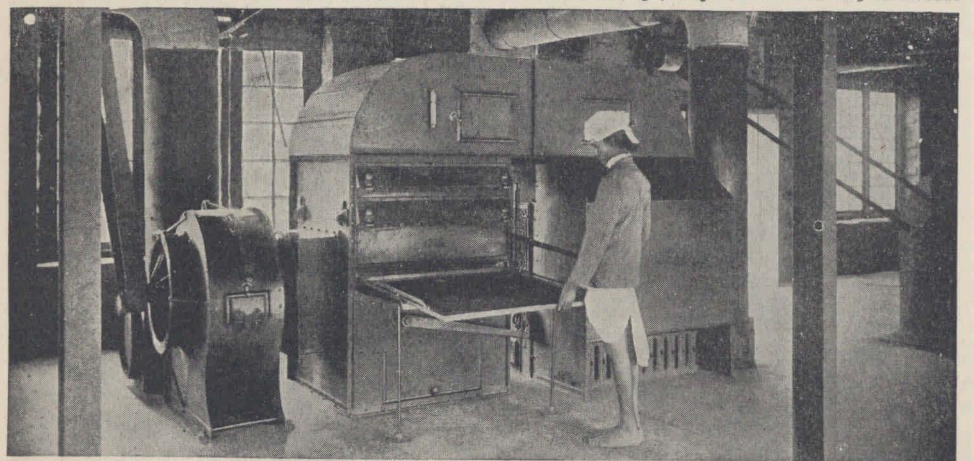
LAS HOJAS DE TE EN LA FÁBRICA



Las hojas se extienden en bandejas de bambú para que se evapore la humedad.



Los obreros arrollan y aplastan las hojas, para dar salida al exceso de jugo; después son tostadas y tamizadas.



Las bandejas de te son colocadas en la secadora por la que pasan corrientes de aire caliente que las seca y riza.

DIFERENTES SISTEMAS DE ENVASE DEL TE

Los chinos embalan el te en cajas de madera forradas de papel-plomo.



En la India y Ceilán el te es empaquetado en cestitos cubiertos con hojas de plomo perfectamente soldadas.

LA MEZCLA DEL TE

Las cajas de te son vaciadas en un gran montón, obteniéndose así diferentes mezclas.

Hecha la mezcla, es envasado de nuevo, comprimido y sellado el envase.

AVENTURAS DEL BARÓN DE MUNCHHAUSEN

II

CAUTIVERIO DEL BARÓN

NI mi valor, ni la rapidez y destreza de mi caballo, me libraron de la desgracia de caer prisionero de los turcos, y lo que es más triste aún, aunque sea una costumbre de aquella gente *non sancta*, de ser vendido como esclavo.

En semejante estado de humillación, hacía un trabajo menos duro que singular, menos denigrante que insoportable. Estaba encargado de llevar todas las mañanas al campo las abejas del sultán, guardarlas todo el día y traerlas a su colmena al anochecer. Una tarde me faltó una abeja; pero noté al punto que había sido atacada por dos osos que pretendían despanzurrarla para sacarle la miel. No teniendo a mano otra arma que el hacha de plata, que es el signo distintivo de los jardineros y labradores del sultán, se la arrojé a los rapaces osos, con el fin de espantarlos. Conseguí efectivamente libertar a la pobre abeja; pero el impulso dado al hacha por mi brazo fué tan poderoso, por mal de mis pecados, que el signo de plata de mi dichosa jurisdicción salió disparado en lo alto, y fué a caer nada menos que en la luna. ¿Cómo recobrar el hacha? ¿Dónde hallar una escala para subir por ella? Entonces me ocurrió que el guisante de Turquía crece rápidamente a una altura extraordinaria, y planté inmediatamente uno, que comenzó a crecer sin demora y fué a enroscar el extremo de su tallo a uno de los mismos cuernos de la luna. Trepé ligeramente hacia el astro, al cual llegué sin tropiezo ni estorbo alguno. Pero no fué pequeño el trabajo de buscar mi hacha de plata, allí donde todos los objetos son del mismo metal. Por fin hube de encontrarla sobre un haz de paja.

Después de esto pensé en regresar, pero ¡oh desesperación! el calor del sol había marchitado el tallo de mi guisante, de tal manera, que no podía intentar descender por la misma vía sin arriesgarme a romperme la crisma.

¿Cómo salir de semejante apuro?

Tejí con la paja una cuerda de toda la extensión que pude darle; la até por un extremo a un cuerno de la luna y me deslicé cuerda abajo. Me sostenía con la mano derecha y tenía el hacha en la izquierda. Llegado que hube en mi descenso al extremo de la cuerda, corté la porción superior y la anudé a la porción inferior, y repitiendo muchas veces la misma operación, acabé, después de algún tiempo, por distinguir, debajo de mí, el campo de mi señor.

Hallaríame a cosa de dos leguas de la tierra, allá en las nubes, cuando la cuerda se rompió, y caí tan rudamente al suelo que me quedé casi aturdido. Mi cuerpo, cuyo peso había aumentado en razón de la distancia y celeridad, hizo en tierra un hoyo de diez pies de profundidad, lo menos. Pero la necesidad es buena consejera; y con mis uñas de cuarenta años me labré unas escaleras, pudiendo de esta manera volver a la superficie del planeta.

Con lo aprendido en esta experiencia, hallé mejor medio de desembarazarme de los osos, enemigos de mis abejas y colmenas. Untaba de miel la lanza de una carreta, y me ponía en acecho, no lejos de allí, durante la noche. Un oso enorme atraído por el olor de la miel, llegó y se puso a lamer tan ávidamente el extremo de la lanza, que acabó por introducírsela toda en las fauces, en el estómago y en las entrañas. Cuando estuvo bien pasada, acudí rápidamente, metí una gran clavija en el agujero que horadaba la punta de la lanza, y cortando así la retirada al goloso, lo dejé en esta posición hasta el día siguiente por la mañana. El sultán, que fué a pasearse por las cercanías, se desternillaba de

risa viendo la mala partida que le había jugado al oso.

Poco tiempo después, ajustaron los rusos la paz con los turcos, y fuí enviado a San Petersburgo con buen número de prisioneros de guerra. Tomé allí mi licencia y salí de Rusia en el momento de aquella gran revolución que estalló hace unos cuarenta años, y de cuyas resultas el emperador, niño de pecho todavía, con su madre y su padre, el duque de Brunswick, el general Munich y tantos otros, fueron desterrados a la Siberia. Hizo aquel año tal frío en toda Europa, que hasta al mismo sol le salieron sabañones, cuyas señales se ven aún en su cara. Con esto, hube de sufrir yo mucho más a mi vuelta de Rusia que a mi ida al imperio moscovita. Habiéndose quedado en Turquía mi lituano, tuve necesidad de viajar en posta; y sucedió que habiéndonos metido en un camino hondo y limitado por altos setos, previne al postillón que hiciera una señal con su cuerno a fin de evitar que otro carruaje se metiera también en el callejón del camino por el lado opuesto.

El postillón quiso obedecer, soplando con todas sus fuerzas el cuerno; pero todos sus esfuerzos fueron inútiles: no pudo sacar una nota; lo que, en primer lugar, era incomprensible, y luego muy embarazoso, como quiera que no tardamos mucho en ver venir hacia nosotros un carruaje que ocupaba toda la anchura del camino.

Eché pie a tierra y comencé por desenganchar los caballos: después tomé a cuestas el carruaje con sus cuatro ruedas y todo el equipaje, y salté con esta carga al campo por encima de la rampa y del seto de la orilla, que no tenía menos de nueve pies, lo que no era una bagatela; y de un segundo salto, volví a poner la silla de postas en el camino, más allá del otro coche.

Luego volví hacia los caballos; tomé uno bajo de cada brazo y los transporté, por el mismo procedimiento, adonde estaba la silla; después de lo cual enganchamos otra vez y continuamos sin contratiempo nuestro viaje hasta el parador inmediato. Se me olvidaba deciros que uno de los caballos, muy joven y fogoso, por poco no me causa mucho daño, pues en el momento que salvaba yo por la segunda vez el seto, se puso a forcejar con las patas de tal modo, que me hallé un momento muy embarazado; pero muy luego le impedí que continuara en semejante ejercicio, metiéndole las patas traseras en los bolsillos de mi casaca.

Cuando hubimos llegado al parador, colgó el postillón su cuerno en un clavo de la chimenea, y nosotros nos sentamos a la mesa.

Pero hete aquí que de repente oímos: *¡Taratá! ¡Taratá! ¡Tatá! ¡Tatá!*

Era el cuerno, que se puso a tocar solo.

Todos nos quedamos con la boca abierta, preguntándonos qué diablos significaba aquello. Pues, nada: sencillamente, que las notas se habían helado en el cuerno, y que deshelándose poco a poco por el calor, iban saliendo claras y sonoras, en honor del postillón; porque el interesante instrumento nos dió música por espacio de media hora, sin necesidad de que nadie le soplara.

Primero ejecutó la *Marcha Prusiana*; después, *Sin amor y sin vino*; luego, *Cuando estoy triste*, y *Anoche Miguel*, y otras muchas tonadas populares, entre ellas, la balada *Todo reposa en los bosques*.

PRIMERA AVENTURA POR MAR

La primera salida que hice en mi vida, poco tiempo antes de ir a Rusia, fué un viaje por mar. Mi padre había pasado la mayor parte de su juventud viajando, y amenizaba las largas veladas de invierno con la verídica narración de sus numerosas aventuras. Así, pues, puede atribuirse mi afición tanto a inclinación natural, como a la influencia del ejemplo paterno.

Ya se comprenderá que yo aprovechaba todas las ocasiones que a mi juicio podían suministrarme los medios de satisfacer mi insaciable deseo de correr mundo; pero todos mis esfuerzos eran vanos.

Al fin, quiso la casualidad que uno



TOMÉ UN CABALLO BAJO CADA BRAZO

de mis parientes maternos fuera a hacernos una visita. Muy en breve fuí yo su favorito: decíame con frecuencia que era yo un alegre y gallardo mozo, y que estaba en ánimo de hacer todo lo posible para ayudarme a realizar mis anhelos. Su elocuencia fué más persuasiva que la mía, y después de un cambio de argumentos, réplicas y objeciones, hubo de decidirse, a satisfacción mía, que lo acompañara a Ceilán, donde su tío había sido gobernador por espacio de muchos años. Partimos de Amsterdam encargados de una importante misión de los Altos Poderes de los Estados de Holanda, y nuestro viaje no ofreció nada de particular, y al cabo de unas seis semanas, arribamos a Ceilán. Quince días, poco más o menos, después de nuestro arribo, hubo de proponerme el hijo mayor del gobernador ir de caza con él, propuesta que yo acepté de muy buena gana. Mi amigo era alto y recio en proporción, y con esto fuerte y avezado al calor del clima; pero yo no tardé mucho en sentirme fatigado, bien que no hubiera hecho grande ejercicio, y me encontré a su espalda rezagado, cuando llegamos al bosque. Para decansar un poco me disponía a sentarme a orillas de un río, que hacía algún tiempo venía llamando mi atención, cuando se oyó un gran ruido por detrás de mí. Volvíme súbitamente y quedé como petrificado viendo un descomunal león que se dirigía hacia mi fatigado individuo, dándome a entender que deseaba almorzárselo sin pedirme siquiera la venia. Tenía la escopeta cargada con perdigones, y me faltaban el tiempo y la presencia de ánimo para reflexionar largamente; resolví, pues, hacer fuego a la fiera, si no para herirla, para espantarla a lo menos. Pero en el momento de apuntarle adivinó sin duda el animal mis malas intenciones, se puso furioso y se lanzó contra mí. Por instinto, más bien que por reflexión, procuré entonces una cosa imposible, esto es, huir. Vuélvome con tal propósito, y . . . ¡todavía me estremezco sólo al recordarlo! . . . vuélvome y veo a algunos pasos delante de mí un monstruoso cocodrilo que abría ya sus formidables mandíbulas para devorarme. Imaginaos, pues, el horror de mi situación: por detrás, el león; por delante, el cocodrilo; a la izquierda, un río rápido; a la derecha, un precipicio frecuentado, como supe después, por serpientes venenosas. Lleno de terror, y estupefacto ante aquel tan horroroso como inminente peligro, caí en tierra; y el mismo Hércules, con su maza y todo, hubiera hecho lo propio. El único pensamiento que ocupaba ya mi espíritu era esperar el terrible momento en que sentiría la presión de los dientes del león furioso, o de las mandíbulas del cocodrilo. Pero al cabo de algunos segundos, levanto cautelosamente la cabeza y veo con grata sorpresa que, impelido el león por el mismo ímpetu con que se había lanzado hacia mí, había penetrado de suyo, y sin poderse detener, en las abiertas fauces del cocodrilo, y en vano se esforzaba por sacar la cabeza de aquella dentada sima.

Levantéme entonces sin demora, desenvainé mi cimitarra, de un tajo le corté al león la cabeza, y su cuerpo vino rodando a mis pies. Luego, con la culata de mi escopeta, hundí cuanto pude la cabeza de la víctima en el tragadero del cocodrilo, el cual no tardó mucho en morir atragantado.

Algunos instantes después de esta famosa victoria sobre tan terribles enemigos, llegó mi compañero de caza alarmado por mi ausencia. Al ver los humeantes despojos de mi combate, me felicitó calurosamente, envidiando mis laureles. Medimos después el cocodrilo, y resultó que tenía nada menos que cuarenta pies de París . . . y siete pulgadas, para mayor exactitud. Cuando contamos tan extraordinaria aventura al gobernador, envió un carro, con suficiente número de hombres, a buscar los monstruosos animales. Un peletero del lugar me hizo con la piel del león cierto número de bolsas de tabaco, de que distribuí parte a mis amigos de Ceilán, y, de las que me quedaron, regalé después a los burgomaestres de Amsterdam, que quisieron absolutamente que



EL LEÓN HABÍA PENETRADO EN LAS ABIERTAS FAUCES DEL COCODRILO

aceptara en cambio un obsequio de mil ducados. La piel del cocodrilo fué empajada, según el método ordinario, y figura hoy día con honor en el Museo de Amsterdam, cuyo conserje cuenta mi vida y milagros a los visitantes. Debo advertir, sin embargo, que el bueno del hombre añade muchos pormenores de su propia invención, que ofenden gravemente le verdad y la verosimilitud. Cuenta, por ejemplo, que el león se corrió a toda la longitud del cuerpo del cocodrilo, y que en el momento de salir por la parte opuesta a la de su entrada, el ilustrísimo Barón (según tiene la costumbre de llamarme) le cortó la cabeza, cortando a la vez tres pies de cola del fiero cocodrilo. El cocodrilo, añade el entusiasta conserje, profundamente humillado por esta mutilación, se retorció, arrancó la cimitarra de manos del Barón, y se la tragó con tal y tanto ahinco, que la hizo pasar por mitad del corazón, y murió al instante.

Lamento desde el fondo de mi alma estas exageraciones, porque en el siglo de escepticismo en que vivimos, las gentes que no me conocen podrían ser inducidas, en virtud de tan groseras mentiras, a poner en duda la verdad de mis aventuras reales y positivas, como hechos estrictamente históricos, cosa que ofende gravemente a un caballero como yo.

SEGUNDA AVENTURA POR MAR

Allá por el año de 1776 me embarqué en Portsmouth para la América del Norte, a bordo de un buque de guerra inglés de primer orden, como que llevaba nada menos que cien cañones y mil cuatrocientos hombres de tripulación.

En nuestra travesía no nos sucedió nada extraordinario. El primer incidente ocurrió a unas trescientas millas del río San Lorenzo, donde nuestro buque chocó violentamente con algo que nos pareció una roca. Sin embargo cuando echamos la sonda no hallamos fondo a quinientas brazas. Lo que hacía más extraordinario e incomprensible este accidente, fué haber perdido el timón a la violencia del choque: el bauprés se había partido en dos, los palos se habían hendido en toda su longitud, y dos de ellos habían caído sobre cubierta. Un pobre marinero que estaba ocupado en los aparejos tomando rizos a la vela mayor, fué impelido a más de tres leguas del buque, antes de caer al agua. Afortunadamente, durante este trayecto tuvo la serenidad de coger al vuelo la cola de una grulla, lo que no sólo disminuyó la rapidez de su caída, sino que también le permitió nadar hasta el barco, agarrándose al cuello del ave. El choque había sido tan violento, que toda la tripulación, que se hallaba sobre cubierta, fué lanzada contra el castillo de proa. Yo salí con la cabeza hundida entre los hombros, y hubieron de pasarse muchos meses antes de que volviera a su posición natural. Todos nos hallábamos en un estado de estupor y espanto difícil de describir, cuando la aparición de una enorme ballena que dormitaba sobre la superficie del Océano vino a darnos la explicación de este acontecimiento. El monstruo había llevado a mal, sin duda, que nuestro buque chocara con él, y se puso a dar tremendas coleadas sobre nuestras costillas, o sean las del barco; en su cólera, tomó en la boca el ancla mayor, que estaba, según costumbre, suspendida en la popa, y se la llevó, remolcando nuestro barco a distancia de sesenta millas, a razón de seis por hora, hasta que por fin se rompió el cable de nuestra áncora, perdiendo así la ballena nuestro buque, y nuestro buque su ancla.

Después de muchos meses, de regreso a Europa, encontramos casi a la misma altura a la misma ballena, que flotaba ya muerta, y medía cerca de media milla de longitud. No podíamos tomar a bordo sino una pequeña parte de aquel formidable cetáceo; y al efecto, echamos al agua nuestros botes, y a duras penas conseguimos cortarle la cabeza. Entonces tuvimos la satisfacción de encontrar en ella no ya sólo nuestra ancla, sino también cuatro toesas de cable, que se habían alojado en el hueco de un diente de su mandíbula izquierda in-

ferior. Este fué el único suceso interesante que ocurrió a nuestro regreso; pero se me ha olvidado uno que por poco nos es fatal a todos.

Cuando en nuestro primer viaje fuimos arrastrados por la dichosa ballena, comenzó nuestro buque a hacer agua en tanta abundancia, que todas nuestras bombas no hubieran impedido que se fuera a pique en media hora. Por fortuna fuí yo el primero que notó la avería, cuyo agujero no tenía menos de un pie de diámetro. Sin perder tiempo procuré taparlo por todos los medios conocidos; pero en vano. Por fin, logré salvar el buque, y con él a su numerosa tripulación, apelando a un recurso por demás ingenioso. Sin perder tiempo en quitarme los calzones, me senté intrépidamente en el agujero. Si la abertura hubiera sido más amplia, habría logrado también cegarla: no lo extrañaréis cuando os diga que, por línea paterna y materna, desciendo de familias holandesas, o, a lo menos, westfalianas. Verdaderamente, mi posición en aquel asiento era bastante húmeda, pero muy luego me sacó de ella la solicitud del carpintero.

TERCERA AVENTURA POR MAR

Bañábame una hermosa tarde de verano no lejos de Marsella, cuando vi un gran pez que nadaba rápidamente hacia mí, con tamaña boca abierta. Imposible era salvarme, pues no tenía medios, ni siquiera tiempo. Sin vacilar, me reduje a la menor expresión, esto es, me hice un ovillo, doblando todos los miembros contra el cuerpo, doblado también; y en aquella forma me deslicé entre las mandíbulas del monstruo, hasta su mismo tragadero. Ya allí, me encontré en la mayor oscuridad y en un calor que no me era desagradable. Mi presencia en su gaznate le molestaba singularmente, y estoy por decir que de muy buena voluntad se hubiera desembarazado de tan indigesta merienda; para serle aún más incómodo, me puse a andar, a brincar, a bailar, a hacer, en fin, mil locuras en mi prisión. La jiga escocesa, entre otras danzas, le era, al parecer, muy desagradable. Daba gritos lamentosos, y a veces se erguía echando medio cuerpo fuera del agua. En este ejercicio fué sorprendido por un barco italiano que le arrojó el arpón y dió cuenta de él en muy pocos minutos. Luego que lo subieron a bordo oí a la tripulación que se concertaba sobre la manera de despedazarlo para sacar de él la mayor cantidad posible de aceite; y como entendía yo el italiano, entré naturalmente en cuidado, temiendo ser despedazado con el cetáceo. Para ponerme en cobro, huyendo del corte de sus cuchillos, fuí a situarme en el centro del estómago, donde podían estar desahogadamente hasta una docena de hombres; suponía que los marineros comenzarían su obra por los extremos; pero me equivoqué, aunque no en mi daño, porque comenzaron por el vientre.

No bien percibí un poco de luz, me puse a gritar a voz en cuello diciendo cuán grato me era ver a aquellos bravos marineros y por ellos ser libertado de un cautiverio donde comenzaba a asfixiarme. No acertaría a describir el asombro de que se sintieron poseídos, al oir que salía de las entrañas del monstruo una voz humana; y todavía subió de punto el asombro cuando vieron aparecer en el abierto vientre del pez a un hombre en cueros vivos. Contéles la aventura, tal como os la he contado a vosotros, mis queridos lectores, y aunque compadeciéndose de mí, se desternillaron de risa. Después de tomar un refrigerio, me eché al agua para lavarme, que bien lo necesitaba, y nadé hacia la playa, donde encontré mi ropa como la había dejado. Si no me engaño en mi cálculo, estuve encerrado en el cuerpo del cetáceo unos tres cuartos de hora.

CUARTA AVENTURA POR MAR

Hallándome aún al servicio de Turquía, me solazaba a menudo paseándome en mi yacht de recreo por el mar de Mármara, donde se goza de una admirable vista de Constantinopla y del serrallo del Gran Señor. Una mañana

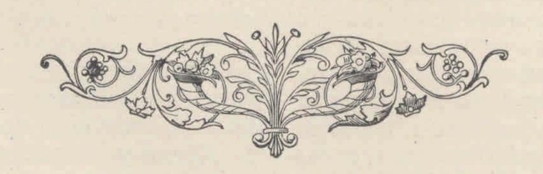
que contemplaba extasiado la belleza y serenidad de aquel cielo, vi flotar en el aire un objeto redondo, del tamaño, poco más o menos, de una bola de billar, y del que, al parecer, pendía alguna cosa.

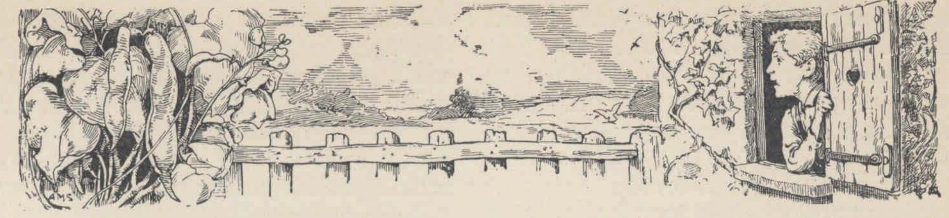
Tomé luego, al punto, la mejor y más larga de mis carabinas, sin las cuales no salgo ni viajo nunca: la cargué con bala y tiré sobre el objeto redondo, pero no le di. Eché entonces doble carga, y no estuve más acertado. Finalmente, al tercer tiro, le envié cuatro o cinco balas que le hicieron un agujero en el costado y comenzó a descender.

Poco después vi caer a unas dos toesas de mi yacht una especie de carrete dorado, supendido de un enorme globo, más voluminoso que una cúpula de catedral. En el carrete había un hombre que me pareció francés, y lo era, efectivamente, que llevaba en el bolsillo de su jubón un par de hermosos relojes con dijes y zarandajas. De cada uno de sus ojales pendía una medalla de oro de cien ducados lo menos; en todos sus dedos brillaban preciosas sortijas guarnecidas de diamantes, y el oro que rebosaba en sus bolsillos hacía casi arrastrar los faldones de su casaca.—¡Pardiez!—exclamé para mis adentros.—Este hombre ha de haber prestado extraordinarios servicios a la humanidad para que en medio de la codicia que reina, le hayan hecho regalos tan preciosos los grandes personajes. La rapidez de la caída lo había aturdido de tal manera, que hubo de pasar algún tiempo antes de que pudiera hablar.

Repúsose al fin y refirió lo que sigue: «Hace siete u ocho días (no lo sé exactamente, porque he perdido la noción del tiempo), hice una ascensión en la punta de Cornuailles, en Inglaterra, llevando un carnero, a fin de lanzarlo desde arriba para divertir a los espectadores. Por desgracia, varió el viento diez minutos después de mi partida, y en vez de llevarme hacia la parte de Exeter, donde proyectaba descender, me impelió hacia el mar, por encima del que he flotado mucho tiempo a una altura inconmensurable. Entonces me alegré de no haber precipitado el carnero, porque al tercer día me vi obligado por el hambre a matar al pobre animal. Como había superado hacía mucho tiempo la luna, y al cabo de setenta horas había llegado tan cerca del sol que se me quemaron las pestañas, puse el carnero, previamente desollado, donde el sol daba con más fuerza, y en unos tres cuartos de hora quedó completamente asado: de él he vivido durante mi viaje aéreo. La causa de mi larga expedición debe atribuirse a la rotura de una cuerda que se comunicaba con una válvula situada en la parte inferior del globo y estaba destinada a desahogar el aparato, cuando fuera necesario, dejando escapar el aire inflamable. Si no hubierais disparado contra el globo, o no lo hubierais agujereado, habría podido permanecer, como Mahoma, suspendido entre cielo y tierra hasta el día del juicio final». El bueno del hombre regaló generosamente su barquilla a mi piloto, que no había abandonado el timón, y tiró a la mar los restos del carnero. En cuanto al globo, ya estropeado por mis balas, se había acabado de romper a la caída.

(*Continúa el relato en otra parte de esta sección.*)





PERIQUILLO Y LAS ALUBIAS MARAVILLOSAS

VIVÍA en una casucha a orillas de un gran bosque una viuda pobre en compañía de su único hijo Periquillo.

Era tal su pobreza que más de una noche hubieron de acostarse sin cenar; y andando el tiempo empeoró de tal suerte su situación, que la viuda determinó vender su vaca, que era toda su riqueza. Púsose, pues, Periquillo en marcha, con su vaca, resuelto a hacer el mejor negocio posible.

En el camino encontró a un hombre que llevaba en la mano un saquito lleno de judías.

Encaprichóse Periquillo con ellas y se las pidió al caminante.

—De ninguna manera—replicó éste;—son alubias mágicas. Si las quieres dame por ellas tu vaca.

Accedió a ello el muchacho y el hombre, satisfecho de la adquisición, alejóse con su vaca, mientras Periquillo corría a casa para enseñar las judías a su madre. Cuando oyó la pobre mujer la historia, fué tal su ira por la necedad de su hijo, que tomando las alubias las arrojó por la ventana.

Acostóse aquella noche Periquillo malhumorado, pero al levantarse a la mañana siguiente, fué grande su sorpresa al contemplar un extraño espectáculo delante de su ventana. Le pareció ver un árbol gigantesco, pero al acercarse a él vió que no era tal, sino que las judías maravillosas habían crecido prodigiosamente, entrelazándose de tal modo que llegaban a una desmesurada altura, pues la cima de la enorme planta se perdía de vista.

En un santiamén púsose Periquillo a trepar por la planta arriba, hasta que empezó a perder el aliento. Cuando, finalmente, llegó a la punta, se encontró en un extraño país. Curioso echóse a andar por un sendero, donde le salió al paso una vieja, la cual con gran sorpresa suya, le llamó por su nombre.

—Periquillo, tú no me conoces, pero yo a ti sí. Hace algunos años un ogro mató a tu padre y le robó la fortuna que te pertenecía. El ogro vive todavía, y si quieres vengarte de él, yo te ayudaré.

Contestóle el muchacho, emocionado, que no deseaba otra cosa, y así le preguntó dónde vivía el asesino de su padre.

—En aquel gran castillo, allá abajo, le respondió la vieja, que era una bruja; y dicho esto desapareció.

Dirigióse Periquillo al castillo que la bruja le había indicado y habiendo llegado a él, subió valeroso la escalinata y llamó a la puerta. Abrió el postigo una mujer a la cual el joven suplicó le diese albergue por una noche.

—¡Infeliz!—repuso ésta.—¿No sabes que mi marido es un ogro, y que si te ve, te asará en el horno para después comerte? No me atrevo a abrirte la puerta.

Mas Periquillo, que no tenía nada de cobarde, le dijo:

—¿Y no podrías esconderme en algún sitio?

—Está bien; haré todo lo que pueda —añadió la mujer;—pero antes prométeme que apenas apunte el día, lo primero que has de hacer es escapar.

Prometíoselo Periquillo, y así la mujer del ogro le llevó a la cocina, donde le sirvió una buena cena: no había aún terminado el muchacho de comer,

cuando se oyó un tremendo aldabonazo, dado a la puerta del castillo.

—Date prisa,—dijo la mujer a su convidado;—salta al horno y no hagas ruido hasta que mi marido se haya ido a la cama.

Escondióse Periquillo en el horno, y en el mismo momento entró el ogro en la cocina.

—¡Aquí huele a carne fresca!—exclamó con voz terrible que hizo temblar al pobre muchacho dentro del horno.

—¡Qué tonterías tienes!—le respondió su mujer.—Siéntate a comer; mira qué buena cena te he preparado.

Era, en efecto, la cena tan apetitosa, que el ogro no tardó en sentarse a la mesa, recreándose con tan sabrosos manjares, y cuando hubo terminado, mandó a su mujer le trajese su gallina favorita. Salió ella volviendo al poco rato con una hermosa gallina, que colocó sobre la mesa.

—Gallinita mía, pon un huevo—le ordenó el ogro;—e inmediatamente rodó por la mesa un huevo de oro.

—¡Esa gallina es una mina!—se dijo Periquillo.

Cayó el gigante en profundo sueño a los pocos momentos, lanzando tan sonoros ronquidos que hacían retemblar las paredes. Al oirlos saltó Periquillo de su escondrijo, se apoderó de la gallina y apretó a correr por aquellos campos, llegando pronto a las ramas de su planta maravillosa, por la que se fué descolgando hasta llegar al suelo.

Lleno de gozo, corrió a su casa y refirió a su madre cuanto le había sucedido. La viuda le escuchaba maravillada y orgullosa de tener un hijo tan valiente. Luego vendieron los huevos de oro de la gallina prodigiosa y con el producto de la venta vivieron cómodamente por algún tiempo.

No satisfecho Periquillo con aquella aventura, quiso ir en busca de otras, y así, un día, después de disfrazarse convenientemente, trepó por la planta arriba y por el antiguo camino se dirigió al castillo, pidiendo a la mujer del ogro le diese de comer y le indicase donde pasar la noche.

Mas aquélla sacudió negativamente la cabeza, refiriendo al desconocido el pago que le había dado un granujilla a quien días atrás acogió en su casa, el cual había desaparecido llevándose una gallina que su marido tenía en gran estima. Indignóse Periquillo ante tal ingratitud, e insistió tanto que, al fin, la mujer consintió, e introduciéndole en el castillo le escondió en un arca.

Volvió el ogro de sus correrías, y al entrar en la cocina gritó con espantosa voz.

—¡Aquí huele a carne fresca!

—¡Qué tonterías tienes!—contestó la mujer. Siéntate a comer; mira qué cena te he preparado.

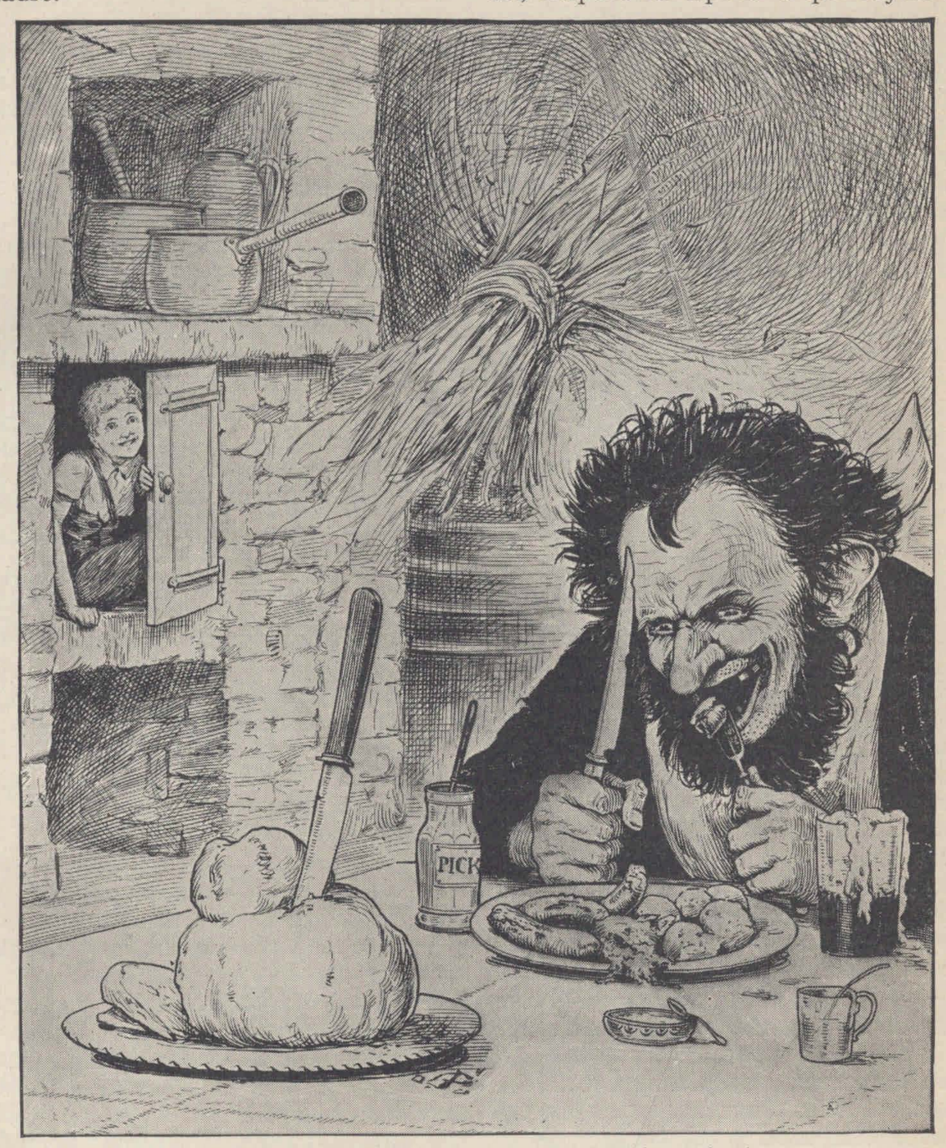
Cenó el ogro, y cuando hubo acabado, murmuró roncamente:

—Tráeme mi talega de oro.

Púsola su mujer sobre la mesa, y el marido, después de recrearse contando las monedas, las volvió a encerrar en el saquito y quedóse dormido.

Abalanzóse Periquillo al tronco formado por las plantas de judías y por él se descolgó ligero con el arpa, y perseguido por el terrible monstruo.

Rápidamente salió Periquillo del arca, cogió el dinero y huyendo del castillo no tardó en hallarse en compañía de su madre.



Atisbaba Periquillo desde el horno mientras el ogro devoraba su abundante cena.

—Madre, no debes tener reparo en gastar este dinero—le dijo, sacándose las monedas a puñados de sus bolsillos,—pues aquel hombre malvado se lo robó a mi padre y por consiguiente es nuestro.

Transcurrió algún tiempo, y un día encaramóse de nuevo Periquillo por el tronco de la gigantesca planta para ir por tercera vez al castillo del ogro, pero ahora procuró no ser visto de la mujer y así, después de esperar a que cayese la tarde, logró deslizarse hasta la cocina y ocultarse dentro de una cacerola, antes de que volviese el monstruo.

—¡Aquí huele a carne fresca!—prorrumpió éste, deteniéndose en la puerta de la cocina.

—¡Por Dios!—le contestó su mujer,—

siempre estás imaginando que hay alguien escondido en casa. Por esta vez te equivocas, como siempre.

Después que el gigante hubo cenado pidió su arpa. Trájosela su mujer y dejándola sobre la mesa, a una sola palabra del monstruo el arpa comenzó a tocar por sí sola.

Deleitábase tanto Periquillo con aquella música, que al atisbar por el borde de la cacerola, y ver el mágico instrumento determinó hacerse dueño de él. Apenas quedó dormido el ogro saltó Periquillo fuera de la cacerola, arrebató el arpa, y escapó de la cocina. Mas he aquí que el arpa estaba encantada y no bien la hubo cogido el ladronzuelo, sus finas cuerdas gritaron: «¡Señor amo, señor amo!»

Despertóse el ogro sobresaltado, y viendo lo que pasaba, se abalanzó sobre Periquillo, pero éste corría que se lo *llevaba el diablo. Jadeante saltó a la* columna que formaba la planta de las judías, y por ella se descolgó con tal presteza, que al poner su pie en tierra, el ogro apenas si había llegado a medio camino.

Viendo el pequeño que no quedaba un minuto que perder, gritó a su madre.

—Madre, madre, traedme pronto el hacha que el ogro está bajando.

Acudió con ella precipitadamente la madre, y Periquillo de un solo hachazo cortó el tronco de la planta bienhechora.

Al caer el ogro en tierra retumbó su cuerpo con espantoso estrépito y así acabó su miserable vida.

Madre e hijo vivieron felices muchos años y cuando Periquillo se hizo un hombre, se enamoró de una hermosa princesa con la cual se casó, pues ya entonces poseía grandes riquezas y sus aventuras le habían dado mucha fama.

DE CÓMO LA VERDAD FUÉ A PARAR AL FONDO DE UN POZO

—¡ADIÓS, mi gatito!—exclamó Luisita angustiada, al ver desaparecer por la boca de un pozo a su precioso minino.

Era Luisita una encantadora niña que solía jugar con sus amiguitas todas las tardes, y aquel día, obligando a hacer a su gatito difíciles ejercicios sobre el brocal de un pozo, el animalito, en un descuido, cayó dando tumbos en las tinieblas hasta llegar al fondo.

—¡Pobre minino!—gritaron las amigas de Luisita.

—¿Quién nos envía este gato?—murmuraron los ratoncitos que vivían entre las grietas de las paredes del pozo.

Descendía, pues, rápidamente el felino por aquellas negruras, esperando un soberbio chapuzón; pero cuál no sería su sorpresa cuando al llegar al fondo se encontró en el regazo de una hermosa joven que estaba sentada en un banco de mármol y que se alumbraba a la débil luz de una lámpara.

—Recibiólo, pues, cariñosamente la joven y, mirándolo con amabilidad, atusó su estirada piel, tranquilizándole.

—¿Cómo has venido a parar aquí, pobre gatito?—le preguntó su nueva amiga, ¿te ha tirado algún chico travieso o te has caído?

El gato, estupefacto y sin darse cuenta de las palabras de la joven, mirábala atónito. Al fin, rompiendo el silencio, le preguntó.

—¿Quién eres?

—Me llaman la Verdad.

—¿Y qué es lo que haces aquí?

—Aquí me metió Demócrito y de aquí no me he movido.

—¿Quién es Demócrito?—le preguntó intrigado el gato.

—Escucha—replicó la Verdad.—Demócrito era uno de los más grandes filósofos de la antigüedad, el cual consagró su vida al descubrimiento de nuevos hechos. En lugar de vivir en Atenas en medio de los placeres, como los demás filósofos de su tiempo, fuese por el mundo en busca de peregrinos descubrimientos. A este fin recorrió Europa, Asia y Africa. Al regresar a su ciudad natal, Abdera, escogió por morada una cueva en un bosquecillo de las afueras

de la ciudad y allí pasó su vida, burlándose de las falsas ideas de aquel pueblo ignorante.

—¿Es esto verdad?

—Tomáronle las gentes por loco y así enviáronle el médico Hipócrates para que le visitase y reconociese. Cuando el galeno volvió de su visita declaró que no era Demócrito el loco, sino sus acusadores. Ese hombre, añadió—tiene sobrado fundamento para reirse de las estupideces y desvaríos de un pueblo de tan crasa ignorancia y lamentable superstición. Tal vez sea él el único hombre de sano juicio en nuestra sociedad insana y corrompida.

—Estúpidos,—gruñó el gato.—Yo no me hubiese reído de ellos sino que los habría convertido en ratones, después de avisar a todos los de mi raza.

—Desde el tiempo de Demócrito, mucho ha aprendido la humanidad, prosiguió la Verdad.—Y aunque los hombres me tienen aquí encerrada y sumida en estas tinieblas, nunca de mis labios han salido para ellos otras palabras que no fueran de compasión.

—Mas, dime; ¿por qué te ocultó aquí Demócrito?

—Solía decir aquel filósofo que había buscado la verdad por todas partes, sin lograr encontrarla y que quizá se hallaba en el fondo de un pozo. Al oir esto los hombres dijéronse unos a otros: « Si así es, nunca encontraremos la verdad, pues se halla en el fondo de un pozo desconocido », y era curioso verlos en cierto modo contentos de ello. Pero los hombres honrados y sinceros diéronse a buscarla por todos los pozos de la tierra. Yo, que por naturaleza brillo y quiero ser descubierta, me oculté ora en uno, ora en otro pozo; de lo contrario corría el riesgo de no ser encontrada nunca. Finalmente, vine a parar a este pozo, cuyo nombre es « ¿por qué? » y desde su fondo observo que son los hombres más íntegros los que se asoman a su brocal para mirarme. Pero si no fuese por Demócrito, no estaría yo aquí. Él me ha aprisionado donde me ves. Estoy oculta, es cierto, pero los hombres amantes de mi luz, saben buscarme. No estoy, pues, indispuesta con Demócrito. Era un hombre probo.



LA JOVEN MIRÓ CARIÑOSAMENTE AL GATO Y LO TRANQUILIZÓ, ATUSANDO SU ERIZADA PIEL

—Y ¿cómo pasas aquí los días?—le interrogó el gatito, echando al mismo tiempo una ojeada por las paredes del pozo, para ver si asomaba algún ratoncito.—Tu vida debe ser muy triste en este oscuro recinto.

—Los que buscan la Verdad, repuso la joven,—no cesan de echar pozo abajo unos pequeños cubos colgados de los ganchos que forman los signos de interrogación. Pero son tan pequeños que

yo no quepo entera en ellos, y así he de llenarlos del agua sagrada de los conocimientos según la capacidad de cada uno. Así paso mis días.

—¡Necios hombres!—exclamó el gato. —¡Si supiesen que eres tú misma la verdad que ellos buscan . . .!

—No faltarían entonces quienes impidiesen a los amantes de la verdad echar aquí un pozal tan capaz que me pudiese contener, si cubo tan grande pudiera ser construído. No soy huésped bienvenido en las dichosas mansiones de los mortales. Y muchos de ellos pretenden que sólo el conversar conmigo es molesto. Otros se asustan de mí. Los menos son los que se dan cuenta, de que el fin de la vida es descubrir la verdad de las cosas.

Tan sabia conversación había puesto serio al gato, que, intrigado y rascándose una oreja con su patita, preguntó:

—¿Es cierto todo lo que dices?

—Nada lo es más—añadió la Verdad. Son muchos los que sobre la tierra son capaces de los mayores desvaríos por allegar riquezas. Para ellos soy yo una mala amiga. Y hace tan largo tiempo que no me ven que seguramente no me reconocerían.

—¡Cuánto me gustaría vivir siempre a tu lado; pero soy un gato!

En aquel momento un cubo bajaba por la boca del pozo: antes que la Verdad dijese una sola palabra saltó a él el gatito, y dando un fuerte tirón de la cuerda, desapareció de la vista de la joven.

—Si al menos hubiese ratoncitos allá abajo, otra cosa sería—exclamó el gato al llegar al brocal. Y maullando tiernamente fuése en busca de su desconsolada amita.



LAS GENTES TOMARON A DEMÓCRITO POR UN LOCO Y ENVIARON A HIPÓCRATES PARA QUE LE RECONOCIESE

LA REINA AMIGA DE SANTIAGUITO

ÉRASE un muchacho, de nombre Santiago, que vivía cerca de los muelles de Londres. Tenía el desgraciado las piernas tan torcidas y extremadamente flacas, que únicamente podía andar con ayuda de unas muletas.

Su padre trabajaba en los muelles como cargador de los grandes barcos, cuyos altos mástiles veía Santiaguito desde su ventana elevarse por encima de los tejados de las casas.

Como eran numerosos sus hermanos, su padre no le pudo comprar más que unas muletas sumamente baratas, que, además de serle cortas le lastimaban los sobacos y le obligaban a marchar in-

clinado. Así iba creciendo el niño, débil y raquítico, y sus padres acongojados temían no viviese mucho tiempo.

Un día estaba Santiaguito sentado en su cama, junto a la ventana abierta, escuchando la algazara de los muchachos que jugaban en la calle y contemplando por entre los tejados y chimeneas cómo los palos de los barcos se dibujaban en el sereno azul del cielo, cuando oyó extrañas voces en la habitación inferior y entre ellas los sollozos de su madre. «Han venido—pensó Santiaguito—a anunciar a mi madre que no tengo cura y que me moriré».

Mas aguzando el oído oyó pisadas en las escaleras y voces alegres y joviales.

Levantóse el picaporte de la puerta y por ella entró su madre acompañando a una elegante señora que llevaba de la mano a una preciosa niña.

Adelantóse la dama hacia el lecho del enfermito, e inclinándose sobre él, besó su pálida frente, hablándole después tan familiarmente como si de largo tiempo le conociese. Besóle también la niña y le dijo: «Espero que pronto te pondrás bueno, Santiaguito».

Entretanto había su madre acercado unas sillas, en las que se sentaron las tres junto a la cabecera del niño, que, maravillado, no comprendía a qué podía deberse tan encopetada visita.

—Hay una persona que te quiere mucho,—le dijo la señora—y que siente profunda pena porque estás enfermo y sufres. Es ella una gran señora, la más noble dama del país; se llama la reina Alejandra.

Admirado, abrió Santiaguito desmesuradamente sus ojos, y sonriendo con dulzura, dirigió una mirada cariñosa a su madre.

—Sí, Santiaguito; la reina Alejandra te ama y tanto le preocupa tu dolencia, que pasa muchas horas del día pensando lo que puede hacer para verte dichoso. Ella me ha enviado aquí, porque mi hija pertenece a la Liga de la Reina Alejandra, y es su real deseo te diga que en una espléndida casa situada en el campo, hay un hermoso lecho para ti: quiere su Majestad que te lleve allí, donde serás atendido hasta que te pongas bueno por completo y te conviertas en un muchacho robusto.

—Y allí tendrás—también, un florido jardín a tu disposición—añadió la niña, —en el que podrás cuidar cuantas flores quieras, que desde luego serán todas tuyas.

—Además—repuso su madre,—aprenderás un oficio, hijo mío. ¿Qué, no te gustará? Con él podrás ganarte la vida y ser independiente.

Sonábale todo esto al enfermo a algo así como si fuera un cuento de hadas, y tan estupefacto estaba, que sólo pudo balbucear: «Madre, ¿está segura de que todo esto no es más que una broma?» Lo que más le extrañaba era que la misma reina fuese sabedora de sus sufrimientos y se dignase aliviarlos. Pero un día detúvose a la puerta de su casa un coche del que bajó una enfermera que venía en busca del niño. Agolpábanse los vecinos para despedir a Santiaguito, quien colocado cuidadosamente en el interior del carruaje, se alejó de su barrio para ir a la estación del ferrocarril y de allí al campo, fuera de Londres.

La dama tenía razón y era muy cierto cuanto había dicho. Al término de su viaje llegó a una casa tan grande y hermosa que le parecía un palacio; rodeábala un bello jardín, y en ella le esperaba un blando lecho.

Tuvo allí por amigos a otros niños tullidos, y entre los árboles del jardín escuchaba los gorjeos de los pájaros aspiraba el aroma de las flores y de la tierra fresca removida. En una palabra, su vida era un continuo sueño de cosas bellas.

Como era diligente, aprendió a leer y estudió cosas útiles; amábanle todos por su bondadoso carácter, y él, que estaba encantado de su nueva vida, se preguntaba si el cielo igualaba en belleza a aquella morada.

Un día que estaba en el jardín de rodillas sobre una esterilla, recogiendo semillas de sus flores, oyó detrás de él el roce de un vestido y al mismo tiempo una voz desconocida que le llamaba por

su nombre. Volvió Santiaguillo prontamente la cabeza y al levantar la vista, vió a su lado a una elegante señora. Llevaba el rostro cubierto por un velillo y a través del velo, distinguió sus ojos humedecidos por el llanto. El pobre niño sintió que su corazón latía con violencia, y cuando vió que la dama se inclinaba sobre él con ternura, sus ojos se llenaron de lágrimas. Incorporóse, pues, sobre la esterilla, fijando emocionado su mirada en la desconocida señora, y sintió ansias de romper a llorar; mas la hermosura de la dama le distrajo y atónito quedó mirándola, como si la creyera destacada de un cromo o de un cuadro. Llegó hasta a pensar que estaba ante una visión.

Una alondra cruzó al cielo azul cantando sobre la cabeza de la señora, que estaba rodeada de flores por todas partes. Parecía un ángel. Hubo un momento en que Santiaguito, poniéndose horriblemente pálido, sintióse desfallecer. ¿Era quizá ella? Tenía conciencia el muchacho de la frescura del césped, del perfume de las flores, del cantar de la alondra, del azul del cielo; pero todas estas cosas no eran nada comparadas con tan extraordinaria visión.



Un día arreglaba Santiaguito su jardín, cuando al levantar la vista, vió a una bella señora que le estaba observando.

—¿Estás contento?—le preguntó la dama.

Santiaguito hizo con la cabeza una señal afirmativa; tal era su emoción que no pudo hablar.

—¿Sabes quién soy?

Movió nuevamente el niño su cabeza afirmando con entusiasmo y enjugándose una lágrima en sus mejillas.

—¿Es la primera vez que me ves?

Con la cabeza dijo el niño que no.

—Entonces, ¿cómo sabes quién soy?

—He visto cuadros . . . prorrumpió Santiaguito, golpeando la tierra con sus manitas. Solamente que vos sois más bella que todos los cuadros.

La dama sonrió, e inclinándose puso su delicada mano sobre la cabeza del niño y le dijo:

—Me alegro que seas tan feliz.

—Señora, vos queréis también que todos los tullidos de Inglaterra sean dichosos como yo ¿no es cierto?

—Así es, Santiaguito.

—¡Qué hermoso corazón tenéis, señora!—exclamó el niño con entusiasmo. Diciendo así cortó las más lozanas flores, formando con ellas un gracioso ramo que ofreció a la dama.

—Vuestras son, os pertenecen—le dijo.—Yo también soy vuestro, gentil señora, y vuestros son todos los tullidos que tanto amáis.

Tomó ella las flores, aspiró su perfume, e inclinándose, regalóselas graciosamente a Santiaguito.

—Deseo que se las envíes a tu madre, como expresión de mi afecto.

—¡Vuestro afecto! murmuró el cojito. Y cogiendo sus muletas con ligereza, se puso en pie, dirigiéndose presuroso al asilo.

—¡Mi querida enfermera! gritó al entrar en él.—Voy a mandar estas flores a mi madre en una caja de cartón, con una carta que le diga que es la reina quien se las envía como expresión de su afecto. ¡Figúrese qué encanto! La reina manda a mi madre su afecto!

. . . . . .

Sobre la chimenea del comedor de la humilde casa junto a los muelles de Londres, hay un vaso de cristal que sostiene las flores amarillentas y marchitas que la Reina de Inglaterra habia enviado a la madre de Santiaguito muchos años antes.



El « Unter den Linden », el gran paseo triunfal de Berlín, llamado así por su avenida de tilos.

ALEMANIA ACTUAL

LA historia de Inglaterra y Francia a través de los siglos pueden leerla sencillamente todos los que vean las calles y edificios de sus capitales. Con Alemania sucede algo diferente.

Para formar estos capítulos históricos, debemos referirnos no a Berlín sino a las más famosas ciudades antiguas que ahora forman a Alemania.

Berlín es la capital de Prusia y pocas cosas hay en ella que se remonten a 200 años de antigüedad. Esta magnífica y hermosa ciudad, que ha crecido en tan corto período de tiempo, llenando el valle del Sprée con palacios y fábricas, explica maravillosamente la grandeza de Prusia y el por qué se fundó el pasado Imperio bajo su dirección.

Desde los días del Gran Elector, Federico Guillermo, quién fué el primero en trazar acabados planos para la construcción de la capital y el que plantó la doble hilera de tilos que hoy sombrea su paseo triunfal, cada rey de Prusia ha hermoseado la ciudad, añadiéndole buenas calles, plazas y puentes, dotándola de espléndidos palacios, museos, galerías de pinturas y edificios públicos de toda suerte. Por todas partes se han erigido monumentos y estatuas para perpetuar el recuerdo de los hombres y de los acontecimientos que han contribuido a engrandecer a la nación. La población creció en los ultimos cien años de 200,000 a 2,000,000 de habitantes y miles de miles de casas se han construido sin cesar para pobres y ricos.

De todos los puntos convergen caminos de hierro a Berlín y en su interior hay trenes y medios de locomoción de todas clases, pues hay calles muy largas y los suburbios están sumamente distantes. Próximo a la Puerta de Brandenburgo, en Tiergarten, hay un precioso parque con numerosos lagos que se extiende a lo largo de la orilla del río Sprée.

Aunque Berlín fué fundado en la edad media, conserva muy pocos de sus viejos edificios. Es tan completa y moderna ciudad como una de las del Nuevo Mundo, por consiguiente ha llegado a ser un confortable lugar para vivir. No pueden vanagloriarse de gran arquitectura como las demás viejas ciudades de Europa, y aunque tienen soberbias estatuas, anchas calles y espléndidos paseos y jardines, no se encuentra en ellos el sugestivo encanto que caracteriza el trabajo de los famosos escultores del Renacimiento. El más notable de los monumentos públicos es la Columna de la Victoria, la cual conmemora las victorias de los pasados siglos, cuando Prusia fué hecha reino dominante de Alemania.

La columna tiene 66 metros de elevación. La más interesante de las estatuas es, probablemente, la ecuestre de Federico el Grande. Es de bronce y está el rey a caballo sobre un pedestal, alrededor de la base sus más famosos generales y grupos de soldados. También la de Guillermo I, el abuelo del último emperador Guillermo II, y la de Bismarck, son dignas de alabanzas.

Desde la estatua de Federico el Grande podemos contemplar el Schlossbrücke o puente palaciego y el anterior palacio imperial construido sobre una isla en el Sprée. Dicho puente es el más hermoso en la ciudad adornado con grupos de estatuas de mármol formando una preciosa entrada al palacio. Desde este monumento podemos internarnos en uno de los paseos mejores de Europa, por la Avenida de los Tilos hasta la Puerta de Brandenburgo, la única puerta de la ciudad que quedó cuando las murallas que la rodeaban fueron destruidas.

Esta interesante entrada es copia de las magníficas puertas de la antigua Atenas, de 20 metros de altura, dividida por majestuosas hileras de columnas atravesando importantes calzadas. Este grupo representa la Victoria en una carroza arrastrada por cuatro caballos; fué llevado a Paris en 1807 pero restaurado de nuevo en 1814.

BERLÍN, CENTRO DEL ESTADO ALEMÁN

Si miramos el mapa de Prusia, podremos apreciar la sabiduría de los viejos margraves cuando ellos hicieron a Berlín la capital de Brandenburgo. La ciudad, ya sabemos, está construida sobre el Sprée, cuyas aguas son llevadas a el Elba por el Havel. Esto desde un principio dió comunicación a las aguas de la ciudad con el mar. El Gran Elector construyó un canal para unir la ciudad con el Oder. Desde ese tiempo han venido construyéndose nuevos canales y Berlín ahora puede comunicarse con todo el resto de la nación. Es también gran centro de importantes lineas ferrocarrileras. Está situada en el corazón de Prusia y era la ambición principal hacerla el centro del Imperio, un lugar que todos los alemanes consideráran como fuente de verdadera fuerza en su vida nacional. Era no solamente el asiento del gobierno del reino de Prusia, sino también del imperio alemán, donde vivían los diputados y embajadores de todos los paises del mundo y ántes de la Gran Guerra la Universidad llegó a ser una Meca para los estudiantes de casi todas las naciones europeas y de América. Berlín también tenía las oficinas generales de servicio postal del ejército y marina alemana. El hecho de que Berlín fuéra capital del imperio al mismo tiempo que del reino de Prusia, le agregó mucha importancia, aumentando su poder que era grande.

LOS JOVENES ALEMANES ERAN OBLIGADOS A SERVIR A LAS ARMAS

El ejército alemán de ayer fué reforzado por el ejército prusiano cuyos jefes, ya conocemos, siempre dedicaron tiempo y dinero sin límites al bien de sus tropas. Bajo la constitución, cada estado guardó la administración de su propio ejército, por el estilo de Canadá y Australia que administran sus respectivas fuerzas. Pero poco tiempo después de la federación de el Imperio, los más pequeños estados hicieron tratados con Prusia, por los cuales todos los ejércitos, excepto los de Sajonia, Bavaria y Wirtemberg, fuéron hechos parte de el ejército prusiano, es decir, que ese ejército formó la mayor parte del ejército imperial. El ejército de Bavaria sin embargo, estuvo siempre bajo la dirección personal del Rey de Bavaria.

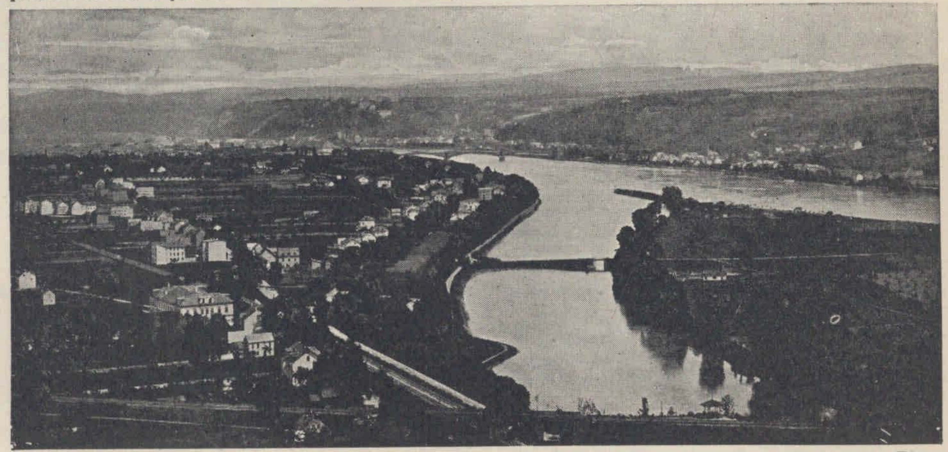
La mayoria de los hombres de la nación alemana eran soldados. Cada alemán cuando llegaba a los 20 años de edad, estaba obligado a servir a las armas: en la infantería por dos años, en la caballería por tres y únicamente eran dispensados de cumplir este deber, motivos muy fundados que lo impidieran. La fuerza del ejército permanente en tiempo de paz iba en aumento constantemente, llegando en 1914 a 661,000 los hombres alistados. Por



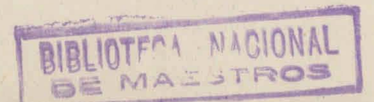
Dresde, capital de Sajonia, es una de las hermosas ciudades de Alemania, y su museo es uno de los más bellos edificios de Europa. La porcelana de Dresde no se fabricó al principio en esta ciudad, sino en Meissen.



La antigua ciudad de Colonia data de tiempos anteriores a los romanos. Su esbelta catedral se empezó en 1248 y quedó terminada en 1880, después de haberse gastado en ella diez millones de pesos oro. Colonia está unida a uno de sus suburbios, situado a la otra parte del Rin, por un curioso puente de barcas, que puede verse en el primer término del grabado.



Coblenza, una de las principales ciudades fortificadas de Alemania, se levanta en la confluencia del Rin y del Mosela, de lo cual, precisamente, toma su nombre, pues los romanos la llamaron « Confluentes ». Como Colonia, también Coblenza tiene su puente de barcas. El hermoso palacio arzobispal antiguo es hoy una fábrica.



tanto, al empezar el servicio activo millares de millares de jóvenes de 20 años estaban disciplinados para ello cada año y podemos imaginarnos el enorme ejército de soldados entrenados que se forma al terminar los siete años que dura dicho servicio y que son entonces desechados de la reserva activa a landwehr. En tiempo de guerra todos los jóvenes de diez y siete años están obligados a ser llamados a dicho servicio activo. Cada uno de los 26 estados envió en proporción a sus habitantes un buen número de soldados cada año.

La marina alemana era en 1914 la segunda entre las grandes fuerzas navales del mundo. Lo mismo que en el ejército, el servicio era obligatorio. Todos los jóvenes de las provincias costeras alemanas eran obligados a servir en la marina en vez del ejército.

El emperador era comandante en jefe del Ejército y Marina y Guillermo II dió gran impulso a ambos durante su reinado. Ningún detalle era pequeño para su observación, el mismo interés demostraba siempre por los cañones, o explosivos que por las botas y bicicletas de sus soldados.

La marina, principalmente, fué su especial cuidado. El queridísimo deseo de su corazón era que Alemania fuera la reina de los mares y entre buques de guerra y marineros empleó toda su atención.

LOS ARSENALES DONDE SE HAN CONSTRUIDO LOS GRANDES ACORAZADOS ALEMANES. LAS MARAVILLAS DE HAMBURGO

« Si tenemos necesidad de buques », dijo el Kaiser en una ocasión, «no hemos de contar más que con nosotros mismos ». Desde aquél momento levantáronse grandes astilleros en las arenosas playas del Báltico y del Mar del Norte y en las profundas embocaduras de los ríos más caudalosos: en Stettin, a orillas del Oder; en Danzig, a la salida del Vistula; en Hamburgo. al borde del Elba; en Bremen, a la desembocadura del Wéser, arsenales todos en que se construían monstruosos buques, asi de guerra como mercantes, todos ellos de extraordinaria velocidad y que de dichos puertos salían a diversos paises. El cuartel general de la armada estaba en Kiel; Wilhelmshaven era asi mismo una gran base naval. Ambos se hallaban en el Báltico y en el Mar del Norte respectivamente, en los puntos extremos del gran caudal que une ahora estos dos mares.

Cuando Bismarck insistía apasionadamente sobre la necesidad de abrir este canal a fin de que los buques pudieran tener un camino más rápido para salir del Báltico que el que ofrecen los estrechos de Dinamarca y Suecia, sus ardientes palabras abrieron un nuevo horizonte a la marina alemana, que llegó a ser verdaderamente grande.

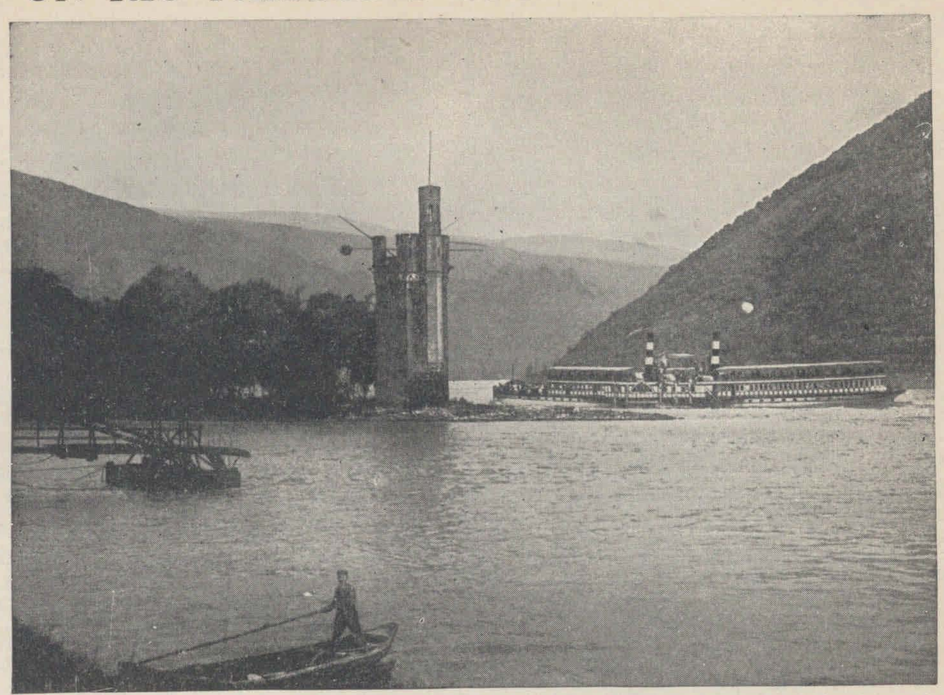
Algunos de los mayores transatlánticos salían de Hamburgo y de Bremen, ciudades ambas que pertenecieron a la antigua liga hanseática. Una excursión por el Elba y su puerto, ofrece la mejor idea de las maravillas de Hamburgo, uno de los puertos más importantes del mundo, unido por vias férreas con todos los puntos del Continente Europeo. En ese puerto embarcan numerosísimos emigrantes y se aglomeran buques pertenecientes a todas las naciones, trayendo gran parte de los productos que necesita Alemania y llevándose los de este país.

CIUDADES Y POBLACIONES SITUADAS A ORILLAS DE LOS GRANDES RÍOS

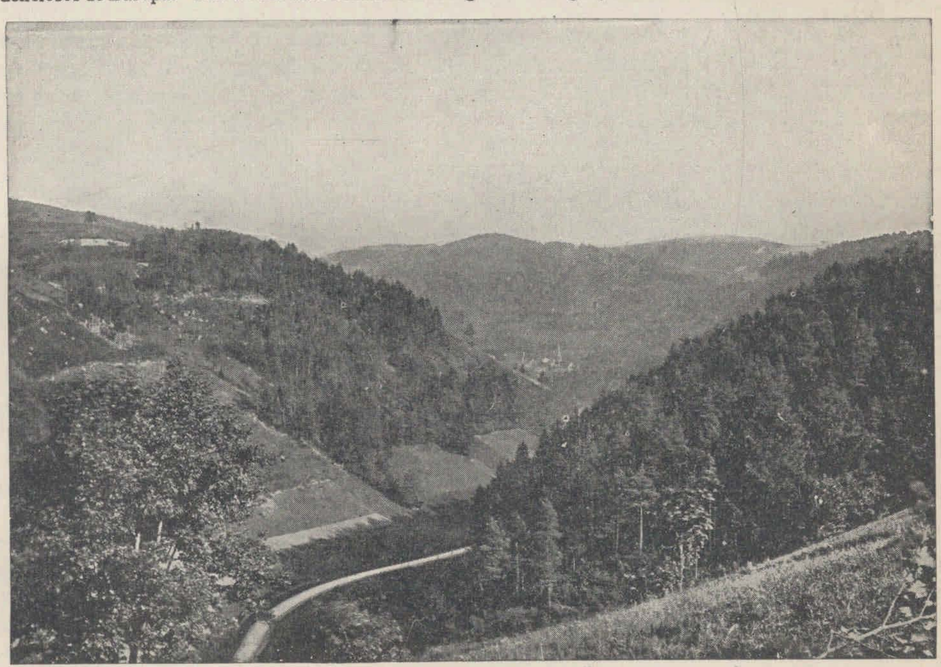
Sabido es que Alemania necesita, en bastante cantidad, té, café, especies y otros productos que crecen en climas cálidos y asi mismo primeras materias para sus manufacturas. Para darnos cuenta de sus necesidades y productos industriales, basta dar un paseo por los ríos que además de las lineas férreas recorren sus valles y ponen en mútua comunicación todos los centros de importancia.

El Elba, con su largo curso navegable y sus numerosos afluentes y su sistema de canales, desempeñaba un papel importante en el pasado imperio.

UN RÍO FAMOSO Y UNA SELVA CÉLEBRE



El « majestuoso y apacible Rin », que tanto han celebrado los poetas en sus cantos, es uno de los sitios más deliciosos de Europa. Uno de sus más frecuentados lugares es Bingen, con su torre llamada « de las ratas ».



La Selva Negra, que se extiende como unos ciento sesenta kilómetros a lo largo del Rin, está llena de atractivos valles y de colinas frondosas. Esta selva, en donde se hallan muchos centros mineros, con su red de valles estrechos y sus incontables árboles que constituyen una barrera al paso de un ejército, forma parte del plan de defensa del Estado Alemán. El grabado representa la graciosa villa de Nussbach, como un nido entre árboles y collados.

El Sprée que atraviesa a Berlín, es uno de sus tributarios. En el curso del Elba se encuentran las ciudades de Dresde y Magdeburgo.

Dresde, capital de Sajonia, está llena de tesoros de arte y es famosa por sus delicadas porcelanas; Magdeburgo se levanta en medio de inmensas plantaciones de remolacha, de la cual se extraen enormes cantidades de azúcar. Otras industrias importantes de la región son la fundición de hierro y la fabricación de maquinaria.

El Oder, cuyo curso es semejante al Elba, atraviesa extensos plantíos de papas, de lino y de cereales de diversas clases. Comunica con Berlín por medio de un canal, pudiendo asi decirse que la capital tiene dos puertos: Stettin en el Oder y Hamburgo en el Elba. Ya hemos visto cuan admirable fué el ensanche de Berlín en sus hermosos barrios del oeste de la ciudad. No menos sorprendente es su desarrollo industrial y comercial. Millares de obreros berlinéses se dedican a la fabricación de maquinária, de locomotoras, de armas, de productos químicos de todas suertes, de tejidos y de cuantos objetos son útiles e indispensables en el hogar doméstico.

Breslau, situada a orillas del Oder, es la segunda ciudad de Prusia y la capital de Silesia, región que fué arrebatada a Maria Teresa por Federico el Grande. Como Berlín se dedica a la construcción de maquinaria de vapor y vagones y a la fabricación de tejidos de lino y de algodón.

Estos dos grandes ríos del Norte nacen en las cordilleras que por tantos siglos han sido infranqueables barreras naturales de Bohemia y se llaman los Montes de los Gigantes, y las montañas metálicas conocidas ordinariamente con el nombre local de Erz Gebirge, pues en la parte inferior de las laderas de estas montañas se hallan muchos yacimientos de carbón, minas de hierro, zinc y otros muchos metales preciosos, cuya explotación explica que sean tan densas las vías ferrocarrileras en esta comarca.

LA INDUSTRIA HA SIDO LO QUE MÁS HA CONTRIBUIDO A LA PROSPERIDAD DE ALEMANIA

Las lanas de las ovejas de Sajonia y de Silesia se emplean para la manufactura de las famosas franelas y tejidos de abrigo que tan altas se cotizan en todo el mundo. Antiguamente Alemania era un país eminentemente agrícolo, en cuyos campos se daban granos y tabernáculos en cantidad suficiente para alimentar a sus pobladores, y en cuyos prados pacían grandes rebaños de ganado lanar, vacuno y caballar. Ultimamente su principal riqueza se basaba en su gran producción industrial, la extraordinaria energía y habilidad alemana en este punto fué la admiración del mundo entero. Acabamos de echar una ojeada a algunas industrias implantadas en los valles de los ríos del Norte; prosiguiendo hacia el Oeste, hallamos Leipzig, el centro más importante del comercio de libros, y Jena, en donde se construyen artículos ópticos de todas clases para todo el mundo.

En el noroeste de Alemania encontraremos fábricas de tejidos de seda y algodón y allí van también a parar mil materias primas extranjeras y carbón de los yacimientos de los alrededores. Uno de los mayores de estos yacimientos se encuentra en el valle del Ruhr, junto al Rin, del cual se alimentan enormes fábricas de hierro y acero, las cuales producen planchas de estos metales, calderas, máquinas y los mil objetos necesarios para la construcción de grandes transatlanticos y buques de guerra así como cañones y armas de todas clases para el ejéricito y la armada.

CATEDRALES Y FÁBRICAS A ORILLAS DEL RIN

Solo en los grandes talleres de Krupp, en Essen, trabajaban treinta mil obreros y a varios kilómetros alrededor iban ensanchándose ciudades con sus altas y humeantes chimeneas, sus estruendosos hornos de fundición y sus ensordecedores talleres de labrar metales. El mayor puerto interior de Europa está formado por tres ciudades

LA ALEMANIA ACTUAL

El nuevo estado alemán es casi una séptima parte más pequeño que el antiguo, habiendo perdido una octava parte de su población. Como se vé, el territorio tomado a Polonia ciento cincuenta años atrás, le ha sido devuelto y la Alsacia y la Lorena tomadas a Francia después de la guerra franco-prusiana, le han sido también devueltas a ésta. A los habitantes de Slesvig (o Schleswig), se les dió a escoger entre conservarse alemanes o ser daneses. Los del Sur votaron para seguir alemanes. Bélgica recibió dos pequeñas partes del territorio alemán primitivo. En el mapa no se ven todos los estados alemanes; había veinte y cinco en la antigua Alemania, pero ocho de los pequeños estados forman hoy día el nuevo estado de la Turingia. Hoy día comprende la nueva Alemania diez y ocho estados.

de la confluencia de Ruhr y del Rin; en él hay diques y astilleros además de varios centros de contratación de granos y de madera. En todos los puntos de este distrito, se encuentran asimismo fábricas de todas clases de muebles y artículos caseros. Cruzan el Rin numerosos vapores de pasajeros y en ellos se puede recorrer desde su desembocadura, en Holanda, hasta Maguncia, siendo éste un medio fácil y cómodo de contemplar esta admirable parte de Alemania. Dejando atrás la parte del río, en la cual lo sorprendente de la industria compensa la monotonía del paisaje, se llega a Colonia, famosa por su catedral, uno de los edificios góticos más admirables del mundo. Seis siglos duró su construcción y una vez terminada, conforme a los antiguos planos, fué inaugurada en presencia del emperador Guillermo I y de los soberanos de Alemania.

No lejos de Colonia se halla Aquisgrán, que fué residencia de Carlomagno, en cuya célebre catedral todavía puede verse hoy un candelero dorado presentado por Barbarroja.

LAS CIUDADES DEL RIN Y LAS MONTAÑAS DE LAS HADAS

Dejando a Colonia empiezan a elevarse colinas a ambos lados del río y entonces se atraviesa gran número de ciudades y aldeas con sombríos paseos formados por avenidas de corpulentos árboles que siguen la corriente. Las ciudades más importantes de esta parte del Rin son Bonn con su hermosa universidad y las siete románticas montañas a su alrededor, llenas de leyendas; Coblenza, magnificamente situada en la confluencia del Mosela y del Rin. En las laderas, que descienden a modo de terrazas en ambas riberas, se cultivan las vides de que se obtiene el famoso vino del Rin, cuyo comercio es muy activo en Coblenza y otras ciudades.

A orillas del Mosela está situada la ciudad más antigua de Alemania, Tréveris, con sus hermosos puentes y puerta romana, magníficas ruinas del teatro de las termas y del templo de aquella época y el edificio de ladrillo más interesante, quizás, que hay en el mundo.

LA FIGURA DE ALEMANIA DE GUARDIA EN EL RIN

Desde Coblenza a Maguncia el panorama es delicioso, levantándose enhiestas colinas a ambas orillas, muchas de ellas coronadas de castillos famosos en la historia medioeval del país. En todas partes se cultiva la vid y se hallan vestigios de los romános y francéses que ocuparon esta región en edades pasadas.

Algunos años después de la guerra franco-prusiana que dió la Alsacia y Lorena a Alemania como territorio imperial, se levantó un inmenso monumento en los cerros opuestos de Bingen. En él se vé la figura de Alemania haciendo guardia al Rin; mide la estatua 12 metros de alto, lleva sobre la cabeza la corona imperial y se apoya en una espada ceñida de una guirnalda de laurel. En su enorme pedestal se ven efigies del emperador Guillermo I y de otros príncipes y generales, como también figuras de las tropas de los diferentes estados de el imperio y juntamente ias palabras del famoso himno nacional: «Die Wacht am Rhein» «La Guardia en el Rin».

ALGUNAS CIUDADES NOTABLES. UNA ZAPATERIA CÉLEBRE Y UNA SELVA FAMOSA

Maguncia ocupa una posición espléndida en el encuentro de dos ríos y tiene una larga e interesante historia. Su museo es famosísimo por la colección de restos romanos que encierra; entre otros tesoros puede admirarse un taller completo de zapatero romano con sus utensilios, pieles y sandalias. Maguncia fabríca calzado y es como Coblenza un gran centro de comercio de vinos.

Estrasburgo, capital de Alsacia y Lorena, de nuevo pertenecientes a Francia desde hace poco, se halla a dos kilómetros del Rin, pero está unida con él por medio de canales y del río Ill, siendo importante lugar comercial é industrial. Su historia ha sido de

las más fecundas en notables sucesos, que han dejado recuerdos en su hermosa catedral y en sus edificios públicos y privados. Los Vosgos son una cordillera que sirve de límite occidental a la sección superior del Rin, en sus valles se hallan instaladas forjas, fábricas de tejidos y otras industrias. Mulhausen es la ciudad industrial importante de la provincia, con sus fundiciones de hierro y talleres de maquinaria. También emplea muchos obreros en la elaboración de géneros de algodón, productos químicos y papel. Esta ciudad se halla situada en el canal que une las cuencas del Rin y del Ródano.

La Alsacia y la Lorena al volver a Francia, ya terminada la Gran Guerra, van perdiendo rápidamente mucho de la influencia alemana.

Al este del Rin, en Baden, se extiende la magnífica Selva Negra. Los montañeses en sus lindas y originales casitas se dedican a tallar figuras de madera con gran maestría y a construir relojes-cuclillo cuya producción es abundante. Hay también minas en las montañas e industrias de varias clases. Baden es muy visitado por sus excelentes aguas minerales. La llanura badense es sumamente fértil.

EL IMPORTANTE RÍO QUE NACE EN LA SELVA NEGRA Y LAS CIUDADES QUE SE LEVANTAN EN SUS ALREDEDORES

En la Selva Negra nace el Danubio, cuya sección superior recorre la provincia de Wurtemberg, país montañoso dedicado a la agricultura. Al llegar a Ulm, el Danubio se desliza por el reino de Baviera y en sus orillas y en las de sus tributarios se levantan numerosas ciudades.

Bañada por el Isar se encuentra la ciudad de Munich, capital de Baviera y tercera ciudad de Alemania, la cual atráe a los amantes del Arte de todo el mundo a contemplar los tesoros de sus pinturas y las colecciones de sus museos, no menos que a oir sus hermosos conciertos.

Ausburgo posee abundante energía hidraúlica, obtenida de los canales que cruzan la ciudad, lo que ha dado origen a industrias tales como la de hilados y tejidos de algodón y construcción de maquinaria. En otros tiempos fué el centro del tráfico desde el norte de Europa a Italia a la parte oriental del Mediterráneo; sus vetustos edificios que todavía perduran nos recuerdan a los ricos ciudadanos de la Edad Media y a los usureros que sacaron más de un vez de apuros a monarcas tan grandes como Maximiliano I y Cárlos V.

Mucho notable hay que ver también en Rastibona, llamada frecuentemente la llave del Danubio, a causa de la posición que ocupa. En sus inmediaciones se han librado encarnizados combates desde los tiempos de los romanos hasta los de Napoleón Bonaparte.

En el siglo XIX, Luis I, rey de Baviera, hizo construir de mármol gris un famoso templo alemán a poca distancia de Rastibona, copiándolo del más hermoso de los templos griegos, el Partenón de Atenas. En la fachada del Norte se vé esculpida una reproducción de la batalla que ganó Hermán contra los romanos y en la del Sur que dá al Danubio, se vé a Alemania reconquistando su libertad, después de la batalla de Leipzig. En el interior del templo hay un friso que rodea todo el vestíbulo y que representa la historia y la vida de la raza germánica antes de su conversión al cristianismo. Vénse asimismo allí unos cien bustos de los más famosos alemanes que han realzado la historia del imperio; en 1898 se añadió el de Guillermo I, el Victorioso. Unas tablas llevan grabadas los nombres de los grandes hombres cuyos bustos no figuran en el edificio y la conmemoración de obras de autores desconocidos, tales como las del escritor del mayor poema alemán primitivo y nombre del arquitécto de la catedral de Colonia.

LA CIUDAD QUE EXPIDÉ JUGUETES A TODAS PARTES DEL MUNDO

No lejos de Rastibona se encuentra Nuremberg, ciudad libre del imperio hasta 1806; fecha desde la cual ha pertenecido a Baviera. Mucho tiempo hace Nuremberg era el centro del co-

mercio entre Alemania, Venecia y el Oriente, mas desde el descubrimiento de la ruta marítima a la India, alrededor del Cabo, perdió mucho de su prosperidad comercial. Posee casas antiguas muy interesantes, como tantas otras ciudades del sur de Alemania y abunda en recuerdos de largas guerras, de las riquezas, importancia y arte propios de una ciudad imperial.

Las pinturas de que están adornados los edificios de Núremberg, le comunican un aspecto singular; la Casa consistorial es un hermoso edificio, reconstruído casi por completo de 1616 a 1622 en el estilo del Renacimiento italiano: es notable principalmente por su galería, cuadros y curiosidades que contiene, entre ellas el vaso de que servía el célebre reformador Lutero.

En la mayor parte de las iglesias hay hermosas pinturas: las vidrieras de la antigua catedral son objeto de admiración, y las de la iglesia de Santa Clara son curiosas por su fecha, que se remonta al año 1278; en la de San Egidio llama la atención un cuadro de Van Dyck, y en la de San Sebaldo el coro del E., grandiosa construcción gótica del siglo XIV.

Actualmente es famosa por sus juguetes que desde sus talleres se exportan a todas partes del mundo; también fabrica maquinária, objetos de metal y lápices. Saliendo de Nuremberg, de nuevo nos hallamos cerca de las Montañas Metálicas desde donde hemos emprendido nuestro viaje imaginario por las varias ciudades del pasado imperio. En casi todas ellas hay hermosas catedrales, pintorescas plazas de mercado, casas consistoriales y universidades, las más de ellas construidas en épocas muy lejanas. Y en todas partes como en Berlín, pueden contemplarse estatuas y recuerdos guerreros que unen el pasado con el presente.

LOS ALEMANES Y SU RELIGION

En nuestro viaje hemos podido ver diferentes clases de personas vestidas de diversas maneras, según la provincia a que pertenecen y no menos diferencia se encuentra en sus respectivos dialectos.

Más de la mitad de ellos pertenecen a Prusia. Muchos se dedican bajo el rigor de las intempéries al cultivo del campo, de los viñedos y de los magníficos bosques que cubren más de la cuarta parte del territorio. Otros trabajan en las minas o en las fábricas, en los astilleros, en los almacenes, en los puertos o en los buques, en el ejército, en las escuelas y en las universidades.

Hemos oido a los alegres ribereños del Rin cantar las glorias de la madre patria y las bellezas del país, mientras emprendián los soldados su marcha, jugaban en el bosque las muchachas y los muchachos se recreaban en subir y bajar montes y collados. En otros puntos del país los habitantes son más graves y lentos, según la rama de la familia germánica a que pertenecen. Otras de las diferencias que se suscitaron en tiempos antiguos fuéron por motivos de religión. Alemania del Norte es principalmente protestante, la del Sur, en su mayor parte, es católica, mientras que en la región del Rin, se profesan ambas religiones.

LAS MAGNÍFICAS ESCUELAS DE ALEMANIA

Alemania ha sido por muchos años la primera en asuntos de educación y hoy son muy pocas las personas que no sepan leer y escribir. De Alemania han salido los primeros ejemplos para hacer interesantes las primeras lecciones de los niños de corta edad, en los jardines-escuelas; en ella se han hecho los mayores esfuerzos para hacer atractiva y útil no sólo la primera enseñanza, sino también la que se dá en los grados superiores. Las matrículas de las escuelas superiores son tan modestas, que aún los pobres pueden enviar a ellas a sus hijos.

Lo propio ocurre con las universidades. Tiene además Alemania especial empeño en enseñar los diversos oficios en las mejores condiciones posibles a fin de que los trabajadores ob-

tengan una enseñanza completa que les facilite más y más los medios de ganar su vida. Por su parte, el gobierno ponía todo su cuidado en colocar a los sujetos más útiles al frente de las escuelas, a fin de no desperdiciar el tiempo y procuró vulgarizar el conocimiento de los oficios e industrias, con objeto de animar a los trabajadores más hábiles de todo el anterior imperio.

Antes de que el Kaiser subiera al trono, Alemania habia procedido con mucha lentitud en extender sus límites más allá de los mares y en hallar nuevos mercados para los productos de su industria. Al principio, viajeros visitaron diversos puntos del extranjero, luego siguieron los comerciantes de las tres ciudades libres, estableciendo factorias en las costas occidentales y orientales del Africa, en lugares todavia despoblados, y faltos de gobierno. Un telegrama de Bismarck, en el cual ordenaba que se izase la bandera alemana en algunos de estos lugares, tomando asi a los mercaderes bajo la protección del pasado imperio, fué el origen de las colonias alemanas. Más tarde cayeron en poder de esta nación vastos territorios de Africa.



LICENCIANDO AL PILOTO

Esta famosa caricatura, publicada en "Punch," muestra al príncipe Bísmarck, el antiguo piloto que había guiado la nave del Estado alemán al puerto de la prosperidad, licenciado de la dirección de los negocios públicos, mientras el joven emperador Guillermo, que le acaba de despedir, le contempla desde el puente.

En 1914 la Gran Guerra vino con la invasión alemana en Bélgica y Francia y esto puso fin a la próspera y floreciente vida de la nación. La gran marina mercante quedó paralizada. Los ejércitos y marinas de los Aliados tomaron posesión de todos los territorios coloniales de el imperio y en el futuro dichas colonias serán gobernadas por las naciones que tengan territorio próximo a ellas.

Cuando Alemania fué forzada a pedir la paz en 1918, la gente estalló en revolución, el Kaiser y todos los otros reyes, príncipes y duques tuvieron que abdicar forzosamente y se formaron repúblicas. Los Aliados reunidos en la Conferencia de la Paz, en Paris, exigieron a Alemania la devolución de la Alsacia y Lorena a Francia y también entrega a este país de algunas de las minas de carbón alemanas en el valle de Saare. Dinamarca recibió parte del territorio que le habian quitado y Nueva Polonia el territorio tomado de la Antigua Polonia. Alemania está obligada a pagar en dinero y en mercancias parte de los destrozos hechos a Bélgica, Francia y a las otras naciones aliadas.

La nueva república empieza con más pequeño territorio, con enormes deudas que pagar, mucho menos población y en enemistad con la mayor parte del mundo. Se necesitarán muchos años para que la nación pueda recuperar su anterior prosperidad.

HAMBURGO, CENTRO DEL COMERCIO ALEMÁN, Y BERLÍN, CAPITAL DE ALEMANIA



El grabado de la parte superior representa a Hamburgo, el mayor centro comercial y puerto de Alemania. Es una de las cuatro principales ciudades comerciales del mundo, y fué fundada por el emperador Carlomagno. Levántase a orillas del Elba, y, de su espacioso puerto parten de continuo grandes transatlánticos a las diferentes partes del mundo. El grabado de la parte inferior muestra a Berlín, el gran centro político de Alemania y capital de Prusia. No es ciudad antigua, pero ha llegado gradualmente a ser una de las más imponentes ciudades de Europa, con suntuosos edificios y monumentos, y espléndidas avenidas y plazas. El edificio de varias cúpulas, situado a la izquierda, es la nueva Catedral; el de la derecha, el palacio real.

LA PESCA

Con gran viveza de colorido y en estrofas admirablemente cinceladas describe Núñez de Arce en este bellísimo poema la desgarradora escena de un naufragio, cuyas víctimas, los tripulantes de una barca pescadora, sucumben a la entrada misma del puerto y a vista de sus familias y amigos, impotentes para salvarlos.

¡CUÁNTAS veces sentado en tu ribera,
¡Oh mar! como si oyera
La abrumadora voz de lo infinito,
Ha despertado en la conciencia mía
Honda melancolía,
Tu atronador, tu interminable grito!

Todo enmudece y cae en el misterio:
El poderoso imperio
Que la tierra asoló con sus batallas;
Hasta los dioses que de polo a polo
Temidos son; tú sólo
Sientes rodar los siglos, y no callas.

No callas, y hasta el alto firmamento
Sube tu ronco acento,
Y cuando revolviéndote en ti mismo
Ruges furioso, en tus entrañas late
El horror del combate
Que empeña el huracán con el abismo.

Sólo alcanza poder tan soberano,
El pensamiento humano,
Como tú grande, como tú profundo,
Que alzando sin cesar su voz de trueno,
Forja en su ardiente seno
Las glorias y catástrofes del mundo.

¡Ay si decir pudieras cuanto sabes!...
¿Qué hiciste de las naves
Con que surcó tu inmensidad, la aciaga
Y trágica ambición? ¿Adónde han ido?
Como el mortal olvido
Tu oscuro fondo hasta el recuerdo traga.

Todo perece en ti sin dejar huella:
El barco que se estrella
Contra el peñón, la armada que devoras,
Los continentes que iracundo invades,
Las sordas tempestades
Que avanzan en tus olas bramadoras.

La tierra, en cuyo seno te reclinas,
Mantiene en pie las ruinas
Que las ciegas catástrofes dejaron.
Tú, con desdén soberbio, las rechazas:
Por ti pueblos y razas
Como sombras efímeras pasaron.

El furor de los tiempos, que venciste,
Sólo tu voz resiste:
Tu acento fué, como clamor de guerra,
El que la humanidad oyó primero,
¡Ay! y será el postrero
Que en su agonía escuchará la tierra.

Pero más, mucho más que cuando inmolas
Y abismas en tus olas
La insolencia del fuerte a quien humillas,
Mi espíritu conturbas y enajenas
Con las tristes escenas
Que esparcen el terror en tus orillas.

No lejos de un peñón agrio y salvaje
Que con recio oleaje
El cantábrico mar bate y socava,
Al través de los árboles blanquea
Casi ignorada aldea,
Sobre la costa inabordable y brava.

Mirando al mar, de frente al Oceano,
Que sacudiendo en vano
La roca estéril sin cesar se agita,
El horizonte corta y se alza enhiesta
Sobre la calva cresta
Del picacho granítico, una ermita.

¡Con qué placer la gente pescadora,
Que al despuntar la aurora
Por entre escollos a la mar se lanza,
Del sol poniente al último vislumbre,
Ve lucir en la cumbre
Aquel faro de amor y de esperanza!

Cuando, salvo de innúmeros azares,
Torna a los patrios lares
El marinero audaz ¡con qué alegría,
Con qué ferviente fe, descalzo y roto,
Corre a colgar su voto
En aquel pobre templo de María!

¡María! que del piélago y del alma
Las tempestades calma;
Que recoge en sus brazos y consuela
Al náufrago del mar y de la vida.
Bálsamo a toda herida,
Puerto a toda aflicción. *¡Maris stella!*

Desde el peñón desnudo y solitario
Que el blanco santuario
Con su apacible majestad abruma,
Contempla por doquiera la mirada
La costa acantilada
Donde se estrella con fragor la espuma.

....

Luego, a medida que la luz desmaya,
Con rumbo hacia la playa
Cuyos contornos borra la neblina,

Se ven llegar las pescadoras naves,
Como tímidas aves
Que al nido vuelven, cuando el sol declina.

El faro, al descender la noche oscura,
En la empinada altura
De negro promontorio centellea,
Y su destello intermitente oscila,
Cual la roja pupila
De un Titán, que en las sombras parpadea.

Están, desde la cúspide del monte,
El mar y el horizonte
A la absorta mirada siempre abiertos,
Y al otro lado, en la vertiente opuesta
De la escarpada cuesta,
Reclinado el lugar entre sus huertos.

Silvestres hayas y robustos pinos
De los cerros vecinos
Orlan y ciñen la brumosa frente,
Por cuyas quiebras rueda y se desata,
Como líquida plata,
El sonoro raudal de alguna fuente.

Y allí, donde de pronto se despliega
La pintoresca vega,
Siguiendo los contornos desiguales
De la verde montaña, resguardado
Por el peñón tajado
De recios y furiosos vendavales,

Bajo el amparo de la iglesia santa,
Sobre la cual levanta
Sencilla cruz sus brazos redentores,
Sin que la sed de la ambición le aflija,
Humilde se cobija
Aquel pueblo de honrados pescadores.

Por entre los repliegues de una loma,
Rústico albergue asoma
Al margen de un arroyo cristalino,
Cuyo limpio caudal, abriendo calle
Por el fondo del valle,
Mueve después las piedras de un molino.

Fresca arboleda en sus orillas crece,
Y cuando el viento mece
Con leve impulso sus tupidas frondas,
Parece, reflejándose en el río,
Que el ramaje sombrío
En el espacio tiembla y en las ondas.

Junto al arroyo que lamiendo pasa
Las tapias de la casa,
Un joven pescador de piel curtida
Por el viento del mar, áspero y rudo,
Iba nudo por nudo
Recorriendo su red, al sol tendida,

Para coger los puntos de la malla,
Que en su postrer batalla
Rompió, saltando el pez, vencido y preso
En la jornada del pasado día,
Cuando la red crujía
De la copiosa pesca bajo el peso.

Al pescador, Miguel, acompaña en la tarea su joven esposa en vísperas de ser madre; y el matrimonio vive feliz soñando en las alegrías que ha de traerle el esperado acontecimiento.

No lejos, en el término de un prado
Donde manso ganado
Con la hierba otoñal su gula aplaca,
La madre de Miguel, limpia y risueña,
Tranquilamente ordeña
Las llenas ubres de fecunda vaca.

Con frecuencia, a hurtadillas, clava en ellos,
Tan jóvenes, tan bellos
Y tan rendidos a su mutuo encanto,
Los dulces ojos, que la edad apaga,
Y por sus labios vaga
Leve sonrisa, tierna como el llanto.

¡Con qué inefable paz la pobre vieja,
A quien tan sólo deja
Vanas memorias la cansada vida,
Con qué intenso y profundo regocijo
Siente y ve en aquel hijo
Reverdecer su juventud perdida!

Él la hace recordar tiempos mejores
Con sus castos amores,
Sus ansias, sus placeres y congojas.
Es como un tronco roto, que aun resiste,
Y con el sol se viste
De nuevas ramas y de nuevas hojas.

Fijóse en ella embebecido el mozo,
Y desbordando el gozo
Que en sus plácidos ojos centellea,
Dijo, llamando la atención de Rosa:
—Mírala qué hacendosa
Y entretenida está. ¡Bendita sea!

Miguel llama a su madre para hacerla partícipe de su regocijo; y cuando la anciana llega, le comunican sus proyectos y esperanzas entre efusivas demostraciones de alegría y amor.

Pero ¡oh suerte importuna! En el momento
De su mayor contento,
Asomando al través de los maizales
Que encubren la vereda del molino,
Un marinero vino
A turbar sus ensueños paternales.

....

—¿Ya vienes a buscarme? Es muy temprano.—
Con tono afable y llano
Dijo al verle Miguel.—Bien se conoce
Que tienes—contestó—la paz en casa,
Y que el reloj atrasa
Para quien vive a gusto. ¡Son las doce!

¿A qué esperamos, pues? El tiempo es bueno,
El cielo está sereno
Y el mar tranquilo y manso. Conque puedes



Calcular el aguante de tu malla,
Pues hoy, o todo falla,
Van con la pesca a reventar las redes.

....

Miguel de pronto profirió:—¡Al avío!—
Con desenvuelto brío
La fuerte red plegando. Diligente,
Y según su costumbre cariñosa,
Iba a ayudarle Rosa
Cuando él le dijo amedrentado:—¡Tente!

....

Entre risas, y plácemes, y fiestas
Miguel echóse a cuestas
La recogida red, diciendo:—¡Vaya!
Nada hacemos aquí.—Y él y Roberto,
En íntimo concierto
Tomaron el sendero de la playa.

Marchaba el ágil mozo con presteza,
Volviendo la cabeza
A cada instante hacia su hogar cercano,
Desde donde, en señal de despedida,
La joven conmovida
Le mandaba sus besos con la mano.

Y hasta que casi al fin de la jornada,
Su prenda idolatrada
Se internó en las revueltas del camino,
No apartó, con dulcísima porfía,
Del rumbo que él seguía,
Ni el corazón ni el rostro peregrino,

Viendo, no sin nublársela el semblante,
Cada vez más distante
Al dueño de su vida y de su casa;
Que la ausencia en amor, aun la más breve,
Cual nubecilla leve
Oscurece los cielos mientras pasa.

—¡Ah! ¿cómo no quererle si es tan bueno!...—
Dijo, oprimiendo el seno
Maternal, con tan blando y dulce nudo,
Que, de la dicha de su hogar ufana,

La enternecida anciana
Contener una lágrima no pudo.

En tanto, los alegres marineros
Perdiéronse ligeros
Tras un peñón que hacia la senda avanza,
Y al fin de cuya estrecha cortadura
La indómita llanura
Del vasto mar a descubrir se alcanza.

Desde allí se divisan de repente,
Su grandeza imponente,
Su augusta calma o su furor sublime,
Y con su regia majestad a solas,
Óyese de sus olas
La voz tonante que amenaza o gime.

En coloquio jovial entretenidos
Van, de la mano asidos,
Hacia donde a merced de la marea
Que su ancha curva en las arenas raya,
Cual reina de la playa
La barca de Miguel se balancea.

¡Qué es verla, al separarse de la orilla,
Con atrevida quilla
Surcar graciosa el líquido elemento,
Y mar afuera, inquieta y juguetona,
Tender la blanca lona
A las caricias pérfidas del viento!

¡Qué es ver cómo al peligro se aventura,
Cuando la sombra oscura
Se precipita sobre el mar de Atlante!
Y cuando viento duro el golfo riza,
¡Qué es ver cual se desliza
Por la espalda ondulosa del gigante!

Nunca el riesgo imprevisto la acobarda,
Y hiende tan gallarda
La inmensidad del piélago bravío,
Que no deja tras sí, rápida y suave,
Ni aun la huella que un ave,
Rozando con el ala, abre en el río.

El noble pecho de Miguel se ensancha
Ante la airosa lancha
Que su fortuna y su ambición encierra,
Y le presta solícito el cuidado
Con que el bravo soldado
Mima y atiende a su corcel de guerra.

Un mancebo, que estaba de atalaya,
Gritó a los de la playa:
—¡El patrón!—Y animosa la cuadrilla
A la dura jornada se dispuso.
Sólo absorto y confuso
Un pescador permaneció en la orilla.

Sentado en un montón de húmeda arena,
Extraño a la faena
Ocultaba su rostro entre las manos,
Mostrando sólo en su actitud doliente
La ancha y curtida frente
Orlada a trechos de cabellos canos.

Cual no maduro fruto, que la helada
Malogra, su hija amada
Cayó marchita al soplo de la muerte,
Y se le sale, sin sentir, del pecho
El corazón deshecho,
En las acerbas lágrimas que vierte.

Quien ha sufrido la mortal congoja
Que, sin piedad, deshoja
Como agostada flor nuestra ventura,
En ese instante de terrible prueba,
En que voraz se lleva
Parte de nuestro ser, la sepultura;

Cuando con lenta gradación se apaga
La luz dudosa y vaga
Que colora la faz del moribundo,
¡Ay! y a medida que en sus ojos crece
La sombra, nos parece
Que va cayendo en lobreguez el mundo;

Cuando vencidos en estéril lucha,
Nuestra impotencia escucha
El tremendo estertor de la agonía,
Y con angustia alborotada y loca
Posamos nuestra boca
Sobre otra boca descompuesta y fría,

Casi cerrada en su letal reposo
Al ritmo fatigoso
Que el pecho cadavérico le presta,
Y que ya de la muerte bajo el peso,
Ni al anhelante beso,
Ni al tierno abrazo, ni a la voz contesta;

Cuando aun tibios los míseros despojos,
Vemos con turbios ojos
Toda nuestra ilusión desvanecida,
Y en medio del pesar que nos destroza,
Sentimos cuál se goza
Traidor recuerdo en enconar la herida;

Cuando envuelto en su fúnebre mortaja,
Negra y medrosa caja
El bien amado para siempre encierra,
Y siente el corazón despavorido
El ruido, el sordo ruido
Que hace al cubrir el féretro la tierra;

¡Ay! quien grabada tenga en su memoria
Esa trágica historia,
Sin cesar repetida y siempre nueva,
Verá, evocando su dolor pasado,
El dardo envenenado
Que el triste padre en sus entrañas lleva.

Al verle presa de aflicción tan viva,
Con frase compasiva

Le interrogó Miguel franco y abierto.
Alzó el viejo la faz desencajada,
Y con voz desmayada,
—¿No sabes?—sollozó—¡mi Juana ha muerto!—

El sentimiento concentrado es mudo,
Mientras un choque rudo
No sacude el marasmo que le embota,
Porque entonces el ansia comprimida,
Como por ancha herida
La hirviente sangre, atropellada brota.

Y cuando el corazón rompe su valla,
En el dolor que estalla
Se mezclan y amalgaman con espanto,
Como fundidos por el mismo fuego,
La imprecación y el ruego,
Y el gemido, y la cólera, y el llanto.

Tal la voz de Miguel, blanda y serena,
Exasperó la pena
Que al tosco anciano le apretaba el cuello,
Y exaltándose al cabo poco a poco,
Con la rabia de un loco
Maldiciendo y mesándose el cabello,

—¡Ay!—de pronto exclamó con ceño adusto:—
¡Mentira! Dios no es justo
Cuando se goza en aumentar mi cuita.
Tienen en buena paz muchos bribones
Tierras, barcos, millones...
¡Yo, una pobre muchacha... y me la quita!

¿Qué mal hacía la infeliz doncella?
¿Cómo vivir sin ella?...—
Y se apagó la voz en su garganta.
—Mas sin justicia ni razón me quejo—
Gimió el honrado viejo:
—¡No nació para el mundo! ¡Era una santa!—

Miguel, tendiendo al afligido anciano
La encallecida mano,
—Vuelve a casa—le dijo—y llora y reza
Junto a la amada prenda que perdiste.
—¡No!—contestóle el triste
Moviendo gravemente la cabeza.

—Aunque me falta el sol de la alegría,
Conservo todavía,
Gracias a Dios, mi voluntad de hierro.
¿Por qué te he de mentir, si eres mi amigo?
Saldré a la mar contigo.
¡Necesito el jornal para su entierro!

Quiero comprarle, si tenemos suerte,
Las galas de la muerte:
Una cruz, un sudario y una palma.—

Guardó breve silencio el desdichado
Y luego desolado
Clamó con bronco acento:—¡Hija del alma!—

Su misma voz, que reprimir no pudo,
Como puñal agudo
Clavósele en el pecho, y tan activa
Creció en su corazón la angustia fiera,
Cual la insaciable hoguera,
Que cuanto más devora, más se aviva.

Enternecido ante infortunio tanto,
Y conteniendo el llanto,
Miguel le respondió:—Tu pobre Juana
Tendrá lo que tu anhelo solicita:
La humilde cruz bendita,
La palma virgen y el sayal de lana.

Pero vuelve a tu hogar, porque no quiero
Que un bravo compañero
A su propio tormento contribuya.
No serás, si te niegas, buen amigo,
Y atiende a lo que digo:
Hoy pesco para ti. ¡Mi parte es tuya!—

Cayó, cual dulce bálsamo la oferta
Sobre la herida abierta
Del triste anciano, y mitigó su duelo
Llanto reparador, tranquilo y suave.
Siempre para quien sabe
Sentir, la gratitud es un consuelo.

—¡Que Dios te colme de mercedes, hijo!—
Con blando acento dijo,
Las lágrimas secando en su mejilla.
Miguel, para ocultar su sentimiento,
Ligero como el viento
A la barca saltó desde la orilla.

Toda su gente al tráfago dispuesta,
Con ansia manifiesta
Esperaba no más la voz de mando.
Dióla el patrón: y con vigor supremo,
El resistente remo
En las arenas de la playa hincando,

Puso a flote la lancha embarrancada,
Que lenta y sosegada
Siguió después por la canal angosta,
Única vía, franca y descubierta,
Entre la barra incierta
Y las tajadas peñas de la costa.

La roca, a modo de ciclópeo muro,
Inabordable, oscuro,
Desde la playa misma se adelanta,
Hasta la punta del siniestro Cabo,
Do el mar potente y bravo
Con sorda intermitencia se quebranta.

Varias cruces sencillas de madera,
En pavorosa hilera
Resaltan del peñón de trecho en trecho,
Señalando en el áspero arrecife,
El sitio en que un esquife
Quedó, a los golpes de la mar, deshecho.

Recuerda cada cruz alguna escena
De horror y espanto llena.
Más de un pobre marino halló su fosa,
Entre el medroso y formidable estruendo
De la borrasca, oyendo
Los penetrantes ayes de su esposa.

Donde la punta del peñón termina,
Por mísera y mezquina
Pudiérase decir que el mar desdeña,
Aunque a veces su presa le disputa,
Una abrigada gruta
Labrada por las olas en la peña.

Gratas para las lanchas pescadoras
Las apacibles horas
Transcurren sin sentir. Con los reflejos
De la luz que en las aguas reverbera,
El mar, como si fuera
De inflamado metal, brilla a lo lejos.

Miguel, desde la popa de su barca,
Con la mirada abarca
El golfo en que indolente se aventura.
Está a sus pies sumiso y reposado
Como león cansado,
Y la atmósfera azul, diáfana y pura.

Lánguida brisa, replegando el ala,
Mansamente resbala
Sin conmover el piélago sereno,
Semejante al aliento tibio y leve,
Que apenas alza y mueve
De una virgen dormida el casto seno.

El barco, al apartarse de la playa,
Rápidamente raya
Las claras ondas con su blanca estela,
Y al avanzar con suave balanceo,
Parece que el deseo
Va impaciente sirviéndole de vela.

Del tiempo, más que del trabajo, avara,
La gente se prepara,
El remo suelta, y su esperanza funda
En la corriente azul del Oceano,
Como el dolor humano,
Amarga, sí, pero también fecunda.

Tres veces por el ámbito marino
Con provechoso tino
Tiende la fuerte red, y las tres veces
Al recogerla, abrillantó su trama,
La refulgente escama
Que en vívido montón lucen los peces.

—¡Te lo anuncié, Miguel! Ya ves si acierto.—
Dice alegre Roberto,
Mientras que sujetando por la agalla
Con diligente mano desenreda
Al pez, que preso queda
En los hilos nudosos de la malla.

Y con aire triunfal alzando a pulso
Un sollo, que convulso
Entre sus férreos dedos se torcía,
Regocijado exclama:—¡Brava presa!
No se pone en la mesa
Del rey cosa mejor. ¡Este es gran día!—

El sol empieza a declinar. La gente
A medida que siente
Su ganancia crecer, redobla el celo,
Y sin cejar un punto en su tarea,
Quién en la red se emplea,
Quién, sentado en la borda, echa un anzuelo,

Quién al enorme pez, que agonizante
Colea, en un instante
Con implacable actividad remata;
Y de la pesca el acre olor parece
Que alienta y fortalece
Al marinero en su existencia ingrata.

A poco, tenue y vaporoso velo
Fué enturbiando del cielo
La limpia claridad. Oscura nube
Desde el confín remoto se avecina,
Sorbiendo la neblina
Que de las ondas impalpable sube.

A medida que llega va aumentando:
El mar plácido y blando
Por momentos se encrespa y alborota.
Estremécese el viento, antes dormido,
Y hacia el agreste nido
Tiende el medroso vuelo la gaviota.

De improviso una racha fugitiva
Del oleaje aviva
El ímpetu naciente. Las espesas
Nubes marchan en giro apresurado,
Y al fin rompe el nublado
En gotas tan escasas como gruesas.

—¡Hum!—exclama frunciendo el entrecejo
Un pescador ya viejo:
—¡El tiempo muda, la borrasca avanza!—
Y otro añade después:—¡Se aguó la fiesta!—

PESCA DE LA SARDINA—CUADRO DE CARLOS NAPIER HEMY

—¡Ah, cobardes!—contesta
Miguel en tono de amistosa chanza:

—¿Os asusta una nube de verano?—
—¡Sí!—responde el anciano.
—¡La galerna está encima!—No discuto—
Le interrumpe el patrón.—Mas Juana ha muerto,
Y yo no vuelvo al puerto
Si no llevo a su padre para el luto.—

Y la pesca siguió con mayor brío,
Sin que del mar bravío
Que presencian los siglos confundidos,
En que después de trágicos horrores,
Los fieros gladiadores
Ceden cansados, pero no vencidos.

Quédase muda de estupor la gente.
Negra, inmensa, rugiente
Rueda la tempestad: con ciego empuje,
Cual fogoso bridón que se desboca,
La ola adelanta, choca
Contra la barca, se revuelve y ruge.



La sorda turbación los contuviera.
Pues ¿quién fuerza al lebrel cuando en la pista
La ansiada res avista,
A pararse en mitad de su carrera?

Mas de golpe la lluvia se desata
Cual rauda catarata;
El huracán sus ráfagas sacude
Como un corcel la crin; al llamamiento
Del alterado viento,
La ola, bramando de furor, acude.

Y se empeña otra vez, con recio embate,
El eterno combate

—¡Hola!—grita Miguel.—¡Cortad la cuerda,
Aunque la red se pierda!
Aun habrá tiempo de llegar al faro.
¡Ánimo, chicos! y forzad los remos,
Que pronto arribaremos.
¡La santa Virgen nos dará su amparo!

El endeble timón Miguel aferra
Y a la cercana tierra
Dirige el rumbo como buen marino,
Mientras la gente, ante el peligro absorta,
Con ágil remo corta
La indócil ola, abriéndose camino.

Estimulado por la voz del trueno,
El mar su turbio seno
Con resonante convulsión agita;
Cual irritada fiera el lomo enarca
Y hacia la frágil barca
Sus gigantescas olas precipita.

A merced de la mar arrolladora,
La lancha pescadora
Los golpes sufre, pero no desmaya.
Y los vecinos del lugar, en tanto,
Vuelan, llenos de espanto,
En confuso tropel hacia la playa.

Mozos, ancianos, niños y mujeres,
Imploran por los seres
Que amenaza el furor del mar sombrío,
Y ardientes quejas, alteradas voces,
Revueltas y veloces,
Pueblan el aire en ronco griterío.

Luego el tropel desordenado y vario
Invade el santuario
Que la escarpada cúspide corona,
Donde al pie del altar, una y cien veces,
Con dolorosas preces,
Pide auxilio a su célica Patrona.

Joven esposa sus cabellos mesa,
Otra, en silencio besa
Desesperada a un párvulo inocente;
Un débil niño en su pueril despecho,
Golpeándose el pecho,
En el polvo del templo hunde su frente;

Otro ofrece a la Virgen con devoto
Fervor, sencillo voto;
Y del concurso general, movido
Por el temor, la angustia y el deseo,
El alto clamoreo,
¡Ay! más que una oración, es un gemido.

Fn el lugar más arduo de la costa,
Hacia la boca angosta
Del canal, siempre al marinero aciaga,
Bulle otra multitud, dando a los vientos
Sus ayes y lamentos,
Que el recio son del temporal apaga.

Pintándose en su faz el extravío,
Por medio del gentío,
La madre de Miguel, como una sombra,
Se mueve sin cesar. Corre, pregunta,
Reza, las manos junta,
Y al hijo amado, inconsolable, nombra.

Rosa trémula y muda la acompaña;
Copioso llanto baña
Sus claros ojos que oscurece el duelo.
Tiene el lívido rostro de una muerta,
Y la razón cubierta
De tormentosas nubes como el cielo.

Todos enternecidos la abren paso.
¿Conocerán acaso
La noticia fatal? La incertidumbre
De Rosa, surge a tan horrible idea,
Y con terror pasea
Su vista por la absorta muchedumbre.

Aquel silencio lúgubre la mata.
Frenética, insensata,
A una amiga se acerca:—¿Dónde, dónde
Está Miguel? ¡Ten lástima!—solloza.
La sorprendida moza
Mírala estupefacta, y no responde.

—¡Ha muerto!—añade acongojada.—
¡Ha muerto!—
Pero un marino experto
En los trances del mar, compadecido
De la atroz inquietud que la enajena,
Para templar su pena
Dícele con amor:—¡Cobra el sentido!

¿A qué viene apurarse de esa suerte?
¿Qué sacas con ponerte
En el último extremo? Cuando tarda
La barca en presentarse, conjeturo
Que, ya en lugar seguro,
Tan sólo el fin del temporal aguarda.

¡Ea! Enjuga tus lágrimas: no llores,
Porque riesgos mayores
Ha vencido Miguel, que es tan resuelto.—
—Mas ¿le viste volver?—pregunta Rosa
Turbada y anhelosa,
Y le contesta el pescador:—No ha vuelto.—

Entonces trepa a la escarpada cima,
Al borde se aproxima
Del saliente peñón, como una idiota,
Y expuesta a peligroso paroxismo,
Avanza hacia el abismo
La descompuesta faz, que el viento azota.

En medio del pesar que la anonada,
La atónita mirada
Hunde en la inmensidad, y es su porfía
Tan profunda y tenaz, que si pudiera,
La mar rebelde y fiera
Con sus ávidos ojos sorbería.

¡Ay! ¡si lograse traspasar la bruma!...
¡Si entre la blanca espuma
Viese al mortal por quien suspira y ruega!...
Cuando divisa un barco en lontananza,
Renace su esperanza
Y clama llena de ansiedad:—¡Ya llega!—

¡Estéril impaciencia! ¡Vano empeño!
¿En dónde está su dueño
Que no acude a su voz? ¿Por qué no viene?
Su amante madre la acaricia y calma.
¡Compadeced al alma
Que da consuelos ¡ay! y no los tiene!

Allá en la playa un grupo generoso,
Sin tregua ni reposo
Anuda cuerdas y apareja un bote,
Sometido al mandato soberano
De respetado anciano,
Mezcla de marinero y sacerdote.

Viril arrojo en sus pupilas arde
Sin ostentoso alarde,
Y aunque a los años la cerviz inclina,
Presta vigor a su cabeza cana
La fortaleza humana,
Templada al fuego de la fe divina.

Al cabo por la estrecha cortadura,
Luchando a la ventura
Con el viento y las olas, impelida
Por la borrasca hacia el difícil paso,
En donde puede acaso
Quedar a salvo o perecer hundida,

Entre el fragor que por momentos crece,
Intrépida aparece
La barca de Miguel; pero ¡en qué estado!
Cual gladiador que tras inútil prueba
Huye vencido, lleva
Cien heridas de muerte en su costado.

Resistiendo la cólera salvaje
Del soberbio oleaje,
La gente fuerzas del peligro cobra;
Y aunque la lancha, como leve pluma,
Entre montes de espuma
Parece a cada instante que zozobra,

Cien veces, con impávido heroísmo,
Resurte del abismo
Obediente a la mano que la guía.
Ninguna voz en su interior se escucha,
Que el riesgo de la lucha
Tiene una majestad muda y sombría.

¡Oh! ¡van a perecer!—¿Queréis seguirme?—
Con voz entera y firme
Pregunta el cura.—¡A vuestro amor apelo!
Arrancaremos a la mar su presa,
Y si en tan santa empresa
Morimos, ¿qué es morir? ¡Ganar el cielo!—

El religioso impulso que le mueve
Su aliento dobla, leve
Cual fornido mancebo, al bote salta.
El peligro conoce y no le esquiva:
Pues ¿a quién, si arde viva
La fe en su pecho, el ánimo le falta?

Todos se aprestan a seguir su suerte.
Que aquel combate a muerte
De generosa emulación los llena.
¡Oh humanidad, tan pronta al sacrificio,
Podrá mancharte el vicio
Y ofuscarte el error; pero eres buena!

El bote listo ya, con seis remeros
Hábiles y ligeros,
Abrirse paso hacia el canal ensaya.
¡Vana ilusión! ¡La mar embravecida,
Con fuerte sacudida
Pedazos hecho le arrojó a la playa!

—¡Señor! ¡Tus altos juicios no escudriño!—
Llorando como un niño,
Gimió en su angustia el viejo venerable.
—Pero no hay tiempo que perder. ¡Subamos
Hijos! Tal vez podamos
Desde el mismo peñón echar un cable.

Respondiendo a su voz, según costumbre
A la empinada cumbre
El grupo asciende, y con empeño lanza
El recio cabo a la corriente ciega;
Mas ¡ay! que nunca llega
Al náufrago batel. ¡No hay esperanza!

¡No hay esperanza! El cura consternado
Increpa al mar airado.
Sin freno alguno que su empuje venza,
La tempestad incontrastable brama.
Y el noble anciano exclama:
—¡Hijos míos! ¡Yo acabo, y Dios comienza!—

¡No hay esperanza! Y la barquilla aun flota
Desgobernada y rota.
Aun los pobres remeros, más audaces
Cuanto más la borrasca se acrecienta,
Lidian con la tormenta
Desesperados, sí, pero tenaces.

¿Dónde tender la salvadora amarra?
¿Cómo cruzar la barra
Que el paso cierra del canal estrecho,
Si ya tiene la barca pescadora,
Quebrantada la prora,
El casco hendido y el timón deshecho?

El avariento mar la presa ansía.
¡Ya es suya! Todavía,

Resistiendo en los frágiles despojos
Del roto barco, en su ansiedad suprema,
La gente rema, rema,
Rema, y nublan las lágrimas sus ojos.

¿Qué busca? ¿A dónde va? ¿Por qué se afana?
Su resistencia es vana.
¡Ay! la esperanza al corazón se aferra
En los casos adversos e infelices,
Aun más que las raíces
A las duras entrañas de la tierra.

—¡Juan, lárgame una estacha!—grita el bravo
Miguel,—y por un cabo
Átala pronto y bien, que si consigo
Con el otro nadar hasta la orilla,
Podrá nuestra barquilla
En la gruta del faro hallar abrigo.

Dobló la frente oscurecida y grave.
¿En qué pensaba? ¿Cabe
Dudarlo un punto? En el edén perdido,
En su infeliz mujer, en el risueño
Ángel, que vió en un sueño,
Huérfano ¡ay triste! aun antes de nacido.

—¡Eh!—contéstale Juan:—¡Ahí va la estacha!—
Miguel el hombro agacha
Para esquivar el golpe; mas Roberto,
Asiéndola en el aire de improviso,
Prorrumpe:—No es preciso:
Yo llegaré a la costa, vivo o muerto.—

....

De su mojado traje se desnuda,
Y a su cintura anuda
La retorcida cuerda. Intenta en vano
Resistirse Miguel en son de queja,
Y se obstina y forceja,
Y arrancársela quiere de la mano.

Pero Roberto insiste en ofrecerse al peligro y se arroja al mar.

Hacia el negro peñón el rumbo guía,
Y sin temor confía
A sus robustos brazos su defensa.
Mas de repente, en turbio remolino,
A trastornarle vino
Ola veloz, arrolladora, inmensa.

Sobre su frente con estruendo estalla,
Y en desigual batalla
Le revuelca, le arrastra y le sofoca.
Desaparece el desdichado, juega
La onda con él, y ciega
Le estrella al fin contra la enorme roca.

Ante aquel espectáculo de muerte,
Desencajada, inerte,
De pie sobre la mole de granito
Que sacude la mar tempestüosa,
Lanzó de pronto Rosa
Un grito aterrador. ¡Qué horrible grito!

El ¡ay! desgarrador, como una espada,
De quien no espera nada;
¡Ay! que del corazón en lo más hondo
Las heces amarguísimas remueve
Del cáliz en que bebe
La humanidad, para el dolor sin fondo.

Cual mies que cede al ímpetu del viento,
Convulsa, sin aliento,
Levantando sus manos, ya inactivas,
La humilde multitud se postra en tierra,
Y con fervor que aterra
Eleva a Dios sus preces aflictivas.

¡Oh momento solemne! Austero y triste
La majestad reviste
De su augusta misión al sacro anciano,
Y humedeciendo el llanto sus mejillas,
Se dobla de rodillas
Ante la inmensidad del Oceano.

Su mano extiende trémula y cansada,
Levanta la mirada
A la celeste bóveda, testigo
Mudo de tanto horror, y con acento
Parecido a un lamento:
—¡Hijos!—grita.—¡Os absuelvo y os bendigo!—

¿Qué vió después la multitud? Ver pudo
El cielo siempre mudo,
Desierto el mar, la barca destruída,
Y una hermosa mujer, rígida y yerta,
Lo mismo que una muerta,
En el estéril peñascal tendida.

Un año ha transcurrido. La alta cumbre
Con su postrera lumbre
Baña fúlgido sol desde el ocaso,
Y en hora tal de paz y de misterio,
Al santo cementerio
Una débil mujer dirige el paso.

¡Cuán sola está, cuán pobre, cuán cambiada!
Rosa fragante, ajada
En mitad de su alegre primavera,
Bajo el vivaz recuerdo que la excita,
¡Aquella flor marchita
Ni sombra es ya de lo que entonces fuera!

Abraza y besa, con febril cariño,
A un escuálido niño
Nacido entre miserias y trabajos.
El hatillo de príncipe, que un día

Soñó la fantasía
Del infeliz Miguel, era de andrajos.

Recrudeciendo el duelo que la enerva,
Entre la fresca hierba
Dos fosas busca, se prosterna y ora.
Y cobrando calor de un seno amante,
El desvalido infante
Sus manecitas mueve, y también llora.

¡Ay! ¿Podrá ser que el leño de la selva
A engalanarse vuelva?
¿Renovará sus cánticos el ave
Que dejó la borrasca, herida y muda?
¿La infortunada viuda
Olvidará algún día? ¡Dios lo sabe!

Todo lo gasta y borra el tiempo ingrato:
El ardiente arrebato
Del amor, la ilusión que se deshoja,
La fe que expira, el gozo y el tormento:
Que el hondo pensamiento,
Como el mar, sus cadáveres arroja.

Mas cuando alguno en nuestra mente queda,
Cuando tenaz se enreda
Al débil corazón, y en él dilata
Su raíz, como hiedra trepadora,
Entonces nos devora,
Porque el triste recuerdo, o muere o mata.



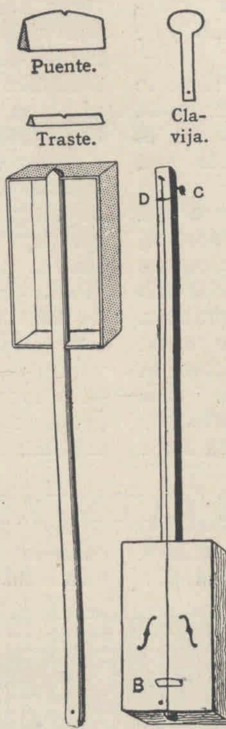


MANERA DE HACER UN VIOLÍN DE UNA CAJA DE CIGARROS

EL instrumento de música más sencillo es el violín de una sola cuerda. Si poseemos lo que se llama un buen oído, si podemos tararear, cantar o silbar correctamente cualquier aire después de haberlo escuchado una o dos veces, no tardaremos en aprender a tocar el violín de una sola cuerda. Para ello, no es necesario estudiar música, ni aun siquiera saber leer las notas. Nos bastará aprender, a fuerza de experiencia, dónde es preciso colocar el dedo sobre la cuerda del violín para que dé la nota deseada; y en muy corto espacio de tiempo, tal vez en uno o dos días, lograremos tocar tonadas sencillas.

A veces se ven estos instrumentos en los almacenes de música; pero su construcción es tan fácil, que apenas hay por que gastar dinero en adquirirlo. Vamos a hacer un violín de una caja de cigarros, de esas que contienen cincuenta.

Lo primero que tenemos que hacer es quitarle todo el papel que tiene adherido alrededor de sus bordes. Lo mejor para lograrlo es frotarlo con un cepillo de uñas, empapado en agua hirviendo; pero debe tenerse cuidado de mojar la madera lo menos posible para evitar que se alabee. En la tapa, que se habrá desprendido al efectuar la operación anterior, trácense con un lápiz las dos pequeñas figuras en forma de S que vemos en el grabado, y recórtense con una segueta o sierrecita de marquetería. Pero hagámoslo con esmero, a fin de que el violín presente un aspecto agradable.



La figura de la izquierda nos muestra el violín sin la tapa de la caja, y la de la derecha el violín completo. (A) Caja de cigarros; (B) puente; (C) clavija; (D) traste.

Tómese luego un trozo de madera dura de nogal o caoba, por ejemplo, de 75 centímetros de longitud por 18 milímetros de ancho y 12 de espesor; hágase redondear los bordes de una de sus caras, con lo que adquirirá al mirarlo en el sentido de su eje longitudinal la forma de una D; es decir, que será plano por un lado y redondo por el opuesto. A continuación se practicarán dos muescas, con un cortaplumas bien afilado, en los bordes de los lados menores de la caja de tabaco, de forma y tamaño convenientes para que encaje en ellas esta pieza larga de madera, suavizando sus bordes con papel de esmeril, a fin de que sea más íntimo el contacto, y péguese bien con cola, dejando que sobresalga uno de sus extremos tan sólo 25 milímetros.

Úntense luego con cola los bordes de la caja y la parte del trozo de madera que queda comprendido entre ellos, y colóquese encima la tapa, afirmándola con unos cuantos tornillitos de latón.

Después, a unos 25 milímetros de distancia del extremo superior de la pieza larga de madera, practíquese un orificio de unos seis milímetros de diámetro e introdúzcase en él una pequeña clavija de madera, como la que se ve en la figura, y el violín estará casi del todo terminado.

Falta sólo colocarle dos piececitas de madera dura: una que forme lo que se llama el puente, y la otra no es más que una tira pequeña que se pega cerca de la clavija y se llama traste, las cuales podemos cortarlas de una regla de boj. La figura nos dice dónde debemos fijarlas.

Luego se compra, en un establecimiento de música, una *prima* para violín, que es la cuerda más delgada que éstos usan; y, como tiene siempre el doble de la longitud necesaria, viene perfectamente para nuestro instrumento. De todos modos debemos advertir al que nos la despache que la queremos de doble largo, sin cortar. De camino, podemos comprar un arco de violín de segunda mano, que siempre suele haberlos usados en estos establecimientos, y que dan mejor resultado que los nuevos.

Antes de colocar la cuerda, sáquese punta a la parte de la pieza larga de madera que sobresale del fondo de la caja; alísese todo el instrumento con papel de esmeril y barnícesele.

Cuando esté seco el barniz, hágase una anilla en uno de los extremos de la cuerda, encapíllese en la punta de que acabamos de hablar e introdúzcase su otro extremo por un pequeño orificio que se practica en la clavija. Colóquese el puente en su sitio, como se ve en el dibujo, y estírese la cuerda dando vueltas a la clavija. Una vez logrado esto, pásese suavemente por ella el arco del violín, y si da una nota clara, es señal de que el éxito ha coronado nuestra empresa.

Este sencillo instrumento nos hará pasar largas horas sumamente distraídos, y nos causará sorpresa el ver con qué facilidad aprendemos a correr el dedo a lo largo de la cuerda para arrancarle las notas que nos convengan.

En unas cuantas horas lograremos aprender cualquier pieza, y después cada día nos costará menos trabajo el aprender otras nuevas. Probablemente jamás lograríamos aprender a tocar un violín ordinario sin maestro, y por eso dicen todos que es un instrumento muy difícil; pero estos que sólo tienen una cuerda son sencillísimos de tocar.

Y no se crea que por ser tan fácil de tocar sea desagradable al oído; por el contrario, cuando lo hayamos practicado algún tiempo nos parecerá delicioso. Si hallamos una persona que nos acompañe al piano, haremos grandes adelantos y no tardaremos en ser verdaderos *virtuosos*.

Estos violines de una sola cuerda suelen tocarse a menudo en los conciertos públicos; y algunas personas que cultivan este instrumento llegan a adquirir nombradía. La mayor parte de éstos utilizan violines hechos por ellos mismos de cajas de tabaco, como acabamos de explicar. Este instrumento no se coge como los violines ordinarios. La caja se coloca entre las rodillas; la cuerda se pisa con los dedos de la mano izquierda y el arco se empuña con la derecha.

CINTURÓN DE CUENTAS PARA NIÑA

ESTE cinturón puede hacerse de tres maneras: pasando los granitos por un hilo, sin sujetarlos a tela alguna; ejecutando el cinturón en un bastidor, procedimiento muy cómodo y sencillo, aunque así no lo creáis, y, por último, aplicando las cuentas sobre cañamazo. Este método es muy fácil, y por tanto, es el que vamos a seguir en primer lugar; después no sólo aprenderéis a serviros del bastidor, sino que os enseñaremos también a fabricar uno, por vosotras mismas.

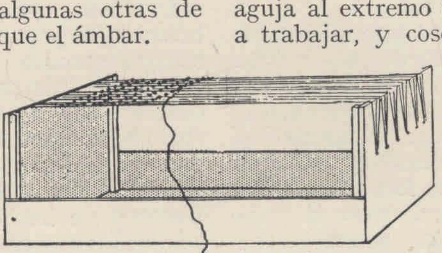
1. El modelo.

Para esta labor necesitamos una faja de cañamazo de clase fina, que podrá tener 4 ó 5 centímetros de ancho, según el cinturón que deseamos hacer. Su longitud depende, naturalmente, de nuestro talle.

Supongamos que las medidas son 55 centímetros de longitud por 5 centímetros de anchura. En lugar de cañamazo blanco

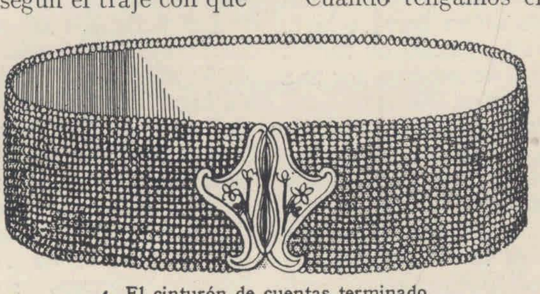
podemos comprarlo de un bonito matiz crema; necesitamos, además, un carrete de hilo blanco, y antes de emplear el hilo, haremos muy bien en encerarlo ligeramente, porque con este procedimiento se evita que se rompa y desaparezcan las cuentas del cinturón. Puede emplearse también seda mientras las cuentas sean de buena calidad y no la corten. Para la elección de las últimas, hemos de tener presente el modelo escogido; se ha de procurar que sean todas exactamente de igual forma y tamaño, y que se ajusten a los cuadritos que determina el cañamazo. Se requieren para el cinturón que vamos a hacer seis paquetes de cuentas opacas de color celeste, uno de cuentas blancas y algunas otras de cristal del mismo matiz que el ámbar.

2. Modo de coser las cuentas.



3. Bastidor para el bordado de cuentas.

Para ver qué tamaño ha de tener la aguja que vamos a emplear, probemos de pasarla por las cuentas y el cañamazo. El lindo modelo que hemos escogido para nuestro cinturón tiene grupos de flores, formados por tres margaritas blancas, las cuales están colocadas muy cerca de los bordes, como se ve en el grabado número 1. Siendo blancas las flores, podemos elegir el color que más nos guste para el fondo, según el traje con que pensemos llevarlo. Hoy vamos a hacerlo celeste. Podemos cortar la faja de cañamazo dejándole 24 cuadraditos de ancho, de los cuales quedarán tres en cada borde para el dobladillo, llenando con las cuentas los 18 restantes. En los extremos del cinturón debemos dejar también un poquito de cañamazo para doblarlo hacia dentro; si nuestro talle mide 55 centímetros, le daremos 57 centímetros de largo.



4. El cinturón de cuentas terminado.

Se cosen las cuentas en el cañamazo en el sitio donde se cruzan los hilos, y quedan siempre colocadas en sentido diagonal. Antes de empezar la labor, se asegura del revés el hilo o seda, y se comienza por la esquina inferior del lado izquierdo. Para coser una cuenta se pasa por ella la aguja, y luego ésta a través de una cruz del cañamazo; después por debajo, cuidando de que la aguja pase por encima del hilo, como se ve en el grabado número 2. De este modo se van cosiendo las cuentas hasta terminar la vuelta.

Como las cuentas han de estar inclinadas siguiendo siempre la misma dirección, al llegar al extremo del cinturón, volveremos el cañamazo del otro lado y empezaremos a continuación la segunda vuelta, que es lo más sencillo, o bien con un punto de *bastilla* del revés llevaremos la aguja al extremo donde hemos empezado a trabajar, y coseremos las cuentas debajo de las primeras.

Hemos de prestar grande atención al modelo, para que no se nos pasen por alto las florecillas blancas. Se hacen éstas con seis cuentas blancas, que son los pétalos, y una color de ámbar para el centro. Para evitar posibles errores, es buena idea la de marcar con lápiz en el cañamazo el lugar que ocupan las flores, y así sabemos cuando hemos de reemplazar con las demás las cuentas azules.

Cuando tengamos el cañamazo enteramente cubierto de cuentas, doblaremos los bordes y los coseremos con punto de *bastilla* muy chiquito. Luego se forra el cinturón con raso celeste, ya que hemos escogido este color para el fondo, y se termina cosiendo una hebilla en los extremos.

Pueden hacerse objetos pequeños de cuentas engarzándolas en un hilo o seda, con un trabajo parecido al de las redecillas. No se emplea tejido alguno para esta labor, y se hace con dos agujas enhebradas al mismo tiempo, forrándola después.

Pero este procedimiento no puede emplearse, si se quiere cubrir con cuentas una extensa superficie. Se parece algo este método al empleado con el bastidor que vamos a describir ahora.

No se necesita un bastidor de grandes dimensiones para la labor que nos ocupa; bastará uno chiquito, que podemos comprar en cualquier tienda de labores y hasta hacerlo nosotras mismas, con una antigua caja de cigarros de forma rectangular, como nos muestra el grabado número 3. Primero, quitaremos la tapa. Luego, trazaremos una línea en la pared anterior y en la posterior, a unos 2 ó 3 centímetros del fondo, cortando allí la madera. Esta operación puede ejecutarse con un cuchillo, que pasaremos repetidas veces por la línea, suavizando después los bordes con papel de esmeril.

Para que los lados queden sólidos, se clavan en la parte interior de las esquinas unas tirillas de madera de un centímetro de ancho, de la misma altura que los lados, como se ve en el grabado. Estas tirillas se aseguran por medio de clavos. En la parte superior de ambos lados se hacen unas incisiones, distantes entre sí poco más de un milímetro, las cuales sirven dera dejar paso a los hilos, que se colocan pa un lado a otro a través de la caja y se aseguran con puntas de París, clavadas en número de seis a cada lado de la caja.

Este bastidor fabricado por nosotras mismas, nos será muy útil para muchísimas labores. Podemos hacerlo más sencillo aún, clavando en sentido perpendicular dos trozos de madera a una barra, o bien, fijando con clavos dos pedazos de cartón agujereados al marco de madera de una pizarra de esas que usáis en la escuela.

Si para esta labor empleáis hilo, ha de ser muy fuerte y resistente; pero vale más servirse de un bramante muy fino, y así resultará el cinturón más sólido.

Para hacerlo sujetaremos, pues, al bastidor veinte bramantes de clase muy fina, como hemos dicho. El cinturón tiene 18 cuentas en el sentido de su anchura; los dos hilos restantes serán para formar el borde. Estos bramantes tendrán una longitud de 60 centímetros, porque quedan los cabos muy largos y después han de cortarse.

Enhebremos la aguja con hilo blanco y sujetémoslo del revés en el extremo del primer bramante a mano izquierda, y pasemos luego 18 cuentas en la hebra por medio de la aguja, según el modelo.

Ahora viene la parte más importante de esta labor. Con la aguja conduciremos las cuentas engarzadas por *debajo* de los bramantes hasta el otro lado, de tal modo que si las apretamos, empujándolas hacia arriba, las veremos aparecer en los espacios que hay entre dichos bramantes. Para que se mantengan en esta posición se pasa la aguja por las cuentas de derecha a izquierda, esta vez por *encima* de los bramantes. Así quedan aquéllas bien aseguradas. Lo mismo se hace en las demás vueltas, engarzando las cuentas celestes, blancas o color de ámbar, según el modelo. Para anudar este hilo de modo que quede bien sujeto, se hace pasar a través de dos o tres vueltas de cuentas. Después de hecho el cinturón según la longitud necesaria, juntamos los cabos de los bramantes en cuatro grupos de cinco bramantes cada uno y los atamos fuertemente allí donde terminan las cuentas. Luego se forra con seda o cualquier otro tejido el cinturón, doblando hacia dentro estos cabos y ambos bordes. En los extremos se coloca una hebilla como en el cinturón que hemos hecho antes.

Las florecillas saldrán más lindas en la labor ejecutada en el bastidor, porque están colocadas en sentido perpendicular en lugar de la dirección diagonal que han de tener en el cinturón de cañamazo.

Con esta misma labor se hacen bonitos aros de servilleta.

Además son dignos de imitación muchos de los dibujos empleados por las mujeres de raza india de América para estas labores; algunos son verdaderamente notables.

LAS COLUMNAS DE SALOMÓN

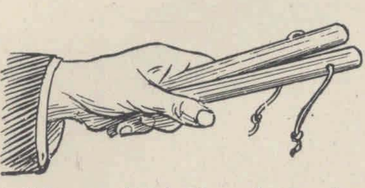
SI el lector tiene la suerte de poseer una caja de juegos de manos, estamos seguros de que no faltará en ella el conocido con el pomposo nombre de «Las columnas de Salomón». Consisten éstas en dos piezas cuadradas de caoba, de 10 centímetros de longitud, adosadas una a otra, como se ve en la figura 1, con un trozo de guita que corre hacia atrás y hacia adelante por un agujero que posee cada una de ellas cerca de una de sus extremidades. La guita tiene un nudo

en cada uno de sus cabos; y claro es que cuando una de sus partes se alarga, la otra se acorta en la misma cantidad. En todo esto no hay nada sorprendente; pero, al llegar a este punto, el que hace el juego pasa entre las dos columnas la hoja de un cuchillo. Según todas las apariencias, la guita debe haber sido cortada en dos mitades, y, para que no quepa duda de ello, el prestidigitador mueve las dos columnas lentamente, como se ve en la figura 2, y muestra al público sus dos trozos cortados. Esto no obstante, cuando coloca las columnas de nuevo en su anterior posición, una adosada a la otra, e invita a cualquiera de los circunstantes a tirar de sus extremos, se ve, con gran asombro del público, que la guita toda forma una sola pieza de nuevo, y corre hacia atrás y hacia adelante con la misma facilidad que antes de ser aparentemente cortada.



1. Columnas de Salomón. 2.

La trampa consiste en que las dos columnas están unidas por cerca de su base por medio de un pivote, hueco de igual modo que aquéllas, de suerte que la guita, en vez de pasar directamente de un lado a otro, como a primera vista parece, baja por una columna, atraviesa el pivote y sube por la otra, de suerte que al pasar entre ellas el cuchillo no la corta; y los trozos de guita cortada que se muestran al público han sido allí pegados de antemano para que la ilusión sea completa.



3. Columnas de Salomón perfeccionadas.

Los prestidigitadores indios ejecutan este mismo juego de un modo más sorprendente todavía. Las columnas en este caso son dos trozos de bambú; y no tratan de fingir que se corta la guita, sino que después de haberla hecho correr de delante para atrás por dos o tres ocasiones con las cañas adosadas una a otra, ejecutan la misma operación con los extremos exteriores de las mismas, separados algunos centímetros. Pero, como conservan en la mano las extremidades opuestas no falta alguno que, pasándose de listo, diga al que tiene a su lado: « Yo sé donde está la trampa; la guita pasa de una caña a otra por el fondo; ya veréis como no puede separarlas ». Y pasea la vista a su alrededor con sonrisa de triunfo. Pero el prestidigitador se sonríe a su vez y separa las cañas, tomándolas una en cada mano, lo cual no es obstáculo para que, cuando las vuelve a adosar nuevamente, la guita corra otra vez, como antes, de un lado para otro.

Como vemos, es este un juego de manos curiosísimo y posee la ventaja de que cualquiera puede construir los aparatos necesarios para hacerlo. Las columnas se hacen de dos trozos rectos de sauce, de unos veinte centímetros de longitud por 18 milímetros de anchura, a los que es necesario extraer la médula como si fuésemos a hacer con ellas cerbatanas. Después, con un punzón, se practica un orificio pequeño en cada uno de ellos, como a unos 25 milímetros de distancia de una de sus extremidades. Por cada uno de estos orificios se introduce una guita o cuerda delgada, y, con ayuda de un alambre doblado en forma de gancho, se le hace resbalar por el interior del trozo de sauce hasta que salga por la extremidad opuesta, y se le ata un pequeño peso en su extremo. Esto puede efectuarse fácilmente haciendo una bola dura de papel de estaño, de unos 12 milímetros de diámetro, abriéndole un agujero diametral, introduciendo por él la guita y haciéndole un nudo en la punta: Un trocito de tubo de plomo o una bala con un orificio, como las que los pescadores usan a veces, puede sustituir la bola de estaño, pues el objeto de este peso es sencillamente que, cuando coloquemos el palo vertical, descienda arrastrando tras sí a la guita que desaparecerá por el agujero, hasta un nudo que se le hace al efecto a unos nueve centímetros de su otro extremo, la cual reaparecerá nuevamente cuando tiremos del trozo que queda fuera.

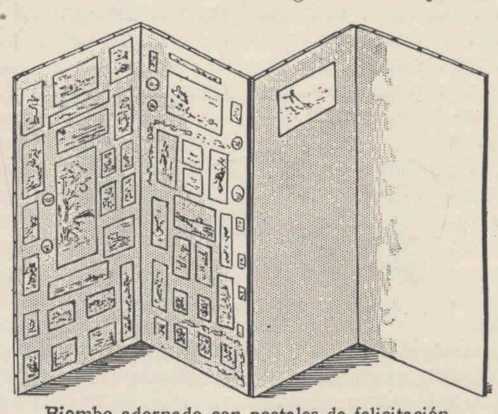
No hay necesidad alguna de cerrar las extremidades de los palos, pero tendrán mejor apariencia si los tapamos con dos trozos de corcho y los recubrimos después con lacre rojo.

Para hacer el experimento, tómense los dos palos con la mano izquierda y colóquense en posición horizontal, como se ve en la figura 3. Sáquese en toda su extensión la cuerda del de la izquierda, teniendo cuidado de hacer que el peso del de la derecha caiga hasta su mismo fondo, arrastrando consigo la guita y dejando visible únicamente la parte que sigue al nudo alto. Tírese después poco a poco del extremo de esta guita y enderécense, también lentamente, los dos palos, con lo que el peso que hay dentro del de la izquierda descenderá con suavidad arrastrando consigo su cuerda correspondiente. Colóquense otra vez horizontales los palos; pásense a la mano derecha, y vuélvase a ejecutar la misma operación inversamente.

En esto consiste el secreto. Para acortar una de las guitas, bastará que pongamos vertical su palo correspondiente, a fin de que caiga al fondo el peso del interior. Para alargar la otra no hay más que tirar de ella con los dedos; pero ambos movimientos han de hacerse simultáneamente y con limpieza para que no se descubra la trampa.

NUEVO EMPLEO QUE PUEDE DARSE A LAS TARJETAS DE FELICITACIÓN DE NAVIDAD Y AÑO NUEVO

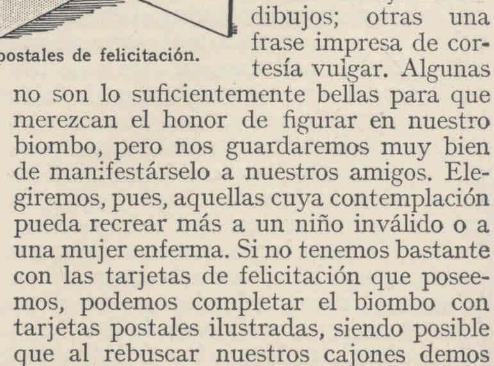
CUANDO llegan los días de Navidad y Año Nuevo, todo el mundo reune buena cantidad de tarjetas de felicitación, que generalmente se guardan en un cajón y nadie las vuelve a ver más. Pero es una lástima no dar algún empleo adecuado a estas tarjetas que nos traen los carteros. ¿Qué hacer con ellas? Vamos a dar una idea a nuestros lectores. Supongamos que disponemos de algunos trozos largos de madera, y que los clavamos convenientemente formando un bastidor para un biombo. Si no sabemos hacerlo, le daremos el encargo a un carpintero, el cual engoznará además unos trozos con otros, a fin de que pueda plegarse. Un biombo de cuatro cuerpos será suficiente para contener todas nuestras tarjetas y nos prestará además grandes servicios. No debemos en ningún caso olvidar cuánto disfrutarían contemplándolo los niños pobres y enfermos albergados en los hospitales.



Biombo adornado con postales de felicitación.

La tela más a propósito para forrar los bastidores es el raso de algodón negro, que no es caro; y la cantidad necesaria dependerá, naturalmente, del tamaño del biombo. Debe tener el ancho suficiente para cubrir bien los marcos, pues una costura le daría mal aspecto. Se clava con tachuelas, teniendo buen cuidado de no astillar la madera. Hecho esto, quedará a punto el biombo de recibir las tarjetas, y ahora podremos apreciar las ventajas de haber elegido para la tela el color negro. Las tarjetas suelen ser de colores vivos, y el negro constituye un fondo muy a propósito para ellas y no choca con ningún otro color.

Las tarjetas que hayamos de colocar deben elegirse entre las reunidas durante el transcurso de varios años. Muchas de ellas están plegadas en forma de libretos, y son aprovechables por ambos lados. Unas ostentan un escrito debajo de sus dibujos; otras una frase impresa de cortesía vulgar. Algunas no son lo suficientemente bellas para que merezcan el honor de figurar en nuestro biombo, pero nos guardaremos muy bien de manifestárselo a nuestros amigos. Elegiremos, pues, aquellas cuya contemplación pueda recrear más a un niño inválido o a una mujer enferma. Si no tenemos bastante con las tarjetas de felicitación que poseemos, podemos completar el biombo con tarjetas postales ilustradas, siendo posible que al rebuscar nuestros cajones demos con algún cromo o lámina iluminada, de

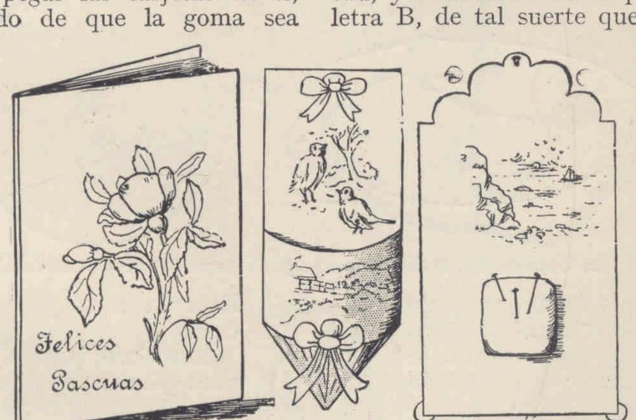


tamaño mayor que aquéllas y a propósito para colocarla en el centro y rodearla de tarjetas, artísticamente distribuídas. Ahora tendremos también que hacer intervenir las tijeras.

La belleza del biombo dependerá del gusto con que hayamos combinado las tarjetas, y no debemos olvidar que es preciso cubrir sus dos lados y que, por consiguiente, es preciso también proceder con cierto método en su colocación. No sería mala idea cubrir una de las hojas del biombo, de animales; otra, de flores; otra, de paisajes; otra, de niños, etc. También podemos agrupar las tarjetas por el orden de las nacionalidades de las personas que nos las hayan dirigido, o disponerlas por el orden de fechas con que las hayamos recibido, pero para esto habría que sacrificar la parte artística.

Acerete.

Como el biombo ha de ser barnizado, será preferible pegar las tarjetas en él, teniendo cuidado de que la goma sea buena. Si preferimos emplear engrudo, lo debemos hacer de almidón, y la mejor manera de prepararlo es colocar unos cuantos terrones de dicha substancia dentro de una taza y disolverlos en un poco de agua fría. Agítesele hasta que forme una crema espesa y viértasele después en agua hirviendo, sin cesar de removerlo constantemente hasta que se espese. Es preciso que esté bien blanco y que no contenga grumos. Apártesele entonces, y tan pronto como se enfríe, podremos emplearlo.



Libro de memorias, bolsa de aseo y acerico hechos con tarjetas de felicitación de Navidad y Año Nuevo.

Una vez pegadas y secas las tarjetas, barnícese la superficie toda del biombo aplicando el barniz uniforme y suavemente por medio de un pincel.

Ya hemos empleado gran número de tarjetas de felicitación sencillas y de postales en la confección del biombo y seguramente nos queda todavía una buena cantidad de tarjetas dobles o triples. Supongamos que queremos dedicar las primeras a formar las cubiertas de libritos de memorias. Podemos cortar y doblar en forma conveniente el papel que ha de constituir sus hojas y coserlas al doblez de la tarjeta con una aguja y un hilo.

Un libro en que tengamos coleccionadas las señas o direcciones de todas las personas de nuestro conocimiento, es una cosa muy útil. Podemos hacerlo también de una tarjeta doble, pero en vez de dejar los bordes exteriores del as páginas tales como están, se corta una tira de la primera página, dejándole un trocito en la parte superior, en el cual se escribe la letra A, y lo mismo se hace con las siguientes. A las dos o tres páginas dejamos un trozo de doble longitud, y escribimos en su parte inferior la letra B, de tal suerte que se vea debajo de la letra A, escrita en el primero. Y así se prosigue con las demás páginas teniendo cuidado de dejar una sola para las letras que como la K, la Ñ, la W, etc. son en nuestro idioma tan poco comunes. Al asentar en estas libretas los nombres de nuestras relaciones, lo haremos por orden alfabético de apellidos, escribiendo éstos antes que los nombres de pila.

Si tenemos un lindo calendario del año precedente, que ya para nada sirve, pues las fechas están trastrocadas, y no queremos deshacernos de él, porque nuestra vista ya se ha acostumbrado a contemplar sus dibujos, podemos hacer un cojincito de algodón en rama y recubrirlo con seda, y pegar ésta con cola o goma espesa sobre la parte que ocupan el santoral y las fechas.

De este modo, tendremos convertido en acerico el calendario, al cual, a fuerza de verlo constantemente, le habíamos tomado cariño.

De una tarjeta doble puede hacerse un alfiletero. Cúbrasela con un trozo de tul para evitar que se estropee la cartulina; ribetéesela con cualquier pedazo de seda que no sirva para otra cosa; córtense unos trozos de franela para que formen las hojas del alfiletero; dentéeselas todo alrededor y, atándolas a la tarjeta por medio de una cintita muy estrecha, tendremos formado nuestro alfiletero.

Puede también hacerse con estas tarjetas una cajita para sellos, y otra porción de objetos que pueden discurrir fácilmente las personas curiosas y económicas.

Fácil será a una joven hacer una bolsa de aseo para su tocador con dos tarjetas entrelargas, abriendo en ellas ciertos orificios por medio de un punzón, y uniendo una de ellas, convenientemente arqueada y en sentido horizontal, con la otra, que se mantiene vertical, por medio de una cinta muy estrecha. Puede adornarse con lazos y ribetearse con papel de escribir para que salga primoroso.

CÓMO SE HACE UN CHUPADOR DE CUERO

La construcción de un chupador de cuero resulta sumamente entretenida. Es el juguete más sencillo y también menos costoso, pues si tenemos un zapato viejo y un pedazo de cordel fuerte, dispondremos de todo el material necesario para ello. Lo que nos faltará será un cuchillo afilado para cortar el cuero. Éste no debe cortarse ni más ancho ni más largo que de unos siete centímetros; puede ser fuerte, pero no mucho, y en primer lugar tenemos que ablandarlo en agua, donde se le deja una noche o dos. Cuando está bien flexible, se hace, hincándole un clavo, un agujero en su centro.

Después se corta el cuero circularmente. Para que el círculo resulte perfecto emplearemos un compás, utilizando como centro el agujero ya hecho. A falta de compás puede hacerse igualmente el círculo con un trozo de cordel y en la forma que indica la figura 1. Se ata uno de sus lados en el clavo hincado en el centro y se pone en el otro extremo, otro clavo, con el que se describe la circunferencia, apretándolo sobre el cuero, como se ve en la figura 2. La distancia entre ambos clavos ha de ser de tres a tres y medio centímetros. Recortando después el cuero por la línea indicada, obtendremos un disco, que es el chupador. Éste queda mejor, si disponemos el borde del modo que indica la figura 3. Luego se pasa por el agujero un cordel recio de un metro de largo, en cuya parte inferior se hace un nudo para que no se escape.

1. El cordel para hacer el círculo.

2. Cómo se indica el disco.

3. Preparación de los bordes del disco.

4. Empleo del chupador.

Remójase bien el disco; y después colócase sobre una gran piedra lisa, apretándolo con el pie. La piedra puede entonces levantarse por medio del cordel, siendo la fuerza del chupador la suficiente para resistir el peso de ésta.

¿Cómo se explica esto? Se explica por lo que sabemos del peso o presión de la atmósfera. La fuerza con que tiramos del cordel levanta el cuero; pero éste, en lugar de salir de la piedra, produce lo que se llama el vacío, o sea, un espacio sin aire, debajo del disco, y la presión del aire exterior sobre la piedra hace que ésta se adhiera al cuero.

MÚSICA

EL REY SEMIBREVE Y SU CORTE

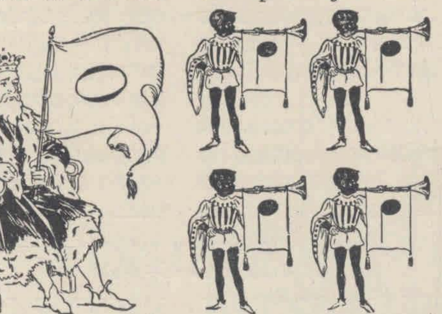
HABÍA una vez en el país de las hadas un gran Rey, muy importante, que se llamaba el Rey de las Semibreves. Su bandera ostentaba una extraña divisa, hecha así: 𝅝.

Tenía dos gentiles hombres que le seguían siempre y se les llamaba los Caballeros de Mínimas. La divisa de los Mínimas era así: 𝅗𝅥; pero, como cada uno valía la mitad menos que el Rey, debían ir los dos juntos, cuando querían representarle. En el país de las hadas hay un refrán muy conocido, que dice así: « Se necesitan dos Mínimas para hacer una Semibreve ».



El rey Semibreve vale dos caballeros de Mínimas.

Cuando los reales heraldos anunciaban al Rey Semibreve, hacían sonar cuatro veces sus trompetas; pero cuando el Rey se hacía representar por los Caballeros de Mínimas, los heraldos tocaban sólo dos veces para cada uno, para recordar al pueblo que cada uno de los caballeros de Mínimas *valía la mitad* del Rey Semibreve.



El rey Semibreve vale 4 moritos de Semínimas.

Ya sabéis vosotros que, en el país de las hadas, todos viven de acuerdo y no hay disputas ni rencillas; se ve a menudo a blancos y negros salir juntos de paseo sin que eso cause asombro. El buen Semibreve se cansaba a veces, de tener siempre junto a sí a sus gentiles hombres de cámara, y deseando variar de compañía, les decía: « Mis buenos caballeros de Mínimas, veo que estáis algo fatigados hoy; voy a daros asueto ». No bien había acabado de decirlo, cuando desaparecían como por ensalmo los dos nobles de Mínimas y en su lugar se veía a cuatro muchachitos negros, así: 𝅘𝅥𝅘𝅥𝅘𝅥𝅘𝅥 y entonces los heraldos sonaban cuatro veces distintas sus hermosas trompetas y las hadas cantaban a coro:

A nuestros moritos
todas saludamos,
Pajes de Semínimas
los denominamos.

Los moritos hacían una profunda reverencia; el Rey marchaba con gran pompa; y mientras tanto, hacían resonar los heraldos sus trompetas de oro:

El Rey Semibreve quiere descansar:
Señores de Mínimas, hoy pueden holgar.
Aquí os presentamos, con grande alegría.
A nuestros negritos, los héroes del día.



Un caballero de Mínima vale 2 moritos de Semínimas.

No era tan fácil, como vosotros os imagináis, la tarea de los heraldos; al contrario, requería suma atención. Si venía el Rey, debían tocar cuatro veces: al punto aparecía una hada con una bandera en la que estaba bordada la divisa del rey Semibreve, así: 𝅝 y cantaba como sólo saben cantar las hadas, 1—2—3—4. Si en lugar del Rey venían los dos Caballeros de Míni-

mas, sonaban dos veces las trompetas para cada uno de ellos, y el hada cantaba 𝅗𝅥 𝅗𝅥; pero, si eran los cuatro
1—2 3—4
moritos llamados pajes de Semínimas los que llegaban, el hada debía cantar inmediatamente 1, 2, 3, 4; y a cada número se inclinaba una cabecita negra hasta el suelo, y después se iban colocando en fila los moritos.

Ya veis: la contraseña es hoy siempre 1—2—3—4.

Semibreve, el rey grande y poderoso, la usa entera: 1—2—3—4. Los caballeros de Mínimas se la reparten; el primero tiene 1—2, y el otro 3—4. Pero es necesario que vayan siempre juntos para valer tanto como el Rey.

Los alegres moritos tienen un número cada uno; de modo que cuando cantan el uno después del otro, parece aquello un repiqueteo de castañuelas; y cuando van juntos valen tanto como el Rey Semibreve.

Claro está que, cuando queramos hablar al Rey Semibreve, hemos de cantar 1—2—3—4; de lo contrario no hallaremos a Su Majestad en casa. Si preferimos un gentilhombre, porque nuestro asunto no es de gran importancia, recordemos su número 1—2; y si deseamos ver a los simpáticos moritos acordémonos del repiqueteo de los palillos y cantemos 1, 2, 3, 4.

El Rey Semibreve, los dos Caballeros de Mínimas y los cuatro moritos, que se llaman Pajes de Semínimas, como sabéis, se encaminan juntos con gran pompa al gran salón del Sonido, para recibir el homenaje de toda la corte. Al entrar el Rey se alzan los Caballeros de Mínimas y le saludan profundamente, y el Rey contesta con gravedad a su saludo. Luego se levantan los moritos y van también a saludar al Rey, que contesta majestuosamente a su humilde inclinación.

Y por hoy, nos despedimos nosotros también, saludándole. La próxima vez que volvamos a vernos, hemos de enseñaros otra diversión de las hadas que tiene mucho que ver con lo que hemos presenciado hoy.

Conviene advertir que los nombres de: semibreve, mínima, semínima, equivalen a los de: *redonda, blanca y negra,* usados por muchas personas.

DIBUJO

CÓMO SE PUEDE DIBUJAR CON LAS DOS MANOS

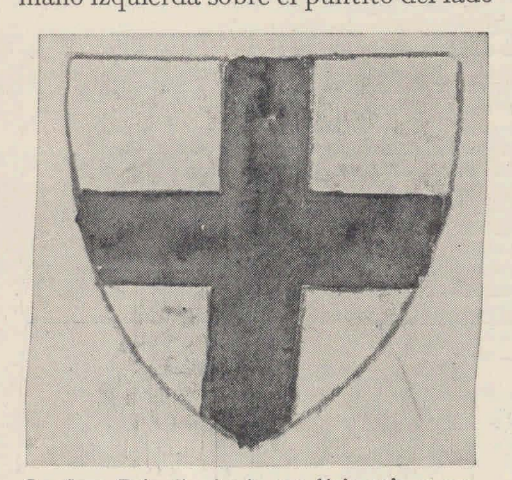
¿LO habéis probado alguna vez? Es un ejercicio excelente el tratar de hacer curvas grandes y largas líneas rectas, tanto con la mano izquierda como con la derecha. Si tenéis una pizarra grande, probadlo, poniéndoos a cierta distancia de ella, lo mismo que el pintor delante de su caballete. Si no tenéis pizarra en casa fijad en la pared un gran pedazo de papel y ved de dibujar en él. La pared no es tan cómoda como la pizarra, porque no podéis darle ninguna inclinación, y no podéis borrar con un trapo lo hecho, pero no importa; hacedlo de todos modos.

Para la pizarra tomad tiza, y para el papel carboncillo en cada mano; ponedlas juntas y tan altas como podáis en la pizarra o en la hoja de papel, y manteneos tan distantes de ellas como os lo permitan vuestros brazos extendidos. Separadlos haciéndolos girar, describiendo con cada uno una curva de modo que se junten ambos en la parte inferior. ¿Os han salido bastante iguales las curvas? Volved a probarlo, porque es una cosa utilísima. No os entretengáis borrando las líneas hechas, si las trazáis en una hoja de papel, dibujad encima las otras curvas porque no se trata más que de ejercitaros. Probad luego con una mano sola, y después con la otra, y cuando os canséis de las curvas, dibujad un escudo como el del primer grabado. Se empieza teniendo las manos en alto y separadas; se hacen girar y se unen por debajo. En la parte superior juntad las dos curvas con una línea recta. Después de haberos ejercitado

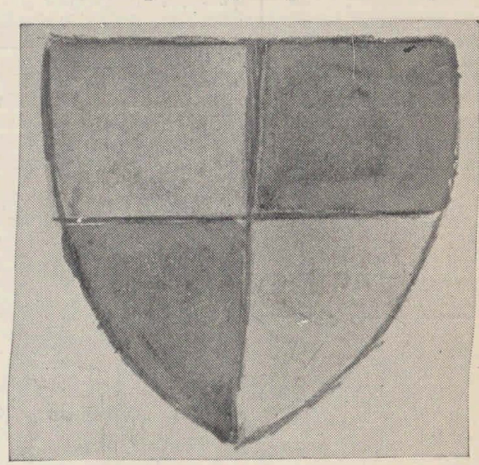
bastante tomad una hoja de papel, tan grande como vuestro tablero, y aseguradla bien en él con cuatro chinches y tomad dos pedazos de carboncillo y algunos lápices de color, o bien vuestra caja de pinturas con los pinceles y la tacita de agua limpia. Acordaos de colocar la tabla un poquito inclinada hacia vosotros.

Así debe quedar nuestro dibujo trazado al carbón después de terminado.

Marcad dos puntitos con el carboncillo, que disten unos 8 centímetros del borde superior de la hoja y 5 centímetros del de cada lado. Tomad un pedacito de carboncillo tan chiquito como podáis, en ambas manos para que éstas puedan descansar en el papel. Poned luego el carboncillo de la mano izquierda sobre el puntito del lado



La Cruz Roja, iluminada con lápiz rojo o con pintura del mismo color.



Escudo pintado con dos colores distintos.

izquierdo, y el de la derecha en el punto de su lado correspondiente. Apoyad las manos y hacedlas girar descendiendo al mismo tiempo hacia la parte inferior de la hoja, para que las curvas se encuentren en el centro. Si tenéis aquellas firmes y no apretáis demasiado el carboncillo con los dedos, el dibujo saldrá seguramente bien. No apoyéis tanto el lápiz o el carboncillo que se trasluzca alguna marca en el revés del papel; dibujad siempre con ligereza.

Unid con una recta los dos puntitos de arriba, y marcad con otro punto la mitad de esta recta. Poned una señal en lo que os parezca el centro, y tomad las medidas luego para ver si son iguales las dos mitades; si os habéis equivocado, corregidlo. Es necesario que la recta esté dividida en dos partes enteramente iguales. Desde este punto trazad una recta que venga a parar en la punta del escudo. Dibujad luego otra que cruce la primera a la mitad del escudo.

Ahora, si queréis, podemos dibujar en este escudo la Cruz Roja, el emblema de esta filantrópica institución que

todos conocéis. Para esto, trazad una recta a ambos lados y a igual distancia de la que va de arriba para abajo, y luego otras dos de igual manera a los lados de la que atraviesa el escudo. Pintad el espacio interior de color rojo, con pintura, o bien con lápices de colores, y tendréis la Cruz Roja, tal como está en el segundo grabado. En lugar de la Cruz Roja podéis pintar dicho escudo de dos colores, como en el tercer grabado; las dos partes opuestas, de rojo, por ejemplo, y las otras dos de azul, o de los colores que queráis. En este caso no hay que trazar estas últimas rectas de que os he hablado; sólo las dos que veréis en el grabado primero.

Para pintarlo humedeced antes el papel. Si está demasiado húmedo, emplead una hoja de papel secante, bien limpia, hasta que no tenga ningún brillo, que es la señal que indica cuando el papel está dispuesto para recibir la pintura. Tomad bastante color con el pincel, y extendedlo rápidamente, pintando de arriba abajo. Si os servís de una mezcla de dos colores, como para el verde, preparad suficiente cantidad de él antes de empezar; de otro modo os sería difícil hallar el color exacto.

Azul y amarillo dan verde.

Rojo y azul producen púrpura o violeta.

Rojo y amarillo hacen el color anaranjado.

Rojo, amarillo y azul componen el negro y el gris.

Es necesario tenerlo presente.

HISTORIETAS EN FRANCÉS E INGLÉS

Primera línea: Francés. Segunda línea: Traducción española de cada palabra. Tercera línea: Inglés. Cuarta línea: las mismas palabras en español. Quinta línea: traducción correcta española.

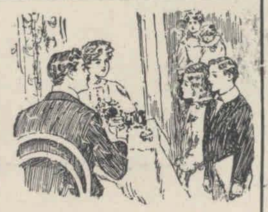
C'est notre premier jour à Paris. Nous nous éveillons de bonne heure.
Eso es nuestro primer día a París. Nosotros nos derpetamos de buena hora.
It is our first day in Paris. We awake early.
Ello es nuestro primer día en París. Nosotros despertamos temprano.
Es nuestro primer día en Paris. Despertamos temprano.

La bonne tire de côté les rideaux. Elle dit : «Le jour est superbe.»
La niñera tira de lado las cortinas. Ella dice:— El día es soberbio.
The nurse draws aside the curtains. She says : "It is a beautiful day."
La niñera tira de lado las cortinas. Ella dice:— Ello es un hermoso día.
La niñera descorre las cortinas. Dice:— El día esta hermosísimo.

Nous faisons vite notre toilette. Puis nous descendons vers maman.
Nosotros hacemos deprisa nuestra *toilette.* Después nosotros bajamos hacia mamá.
We dress quickly. Then we go downstairs to mamma.
Nosotros vestimos de prisa. Luego nosotros vamos escalera abajo a mamá.
Nos vestimos de prisa. Luego bajamos para ver a mamá.

Nous avons du café au lait et des petits pains. Nous avons bientôt fini.
Nosotros tenemos del café con leche y de los pequeños panes. Nosotros hemos pronto acabado.
We have coffee and rolls. Soon we have finished.
Nosotros tenemos café y panecillos. Pronto nosotros hemos acabado.
Tomamos café con leche y panecillos. Pronto estamos listos.






Nous voulons aller nous promener. Nous courons pour obtenir nos chapeaux.
Nosotros queremos ir nos pasear. Nosotros corremos para obtener nuestros sombreros.
We want to go for a walk. We run to get our hats.
Nosotros deseamos ir para un paseo. Nosotros corremos a tomar nuestros sombreros.
Queremos ir a dar un paseo. Corremos a buscar nuestros sombreros.

Nous rencontrons une petite fille.
Nosotros encontramos una pequeña niña.
We meet a little girl.
Nosotros encontramos una pequeña niña.
Encontramos una niña.

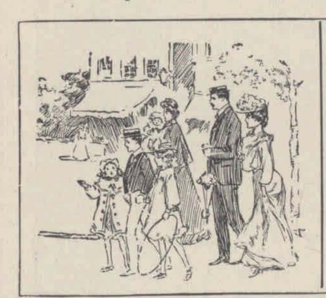
C'est notre petite amie du dernier soir.
Es nuestra pequeña amiga de la última noche.
It is our little friend of last night.
Ello es nuestra pequeña amiga de última noche.
Es nuestra amiguita de la última noche.

Nous disons tous : « Bonjour ! »
Nosotros decimos todos: « ¡Buenos días! »
We all say : "Good-morning!"
Nosotros todos decimos:— ¡Buenos días!
Decimos todos:— ¡Buenos días !

Nous disons que nous allons nous promener.
Nosotros decimos que nosotros vamos nos pasear.
We say we are going for a walk.
Nosotros decimos nosotros somos yendo para un paseo.
Decimos que vamos a dar un paseo.

Elle dit : « Puis-je vous acompagner ? »
Ella dice:—« ¿Puede yo os acompañar? »
She says : "May I go with you?"
Ella dice:—¿Puedo yo ir con vosotros?
Ella dice:—¿Puedo acompañaros?

La bonne répond : « Oui, certainement. »
La niñera contesta:—Sí, seguramente.
The nurse replies : "Yes, certainly."
La niñera replica:—Sí, ciertamente.
La niñera contesta:—Seguramente.







Nous marchons vers les boulevards.
Nosotros andamos hacia los bulevares.
We go towards the boulevards.
Nosotros vamos hacia los bulevares.
Vamos hacia los bulevares.

Ils ressemblent aux parcs de Londres.
Ellos se parecen a los parques de Londres.
They are like the London parks.
Ellos son parecidos a los de Londres parques.
Se parecen a los parques de Londres.

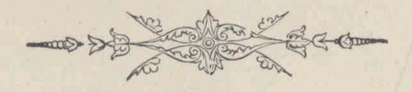
Le nom de notre petite amie est Julie.
El nombre de nuestra pequeña amiga es Julia.
Our little friend's name is Julia.
Nuestra pequeña amiga nombre es Julia.
El nombre de nuestra amiguita es Julia.

Elle a une balle.
Ella tiene una pelota.
She has a ball.
Ella tiene una pelota.
Tiene una pelota.

Nous faisons un bon jeu.
Nosotros hacemos un buen juego.
We have a good game.
Nosotros tenemos un buen juego.
Jugamos a nuestro gusto.

Il est presque l'heure du déjeuner.
Él es casi la hora del desayuno.
It is nearly lunch-time.
Ello es casi almuerzo-hora.
Es casi la hora del de sayuno.

Nous devons aller chez nous.
Nosotros debemos ir casa nosotros.
We must go home.
Nosotros debemos ir casa.
Debemos volver a casa.

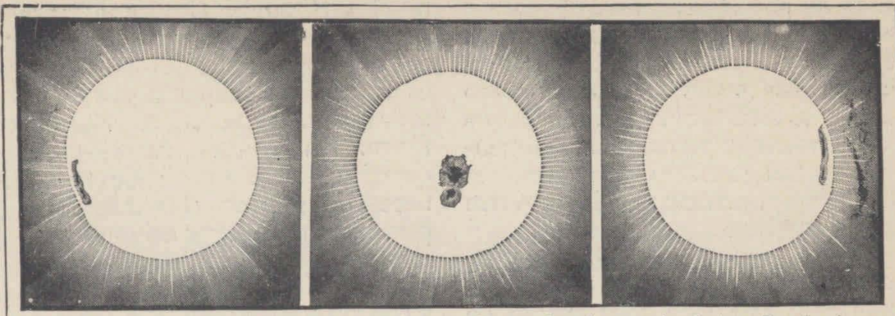


DE LABRIEGO A GENERAL

CINCINATO, noble romano que vivía dedicado al cultivo de la tierra en una hacienda de labranza, fué sorprendido un día por una comisión del Senado de Roma que pasó a comunicarle que, estando amenazada la patria por los aeques y los volscos, la República le había nombrado dictador y reclamaba sus servicios para salvarla. Cincinato arrojó el arado, se ciñó la toga, empuñó la espada y, presentándose en Roma, formó un ejército con el que venció y destruyó al enemigo; después de lo cual abdicó la dictadura y volvió a su hacienda para empuñar de nuevo el arado.

ALAS DE PIEDRA, DE UN ÁGUILA GIGANTESCA

En el distrito de Calgardup, en la Australia Occidental, existen muchas cavernas o grutas notabilísimas, una de las cuales, debido a su descomunal tamaño, se llama la cueva del Mamut. La entrada, rodeada de grandes helechos y medio oculta por árboles gigantes, tiene cierto aspecto de arquitectura oriental, mientras su interior semeja uno de esos palacios encantados que vemos descritos en « Las mil y una noches ». Cuelgan de la bóveda fantásticas estalactitas, y las gotas de agua que caen incesantemente sobre la roca han dado a ésta, destruyendo sus partes más blandas, formas maravillosas, como la que representa este grabado. Esta curiosa figura es conocida con el nombre de las « Alas de águila »; vista desde cierta distancia, ofrece realmente el aspecto de una enorme ave, con las alas medio desplegadas, posada en un gran peñasco.



Estos tres grabados nos muestran de qué modo se ha averiguado que el sol gira. En el primero vemos una mancha que aparece por un lado del disco; en el segundo, vemos la misma mancha tal como se presenta seis días después (aumentada, para mayor claridad); y después de otros seis días se halla próxima a desaparecer por el lado opuesto, según indica el tercer grabado. Puesto que la mancha no se mueve, deducimos, naturalmente, el movimiento del sol.

LAS MARAVILLAS DEL SOL

EMPEZAREMOS, como es natural, nuestro estudio de los astros, por el sol, ya que para nosotros es el más importante de todos ellos, puesto que además de ser el origen de toda la vida y belleza de la tierra, los cambios que en él ocurren modifican el estado del aire que respiramos. Al estudiar el sol, estudiamos la única estrella que podemos observar a una proximidad relativa, y su estudio nos permitirá conjeturar la naturaleza de las demás estrellas.

Debemos considerar el sol como un enorme globo resplandeciente del cual brotan sin cesar, día y noche y en todas direcciones, torrentes de luz y de calor, fenómeno que se verifica desde incalculable espacio de tiempo. No ignoramos cuán poderosos son la luz y el calor solar en su influencia sobre la tierra; pero es digno de notar que esa luz y calor recibidos por la tierra son de poca monta comparados con la cantidad total despedida incesantemente por el sol.

No siéndonos, por otra parte, desconocidos ni el tamaño de la tierra ni la distancia que media de ella al sol, podemos calcular en unas dos mil millonésimas partes de ese total la cantidad de luz y calor que recibe la tierra.

A esta fracción, al parecer tan insignificante, se debe el que la tierra, en lugar de ser inhabitable, rebose en todos sus ámbitos de vida y lozanía. Según se ha dicho, con mucha razón, «debemos al sol, entre todos los innumerables astros que existen en el espacio, la facultad de vivir y de movernos, la plenitud de vida que nos rodea y la belleza con que la naturaleza se engalana». Podemos formarnos una idea del poder del sol si recordamos que bastaría para dar vida a 2,000,000,000 de mundos del tamaño de nuestro globo; y suponiendo que diera a cada habitante de la tierra tanto calor como difunde por el mundo entero, le sobraría una cantidad suficiente para otros muchos millones.

No hay duda que la tierra es grande, si la comparamos con nuestros cuerpos. Así, la distancia entre dos puntos situados en los extremos de una línea que la atraviese de parte a parte, pasando por el centro, es de 13,000 kilómetros; esta línea se llama diámetro, que etimológicamente significa «medida a través». Ahora bien: el diámetro del sol es de 1,430,000 kilómetros. El sol es casi redondo, a manera de bola, y para calcular su ruedo hemos de multiplicar el diámetro por tres y un séptimo, aproximadamente; esta operación nos da por resultado la medida de la circunferencia solar. Los 46,000 kilómetros que mide la circunferencia terrestre son bien poca cosa en comparación con la del sol. Se ha calculado que un tren, andando sin parar a la velocidad de 100

kilómetros por hora, tardaría unos cinco años en dar una vuelta alrededor del sol. Más adelante veremos que el sol da vueltas sobre sí mismo, como la tierra, y si bien tarda mucho más que ésta en efectuar su rotación, sus dimensiones son tan enormes que cualquier punto de su superficie ha de moverse con suma rapidez.

EL SOL ES MAYOR QUE UN MILLÓN DE MUNDOS COMO LA TIERRA

Tendremos una idea más exacta de las dimensiones del sol, imaginando que, si fuera posible partirlo en un millón de pedazos, cada uno de estos pedazos sería mayor que la tierra, pero no pesarían tanto como ella, pues según veremos más adelante, el sol es mucho menos denso que nuestro globo; su peso, efectivamente, no es un millón, sino sólo trescientas mil veces el de la tierra, debido a que ésta se ha encogido mucho más que el sol, y la materia de que se compone es, por consiguiente, más compacta. Su densidad es mayor que la del sol, porque gran parte de su materia se ha condensado en líquidos o en sólidos, mientras que el globo solar consiste en una masa de gases incandescentes que, si bien deben hallarse muy comprimidos en el interior del sol, puede afirmarse que, en término medio, un trozo de este astro contiene menos materia que uno de igual volumen de la tierra.

Cuando el cielo está sereno y despejado, decimos que el sol es caluroso, y a veces llega a producir dolorosas quemaduras en la cara o en las manos; a veces son tan ardorosos sus rayos que no se pueden soportar, especialmente en pleno mediodía.

EL CALOR QUE EN REALIDAD DESPIDE EL SOL BASTARÍA PARA ACHICHARRAR LA TIERRA

Pero todo eso no nos da una idea precisa del calor que despide el sol. Sabemos que la temperatura se mide por medio del termómetro, el cual nos indica, por ejemplo, que la temperatura del cuerpo es de 36 a 37 grados centígrados, que escribimos 36° a 37° (o sean 98 y 99 grados Fahrenheit, respectivamente). Cuando el aire alcanza esta temperatura a la sombra nos parece un calor insoportable. El agua hirviente es más caliente aún, y a su vez lo es más todavía la llama de un fósforo o del fuego. En ciertos casos—como por ejemplo en la fusión de metales—es necesario producir las más altas temperaturas posibles; y así por medio de la electricidad, en el llamado horno eléctrico, obtenemos sólo por un momento, y con grandes dificultades, temperaturas de cerca de 6000°.

Ahora bien, todas esas temperaturas son inferiores a la del sol, la cual por otra parte, no es fácil de averiguar a pesar de los muchos cálculos hechos para conseguirlo; pero si evaluamos en 6000° o 9000° centígrados, o sea, en 10 ó 15,000 grados Fahrenheit, la temperatura de la superficie del sol, no andaremos muy equivocados. Su interior, es sin duda, muchísimo más caliente. Si la tierra se calentase hasta alcanzar esas temperaturas—poniéndola, por ejemplo, dentro de la atmósfera solar,—no sólo se achicharrarían todos los seres vivientes, sino que la tierra entera, incluso el agua de los mares y las rocas más duras, quedaría convertida en una masa luminosa de gases incandescentes que despediría luz y calor, como lo hace el propio sol; si bien, debido a su tamaño reducido, esa luz y ese calor se agotarían rápidamente.

EL SOL ES UNA INMENSA HOGUERA QUE ARDE INCESANTEMENTE A 153,000,000 DE KILÓMETROS DE LA TIERRA

Es tan alta la temperatura del sol, que si la de la tierra se elevase gradualmente hasta alcanzarla, llegaría un momento en que todos los compuestos químicos se descompondrían, pues ninguno de ellos puede subsistir a temperaturas como la del sol; toda el agua que hay en la tierra, después de haberse convertido en gas, quedaría reducida al oxígeno e hidrógeno de que se compone; asimismo la arena y las rocas compuestas de silicio oxidado se descompondrían en oxígeno y en el elemento silicio, y estos elementos, como todos los demás, sin exceptuar los metales, existirían en forma de gases sumamente

calientes y de intenso brillo. Este cuadro imaginario nos da una vaga idea de lo que es la composición del sol.

La distancia de la tierra al sol varía ligeramente de un día a otro, puesto que el movimiento de la tierra no es del todo circular, hallándose así más próxima al sol en invierno que en verano. La diferencia, no obstante, siendo muy ligera, la distancia media viene a ser de unos 153,000,000 de kilómetros.

Esta distancia es enorme si se la compara con el tamaño de la tierra, pero resulta insignificante en comparación con la distancia de las demás estrellas.

EL FIN DEL MUNDO VENDRÍA A SER ALGO ASÍ COMO SI SE APAGARA UNA ESTRELLA

Si el sol se alejara de nosotros hasta que por último estuviese tan lejano como la más próxima de las otras estrellas, reinaría en la tierra una noche perpetua no pudiendo subsistir en ella ningún género de vida. Y si, por otra parte, imaginamos que algún hombre pudiese vivir sobre la tierra en tal estado y desde ella pudiese observar el sol, se le ofrecería a la vista como una de tantas estrellas y, por cierto, no de las más brillantes. Por otra parte, si desapareciesen el sol, la tierra y cuanto en sí contienen, el efecto producido en el universo, sería el mismo que si una estrella dejase de brillar.

Quizás se nos ocurra preguntar cómo es posible aplicar la palabra « pequeño » a un astro de las dimensiones del sol. Mas, tengamos en cuenta que las palabras « grande » y « pequeño » no son más que *relativas*; esto es, significan que una cosa es grande o pequeña en comparación con alguna otra. Así, comparada con un átomo resulta enorme la más pequeña de las células vivientes; la tierra, a su vez, es inmensa relativamente al tamaño de nuestros cuerpos, como lo es el sol en comparación con la tierra, o el universo visible, comparado con el sol; y el mismo universo visible, que la luz tarda en atravesar miles de años, no es nada al lado del universo infinito que hay más allá y que escapa a nuestra mirada.

LO QUE VIÓ GALILEO CUANDO OBSERVÓ POR PRIMERA VEZ EL SOL CON SU TELESCOPIO

En el año 1611, descubrió Galileo con la ayuda de su telescopio, que había en el sol unas manchas oscuras, y que estas manchas se movían de una parte a otra de la superficie del sol de un día a otro. Este descubrimiento fué de suma importancia e interés, si bien tuvo consecuencias desastrosas para Galileo. En las obras del gran pensador griego Aristóteles no se encontraba referencia alguna acerca de las manchas del sol, de manera que los poderosos del tiempo de Galileo afirmaron que lo que éste llamaba manchas del sol no eran sino defectos de su vista o de su telescopio; más aún, tal descubrimiento fué considerado como un escarnio al sol, interpretándose en el sentido de que éste no era perfecto—lo cual constituía una afirmación perniciosa. Pero desde los tiempos de Galileo nosotros hemos aprendido a considerar esas manchas como una de las cosas más interesantes que hay en el sol. Cuando aparecen algunas de las mayores todos podemos verlas examinando el disco solar con la ayuda de un cristal ahumado, y si las observamos día tras día, veremos, como lo vió Galileo hace cerca de tres cientos años, que suelen cruzar de parte a parte ese disco, ocultándose finalmente para reaparecer por el lado opuesto.

Notaremos también que, al llegar a proximidad de los bordes, parecen alargarse como si las mirásemos de lado, y esto significa, sin ninguna duda, que el sol da vueltas sobre su eje; una de las cuales, como sabemos, dura algo más de veinticinco días, — es decir, que mientras el sol da una sola vuelta, gira la tierra veinticinco sobre sí misma, aunque no sabemos aún exactamente si son veinticinco o veintisiete. Este movimiento de la tierra sobre sí misma, llamado rotación, origina los días y las noches, pero no altera en nada el aspecto de la superficie solar, a cuyo resplandor debemos la luz del día.

DE QUÉ MODO POR MEDIO DE LAS MANCHAS SOLARES QUEDA DEMOSTRADA LA ROTACIÓN DEL SOL

El estudio de las manchas solares, en lo tocante a su movimiento y a sus cambios de aspecto mientras recorren la superficie del sol, contribuye a demostrar la rotación de este astro. Observamos, en efecto, que dichas manchas cruzan el disco en toda su extensión en doce o trece días y que luego aparecen por el lado opuesto al cabo de doce o trece días más; vemos, además que se mueven siempre en la misma dirección—que corresponde lógicamente a la dirección de la rotación del sol; y finalmente que esta rotación se efectúa en el mismo sentido en que da vueltas la tierra sobre su eje y alrededor del sol—pudiendo decirse lo propio del movimiento de los demás planetas, y del movimiento de la luna alrededor de la tierra. Este hecho importantísimo relativo a los movimientos del sol, de los planetas y de sus lunas, nos inclina a creer, en unión de otros hechos observados, que todos esos astros tienen la misma historia y un origen común, según dijimos en páginas anteriores.

Las manchas solares son visibles solamente en determinados puntos de la superficie del sol: rara vez se las ve junto al ecuador, o línea media del sol, y casi nunca alrededor de los polos. Hay en el sol zonas o bandas que corresponden poco más o menos a lo que en la tierra llamamos zonas templadas, y en esas zonas es donde únicamente se observan con regularidad tales manchas. Este fenómeno se relaciona, naturalmente, con la estructura de las varias partes del sol, pero aun no hemos podido descifrarlo. A veces aparece una mancha cerca del ecuador, y otras veces no muy lejos de los polos; y al comparar las velocidades con que se mueven esas varias manchas, observamos que las más próximas al ecuador tardan menos en dar una vuelta completa alrededor del sol que las próximas a los polos. Si estas manchas pertenecieran a un cuerpo o a una superficie sólida que girase en una sola pieza, como lo hace una peonza, todas darían sus vueltas en el mismo tiempo.

EL MISTERIO DE LAS MANCHAS DEL SOL, ALGUNAS DE LAS CUALES CUBRIRÍAN TODA LA TIERRA

El hecho de que las manchas se muevan con velocidades diferentes no se explica sino suponiendo que las varias partes de la superficie del sol se mueven a su vez con velocidades algo distintas, lo cual puede suceder muy bien tratándose de un cuerpo que no es sólido sino que consiste en gases. El estudio del planeta gigante, Júpiter, nos ha revelado últimamente que las distintas partes de su superficie siguen el movimiento de rotación de un modo independiente unas de otras—lo cual sin duda significa, como en el caso del sol, que la superficie de Júpiter no es sólida sino gaseosa, o quizás en parte líquida y en parte gaseosa.

Las que solemos llamar manchas son por lo regular más oscuras que el resto del sol; habiendo en él otras, y acaso en mayoría, más brillantes que el resto de su superficie. Aun no sabemos positivamente en qué consisten las manchas solares, si bien esperamos averiguarlo en breve mediante el estudio de la composición de la luz que despiden. Hemos de considerar por otra parte que la superficie del sol se compone de gases candentes que llegan hasta una profundidad enorme. Estos gases se hallan en un estado de violenta agitación, según se desprende del estudio del sol por otros procedimientos, y las diversas manchas, oscuras o brillantes, que observamos, pueden ser debidas a la acumulación de ciertos gases en determinadas regiones, o también podrían obedecer a corrientes ascendentes de los gases que provienen de otras regiones más profundas del astro—pero, en realidad, no es posible aún explicarlas. Dámosles el nombre de manchas, aunque esta palabra no sirva para dar idea de sus verdaderas proporciones, pues las hay de tan enorme dimensión que una sola de ellas podría envolver holgadamente dos planetas como el nuestro.



Esta lámina nos da una idea aproximada de la forma y esplendor del gran anillo luminoso que rodea al sol.

DE QUÉ MODO UNA AGUJA IMANADA SIENTE, DESDE LA TIERRA, LOS CAMBIOS QUE TIENEN LUGAR EN EL SOL

Otro hecho que aun no se ha explicado, pero que ofrece muchísimo interés, es la existencia de cierta relación entre las manchas del sol y diversos fenómenos terrestres, especialmente los magnéticos. En efecto, las variaciones que se observan en el magnetismo terrestre corresponden a los cambios en el número y dimensión de las manchas oscuras del sol. Es cosa, en verdad admirable, que esos cambios, sea cual fuere su causa, se reflejen en el movimiento de una aguja imanada. Tal vez no sea exacto decir que las manchas del sol son causa de las variaciones en el magnetismo terrestre; lo más probable es que ocurre en el sol algo que, al par que produce las manchas, altera la calidad de las varias influencias que el mismo ejerce sobre la tierra, ocasionando de este modo perturbaciones magnéticas.

EL ENIGMÁTICO PERÍODO DE ONCE AÑOS, QUE PREOCUPA A LOS ASTRÓNOMOS

Hay algo aun más notable relativo a las manchas del sol, y es que su número y dimensión varían de un año a otro de manera regular. No caben dudas respecto a este hecho, pues las manchas del sol han sido observadas escrupulosamente por espacio de trescientos años, durante los cuales se ha podido observar un aumento y disminución regular en el número y dimensión de las mismas. En efecto, éstas, al finalizar cada período de once años, se presentan en igual número y con la misma extensión, que al principio de dichos períodos, repitiéndose las variaciones con perfecta regularidad. A una serie de cambios verificados en esta forma, se le da el nombre de ciclo, o sea, círculo. Así decimos que las manchas del sol siguen un ciclo de once años, y sean cuales fueren las causas a que obedecen, son un fenómeno que crece y decrece en este espacio de tiempo. Cierto es que no sabemos en qué consisten, pero tal vez ese hecho nos ayude algún día a averiguar lo que ocurre en el interior del sol.

DE QUÉ MODO UN ASTRÓNOMO DESCUBRIÓ EN EL SOL UNA NUEVA CLASE DE LUZ

Sucede, afortunadamente para nosotros, que las distancias y dimensiones respectivas del sol y de la luna son tales que de vez en cuando, al pasar la luna entre la tierra y el sol, se adapta por algunos segundos o minutos tan perfectamente sobre el disco solar visible, que se puede observar todo lo que el sol proyecta por cualquier lado. Es éste un fenómeno admirable que nos revela hechos muy interesantes de la superficie del sol, pero que no es lo suficientemente luminoso comparado con el resplandor del sol para ser observado comúnmente, por el mismo motivo que tampoco lo pueden ser las estrellas durante el día. Sólo pueden ser observados distintamente estos fenómenos, llamados prominencias o protuberancias solares, durante un eclipse total de sol, esto es, cuando el disco solar está cubierto por la luna.

Sin embargo, hace algunos años, el astrónomo inglés, Sir Norman Lockyer, construyó un instrumento mediante el cual los astrónomos pueden ver esas prominencias aun cuando no haya eclipse total de sol. Consisten éstas en grandes masas de gas incandescente. La luz que despiden no es del mismo género que la emitida por la superficie del sol, y el aparato ideado por Sir Norman Lockyer permite a los astrónomos interceptar la luz ordinaria—como lo hace la luna durante los eclipses totales, aunque de un modo muy distinto—y observar separadamente dichas protuberancias que se distinguen por su gran tamaño y su rico color rojo.

LAS LLAMAS GIGANTESCAS QUE CONSUMIRÍAN LA TIERRA

Lo más acertado quizá será considerar esas protuberancias como llamas gigantescas, pues se observa, en efecto, que vacilan al igual que las demás llamas, si bien son tan colosales y es tan grande la distancia a que se hallan de nosotros, que es necesario observar durante muchos minutos, y a veces horas, para poder percibir sus movimientos. Un eclipse total no dura más que contados



La superficie del sol no es lisa como una bola; en todas direcciones brotan llamas, más potentes que las de cualquier foco de calor conocido en la tierra, y bastante grandes para consumir este planeta, según indica la lámina que nos da una idea del tamaño y aspecto de la tierra rodeada de una de esas llamas.

minutos y por consiguiente no hubiera sido nunca posible averiguar lo que sabemos ahora respecto de las prominencias, si los astrónomos no hubiesen dispuesto de medios para observarlas durante horas seguidas. Vese a veces cómo se eleva impetuosamente de la superficie del sol una de esas llamaradas rojas llegando a considerable altura. Por tanto, podemos asegurar que la superficie del sol dista mucho de estar tranquila, sino que, por el contrario, está incesantemente agitada por formidables huracanes de fuego, a tal punto que ninguna tempestad observada en la tierra puede compararse con las que ocurren en el sol, y que son producidas por gases más ardientes que el más encendido horno de cuantos podamos imaginar. Es posible medir la altura que alcanzan con frecuencia esas llamas; algunas tienen diez o más veces el diámetro de la tierra; y hará unos cuarenta años, los astrónomos observaron una que alcanzó, en una o dos horas, la altura de 550,000 kilómetros. Al cabo de algunos minutos más se deshizo esta llama gigantesca, no tardando en desaparecer.

LA ESPLÉNDIDA CORONA DEL SOL, QUE SÓLO SE HA VISTO DURANTE BREVES INSTANTES

Nos formaremos una idea de la fuerza y dimensiones de tal llama al pensar que hubo de brotar de la superficie del sol con una velocidad de ochenta kilómetros por segundo—o sea una velocidad cien veces superior a la del más rápido proyectil disparado por un fusil.

Durante los eclipses observamos que el sol está rodeado de una inmensa corona. La lámina que figura en una de estas páginas nos dará alguna idea de la forma y del esplendor que ostenta ese anillo luminoso que ciñe el disco del sol—ya que es imposible reproducir su magnificencia. Deberíamos no olvidar el aspecto que ofrece el sol durante un eclipse total, y al contemplarlo luego en pleno día, figurarnos cuanto más bello lo encontraríamos si nuestros ojos no se deslumbraran por la luz que despide su superficie y pudiéramos percibir con mirada fija las maravillas que siempre le rodean, hoy invisibles para nosotros.

El sol es, ante todo, origen de calor y luz que no son cosas materiales como los átomos sino ondas en el éter. Últimamente, sin embargo, se han hecho ciertos estudios acerca de lo que producen en la tierra las llamas, los gases incandescentes y hasta los metales sólidos a cierta temperatura; resulta que, como el sol, todos estos cuerpos despiden calor y luz y al mismo tiempo unas partículas de materia eléctrica de las cuales se componen los átomos, y que ahora llamamos electrones.

LAS PARTÍCULAS DE ELECTRICIDAD QUE DESPIDE CONSTANTEMENTE EL SOL

La materia incandescente de que se compone el sol se halla en un estado de violenta y perpetua agitación y despide siempre electrones. Del sol surgen sin cesar, esparciéndose en todas direcciones, no sólo calor y luz, sino también partículas diminutas que cruzan velozmente el espacio, y a las cuales se deben quizás muchos de los fenómenos que ocurren en el sistema planetario. Es posible, por ejemplo, que el hecho de que los cometas aparezcan con cola cuando se aproximan al sol y luego al alejarse de él esa cola vaya delante del cometa en vez de detrás, sea debido a que los electrones procedentes del sol ejerzan sobre la materia más tenue del cometa una fuerza repulsiva, empujándola hacia el lado opuesto.

Ya sabemos que no existen compuestos en el sol, y por qué. Al estudiar la luz del sol, podemos averiguar los principales elementos que contiene, o al menos los contenidos en sus regiones externas. Así, la corona solar parece consistir principalmente en hidrógeno, y según Sir Norman Lockyer, hay en ella otro elemento que no se encuentra actualmente en la tierra y al cual se ha dado el nombre muy apropiado de *coronium*. Está también demostrado que existen más cerca de la superficie en estado gaseoso o solar de vapor muchos elementos conocidos y que se encuentran en nuestros mismos cuerpos—el hidrógeno, el calcio, el magnesio—que pro-

duce una luz tan viva al quemarse,—el sodio y el hierro; y además del hierro otros muchos metales de los que abundan en la tierra.

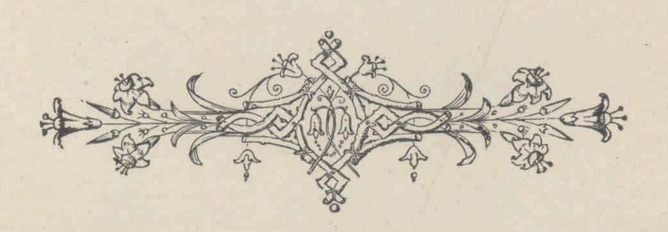
EL SOL ES QUIZÁS UNA ESTRELLA QUE SE HALLA A LA MITAD DEL CAMINO DE SU VIDA

Es conveniente comparar el sol, en lo que se refiera a esos particulares, con las otras estrellas. Sabemos ahora que todas las estrellas, sin exceptuar el sol, tienen una historia, y que no seguirán brillando siempre, sino que han de enfriarse gradualmente. A medida que se enfrían, cambia la composición de su parte exterior, modificándose el carácter de la luz que despiden. Creemos, por lo tanto, que el sol se encuentra poco más o menos en la mitad de su historia como estrella. Durante el período de mayor calor y brillo, o sea, cuando están en su apogeo, las estrellas emiten una luz muy blanca; Sirio es una estrella de esta clase, y es la más brillante de cuantas vemos en el cielo. Es de presumir que luego ocurren cambios en los elementos constitutivos de esas estrellas, cuya temperatura, por decirlo así, es la del blanco candente; al enfriarse, su color se vuelve más amarillento, como el de nuestro sol; y asimismo vemos en el firmamento otras estrellas que podríamos llamar «rojo candentes» cuya composición química—a juzgar por la luz que despiden—es asimismo distinta de la que en la actualidad tiene el sol.

EL MARAVILLOSO PODER QUE EJERCE EL SOL EN NUESTRAS VIDAS

Por cuanto en otro lugar hemos expuesto, podemos afirmar que el sol, los planetas y sus lunas o satélites no son más que fragmentos de un gran todo. Sabido es también que esas partes o fragmentos pierden su calor y se encogen o contraen lentamente. Asimismo, del estudio de las estrellas y de las nebulosas se desprende, por otra parte, lo que debe haber sido la historia de nuestro sol; y si a todo esto se añade la observación de las estrellas de color rojizo, y aun lo poco que sabemos de las oscuras, que nos son invisibles, como también el estudio de nuestra propia tierra—la cual, en realidad, empezó siendo un pequeño sol que luego se ha enfriado rápidamente—podremos conjeturar cuál será el porvenir del astro que nos alumbra.

Mientras tanto, sepamos que el sol es actualmente lo que era cuando por primera vez apareció la vida en la tierra, y lo que deberá seguir siendo mientras perdure esa vida terrestre, esto es, el gran manantial de energía que principalmente en forma de calor y luz, aunque también en alguna otras formas que ahora tan sólo empezamos a conocer, sostiene toda vida. A él, en efecto, se deben las lluvias y los ríos, la belleza y el color de los paisajes, la lozanía de la vegetación, que sostiene mediante la acción de su luz sobre las plantas, proporcionándonos de este modo alimentos indispensables, con lo cual puede decirse que actúa en nuestros mismos músculos cada vez que nos movemos, en nuestros ojos cuando contemplamos los espectáculos de la naturaleza, y por último en nuestro cerebro al esforzarnos por estudiar y comprender tantas maravillas.



VISTA PANORAMICA DEL PARQUE URBANO Y PLAYA RAMIREZ



REPÚBLICA ORIENTAL DEL URUGUAY

RÁPIDA DESCRIPCIÓN GEOGRÁFICA

SOBERBIO, en su enorme silueta de gran trasatlántico, el « Colombia », barco de 12.000 toneladas, enfiló lentamente el canal de entrada del puerto de Montevideo, siguió con ágil maniobra entre los barcos del antepuerto, penetró en la dársena y, sacudiendo ruidosamente sus poderosas hélices, se acercó al malecón, recostándose suavemente a la muralla, después de colocar las defensas para evitar los choques con los costados del barco.

Después de visitada la nave por las autoridades y permitidas las operaciones, descendieron los pasajeros y, entre ellos, el joven norteamericano Guillermo Poe, que acababa de doctorarse en la Universidad de Harvard y que, así por indicación de su familia como por propia inclinación, completaba su instrucción profesional superior, viajando por la América del Sud y llegando a la República Oriental del Uruguay, después de recorrer el Brasil.

Voy a transmitir aquí las impresiones del joven Poe, revelando un fragmento de su diario de viaje, que me dió su autor, autorizándome luego a publicarlo, si lo creía de alguna utilidad.

Dice así ese fragmento: « Llegué a Montevideo, capital de la República Oriental del Uruguay, en el vapor « Colombia », primero de una compañía norteamericana que se proponía desarrollar las relaciones comerciales entre el Norte y el Sud de América.»

La República nombrada, está situada al S.E. de la zona templada de la América Meridional, entre los 56 y 60 grados de longitud occidental del meridiano de París, 53 y 59 del meridiano de Greenwich, y entre los 30 y 35 de latitud Sud, con una superficie total de 186.920 kilómetros cuadrados. Confina con el Brasil, por el Norte y Noroeste; con el Río de la Plata, por el Sur; con el Atlántico, por el S.E., y con la República Argentina por el Oeste.

Confieso que me siento un tanto emocionado al bajar del vapor, pues conozco muy vagamente esta República, que se me ha presentado como

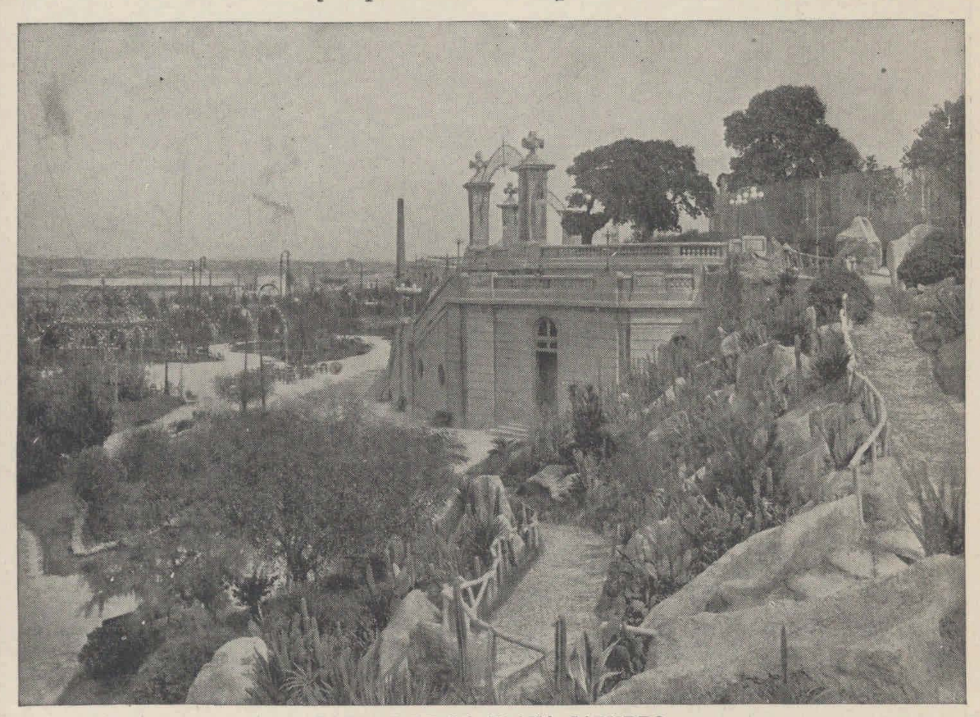
muy distante de ser un país adelantado, y nada sé de esta capital, Montevideo, que veo por primera vez; pero que me impresiona agradablemente. Desde algunas horas antes de acercarnos al puerto, se presenta extendida sobre el Plata, en cuya desembocadura, amplia y soberbia como un mar, está ubicada la ciudad; a nuestra izquierda, al enfilar el puerto, en una punta que se prolonga hacia el Oeste, se levanta una colina pedregosa que se llama el Cerro de Montevideo, y, desde esa punta hasta el puerto, se extiende en anfiteatro una inmensa playa, en cuyo fondo, sin solución de continuidad casi, se suceden grandes edificios industriales, moradas particulares, *chalets* de recreo y espesas arboledas. El puerto es bello y animado, no acaso excesivamente amplio, pues se trata de corregir esta deficiencia ensanchándolo; pero el hecho de atracar a sus muelles un vapor como el « Colombia », que cala ocho metros, prueba que su profundidad llena las comunes necesidades comerciales. Desciendo del vapor y, tras breve revisación de mi equipaje, acepto los ofrecimientos de un mandadero que me describe las excelencias del hotel que representa, y allí me dirijo en un auto del mismo. El hotel en cuestión es bastante cómodo y suficientemente confortable; dejo mis maletas en el cuarto que se me destina, me baño rápidamente, y, en un elegante auto Renault, que alquilo, me lanzo a recorrer la ciudad. Montevideo es una hermosa capital de más de 364.000 habitantes, cifra que parece más elevada recordando que la población total de la República es de 1.316.000 habitantes. La ciudad forma una pequeña península, rodeada al Norte, Oeste y Sud por el Río de la Plata—que por el majestuoso caudal de sus aguas y su salsedumbre, parece un verdadero mar,—y se une sólo por el Este al interior de la República. Esta situación hace de Montevideo una ciudad balnearia ideal, pues aparte de que toda la costa ofrece cómodo acceso a los bañistas, tiene las playas de Ramírez, Pocitos, Buceo, y Carrasco, unidas las tres primeras al



VISTA PARCIAL DE LA BAHÍA DE MONTEVIDEO

centro de la ciudad por tranvías eléctricos excelentes, que hacen su trayecto entre quince y veinte minutos, y la última, más distante que las anteriores, estará unida en breve a la ciudad por otros dos tranvías, una de cuyas líneas está ya trazada.

Estas playas están al Sur; por el Norte tenemos la playa de Capurro, desde la cual la ciudad de Montevideo ofrece las más soberbias perspectivas.



PARQUE DE LA PLAYA CAPURRO

Todos estos sitios son muy concurridos en verano, así por los uruguayos, como por los argentinos y los brasileños, que acuden todos los años a gozar de las frescas brisas de esas playas realmente deliciosas. Pocitos tiene una *Rambla* que la une a Ramírez en una extensión de más de 4.600 metros, la que forma una amplia Avenida sobre el mar, con focos eléctricos que le dan un aspecto fantástico, donde se reune una sociedad selecta y elegante, por la mañana, en la tarde y en la noche, en que hay muy buena música.

Montevideo es una gran ciudad veraniega, por sus playas, que la rodean con una cintura de blanca arena, sus calles amplias, sombreadas por grandes plátanos, y por sus paseos. El Prado, a cinco kilómetros del Centro, con setenta y ocho hectáreas cubiertas de magníficas arboledas, de jardines floridos, y con un *Rosarium* en que se exhiben por centenares los ejemplares más diversos de rosas y claveles; el Parque Urbano, a tres kilómetros del Centro y unido a la playa de Ramírez, tiene más de ciento veinte hectáreas de superficie, y está lleno de fuentes, lagos, chalets, pabellones diversos, y un amplísimo hotel; el Parque Central, que se construye actualmente, con cincuenta y tres hectáreas, proyectado por un arquitecto paisajista, estará lleno de atractivos. Hay, además, numerosas plazas y plazuelas diseminadas en toda la ciudad, y ésta tiene el Boulevard Artigas, que la divide de Norte a Sud y que forma una amplia avenida de cincuenta metros de ancho, con jardines centrales y

CORSO EN EL PARQUE URBANO, DURANTE LAS FIESTAS DEL CARNAVAL

RAMBLA Y PLAYA DE POCITOS

arboleda lateral que sombrea los chalets que se levantan a sus costados, construídos todos dentro de líneas generales de común altura y de solidaridad decorativa. Todo esto pasa como un ensueño ante los cristales de mi auto, que se detiene cuando me atrae un paisaje, un edificio, un monumento; me siento hondamente impresionado por la forma amable con que acoge todo el mundo mis preguntas, y se me suministran todos los datos que pido, con comentarios aclaratorios.

Es indudable que es este un pueblo cultísimo, y corroboro esta opinión, cuando al pasar por dos grandes edificios muy elegantes se me dice que son dos escuelas públicas, de las que hay más de cien en la ciudad y sus alrededores, con una inscripción de 32.500 alumnos, y mil once escuelas autorizadas en toda la República, con una inscripción total de 94.900 alumnos. Y no es sólo esto, pues veo además un magnífico edificio donde está instalada la Facultad de Medicina, con amplias y lujosas reparticiones; en otro, la Facultad de Derecho, donde también funciona una Escuela Superior de Comercio; en otro, la Facultad de Matemáticas, que es una Escuela de Ingeniería, y otro que es la Facultad de Enseñanza Secundaria, intermedia entre la primaria preparatoria y la profesional o superior; hay otra escuela, con el mismo programa, dedicada exclusivamente para mujeres. Fuera de esto existen, también, las Escuelas Superiores de Agronomía y Veterinaria, la Escuela Nacional de Artes y Oficios, el Instituto N. de Sordo-Mudos y el de Ciegos. Esto es en la capital solamente; pero como la República se divide en diez y nueve circunscripciones o departamentos, incluso el de la capital, hay diez y ocho liceos que funcionan fuera de ésta, o sea, diez y ocho facultades de enseñanza secundaria. En Montevideo hay, además, dos Institutos o Escuelas Normales, uno para señoritas, con 232 alumnas maestras, y otro para varones, con 58 alumnos, y seis Institutos más en otros



VISTA INTERIOR DEL PRADO—MONTEVIDEO

FIESTAS CARNAVALESCAS E INFANTILES

1. Carro alegórico «Tango», y mascaradas. (Carnaval montevideano de 1915.)—2. Máscaras sueltas.—3. Carro alegórico «Arlequín».—4. Concurso de construcciones de arena, en la playa de Pocitos. (Fiestas de Verano de 1915.)—5 y 6. Otro concurso de construcciones de arena, en la playa de Capurro.

JARDÍN DE INFANTES—MONTEVIDEO

ESCUELA DE SEGUNDO GRADO, No. 17—POCITOS—MONTEVIDEO

tantos departamentos, que funcionan con clases mixtas.

Cuando compruebo estos datos, me doy cuenta de la ignorancia en que se vive en el extranjero sobre estos países, y comprendo toda la importancia trascendental de los viajes, que permiten rectificar por uno mismo estos errores, purificando las fuentes de nuestros conocimientos; debido a mi viaje sé ahora que este país, que miraba con desconfianza, casi con antipatía, desde lejos, se transforma rápidamente a mis ojos; es bello, pintoresco, rico, industrioso, sumamente culto y patriota; su clima es suave, su cielo es profundamente azul, y los meses se suceden con un firmamento despejado, que anima a trabajar, y las brisas frescas de su gran río higienizan el ambiente de esta maravillosa ciudad, edificada sobre una colina cuya cima forma algo así como su columna vertebral, circunstancia a la cual debe que baste una lluvia de algunas horas, para dejarla limpia y reluciente, como si fuera una ciudad holandesa.



Iglesia matriz de Montevideo—uno de los más bellos templos de Sudamérica.

Al volver al hotel me siento dominado por un apetito juvenil; como en un elegante comedor que tiene vistas a la playa, y desde mi mesa veo un desfile de damas elegantes y bellas. El deseo de conocer más de cerca esta sociedad, me lleva a su primer teatro, llamado de Solís, en recuerdo del descubridor del Río de la Plata, y me encuentro en una sala amplia y lujosa donde canta Titta Ruffo el «Amleto», en la forma admirable que sabe hacerlo, ante un público selecto y distinguido.

Me siento encantado y con tendencias a quedarme aquí algunas semanas; pero recuerdo que no dispongo de un tiempo ilimitado y que la República no se circunscribe a Montevideo, por lo que me resuelvo a emprender mi jira departamental, prometiéndome iniciar mi viaje al día siguiente. En efecto, al caer la noche, me dirijo a la Estación del Ferrocarril Central del Uruguay, soberbia y elegante construcción que es la sede de una importante empresa británica que representa más de cuarenta millones de pesos de capital invertido, y cuyas líneas llegan a casi todo el país, siendo, de éstas, unas propias, otras arrendadas y otras que dependen de ella por convenios especiales.

Tomo el tren nocturno de Rivera, de aceptable comodidad, deplorando que el poco tiempo de que dispongo y los horarios vigentes del ferrocarril, no me permiten hacer este viaje de día; pero trataré de subsanar estos inconvenientes, con informaciones autorizadas.

El tren parte; se detiene con frecuencia en los pueblos o villas de los alrededores, y así van sucediéndose:

ESCUELA DE SEGUNDO GRADO, No. 21—REDUCTO—MONTEVIDEO

ESCUELA DE PRIMER GRADO, No. 4—EN LA CALLE DE MALDONADO—MONTEVIDEO

Bella Vista, Paso del Molino, Sayago, Colón, La Paz, localidades que adivino por sus luces, que pasan rápidas como luciérnagas. Con el último pueblo empieza el Departamento de Canelones, al que corresponde también Las Piedras, linda localidad llena de arboledas, granjas y viñedos; viene luego Guadalupe, capital del departamento, que es esencialmente agrícola, con una población de más de noventa mil habitantes, una superficie de 4.752 kilómetros cuadrados, y con numerosos pueblos, además de los nombrados, que son: Santa Lucía, muy bello por su río, sus grandes arboledas y su soberbio puente del ferrocarril; Pando, notable por su pintoresco arroyo de márgenes hojosas; Sauce, San Ramón, Santa Rosa, Tala, Migues, Mosquitos, San Antonio, Bolívar, San Jacinto, San Bautista y San Rafael, localidades más pequeñas.

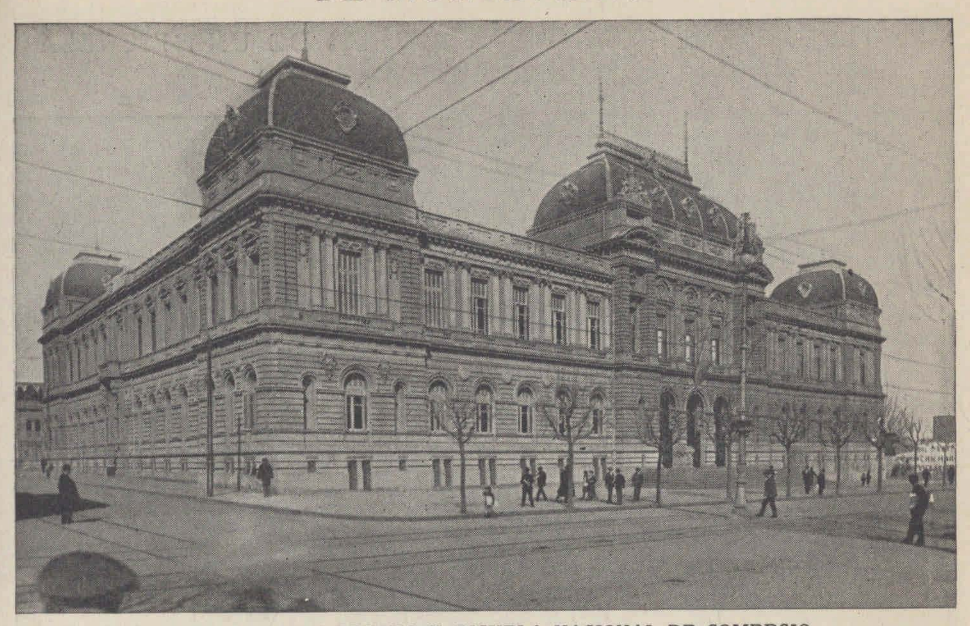
Más lejos empieza el Departamento de Florida, con 45.000 habitantes y 12.107 kilómetros cuadrados, dedicados en su mayor parte a la ganadería. Abundan en este departamento las canteras de granito, que han dado origen a una industria remuneradora. Es reducida aquí la agricultura, si bien hay viñedos, de los que se saca un vino excelente. El Departamento de Florida está especialmente vinculado a la historia uruguaya, pues en un paraje de los alrededores de su capital, llamado la Piedra Alta, fué proclamada la independencia del país, y en la plaza principal existe un sencillo pero elegante monumento que conmemora ese hecho.



ESTACIÓN DEL FERROCARRIL CENTRAL DEL URUGUAY—MONTEVIDEO

Más allá de Florida empieza Durazno, cuya capital, que lleva el mismo nombre, está en el mismo centro de la República; tiene este departamento una superficie de 14.315 kilómetros cuadrados, y 42.300 habitantes, y en él, como en el anterior, predomina la ganadería. La capital es una bonita ciudad, y próximo a ella, sobre el Río Yi, hay un soberbio puente de más de 600 metros, construído por la empresa del ferrocarril en que viajo. Poco después llegamos al Paso de los

ENSEÑANZA SUPERIOR URUGUAYA—UNIVERSIDAD DE MONTEVIDEO



FACULTAD DE DERECHO Y ESCUELA NACIONAL DE COMERCIO

FACULTAD DE MEDICINA



LA INSTRUCCIÓN PÚBLICA EN EL URUGUAY

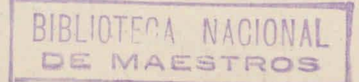
VISTAS DEL INTERIOR DE DOS AULAS DE UNA ESCUELA PRIMARIA DE MONTEVIDEO



LECCIÓN DE GEOMETRÍA



CLASE DE COSTURA

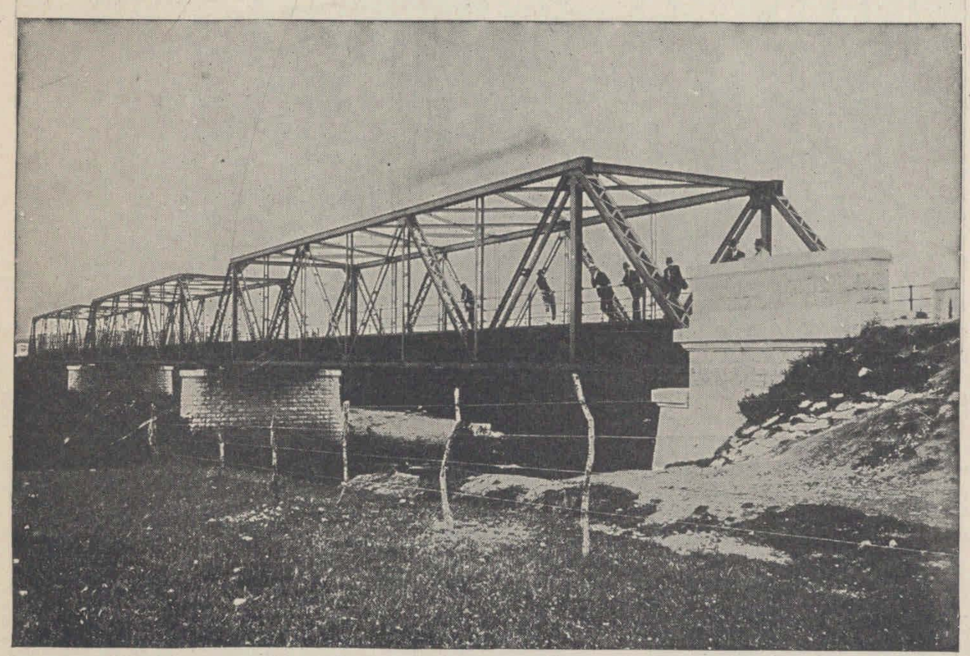


ENSEÑANZA SECUNDARIA, PREPARATORIA Y AGRONÓMICA

FACULTAD DE ENSEÑANZA SECUNDARIA Y PREPARATORIA (UNIVERSIDAD DE MONTEVIDEO)

INSTITUTO DE AGRONOMÍA—SAYAGO—DEPARTAMENTO DE MONTEVIDEO

Toros, sobre el Río Negro, que pertenece ya a Tacuarembó, departamento de 21.022 kilómetros cuadrados de superficie y 46.900 habitantes. El Paso de los Toros es una admirable localidad, por su situación, pues en ella se cruzan los trenes que vienen de Rivera y los que llegan del Salto. Titubeo un momento sobre el rumbo que debo seguir, y para resolverlo, bajo del vagón, arranco una hoja de mi cartera y la entrego al viento. El papel revolotea un rato; después, a impulsos de una ráfaga más acentuada, se dirige hacia el Norte, sobre la vía del tren a Rivera. No dudo más, y tomo mi resolución: iré hasta Rivera, y a la vuelta seguiré la otra vía, para retornar por el Uruguay. Continuamos la marcha rápidamente hacia la capital, Tacuarembó, por campos muy accidentados y pintorescos, cortados por serranías no muy elevadas, pero bellísimas. El Valle Edén, maravillosa explosión de vegetación exuberante, asombra al viajero con la exhibición de un paisaje soberbio, en que se muestran, en una armonía grandiosa, todos los matices del verde y todas las galas de la Naturaleza. Desde aquí a Rivera, o sea la frontera con el vecino Estado de Río Grande del Sur, en el Brasil, continúa más o menos acentuadamente la región quebrada, colinas y cerros pedregosos que dan al paisaje notas pintorescas y bellas perspectivas. Rivera, cuya capital, del mismo nombre, está situada frente a Santa Ana do Livramento en el Brasil, tiene una superficie de 9.821 kilómetros y 35.600 habitantes; es muy comercial, por su situación fronteriza en la ruta de un intercambio intenso entre los dos países, y si bien predomina allí la ganadería, hay una activa labor minera, que acrecerá seguramente a medida que se conozcan más en el Exterior esas riquezas, en gran parte inexplotadas. Paso un día en esta ciudad, visitando los alrededores, muy accidentados por los cerros y colinas que limitan la población y su Avenida Sarandí, con sus hermosos plátanos gigantescos, y, como es estación terminal, vuelvo, con el tren en que llegué, hasta el Paso de los Toros, donde me traslado al Ferrocarril Mid-



PUENTE SOBRE EL RÍO YI—DEPARTAMENTOS DE DURAZNO Y FLORIDA

land, que me llevará al Departamento del Salto.

Atravesamos el Departamento de Río Negro sin ver su capital, que no está sobre la línea que recorro, y que veré al volver por el Uruguay. Es ésta, como la mayoría del país, una zona principalmente ganadera, ocupada en su mayor extensión por capitalistas acaudalados, y que por el Saladero Liebig, de que hablaré después, es un elocuente exponente de riqueza industrial. Río Negro tiene una superficie de 8.741 kilómetros cuadrados, y 20.000 habitantes, y en él se ha fundado hace poco una colonia rusa, ya floreciente. Cruzando rápidamente las campiñas onduladas, que parecen ser la característica de las zonas rurales de este país, llegamos a Paysandú—que tiene una superficie de 13.252 kilómetros cuadrados, y 40.000 habitantes, y donde se dividen la tierra la ganadería y la agricultura,—circunscripción rica y progresista, cuya capital sostiene con Europa y Norte América un extenso e importante comercio directo, que impulsa prodigiosamente su prosperidad, la que se acentuará, sin duda, cuando se concluya la proyectada ampliación de su puerto, obra ya iniciada, y se ligue por ferrocarril directo este departamento con Rivera, es decir, con la frontera del Brasil, que abrirá a su comercio una arteria nueva y poderosa, proyecto también en vías de realización. La capital de Paysandú está muy adelantada, y su población es cultísima. En el puerto llamó mi atención la barraca Hufnagel y Plottier, importantísimo centro de negocios con el mundo entero, y que fué fundada en gran parte con capitales norteamericanos.

Otra vez al tren, y en marcha hacia el Salto. Este departamento pretende ser el primero después de la Capital, no por su superficie, que es de 12.602 kilómetros, ni por sus habitantes, que alcanzan a 50.000—cifras en que es superado por otros departamentos,—sino por la belleza y el lujo de su capital, por el valor de los establecimientos ganaderos, poseídos en gran parte por acaudalados capitalistas, que pueden con amplios recursos perfeccionar sus ganados. En su capital, donde gran parte de esos capitalistas tienen grandes mansiones señoriales, hay hermosas avenidas, tranvía, y soberbia iluminación eléctrica, que, por otra parte, también existe en todas las capitales departamentales.

Un gran astillero que allí posee la compañía Mihanovich, da gran movimiento industrial a la ciudad. Desde el Salto tomo el Ferrocarril Noroeste del Uruguay que, atravesando su campaña, me lleva a Santa Rosa del Cuareim, pintoresca ciudad del Departamento de Artigas, en la confluencia de aquel río con el Uruguay; la otra ciudad, o sea su capital, es San Eugenio, sobre el Cuareim, que la separa del Brasil, y a la que se llega por el Ferrocarril Norte del Uruguay. Tiene este departamento una superficie de 11.380 kilómetros, y 28.000 habitantes, y contiene grandes riquezas mineralógicas, casi inexplotadas. Vuelvo al Salto, de retorno, y allí me embarco en un cómodo vapor de la Compañía Mihanovich, de los que surcan este majestuoso Río Uruguay, de inmenso caudal de aguas, y de poéticas orillas, en que se alternan las ciudades, las estancias, los palmares, y esa vegetación espesa y múltiple de los ríos gigantescos de este país. Surcando sus aguas, veo de nuevo a Paysandú desde el río, y saludo al pasar la ciudad heroica de leyendas batalladoras; algunas horas después se me presenta Fray Bentos, capital de Río Negro, pintorescamente situada sobre el Uruguay, y desciendo para visitar el Saladero Liebig, que es una inmensa fábrica de extracto de carne, donde se prepara un promedio anual de más de 135.000 novillos, pues desde 1865, en que se fundó, hasta 1902, se sacrificaron cinco millones de reses vacunas, que costaron sesenta y dos millones de pesos oro, o sea, algo más de 310.000.000 de francos. Este establecimiento da trabajo a más de mil empleados, y atracan a sus muelles,

a cargar los productos que elabora, más de treinta buques anuales, circunstancias que señalan elocuentemente cuál será su influencia en esa zona.

Ya en tierra, me invitan a visitar Mercedes, capital de Soriano, departamento que tiene 9.224 kilómetros de superficie, y en el que es fama se contienen las regiones más fértiles del país; su población pasa de 41.000 habitantes, y en esa hermosa ciudad de Mercedes, que visito con placer, cuentan que moran acaso las más bellas uruguayas de todo el país, y eso que en todo él predomina indiscutiblemente la belleza femenina.

Aprovechando el paso de un vapor que va a la Colonia, subo en uno más pequeño que navega el Río Negro, saliendo al Uruguay por la boca del Yaguarí, y en el que se hacen regularmente los trasbordos, llegando poco después al barco en que debo continuar mi viaje. Colonia, capital del departamento del mismo nombre, se parece bastante, en punto menor, naturalmente, a Montevideo, siendo de muy antigua fundación colonial y de largo abolengo histórico, por lo que tiene a este respecto un orgullo muy visible y humano. La superficie del Departamento de Colonia es de 5.682 kilómetros, en los que hay zonas de extraordinaria fertilidad dedicadas a la agricultura, y poblaciones industriosas y florecientes, como Nueva Palmira, Carmelo, Rosario, Sauce, Colonias Valdense, Suiza y Española, y en el que funcionan fábricas de tejidos e hilados, de manteca y quesos, etc., y se explotan grandes canteras de granito, que constituyen, con la arena, el objeto de una exportación intensa y constante para la República Argentina.

Colonia cuenta con una población de 57.000 habitantes, que acrece cada día.

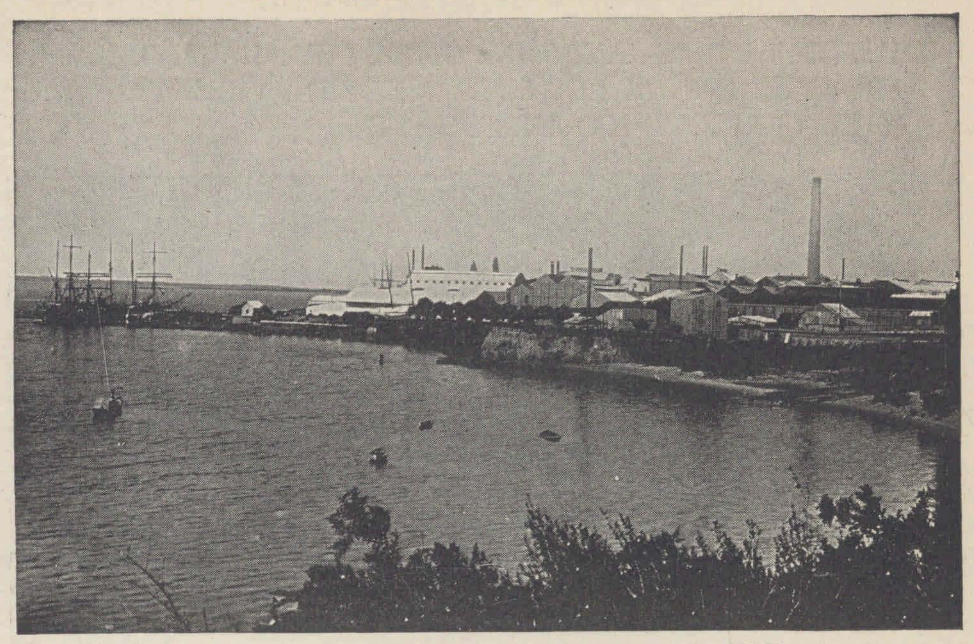
Siguiendo mi jira me dirijo por ferrocarril a San José, departamento limítrofe con el anterior, con una superficie de 6.962 kilómetros, y 49.000 habitantes; su capital es una ciudad bella y muy poblada, con calles amplias, y una sociedad cultísima y elegante; es departamento comprendido en la zona agrícola del Uruguay.

Al volver de San José, desciendo en Sayago y tomo el tren de Minas, adonde llego después de un viaje lleno de atractivos, por la variada sucesión de paisajes que desfilan ante mis ojos. Tiene Minas 12.498 kilómetros de superficie, y una población de 53.000 habitantes, siendo su suelo de los más quebrados de la República, caracterizándose por sus riquezas mineralógicas, y por la pureza de las aguas de sus serranías, entre las que sobresale la de la «Fuente del Puma», que ha dado margen a una industria floreciente. Dejando a Minas, quiero visitar a Rocha, utilizando la diligencia que une a ambos departamentos, y que está a punto de desaparecer, vencida por el ferrocarril, y me decido por este medio de locomoción, rehusando un automóvil que hace el mismo servicio por mejor ruta, porque deseo conocerlo todo por mí mismo.

Confieso que el viaje es penoso, incómodo, poco agradable, por las oscilaciones violentas del vehículo y la aglomeración de pasajeros, no siempre selectos, hacinados en un lugar estrecho y poco ventilado; decididamente, no viajaré más en diligencia, y me felicito de que tal medio de transporte se pierda entre los recuerdos del pasado. Rocha es un departamento muy simpático, por la cultura de sus habitantes, y por los recuerdos de la dominación española que conserva en su seno.

Su superficie es de 11.089 kilómetros, en los que hay muchos bañados que se trata de desecar y que constituyen una hermosa esperanza para la agricultura, de un porvenir próximo; sus habitantes pasan de 37.000. Cuando la red de ferrocarriles en construcción, y en vías de ello, llegue a su capital, y pueda económicamente transportar los productos de su suelo al Puerto de la Paloma, sobre el Atlántico, su progreso rápido estará asegurado, y lo merece, pues es este departamento uno de los que con más energía ha

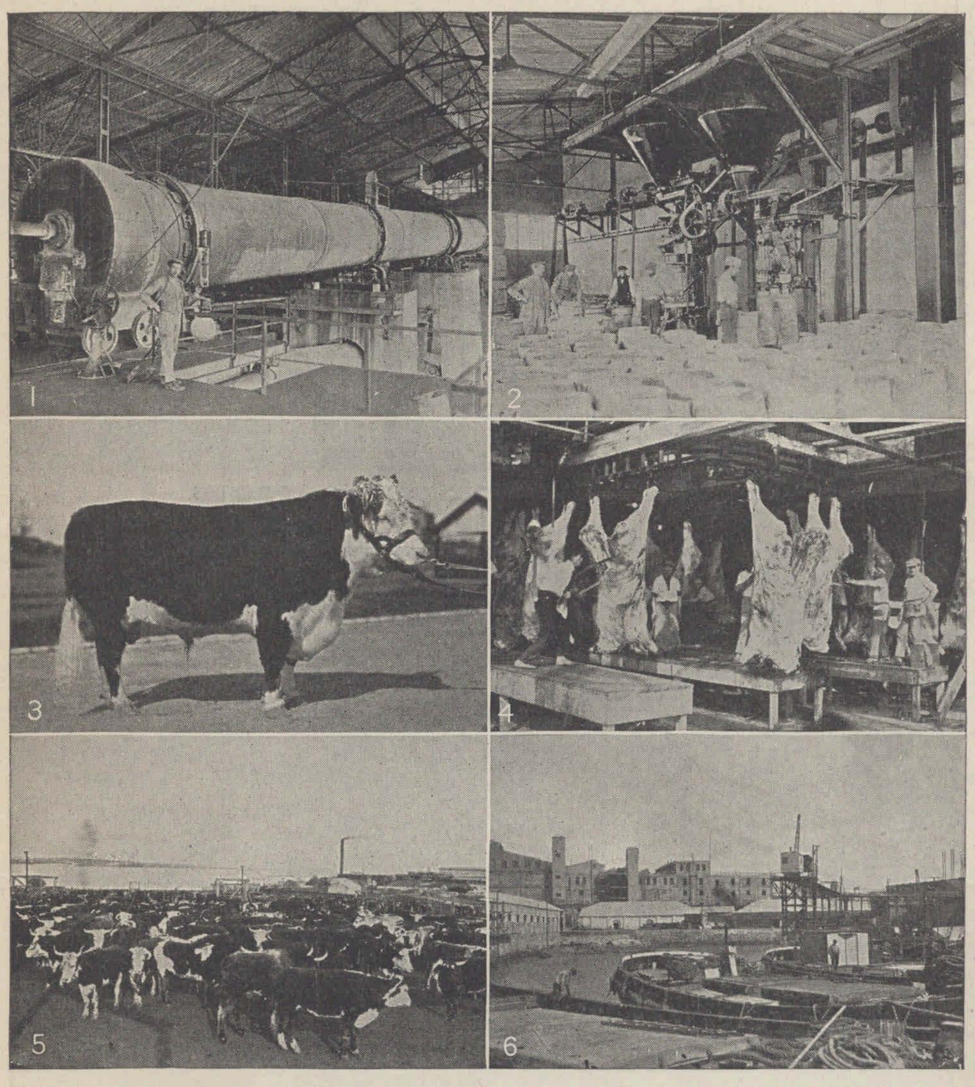
EL SALADERO LIEBIG



VISTA GENERAL DEL ESTABLECIMIENTO—FRAY BENTOS

DEPARTAMENTO DE ENVASE DE LENGUAS

INDUSTRIAS URUGUAYAS IMPORTANTES: LA FÁBRICA DE «PORTLAND» DE LOS SRES. METZEN, VICENTE Y CÍA., Y EL «FRIGORÍFICO URUGUAYO»



1. Horno rotatorio, de 280.000 kilogramos de peso y 45 metros de largo, de la fábrica de « Portland » de Metzen, Vicente y Cía., en Sayago.—2. Departamento de ensaque de la misma fábrica.—3. Toro Hereford « Laurel » (ganador de varios premios importantes), criado por los Sres. José Elorza e hijo.—4. « Faena » de animales, en el Frigorífico Uruguayo, situado en la Villa del Cerro.—5. Vista de los « bretes » y el establecimiento del Frigorífico.—6. Otra vista del mismo establecimiento y de su muelle de embarque y desembarque.

defendido siempre la pureza del sufragio, como fundamento de las instituciones republicanas. El tiempo de que dispongo se va, y tengo que aprovecharlo, por lo que tomo el automóvil que hace la carrera a San Carlos, ciudad de Maldonado, departamento célebre por su puerto ya histórico, cuya importancia vieron desde el primer momento los españoles, y en el cual se encuentran las playas más hermosas de esta República, que se distingue precisamente por sus playas. Se ha creado aquí un pueblo fantástico, que se llama Piriápolis, fundado sobre los antiguos médanos enormes y desiertos, transformados hoy en bellísima población, con hoteles lujosos, chalets de recreo y una rambla soberbia sobre una espléndida playa, que besan amorosamente las verdes olas del mar; y en el fondo, las sierras cubiertas de bosques soberbios, que cuentan sus árboles por millones. Hay otro pueblo ideal en Punta del Este, adonde acuden los forasteros por centenares durante la época de baños; y está también Punta Ballena, otro sitio ideal, con millones de árboles florestales y frutales, y con flores y aves maravillosas, de todos los climas y colores. Maldonado tiene una superficie de 4.106 kilómetros; está lleno de sierras, unas pedregosas y estériles, otras fértiles, que forman el escenario obligado de un futuro Edén, y su población, hoy de más de 32.000 habitantes, está destinada a duplicarse en breve. Vuelvo a Montevideo embarcado, para conocer este trayecto fluvial, que no había recorrido, y tengo ocasión de presenciar una tormenta del Río de la Plata, majestuoso en la bonanza y formidable en la tempestad.

Desembarco sin tropiezo y me propongo tomar un día de descanso, para visitar luego los departamentos de Cerro Largo y Treinta y Tres, aprovechando el tren que sale al día siguiente; pero utilizo el tiempo visitando el Cerro de Montevideo, donde se han reunido numerosos saladeros que se ocupan en la conservación de carnes por la sal, habiéndose fundado en los últimos años dos poderosos establecimientos frigoríficos, «Uruguayo» y «Montevideo», dedicados a la conservación y exportación por el frío. Al día siguiente emprendo viaje a Cerro Largo, usando el ferrocarril prolongado hasta allí desde hace poco tiempo, circunstancia que ha dado a esa zona, ya muy comercial, un movimiento extraordinario. Cerro Largo es el segundo de los departamentos en extensión, después de Tacuarembó, pues tiene 14.904 kilómetros, en cuya extensión hay valiosos establecimientos de ganadería, y regiones de notable fertilidad; su población es de 47.000 habitantes, y Melo, su capital, es una ciudad culta y muy comercial, que ha progresado extraordinariamente en todos sentidos desde hace algunos años, o sea, desde la llegada hasta ella del ferrocarril.

Retorno con el tren que vuelve, y bajo en Nico Pérez, donde tomo el que va a Treinta y Tres. Es este un departamento de 30.000 habitantes y una superficie de 9.550 kilómetros cuadrados; tiene excelentes tierras para agricultura, que se ha iniciado después que el ferrocarril ha llevado sus líneas hasta su capital, donde por este motivo son evidentes sus progresos.

Sólo me falta recorrer el Departamento de Flores, que en breve estará unido a la red ferroviaria del Uruguay; pero al que hay que ir hoy en diligencia desde el Durazno, y me falta tiempo y ocasión para ello. Consignaré, pues, rápidamente, que tiene 18.000 habitantes y una superficie de 4.519 kilómetros cuadrados, y que predomina en él la ganadería.

He visitado rápida, pero concienzudamente, el país, y aunque se me escapen los detalles, puedo hacer una recapitulación provechosa para mi memoria, y para los que pasen por él después de leerme.

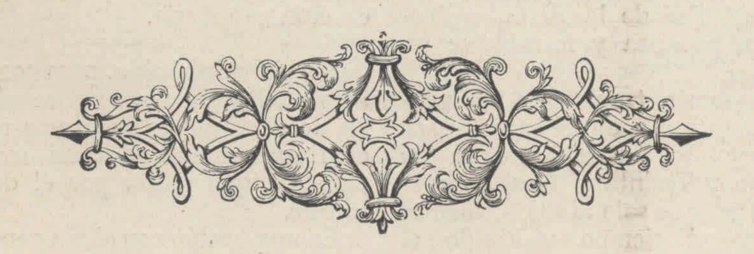
Es una nación con clima generalmente templado y suave, y naturalmente higiénico, con playas insuperablemente bellas, con un suelo lo suficientemente

ondulado para dar perspectivas pintorescas al paisaje, sin tener alturas ásperas o excesivamente elevadas, que lo dividan totalmente; tiene una copiosa red hidrográfica, que asegura la circulación económica y facilita la implantación de la agricultura intensiva, con reducidos capitales, pues posee los elementos de los canales de irrigación, en los numerosos ríos y arroyos que riegan su territorio. Esto respecto al suelo; respecto al trabajo del hombre, tenemos ahora: que todas las capitales departamentales y algunas otras ciudades de los departamentos, están iluminadas con luz eléctrica; que en todos hay teatros, liceos de enseñanza secundaria, ocho institutos normales para formación de maestros, numerosas escuelas primarias, institutos para ciegos, sordo-mudos, cursos de adultos, comunes y profesionales, para hombres y mujeres, escuelas de derecho, medicina, ingeniería, superior de comercio, de agronomía, veterinaria, de artes y oficios, hospitales gratuitos para adultos y niños, y casa de maternidad, juzgados y tribunales de derecho, de primera, segunda y tercera instancia, además de la numerosa justicia de paz, un completo servicio de asistencia pública, en todas sus manifestaciones, ateneos científicos y literarios en tres departamentos, una legislación civil adelantada, abolida la pena de muerte, consagrada la libertad de cultos, y rigiendo en materia de educación común la enseñanza laica, obligatoria y gratuita...

Considerado desde otro punto de vista, este país, principalmente ganadero (según he dejado consignado), presenta ganados bovino, equino, ovino, mular, cabrío, porcino, que llegan a una cifra total de 40.000.000, y ganados que en gran parte están refinados, si bien en distinto grado de mestización; esos ganados se destribuyen en 22.674 estancias o establecimientos ganaderos, que ocupan una superficie de 14.515.104 hectáreas. Esto en lo que se refiere a la ganadería; respecto ahora a la agricultura, según datos de 1906–1907, se sembraron 288.193 hectáreas de trigo, lino, avena, cebada y alpiste, que dieron un total de 213.770 toneladas de cereales; fuera de esto, se sembraron también 2.262.790 kilógramos de maíz en 1905–1906, en un total de 166.361 hectáreas, que dieron 81.952.339 kilogramos. La viticultura, además, y la vinicultura, que es su natural consecuencia, constituyen un renglón de cierta importancia en la producción del país, al lado de otros más secundarios, como el tabaco, el algodón, etc.

Me detengo un rato a meditar sobre todo esto, y me sonrío a mí mismo, recordando que en este país de *salvajes*, que venía a visitar con curiosidad irónica, no he visto un solo indígena verdadero, y escasos descendientes de africanos, y me pregunto:

¿No se impone la comprobación personal de todos esas informaciones gratuitas, que corren por el mundo, así de los hombres como de los pueblos?



Cosas que debemos saber

LO QUE NOS ENSEÑA ESTE CAPÍTULO

POR una de las calles de una gran ciudad, cruzaba en cierta ocasión una elegante dama con un paquete en la mano. Un costoso abrigo de pieles realzaba su belleza peregrina. Penetró en una casa, y encaminó sus pasos a una habitación donde había acostada una niña, cuyos ojos brillaron de alegría al reconocer a la señora. Tendióle ruborosa los brazos, dando muestras de gran júbilo; mas, sus labios sonrientes permanecieron mudos de emoción.

—Emilia—dijo la dama—te he traído una muñeca;—y depositó el paquete encima de la cama.

—¡Qué hermoso abrigo! ¡qué suave!—exclamó la niña, apoyando sus rosadas mejillas sobre la finísima piel que abrigaba a la bella visitante.

—¿Quieres que te cuente la historia de este abrigo que tanto te gusta?—preguntóle la señora.—Porque has de saber, Emilia, que todas las cosas de este mundo tienen su historia, y la de este abrigo es muy interesante. Voy a referírtela antes de deshacer el paquete.

HISTORIA DE UN ABRIGO DE PIELES

HACE ya mucho tiempo, pensó un hombre que era muy natural que los habitantes de países fríos necesitaran abrigos, y discurrió que, quitándoles las pieles a ciertos animales salvajes y remitiéndoselas después a los habitantes de esos países, podría ganar dinero para atender a las necesidades de su mujer y de sus hijos. Los animales cuyas pieles dan más abrigo, son los que moran en países tan extraordinariamente fríos, que la vida se hace en ellos punto menos que imposible. Y aquel hombre, decidido y valiente, emprendió un largo viaje, y no cesó de caminar hasta llegar a las regiones de las nieves perpetuas, en donde empezó inmediatamente a dedicarse a la caza de animales silvestres. Cuando hubo matado el primero, se encontró con que no podía llevar la piel a la ciudad y volver después por otro, dada la gran distancia que le separaba de ella. Esto hubiera sido absurdo. Pero, he aquí que, mientras él iba cazando, aparecieron otros hombres que le dijeron:—Nosotros te compraremos las pieles y nos encargaremos de venderlas en las grandes poblaciones. Los recién llegados empezaron a edificar aldehuelas en parajes próximos al en que tenía su residencia el cazador y éste entonces contrató varios indios para que le ayudaran a cazar; al poco tiempo había ya centenares de personas que se ganaban la vida cazando animales en aquel desolado país, y las aldehuelas, sin importancia al principio, fueron creciendo y convirtiéndose en grandes y populosas ciudades; y andando el tiempo, importantes líneas férreas cruzaron aquellas improductivas extensiones de terreno, y grandes barcos surcaron sus ríos y sus mares. ¡Un abrigo de pieles había abierto las puertas de un mundo desconocido!

—La piel en que apoyas ahora tus mejillas—prosiguió la señora—perteneció a un animal que habitaba en un país en donde durante muchos años no había penetrado ser humano. A no ser por este animal, que tentó la codicia de los hombres, continuarían sumidas aquellas vastas regiones en la mayor desolación. Mi abrigo recuerda una historia de aventuras, y las aventuras son la historia del comercio. El traficante de pieles es un verdadero explorador del mundo, de tal modo que, si las mujeres nos contentásemos con pieles de borrego, en vez de querer lucir otras de valor, una gran extensión de nuestro globo, hoy sembrada de florecientes ciudades, y en la que ganan su pan un gran número de obreros, permanecería inexplorada. Considera cuántos prodigios de valor y actividad ha sido necesario realizar, cuántas dificultades ha habido que vencer, cuántos peligros que arrostrar y cuán enorme cantidad de trabajo desarrollar, para poder

defenderse del frío por medio de este hermoso abrigo de pieles.

—Un animal salvaje en el país de las nieves perpetuas hace sonar los teléfonos de nuestras grandes ciudades, pone en movimiento vapores y atrae a la raza humana hacia sus desoladas regiones.

—¡De suerte—dijo Emilia, acariciándola,—que esta piel que un día cobijara a un animal repugnante, presta hoy abrigo al más bello de los ángeles!

DE DÓNDE NOS LLEGAN LAS PIELES DE ABRIGO

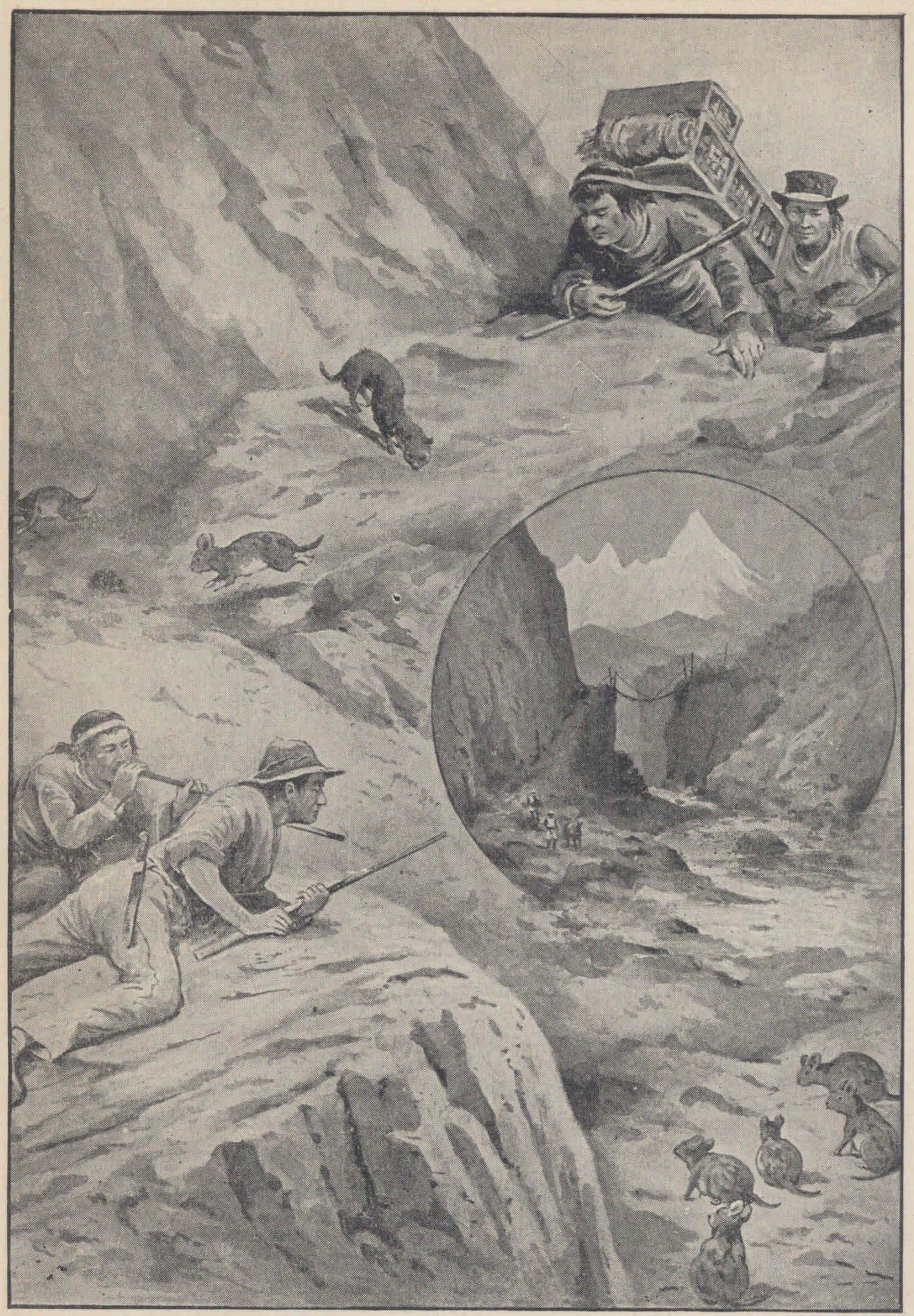


Aunque ello parezca extraño, las modas en el vestir han desempeñado un papel importante en la exploración del mundo. Los que primero exploraron los extensos territorios del Canadá y de Alaska fueron los cazadores y tramperos; la vida de éstos está llena privaciones y peligros. El comercio de pieles en el Canadá está casi totalmente en manos de la histórica « Hudson Bay Company »; tanto los cazadores y tramperos blancos, como los indios pieles rojas, llevan el producto de su caza a las diversas sucursales que aquella compañía tiene establecidas en todo el país.

LA CAZA DE LA NUTRIA MARINA

Cuanto más raro es el animal, más precio tiene su piel. A veces un solo abrigo de pieles llega a venderse por 10,000 pesos oro. Las pieles más caras son las de zorra plateada, que ya casi ha desaparecido y sólo se la encuentra muy rara vez en Kamchatka y Alaska. En la parte superior del grabado vemos un esquimal al acecho, empuñando la lanza, en espera de que aparezca la nutria marina. Unas campanillas convenientemente dispuestas sirven para avisar de la presencia de la nutria. En cuanto la oye el cazador, prepara su lanza para herir al animal. En la mitad inferior del grabado, un comerciante de pieles regatea a los tramperos una piel de zorra plateada.

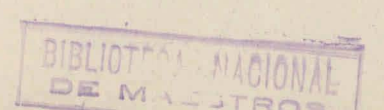
LOS CAZADORES DE CHINCHILLAS



Existe un hermoso animal, cuya piel es muy buscada para hacer manguitos y abrigos. Habita en los parajes más escarpados de la cordillera de los Andes, en el Perú, en sitios parecidos al que se ve en el medallón del grabado, y es conocido con el nombre de Chinchilla. La piel de chinchilla es muy suave, y de un delicado color gris, con motitas negras. Los cazadores necesitan gran habilidad para no estropear la piel. A veces los naturales del Perú se sirven de hurones; en cuanto descubren a una chinchilla, dejan suelto al hurón que mata instantaneamente al indefenso animalillo; otras veces emplean un tubo, llamado « cerbatana », que por medio de un soplido despide un pequeño dardo o flecha.

LOS CAZADORES DE FOCAS

Las focas, por su abundancia y gran tamaño, constituyen el principal elemento de los peleteros. Hace pocos años que las focas habían casi desaparecido, a causa de la gran mortandad que en ellas hacían los cazadores. Ahora los gobiernos de Inglaterra y de los Estados Unidos protegen la vida de la foca, permitiendo que únicamente se cace un número fijo de ellas cada año, en sitios señalados de antemano. Al llegar a un cazadero de focas, los marineros saltan a tierra y obligan a estos animales a internarse, y luego los matan. Se salan sus pieles para conservarlas, y se forman con ellas fardos, como puede verse en la parte superior a la derecha del grabado.



ARMANDO TRAMPAS BAJO EL AGUA

Algunos animales de piel preciada hacen sus madrigueras debajo del agua, como el castor, que puede verse en el medallón de la parte superior de la izquierda, y la rata almizclera, en el inferior de la derecha. Las trampas deben ser colocadas debajo del agua, como pone de manifiesto el grabado. La trampa para el castor consiste en un lazo, sujeto a una rama, y dispuesto de manera que, en cuanto el castor mete en él la cabeza, la rama se endereza y el animal queda preso. La rata almizclera, que debe su nombre al fuerte olor **a almizcle que despide, se caza con trampas parecidas a las « trampas de lobo ».**



El primer grabado representa un pelo extraordinariamente aumentado. Los otros dos representan el crecimiento de la uña en el dedo y el último de ellos, también aumentado considerablemente, muestra el dedo como si estuviera cortado a través de la uña y de un extremo a otro.

EL PELO Y LAS UÑAS

HAY, en casi todas las partes del cuerpo animal, unas células especiales dentro de la piel, las cuales tienen la propiedad de procrear ciertas excrecencias que nos son perfectamente conocidas. Tales son el pelo y las uñas. La piel de los animales produce otras muchas, mas basta a nuestro propósito estudiar aquellas dos, cuyo examen no deja de ser interesante. Son las uñas cosa curiosa por demás, por su analogía con las garras del gato, del tigre y aun con las pezuñas del caballo. En efecto, la pezuña de este animal representa en realidad la uña del dedo medio de nuestra mano.

Son para muchos animales las uñas de grandísima utilidad, pues de ellas se sirven para asir su presa, trepar, encaramarse por los árboles y defenderse; pero ni las uñas ni otras muchas partes de nuestro cuerpo tienen para nosotros tal importancia, por la sencilla razón de que nuestra inteligencia nos pone al alcance otros medios que reemplazan ventajosamente a las garras y dientes de los animales. Nuestras uñas, a pesar de su gran debilidad y blandura, tienen una historia ciertamente interesante. Plantadas en la extremidad de los dedos, pueden ser arrancadas del todo sin destruir las células que las producen. Así, tal vez, nos ha sucedido recibir un golpe en una uña y si la contusión ha sido fuerte, la uña ha tomado un color violáceo, porque una de las venas está herida y se desangra ligeramente. Con el tiempo la uña se va desprendiendo, y por último, cae, no tardando en formarse otra nueva que crece paulatinamente. Pero si la lesión ha alcanzado las células especiales en que nace la uña, éstas no pueden ya producir otras.

Muchas veces habremos notado que aparecen en las uñas unas líneas blancas transversales y tal vez unas pequeñas ranuras. Tales señales suelen manifestarse después de una enfermedad y casi siempre a la misma altura. Significa esto que durante dicha enfermedad la sangre no estaba en perfecto estado de pureza y por esta causa las células que forman las uñas no pudieron hacer su trabajo debidamente y éstas crecieron débiles y exangües; mas, a medida que la sangre se ha fortificado, las líneas blancas siguen el crecimiento de la uña, hasta desaparecer completamente. Estas alteraciones, que tienen lugar en las uñas después de una enfermedad, se manifiestan diversamente en la palma de la mano, por lo cual, cualquiera que las observe, puede estar seguro de que hemos estado enfermos. Y, sin duda, éste es uno de los medios con que, a veces, algunas personas pretenden adivinar nuestro carácter y porvenir, al estudiar las rayas de las manos.

El pelo es la otra excrecencia de la piel. La parte de pelo que sobresale de

la piel está realmente formada de la misma substancia de que están hechas la epidermis, o piel externa, y las uñas. Varios son los usos del pelo. En el animal, por ejemplo, en el gato, sirve para el abrigo del cuerpo; en el hombre es tan escaso, que si exceptuamos el cabello, no tiene tal utilidad.

Casi toda nuestra piel está cubierta de un pelo finísimo, o vello, menos las palmas de las manos y las plantas de los pies; y el que más preciosa utilidad nos reporta es indudablemente el que forma las cejas y las pestañas. Ya hemos visto en otra parte de este libro, para qué sirven las primeras y en cuanto a las segundas, bástenos decir que tienen un fin parecido y sirven principalmente para resguardar los ojos del polvo, a parte de que contribuyen a su belleza. Los pelillos que nacen en las ventanas de la nariz tienen asimismo la misión de impedir la entrada de impurezas en el conducto nasal. En cuanto al pelo del rostro nadie sabe de un modo positivo cuál es su fin, pues no se le conoce objeto alguno.

MARAVILLOSA CONSTRUCCIÓN DE UN PELO, Y SU CONSERVACIÓN

Si nos fijamos en el vello que cubre parte de nuestros brazos, vemos que crece en direcciones diferentes y en diferentes partes. Ahora bien, si suponemos a un hombre desnudo, sentado y encogido bajo la lluvia, vemos que el vello así distribuído le sirve de excelente ayuda para que el agua se deslice rápidamente por sus miembros abajo: mas como el hombre moderno va vestido, tal ventaja no es apreciable y su utilidad, por tanto, desaparece.

Nace cada pelo en un punto especial de la piel sana. Así vemos que si ésta recibe una herida, se forma una cicatriz que se cubre de una piel imperfecta en que no puede criarse pelo alguno, de la misma manera que cuando todo nuestro cuerpo está bañado de sudor, las cicatrices permanecen secas por carecer de glándulas secretorias. La cuna del pelo es un sitio sumamente complicado y de admirable construcción. Consta cada pelo de seis capas, hechas todas por las células del bulbo piloso, del cual crece el pelo. Necesita cada pelo especial cuidado de conservación, pues de lo contrario, se vuelve quebradizo y cae; para evitarlo hay unas glándulas originales, por lo general dos, para cada pelo, que segregan una especie de aceite con el que el pelo se conserva suave y esponjoso y que impide se quiebre. Está asimismo provisto cada pelo de un diminuto músculo adherido a su raíz y que al contraerse, pone el pelo en tensión. Por eso, cuando leemos que a alguien se le erizó el pelo de terror, es muy posible que así sucediese, a pesar de ser tales casos nada frecuentes.

DE CÓMO EL GATO ERIZA SU PELO PARA ASUSTAR A SUS ENEMIGOS

Estos músculos capilares rara vez funcionan en el hombre y nadie puede servirse de ellos a voluntad, por lo que podemos decir que están atrofiados. Sin embargo, en el gato conservan todo su vigor, y así hemos visto con qué facilidad estos animales los ponen en juego. Es posible que lo hagan para limpiarse la piel, pero existe una explicación más admisible. Cuando un animal como el gato eriza su pelo, parece aumentar de tamaño y tomar un aspecto amenazador; y de las ocasiones en que lo hacen, deducimos que su intención es infundir miedo a sus enemigos.

El cabello varía muchísimo según las diferentes razas humanas. En la raza blanca es por lo general largo y sedoso, mientras en la negra su aspecto es completamente distinto, pues es corto, ensortijado y lanudo. La observación microscópica de una sección de un pelo de esta raza nos demuestra que está formado diferentemente. Estas divergencias de forma sirven para distinguir una raza de otra mucho mejor que la diferencia de color.

LOS DIENTES NO SON MÁS QUE EXCRECENCIAS DE LA PIEL

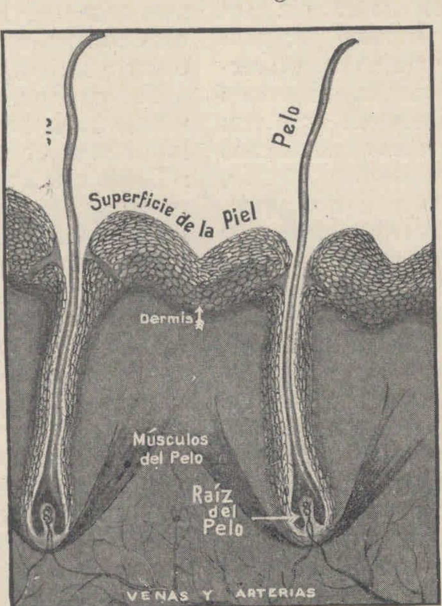
No pretendemos discutir aquí largamente la formación de los dientes, aunque ya le llegará su turno a este asunto: sólo queremos demostrar que

los dientes y muelas no son otra cosa que excrecencias de la piel ni más ni menos que las uñas y el pelo. La historia de los dientes empieza en los peces, en los cuales se puede ver claramente que éstos no son más que una hilera especial de avances de la piel sobre las mandíbulas. Nuestros dientes, como los de los cuadrúpedos, están formados de una especie de pliegue de la piel que viste la boca. Las aves son los únicos animales desprovistos de dientes, aunque sabemos que las primitivas los tenían; mas de ello no se conserva ningún ejemplar. En su lugar tienen un pico que es asimismo una excrecencia de la piel.

LA PIEL COMO ÓRGANO DE LA RESPIRACIÓN

El algunos animales de orden inferior la piel es un órgano importantísimo para la respiración. Es en ellos tan delgada, que el intercambio de gases entre la sangre y el aire, que en animales superiores tiene lugar por medio de pulmones, se verifica por toda o parte de la superficie de su cuerpo. Esto sucede, por ejemplo, con la rana. El hombre difícilmente puede respirar por la piel, aun cuando a veces parece se verifica un ligero cruce de gases a través de los poros de la glándulas sudoríparas o productoras de sudor.

Aunque la piel es impermeable al agua—mientras la capa exterior o epidermis no reciba daño—ciertas substancias, disueltas en grasa o aceite, pueden ser frotadas sobre ella y así penetran por los poros de las glándulas arriba citadas. Por este procedimiento se toman varios medicamentos llamados en tal caso de uso externo. Muy a menudo se usa con los niños, cuando el aceite de hígado de bacalao, por ejemplo, se les administra en tal forma, por temor de perjudicarles el estómago, dándoselo como bebida, y análogamente se puede alimentar a una criatura endeble y delgada. Otro de los modos de hacer penetrar ciertas cosas por la piel, es por medio de la electricidad, con la cual se pueden hacer pasar diferentes drogas al interior del cuerpo. Es tal la sensibilidad de nuestra piel, que si la exponemos al frío podemos enfermar más o menos gravemente, y así el mejor remedio para evitarlo es abrigar nuestro cuerpo; sin embargo, la parte más sensible y delgada de toda nuestra piel es la que cubre el rostro; mas el hábito de llevarla al descubierto hace que aun exponiéndola a los mayores fríos, no «cojamos un resfriado», como vulgarmente decimos. Lo mismo sucede con las manos. Inversamente, la piel de las plantas de los pies es muy gruesa y dura—haciendo gran contraste con la piel del rostro;—llevando el hombre los pies generalmente calzados, la hace tan sensible como la de cualquier otra parte de su cuerpo, a pesar de su dureza y espesor; así vemos que cuando nos mojamos las plantas de los pies nos resfriamos casi siempre.



Este grabado representa las raíces del pelo en nuestra piel, con un aumento extraordinario. La tensión de los músculos del cabello, cerca de la raíz, causa el erizamiento del pelo.

Todos hemos visto en pueblos y ciudades niños que corren descalzos de pie y pierna bajo la lluvia y entre el barro de las calles y caminos, sin que por eso su salud se quebrante en lo más mínimo. De ello se desprende una gran lección. Siempre que la piel pueda desempeñar libremente y sin embarazo sus funciones naturales, aun en medio

de intensos fríos, nunca enfermaremos, pero habituada a estar cubierta de grado o por fuerza, pierde la facultad normal de su propia conservación, en todas las partes del cuerpo. Si una persona sana se acostumbra a andar con muletas, pronto sus piernas perderán el vigor y será incapaz de servirse de ellas. Si tomamos todas las noches un medicamento para dormir, la fuerza de la constumbre hará que no podamos conciliar el sueño sin tal narcótico. Si otros piensan por nosotros, no tardaremos mucho en volvernos incapaces de discurrir. Si somos miopes y nos servimos de cristales fuertes, nuestra vista cada día será más corta. Si preservamos la piel del frío, se incapacita ella misma para protegerse.

Es ésta una importantísima regla por demás sencilla, libre de excepciones y, sin embargo, tan menospreciada, a pesar de ser el mayor auxiliar higiénico para conservar la salud del cuerpo. Nos preparamos la comida de modo que no tengamos que hacer casi uso de los dientes; y aun hay algunas personas que rehuyen comer la corteza del pan: ¿cabe, pues, extrañarse de que se nos echen a perder los dientes? Nos valemos de los ascensores, y nos maravillamos de encontrarnos sin aliento si alguna vez, por averías del aparato, nos vemos obligados a subir a pie las escaleras de la casa. Y así sucesivamente respecto al ejercicio de otros órganos del cuerpo; olvidando que *el esfuerzo es la ley de la vida.* Hay un dicho muy hermoso que brotó de los labios de uno de los más grandes hombres que han existido, el artista italiano Leonardo de Vinci: *Tú ¡oh Dios! has dado al hombre todas las cosas buenas al precio de su trabajo.* Quería significar con ello que la indolencia actual en soportar la acción de la Naturaleza, hace que tengamos cuidados excesivos con nuestro cuerpo y no permitamos que se acostumbre a resistir el calor del sol ni el frío del invierno, pues tenemos condenada la piel a la inacción, haciéndola así débil e impotente.

LA PIEL, ÓRGANO MARAVILLOSO DEL TACTO

Hay todavía otras particularidades importantísimas, dignas de mención, acerca de la piel y de las cuales nada hemos dicho aún. La piel es uno de los grandes árganos del tacto. Habitualmente confundimos las diferentes clases de sensaciones que nos trasmite la piel, como si fuesen todas ellas de una misma cosa; pero no es así. Tenemos ante todo la sensación de la presión o tacto, que es muy diferente de la del dolor o la temperatura.

Si examinamos nuestra piel, especialmente la de las yemas de los dedos de la manos, observaremos en ella unos relieves casi imperceptibles, que sirven poderosamente al sentido del tacto. En ellos terminan ciertos nervios que se extienden en su interior formando lo que se llama células tactiles, las cuales cuanto más numerosas, tanto más delicado será el tacto. Por esta razón las yemas de los dedos las poseen en gran número, pues las manos son la parte del cuerpo con que más ejercitamos dicho sentido. La piel de los labios y la punta de la lengua, son también ricas en ellas. Una particularidad de la yema del dedo índice es que percibe doble sensación de dos puntos muy próximos, pero si la distancia es veinte veces mayor, la sensación es sólo una aplicando las dos puntas a la piel del dorso. De la misma suerte la piel de la frente y la de la palma de la mano sentirán el peso más insignificante, en tanto que la de la barba necesita que el peso sea veinte veces mayor para darse cuenta de él.

LOS NERVIOS QUE NOS DAN LA SENSACIÓN DE CALOR Y DE FRÍO

La sensación de calor y de frío es muy distinta de la del tacto y tiene a su servicio una serie especial de nervios. Si cogemos un objeto frío, como por ejemplo, un lápiz, y paseamos su punta por la mejilla, sentiremos que aquélla es más fría en unos sitios que en otros, sucediendo lo mismo con cualquier objeto caliente. Según sabemos, parece que la piel está poblada de una multitud de pequeños puntos, unos de presión,

que son exclusivamente sensibles al tacto, otros sensitivos al frío y, finalmente, puntos calientes únicamente impresionables por el calor.

Hay además la sensación del dolor. A él son sensibles diferentes partes del cuerpo de una manera también diferente, y la piel lo es mucho más en general, que el interior del cuerpo. Esta sensación tiene un juego especial de nervios a su disposición, y en algunas personas, cuyos nervios están en un estado anormal, no pueden funcionar como es debido. La piel de la mano de un paralítico, por ejemplo, sabrá apreciar el calor y el frío, pero si se le clava un alfiler o se la pellizca no sentirá dolor alguno.

CÓMO LA PIEL NOS AYUDA PROBABLEMENTE A CONOCER LA POSICIÓN DE NUESTRO CUERPO

De todo lo expuesto hasta aquí debemos resumir que la piel es el órgano de un sentido múltiple, pues siente la presión, la temperatura y el dolor. Es antigua y general opinión que el hombre posee cinco sentidos, pero en realidad posee más y de ellos, tres, pertenecen a la piel. Asimismo es probable que ésta nos ayude a conocer la posición de nuestro cuerpo, dónde están las manos y los pies, por efecto de la mayor o menor distensión que anuncia al cerebro la localización de los miembros y órganos corporales. Así, además de sus conocidas funciones, contribuye la piel a despertar el sentido de la posición, uno de los sentidos sin el cual nos sería muy difícil vivir y del cual son muy pocos los que han oído hablar.

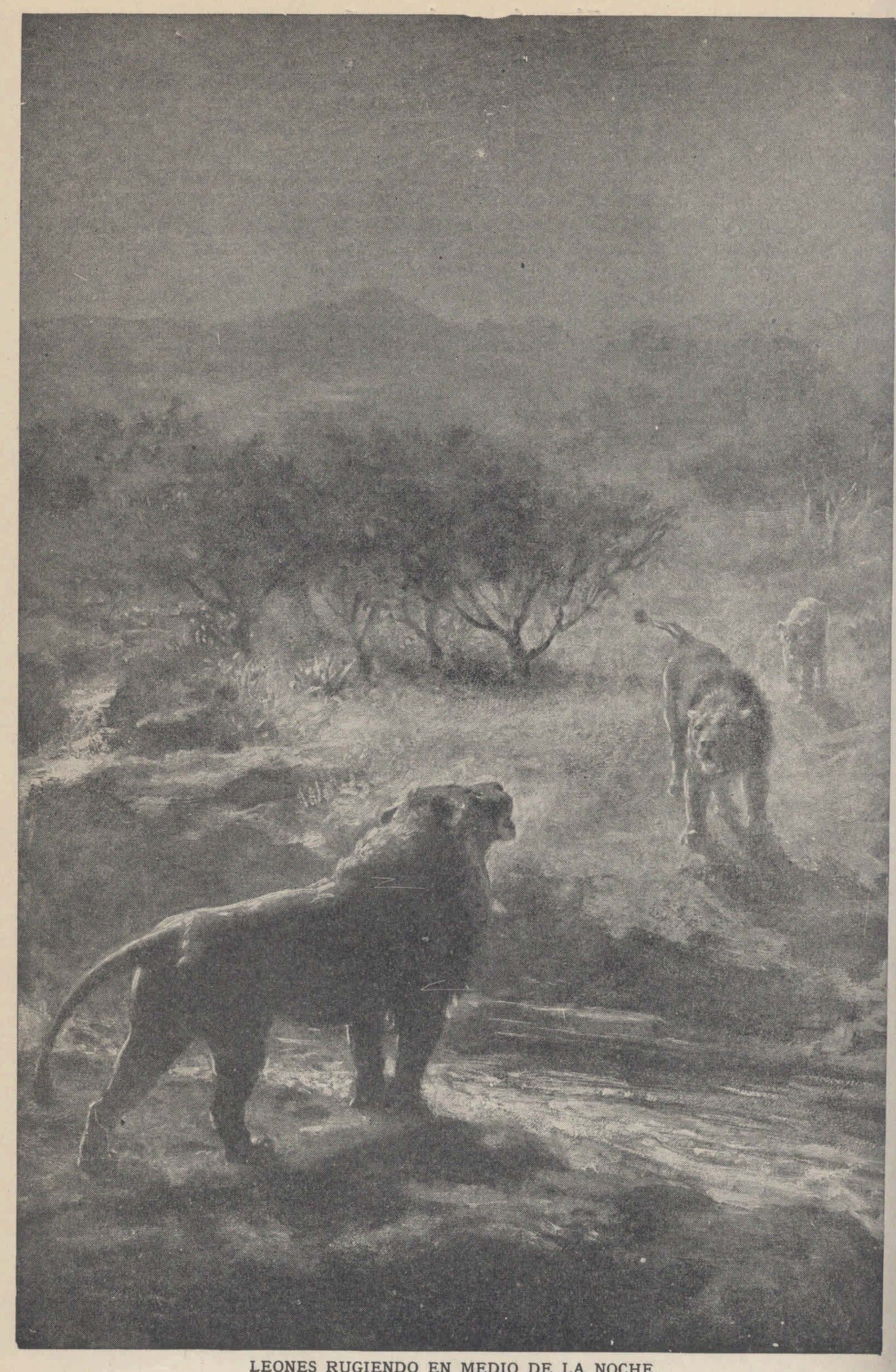
Las líneas de la palma de la mano son sencillamente arrugas o pliegues de la piel que se marcan más al cerrarla y que no tienen significación especial alguna. Es, pues, una necedad creer a ciertas personas que pretenden descorrer el velo del porvenir examinando dichas lineas o arrugas.

EL RAPOSO Y EL LOBO

Un triste raposo
Por medio del llano
Marchaba sin piernas,
Cual otro soldado,
Que perdió las suyas
Allá en Campo Santo.
Un lobo le dijo:
Hola, buen hermano,
Diga ¿en qué refriega
Quedó tan lisiado?
¡Ay de mi! responde:
Un maldito rastro
Me llevó a una trampa,
Donde por milagro,
Dejando una pierna,
Salí con trabajo.
Después de algún tiempo
Iba yo cazando,
Y en la trampa misma
Dejé pierna y rabo.
El lobo le dice:
Creible es el caso.
Yo estoy tuerto, cojo,
Y desorejado
Por ciertos mastines
Guardas de un rebaño.
Soy de estas montañas
El lobo decano;
Y como conozco
Las mañas de entrambos,
Temo que acabemos,
No digo enmendados,
Sino tú en la trampa
Y yo en el rebaño.

¡Que el ciego apetito
Puede arrastrar tanto!
A los brutos, pase:
¡Pero a los humanos!

SAMANIEGO.



LEONES RUGIENDO EN MEDIO DE LA NOCHE.



CÓMO DISTRIBUYE EL LEÓN LAS HORAS DEL DÍA

CUANDO hablamos del día, refiriéndonos a la vida del león, debemos entender las veinticuatro horas que lo constituyen y completan, porque precisamente en las horas nocturnas es en las que despliega su mayor actividad el rey de los animales. No acostumbra esta fiera a construirse guarida, como hacen otras bestias. Prefiere los terrenos pantanosos donde abundan las cañas alterosas y la elevada yerba, que le ocultan con facilidad. En su defecto, busca las malezas tupidas y espinosas, donde puede dormir a pierna suelta mientras alumbra el sol, sin ser molestado por nadie. Jamás se muestra holgazán, a no ser que haya comido demasiado. A veces se despierta durante las horas de luz, y retoza con su compañera y sus hijos; pero si el tiempo está nublado y bochornoso, ruge de cuando en cuando, aunque nunca con la violencia que de noche.

Cuando se oculta el sol detrás del horizonte y queda la tierra envuelta en tinieblas, levántase el león y sale de su escondite. La estructura especial de sus pupilas le permite ver en la obscuridad, cosa que ocurre a casi todos los cuadrúpedos y a muchas aves silvestres. El león se siente rey de la noche, porque lo único que teme realmente es al hombre.

Cuando camina, ya marche al paso lento, ya al trote, pone la boca casi a ras de la tierra y ruge. El león es maestro en el arte de elevar o bajar el tono de su voz. No existe ninguna pauta musical que le marque los *crescendo* y los *diminuendo* ; pero él sabe muy bien cuándo ha de hacerlo, sin necesidad de instrucciones preliminares. El primer rugido es relativamente bajo, el segundo más elevado, el tercero más alto todavía, y el cuarto hace temblar la misma tierra. El tono de los rugidos inmediatos va decreciendo gradualmente, hasta terminar, por último, casi en un suspiro. La costumbre que tiene este animal de colocar el hocico casi tocando al suelo, hace que las vibraciones que producen sus rugidos se propaguen a distancias considerables.

El rugido de un león provoca los de otros. Al oirlos, las personas que descansan en los campamentos estremécense de horror ; los animales silvestres que vagan buscando alimento, corren despavoridos de un lado para otro, sin saber cómo sustraerse al peligro que les amenaza. Probablemente, algún antílope enloquecido de terror se arro-

jará, inocente, en las mismas garras del felino, o pasará tan cerca de él, que éste no tendrá más que dar un salto para aplastarlo con sus vigorosas zarpas.

Cuando puede elegir, el león prefiere devorar alguna cebra, porque la carne de este animal hállase recubierta de una capa de grasa que le agrada de un modo extraordinario. En el orden de su predilección sigue a la cebra el hipopótamo muerto, que tiene más grasa aún. Y no ataca al mismo animal vivo, porque, aunque bastante pacífico, es demasiado vigoroso para que pueda el león medir sus fuerzas con él. En defecto de los anteriores, el rey de los animales busca con preferencia una jirafa o un antílope. Agrádale también la carne de los búfalos, pero éstos son temibles adversarios, que combaten desesperadamente y logran en algunas ocasiones quitar la vida al león.

EL REY DE LAS SELVAS

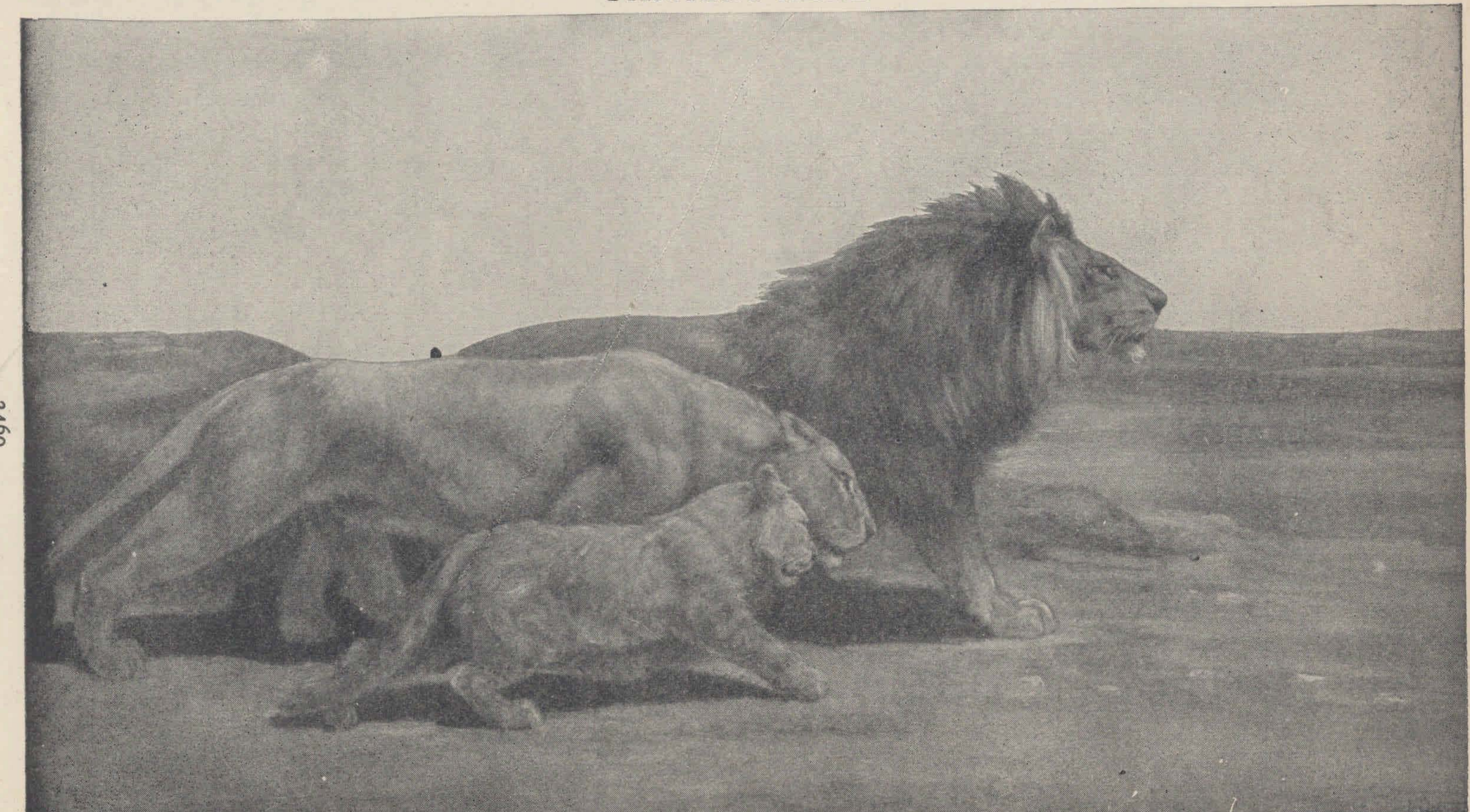
En último caso, se conforma con los animales domésticos. Y no decimos nada del hombre, porque es muy raro que el león le acometa deliberadamente sin ser antes atacado por él. Sin embargo, cuando se decide a hacerlo, es más temible que todas las demás fieras juntas, excepción hecha del tigre.

ESPERANDO LA COMIDA

« Vamos a buscar una cebra », se dice el león. Pero la cebra conoce el peligro: su instinto se lo advierte. Se halla despierta y pastando durante la noche, en compañía de jirafas y ñus. Sabe tan bien como nosotros que no existe otro animal que, como el león, sea capaz de esconder su voluminoso cuerpo en un espacio tan reducido; que ningún otro animal cuando salta se deja caer con tan certera dirección ni tan incontrastable pujanza. Por eso la cebra no se aproxima jamás a los arbustos, las yerbas o las cañas que puedan ocultar a su enemigo. El león se ve, pues, precisado a tramar un complot contra ella, ayudado por varios de sus fieros congéneres. Ocúltanse en diferentes lugares, discretamente elegidos, y, saliéndole al encuentro uno después de otro, acosan a la cebra en la dirección conveniente, hasta que logran, por fin, que pase lo bastante próxima al último escondido, para que éste pueda apresarla. Una sola dentellada del león, acompañada de un vigoroso zarpazo, ponen fin a los padecimientos de la cebra y proporcionan sustento a sus perseguidores.

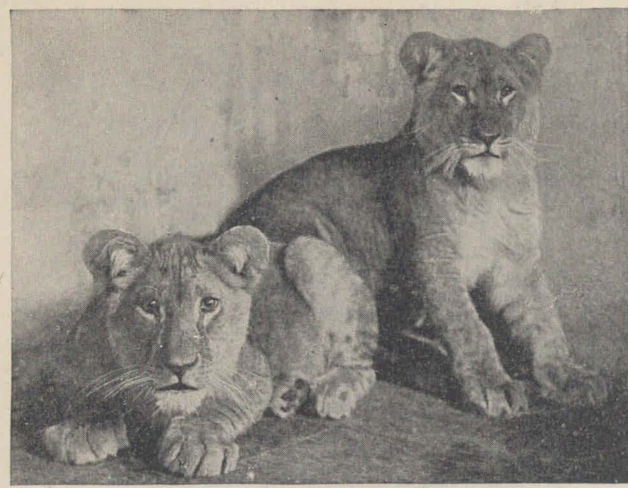
Los que se han confabulado para cazar la cebra, tan pronto han asegura-

EL REY DE LOS ANIMALES, SOBERANO DEL DESIERTO, SALE A PASEO CON LA FAMILIA REAL



Las horas de la noche son las que el león dedica al trabajo; sin embargo, con frecuencia suele despertarse de día, y emprender una excursión con toda la real familia, como vemos en este grabado. En semejantes ocasiones, y en especial si el día es triste y sombrío, atruena el espacio con sus feroces rugidos, que llenan de terror al hombre y a todos los animales.

do la presa, riñen por su posesión, y los que salen derrotados dirígense, con frecuencia, en busca de otra víctima, en tanto que el vencedor celebra un festín espléndido. El león come hasta hartarse; dirígese después a una charca, donde satisface su sed, y, en cuanto el sol comienza a elevarse en el cielo, vuelve a su guarida, para entregarse al sueño.



DOS LEONES CACHORROS

Cuando abandona los restos de la cebra o jirafa que ha matado, salen de entre las sombras varias furtivas siluetas. Son los chacales, que acuden a devorar las sobras del león. Éste, por lo general, no se fija en ellos siquiera; pero si le ha sobrado mucho, es posible que regrese y ahuyente a los chacales, para tener seguro el sustento del siguiente día.

No se crea, sin embargo, que el león mata un animal cada noche; a veces se ve obligado a ayunar, lo que le es beneficioso, por cierto.

Los cazadores suelen atacar al león de día. Generalmente tropiezan con él mientras duerme, reposando de los efectos de su último festín, y destacan indígenas o perros para que lo despierten. Levántase de mala gana la fiera, pues nadie

UN MAGNÍFICO LEÓN, REPOSANDO DESPUÉS DE UN FESTÍN

LEONES ANSIOSOS DE SACIAR SU HAMBRE Y SU SED

Un león y una leona hambrientos, acechando el paso de una caravana a través de la llanura.

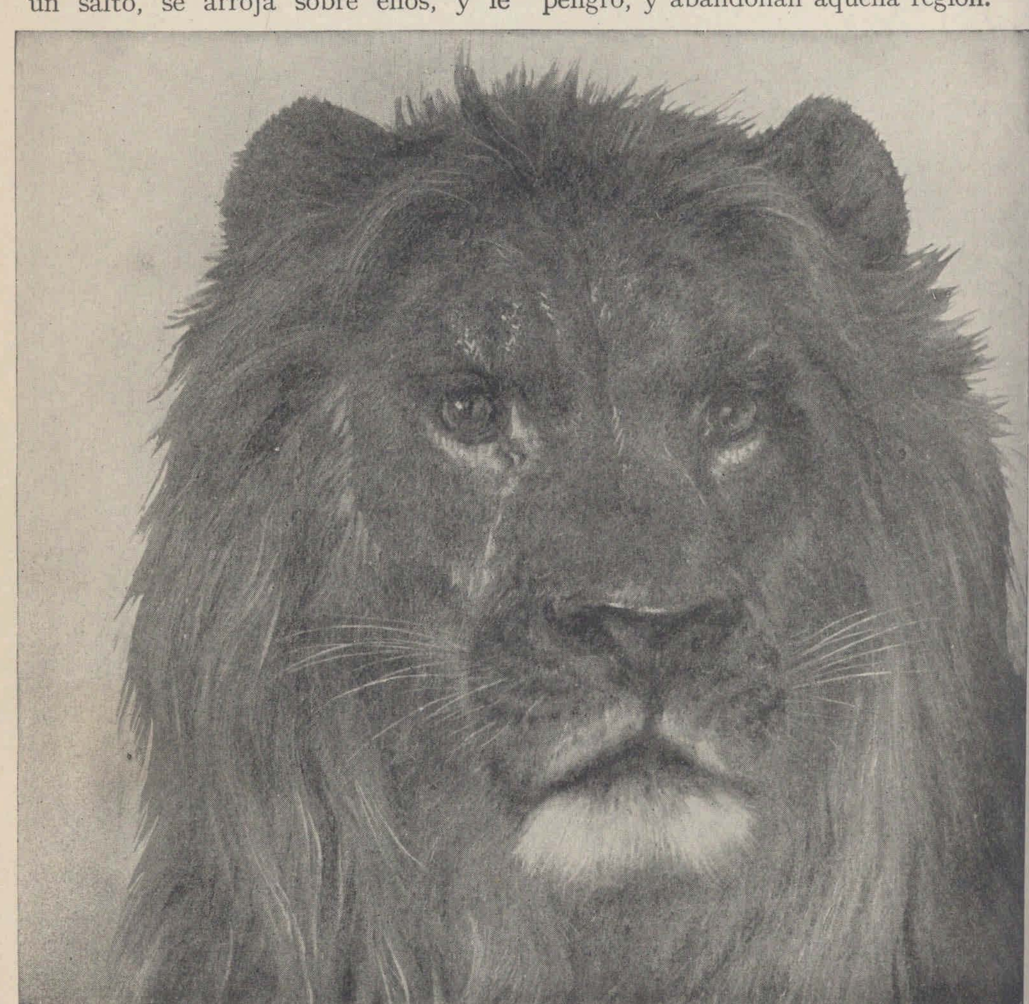
León y leona sedientos, mantenidos a raya por un feroz cocodrilo.

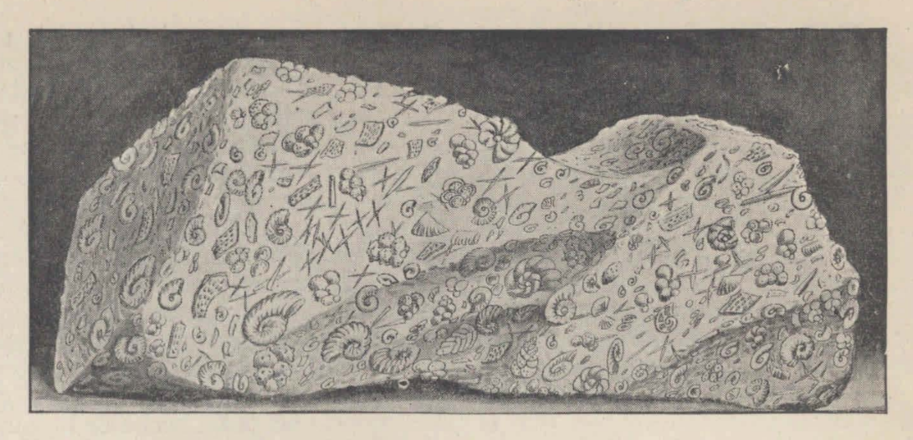
se despierta de buen humor cuando le interrumpen el sueño; y en especial al rey de los animales le causa una contrariedad grandísima que lo despierten en un día espléndido, después de haber comido de una manera opípara algunas horas antes. Trata de alejarse gruñendo y lanzando un sordo rugido; pero si se ve acosado, matará de un zarpazo algún perro, y si le hieren, se revolverá furioso y atacará con denuedo a un centenar de hombres que pretendan acometerle.

Aumenta su valor y crece su acometividad cuando se siente herido. Los indígenas tratan de cercarlo; pero él, de un salto, se arroja sobre ellos, y le basta una dentellada o un zarpazo para matar a un hombre o mutilarlo horriblemente para el resto de su vida. De este modo lucha el rey de las selvas, cuando se le obliga a ello. Pero por lo general no ataca al hombre.

¿Cómo es, preguntará alguien, que, soliendo casi todos los animales salvajes acudir a beber de noche, no se encuentran con el león en las charcas? A veces ocurre así.

Sucede que el león, sabiendo que los otros animales tienen necesidad de beber, permanece en acecho en las charcas, pero, en tal caso, no tardan los acechados en darse cuenta del peligro, y abandonan aquella región.





¿DE DÓNDE PROCEDE LA GREDA?

LA greda que vemos en los peñascos, y la tiza que usamos para escribir en las pizarras y encerados no son mas que despojos prensados de seres pequeñísimos que, en cierta época, habitaron en el mar. El resto de sus cuerpos desapareció por completo hace muchísimos siglos; pero el carbonato de cal, que no otra cosa es la greda o creta, no ha sufrido alteración en tanto tiempo. A medida que dichos seres morían, sus pequeños caparazones iban depositándose en el fondo del mar, formando con frecuencia capas de bastante espesor, como podemos comprobar con nuestros propios ojos si nos fijamos en las rocas cretáceas.

Esto ocurrió, sin duda, durante muchos miles de años; pero, comparado con los depósitos de algunas rocas formadas en el fondo de los mares, los depósitos de greda se formaron con relativa rapidez. Esto quiere decir que tales peñascos formaron parte algun día de los mares. Así, pues, cuando caminemos por ciertas regiones y veamos que basta escarbar un poco en la tierra, para dar con la creta, o bien, si pasamos en un tren a través de un corte practicado en la greda, debemos recordar que aquel terreno sirvió de fondo al mar en épocas muy remotas.

¿HAY ORO EN EL MAR?

Cuando hacemos un estudio concienzudo de la tierra, del aire o del viento, hallamos en ellos ligeros vestigios de cuerpos cuya presencia no hubiéramos sospechado jamás, aunque sólo sea en la proporción de uno por millón. El oro es uno de esos cuerpos que nadie puede sospechar que se encuentre en el agua del mar, y, sin embargo, lo hallamos en ella, cuando practicamos su análisis, en proporción bastante apreciable. Y si tenemos presente la inmensa masa de agua que los mares contienen, pronto se echa de ver que la existencia total de oro debe ser considerable. Sin embargo, no es, por fortuna, suficiente para pagar los gastos que exigiría su extracción, y por eso nadie se decide a extraerlo, excepción hecha de los químicos, que lo hacen por amor a la ciencia, y no por amor al oro mismo. Y decimos «por fortuna», porque sabemos que el oro tiene un valor intrínseco muy escaso, y no merece, por tanto, que se gaste una cantidad tan grande de vida y trabajo humano para extraerlo del mar. Cuando aprendamos a fabricar el oro—pues no cabe duda alguna que el procedimiento ha de descubrirse algun día—aun decrecerá más el interés de extraerlo del agua del mar, que contiene substancias mucho más preciosas que el oro.

¿HAY RADIO EN EL MAR?

El radio, ese maravilloso elemento

que al principio se creyó que era una de las cosas más raras, se ha descubierto ahora que existe en todas partes, y que hace un oficio importantísimo donde quiera que se nota su presencia. Hallamos el radio en el agua de los ríos, y en mayor cantidad aún, en cualquier lugar del océano, donde lo busquemos. Claro es que el radio, o por mejor decir, el elemento uranio, del cual se forma siempre el radio, se acumula poco a poco en el océano, donde es arrastado por los ríos, que es lo mismo que ocurre con las sales. Hubo una época en que la proporción de radio y sales que el agua del mar contenía debió de ser mucho menor que actualmente. Encontramos también considerable cantidad de radio en los depósitos actuales que se forman en el fondo del mar, y en los antiguos depósitos, tales como la greda, por ejemplo. La cantidad total de radio que existe en los depósitos o sedimentos del fondo de los océanos, debe de ser muy crecida, y sus efectos sobre ellos y sobre el agua misma del mar, muy importantes; porque, donde quiera que el radio se encuentra, existe una producción constante de calor. Nos inclinamos a creer que la presencia del radio en el mar y en los depósitos submarinos, debe de haber tenido parte más importante quizás que ninguna otra cosa en la historia de las alteraciones que la superficie de la tierra ha sufrido.

¿QUÉ CANTIDAD DE AGUA CONTIENE EL MAR?

Pocos son los que ignoran que las aguas del mar cubren más de la mitad de la superficie de la tierra, y que si ésta fuese un poco más pequeña de tamaño toda su superficie sería un inmenso océano. Según cálculos hechos en época reciente, relativos a la extensión de la superficie de los mares, y que consideramos los más precisos y dignos de confianza de todos los realizados hasta ahora, podemos asegurar que las cinco séptimas partes de la superficie del globo están cubiertas de agua. Si pudiésemos averiguar, ahora, la profundidad media del mar en todo el mundo, fácil sería contestar a esta pregunta sólo con efectuar unas sencillas operaciones aritméticas.

No nos meteremos a efectuarlas, pero en cambio trataremos de determinar el factor «profundidad media», que hasta ahora desconocemos. La profundidad de los océanos ofrece variaciones muy grandes. Hay lugares donde quedarían sumergidas las más elevadas montañas de la tierra, y extensiones inmensas, donde el fondo es muy escaso; pero el último resultado de un número enorme de sondeos practicados en todos los mares, excepción hecha de los Océanos Polares, es que la profundidad media del mar en todos los océanos del mundo, es aproximadamente de unos cuatro kilómetros y medio. Tal vez nunca el lector haya podido suponer que fuera tan importante la profundidad media de los mares. Averiguado este factor, ya puede con facilidad efectuarse el cálculo del número asombroso de *kilómetros cúbicos* de agua que existe en la tierra.

¿QUÉ ES LO QUE PRODUCE LA NOTA CUANDO SE RASCAN CON EL ARCO LAS CUERDAS DE UN VIOLÍN?

La nota musical es, como ya sabemos, una onda sonora, o una serie de vibraciones del aire, producidas por un cuerpo que se encuentra a su vez en vibración, el cual en el caso presente es la cuerda del violín. Si nos limitamos a pulsarla, produce un sonido que dura un momento; y en esto se diferencia de una manera notable de una cuerda de piano, pues ésta, una vez golpeada o pulsada, vibra por espacio de varios segundos. Esta diferencia la expresamos diciendo que las vibraciones de la cuerda de un piano o de un arpa, son libres y al contrario las de la cuerda de un violín son *forzadas*. Cuando las rascamos con el arco en la forma acostumbrada, obligamos a la cuerda a vibrar en tanto que resbala el arco sobre ella, pero tan luego como lo retiramos, queda la cuerda en reposo, y no sigue vibrando durante algún tiempo, como ocurre a la cuerda que produce «vibraciones libres». Si se

pasa el arco suavemente por la cuerda, sólo vibra una parte de ella, obteniéndose una nota dulce, bella y muy aguda, que se llama un *armónico*, para indicar que es un sonido en armonía con la nota que produce la misma cuerda cuando vibra en toda su extensión.

¿QUÉ DIFERENCIA EXISTE ENTRE DISCORDANCIA Y ARMONÍA?

La armonía es, hasta cierto punto, materia de gusto y costumbre. Los músicos modernos recurren a determinadas combinaciones de sonidos que nos parecen armoniosos, aunque nos consta que a nuestros antepasados les parecían intolerables. Pero debe seguir siempre existiendo una diferencia real entre la discordancia y la armonía, y, cuando estudiamos le cuestión, descubrimos que es debida a las *proporciones* existentes entre las diversas notas que suenan a un mismo tiempo. Una nota musical depende del número de vibraciones por segundo de la onda sonora que la produce, 800 por ejemplo, y se ha observado que las más acordes con ella son aquellas en que el número de vibraciones de las ondas que las producen guardan con 800 una relación más sencilla. Una nota producida por 1600 vibraciones por segundo, es tan armoniosa, realmente, que no podemos llamar al conjunto de las dos una armonía; porque la segunda nota, la que es producida por doble número de vibraciones, es sencillamente la octava superior de la otra.

De una manera análoga, una nota de 400 vibraciones por segundo es la octava inferior. Si nos fijamos en el acorde ordinario, que todo el mundo conoce, tal como DO, MI, SOL, DO, en el piano, que a todos nos parece armonioso y agradable, hallamos una proporción perfectamente sencilla entre el número de las vibraciones correspondientes a cada una de estas notas. Si las del DO alto fuesen 800, las del bajo serían 400; las del MI, 500; y las de SOL, 600. O dicho de otro modo: la proporción de las notas en el acorde ordinario, es sencillamente de 4, 5, 6, 8. Esta sencilla proporción entre las notas es el fundamento de la armonía, y falta de proporción es la base de la discordancia. El « por qué » nuestros oídos encuentran agradable la una y desagradable la otra, es cuestión demasiado difícil de explicar hasta el presente.

¿SE CONTRAEN LOS PUENTES BAJO LA ACCIÓN DEL SOL?

Al contrario, los puentes se dilatan, o aumentan de volumen, bajo la acción del sol, durante el día y en verano, y se contraen a la sombra, de noche y en invierno; porque el calor posee la virtud de dilatar todos los cuerpos, y el frío la de contraerlos. El frío no es una cosa real, sino sencillamente la ausencia del calor; por lo tanto, podemos decir que los cuerpos ocupan un espacio mayor o menor según el calor que poseen, siempre, por supuesto, que otras circunstancias (como la presión que soportan, por ejemplo), permanezcan invariables. Los metales se dilatan de una manera notable bajo la acción del calor, y por eso se echa mucho de ver este fenómeno en los puentes de hierro o acero que en nuestros días se construyen. Si el ingeniero no tiene muy en cuenta que el puente se ha de dilatar bajo la ación de los rayos del sol, el puente que se construya no tardará en deformarse, o en romperse tal vez. Tiene, pues, que contar en sus cálculos con la dilatación que el puente ha de sufrir por efecto de los calores a que ha de verse sometido. Un puente tan largo como el de Brooklyn, en Nueva York, experimenta con los cambios extremos de temperatura una variación en su longitud de muchos centímetros.

¿CUÁL ES EL ORIGEN DE LOS VOLCANES?

He aquí una pregunta que, hasta el momento presente, nadie ha sido capaz de contestar de un modo categórico. Podemos examinar los volcanes, determinar su situación, y estudiar las propiedades de las substancias que arrojan por sus cráteres; pero el problema de explicar de qué modo se forman los volcanes es demasiado difícil de resolver. Sin embargo, parece probable que, antes de que transcurra mucho tiempo, podamos

explicar de un modo satisfactorio esta cuestión, porque se empieza a saber de una manera concreta de qué modo se formaron las montañas ordinarias. Probablemente será el radio, ese extraordinario elemento, cuya existencia nadie sospechaba hace 20 años, el que nos dará la clave de la formación de las montañas y volcanes. Nos mueve a pensar así el hecho de que descubramos la presencia del radio en todas las rocas que examinamos, por mucho que profundicemos, lo mismo que en el agua del mar y en la creta; y el hecho de que esta substancia, que produce constantemente gran cantidad de calor donde quiera que se halle, se encuentre en en todas las rocas de la superficie de la tierra, nos induce a sospechar de qué manera pueden haberse formado ciertas cosas, como, por ejemplo, las montañas, incluso las que contienen volcanes.

¿DISUELVE LA LLUVIA LAS ROCAS?

Existen dos substancias en la lluvia, además del agua misma, que poseen en alto grado la propiedad de disolver las cosas, sin exceptuar las que, como el granito, parecen desafiar por su dureza la acción de las lluvias más persistentes. Estas dos substancias son el ácido nítrico y el ácido carbónico. Conocemos ya la historia del ácido carbónico; el nítrico se forma mediante la unión del oxígeno y el nitrógeno del aire, cuando a través de él se producen importantes descargas eléctricas, como ocurre durante las tormentas.

Estos ácidos desgastan las rocas, y el más débil de ellos, que es el carbónico, es tal vez el que ocasiona más efectos destructores. Va disolviendo gradualmente el duro granito sobre el cual cae la lluvia, transformándolo primero en piedra arenisca, y después en arena. Este proceso es muy lento, pero cierto, siendo uno de los más importantes de la naturaleza. Estos dos ácidos que contiene el agua de lluvia son más trascendentales aún en sus relaciones con la vida: el ácido carbónico y el nítrico forman parte el alimento con que se nutren las plantas.

¿POR QUÉ PODEMOS VER A TRAVÉS DE UN CRISTAL Y NO A TRAVÉS DE LAS SUBSTANCIAS DE QUE EL CRISTAL SE COMPONE?

Conviene observar, ante todo, que el cristal no es preciso que sea transparente, como todos sabemos; y estamos acostumbrados a ver que, bajo la forma de vidrio para piso o solería, es tan sólo *translúcido*, porque deja pasar la luz, pero desparramándola en tal forma, que no es posible ver los objetos que la reflejan o emiten. Mas aun así, la diferencia que hay entre ese vidrio y las substancias que lo forman, tales como la arena, es inmensa. La respuesta a esta pregunta es que la transparencia u opacidad de los cuerpos dependen de la manera como están dispuestas sus moléculas. Otras muchas substancias, además del vidrio, toman al fundirse una forma vidriosa; y en ellas las moléculas se hallan colocadas unas al lado de otras, de modo tan regular, que permiten que la luz pase por ellas. Todo cristal intercepta alguna luz, como nos lo demuestra el hecho de que las lentes de unos quevedos arrojen sobre el papel blanco una sombra ligeramente verdosa; lo cual nos indica que el cristal no tiene el mismo grado de transparencia para los diversos rayos de luz, y esto depende de la situación relativa de sus moléculas.

El cristal no arde cuando se le calienta, ni tampoco la arena de que se hace; porque, estando esta substancia quemada ya por completo, no puede arder nuevamente.

¿POR QUÉ SENTIMOS A VECES DOLOR EN EL COSTADO CUANDO CORREMOS MUCHO?

Cuando corremos necesitamos que el oxígeno de nuestra sangre se renueve rápidamente, porque nuestros músculos hacen gran consumo de él. Por consiguiente, nos es preciso respirar profunda y rápidamente, lo cual hace que trabaje con exceso ese importante músculo que nos hace respirar, conocido con el nombre de diafragma, del cual ya hemos tratado. Este músculo, aunque ancho y vigoroso, es bastante delicado en ciertos puntos. Hállase ligado a la superficie interior de cada una de las seis costillas inferiores, a cada lado del cuerpo, por

fajas de fibras bastante finas. Estas mismas costillas son a su vez movidas por músculos colocados entre cada dos de ellas; de suerte, que el dolor o punzada que sentimos se explica, a nuestro entender, porque como las costillas se mueven con rápidez y violencia cuando respiramos de prisa y profundamente, a veces alguna ligadura del diafragma se distiende demasiado, ocasionándonos el dolor que sentimos.

Con frecuencia nos sobresaltamos sin motivo creyendo que esta punzada nos es perjudicial; por el contrario, es un aviso que recibimos para que no causemos daño excesivo a estas fibras ya un poco distendidas. Si nos detenemos, descansan; y cuando nuevamente emprendemos la carrera, tomamos probablemente de una manera instintiva, ciertas precauciones para que no trabajen tanto dichas fibras. El que es perito en la carrera nunca siente esta punzada, porque su larga práctica le ha enseñado a utilizar todos los músculos de la respiración, de un modo conveniente y adecuado, a fin de que todos ellos trabajen por igual, y no caiga sobre uno determinado todo el peso del trabajo, cuando tiene que forzarlos.

¿CUÁL ES LA CAUSA DE LA MUERTE?

En los seres humanos, la causa principal de la muerte es la enfermedad; hecho importantísimo, que nunca debemos olvidar, porque ofrece notable contraste con el mundo animal. Con nuestra inteligencia, nuestras leyes, y nuestros hábitos de vida, hemos abolido casi por completo la muerte por hambre y por asesinato. Por lo tanto, salvo algún accidente fortuito, deberíamos morir de senectud, si, por una razón o por otra, no estuviésemos expuestos a una porción de enfermedades, que, prácticamente, puede decirse que padecen todos los seres vivientes. Empieza a descubrirse actualmente que nosotros mismos nos acarreamos casi todas las enfermedades, por la sencilla razón de que hacemos muchas cosas que no son naturales, y que los animales y plantas se abstienen de ejecutar. Comemos sin tener ganas, y engañamos nuestro apetito con golosinas, dañando de esta suerte los órganos que digieren los alimentos. Bebemos grandes cantidades de alcohol, substancia que no prueba ningun animal. Vivimos rodeados de aire impuro, privados de luz y frescura, mientras nuestros perros y ganados, que no tienen mayor necesidad de aire puro y de luz que nosotros, viven al aire libre y al sol. Producimos y respiramos humo, descuidamos de un modo lamentable nuestro propio sueño, y cometemos otros cien desaciertos, cuyo castigo son las enfermedades. La lección más importante que el estudio de la vida nos enseña, es que las enfermedades son casi exclusivamente peculiares al hombre, quien se las acarrea a sí mismo, y las cuales podrían abolirse, y se abolirán, sin duda, el día en que el hombre se decida a imitar la sabiduría que todos los animales despliegan en el arreglo de su vida; aun los mismos animales domésticos han tomado ya algunos malos habitos de los nuestros.

¿POR QUÉ NOS MORIMOS?

Por ley natural, hablando aquí como naturalistas y no como teólogos, la muerte es la condición general de la vida, y hasta podría decirse que principia con ésta, de modo que, aun cuando los hombres aprendan a evitar las enfermedades, y la muerte por senectud sea tan común como rara es actualmente, todavía subsistirá el gran hecho de la muerte; y aunque ésta llegara a ser una cosa muy diferente de la muerte de nuestros días, cuyo distintivo más terrible es el venir demasiado pronto, casi siempre quedaría por resolver el mismo problema que ha preocupado a todas las personas estudiosas en todas las edades. Si fijamos la atención, no en la vida del hombre exclusivamente, sino en la vida toda de la tierra, tal vez podamos empezar a entrever una contestación satisfactoria.

Por otra parte, parece como si la muerte fuese una condición necesaria para que se reproduzca la vida; fácil es ver que toda muerte es principio de

nueva vida sobre la tierra; que nada, en realidad, se consume ni se pierde; y, que si no fuera por la muerte y los nacimientos, la vida nunca hubiera podido desarollarse en los más humildes animales y plantas, desde sus más bajos principios, hasta lo que es actualmente. Y aun en nuestras mismas vidas podemos observar que existen grandes compensaciones por la muerte. Lo mejor que existe en la vida es la paternidad, los niños y la infancia. Si no existiese la muerte, tampoco habría nacimientos, porque no habría lugar para los niños, y un mundo sin niños tal vez no fuera digno de que viviésemos en él.

La cuestión del sustento es, indudablemente, la primera para todos los seres vivientes. El aire es igualmente necesario, pero puede obtenerse siempre en todas partes; la comida no abunda de igual modo. La causa más común de la muerte entre los seres inferiores, sean plantas o animales, es el hambre, la cual afecta más especialmente a los nuevos vástagos de estos seres, la mayor parte de los cuales mueren de inanición.

¿CUÁL ES LA CAUSA DE QUE MUERAN LOS SERES INFERIORES?

Otra causa de muerte, además de la falta de alimento, entre los seres inferiores, es el asesinato, si se nos permite que le demos un nombre tan repugnante. Este no es muy aplicable al mundo vegetal, pues las plantas, por lo general, no viven unas a costa de las otras; pero un número enorme de plantas nuevas mueren devoradas por los animales y cierto número de animales mueren, porque sus cuerpos son invadidos por plantas diminutas que medran a costa de ellos. En el mundo animal las distintas especies se devoran sin cesar unas a otras para procurarse el sustento. No debemos creer que esto constituya un proceso cruel que envuelva terribles dolores, porque no es así, en realidad. Los animales no sufren el dolor en la proporción que nosotros, y su muerte es, por regla general, dulce y benigna. Una sola criatura humana padece durante el curso de su vida y su muerte muchos más dolores y angustias que muchos animales juntos. Lo que llamamos enfermedad, cosa mucho más dolorosa y cruel que el hecho de ser muerto de una manera instantánea, equivale a muchas muertes entre los seres inferiores. La muerte, pues, en el hombre, tal como en el estado presente la padecemos, tiene todos los caracteres de un castigo.

¿POR QUE LIMPIA EL AMONÍACO LOS OBJETOS?

El amoníaco es realmente un gas, pero, a semejanza de otros gases, puede disolverse en el agua, siendo más *soluble*, como en química se dice, en el expresado líquido que ningún otro gas. A la solución en agua del gas amoníaco suele, por lo común, designársele con el nombre de amoníaco, y se le usa con gran frecuencia para limpiar muchos objetos. Y aun no faltan personas que agregan al agua en que se bañan cierta cantidad de lo que suele llamarse, aunque no con mucha corrección, «amoníaco líquido», porque creen que los deja más limpios. Insistimos en que el nombre de «amoníaco líquido» no es correcto, porque se trata simplemente de agua que contiene una cantidad de gas amoníaco en disolución, como acabamos de ver.

El amoníaco limpia algunas cosas mucho mejor que el más fuerte jabón; pero tiene tanta fuerza, que no podemos emplearlo para todo. La razón de que el amoníaco tenga tanta eficacia para quitar manchas, es, en primer lugar, que, como todos los álcalis, posee la propiedad de disolver las grasas y aceites, como dijimos ya al hablar de los jabones ordinarios. Pero el amoníaco es diferente de todos los demás álcalis, porque, siendo un gas, penetra por los poros e intersticios de los objetos, no dejando, de esta suerte, partícula alguna de grasa, por escondida que esté, y siendo, por consiguiente, un limpiador ideal.



LOS REVOLUCIONARIOS FRANCESES

HACE unos 130 años, ocurrieron en el reino de Francia grandes agitaciones, y se produjeron cambios violentos. La monarquía francesa fué convertida en república, de modo que en adelante dejó de haber un rey al frente de los negocios públicos, pues decíase que cada país debe ser regido según la voluntad de todas las gentes que en él viven, y no según los deseos de un solo hombre o de los pocos que tienen riqueza y poder. Pero no pasó mucho tiempo sin que los franceses se vieran de nuevo regidos por la voluntad de un solo hombre: el Emperador Napoleón Bonaparte, del cual hablamos en otros lugares de este libro.

Pero los cambios que antes de esto ocurrieron, constituyen la historia de la llamada Revolución Francesa. Algunos de estos cambios en el gobierno del país y en la vida del pueblo han continuado hasta el tiempo presente en la misma Francia, y en gran parte han sido adoptados desde aquel tiempo en otros países de Europa.

Ahora vamos a decir algo acerca de los hombres y mujeres que hicieron esta revolución, o trataron de impedirla; mas, bien poco comprenderemos acerca de los mismos, si ante todo no intentamos reconstruir en nuestra imaginación el estado de cosas que acabó por impulsar al pueblo a adoptar una resolución tan radical, que prefiriese arrostrar toda suerte de desdichas antes que dejar las cosas como estaban. En Francia el rey y sus ministros podían hacer casi cuanto les venía en gana, mientras no tocasen a los privilegios del clero o de los nobles.

Pero la masa del pueblo sufría gravemente por razón de tantos privilegios; porque en el campo los labriegos eran casi esclavos de los grandes terratenientes, a los que se llamaba «los señores». Y en casi todo el país, excepto en la Bretaña y en el distrito llamado La Vendée, nadie se cuidaba en lo más mínimo de las necesidades ni de los sufrimientos del paisanaje; y mientras los señores y el clero estaban libres de tributos, los labriegos eran obligados a pagar onerosos impuestos al Estado y tributos feudales a los señores, que algunas veces consistían en dinero y otras veces en productos de sus tierras. Además, debían trabajar para los señores sin paga ninguna. Había mucha gente que ya de tiempo atrás venía proclamando que todo esto era muy injusto, que la civilización era una farsa, y que los hombres serían mucho más felices, viviendo en lo que llamaban estado natural, sin leyes ni gobierno de ninguna clase.

Propagábase la doctrina de que todos

debían proceder a un nuevo acuerdo o contrato social, en cuya virtud los asuntos públicos se resolvieran siempre por la voluntad del pueblo; y que no debería haber reyes o señores o gentes privilegiadas, sino que todo se arreglaría según los acuerdos que la masa del pueblo creyese mejor. Esta doctrina se hizo muy popular.

Todos los señores pertenecían a un grupo de grandes familias que se mantenían en un nivel muy por encima del pueblo ordinario. Algunos, muy pocos, de esos aristócratas, eran partidarios de las nuevas ideas. El rey no tenía bastante dinero, a causa, sobre todo, de los grandes gastos ocasionados por una guerra con Inglaterra, y le fué aconsejado que reuniera una Asamblea de los tres Estados—como se llamaban a los nobles, al clero y al pueblo,—a fin de consultarles acerca de lo que convenía hacer. En este tiempo había dos hombres que se hicieron famosísimos como caudillos del pueblo, ambos pertenecientes a familias aristocráticas: Mirabeau y Lafayette.

LOS DOS HOMBRES QUE HUBIERAN PODIDO SALVAR A FRANCIA DEL TERROR

Fué un gran infortunio que estos dos hombres no pudiesen ser amigos, pues lo que ambos deseaban era establecer en Francia un gobierno en que la voz del pueblo fuese oída, dejando, con todo, al rey y a sus ministros, una buena parte del poder. Ambos habían aprendido mucho en Inglaterra y en América, pues Lafayette, cuando sólo contaba veinte años, había servido a las órdenes del gran Jorge Wáshington, en la guerra que terminó con la separación de los Estados Unidos, de Inglaterra, y Mirabeau había vivido algún tiempo en la Gran Bretaña, viendo allí cómo es posible para la justicia y la ley, dirigir sin opresión, y para el rey y el pueblo, participar a la vez del gobierno. Y lo más mínimo de lo que uno y otro deseaban hubiera producido un cambio tal en Francia, que ni la corte ni la mayoría de la nobleza ni el clero hubieran continuado siendo objeto de odios y envidias. Y tal vez lo más triste sea, que si el rey Luis se hubiera portado con más prudencia, y hubieran trabajado los tres juntos, habrían hecho pacíficamente la misma revolución, estableciendo en Francia un gobierno justo.

EL BUEN REY LUIS, QUE ESCUCHABA A MALOS CONSEJEROS

Luis era personalmente un buen hombre, deseoso de hacer cuanto fuera razonable y justo. Era también valeroso. Pero no se distinguía por su inteligencia, ni poseía el buen sentido de otros reyes, de escoger buenos consejeros y fiarse de los mismos. En vez de esto, escuchaba a gentes que le aconsejaban mal, y no supo ver más que un grave daño en los cambios que Mirabeau y Lafayette pidieron, cuando los Tres Estados fueron reunidos en los llamados Estados Generales, y luego, Asamblea Nacional. Parecíale que suprimir los privilegios de la nobleza y del clero sería un robo, y que lo que le correspondía a la masa del pueblo era, no gobernar, sino obedecer a sus superiores. La Reina, María Antonieta, también pensaba así.

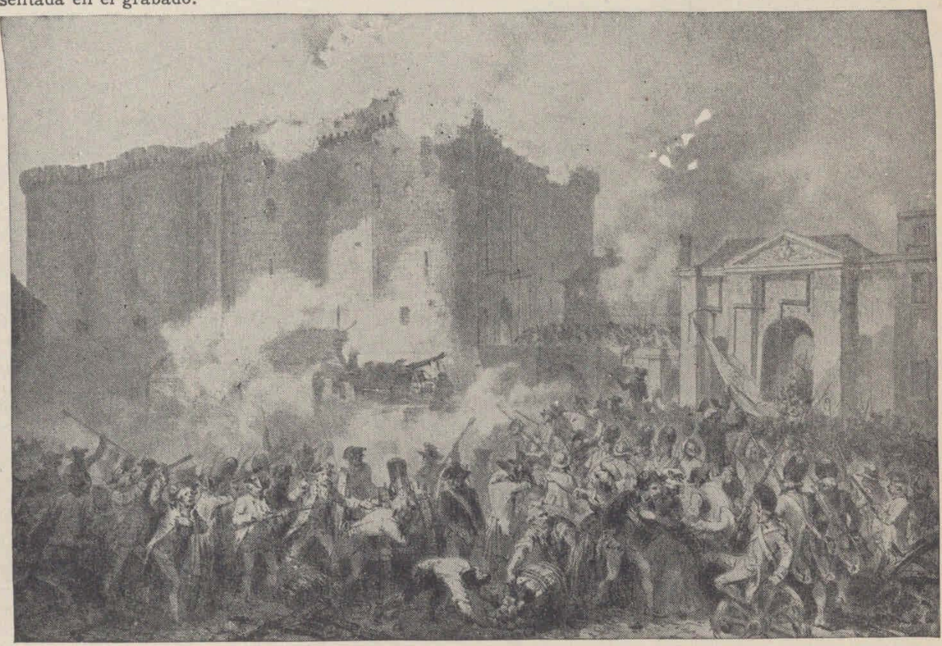
Mirabeau sabía mejor que nadie en Francia lo que era necesario. Llevaba privadamente una vida desordenada; sus crecidísimas deudas ponían en contra suya gran número de gente; y era de carácter dominante y poco accesible a las amistades. Poseía, en cambio, gran elocuencia; y solía suceder que, cuando la Asamblea se había reunido con un propósito, él a veces la arrastraba a un acuerdo absolutamente contrario. A los que se mostraban tímidos y vacilantes, los trocaba en animosos y resueltos; y así su influencia fué mucha, por más que, en realidad, la gente se mostraba recelosa del brillante orador.

Era llamado el Tribuno del Pueblo, porque pedía resueltamente lo que consideraba que al pueblo era debido, y porque declaraba que las « clases privilegiadas » debían ser desposeídas de sus privilegios y pagar su parte de tributos.

CÓMO MIRABEAU INTENTÓ APROXIMAR EL REY AL PUEBLO

Pero veía también, que muchos miembros de la Asamblea no tenían la

Al principio de la Revolución Francesa, los representantes de la *Commune* reuniéronse para dictar leyes. El rey prohibió las sesiones, pero los conjurados reunidos en la sala del juego de pelota, bajo la presidencia de Bailly, juraron no separarse hasta no haber dado una Constitución a Francia. Esta es la escena representada en el grabado.



A pesar de haber sido la Asamblea Constituyente, como se llamaba al Parlamento, reconocida por el rey, éste y los nobles no dejaron de maquinar contra la causa del pueblo, el cual, finalmente, levántose en armas, y a él se unieron algunas de las tropas del rey. En 14 de Julio de 1789, fecha de perpetuo recuerdo en la historia de Francia, tomaron la Bastilla, la lóbrega fortaleza de París, y arrasáronla por completo.

menor idea de lo que significaba orden y justicia sociales. La Asamblea no era idónea para constituirse en gobierno; quería revestirla de poder, sí, pero sabía que el único modo de evitar acontecimientos terribles era que el poder pasara en realidad a sus propias manos. Quería la confianza del pueblo, y la del rey; mas lo que al fin ocurrió fué que, mientras el rey le creía del lado del pueblo y contra la corona, el pueblo, y los que más influencia tenían sobre éste, acusábanle de estar del lado del rey, cuando la verdad es que todos sus esfuerzos dirigíanse a unir pueblo y corona, para el bien de ambos.

Varias de las reformas que Mirabeau proponía fueron implantadas, mas ya no hubo posibilidad de poner al rey y al pueblo en inteligencia, después de su muerte, que acaeció al poco tiempo de haber empezado los trastornos, pues la inmensa cantidad de trabajo que quiso asumir, quebrantóle grandemente, y tan pronto como cayó enfermo, la muerte le arrebató muy de prisa.

Lafayette tenía un carácter muy diferente. Era un caballero muy popular y de elevado espíritu, que había cobrado gran fama como soldado, combatiendo en América. Después de haberse reunido los Estados Generales y convertídose en Asamblea Nacional, comenzó a ser muy difícil mantener el orden, porque la excitación reinaba en todos los ánimos.

LAFAYETTE, QUE PRETENDIÓ MANTENER EL ORDEN EN PARÍS Y DESCONTENTÓ A TODOS LOS PARTIDOS

Así las clases ilustradas de los ciudadanos de París se alistaron como soldados en la que se llamó Guardia Nacional, para mantener el orden, siendo Lafayette nombrado general de la misma. Era muy popular entre estas milicias, y algunos comenzaron a sospechar que Lafayette intentaba hacerse dueño de la situación con ayuda de sus soldados, como Julio César en Roma. Además, no era fácil que la masa del pueblo creyese que un caballero tan fino como Lafayette se cuidara de él; por otra parte, la nobleza le odiaba, por considerar que había desertado de su lado; y la reina y la corte mirábanle con malos ojos, porque pensaban que trataba de hacerse dictador. Por último, cuando hubo un gran tumulto, y Lafayette tuvo que ordenar a sus soldados que atacasen a la turba, creció aún el disgusto popular contra él, y encontróse con que sus soldados obedecíanle tan sólo a medias. Procuró siempre evitar toda violencia; mas no podía arrastrar a los hombres como Mirabeau, cuya elocuencia se llevaba tras sí hasta a los que no le eran afectos. Así, pues, desde que los más violentos comenzaron a imponerse, Lafayette ya no mandó la Guardia Nacional. Más tarde, cuando Francia declaró la guerra a Austria y Prusia, fuéle confiado el mando del ejército francés; pero en París crecían de tal modo los disturbios, que Lafayette pensó en retirar a la capital las tropas francesas; al ver que esto era imposible, renunció el mando y salió del país.

LAFAYETTE AYUDÓ AL RESTABLECIMIENTO DE LA MONARQUÍA EN FRANCIA

Hecho prisionero por los austriacos, Lafayette estuvo cautivo algunos años. Más tarde, contribuyó a la restauración de la monarquía borbónica y, al fin de su larga vida, tomó parte en otra pequeña revolución, cuando los Borbones fueron derribados del trono y Luis Felipe hecho rey en su lugar.

Consideremos ahora la trágica historia del rey y la reina. Luis XVI era de ánimo bondadoso, y hubiera de buen grado concedido mayores libertades al pueblo; pero los que le rodeaban repetíanle de continuo que si en algo cedía, ya no recobraría jamás su poder: y Luis pensó que un rey no tenía derecho a renunciar a sus prerrogativas. Así nunca acertó a decidirse, ni a creer a Mirabeau, ni a conquistarse otro de los caudillos del pueblo, ni, por otro lado, a adoptar gallardamente la actitud de un monarca resuelto a imponer que se respetara su voluntad. En cierto modo era valeroso, pero faltábale esa otra clase de valentía por la que un hombre se resuelve a un plan de acción, lleno de

LA FAMILIA REAL, PRESA POR LAS TURBAS



Apresados por las turbas el rey y la familia real y llevados de Versalles a París, intentaron huir a favor de la noche, pero reconocidos los reales fugitivos, en Varennes, fueron detenidos. Tal es la escena de este grabado.

El rey y la familia real, después de su intento de fuga, fueron devueltos a París y estrechamente custodiados en el Palacio de las Tullerías. Capitaneadas por feroces demagogos, las turbas tornábanse cada vez más violentas, y en 20 de Junio 1792, aniversario del juramento de la primera Asamblea, cuarenta mil hombres y mujeres del pueblo, encamináronse a las Tullerías, hicieron irrupción en el palacio e insultaron a la familia real.

Envalentonados por su creciente poder, y exasperados por las locas amenazas de los nobles y príncipes que habían podido huir de Francia, los caudillos del pueblo decidieron trasladar a la familia real al estrecho encierro del Temple, como se ve en el grabado, y quitar la vida a todos los aristócratas. En dos o tres días fueron asesinados más de mil de prisioneros, sin que nadie supiera cuándo se verían libres de la terrible guillotina.



Por último, en 21 de Septiembre 1792, la monarquía fué abolida en Francia y proclamada la república. Poco después, el rey fué separado de su familia, conducido a juicio y decapitado. El terror reinaba en todo su apogeo, y al año siguiente, la reina María Antonieta fué asimismo juzgada y condenada a muerte.



En la revolución francesa, tan pronto como un grupo de hombres alcanzaba el poder, era aniquilado por otro grupo más extremo. El partido más sediento de sangre era el de los jacobinos, que aniquilaron a un partido múcho más idóneo, el de los girondinos. Uno de estos girondinos fué Madame Roland, mujer bella e inteligente, que hizo mucho para encauzar la Revolución. Pero fué encerrada por los jacobinos en la cárcel de Santa Pelagia, y luego decapitada. En el cadalso exclamó: « ¡Oh libertad, qué crímenes se cometen en tu nombre! »



Los girondinos habían sido aliados de los jacobinos, y juntos derribaron la monarquía. Pero en las espantosas matanzas de presos por los jacobinos, los girondinos no tuvieron parte ninguna; en realidad, habían intentado evitar el derramamiento de sangre. Luego, los jacobinos enviaron a los girondinos al patíbulo, en gran número, según se ve en este grabado. La turba de París gozaba en el espectáculo de las víctimas marchando al suplicio, y se mofaba de ellas al atravesar las calles, camino del cadalso.

riesgo, llevándolo a término a pesar de todas las dificultades.

EL REY Y LA REINA INTENTAN ESCAPAR DE FRANCIA

Poco después de la muerte de Mirabeau, el rey y la reina pensaron que lo mejor que podían hacer era huir de Francia, y quizás otros reyes los ayudarían a recobrar su trono, pues la reina era hermana del Emperador de Austria.

Hicieron los preparativos en secreto, y huyeron de noche de París, en un carruaje, haciéndose pasar por un simple caballero con su esposa. Pero en un lugar cerca de la frontera, el rey fué reconocido al salir del coche, y detenido con su familia, se le envió con la misma a París, donde se les retuvo prisioneros. Luis aceptó la nueva Constitución, o reglas para el gobierno del país, que la Asamblea había preparado, y así continuó siendo rey. Convocóse una nueva Asamblea, pero el rey no tuvo a su lado individuos idóneos a quienes pudiera nombrar ministros suyos; y los más inteligentes que escogió, siempre quisieron hacer valer su voluntad por encima de la del monarca. Por entonces el Emperador de Austria y el Rey de Prusia amenazaron con intervenir, y Luis vióse obligado a declararles la guerra. Entre tanto, los jacobinos (nombre de un club o asociación política) excitaban el sentimiento popular contra la monarquía, de modo que París andaba cada día más revuelto.

LAS TURBAS ASALTAN EL PALACIO Y PONEN AL REY EL GORRO FRIGIO

Un día hubo una gran manifestación que fué a parar al real palacio de las Tullerías; y el rey de Francia tuvo que ponerse en la cabeza el gorro frigio de la libertad. La reina, asimismo, se vió forzada a poner otro en la cabeza del pequeño príncipe real, heredero del trono. Por entonces no se le hizo al monarca daño alguno; pero al llegar malas nuevas de la guerra, y proclamar los prusianos que París sería castigado si se tocaba al rey, el pueblo se enfureció. El palacio real fué asaltado por una turba sedienta de sangre, y los valientes guardias suizos, que lo defendieron tenazmente, fueron destrozados. Pero el rey y la reina habían huído con el resto de la familia real, refugiándose en la Asamblea. Luego, vino otra nueva Asamblea, llena de jacobinos, y de otros que querían una república, llamados girondinos; y la nueva Asamblea proclamó que Francia desde entonces era república, y el rey y la reina simples ciudadanos. Antes de esto, los jacobinos habían dado muerte a un gran número de realistas, o partidarios del rey, que habían sido encarcelados, en las llamadas matanzas de Septiembre. Seguidamente llevóse al rey a juicio. Fué juzgado por su misma Asamblea y condenado a muerte.

UN PRÍNCIPE REAL QUE VOTÓ POR LA MUERTE DEL REY

Luis mostró una dignidad y una entereza reales. Fué decapitado con el instrumento llamado *guillotina*, cuyo uso habíase extendido en Francia por aquel tiempo. Un primo del rey, el príncipe Felipe de Orleáns, fué uno de los que votaron su muerte.

La infeliz reina y sus hijos permanecieron presos largo tiempo. María Antonieta es acreedora a una gran piedad, pues si bien no siempre había sido juiciosa, cuando el infortunio cayó sobre ella portóse con gran magnanimidad; y siempre se ha contado entre los hechos más inicuos de los jacobinos el haberla enviado a la guillotina, cerca de un año después que a su esposo.

No había cumplido aún cuarenta años al ser ajusticiada; pero los largos y terribles meses de angustia, habíanle transformado de tal modo, que parecía una anciana. Al subir al trono de Francia era todavía una muchacha bella y encantadora, que nuncase había visto contrariada, a quien se había enseñado a dar por indiscutible que los reyes y las reinas tienen el derecho de hacer su voluntad; de modo que siempre animó al rey a resistir.

Es también famosa otra mujer, ésta del lado de la Revolución. El partido republicano estaba dividido en dos bandos, los jacobinos y los girondinos;

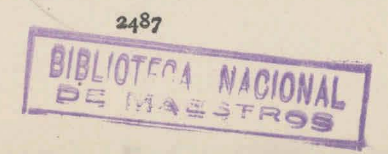
EL FIN DE LOS JEFES DEL TERROR



El más feroz de los protagonistas del Reinado del Terror fué Marat, uno de esos monstruos que la Naturaleza no produce sino de tarde en tarde. Sus mismos sangrientos compañeros le evitaban, y su sola aparición causaba terror. Una hermosa joven, llamada Carlota Corday, a cuyo amante, Marat había hecho asesinar en Caen, decidió librar a su país de aquel bandido. Marchó a París, fué a casa de Marat y lo mató en el baño.



Menos feroz, aunque no menos sediento de sangre, Robespierre fué por algún tiempo el jefe del Terror, y día tras día, por su orden, las víctimas caían bajo de la guillotina, hasta que por último él mismo fué denunciado, preso y pereció decapitado. Su muerte cerró el Reinado del Terror.



y de éstos los jacobinos eran los más feroces. Los girondinos querían una república como la de la antigua Roma; no deseaban destruir por sólo el placer de destruir.

LA NOBLE MADAMA ROLAND, QUE MURIÓ POR PRETENDER SALVAR LA VIDA DE OTROS

Entre los girondinos, Madama Roland tenía gran influencia; considerábasela como una mujer noble y de talento. Poco después de la muerte del rey, los jacobinos subieron al poder, derribando a los girondinos, que deseaban evitar el derramamiento de sangre. Muchos fueron arrojados a la cárcel, entre ellos Madama Roland; y otros muchos fueron enviados a la guillotina, a pesar de haber luchado ardientemente por la libertad. Y así ocurrió que Madama Roland murió del mismo modo que María Antonieta.

No nos queda mucho espacio para hablar de los hombres que cometieron los peores crímenes de la Revolución. Hay tres, a quienes comúnmente se cita juntos: a uno de ellos poco le faltó para haber sido un grande hombre. Tal fué Dantón, terrible, impávido, inhumano. Él motivó las matanzas de Septiembre, pensando que éste era el único medio de evitar un levantamiento de los realistas, en el preciso momento en que parecía que los ejércitos extranjeros marchaban sobre París. Y él fué quien pronunció esas feroces palabras, cuando los reyes de Europa parecían concentrar sus fuerzas para aplastar a la República Francesa: « A los reyes les arrojaremos la cabeza de un rey como trofeo de guerra »—significando que Luis sería decapitado. Pero después pretendió darse las manos con los girondinos, para detener el derramamiento de sangre, mas éstos no quisieron juntarse con él; de modo que tuvo que permanecer con los jacobinos, aunque se esforzaba siempre por contenerlos, no deseando matar sino cuando lo consideraba necesario para aterrar a los enemigos. De nuevo los más crueles de entre ellos prevalecieron, y Dantón, a su vez, fué enviado a la guillotina.

CÓMO UNA JOVENCITA LIBRÓ A FRANCIA DE UN TIRANO SANGRIENTO

El segundo de los tres tiranos era Marat, que se llamaba a sí mismo el « Amigo del pueblo », inconveniente en el hablar, sediento de sangre, siempre incitando a la muerte de los aristócratas. No murió en la guillotina, pues su perversidad encendió tal odio en el corazón de una muchacha, llamada Carlota Corday, que ésta creyó misión suya el libertar al mundo de tal monstruo. Así vino a París, y, admitida a hablar con él, sacó un puñal y le dió muerte; hecho por el cual ella también entregó su cabeza a la guillotina.

El tercero fué por algún tiempo el más poderoso de todos. Llamóse Maximiliano Robespierre, y era un hombrecillo de miserable aspecto, que, de haber permanecido en la vida privada, hubiera sido simplemente un ciudadano corriente. Pero bullíale en la cabeza una idea que estaba resuelto a poner por obra. Era ésta que la voluntad de lo que él llamaba « Pueblo Soberano » debía imperar, y que la manera de realizarlo era destruir cuanto se interpusiera en el camino: reyes y aristócratas, girondinos o jacobinos, hombres o mujeres, jóvenes o viejos. Asumió todo el poder en sus manos, hasta que, por último, semana tras semana, la guillotina llegó a ejecutar cincuenta personas cada día.

FIN DEL TERROR Y MUERTE DE ROBESPIERRE

Sus mismos partidarios, cansados y disgustados, lo derribaron del poder; y también él fué a la guillotina. Al caer su cabeza, los circunstantes lanzaron alaridos de alegría. Con su muerte, acabó el reinado del Terror, y el gobierno de la República Francesa pasó a manos de un grupo de individuos, formando el llamado Directorio. En otro capítulo de esta obra tratamos de cómo Napoleón Bonaparte, que primero había servido a la República, la derribó, proclamándose emperador.

AVENTURAS DEL BARÓN DE MÜNCHHAUSEN

III

QUINTA AVENTURA POR MAR

EL Gran Señor, a quien había sido presentado por los embajadores de SS. MM. los emperadores de Rusia y de Austria, como también por el rey de Francia, me envió al Cairo a una misión de la más alta importancia, que debía cumplir con el mayor sigilo.

En el camino tuve ocasión de aumentar el número de mis criados con algunos individuos muy interesantes. Hallándome a algunas millas apenas de Constantinopla, vi a un hombre alto y delgado que corría en línea recta con extremada rapidez, aunque llevaba atada a cada pie una masa de plomo que pesaba lo menos cincuenta libras.

—¿Adónde vas tan de prisa, amigo mío, por qué te embarazas los pies con ese peso?—le dije.

—He salido hace media hora de Viena, donde era criado de un personaje que me ha despedido, me contestó. No teniendo ya necesidad de mi rapidez, la modero por medio de este peso, porque la moderación favorece la duración, como solía decir mi preceptor. Este mozo me agradaba mucho, y le pregunté si quería entrar a mi servicio. Sin vacilación ninguna aceptó mi propuesta y con esto nos pusimos en camino, y pasando por muchas ciudades, recorrimos no pocos países. Andando, andando, vi luego, no muy desviado, un hombre tendido e inmóvil sobre la yerba, que aplicaba el oído al suelo.

—¿Qué escuchas ahí, amigo mío? le grité.

—Estoy oyendo crecer la yerba, por matar el tiempo, me contestó.

—¿Y la oyes en efecto crecer?

—¡Ya lo creo! ¡No faltaba más!

—Entra, pues, a mi servicio, amigo ¿quién sabe lo que te puede valer un oído tan fino?

El hombre se levantó y me siguió.

No lejos de allí, vi en lo alto de un otero a un cazador que se echó su escopeta a la cara y disparó al cielo.

—¡Buena suerte! ¡Buena suerte, cazador! le grité. Pero ¿a qué diablos tiras? Yo no veo más que el cielo.

—¡Oh!—contestó,—pruebo esta carabina, que procede de Huchenreicher, de Ratisbona. Había allá en la veleta de la catedral de Estrasburgo un gorrión, que acabo de derribar.

Di un abrazo muy estrecho al tirador, y no omití medio para atraerlo a mi servicio; no hay para qué decirlo. Continuamos nuestro camino, y llegamos por fin al monte Líbano, donde encontramos, junto a un gran bosque de cedros, un hombre bajo y rechoncho, tirando de una cuerda que daba vuelta a todo el bosque.

—¿Qué haces ahí tirando de esa cuerda, amigo mío? pregunté al zafio.

Había venido a cortar madera de construcción, me contestó sencillamente, y habiéndome dejado en casa el hacha, procuro suplir la falta lo mejor que puedo. Y así diciendo, dió un solo tirón y echó abajo todo el bosque, cuya extensión era de una milla cuadrada, como si los cedros hubieran sido rosales. Ya comprenderéis que hubiera sacrificado mi sueldo de embajador, antes que dejar que se me escapara aquel mozo. Al poner los pies en territorio egipcio, se desencadenó un huracán tan formidable, que temí un momento ser barrido con mis caballos, criados y equipaje. A la izquierda del camino había una hilera de siete molinos, cuyas aspas giraban tan velozmente como el torno de la más activa hilandera. No lejos de allí había un personaje de una corpulencia digna de John Falstaff, y el cual tenía apoyado el índice en la ventana derecha de su nariz. Cuando vió nuestro apuro en la lucha que sosteníamos con el huracán, se volvió hacia nosotros

y se quitó respetuosamente el sombrero, a la manera de un mosquetero ante su coronel. El viento cesó como por encanto y los siete molinos quedaron inmóviles. En gran manera sorprendido ante un fenómeno que no me parecía natural, díjele al hombre:

—¡Eh! ¿Qué es eso? ¿Tienes los diablos en el cuerpo o eres tú el mismo diablo?

—Perdonadme, excelentísimo señor, me contestó; hago un poco de viento para mi amo el molinero, y temiendo que los molinos trabajaran con demasiada fuerza, me he tapado una ventana de la nariz.

—¡Pardiez! exclamé para mí. He aquí un precioso recurso. Este hombre te servirá a las mil maravillas, cuando de regreso a tu casa te falte aliento para referir las extraordinarias aventuras que has corrido en este viaje. Muy luego nos entendiamos, y el famoso soplador abandonó los molinos y me siguió igualmente. Tiempo era ya de llegar al Cairo. Luego que hube desempeñado mi misión, según mis deseos, resolví deshacerme de mi séquito, ya inútil, salvo mis recientes adquisiciones, y volverme sólo con estas últimas, como caballero particular. Como el tiempo era magnífico y el Nilo más admirable de lo que puede decirse, tuve el capricho de alquilar una barca y subir hasta Alejandría. Todo fué a pedir de boca hasta mediado el tercer día. Sin duda habéis oído hablar de las inundaciones anuales del Nilo. El tercer día, como acabo de deciros, comenzó el Nilo a crecer con extremada rapidez, y el día siguiente todo el campo estaba inundado en muchas millas de extensión. El quinto día, después de puesto el sol, se embarazó mi barca en algo que yo tomé por un cañaveral. Pero al día siguiente nos encontramos rodeados de almendros cargados de fruto perfectamente maduro y excelente para comer. La sonda nos indicó sesenta pies de fondo; y no había medio de avanzar ni retroceder. A cosa de las ocho o las nueve, según pude juzgar por la altura del sol, sobrevino una ráfaga que volcó nuestra barca, y cargada de agua, la echó a pique inmediatamente.

Afortunadamente, ninguno de nosotros, que éramos ocho hombres y dos niños, pareció en el naufragio, agarrándonos a las ramas de los árboles, bastante fuertes para sostenernos, aunque no para soportar el peso de nuestra barca. En esta situación permanecimos tres días, viviendo exclusivamente de almendras: no hay que decir que teníamos en abundancia con que apagar la sed. Veintitrés días después de este accidente, comenzó el agua a decrecer con la misma rapidez con que había crecido, y el veintiséis pudimos poner el pie en tierra.

Según los cálculos más exactos, nos habíamos desviado de nuestra dirección más de cincuenta millas. Al cabo de siete días llegamos al río, que había entrado ya en su lecho, y contamos nuestra aventura a un bey, que proveyó a todas nuestras necesidades con la mayor solicitud, poniendo su propia barca a nuestra disposición. Seis jornadas de viaje nos llevaron a Alejandría, donde nos embarcamos para Constantinopla, donde fuí recibido con los brazos abiertos por el Gran Señor, quien me colmó de distinciones y favores.

SEXTA AVENTURA POR MAR

Terminada la narración de su viaje a Egipto, se dispuso el Barón a irse a acostar; mas hubo de satisfacer la porfiada insistencia de sus amigos, y consentir en referirles algunos rasgos de sus singulares criados, continuando en estos términos:

Desde mi vuelta de Egipto, estaba yo en la mayor privanza con el Gran Turco, hasta el punto de que su Sublime Majestad no podía vivir sin mí, teniéndome todos los días convidado a comer y a cenar.

Debo confesar, señores, que con el emperador de los turcos se come admirablemente, pero en cuanto a beber, ya sabéis que Mahoma prohibe el vino a los fieles.

Por supuesto, el abstenerse de este licor es cosa que se practica en público solamente; pues, mal que pese a Mahoma y al incomunicable Alah, más de

TENÍA APOYADO EL ÍNDICE EN LA VENTANA DERECHA DE LA NARIZ

un turco entiende tanto como un prelado alemán en esto de destripar botellas. En este número podía contarse el Sultán.

En estas comidas, no se veía en la mesa ni una gota de vino; pero cuando nos levantábamos de la mesa, ya esperaba al sultán un buen frasco de lo mejor, en su gabinete privado.

Una vez tuvo el Gran Señor la dignación de hacerme una seña para que lo siguiera; y dándome yo por entendido, seguí sin demora sus huellas. Luego que estuvimos a puerta cerrada, sacó de un armario una botella y me dijo:

—Munchhausen, sé que vosotros, los cristianos, sois muy competentes en vinos: he aquí una botella de *tokay*, única que poseo; pero estoy seguro de que en tu vida has probado cosa mejor ni parecida.

Y diciendo esto, llenó su vaso y el mío, y los apuramos.

—¿Qué tal, amigo mío? me preguntó sonriendo. Es superfino ¿eh?

—Es bueno, le contesté; pero, con permiso de vuestra Sublime Majestad, le diré que he bebido vinos mejores que ese en Viena, a la mesa del augusto emperador Carlos VI. ¡Oh! ¡Si vuestra Majestad probara aquellos vinos!...

—Mi querido Munchhausen, replicó el sultán, no quiero desmentirte, pero no creo posible encontrar ya mejor *tokay*: me regaló esta única botella, como cosa inestimable, un señor húngaro que lo entendía.

—Dispensad, señor; pero ¿qué apostáis a que dentro de una hora os procuro yo una botella de *tokay* auténtico de la bodega imperial de Viena y con otra figura muy diferente de esta?

—¡Ah! ¡Munchhausen! Sin duda quieres chancearte conmigo, y esto me desagrada. Siempre te he tenido por hombre serio y veraz, pero ahora estoy por creer que me he engañado.

—En hora buena, señor. Aceptad la apuesta y entonces veremos. Si no cumplo mi promesa, y bien sabéis que soy enemigo jurado de los habladores, ordenad sin contemplación ninguna que me corten la cabeza. Y mi cabeza, señor, no es una calabaza.

—Acepto la apuesta, dijo el Sultán. Si a punto de las cuatro no está aquí la botella que me has prometido, mandaré que te corten la cabeza, sin misericordia, porque no gusto de dejarme burlar ni aun por mis mejores amigos. Al contrario, si cumples tu promesa, podrás tomar de mi imperial tesoro todo el oro, plata y piedras preciosas que el hombre más robusto pueda llevar encima.

Pedí recado de escribir y dirigí a la emperatriz María Teresa la carta siguiente:

« Vuestra Majestad tiene, sin duda, como heredera universal del imperio, la bodega de su ilustre padre. Me tomo la libertad de suplicaros tengáis la bondad de entregar al portador de ésta una botella de aquel *tokay* que tantas veces bebí con vuestro augusto padre. Pero sea del mejor, porque se trata de una apuesta en que expongo la cabeza.

« Aprovecho esta ocasión para asegurar a V. M. el profundo respeto con que tengo el honor de ser, etc., etc.

« BARÓN DE MUNCHHAUSEN ».

Como eran ya las tres y cinco minutos, entregué la carta, sin cerrar, a mi andarín, el cual se desató los pies y se disparó inmediatamente hacia la capital de Austria. Hecho esto, el Gran Turco y yo seguimos destripando la botella, mientras llegaba la de María Teresa. Dieron las tres y cuarto... las tres y media... las cuatro menos cuarto... ¡Y el andarín sin volver!... Confieso que comenzaba ya a sentirme mal, tanto más, cuanto que el Gran Turco dirigía de cuando en cuando los ojos al cordón de la campanilla, para llamar al verdugo. Tan mal me sentía ya, que el mismo Gran Turco me dió permiso para que bajara al jardín a tomar el aire, aunque acompañado de dos mudos que no me perdían de vista. Eran las tres y cincuenta y cinco minutos. Mi angustia era mortal, como podéis suponer. Sin perder tiempo envié a llamar a mi escucha y a mi tirador, los cuales no se hicieron esperar.

El primero se tendió en tierra y aplicó el oído para observar si venía o no mi andarín; y con gran despecho mío anunció

que el pícaro del corredor se hallaba muy lejos de allí, durmiendo a pierna suelta. Apenas oyó esto mi tirador, cuando corrió a un elevado terrado y, poniéndose de puntillas para ver mejor, exclamó:

—¡Por vida mía! Bien veo al perezoso: está tendido al pie de una encina, en los alrededores de Belgrado, con la botella al lado. Pero voy a hacerle cosquillas para que se despierte. Y esto diciendo, se echó la carabina a la cara y envió la carga al follaje del árbol. Una granizada de bellotas, hojas y ramas cayó sobre el perezoso durmiente.

Despertóse éste, en efecto, y temiendo haber dormido demasiado, siguió su carrera con tal precipitación y rapidez que llegó al gabinete del sultán con la botella de *tokay* y una carta autógrafa de María Teresa, a las tres y cincuenta y nueve minutos y medio. Tomando con ansiedad la botella, el Gran Señor probó su contenido con voluptuosa fruición.

—Munchhausen, me dijo, no llevarás a mal que conserve esta botella para mí solo. Tú tienes en Viena más crédito que yo, y puedes fácilmente obtener otra cuando la desees.

Con esto encerró la botella en su armario, se guardó la llave en el bolsillo y llamó a su tesorero.

—Es preciso, repuso, que pague yo ahora mi deuda, puesto que he perdido la apuesta. Escucha, dijo a su tesorero, deja a mi amigo Munchhausen tomar de mi tesoro tanto oro, perlas y piedras preciosas como el hombre más fuerte pueda llevar encima.

El tesorero se inclinó tan profundamente que hubo de tocar al suelo con los cuernos de la media luna que adornaba su turbante, en señal de acatamiento a la orden de su amo y señor, el cual me estrechó cordialmente la mano y nos despidió a los dos. Ya supondréis que no tardé un instante en hacer ejecutar la orden que el Sultán había dado en mi favor. Al propósito, envié a llamar a mi hombre fuerte, el cual acudió sin demora con su cuerda de cáñamo, y los dos fuimos al imperial tesoro. Os aseguro, que cuando salí de él con mi hercúleo criado, no quedaba allí gran cosa. Sin perder momento corrí con mi precioso botín al puerto, donde fleté el barco de más porte que pude hallar, y con la misma prisa hice zarpar, a fin de poner a buen recaudo mi tesoro, antes de que sobreviniera algún contratiempo.



Cuando el sultán supo lo ocurrido, se quedó estupefacto, y luego, arrepentido de su precipitación, ordenó a su gran almirante perseguirme con toda su armada. Dos millas apenas llevaba yo de delantera, cuando vi la flota de guerra turca venirse sobre mí a velas desplegadas, y confieso que volví a sentir mal segura mi cabeza. Pero allí estaba mi soplador.

—No tenga V. E. ningún cuidado por tan poco, me dijo.

Y se situó en la popa del barco de manera que una ventana de su nariz se dirigía a la flota turca, y la otra a nuestras velas. Después se puso a soplar con tal y tanta fuerza, que fué rechazada la flota al puerto con grandes averías, mientras mi barco alcanzó en pocas horas las costas de Italia.

Por lo demás, no saqué el mayor provecho de mi tesoro, como quiera que, a pesar de las afirmaciones contrarias del bibliotecario Jagemann de Weimar, la mendicidad es tan grande en Italia y la policía tan abandonada, que tuve que distribuir en limosnas la mayor parte de mi hacienda.

Pero he aquí, señores, la hora en que tengo la costumbre de acostarme. Así pues, buenas noches.

SÉPTIMA AVENTURA POR MAR

(*Narraciones auténticas de un camarada que tomó la palabra en ausencia del Barón.*)

Durante la ausencia del narrador, un amigo suyo, que lo había acompañado a Turquía, refirió que había no lejos de Constantinopla una enorme pieza de artillería de que hace mención en sus *Memorias* el barón Tott.

He aquí, poco más o menos, lo que dijo, si no me es infiel la memoria:

« Habían colocado los turcos un cañón en la ciudadela, no lejos de la ciudad, a la orilla del célebre río Simois. Era un formidable cañón de bronce, cuya ánima calzaba proyectiles de mil y cien libras de peso, por lo menos. Tenía yo gran deseo de disparar este monstruoso cañón, dice el barón Tott, para juzgar sus efectos. Todo el ejército temblaba a la idea de un acto tan audaz, pues se tenía por cierto que la conmoción derrumbaría la ciudadela y la ciudad entera. Sin embargo, obtuve el permiso que había solicitado. Se necesitaron nada menos que trescientas treinta libras de pólvora para cargar la pieza, y la bala que se le echó pesaba, como he indicado más arriba, sobre mil y cien libras. Al acercar el artillero la mecha al oído del monstruo, los curiosos que me rodeaban hubieron de retirarse a respetuosa distancia, y me vi negro para persuadir al bajá, que asistía al experimento, de que no había nada que temer. El mismo artillero, que a una señal mía debía aplicar la mecha, estaba extremadamente pálido y temblón. Yo me puse en un reducto y di la señal, y al mismo tiempo sentí un sacudimiento igual al que produce un terremoto. A unas trescientas toesas estalló el proyectil en tres fragmentos, que volaron por encima del estrecho, impulsaron las aguas a la orilla y cubrieron de espuma el canal en toda su longitud ».

Tales son, señores, si mi memoria me sirve bien, los pormenores que da el barón de Tott sobre el mayor cañón que ha habido en el mundo. Cuando visité yo este país con el barón de Munchhausen, la historia del barón Tott era aún citada como un ejemplo inaudito de valor y serenidad. Mi protector, que no podía llevar en calma que un francés hubiera hecho más que él, tomó el cañón al hombro, y después de ponerlo en equilibrio, saltó derecho a la mar y fué nadando con él hasta la orilla opuesta del canal. Por desgracia, tuvo la mala idea de lanzar el cañón a la ciudadela, para restituirlo a su lugar; digo por desgracia, porque en el momento de balancearlo como quien tirara a la barra, se le deslizó de la mano y cayó al canal, donde yace todavía y probablemente yacerá hasta el día del juicio final. Este asunto fué el que indispuso al barón con el Sultán. La historia del tesoro estaba ya olvidada, como quiera que el Gran Turco tenía bastantes rentas para llenar de nuevo sus arcas, y por invitación directa de él se hallaba otra vez en Turquía el Barón. Allí estaría aún probablemente, si la pérdida de aquella enorme pieza de artillería no hubiera enojado al Sultán hasta el punto de mandar que le cortaran la cabeza al Barón. Pero cierta sultana que tenía a mi amo en gran estima, hubo de avisarle esta sanguinaria resolución; más aun, lo tuvo oculto en su aposento, mientras el funcionario encargado de ejecutarlo lo buscaba por todas partes. Bajo tan alta protección, la noche siguiente huímos a bordo de un barco que se hacía a la vela para Venecia, y escapamos así dichosamente de tan inminente y terrible peligro. El Barón no gusta de recordar esta historia, porque esta vez no logró realizar lo que se había propuesto, y también porque estuvo en riesgo de dejar la piel en la empresa.

Sin embargo, como no es en manera alguna ofensiva a su honor, tengo yo el gusto de contarla en cuanto él vuelve la espalda. Ahora, señores, conocéis a fondo al Barón de Munchhausen, y creo que no tendréis ninguna duda sobre su veracidad.

REANUDA EL BARÓN DE MUNCHHAUSEN SU NARRACIÓN

Los amigos del Barón no dejaban de suplicarle que continuara la narración, tan instructiva como interesante, de sus singulares aventuras; pero estas súplicas fueron inútiles por algún tiempo. El Barón tenía la loable costumbre de no hacer nada sino a su capricho, y la más loable todavía de no dejarse desviar, por ningún pretexto, de este principio bien establecido.

Por fin, llegó la noche tan deseada, y una carcajada del Barón anunció a sus amigos que había venido la inspiración y que iba a satisfacer a sus deseos e instancias; y levantándose sobre el bien mullido sofá, Munchhausen, semejante a Eneas, comenzó a hablar en los términos siguientes:

Durante los últimos sitios de Gibraltar, me embarqué en una flota mandada por lord Rodney, y destinada a abastecer esta plaza. Quería yo hacer una visita a mi antiguo amigo, el general Elliot, que ganó en la defensa de esta fortaleza laureles que no podrá marchitar el tiempo. Después de haber dado algunos instantes a las primeras expansiones de la amistad, recorrí la fortaleza con el general, a fin de reconocer los trabajos y disposiciones del enemigo. Había llevado yo de Londres un excelente telescopio, comprado en casa de Dollond, y con ayuda de este instrumento descubrí que el enemigo apuntaba al bastión donde nos hallábamos, una pieza de a 36.

Con permiso del general, me hice traer una pieza de 48, que había en la batería inmediata, y la apunté con tal exactitud, que estaba seguro de dar en el blanco. Observé entonces con la mayor atención los movimientos de los artilleros enemigos y en el momento de aplicar la mecha a su pieza, hice yo la señal a los nuestros para que hicieran fuego. Las dos balas se encontraron a la mitad de su trayecto y chocaron con tan terrible violencia, que la bala enemiga volvió atrás rápidamente, y no sólo se llevó la cabeza del artillero que la había disparado, sino que decapitó también a diez y seis soldados más que huían hacia la costa de África. Antes de llegar al país de Berbería rompió los palos mayores de tres grandes buques que había en el puerto, anclados en línea recta, penetró doscientas millas inglesas en el interior del país, derribó el techo de una cabaña de campesinos, y, después de haberle arrancado a una pobre vieja que allí dormía, el único diente que le quedaba, se detuvo al fin en su tragadero. Su marido, que entró poco despues, procuró sacarle el proyectil, y no pudiendo conseguirlo, tuvo la feliz idea de hundírselo a golpe de mazo en el estómago, de donde salió algún tiempo después por el conducto natural. Pero, antes de esto, y mientras recorría su trayectoria, arrancó de su cureña la pieza apuntada contra nosotros y la arrojó con tal violencia contra el casco de un buque, que este último comenzó a hacer agua y se fué muy luego al fondo con un millar de marineros e igual número de soldados de marina que en él había.

Fué éste, a no dudarlo, un hecho extraordinario, y su explicación está en que el cañón había recibido doble carga de pólvora; y de aquí el maravilloso efecto producido por nuestra bala en la del enemigo y el alcance extraordinario del proyectil.

El general Elliot, para recompensarme de tan señalados servicios, me ofreció un despacho de oficial, que no quise aceptar.

Siendo yo muy aficionado a los ingleses, que son en verdad muy bravos, se me metió en la cabeza no abandonar aquella plaza sin haber prestado otro buen servicio a sus defensores, y tres semanas más tarde se me presentó una ocasión oportuna. Me disfracé de sacerdote católico, salí de la fortaleza a cosa de la una de la madrugada y logré pene-

trar en el campo enemigo por en medio de sus líneas. Después penetré en la tienda en que el conde de Artois había reunido a los jefes de cuerpo y gran número de oficiales para comunicarles el plan de ataque de la fortaleza, a la cual quería dar el asalto el día siguiente. Mi disfraz me protegió tan bien, que nadie pensó en rechazarme y pude así oir tranquilamente todo cuanto se dijo. Terminado el consejo, se retiraron todos a acostarse, y pude observar muy luego que todo el ejército, hasta los centinelas, estaban entregados al más profundo sueño. Sin perder tiempo puse mano a la obra, y desmonté todos los cañones, que eran más de trescientos, desde las piezas de 48 hasta las de 24, y fuí arrojándolas al mar y a distancia de unas tres millas. Terminado este trabajo, reuní todas las cureñas y cajas y demás enseres de artillería en medio del campo, y temiendo que el ruido de las ruedas despertara a los sitiadores, los fuí llevando yo bonitamente bajo el brazo. Todo esto hizo un montón tan elevado, lo menos, como el mismo peñón de Gibraltar.

Entonces tomé un fragmento de una pieza de hierro de a 48 y tuve al punto fuego chocándolo contra un muro, resto de una construcción arabesca y que estaba enterrada a veinte pies, lo menos, de profundidad: encendí una mecha y di fuego al montón. Olvidábaseme decir que había puesto encima del montón todas las municiones de guerra. Como había tenido cuidado de colocar abajo las materias más combustibles, las llamas se lanzaron muy luego arriba con pasmosa voracidad; y para desviar de mí toda sospecha, fuí el primero que dió la alarma.

El campamento enemigo se llenó de asombro; y se supuso que el ejército sitiado había hecho una salida y degollado los centinelas, habiendo podido así destruir tan fácilmente la artillería.

M. Drinkwater, en la memoria que hizo de este tan memorable sitio, habla de una gran pérdida sufrida por el enemigo a consecuencia de un incendio; pero no supo a qué atribuir su causa.

El conde de Artois, sobrecogido de terror, huyó con todos los suyos y, sin detenerse en el camino, llegó de un tirón a París. El espanto que les había causado este desastre fué tal, que no pudieron comer en tres meses, y vivieron simplemente de aire, a la manera de los camaleones.

Unos dos meses después de haber prestado tan señalado servicio a los sitiados, me hallaba yo almorzando con el general Elliot, cuando de repente penetró una bomba en la estancia y cayó sobre la mesa. No había tenido yo el tiempo necesario para enviar los morteros del enemigo a donde envié sus cañones. El general hizo lo que cualquiera hubiera hecho en semejante caso, y fué salir inmediatamente de la estancia. Yo cogí la bomba antes que estallara y la llevé a la cima del peñón.

Desde aquel observatorio, descubrí en la costa brava, no lejos del campo enemigo, una gran reunión de gente; y con mi telescopio reconocí que el enemigo se disponía a ahorcar como espías a un general y un coronel de los nuestros, que se habían introducido en el campamento para servir mejor la causa de Inglaterra.

La distancia era demasiado grande para que fuera posible lanzar a mano la bomba. Por fortuna, recordé que tenía en el bolsillo la honda de que se sirvió David tan ventajosamente contra el gigante Goliat, y poniendo en ella la bomba, la proyecté en medio del gentío. Al caer en tierra, estalló y mató a todos los circunstantes, excepto los dos oficiales ingleses, que por dicha de ellos, estaban ya colgados: un casco de la bomba dió contra el pie de la horca y la hizo caer al suelo.

En cuanto nuestros dos amigos pisaron tierra firme, procuraron explicarse tan singular acontecimiento; y viendo a los soldados, verdugos y curiosos ocupados en morirse, se desembarazaron recíprocamente del incómodo corbatín que les apretaba el cuello, saltaron a una barca española y se hicieron conducir a nuestros buques de guerra.

Algunos minutos después, cuando me

disponía yo a contar al general Elliot lo sucedido, llegaron ellos muy oportunamente, y después de un cordial cambio de cumplimientos y explicaciones, celebramos tan memorable jornada con la mayor alegría.

Ahora voy a explicaros cómo poseo yo un tesoro tan preciado como la honda de que acabo de hablaros. Yo desciendo, como acaso no ignoráis, de la mujer de Urías, que recibió el título de Condesa tres meses después de la muerte de su esposo.

Había ella oído hablar con frecuencia de esta honda como del objeto más precioso, y cuando abandonó el palacio del rey David, creyó conveniente llevársela consigo con pretexto de poseer un recuerdo de él. Pero antes de que mi abuela hubiese pasado la frontera, se echó de ver la desaparición de la honda y se enviaron seis hombres de la guardia real con el objeto de detenerla.

Perseguida la condesa, ésta se sirvió tan bien de la honda, que muy luego derribó a uno de los soldados que, más celoso que los otros, se había adelantado al frente de sus compañeros, precisamente en el mismo lugar en que Goliat fué herido por David. Viendo los guardias del rey caer muerto a su camarada, deliberaron y resolvieron con la mayor prudencia que lo mejor de todo era volver atrás a dar cuenta al rey de lo que pasaba. La condesa, por su parte, juzgó prudente a su vez continuar su viaje hacia el Egipto, llevándose consigo al destierro a su predilecto. Habiendo dado a éste la fertilidad de Egipto muchos hermanos, hubo la condesa de dejarle, por una disposición particular de su testamento, la famosa honda; y de él ha venido a mí en línea recta.

Mi padre, de quien yo heredé la honda, poco tiempo antes de mi partida para Gibraltar, me refirió lo que sus amigos le oyeron contar más de una vez y cuya veracidad no pondrá en duda ninguno de los que conocieron al digno anciano.

«En uno de mis viajes a Inglaterra, me decía, me paseaba una vez a la orilla de la mar, no lejos de Harwich, cuando de repente se lanzó a mí un caballo marino. No tenía yo para defenderme más que mi honda, con la cual le envié dos piedras, tan hábilmente dirigidas, que le vacié los dos ojos: le salté entonces encima, y acabalgando en él lo guié hacia la mar, porque al perder los ojos había perdido también toda su ferocidad, y se dejaba conducir como un cordero. Púsele la honda a manera de bridas y lo lancé al galope.

»En menos de tres horas llegamos a la orilla opuesta, habiendo hecho en tan breve espacio treinta millas de camino.

»En Helvoetsluys vendí mi cabalgadura por setecientos ducados al huésped de las *Tres Copas*, que exhibiendo tan extraordinario animal por dinero, hizo un bonito negocio. (Puede verse la descripción en Buffón.)

»El animal en que iba montado no nadaba, sino que corría con pasmosa rapidez por el fondo del mar, espantando millones de peces en un todo diferentes de los que solemos ver. Unos tenían la cabeza en medio del cuerpo; otros al extremo de la cola; algunos estaban ordenados en círculo y cantaban coros de belleza indecible; muchos construían con la misma agua edificios transparentes, rodeados de columnas gigantescas en que ondulaba una materia flúida y resplandeciente como la más pura llama.

»Los aposentos de estos edificios ofrecían todas las comodidades apetecibles para los peces de distinción; algunas de sus habitaciones estaban dispuestas y habilitadas para la conservación de la freza, y muchas otras espaciosas estancias estaban destinadas a la educación de los peces jóvenes. El método de enseñanza, según pude yo juzgar por mis propios ojos, porque las palabras eran tan ininteligibles para mí como el canto de los pájaros o de los grillos, presenta a mi parecer tantas relaciones con el empleado en nuestro tiempo en los establecimientos filantrópicos, que estoy persuadido que alguno de esos teóricos ha hecho un viaje análogo al mío y pescado sus ideas en el agua más bien que en el aire.

» Por lo demás, de lo que acabo de deciros podéis deducir que todavía queda al mundo un vastísimo campo abierto a la explotación y al estudio. Pero vuelvo a mi narración.

» Entre otros incidentes de viaje, pasé por una inmensa cadena de montañas tan elevadas, por lo menos, como los Alpes. Una multitud de gigantescos árboles de variadas esencias se agarraban a los flancos de las rocas. A estos árboles subían cabrajos, cangrejos, ostras, almejas, caracoles, tan monstruosos algunos, que uno solo de ellos hubiera bastado para la carga de un carro, y el más pequeño hubiera podido aplastar a un mozo de cordel.

» Todos los ejemplares de esta especie que vienen a nuestras costas y se venden en nuestros mercados no son sino miseria que el agua arranca de las ramas, como el viento hace caer de los árboles la fruta menuda. Los árboles de cabrajos me parecieron los mejor provistos, pero los de cangrejos y ostras los más corpulentos. Los caracoles de mar subían a unos matorrales que se hallan casi siempre al pie de los árboles de cangrejos y los envuelven, como hace la yedra con la encina.

» Observé también el singular fenómeno producido por un buque náufrago. A lo que me pareció, había chocado con una roca cuya punta estaba apenas a tres toesas por debajo del agua, y yéndose a fondo se había dormido sobre un árbol de cabrajos. A su caída, había arrancado algunos frutos, que fueron a caer en un árbol de cangrejos que había más abajo. Como esto pasaba en primavera y los cabrajos eran jóvenes, se unieron a los cangrejos, de que vino a resultar un fruto que participaba de las dos especies.

» Estaba, poco más o menos, a la mitad del camino, y me hallaba en un valle situado a quinientas toesas, lo menos, por debajo de la superficie del mar: allí comencé a sentir la falta de aire. Fuera de esto, mi posición estaba muy lejos de ser agradable, bajo muchos otros conceptos.

» Efectivamente, encontraba de vez en cuando grandes peces, que, a lo que podía juzgar por la abertura de sus bocas, no parecían sino muy dispuestos a tragarnos a los dos juntos. Continué, pues, galopando, a fin de ponerme cuanto antes en seco.

» Llegado que hube cerca de las costas de Holanda, y no teniendo ya más que unas veinte toesas de agua encima, descubrí a la esposa del capitán de un barco, que estaba medio ahogada. La salvé de una muerte cierta y la devolví a su esposo, bien a su pesar ».

Aquí solía acabarse la narración de mi padre, narración que me ha recordado la famosa honda de que os he hablado, y que después de haber sido conservada tanto tiempo en mi familia y haberle prestado tan señalados servicios, echó el resto en lo del caballo marino, sirviéndome además a mí para enviar, como he referido, una bomba al campo de los españoles.

Pero esta fué su última hazaña, pues se fué en gran parte con la misma bomba, y el pedazo que me quedó en la mano se conserva hoy en los archivos de nuestra familia, al lado de gran número de preciosas antigüedades.

Poco tiempo después salí de Gibraltar y volví a Inglaterra, donde corrí una de las más singulares aventuras de mi vida.

Había ido a Wapping a vigilar el embarque de varios objetos que enviaba a muchos amigos míos de Hamburgo. Terminada la operación, volví en el *Tower Warf*. Era medio día y estaba yo muy fatigado, y para sustraerme al ardor del sol imaginé meterme en uno de los cañones de la torre, a fin de tomar algún reposo, y apenas acostado me dormí profundamente.

Ahora bien, era precisamente el día primero de Junio, cumpleaños del rey Jorge III, y a la una en punto los cañones todos debían hacer salvas para solemnizar la fiesta real. Se habían cargado por la mañana, y como nadie podía sospechar mi presencia en un cañón, fuí lanzado por encima de las casas a la otra parte del río, y caí en el corral de una alquería, entre Bermondsey y

Deptford. Pero fuí a caer de cabeza en un montón de heno; donde quedé sin despertarme, lo que se explica por el aturdimiento del trayecto y de la caída.

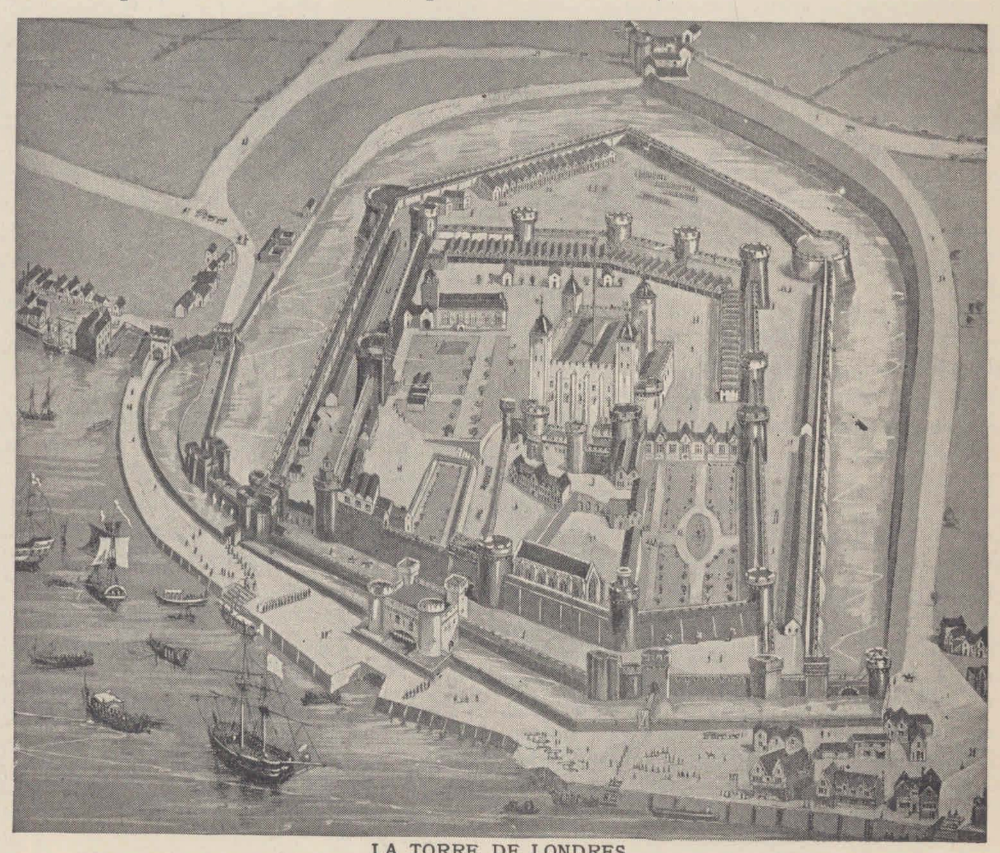
Cerca de tres meses después hubo de subir el precio del heno tan considerablemente, que el propietario creyó ventajoso vender su provisión de paja. El montón en que yo me hallaba era el mayor de todos, y representaba quinientos quintales, cuando menos. Por él, pues, se comenzó. El ruido de los hombres que arrimaron sus escalas para subir a la cima, me despertó por fin; y todavía sumergido en un semisueño, y sin saber dónde estaba, quise huir, y fuí precisamente a caer sobre el mismo propietario.

En esta caída no me hice el más ligero rasguño; pero el infeliz propietario no pudo decir otro tanto, pues quedó desnucado en el acto, bajo el peso de mi cuerpo.

Para tranquilidad de mi conciencia, supe después que el tal propietario era un infame judío, que acumulaba sus frutos cereales en su granero hasta el momento en que la carestía le permitía venderlos con un lucro exorbitante: de modo que su muerte no fué sino un justo castigo de sus crímenes y un servicio prestado al bien público.

Pero ¿cuál no fué mi asombro cuando, al volver enteramente en mi acuerdo, procuré enlazar mis ideas presentes con las que me ocupaban al dormirme tres meses antes? ¿Cuál no fué la sorpresa de mis amigos de Londres al verme reaparecer, después de las infructuosas pesquisas que habían hecho para encontrarme? Fácilmente podéis imaginarlo.

(*Continúa el relato en otra parte de esta sección.*)



LA TORRE DE LONDRES

HISTORIA DE UNA SIRENA

HACE muchos años que vivían un pescador y su esposa en una solitaria casa, a la orilla de un lago. Detrás de la casa se extendía un bosque encantado por el que atravesaba una carretera que seguía el pescador cuando marchaba al mercado de la ciudad vecina, donde vendía la pesca obtenida.

Grande fué la alegría que tuvieron ambos al nacerles una niña; y por ello su tristeza no tuvo límites un día, que, hallándose la madre con la niña en sus brazos a la orilla del lago, atraída la pequeña por una cosa que vió reflejada en la superficie del agua, se acercó demasiado, inclinó su cuerpo y cayó, desapareciendo instantáneamente.

Aquella misma noche, cuando los padres lloraban su desgracia, llamaron a la puerta de la casa, y al abrirla, encontraron a una preciosa niña de tres a cuatro años que se hallaba en el umbral.

Esta niña sustituyó a la que perdieron los buenos pescadores; y cuando había cumplido los diez y ocho años, llegó una noche a la cabaña del pescador, atravesando el bosque, un gallardo caballero, llamado Hildebrando. Grandes dificultades hubo de hallar en su camino por el oscuro y misterioso bosque, hasta encontrar la casa; primeramente, unos enanos horribles trataron de infundirle miedo y hacerle huir; después, una especie de fantasma, vestido de blanco y de extraordinaria estatura, anduvo continuamente cerrándole el paso.

Apenas había llegado el caballero a la casa, cuando estalló una violentísima tempestad que duró algunos días; las aguas del lago tuvieron una crecida tan grande, que inundaron todo el terreno, llegando a rodear la casa de los pescadores y a su hija adoptiva, Undina, en tal forma que quedó convertida en un islote.

Durante estos días de la tormenta, Undina y el caballero permanecieron largos ratos en animada conversación y rápidamente llegaron a profesarse mutuo cariño. Una noche, cuando la tempestad se desencadenaba furiosa, un sacerdote, a quien la violencia de las aguas había arrojado hacia aquella parte, llamó a la casa solicitando abrigo y protección.

No tardó mucho en darse cuenta el venerable sacerdote de las tiernas intenciones de la enamorada pareja, y antes de que terminase la noche había convencido a la familia de la conveniencia de unir a los enamorados en santo matrimonio, como se verificó sin pérdida de tiempo.

Es notorio que en el aire y demás elementos en que vivimos, existen seres maravillosos y más hermosos que nosotros; no hay más diferencia sino que no tienen alma, y por eso, cuando mueren se convierten en polvo que se desvanece, y no dejan tras sí rastro alguno, no teniendo tampoco la esperanza de otra vida mejor; para encontrar un alma estas criaturas encantadoras, necesitan unirse a uno de nuestra especie.

He aquí el por qué Undina, hija de un gran príncipe del Mediterráneo, fué enviada por su padre, la noche de la tormenta, a la cabaña del pescador.

Cuando Hildebrando se dió cuenta de ello, sintió miedo en un principio; pero Undina era tan hermosa, había cambiado tanto desde el momento de la boda, siendo además tan gentil y tan obediente, que pronto se tranquilizó Hildebrando y estrechándola en sus brazos, la juró amor y protección eternos.

A la mañana siguiente de la ceremonia, el sol apareció de nuevo con inusitado esplendor, y tranquilizadas también las aguas, no hubo ya necesidad de continuar más en aquella casa.

Grande fué el regocijo que produjo en su país la vuelta del caballero Hildebrando, acompañado de su bellísima esposa. Hubo, sin embargo, una persona que no les vió llegar con buenos ojos; Bertolda, la hijastra del Duque y la Duquesa de la Ciudad Imperial, precisamente la que envió al caballero a recorrer el bosque encantado para

que probase la costancia de su amor por ella.

Por tal causa sintió Bertolda profundos celos de la hermosa desposada, que había conquistado el corazón del caballero. Undina, por el contrario, sintió gran afecto hacia Bertolda, y su alegría no tuvo límites, cuando su tío Kuhleborn, poderoso espíritu del agua que habitaba en aquella región y con el que ella celebraba frecuentes entrevistas, le refirió en una de ellas que Bertolda no era otra que la hija que perdieron el pescador y su esposa. Su corazón inocente sólo pensó desde aquel momento, en la agradable sorpresa que a Bertolda le había de causar el conocer el misterio de su nacimiento, y pensó dar un banquete, al final del cual comunicaría la noticia a Bertolda.

Se efectuó el banquete y, llegado el momento oportuno, comunicóse la noticia a todos, causando tal sorpresa a Bertolda, que se puso fuera de sí, y dió lugar a que los Duques la retirasen su protección y a que sus propios padres rehusaran recibirla en su casa.

Al marchar Hildebrando y Undina para su castillo de Ringoletten, situado cerca del nacimiento del Danubio, encontraron, vagando, a Bertolda vestida de pescadora; y compadecidos de su desgracia, especialmente Undina, quisieron que los acompañara en su viaje, participando de su felicidad como una hermana.

Así lo acordaron, y durante algún tiempo todo marchó a pedir de boca en el castillo; pero poco a poco fué perdiendo Bertolda la humildad que tan repentinamente había adquirido, y volvió a ser la señora orgullosa y altanera, que, animada por la admiración que Hildebrando sentía hacia ella, asumía con frecuencia el sitio que de derecho correspondía a Undina como dueña y señora del castillo.

Kuhleborn, siempre vigilante por el bienestar de su sobrina, no tardó en percatarse de que ésta no era feliz y procuró poner término a tal situación; hizo frecuentes apariciones en el castillo para sermonear a Bertolda, pero con ello sólo consiguió aumentar la naciente aversión que el caballero sentía hacia su esposa. Undina, deseosa de evitar que se prolongara por más tiempo tan violenta situación, hizo imposibles las visitas de su misterioso pariente, cerrando las puertas del parque del castillo. Renació así la tranquilidad, que duró algún tiempo, durante el cual Hildebrando sintió revivir el cariño hacia su fiel esposa, la que, creyendo haber recuperado su felicidad perdida, propuso hacer una excursión por el Danubio, hasta Viena. En consecuencia, empezaron los preparativos para el viaje.

Llegado el día proyectado, Undina pidió a su tío que no molestase a su esposo durante aquella gira, pero apenas se embarcaron, entrando por consiguiente en los dominios del vigilante Kuhleborn, cuando, éste empezó a importunar a Hildebrando con sus chascos y jugarretas y así continuó, a pesar de reñirle su sobrina en diferentes ocasiones. Con su conducta dío lugar a que el marido se mostrara contrariado, hasta que, furioso al verse objeto de bromas misteriosas, mandó, en un acceso de cólera, a su mujer a reunirse con su misterioso pariente del mar, diciéndole que no le molestase más en su vida.

Temblando cumplió Undina el mandato de su esposo, y éste regresó al castillo en unión de Bertolda, donde por algun tiempo guardaron luto por Undina, y, apenados ambos por lo ocurrido con ella, llegaron hasta a olvidarse del afecto que sentían el uno por el otro. Pero, como sucede de ordinario, la pena del caballero fué disminuyendo y dióse a pensar más cada día en Bertolda, al propio tiempo que lo hacía cada vez menos en Undina; y llegaron hasta a hacer sus preparativos de boda, fijando incluso el día de celebrarla, llamando para ello al padre Heilmann para que les diese su bendición.

Al recibir éste el aviso púsose precipitadamente en marcha, no para dar su bendición a los que la deseaban, sino todo lo contrario, para evitar, si podía, el que se llegara a realizar la boda, porque antes había recibido la visita de

Undina, suplicándole impidiese tal proyecto, puesto que ella vivía aún. Así se salvaría la vida de Hildebrando.

A pesar de los prudentes y sabios consejos del padre Heilmann, los preparativos para la fiesta continuaron, y hasta la boda habría llegado a verificarse, si Bertolda no hubiese mandado abrir las fuentes del parque, al advertir que en día de fiesta como aquél se hallaban cerradas. Apenas abiertas las llaves de las fuentes, surgió de la principal de ellas una figura femenina, vestida de blanco, que lloraba amargamente, y que con las manos apretadas se deslizó silenciosa por el patio y subió hasta la habitación donde se hallaba el caballero, lleno de profunda melancolía.

—Han abierto las fuentes, y tú has de morir—le dijo con ternura,—y empujándole hasta un diván, apoyó su preciosa cabeza en el pecho del caballero echóle los brazos al cuello, rompió a llorar y no tardó él en hacer lo mismo. hasta que, extenuado, cayó sobre un almohadón.

Separóse ella de sus brazos y salió de la estancia, diciendo a un grupo de jóvenes:—¡Le he matado con mi llanto!

El cuerpo del caballero recibió sepultura en un pequeño cementerio inmediato a una iglesia. Entre el séquito que acompañó el cadáver a su última morada, vióse una figura vestida de blanco, que lloró sin cesar durante todo el trayecto, y que al arrodillarse todos ante la sepultura, en el momento del enterramiento, se arrodilló también; cuando se puso en pie la fúnebre comitiva notaron que dicha figura había desaparecido y que en su lugar brotaba un manantial, que formando un pequeño riachuelo de plata, iba poco a poco corriendo hasta llegar a cercar por completo la tumba el caballero Hildebrando, misterioso curso que aún continua haciendo el agua.

FÁBULAS DE ESOPO

EL LEÓN Y EL CIERVO

Un ciervo perseguido por unos perros, al verse casi alcanzado por ellos, corrió a una caverna para esconderse.

Mas apenas había entrado en ella salió del fondo un león el cual, abalanzándose sobre el desgraciado, lo despedazó entre sus garras.



—Infeliz de mí—exclamó el ciervo al morir—que entrando en esta caverna para huir de unos perros y, he venido a caer en las garras de un león.

A veces, por evitar pequeños peligros caemos en otros mayores.

LA ZORRA Y EL ASNO

Un asno que se encontró cierto día una piel de león se vistió con ella, y así disfrazado, se dió a correr campos y bosques, sembrando el terror entre los otros animales. Habiendo encontrado a una zorra quiso espantarla, y para ello no se contentó con embestirla sino que al mismo tiempo se le ocurrió imitar el rugido del león.



—Señor mío, si os hubieseis callado, os habría tomado por león, como los demás animales, pero ahora que oigo los rebuznos os conozco y no me dais miedo.

Al hombre se le conoce por sus acciones.

LAS GALLINAS GORDAS Y LAS FLACAS

Vivían en cierto tiempo en un corral varias gallinas. Unas estaban gordas y bien cebadas; otras, por el contrario, vivían flacas y desmedradas; burlábanse



las primeras de las últimas, llamándolas esqueletos, muertas de hambre.

Mas he aquí que un día, debiendo preparar el cocinero de la casa algunos platos para la cena, bajó al patio a elegir las mejores aves. La elección no fué dudosa. Entonces, viendo las gallinas gordas su fatal destino, envidiaron a sus compañeras flacas y desmedradas.

No despreciemos a los débiles y pequeños; quizá prestan más útiles servicios que los fuertes y grandes.

LOS DOS ASNOS CARGADOS

Caminaban un día por una carretera dos asnos cargados, el uno de dos cestos de sal y el otro de esponjas. Camino



adelante, llegaron a la orilla de un río que debían atravesar, pues no tenía puente. Pensativos paráronse a reflexionar por qué parte cruzarían con más facilidad. Al fin, el burro cargado de sal entró en la corriente, con tan mala suerte, que, tropezando con una piedra, cayó al agua con toda su carga. Cuando se puso en pie encontró que, habiendo el agua disuelto una gran parte de la sal, el peso había disminuído considerablemente, y así pudo avanzar con rapidez.

Contemplando estaba el otro asno lo que a su compañero le había ocurrido, y, al ver tan feliz resultado, lanzóse al agua con su carga. No había apenas entrado en el río cuando quedó desagradablemente sorprendido al notar que las esponjas, con el agua que habían absorbido, habían aumentado en tal grado el peso sobre sus costillas, que no pudiendo soportarlo fué arrastrado por la corriente, en que pereció ahogado. Así lo que sirvió de alivio a uno fué perdición del otro.

Le sirve a uno de provecho, lo que a otro deja maltrecho.

EL JOVEN Y EL LADRÓN

Estando sentado un joven junto al brocal de un pozo, vió que se acercaba un ladrón, y, conociendo que venía con intención de robarle, fingió que lloraba amargamente. Preguntóle el ladrón qué motivos tenía para afligirse de tal manera, y el sagaz joven le dijo que, habiendo venido a sacar agua con un cántaro de oro, se le había roto la soga y se había quedado el cántaro dentro. Tan pronto como el ladrón oyó esta noticia, se quitó sus vestidos, movido por la codicia, y bajó al pozo en busca de lo que no debía encontrar, porque no existía Entretanto, el mozo tomó los vestidos del ladrón y echó a correr.

Tanto ciega al perverso su propia malicia, que muchas veces no ve los peligros a que se expone.

EL CAZADOR DE AVES

Acercándose con sigilo un cazador a una paloma, para cogerla en la red que tenía tendida, pisó inadvertidamente a una víbora, que le picó y le causó la muerte con su veneno.—¡Infeliz de mí, exclamó el hombre al morir, que queriendo cazar a uno, recibo la muerte de otro!

Muchos perecen en los lazos mismos que han tendido para perder a otros.

ESCRUTANDO EL HORIZONTE EN EL DESIERTO

Este grabado de un viajero árabe nos da alguna idea de la espantosa soledad del desierto, con su inmensa extensión de arena dilatándose más allá de los últimos confines del horizonte.



LOS PUEBLOS DEL DESIERTO

RAZAS SALVAJES Y LIBRES, EN LA INTIMIDAD

UNA dilatada y árida extensión de arena roja, gris o blanca, salpicada aquí y allá por oasis de exuberante vegetación y frescas aguas, y a trechos cubierta de piedras y rocas; tal es el panorama que se desarrolla en la imaginación o en la memoria a la simple mención de la palabra desierto. La mente vuela inmediatamente a Arabia, la tierra típica e histórica de la desolación, o al espacioso Sahara africano, porque estas dos maravillosas regiones han sido, entre todas, las representantes genuinas de las extrañas fases del desierto.

Pero los grandes desiertos son más variados y vastos de lo que nos imaginamos. Muchas son las regiones que están completamente despobladas, principalmente por falta de lluvia; esta causa es la que explica la existencia del gran Sahara, en el Norte de Africa, el cual parte del cabo Nun, y se extiende por el continente hasta las márgenes del Nilo, para formar luego, al Este de dicho río, el desierto de Libia.

El más extenso de todos los desiertos asiáticos es el desierto mogol de Gobi. También América, en las quebradas de Bolivia, costas del Perú, llanos de Venezuela, en las *sábanas* del Sur y en el Estado de Arizona, y Oceanía, en el interior de Australia, tienen muchas regiones áridas y despobladas.

Ello no obstante, los desiertos arábigos y africanos ejercerán siempre la más fascinadora influencia en la imaginación de las naciones civilizadas. Figurémonos, por ejemplo, los caminos que utilizan las diversas tribus de la gran raza arábiga. Divídense comúnmente estos árabes en dos cleses: los que habitan ciudades, situadas en los límites del desierto o en el interior de espantosas soledades, y los que vagan constantemente de una parte a otra. Ahora bien, estos últimos, los beduinos nómadas, son realmente interesantes. Su vida es austera, pero al mismo tiempo saludable por extremo; y contribuyen a hacerla feliz la absoluta libertad, el disfrute del aire puro del desierto y la comunicación sin trabas con la naturaleza.

Dos de las mayores y más ricas de esas tribus, en que se dividen estos hombres libres, están constituídas por los famosos aneceos y los chomares, que son, unos y otros, el terror de los viajeros, por dedicarse habitualmente al pillaje. Estas y otras muchas tribus están constantemente en guerra unas contra otras y desconocen por entero la existencia estable y fija en un punto, a que estamos acostumbrados en los países civilizados. Todas las tribus, salvo una sola, poseen magnifícos caballos. Armados con largas lanzas, que miden a veces tres metros, estos beduinos, montados en sus corceles, blancos, por lo regular,

como la nieve, ofrecen un soberbio espectáculo, sobre todo cuando se les contempla en algunos de los pintorescos juegos que constituyen su más agradable diversión, ya conduciendo al galope o a la carrera sus briosos animales, ya ejecutando, por puro pasatiempo, los ejercicios guerreros, a los cuales, como es natural, son muy aficionados.

Saben los árabes adiestrar de tal modo sus caballos, que éstos rara vez necesitan de freno, pues el que ordinariamente utilizan viene a ser como las riendas que empleamos nosotros. El caballo del desierto parece entender a su amo, y sabe interpretar su voluntad a un simple toque o movimiento.

RIQUEZAS DE LOS ÁRABES ERRANTES

El vocablo árabe *beduino* significa habitante del desierto, paradoja que no puede menos de llamar la atención del viajero, pues no deja de ser raro que las tribus de árabes beduinos vivan en tales extensiones de rocas y arena. Naturalmente, hay dilatadas llanuras arenosas, pero en su mayor parte, los grandes desiertos árabes son tales únicamente en el sentido de no contener pobladores fijos.

Si todos estos desiertos fueran absolutamente áridos, nadie podría vivir, prosperar ni enriquecerse en ellos, como ocurre con algunas de estas tribus. El hecho es que hay inmensas extensiones de excelente suelo. En primavera, después de la estación de las lluvias, el norte de Arabia aparece como una de esas praderas americanas tan ricas y extensas, en las que crecen infinidad de florecillas silvestres, que no podrían producirse en un terreno árido. Esto justifica que el beduino errante posea inmensos rebaños de ganado vacuno, de camellos, de caballos, de ovejas y de cabras.

El abnegado misionero doctor Swmer, que hallándose en Bahreim, en las islas de las Perlas, habitadas por los árabes, viajó mucho entre las tribus del desierto, dice: « Estoy seguro de que todavía pueden hallarse algunos jefes beduinos que, a semejanza de Job, poseen 7,000 ovejas, 3,000 camellos y numerosa servidumbre ».

De igual manera que en tiempos de Job, hace millares de años, estos hijos del desierto habitan en tiendas, hechas siempre de pelo de cabra, que constituye una excelente cubierta impermeable. Estas tiendas son de forma cuadrada u oblonga.

UN EXTRAÑO ESPECTÁCULO EN EL DESIERTO

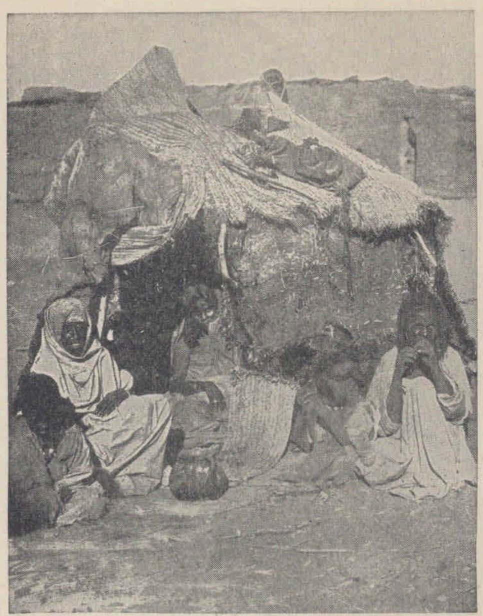
Un campamento árabe, en el desierto, constituye un espectáculo singular, muy digno de ser visitado. Para un viaje al interior del desierto, han de tomarse, en primer lugar, varias alforjas, bien provistas de medicinas, mudas de ropa y algunos adornos baratos, pero vistosos, como también varios juguetes, para obsequiar a los niños y a las mujeres árabes, que quedan contentísimos con semejantes regalos. Colócanse convenientemente dichas alforjas sobre los mulos, y sentado el viajero encima de este bagaje gobierna su cabalgadura. El guía camina descalzo, porque prefiere llevar sus sandalias sujetas en el cinturón.

De pronto encuéntrase la caravana con algunos pastores, que llevan a apacentar sus ovejas. Detiénese el guía a hablarles un momento; y ellos le indican la ruta que debe seguir, porque esos árabes no permanecen más de un mes en el mismo sitio. Desde luego, es indudable que el campamento se hallará instalado en una hondonada, y esto por dos razones: la primera, porque le es necesario ocultarse a la vista de las otras tribus errantes; la segunda, porque en lugar semejante encuentra un abrigo que le defiende de los vientos abrasadores que soplan en el desierto.

CORTESÍA DE LAS TRIBUS ÁRABES

El gran campamento queda cuidadosamente instalado. Algunas tribus extienden sus tiendas formando con ellas el perímetro de un gran cuadrado; otras prefieren un pintoresco óvalo. Lo que nunca falta es el símbolo de la autoridad del jeque. Este reyezuelo planta siempre su lanza en frente de su tienda; y precisamente detrás de ella está la sección provista de cortinas, que destina el campamento para la recep-

CASAS DE LOS HABITANTES DEL DESIERTO

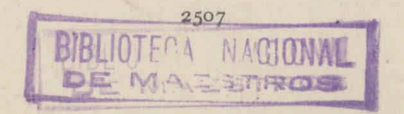


Tienda de un bixarín, en el desierto de Sahara.

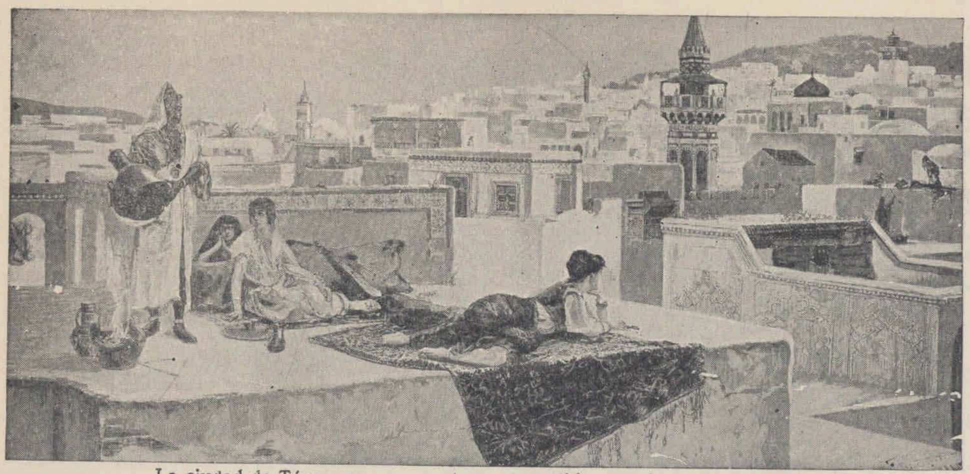


Una choza india, en el desierto de Arizona.

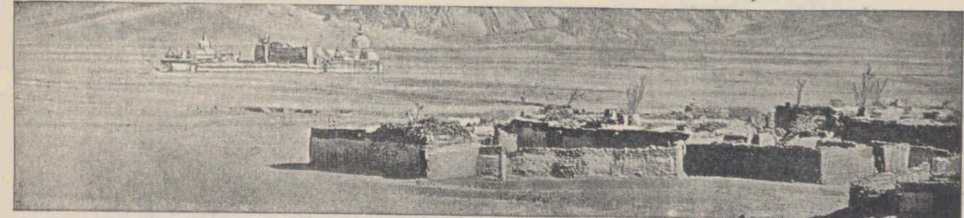
Un grupo de hombres de la tribu de los bixarines, en el gran desierto de Sahara.



CIUDADES Y POBLACIONES DEL DESIERTO



La ciudad de Túnez, con sus azoteas, convertidas comúnmente en jardines.



Un miserable pueblo, en el desierto de Gobi, con un hermoso templo budista en sus cercanías.

El pintoresco mercado en Asiut, a orillas del Nilo, con la mezquita en el centro.

ESCENAS Y PELIGROS DEL VIAJERO, EN EL DESIERTO



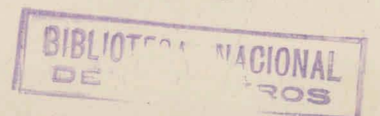
El espejismo: oasis imaginario que se presenta de repente a un grupo de viajeros.



Una caravana cruzando el Sahara, con tiendas encima de los camellos para las mujeres.



Una terrible tempestad de arena, en el gran desierto de Australia.



ción de los húespedes. ¡Cuán efusiva y aun patética es la hospitalidad de estos árabes, a pesar de ser ladrones y asesinos sumamente temibles! Jamás han desmentido su amable cortesía para con los viajeros que los visitan en sus campamentos, lo cual no es óbice para que, si los hallasen en medio del desierto, los robasen sin la menor compasión y aun llegasen a asesinarlos, a la menor resistencia. En cambio, nunca se ha oído decir que beduino alguno faltase a las eyes de la hospitalidad en su campamento. El cansado viajero que, al caer de la tarde, llega a él, es objeto de un entusiasta recibimiento por parte de estos árabes; las mujeres se apresuran a traerle agua para que pueda refrigerarse y hallar algún alivio contra los ardores del sol que durante el día le han asaeteado; y antes de que se le pregunte cosa alguna le sirven una gran taza de leche de camella. Por la noche se matará una oveja o un cordero y se celebrará un festín, que no dejará nada que desear.

EL CÁNTARO MÁGICO EN EL DESIERTO

Aunque parezca increíble, en estas tiendas árabes llega a encontrarse verdadero lujo. Su estructura no es primorosa, pero están sólidamente construídas y contienen todo cuanto es necesario para morar cómodamente en ellas. Algunas hay tan espaciosas que pueden contener considerables cantidades de granos, frutas, paja, pesca salada y madera, y su capacidad permite albergar también algunas aves y cabras, unas pocas vacas y uno o dos caballos. La habitación principal tiene en el centro un espacioso hoyo, que sirve de hogar; el humo sale por donde puede, lo cual es causa de que la tienda se ennegrezca más cada día: por esto la antigua frase bíblica, en que se menciona las negras tiendas de Cédar, es también aplicable a las actuales.

Una de las grandes bendiciones es el famoso cántaro poroso. Todos los que han estado en climas tropicales saben lo que esto significa. Los árabes que viven y trabajan en las ciudades hacen cántaros y botijos de tierra porosa, vasijas que son una verdadera bendición para esta gente, que carece de hielo y de refrigeradores. Los pozos no son muy profundos y el agua llega al campamento desde largas distancias; de manera que, si no fuera por estos artefactos de arcilla, sería una rareza encontrar agua fresca en estos desiertos. ¿Que cómo se enfría el agua? Muy sencillamente. Si se expone al viento durante algunos minutos una de estas jarras llenas de agua, la bebida se convierte, al cabo de ellos, en deliciosamente fresca.

ALIMENTACIÓN Y BEBIDA DE LOS ÁRABES, EN EL DESIERTO

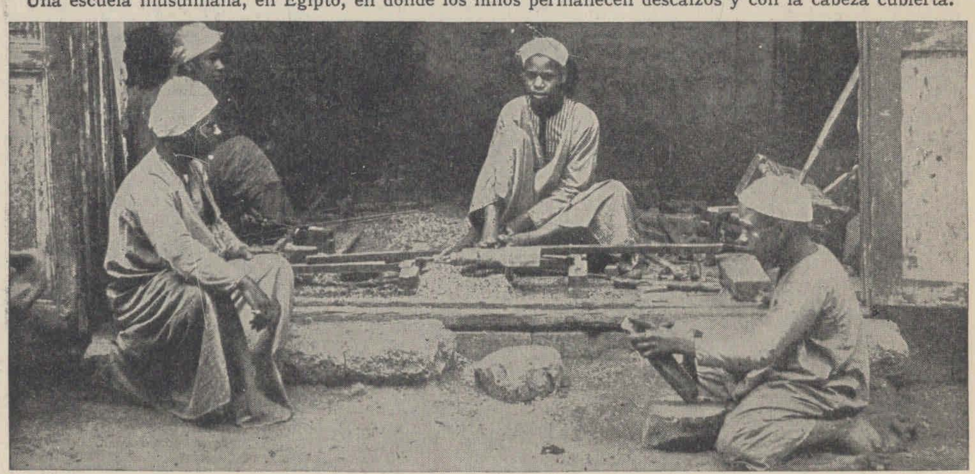
El alimento del desierto es gustoso al paladar y saludable; mas todavía hay manjares de lujo, aunque seguramente nosotros no nos avendríamos con los platos favoritos de estas tribus, tales como la leche cuajada de las yeguas y camellas, que en Turquía se llama *yohgourt*; o el *pilaf*, plato compuesto de arroz, perfectamente cocido, con unos pedacitos de carnero, cabrito o pollo. Cuando los árabes hacen un gran festín en medio del desierto, asan un carnero o una cabra entera encima de piedras, enrojecidas por el fuego. Hallan también muy sabrosos los bizcochos duros, de forma anular, llamados *kak*, como igualmente la manteca, preparada de un modo especial por ellos, a la cual dan el nombre de *gui*. Cuando los árabes tienen que acarrear agua, efectúanlo en grandes vasijas de cuero, que fabrican con la piel entera de una oveja o de una cabra.

El café que los árabes saborean con especial fruición, no tiene igual en el mundo. El café fué llevado a la Arabia, desde Abisinia, hacia el año 1400, por un peregrino, cuya tumba, que se halla en Yemen, es objeto de veneración; las semillas plantadas en esta región producen el célebre café Moka.

DÁTILES Y CAÑA DE AZÚCAR

El principal alimento de los pueblos del desierto es el dátil, y la planta más preciosa que crece en estos países es la

Una escuela musulmana, en Egipto, en donde los niños permanecen descalzos y con la cabeza cubierta.



Taller árabe. Empleando los pies y las manos, trabajan la madera con asombrosa rapidez, haciendo con ella curiosas pantallas y cajas, que todos hemos visto.

UNA CASA EN LA GIBA DE UN CAMELLO

Familia que cruza el desierto de Sahara, viviendo y durmiendo en su tienda.



Escena patética del desierto: un camello caído en la arena del terrible desierto de Gobi.

palmera que lo produce, uno de los más esbeltos y graciosos árboles de todo el mundo. Los árabes del desierto comen mucha miel silvestre, y cuando pueden, se alimentan abundantemente de langostas; consideran también como un plato apetitoso los grandes lagartos, que viven entre las piedras, y no desdeñan el *jorboa*, especie de rata del desierto. Pero el gran artículo comestible es el dátil, sin el cual casi no podría subsistir el árabe del desierto. En primavera, cuando la suave brisa lleva el polen de las flores masculinas a las femeninas, se celebra una alegre fiesta, conocida con el nombre de *Casamiento de los Dátiles*.

Nunca están más contentos los niños árabes que cuando tienen entre los labios y chupan con delicia un pedazo de caña de azúcar; pero nada abunda tanto como el fruto de la palmera. A veces, durante semanas enteras, no hay en la tienda del árabe otro alimento, y aun en ocasiones se utiliza también para los mulos y los camellos. Muchos niños árabes se entretienen a la puerta de la tienda jugando con los huesos de los dátiles o con arena fina; mas, después de aprovechados en esta forma, no se desperdicia ni uno solo de estos huesos que, convenientemente molidos, constituyen un buen alimento para el ganado. No hay parte de la palmera que no tenga reconocida utilidad. Las fragantes flores forman una bebida agradable, y si el fruto se avería antes de ser consumido, se convierte en vinagre de dátil. De las hojas se sacan fibras, que sirven para fabricar cuerdas, abanicos, esteras y cestas, y de las delgadas ramas hacen los carpinteros, en las ciudades, sillas, cunas, jaulas, camas, botas y mil cosas más.

EL LEVANTAMIENTO DE UN CAMPAMENTO

Un suceso hay en el desierto que produce siempre una impresión singularísima: es el acto de levantar el campamento, para emigrar a otro punto. Cuando es una gran tribu la que emigra, ya el día anterior se hacen sus preparativos para que, al rayar el alba del siguiente, pueda ponerse todo el mundo en movimiento.

Levántanse las tiendas, se empaquetan cuidadosamente, y a los pocos minutos una gran extensión de terreno aparece cubierta de camellos, de ganado, de caballos y hombres. Pero a veces ocurre algo extraordinario. Dispónense como en procesión diez o doce camellos, a considerable distancia unos de otros, y se sujetan en los lomos de cada uno de ellos cuatro pértigas perpendiculares, que sirven de soporte a un dosel, en donde va acomodada, boca abajo, una joven árabe. Estas jóvenes son hermanas de los héroes, es decir, de lo hombres que han alcanzado alguna celebridad en las batallas. A nadie más le es lícito ir en esta especie de trono que se llama un *merkab*.

LA SOLEMNE MAJESTAD DE UN MAR DE ARENA

El beduino no conoce la lectura ni la escritura, pero es extraordinariamente piadoso y notablemente morigerado, porque, a semejanza de los musulmanes, no come nunca comidas excitantes. Claro está que en el desierto no hay mezquitas, pero ello no obsta para que estos árabes se dediquen mucho a la oración. Cada día se recita cinco veces en todas las tiendas el primer cápitulo del Corán, estando todos postrados con dirección a la Meca.

En este mar de arena los rayos del sol abrasan a los habitantes de estas tiendas, mas por la noche las estrellas les envían sus dorados fulgores de luz tenuísima, con toda la piedad que la naturaleza tiene de ellos, fuera de las mercedes de Alá. Por esto ante él se postran estos hijos de Ismael, en el amarillo suelo del anchuroso templo, su única mezquita, sobre la cual se extiende la inmensa cúpula azul del firmamento. « Nosotros andamos siempre errantes, mas Dios está en todas partes », dicen. Es inexplicable el orgullo que experimentan los beduinos que han podido unirse a las caravanas de peregrinos que se dirigen a la Meca, para visitar el sepulcro de Mahoma, y que después de haber regresado sanos y salvos, son honrados

con el título de *hajdi*, el más ambicionado por los mahometanos.

LA VISIÓN DEL CIELO DEL DESIERTO

¡Caravana! ¡Qué escenas despierta esta palabra en la imaginación! Las expedicionas más largas y peligrosas son las que hacen las caravanas que atraviesan el gran Sahara, este espacioso desierto africano, lleno de encantos y de inenarrables hechizos, de indescriptibles fenómenos. Uno de éstos es el espejismo que fué objeto de admiración extraordinaria, en épocas anteriores, por parte de muchos viajeros. Dicho fenómeno es frecuente en Arabia y en África, y tan familiar en Egipto como en el Sudán. A veces, cuando la mañana es ligeramente neblinosa, y no muy cálida, esta visión adquiere un grado extraordinario de esplendor. La presencia aparente de lagos espaciosos cerca del horizonte es la cosa más frecuente. Otras veces se ve en lo alto del firmamento collados y montañas; a lo mejor, un terraplén o edificio muy distantes, y fuera del alcance natural de la vista, se reflejan en la pantalla del firmamento extraordinariamente aumentados y muy próximos al observador.

UN TRIBUNAL DE JUSTICIA ÁRABE, EN EL DESIERTO

Un viajero que, atravesando el desierto de Arabia, se encaminaba de Bagdad a Babilonia, quedó perplejo al divisar lo que creyó que eran las grades ruinas de Akarkuf, de las cuales sabía él que se hallaba unos cincuenta kilómetros distante. Lo que en realidad veía era sencillamente un pozo viejo, que se hallaba a unos cuantos centenares de metros de aquel lugar. Es indecible la tristeza que han experimentado muchas caravanas, muertas de sed, bajo un sol abrasador, cuando, al divisar de repente un paraje lleno de palmeras, que formaba un hermoso oasis a corta distancia—estas palmeras, cuyo espectáculo es tan delicioso en el desierto—han corrido ansiosos en su busca, encontrándose al fin con el inmenso desengaño que les ha proporcionado el espejismo. Poco después, hombres y animales perecían de sed; y sus esqueletos se sumaban al número de los que blanquean la arena, bajo el brillante firmamento.

Las ciudades que confinan con los desiertos se hallan, frecuentemente, rodeadas de estériles soledades. A este número pertenece Damasco, la ciudad más antigua del mundo, cubierta de deliciosos jardines y regada por fuentes procedentes del Abana y Farpar, dos ríos gemelos, que descienden de los neveros del Líbano. Pero fuera de Damasco, todo es un desierto, porque estos riachuelos se pierden en la llanura, sorbidos enteramente por la abundante arena.

Lugares de verdadero encanto, en el desierto libio de África, son los magníficos oasis, grandes extensiones de vegetación debidas a los manantiales que en ellos brotan. Cuatro de estos oasis, muy grandes y de suma belleza, están habitados por las famosas tribus de árabes mogrebinos, ufanos de cultivar sus jardines y levantar sus aldeas en medio de bosques y palmeras regados constantemente por sus hermosos manantiales. Los antiguos llamaron a estos oasis *Las islas de los bienaventurados*. A su alre-

dedor se extiende el terrible desierto, uno de cuyos más temibles peligros es el viento abrasador, que los árabes llaman *simún*. Cuando sopla este ardiente y huracanado viento sus efectos son mortalmente terribles; todos los viajeros de la caravana, si no quieren morir irremisiblemente, han de tenderse de bruces en la arena, y si es posible, al abrigo de un camello, de un fardo de ropa o, en su defecto, de una alforja; el viento en estos lugares abrigados y junto al suelo, no está tan impregnado de arena como en las capas más elevadas.

Los árabes de las ciudades, aunque de la misma raza que los beduinos, miran a éstos con cierto desprecio; pero temen al desierto, hasta el punto de que nunca se arriesgan voluntariamente a entrar en él. Los habitantes de Nínive y Babilonia lo tienen a sus mismas puertas; oyen por las noches los rugidos con que hieren el aire los chacales, y creen hallarse rodeados de espíritus y ser víctimas de sus rapiñas.

Pero estos habitantes de las ciudades son habilidosos por extremo: se distinguen en algunas clases de labores artísticas, especialmente de carpintería. Las delicadas y primorosas celosías que se ven en las ventanas puertas y gabinetes son muy estimadas. El arte de la cristalería, aplicado a las ventanas, es muy raro en la Arabia; cultívanlo únicamente los europeos y algunas familias árabes, que de ellos lo han aprendido; con todo, en las casas árabes se ven algunas de las más hermosas vidrieras que es posible imaginar.

Los árabes llaman *shibak* a las ventanas, palabra que significa obra primorosa. El carpintero elabora un delicado trabajo con la madera de la palmera y del bambú, convirtiéndola en varitas redondas, que adapta unas a otras, para formar una gran variedad de dibujos. A través de estas hermosas celosías entran en la habitación el aire y la luz, pero no las indiscretas miradas de los curiosos, que pasan por la calle.



CAMPAMENTO DE BEDUINOS ÁRABES, HABITANTES DEL DESIERTO



«LA GUARDADORA DE OCAS».—CUADRO DE ENRIQUE BACON

El Libro de la poesía

LOS PLACERES DE LA MEMORIA

«LA memoria debe ser como un almacén, pero nunca ha de asemejarse a un cuarto de trastos viejos, donde todo aparezca en revuelta confusión». Esta sentencia, de un notable escritor antiguo, nos enseña la gran importancia del orden en el ejercicio de la facultad depositaria de nuestros recuerdos. Donde conservamos éstos será bueno que reservemos un espacio destinado a contener los tesoros que hemos recibido de los poetas, las nobles emociones que nos ha causado la lectura de sus obras; y conviene que así lo hagamos, porque de los poetas pueden venirnos otros regalos espirituales de inestimable valor. Algunos poetas ingleses han cantado los placeres de la memoria; y entre los prosistas de nuestro idioma los hay que han escrito el elogio de esta facilidad de retener todo cuanto de notable nos acontece en la vida. Los placeres de la memoria son muchos y muy grandes; y no será el menor de ellos el recordar aquellas composiciones poéticas que más honda impresión nos causan.

PARA RECORDAR LOS BUENOS VERSOS

PREGUNTÁRONLE en cierta ocasión a una niña qué cosa era la memoria, y contestó: « No lo sé, porque no la he tenido nunca ». Era, pues, olvidadiza la chica, y esto le acarreó frecuentes y muy grandes disgustos. Abundan las personas flacas de memoria, así entre los jóvenes como entre los viejos; y todos los que están en este caso lamentan su defecto como una verdadera desgracia.

Pero es éste un defecto corregible, circunstancia que ignoran muchos. Todas nuestras facultades pueden mejorar con el ejercicio de las mismas. Si no paseáramos regularmente, sino sólo muy de tarde en tarde, acabaríamos por cansarnos a poco que anduviéramos por la calle o por el campo. Lo cual es tan evidente, que consideramos innecesario explicarlo a nuestros lectores. Si no ejercitamos la memoria, acabaremos por perderla irremisiblemente. Y aquí sí vendrá bien una explicación, que aclare dudas sobre el particular, si es que ello no pareciese a todos lo suficiente claro. Vamos, pues, a dar esa explicación.

La *memoria* es una de las partes de nuestro trabajo cerebral. Creerán algunos que la memoria tiene su límite, que sólo se puede recordar cierto número de cosas, y que llega un momento en que no caben más en el *almacén*, por lo cual es ya inútil querer recordar nuevos hechos, nuevas historias, nuevas palabras. Pero no es así. No hay un límite para el trabajo intelectual, cuando se hace con método, y nuestra memoria será tanto más rica cuanto más la ejercitemos.

Antiguamente, muchos siglos antes de que se inventara la imprenta, las composiciones poéticas, como la *Ilíada* de Homero, se conservaron en la memoria del pueblo, de generación en generación. Del mismo modo, las leyendas populares no fueron escritas sino muchísimos años después de haber corrido de boca en boca, hasta ser conocidas por todas las gentes de un mismo país.

Debemos tratar—ya que nada es tan fácil de recordar como los versos—de adquirir el hábito de repetirlos de memoria, comenzando por poemas de poca extensión, para ejercitarnos así en los recuerdos. Recordar es un ejercicio conveniente para nuestra memoria, como pasear es necesario para que se conserven nuestras piernas fuertes y ágiles.

Hay muchos medios de desarrollar y vigorizar la memoria, pero si comenzamos ejercitándola de jóvenes, para nada nos harán falta esos artificios. Durante la juventud, las facultades intelectuales se mantienen frescas y dúctiles, y por sí mismas adquieren hábitos de trabajo, es decir, se acomodan sin esfuerzo a la labor que les impongamos, con tal que sea metódica y moderada. Pero existen algunos procedimientos prácticos que ayudan a recordar, y conviene que los conozcamos.

Debemos leer siempre con mucha

atención, ya sea en prosa o en verso, y así, comenzaremos tomando la idea general expresada por el autor. Por ejemplo, vamos a leer atentamente una bella composición del poeta colombiano Jorge Isaacs, *La Tumba del Soldado*:

« El vencedor ejército la cumbre
Salvó de la montaña,
Y en el ya solitario campamento,
Que de lívida luz la tarde baña,
Del negro terranova,
Compañero jovial del regimiento,
Resuenan los aullidos
Por los ecos del valle repetidos.
Llora sobre la tumba del soldado,
Y bajo aquella cruz de tosco leño,
Lame el césped aun ensangrentado
Y aguarda el fin de tan profundo sueño.

Meses después los buitres de la sierra
Rondaban todavía
El valle, campo de batalla un día.
Las cruces de la tumba ya por tierra...
Ni un recuerdo, ni un nombre...
¡Oh, no! sobre la tumba del soldado,
Del negro terranova
Cesaron los aullidos,
Mas del noble animal allí han quedado
Los huesos sobre el césped esparcidos.»

La idea general de esta composición es la lealtad que el terranova tiene a su amo y que, aun después de muerto éste en la batalla, hace permanecer al fiel animal sobre la tumba de aquél, hasta dejarse morir.

Volveremos a leer la misma poesía más atentamente, si cabe, y fijaremos bien la atención en el orden que guardan las ideas subalternas, es decir, pensaremos, primero, en el *vencedor ejército*, que sube a la cumbre de la montaña, y en el *solitario campamento*, con su luz lívida y el *negro terranova*, cuyos aullidos repiten los ecos del valle. Fijas en la memoria estas ideas, y en el oído el sonido de los consonantes, fácil nos será reconstruir los primeros versos:

« El vencedor ejército la cumbre
Salvó de la montaña,
Y en el ya solitario campamento... »

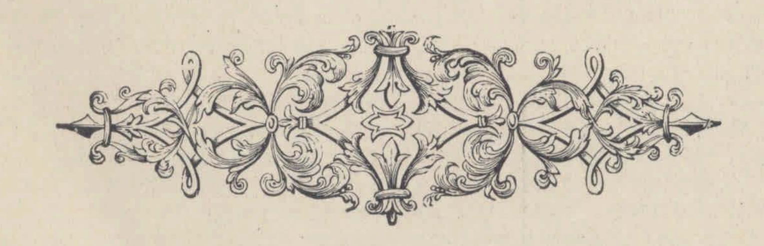
¿Qué sigue ahora? Algo que consuene con *montaña*. ¡Ah, sí! Continúa:

« ...Y en el ya solitario campamento,
Que de lívida luz la tarde baña,
Del negro terranova,
Compañero jovial del regimiento,
Resuenan los aullidos
Por los ecos del valle repetidos.»

Es muy posible que esta primera parte de la composición nos cueste algún trabajo aprenderla de memoria; pero la práctica nos enseñará que la dificultad no es mucha. Y seguiremos observando el orden de las ideas, sobre todo, grabando bien en la memoria los consonantes: la tumba del *soldado*, la cruz de tosco *leño*, el césped *ensangrentado*, el *profundo sueño*, etc.

Se entiende, que sin leer varias veces la poesía, no conseguiríamos recordarla bien; pero al paso que vayamos ejercitando la memoria y acostumbrando el oído a la música de los versos, nos será cada vez más fácil recordar, hasta que la misma costumbre nos ayudará a retener una composición corta, como una décima o un soneto, leyéndola sólo dos o tres veces.

Y entonces podremos asombrar a nuestros oyentes, luciendo la facilidad de nuestra memoria.



EL TROVADOR

La romántica figura de un trovador de la Edad Media, que acude a cantar, al son de su guzla, al palacio de un rey, sin aceptar por su gentil labor otra remuneración que una copa de vino generoso, es el asunto de esta bella poesía de Goethe.

—«¿QUÉ canción en el rastrillo
Fuera del portal sonó?
Aquí, en mi cámara, quiero
Escuchar esa canción.»
Dice el rey; el paje sale,
Vuelve, y un anciano en pos.
—« ¡Paso libre! el rey exclama,
¡Paso libre al trovador! »
—« ¡Salud, bellísimas damas!
¡Salud, barones de pro!
¡Qué cielo! ¡Cuántas estrellas!
¡Qué hermosa constelación!
¡Feliz fuera, dulces astros,
Si supiera quiénes sois!
Cerraos bien, ojos míos,
Al deslumbrante esplendor;
Aun no ha llegado el momento
De contemplar tanto sol.»

Los ojos entorna el vate
Y a los vientos da la voz;
Míranle altivos los nobles
Y las bellas con rubor.
El rey, a quien place el canto,
Como digno galardón,
Preciosa corona de oro
Ofrece al viejo cantor.
—« Guardadla, señor, contesta,
Para el feliz campeón
Que las huestes enemigas
Valeroso rechazó;
Para el canciller guardadla
Que os sirve, y permita Dios
Que con esa carga de oro
Lleve otras cargas mejor.
Yo canto, cual canta el ave
A quien da el bosque mansión,
Y encuentra en su mismo canto
La recompensa mejor.
Mas, si queréis otorgarme
Una sola petición,
Dadme en áurea copa un sorbo
De vino, y pagado estoy.»

Toma la copa, la apura:
—« ¡Qué generoso licor!
¡Dichosa la casa donde
Es tan fácil este don!
Sed felices: acordaos
Entonces del trovador;
Y al cielo dad tantas gracias
Cual por esta copa os doy.»

A UNA GOLONDRINA

Muchos son los poetas que han cantado a las golondrinas, pero pocos lo han hecho con tan exquisita delicadeza como el dulce y sentido vate italiano Tomás Grossi (1791–1853), en estos versos, que son conocidísimos.

AVECILLA pasajera
Que al cancel de mi ventana
Con tu canto me saludas
Al albor de la mañana:
En tu lengua peregrina,
¿Qué murmuras, golondrina?

Solitaria, en el olvido
De tu esposo abandonada,
¿Quizá al verme también lloras
Con el alma desgarrada?
En tu lengua peregrina
Llora, llora, ¡oh golondrina!

Tú a lo menos eres libre,
Y en el lago o en la altura
A los vientos das la queja
De tu amor o tu amargura,
Y la luz que te ilumina
Buscar puedes, golondrina.

¡Quién volara!... Mas lo impide
Esta cárcel en que vivo,
Donde el sol no resplandece
Por temor de ser cautivo,
Ni esta voz que ya declina
Tal vez oigas golondrina.

Ya Setiembre cerca viene
Y tú irás a otros lugares
Para ver remotas playas,
Nuevos montes, nuevos mares
Cuya pompa cristalina
Cantarás ¡oh golondrina!

Y yo todas las mañanas
Volveré a mi amargo llanto,
Sepultado del invierno
Bajo el triste horrible manto,
Tu canción dulce y divina
Oir creyendo ¡oh golondrina!

Una cruz, en primavera,
Hallarás sobre este suelo;
En la noche silenciosa,
Si la ves, detén el vuelo,
Y en tu lengua peregrina
Por mí reza ¡ay, golondrina!

ESPECTÁCULO TRANQUILIZADOR

La contemplación de la Naturaleza en sus varias y risueñas actividades infunde en el ánimo un sentimiento de dulce calma que reflejan admirablemente estos armoniosos versos de Víctor Hugo.

TODO es júbilo, y luz, y resplandores;
La araña diligente
A los pétalos cuelga de las flores
Tenues blondas de nácar transparente.

Contempla la libélula extasiada
El estanque profundo,
Donde hierve en el agua sosegada
De seres microscópicos un mundo.

La rosa con los lirios seductores
Tiene dulces porfías;
Y en el ramaje, lleno de fulgores,
Canta el pájaro, henchido de armonías.

Canta, y bendice a Dios, que a quien lo llama
Escucha siempre atento:
Que da la aurora, párpado de llama,
A la pupila azul del firmamento.

El soñador cervato, mudo huésped,
Cruza el bosque sonoro,
Y en estuche de seda guarda el césped
El viviente joyel de insectos de oro.

Pálida, como enferma que a la vida
Vuelve, la luna hermosa
Los claros ojos abre adormecida
Donde la eterna luz arde amorosa.

Los alhelíes juegan con la abeja
Allá en el pardo muro;
Y el largo surco, que trazó la reja,
Remueve el grano, germinando obscuro.

Pósase dulcemente en el abierto
Campo la pura lumbre;
La fugaz sombra en el raudal incierto,
Y el cielo azul en la elevada cumbre.

Charla el bosque, murmura la maleza,
La flor se abre y se engríe...
Hombre, ¿por qué dudar? Naturaleza
El arcano conoce, y se sonríe.

EL MAR Y LA FUENTE

Los poderosos no deben despreciar a los humildes, porque en ellos hay a menudo virtudes muy estimables. Tal es la moraleja encerrada en la siguiente breve composición de Víctor Hugo.

GOTA a gota caía lentamente
Sobre las aguas de la mar sonoras
Desde las altas rocas una fuente.

Y le dijo la mar:—« Oh, tú, que lloras
Esas líquidas perlas,
¿Para qué vienes sobre mí a verterlas?
¿Para qué he de quererte?
Enorme soy, inagotable, fuerte;
Acabo donde empieza el infinito.
¿Piensas quizás que yo te necesito? »

Y al mar dijo la fuente:
—« Lo que no tienes tú, lo que yo tengo,
Sin afán, sin rumor, modestamente,
¡Oh piélago profundo!, a darte vengo.
En tus olas amargas y sombrías,
No hay una gota pura y transparente,
Buena para beber, como las mías.»

ARENA DEL DESIERTO EN UN RELOJ

La fina y menuda arena que pasa de una ampolleta a otra en el reloj del mismo nombre, evoca en la imaginación de Longfellow los principales episodios que registra la historia del Desierto Arábigo.

¡BREVE montón de arena, que en el Desierto ardiente
De la encendida Arabia barriera el vendaval!
Espía de las horas, sumiso a nuestra mente,
Hoy eres en tu encierro de límpido cristal.

¡Cuántos y cuántos siglos, tendida en las llanuras,
Resplandeciste al rayo del sol abrasador!
¡Cuántas tú presenciaste glorias y desventuras!
¡Cuánto tú conociste de júbilo y dolor!

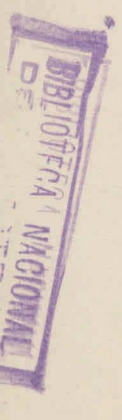
Quizás te holló el camello del rudo ismaelita
Cuando llevaba lejos del desdichado hogar
Al hijo predilecto que la traición maldita
A los paternos lares lograba arrebatar.

Quizás en el camino de los ansiados goces
Tú bajo el pie crujías del salvador Moisés;
Quizás los carros bélicos de Faraón veloces
Lanzábante a los aires, como trillada mies.

Quizás viste a la dulce, purísima María,
El Dios-niño en los brazos, cruzar la soledad,
Cuando el erial desierto resplandecer hacía
Con luces de esperanza, de fe y de caridad.

Y al viejo anacoreta que en la árida ribera
Del Mar Rojo, o debajo las palmas de Engaddí,
A media voz cantaba con devoción austera
Los inspirados salmos del santo Adonaí.

VIAJEROS DEL DESIERTO, VIENDO PASAR A LO LEJOS UNA TEMPESTAD DE ARENA



Y al mercader errante que en larga caravana
A la oriental Bassora dirige el tardo pie,
Y al dócil peregrino que de región lejana
A la soñada Meca marcha con ciega fe.

Quizás todo eso viste, breve montón de arena.
Hoy, en la angosta cárcel de límpido cristal,
Sujeta al caprichoso poder que te encadena,
Cuentas de los minutos la sucesión fatal.

En ti los ojos clavo, y rota la muralla,
Ver creo allá en el fondo del diáfano confín,
El pálido desierto sin límite ni valla,
El cielo inmaculado sin término ni fin.

Y de tus áureos átomos el hilo transparente
Dilátase al impulso de un soplo burlador,
Y convertida vuelas en torbellino ardiente
Agigantada tromba, vorágine de horror.

Y allá en el firmamento, que enrojeció el ocaso,
Y en el inmenso yermo que reposaba en paz,
Corres, ennegreciendo tierra y cielo a tu paso,
Y no puede seguirte mi pensamiento audaz.

¡Ah! la visión se extingue, muere el fulgor incierto;
Abísmase en el fondo del cóncavo reló
El cielo enrojecido y el árido Desierto:
¡Adiós, ensueños! La hora de arena transcurrió.

ENCÉLADO

Longfellow se refiere en estos versos a la fábula mitológica de Encélado, el más célebre de los titanes que se rebelaron contra Júpiter. Detenido el gigante en su fuga, en Sicilia, fué herido por el rayo y enterrado por el dios debajo del Etna. Su aliento abrasador es el humo que arroja el volcán, y conmueve la montaña cuando intenta moverse. En literatura se alude con frecuencia a las convulsiones del titán, para caracterizar los esfuerzos impotentes de los que intentan cambiar un orden de cosas establecido, sobre todo en materia política.

YACE bajo del Etna sepultado:
Muerto no está; dormido o soñoliento.
A veces quiere levantarse airado,
Y abrasa el firmamento
Con el calor del reprimido aliento.

Duros peñascos en su pecho el mundo
Y en su cabeza amontonados mira;
Pero, bajo las rocas, el profundo
Rugido de su ira
Escucha, y dice trémulo: « Aun respira ».

Y aquella cumbre, próxima o lejana,
Las gentes miran con pavor de muerte;
Y exclaman contemplándola: « Mañana
Quizás—¡oh dura suerte!—
Quizás hoy mismo, Encélado despierte ».

Y los antiguos dioses vencedores,
Pálido el rostro y de pavor cubierto,
Oyen gemir sus ayes bramadores,
Y con el labio incierto
Unos a otros preguntan: « ¿Aun no ha muerto? »

¡Ay de la tierra que su campo ensancha
A los pies del peñón amenazante!
Roja ceniza, que los cielos mancha,
Exhala el palpitante
Vencido pecho del feroz gigante.

Y viñedos y huerta, y selva y prado
Inunda polvorosa la ola oscura,
Cuando el fiero titán encadenado
La frente alzar procura
Entre las rocas de su cárcel dura.

¿Veis la cárdena luz que al orbe aterra?
Los ojos son que abrió relampagueando;
Y el viento, que los pinos de la sierra
Mece iracundo o blando,
« Encélado despierta » va clamando.

EL HIPOPÓTAMO

Valiéndose de la alegoría del hipopótamo, al que no asustan las alimañas más feroces de las selvas y pantanos, ni las flechas y las balas de los hombres, el exquisito poeta y literato francés Teófilo Gautier (1811–1872) hace resaltar la ecuanimidad valerosa que dan las convicciones profundamente arraigadas.

HABITA en los mortíferos pantanos
De Java el hipopótamo panzudo;
Viven juntos con él, fieros y ufanos,
Cuantos monstruos el hombre soñar pudo.

El indómito búfalo allí muge,
Silba y se desenrosca la serpiente,
El carnicero tigre feroz ruge...
Él duerme y ronca sosegadamente.

Nunca flechas ni dardos ha temido;
La vista de los hombres no le altera;
Rebota en su pellejo endurecido
La bala del cipayo más certera.

Yo soy cual él: la convicción segura
Es cota que mi espíritu ha cubierto;
Como es invulnerable mi armadura,
Voy sin ningún temor por el desierto.

EL INFINITO

(EN EL MAR NEGRO)

Rara vez se adunan la grandiosidad y ternura de pensamiento de una manera tan delicada como en esta composición de Eduardo Grenier, poeta francés (1819–1891).

MUDO, insondable, de misterios lleno,
El Infinito azul rueda triunfante;
La Tierra lleva cobijada al seno,
Como la madre al pequeñuelo infante.

La Tierra, con graciosa gallardía,
Lleva, al surcar la esfera luminosa,
Sin derramarla en su incesante vía,
La copa verde en que la mar rebosa.

La mar lleva a la nave, que audaz vuela
Y abre camino a su arriesgado empeño;
La nave, bajo de la hinchada vela,
Me lleva a mí sobre su frágil leño.

Ave errante, volando a la ventura,
Yo, que lejos de ti lloro proscrito,
Llevo en el corazón tu imagen pura,
Y hallo en ella otra vez el Infinito.

JAUJA

El fabuloso país de Jauja, tan citado en el lenguaje corriente, como asiento de todos los regalos y venturas imaginables, da materia al satírico poeta español Juan Martínez Villergas (1819–1894) para la festiva descripción que sigue.

EN un extenso campo de bizcocho,
Cuyo temperamento, siempre sano,
En invierno no baja de los ocho
Ni sube de los quince en el verano;
De cuestas, cerros y montañas mocho;
De lagos, bosques y pinares llano;
En su grata y espléndida visión
Ostentando más pompa que el jabón;

Se asienta Jauja con fulgente brillo,
Admiración de la lejana Europa,
Cual en la mesa el plácido membrillo,
Cual néctar dulce en cristalina copa;
Cual sobre el agua el blando azucarillo,
Cual sobre vino la exquisita sopa,
Y como la canela esparramada
Sobre la rica leche amerengada.

Prados de almibarada y fresca hierba,
Con montones de azúcar los rastrojos;
Estanques mil, de frutas en conserva;
Valles que dan confites por abrojos.
Tanta dulzura en fin allí se observa,
Que la ciudad de Jauja fué a mis ojos,
Más que ciudad galana y pintoresca
Una confitería gigantesca.

Tienen las calles, a cordel tiradas,
Un solo arroyo, el suelo empiñonado:
Las aceras al piso niveladas
Con seis varas de anchura en cada lado:
Éstas son de pasteles y empanadas,
Que hacen abrir la boca al desganado;
Y por corresponder a tanto dengue,
Cada guardacantón es un merengue.

Templos y casas, vanidad del gusto,
Tienen de azúcar-piedra los cimientos,
De nácar la pared, grueso y robusto
Balconaje, el mayor de los portentos,
De oro y plata maciza, y aquí es justo
Que oigan con atención los avarientos:
Planos diamantes son y perlas planas
Los tejados, las puertas y ventanas.

Tiene el castillo puertas y fachada
De pechugas de pavos y capones;
Los fosos con arrope y miel rosada;
Banderas de chorizos y jamones;
Las torres de jalea y de perada;
De mazapán soldados y cañones;
Y al rededor tan alta como gruesa
Larga muralla de turrón de fresa.

Y ya que toda la ciudad describo,
Fuera injusto olvidarme de su gente,
Y el gobierno y costumbres, que a lo vivo
Debe imitar toda nación prudente,
Y por si pega lo que yo concibo,
No será inoportuno que algo cuente
Mi numen tan insulso como eterno,
De la gente, costumbres y gobierno.

. . . . .

Solo gobierna cada cual su casa
Y solo a su cuidado se limita;
Y como allí ninguno se propasa,
Ni rey ni Roque el pueblo necesita;
Por eso goza libertad sin tasa;
Y aunque en calles y plazas nunca grita,
No hay un bajá que sus derechos huelle,
Ni sultán que en carroza le atropelle.

Todo es allí maestro, hasta las llaves;
Como no friegan, no hay un mal fregado;
Casas ventilan, no negocios graves;
Confesores absuelven, no el jurado.
Aunque tiene el Estado muchas naves,
Ignoran lo que es nave del Estado;
Y nunca han visto cortes o embelecos,
Sino de pantalones y chalecos.

No hay peón que ande mal, aunque no chico
Den cordel maragatos a peones;
Porque si los peones tienen pico,
Un maragato al fin tiene calzones.

Como el hombre más pobre vive rico,
No hay por trabajo ruines conmociones;
Valen bienes sus bienes nacionales,
Que aquí son bienes y producen males.

Pero no manifiesto ser astuto
Con este discurrir, que es evidente
Unos le temerán por disoluto,
Y otros le tacharán de disolvente.
No me corro por eso ni me inmuto;
Mas no quiero pecar de impertinente,
Y por si el cuerpo pide otro recreo,
Mandemos el espíritu a paseo.

ELEVACIÓN

Carlos Baudelaire da en estos inspirados versos una bellísima impresión del anhelo constante que sienten los espíritus superiores por apartarse de lo vulgar y pequeño, remontándose a las esferas más sublimes del pensamiento y de la belleza.

SOBRE valles, vergeles y praderas,
Sobre las escarpadas cordilleras,
Sobre los lagos, sobre el mar sonoro,
Sobre las nubes y los astros de oro,
Más allá de los límites del cielo,
Más allá de las últimas esferas,
Extiende audaz mi espíritu su vuelo.
Y cual buen nadador, que sin recelo
Se abandona al vaivén que lo acaricia,
Surca tranquilamente
La inmensidad con varonil delicia.

Alma mía doliente,
Deja detrás el corrompido ambiente;
Sube a purificarte a las alturas;
Bebe la luz, en ellas extendida,
Cual divino licor de linfas puras.
¡Feliz aquel que, de la triste vida,
De brumas siempre llena,
Con las alas del águila atrevida,
Logra volar a la región serena!
¡Feliz quien su exaltado pensamiento
Todos los días, al brillar la aurora,
Eleva al firmamento,
Cual matinal alondra voladora,
Y al cernerse entre claros resplandores,
Comprende sin esfuerzos y sin dudas
El misterioso idioma de las flores
Y de las cosas mudas!

LA LUZ Y LAS TINIEBLAS

La eterna lucha entre el Bien y el Mal es de hoy y de todos los tiempos, dice Núñez de Arce en esta breve y bella poesía.

LA fiera, la titánica batalla
Dura y persiste aún:
Es el combate entre la ciega sombra
Y la fecunda luz.

¡Ni un instante de tregua y de reposo!
En la tierra, en el mar,
En el espacio, en la conciencia humana
Siempre lidiando están.

Al través de los siglos que se empujan
Con sorda confusión,
Ruedan mezclados la verdad, el día,
La noche y el error.

¿Quién vencerá por fin? ¿La negra sombra?
¿La excelsa claridad?...
¡Ay, no lo preguntéis! La horrenda lucha
Nunca terminará.

Cuando la creación rota y deshecha
Vuelva al caos otra vez;
Cuando desierta, impenetrable y muda
La inmensidad esté;

En el seno del tiempo, en el espacio
Sin mundos y sin sol,
Seguirá eterno el duelo formidable
Entre Satán y Dios.

EL ORTO

(*Imitación de Longfellow*)

SURGIÓ del hondo mar adormecido
Un viento vagabundo,
Diciendo a las tinieblas: «¡Recogeos,
Que ya despierta el mundo!»

Pasó sobre los buques que veleros
Rompen la onda sonora
Gritándoles: «¡Arriba, marineros,
Que ya viene la aurora!»

Se internó por la selva obscura y fría
Poblada de visiones,
«¡Despertad!—murmurando,—¡viene el día
Germinador de frutos y pasiones!»

A los añosos troncos de ancha copa
Y gigantesca talla:
«¡De verdes hojas desplegad al aire
El pendón de batalla!»

Al ave que dormita en la espesura,
El ala entumecida:
«¡Batid el vuelo, que se acerca el alba,
El ave de la vida!»

Al gallo vigilante de la choza
Perdida en la llanura:
«¡Cantad, cantad que avanza el enemigo
De la tiniebla obscura!»

A la espiga del campo doblegada
Al peso de su grano:

«¡La aurora, vuestra hermana, se levanta
Tras el monte lejano!»

Al viejo campanario de la aldea
Con lengua de metal: «¡Cantad el día!»;
Y a los muertos del triste cementerio:
«¡Dormid, dormid, no es tiempo todavía!»

OLEGARIO V. ANDRADE.

REBELDÍA

Amemos la Naturaleza y la libertad de los campos, y cobraremos alientos de nueva vida. Tal es el pensamiento de los siguientes versos de Pablo Bourget, célebre novelista y poeta francés de nuestro tiempo.

SALE el sol e ilumina la llanura.
Mueve la verde mies el aura pura.
Desechando el temor de hados adversos,
Sobre el césped florido, a la ventura,
Voy recitando versos.

Siéntome alegre, libre, fuerte, sano.
Venció fatal pasión el alma mía.
Ningún recuerdo del amor tirano
Turba y mengua el deleite soberano
De tan hermoso día.

Mi pecho absorbe con afán profundo
El soplo suave, el hálito fecundo
Que entre flores espira en dulce calma;
Y retoñar la juventud del mundo
Siento dentro del alma.

Quien a la humana lid, siempre reñida,
Quiera llevar alientos triunfadores,
Beba el vino en la copa de la Vida
Que la Naturaleza le da henchida,
Y huya de los amores.

Rompa los hierros, siervo sublevado,
Y sin temor, ni duda, ni recelo,
Por el inculto erial o el fresco prado
Corra a sus anchas, a la luz del cielo,
Cual potro no domado.

LA TEMPESTAD

Estos sonoros y majestuosos versos de José Zorrilla pintan con gran vigor no sólo el fenómeno meteorológico de la tempestad, sino también las impresiones que recibe el ánimo del poeta ante el espectáculo que le ofrece la Naturaleza conturbada.

¿QUÉ quieren esas nubes que con furor se agrupan
Del aire transparente por la región azul?
¿Qué quieren cuando el paso de su vacío ocupan,
Del zenit suspendiendo su tenebroso tul?

¿Qué instinto las arrastra? ¿Qué esencia las mantiene?
¿Con qué secreto impulso por el espacio van?
¿Qué ser velado en ellas atravesando viene
Sus cóncavas llanuras, que sin lumbrera están?

¡Cuál rápidas se agolpan! ¡Cuál ruedan y se ensanchan
Y al firmamento trepan en lóbrego montón,
Y el puro azul alegre del firmamento manchan
Sus misteriosos grupos en torva confusión!

Resbalan lentamente por cima de los montes;
Avanzan en silencio sobre el rugiente mar;
Los huecos oscurecen de entrambos horizontes;
El orbe y las tinieblas bajo ellas va a quedar.

La luna huyó al mirarlas: huyeron las estrellas,
Su claridad escasa la inmensidad sorbió;
Ya reinan solamente por los espacios ellas;
Doquier se ven tinieblas, mas firmamento, no.

En vano nuestros ojos se afanan por hallarle
Del tenebroso velo que le embozó detrás;
Que cuanto más los ojos se empeñan en buscarle,
Se esconde el firmamento de nuestros ojos más.

¡Las nubes solamente! ¡Las nubes se acrecientan
Sobre el dormido mundo! ¡Las nubes por doquier!
A cada instante que huye, la lobreguez aumentan,
Y se las ve en montones sin límites crecer.

Ya montes gigantescos semejan sus contornos,
Al brillo de un relámpago que aumenta la ilusión;
Ya de volcanes ciento los inflamados hornos,
Ya de movibles monstruos alígero escuadrón.

Ya imitan apiñadas de los espesos pinos
Las desiguales copas y el campo desigual;
Ya informes pelotones de objetos peregrinos
Que mudan de colores, de forma y de local.

¿Qué brazo les impele? ¿Qué espíritu les guía?
¿Quién habla dentro de ellas con tan gigante voz,
Cuando retumba el trueno y cuando va bravía
Rugiendo por su vientre la tempestad veloz?

Acaso en medio de ellas a visitar los mundos
El Hacedor Supremo del Universo va;
Y envuelto en sus vapores, sus senos más profundos
Estudia, y sus cimientos, por si caducan ya.

Acaso de su carro tras la vibrante rueda
Con impotente saña caminará Luzbel,
Y porque allí cegarle su resplandor no pueda,
Agolpará esas nubes entre su gloria y él.

Y acaso alguna de ellas será la formidable
Que circundó la cumbre del alto Sinaí,
En tanto que el ardiente misterio impenetrable
Que iluminó al profeta se fermentaba allí.

Acaso será alguna la que vertió en Sodoma
En inflamadas fuentes la cólera de Dios;
Acaso será alguna la que en los mares toma
Las aguas de un diluvio que le acompaña en pos.

¡Señor, yo te conozco! La noche azul, serena,
Me dice desde lejos: «Tu Dios se esconde allí»;
Pero la noche oscura, la de nublados llena,
Me dice más pujante: «Tu Dios se acerca a ti».

Te acercas, sí; conozco las orlas de tu manto
En esa ardiente nube con que ceñido estás;
El resplandor conozco de tu semblante santo
Cuando al cruzar el éter relampagueando vas.

Conozco, sí, tu sombra que pasa sin colores
Detrás de esos nublados que vagan en tropel;
Conozco en esos grupos de lóbregos vapores
Los pálidos fantasmas, los sueños de Daniel.

Conozco de tus pasos las invisibles huellas
Del repentino trueno en el crujiente son,
Las chispas de tu carro conozco en las centellas,
Tu aliento en el rugido del rápido aquilón.

¿Quién ante ti parece? ¿quién es en tu presencia
Más que una arista seca que el aire va a romper?
Tus ojos son el día: tu soplo la existencia:
Tu alfombra el firmamento: la eternidad tu ser.

¡Señor! yo te conozco, mi corazón te adora;
Mi espíritu de hinojos ante tus pies está;
Pero mi lengua calla, porque mi lengua ignora
Los cánticos que llegan al grande Jehová.

Palomas de los valles, prestadme vuestro arrullo,
Prestadme, claras fuentes, vuestro gentil rumor,
Prestadme, amenos bosques, vuestro feliz murmullo,
Y cantaré a par vuestro la gloria del Señor.

Si su hálito llegara al harpa del poeta,
Si a mí, Señor, bajara tu espíritu inmortal,
Mi corazón henchido del fuego del profeta
Cantara, y no tuvieran sus cánticos igual.

Mi voz fuera más dulce que el ruido de las hojas
Mecidas por las auras del oloroso abril,
Más grata que del fénix las últimas congojas,
Y más que los gorjeos del ruiseñor gentil.

Más grave y majestuosa que el eco del torrente
Que cruza del desierto la inmensa soledad,
Más grande y más solemne que sobre el mar hirviente
El ruido con que rueda la ronca tempestad.

¡Mas ay! que sólo puedo postrarme con mi lira
Delante de esas nubes con que ceñido estás,
Porque mi acento débil en mi garganta expira
Cuando al cruzar el éter relampagueando vas.

Tu espíritu infinito resbala ante mis ojos,
Aunque mi vista impura tu aparición no ve,
Mi alma se estremece, y ante tu faz de hinojos
Te adora en esas nubes mi solitaria fe.



